

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

Departamento de Filología Española III



**EL FINAL DEL MODERNISMO EN LA OBRA DE RICARDO
LEÓN**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Juan Manuel González Gómez

Bajo la dirección de la doctora

María José Alonso Seoane

Madrid, 2002

ISBN: 84-669-2194-X

**EL FINAL DEL MODERNISMO
EN LA OBRA DE RICARDO LEÓN**

JUAN MANUEL GONZÁLEZ GÓMEZ.

Director: MARÍA JOSÉ ALONSO SEOANE.

**Universidad Complutense de Madrid.
Facultad de Ciencias de la Información.
Departamento de Filología Española III.**

ÍNDICE

- **Presentación: *RICARDO LEÓN, EL OLVIDO DE UN ESCRITOR.*** pág. 1.

- **Capítulo I. EL MODERNISMO POÉTICO, EN EL ORIGEN.** pág.10.
 - * Territorios para el comienzo de un escritor. Precursores y contemporáneos: Influencias en Ricardo León; de Manuel Reina, Salvador Rueda y Manuel del Palacio a Gaspar Núñez de Arce, Ricardo Gil y Alberto Alvarez Cienfuegos.
 - * Formación juvenil de Ricardo León en Málaga * Primeros poemas * “Las quimeras de la vida” (1898), ecos tardorrománticos
 - * El periodismo radical y la poesía de combate * “La lira de bronce” (1910), canto libertario . * Huellas románticas, en la estela de Víctor Hugo.

- **Capítulo II. EN EL CAMINO DE DAMASCO: DESCUBRIMIENTO DEL TRADICIONALISMO.** pág.80.
 - * Ricardo León en Santander, un pensamiento que cambia de rumbo * Periodismo costumbrista y sosegado * Regreso a Málaga * “Casta de hidalgos” (1908), descubrimiento de la tradición * Una identificación con Maeztu * “Comedia sentimental” (1909), el amor como eje de la oposición entre el Norte y el Sur * “Amor de caridad” (1909), crítica del súperhombre y la súperhembra nietzscheanos * El encuentro con Concha Espina * “Alcalá de los zegríes” (1910), alegato contra el caciquismo * Ricardo León se instala en Madrid
 - * “La escuela de los sofistas” (1910), tradicionalismo frente a diletantismo * El apoyo de Maura.

- **Capítulo III. AL SERVICIO DE UNA FE ANTIGUA: CONVERSIÓN Y LITERATURA CATÓLICA.** pág.116.

* “El Amor de los amores” (1910), profesión de fe en el catolicismo ortodoxo * Influencia de D’Annunzio * Apoyo de los hermano Menéndez Pelayo * La poesía de Arturo Reyes, último capítulo del modernismo decadentista * “Alivio de caminantes” (1911), poesía patriótica, católica y antiliberal * Homenaje malagueño a Rueda, León y Reyes * Ricardo León, elegido miembro de la Real Academia Española * “Los centauros” (1912), denuncia de la corrupción política * Integración total en el maurismo: Ricardo León candidato a diputado por Madrid * Discurso de ingreso en la Real Academia: “La lengua clásica y el espíritu moderno” (1915) * “Obras completas” (1915), una edición a cargo del Banco de España * “Los caballeros de la Cruz” (1915), hidalguía y tradición frente a modernidad * Coincidencias con Marcelino Menéndez Pelayo * “Europa trágica” (1917), crónicas de guerra desde el lado alemán * “Gozos del dolor de amor” (1917), antología para nuevos lectores * Relaciones con Gabriel Miró, Wenceslao Fernández Florez y Ramón Pérez de Ayala * Santillana del Mar: el paraíso lejano * “La cumbre mística” (1919), ejercicios de devoción en la revista “Voluntad” * Discurso de las Fiestas Eucarísticas de Salamanca (1920), afirmación católica.

- **Capítulo IV. CONSOLIDACIÓN Y ESTABILIDAD, FRENTE A UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN:**

pág.237.

* ”Obras completas” (1920), una edición popular en la casa Pueyo * Ricardo León funda “Gil Blas” dentro de las ediciones Renacimiento * Discurso de recepción de Serafín Álvarez Quintero en la Real Academia (1920)* Matrimonio de Ricardo León * Creación de la “Biblioteca Mística y Ascética” * “Lira de bronce” (1920), nueva edición y poemas expurgados * ”La voz de la sangre” (1920), escaparate de ensayos para afianzar el conservadurismo * “La capa del estudiante” (1921), una recuperación acicalada de artículos juveniles * ”Las horas del amor y de la muerte” (1921), antología para abrir mercados * ”Cuentos de antaño y hogaño” (1921), relatos de raigambre española * “Amor de caridad” (1922), tardomodernismo católico y tentación autobiográfica * “Humos de rey” (1923), espejo de la pérdida de las tradiciones * La revista “Hispania”, un intento de estética conservadora * La quiebra del parlamentarismo: Maura y Primo de Rivera * Ricardo León en el mercado americano.

- **Capítulo V. LA TENTACIÓN TOTALITARIA: EL ENCUENTRO CON EL FUTURISMO, EL IMPULSO FASCISTA Y SU ESTÉTICA**

pág.311.

- * “El hombre nuevo” (1925), vanguardismo desde la derecha
- * Marinetti en España * Auge de la literatura totalitaria en Europa * Reconocimiento y consejos de Salvador Rueda
- * Guerra de Marruecos * Muerte de Maura * “Olla podrida” (1926), ridiculización de la nueva burguesía * “Los trabajadores de la muerte (1927), experimentalismo ácido para observar la sociedad de Entreguerras * Influencias de Maeztu, Donoso Cortés, Pradera, Vázquez de Mella y Ernesto Giménez Caballero * “Jauja” (1928), denuncia del oportunismo y la mediocridad nacionales
- * “Varón de deseos” (1929), arenga contra el materialismo y la decadencia aristocrática * “Las niñas de mis ojos” (1929), espejismo feminista e intento de remozar la propia obra
- * “Desperta ferro!” (1930), el regreso al paisaje de la tradición
- * Ricardo León en el centro de la sociedad literaria * “Las siete vidas de Tomás Portolés” (1931), aproximación a la narrativa ligera y de suspense * Caída de la monarquía y proclamación de la Segunda República.

- **Capítulo VI. VIENTOS DE GUERRA: LITERATURA PARA LAS TRINCHERAS DE LA TRADICIÓN.**

pág.377.

- * “Bajo el yugo de los bárbaros” (1932), retorno a la literatura conservadora y antiliberal * Ricardo León entre los promotores del Bloque Nacional * Coincidencia con José Calvo Sotelo y Víctor Pradera * Ricardo León contra la República * Reconocimientos literarios por parte de José Francés, Eugenio d’Ors y Azorín
- * “Roja y gualda” (1934), construcción de una autobiografía novelada.

- **Capítulo VII. HERIDAS DE COMBATE: UNA PLUMA PARA EL INTEGRISMO.**

pág.406.

- * La Guerra incivil de 1936 a 1939 * Penalidades de Ricardo León
- * Andanzas con Pedro Luis de Galvez * Hundimiento de la República y final de la guerra * Apoyo de Ricardo León a Franco: el “Himno a las juventudes españolas” (1939) * La difícil reconstrucción de la paz y el hogar * Bodas de plata con la Real Academia Española
- * “Cristo en los infiernos” (1941), guerra y revolución bajo la óptica de un escritor conservador * Reedición de las obras de Ricardo León León * Relaciones con Francisco de Cossío, José Francés, César González Ruano, Emilio Carrère, Fernando Luca de Tena, Azorín y Camilo José Cela * Proyecto de una obra inacabada: “La cocina de los ángeles” * Anuncio de unas “Memorias” * Tradicionalismo y

falangismo, opciones distanciadas * Nuevas “Obras Completas” (1943)
* Muerte de Ricardo León * ”La cumbre mística” (1945), obra póstuma
y testamento ideológico * Ricardo León y otros modernistas en los
libros escolares de postguerra * El camino del olvido.

- CONCLUSIONES pág.505.

- NOTAS pág.510.

- FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA pág.529.

Aproximación:

RICARDO LEÓN, EL OLVIDO DE UN ESCRITOR

Es bien sabido que el rastrillo del tiempo suele poner las cosas en orden dentro de la historia de la literatura, tanto universal como nacional, pero a veces ese juez infalible que permite sólo la supervivencia de los mejores comete también alguna que otro desliz. Tal es el caso ocurrido con Ricardo León, uno de los autores más vendidos y mejor reconocidos en la primera mitad del Siglo XX en España, y del cual ahora apenas se tiene conocimiento entre los círculos de estudiosos, mientras permanece en la obscuridad para la inmensa mayoría de nuestros lectores. No fue León, es cierto, un Baroja, un Azorín o un Machado, ni tampoco, claro está, un Juan Ramón Jiménez o un Valle-Inclán, pero sí un escritor de apreciable franja creativa, muy representativo además de los esplendores y contradicciones de su tiempo. Autor de varios poemarios, uno de ellos, el titulado *La lira de bronce*, fundamental para seguir la trayectoria del modernismo español, y otro, *Alivio de caminantes*, clave en la evolución de la lírica conservadora, Ricardo León fue un autor prolífico, capaz de dar a las prensas volúmenes de ensayo tan interesantes como *Los caballeros de la Cruz* y *La voz de la sangre*, de tomos de crónicas del relieve de *Europa trágica* y *La capa del estudiante*, y de novelas millonarias en ventas y en aceptación como *Casta de hidalgos*, *Comedia sentimental*, *Humos de rey*, *Los centauros*, *Alcalá de los zegríes*, *Jauja*, *Desperta ferro!*, *El hombre nuevo*, *Los trabajadores de la muerte* y *Cristo en los infiernos*. Académico de la Lengua, activista del maurismo, y personaje central en el auge de la literatura tradicionalista hasta los comienzos de la guerra de 1936-39, Ricardo León era además un literato hecho a sí mismo, surgido de las capas populares, devoto del catolicismo más ortodoxo, y militante en una de las dos Españas que no supieron encontrar formas pacíficas de equilibrada convivencia en nuestra gran crisis final de los años treinta.

Formado en el legado del noventayochismo, admirador del tardorromanticismo de Núñez de Arce y Manuel del Palacio, y modernista en la línea españolista de Salvador Rueda, Manuel Reina y Ricardo Gil, contrapuesta al cosmopolitismo decadentista que encabezara Rubén Darío, Ricardo León comenzó su andadura

literaria con dos poemarios de sesgo victorhuguiano y libertario, *Las quimeras de la vida* (1898) y *La lira de bronce* (1901), al tiempo que se dedicaba al periodismo de crítica radical en los diarios de Málaga, ciudad donde paso su infancia y juventud tras un ocasional e inopinado nacimiento en Barcelona. Allí fue también donde cayo definitivamente en la enfermedad de lo literario, participando en el proyecto modernista más importante de la ciudad: la revista *Málaga moderna*, en cuyas páginas publicaron Darío, Villaespesa, Benavente, Rueda, Reina, Martínez Sierra, Valle, González de Candamo y el portugués Eugenio de Castro. A partir de entonces, y a lo largo de su extensa carrera literaria no dejaría de ser en el fondo un escritor de estéticas modernistas, mantenidas incluso en su evolución hacia el nacionalcatolicismo.

Hijo de militar, nuestro autor practicó el periodismo como medio de vida, primero en la capital andaluza del mediterráneo y luego en Santander, donde residió un tiempo desempeñando tareas administrativas para el Banco de España. Precisamente en las tierras cantábricas, en algunos de cuyos diarios se dedicó a la crónica social a la moda y al comentario literario, fue donde se transformó paulatinamente su primitiva ideología, bajo la influencia de Pereda, Amós de Escalante y Menéndez Pelayo, en un cauce conservador que le llevaría -tal y como ocurrió con otros nombres provenientes del 98: Azorín y Maeztu- hasta el núcleo del pensamiento y la literatura tradicionalistas. Seducido por el caudillaje de la modernidad conservadora de Maura, integrado en las filas católicas y monárquicas, antikrausista y adversario de lo liberal y republicano, llegó a perfilarse como el referente central de las derechas culturales españolas en su choque con las corrientes de izquierda que predominaron en el espacio cultural del país desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el XX.

Sin embargo, la significación de Ricardo León, como la de todo escritor que se precie, no residió únicamente en la ideología que manifestó profesar, sino más bien en una capacidad poco común para detectar los gustos de una parte considerable del público lector de su época, adecuando a éstos su trabajo literario, especialmente el narrativo. Fruto de esa capacidad, y de un manejo clasicista y puro de la lengua castellana, nuestro autor ofreció con cierta continuidad -desde 1908 en que aparece *Casta de hidalgos* hasta 1941 con *Cristo en los infiernos*- toda una serie de novelas gozosamente aceptadas por la crítica y los lectores más conservadores. El eje esencial de su extensa creación fue triple: la revalorización

del pasado y la tradición españolas, el cultivo estricto del castellano como lengua literaria, y la asociación de los conceptos de patria, familia y religión como vértice de las esencias de lo que él consideraba la españolidad.

Desde una óptica únicamente literaria, León era y fue hasta su final un escritor de raíces modernistas, pero integró en sus trabajos evocaciones del Siglo de Oro -que veía como base y superación del realismo castellano-, elementos del último romanticismo nacional, alguna que otra deuda con la escuela de Víctor Hugo, cenefas de costumbrismo -ya andalucista, ya mesetario-, insospechados componentes naturalistas, a trechos influjos futuristas emanados de Marinetti y D'Annunzio, y abundantes estéticas entresacadas de la secular mística castellana. Con todo ello, el escritor que llevaba dentro creció día a día para entroncar con los lectores de clase media partidarios del antiguo régimen, fascinados por lo aristocratizante y degustadores de un modernismo tradicionalista que, tras modelarse en el conservadurismo más patriótico, acabó por nutrir la literatura de lo que tras la guerra incivil del 36 terminó por llamarse el nacionalcatolicismo. Junto a los referidos componentes de escuelas literarias, Ricardo León elaboró un estilo propio, repleto de resortes tan antañones como vanguardistas para su tiempo, gracias a las ricas experiencias personales, vividas no sin traumatismos. Criado en una familia con problemas económicos, aquejado de una enigmática dolencia crónica, sometido a los vaivenes del periodismo, sufridor de desengaños amorosos, itinerante durante un tiempo entre Extremadura, Andalucía, Cantabria y Madrid, acreditado muy trabajosamente en el mundo literario hasta conseguir la protección de Maura, León no obtendría el éxito popular sin tesón y vocación, reflejando en muchas de sus creaciones pasajes autobiográficos más o menos literaturizados. De esa mezcla de afluencias culturales y hechos sentidos en propia carne surgiría una producción que hizo de este escritor el más vendido de su época junto a José Francés, Felipe Trigo y Vicente Blasco Ibáñez se llegó a decir que todas las pragmáticas “familias bien” españolas tenían en su casa al menos un libro de León y de uno de los otros tres autores cerca del recibidor o vestíbulo de sus casas, para mostrarlo distraídamente según la ideología del visitante de turno. Al margen de si esto fue o no real durante algunos años, lo cierto es que Ricardo León logró vender como muy pocos autores en España lo hicieron; unos 170.000 ejemplares de sus obras entre 1910 y 1919, y 125.000 entre 1920 y 1925, cifras impensables para el resto de los escritores de su generación. Naturalmente

las ediciones de sus títulos se multiplicaron: *El Amor de los amores* alcanzó a tener en 1910-19 ocho ediciones, *Casta de hidalgos* seis, y *Comedia sentimental* y *Alcalá de los zegríes* cinco en el mismo periodo; después, en 1920-25, *Los centauros* llegaba a cinco ediciones, y *La escuela de los sofistas* a igual número; por último *El Amor de los amores* ve, entre 1926 y 1931, cinco ediciones nuevas, y *Casta de hidalgos* llega en 1936 a su edición número dieciséis. Con la guerra, la estética literaria de León pasó a formar parte del nuevo estado autoritario y ultracatólico, pero el favor del público cambió de rumbo, aparecieron nuevas tendencias, panoramas y gustos literarios, y tras las secuelas del conflicto León no volvería -paradójicamente- a situarse en un nivel de ventas similar al de los felices 20 y los agitados 30, hecho que vino a sumarse por ley de vida al declive físico de nuestro escritor.

Pero antes de ese inevitable epílogo, Ricardo León fue un autor reconocido, y de gran influencia social e institucional desde su crédito como académico y por su amistad con Antonio Maura y otras personalidades, participando directa o indirectamente de forma decisiva en lo que de social tuvo la vida literaria de sus años. Fueron por ello muchos los escritores, a medio consagrar o en ciernes, que recabaron su ayuda con el fin de lograr premios, ediciones o puestos en la Academia y lugares aledaños, incluso desde posiciones ideológicas lejanas a las del entonces venerado autor de éxito. Nombres del relieve de Azorín, Francisco de Cossío, Emilio Carrère, Gabriel Miró, César González Ruano, Wenceslao Fernández Florez, Ramón Pérez de Ayala o Camilo José Cela se encontraron entre ellos, y al parecer a todos, en uno u otro momento, apoyó de una u otra forma el autor de *Casta de hidalgos*. Aunó así Ricardo León, al margen de su ideario y de sus para aquellos años lógicas filias y fobias, tres cualidades por desgracia poco extendidas en nuestros pagos literarios: la laboriosidad con arreglo a un plan nítido, la intuición para dar a los lectores lo que querían sin demérito del producto, y el equilibrio entre el interés individual y el espíritu de grupo respecto a sus vecinos en el inestable arte de lo literario. Tres cualidades que bien merecen la atención de los estudiosos y, de vez en vez, un recuerdo por parte de los lectores.

El objetivo central de estas páginas ha sido precisamente contribuir a paliar el olvido de la obra y vida de Ricardo León, mediante la construcción de una biografía intelectual. Una biografía en la cual los avatares personales y las acciones del escritor aparezcan unidos a su desarrollo literario y a su evolución de pensamiento, situado todo ello en su contexto histórico concreto.

Al tratar de llevar a cabo esta tarea, el perfil del escritor fue relacionándose documentalmente tanto con otros autores de su tiempo como con personalidades políticas y académicas del mismo. También, y paralelamente, el trazado de estas relaciones fue reflejando algunas de las características generales de esa época, y particularmente la fragilidad, politización y contraste de tendencias estéticas y morales en el seno de la sociedad culta. Así, la propia biografía intelectual de Ricardo León llega a fundirse con aspectos y contornos de otros individuos destacados y de periodo convulso que daría lugar a la más reciente reestructuración de la sociedad y la cultura españolas. Es en este sentido en el que puede contemplarse como cierto modernismo español de sesgo tradicional evoluciona y se transforma, hasta formar parte temporalmente del patrimonio estético-cultural del régimen creado al final de la guerra incivil de 1936-39. Quizás, y junto a estricto seguimiento del itinerario vital y literario de Ricardo León, sean ese efecto reflejo y esa transformación evolutiva lo más interesante para un lector de hoy.

La principal dificultad para llevar a término esta investigación ha sido la dispersión, deterioro y poca accesibilidad de la necesaria documentación inédita, e incluso la no fácil obtención de ejemplares en buen estado y diferentes ediciones de la -paradójicamente- amplia producción literaria de nuestro autor. De especial valor ha sido la conservación del archivo de León en su residencia familiar de la sierra madrileña, si bien este fondo, al no estar mínimamente clasificado y catalogado, muestra muchas deficiencias de datación, a trechos se advierte incompleto y no responde a ningún criterio en cuanto a su orden. Los fondos de la Fundación Maura, la Hemeroteca y la Biblioteca Nacional, junto a continuas pesquisas en el ámbito de las librerías especializadas, más algún encuentro fortuito con algún admirador y coleccionista de obras de Ricardo León, han posibilitado la obtención de los elementos documentales indispensables para completar y jerarquizar los hallazgos hechos en el fondo del archivo familiar del escritor. Archivo al que, por otra parte, he sido el primer investigador en tener

libre acceso, gracias a la consideración de los descendientes directos de Ricardo León.

Otras dificultades han venido dadas primero por la propia naturaleza de la obra de Ricardo León, de una amplitud de géneros, variedad de registros formales y acumulación corregida de ediciones, comparables con muy pocos escritores de sus años, y segundo por lo novelesco de su vida, en cuyas etapas se entremezcla, a veces por iniciativa de él mismo y en otras ocasiones por sus admiradores, lo real con lo imaginario, la verdad y sus crudezas con la fabulación premeditada. Situar obras y géneros, y deslindar lo histórico de lo soñado han sido tareas indispensables para procurar coherencia y fiabilidad a estas páginas.

Los resultados esenciales de este trabajo residen, sobre todo, en la actualización del recorrido personal y la obra de Ricardo León, como emblema de los cambios y contornos éticos y estéticos de una época crucial, la articulación de materiales para posteriores investigaciones en este u otros sentidos, y el esbozo y dibujo de la sociedad, literatura y formas de pensamiento de aquel periodo a través de una exposición desarrollada alrededor de una figura individual, dibujo que ofrece grandes contrastes, muchas diferencias y alguna que otra coincidencia puntual con nuestro presente. Entre estas últimas, por ejemplo, y desde un terreno no positivo, se advierten las relaciones de intercambio de influencias, competiciones, celos, corruptelas, formación de grupos, deudas políticas, filias y fobias, clientelismo, solapadas inquinas y amiguismos que se perciben -a veces en los interlineados- al observar el mundo literario de la época de Ricardo León, en esto quizás no demasiado lejano del actual.

También resultaría de interés la deducción de que Ricardo León es uno de los escritores que contribuyen firmemente al establecimiento del fenómeno de la literatura de masas en España, entendiendo “literatura de masas” no sólo en su acepción precisa, es decir, como literatura surgida sobre diversos soportes en los medios de prensa o edición y distribuida masivamente, sino como literatura de aceptación popular importante y con altas cifras de venta de libros, imprevistas para su tiempo. Este interés radicaría, especialmente, en el hecho de que esa literatura, tanto en su acepción precisa como en su consideración más flexible, parece en principio encabezada por autores o editoriales no conservadoras, mientras que el caso de Ricardo León evidencia lo contrario.

Sin embargo, tal vez lo más útil de estas páginas sea la posibilidad de incitar a nuevas investigaciones y debates acerca de alguno de los numerosos aspectos de la literatura española originada en el modernismo y extendida en mayor o menor medida hasta los difíciles años de posguerra. Sobre todo, buscando una mayor accesibilidad del resultado de esas investigaciones y debates, cara a una divulgación entre los lectores y estudiosos más jóvenes.

El acercamiento a la vida y obra de Ricardo León que constituye este texto tuvo como motivación inicial la observación de que cierta parte de nuestra literatura olvidada, en especial la asentada en autores contemporáneos de gran éxito en sus años, ha sido desprovista de todo atractivo para las nuevas generaciones, incluso en los ámbitos aledaños a lo universitario. Esta falta de atractivo, justificada en alguna medida por el cambio de gustos literarios y las profundas y aceleradas transformaciones sociales, ideológicas y estéticas de nuestra sociedad, creo que surge sin embargo, y sobre todo, de la carencia en número apreciable de estudios divulgativos acerca de épocas, tendencias y autores determinados, así como de la inexistencia de reediciones de las obras de éstos.

Muchos de tales autores fueron auténticos triunfadores en su momento, más paradójicamente han sido borrados de la memoria literaria hasta hace muy pocos años, y en realidad aún continúan sumidos en el olvido real, al margen de los perfiles míticos que cada uno de ellos haya podido adquirir, en el mejor de los casos, para sus seguidores o herederos de pensamiento. Nombres como los de José Francés, Eduardo Zamacois, Antonio de Hoyos y Vinent, Felipe Trigo, Pedro de Répide, Emilio Carrere, Alberto Insúa o Ricardo León parecen por desgracia exóticos a muchos de los lectores más jóvenes, que de ellos suelen tener un conocimiento fragmentario o puntual.

Relegados o desaparecidos así de la memoria, junto a muchas otras manifestaciones creativas de la España crecida y agostada entre el desastre del 98 y la crisis del 36, estos autores vuelven al menos a ser investigados por cada vez mayor número de estudiosos de nuestra literatura próxima. Uno de sus investigadores, el profesor Juan Carlos Ara Torralba, ha escrito una obra de referencia sobre el que, junto a José Francés y Felipe Trigo, fuera el escritor quizás más emblemático de la literatura de grandes ventas que irrumpió en los mercados editoriales españoles de su tiempo: Ricardo León. Ara Torralba abrió en consecuencia con *“Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León”*

una vía para nuevas investigaciones, vía en la cual se enmarca mi texto en torno a aquel autor, tan significativo para su época y cuyo conocimiento resulta inevitable si se quieren observar los contornos plurales de la España abocada a la modernidad.

Deudor pues en alguna franja de intenciones de ese trabajo de Ara Torralba, en especial respecto a la ubicación inicial del Ricardo león de la primera fase en el cauce del “modernismo castizo” y su fluir, mi texto “*El final del modernismo en Ricardo León*” transita a partir de esa ubicación para construir, como señale antes, una biografía intelectual de Ricardo León, a la vez que, reitero, muestra el clima cultural y político de la convulsa España donde llevó a cabo su tarea de escritor. Es pues este texto tanto una aproximación al Ricardo león hombre y autor, como una prospección moderada de su agitado tiempo, y un acercamiento al fenómeno de la literatura de grandes ventas -de alguna manera “literatura de masas”- que por primera vez aparecía ordenadamente en nuestro país, al calor de la alfabetización y del incremento de la lectura desde los más diversos sectores políticos.

También ha intentado este texto, como indique más arriba, mostrar la transformación de una parte del modernismo literario español en literatura del ultraconservadurismo alumbrado alrededor de la guerra del 36-39. Partiendo de la idea de que el modernismo en castellano se bifurcó en una corriente nacional-conservadora y otra universalista-liberal, y aceptando como elemento de debate la posibilidad de que ese modernismo conservador fuera en su acepción española, nutrida por Salvador Rueda y Manuel Reina principalmente, peculiar y anterior en algunos años al universalista e hispanoamericano que encabezó Rubén Darío, tomo la figura y trabajos de Ricardo león como objeto de estudio, para tratar de esbozar al trasluz de ellos la conversión del modernismo conservador en narrativa y poesía ayuntadas a las escuelas de pensamiento y regímenes políticos de cariz totalitario o extrema ortodoxia conservadora desarrollados en la Europa de Entreguerras en general y España en particular. A lo largo de ese estudio, se observa que Ricardo León, y los autores que él viene de alguna manera a representar en tal proceso histórico, se vieron arrastrados por un efecto de acción-reacción, primero desde sus orígenes progresistas de sesgo romántico o de inclinaciones regeneracionistas, a posiciones conservadoras de raíz decimonónica, luego a espacios tradicionalistas definidos por la hipervaloración del catolicismo y

la monarquía, y finalmente hasta las lindes de los nuevos movimientos totalitarios alentados como dique frente al auge del republicanismo radical y la izquierda revolucionaria en todo el continente. Junto a este paulatino cambio ideológico, se da igualmente, pero en menor medida, un cambio de técnicas y estilos literarios, sumándose al tardorromanticismo original y el modernismo, ya nacional-conservador, ya universalista-liberal, tendencias realistas, naturalistas, futuristas o incluso de retorno arcaizante al tradicionalismo estético y formal.

Ricardo León es, además de poseer valor propio como autor, un espejo donde contemplar cierta porción de ángulos de ese proceso general de cambio ideológico y de transformaciones literarias. Por ello, este texto intenta contribuir a su redescubrimiento y mayor comprensión, mediante la realización de una biografía intelectual, vital y literaria, apoyada en obras fundamentales de su autoría, o en otras aledañas de sus coetáneos o de sus estudiosos, tratando de establecer con ellas un diálogo lo más esclarecedor y fructífero posible.

Es en esa línea en la que se sitúa mi trabajo, desarrollado en torno a una serie de fases, tomadas cronológicamente en relación con el devenir personal de Ricardo León, y que presentan tanto las características fundamentales de la figura estudiada como las etapas de su modelado, entre el liberalismo y el tradicionalismo, y el significado de la misma en su época, junto a su utilización posterior. Por otro lado, este trabajo condiciona su estructura a la secuencia de hechos históricos y vicisitudes personales y acciones literarias de la figura estudiada, así como al descubrimiento y uso de las fuentes documentales, primarias o secundarias, muchas inéditas, que constituyen la principal novedad de la investigación. Con todo ello, observación y análisis de biografía, obras y documentos, se espera poder contribuir, sincera y al menos sectorialmente, al conocimiento de Ricardo León y su complejo tiempo.

EL MODERNISMO POÉTICO EN EL ORIGEN

* *Territorios para el nacimiento de un escritor. Precursores y contemporáneos: Influencias en Ricardo León; de Manuel Reina, Salvador Rueda y Gaspar Núñez de Arce a Manuel del Palacio, Ricardo Gil y Alberto Alvarez Cienfuegos.* * *Formación juvenil de Ricardo León en Málaga.* * *Primeros poemas.* * *“Las quimeras de la vida” (1898), ecos tardorrománticos.* * *El periodismo radical y la poesía de combate.* * *“La lira de bronce” (1910), canto libertario.* * *Huellas románticas: en la estela de Víctor Hugo.*

Hombre fruto de su tiempo y de sus circunstancias culturales, Ricardo León mantuvo relaciones literarias con muchos de los autores clave en su época para la evolución del modernismo español, e integró directa o indirectamente en varios casos la influencia de tales autores en su propia . Nombres y legados como los de Manuel Reina, Salvador Rueda, Manuel del Palacio, Ricardo Gil o Alberto Alvarez Cienfuegos resultan así esenciales para seguir los primeros pasos de Ricardo León.

La influencia del cordobés Manuel Reina -quien nació curiosamente el mismo año que Rimbaud, 1856- sería muy apreciable en la formación literaria del “malagueño” Ricardo León. Este sería, como evidencia su primera etapa poética, lector fiel de las obras de Reina, obras que van desde *Andantes y allegros*, de 1877, a *Cromos y acuarelas*, en 1878, *El dedal de plata*, en 1883, *Desde el campo*, diez años después, *La vida inquieta*, publicada en 1894 y su texto más logrado, *La canción de las estrellas*, en

1895, mas *Poemas paganos*, en 1896, *Rayo de sol*, en 1897, *El jardín de los poetas*, en 1899, y *Robles de la selva sagrada*, edición póstuma de 1906. Muerto en 1905, Reina había sido, por otro lado, fundador y director de la revista modernista madrileña “La Diana”, en cuyas páginas tradujo *La Famfarlo* de Baudelaire, al tiempo que publicaban en ellas los jóvenes Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas “Clarín”, junto a Salvador Rueda y Juan Valera. Esta revista apareció en Madrid el 1 de febrero de 1882, con textos de José Ortega Munilla, Núñez de Arce, Echegaray y el propio Reina, con el soneto *La eterna mascarada*. Curiosamente se publicará también en esta revista el 22 de enero de 1884 la narración de Galdós *Santillana (Fragmento de un viaje por Cantabria)*, asunto relacionado con la escenografía que en su momento utilizará Ricardo León en su novela *Casta de hidalgos*.

Considera Francisco Aguilar Piñal en su estudio *La obra poética de Manuel Reina* -publicado en 1967 por la Editora Nacional -a partir de una memoria de licenciatura escrita en 1959-, que la producción poética de Reina surgió cuando “el torbellino político de la hora romántica ha amainado y le ha sucedido el prometedor sosiego de la Restauración, en los años en que gran parte de la poesía buscará la caricia suave, a flor de piel, de un mundo onírico, placentero y sensual, sacudida sólo de cuando en cuando por el espasmo nervioso de los problemas de la Patria. Es, en gran parte, una literatura de evasión. De no ser así, difícilmente hubiese podido evolucionar del grito romántico al suspiro modernista” (1). Desde esta contextualización, Aguilar Piñal advierte como características de Reina, entre otras, un costumbrismo andalucista, o “particular visión del poeta, enamorado de la luz y de la alegría de su tierra, muy acorde con los sentimientos regionalistas de la época” (2), un patriotismo acendrado, cierta influencia estética de Víctor Hugo -en la que coincidirá nuestro Ricardo León-, una crítica de los excesos revolucionarios -por ejemplo, en

el poema “Los rojos” de *Cromos y acuarelas* en 1878, cuyo horror a las masas incontroladas será recogido por el Ricardo León maduro y conservador-, y “una clásica aversión a la vida vertiginosa y falaz de la ciudad de la ciudad frente a la vida placentera del campo” (3). Además, observa Aguilar Piñal que Reina pasó ideológicamente del liberalismo al conservadurismo, “militando primero en las filas de Sagasta y después de Maura” (4); en una trayectoria que no puede por menos de recordarnos la propia de Ricardo León, desde su liberalismo radical inicial hasta.... las filas de Maura.

Panteísmo y cosmopolitismo serán algunas de las características de Reina que nunca tomara conceptualmente León, pero si otras como la contraposición de la vida sencilla y rural frente a los vicios y politiqueros de la gran ciudad -reflejada en *Desde el campo* y *La vida inquieta*-, el sentido aldeano del honor, la ética tradicional, la crítica del derroche o el peligro de prostitución de los jóvenes humildes por los poderosos -dibujados en *La canción de las estrellas*- y el valor de la conversión religiosa -entrevisto en *Rayo de sol*-.

También compartirá León con Reina la preocupación por las secuelas del desastre de la crisis del 98, tanto en términos bélicos como sociales, la necesidad de un cierto regeneracionismo, y cierta recuperación del mito tradicional del donjuanismo. Pero mientras para Reina ese Don Juan modernista sería ambiguo y estaría por encima del bien y del mal, en común a su vez con Villaespesa, cuyo *Don Juan* sería como los de Reina un ser impuro y gentil, de pocos escrúpulos, para León el mito donjuanesco se materializaría en figuras masculinas más cercanas a la recreada por Zorrilla, figuras capaces de salvarse por la acción de una dulce mujer y a través de conversiones a veces de última hora. Respecto a lo femenino, compartirán Reina y León la división de las mujeres en puras y espirituales, a lo Beatriz

de Dante, e impuras y carnales, en la estela de la Salomé que representa el lado oscuro para los modernistas. Aquí, conviene recordar que el modernismo configuró una visión dual de lo femenino, y mientras por una parte se adoraba al ideal de pureza, en trazos lánguidos, pálidos y prerrafaelistas, por otro se admiraba a la representación estética de lo ominoso y perverso, la hembra diabólica a lo Beardsley. Vírgenes frente a “medio-virgenes” con contornos de cortesanas carnales. María frente a Eva. La quietud espiritual y domestica frente al movimiento de lo sexual y aventurero. Aunque en ocasiones las fronteras entre María y Eva no se presentasen claras, para fomentar una visión dual de la mujer como vía de acceso al misticismo y al erotismo, a lo sublime y lo decadente. León jugara con la contraposición de esos dos tipos de mujer, representantes respectivos de la belleza apolínea y de la dionisiaca, creados por el modernismo en gran parte de sus obras. Si bien siempre para situar al ideal de pureza sobre la energía vital de lo impuro, dentro de una órbita ortodoxa del catolicismo, que se había visto reforzada en 1854 con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Otras características de la poesía de Manuel Reina, como el gusto por el exotismo, las alusiones al mundo clásico, el uso de la mitología, el colorismo, el trazado del juego entre lo sensuales y la decadencia entreverada de placeres, o los detalles de escenificación del exotismo y el lujo, pueden detectarse solo -y muy tamizadamente- en los versos iniciales de León y en la primera versión de su obra *La lira de bronce*. Por otro lado, la tendencia a idealizar simbólicamente los mundos poéticos, materializada en aquel verso de Reina incluido en *La canción de las estrellas* que decía: “como el cisne/ que al cruzar por el lago cristalino,/ deja sobre la linfa transparente/ una pluma de plata” (5), formará parte del universo lírico y estético de Ricardo León, en línea con la estela modernista, al menos hasta la total conversión de éste al conservadurismo.

En el caso de Salvador Rueda, éste aparecía en su época como paradigma de poeta nacional español, es decir, bandera de nacionalismo literario, algo que no podía dejar de ser admirado y seguido por Ricardo León. Nacido en 1857 y malagueño de verdad, cosa que no dejaría de fascinar a un malagueño de adopción como nuestro escritor, Rueda ofrecería a los jóvenes modernistas una senda abierta con sus obras *Renglones cortos*, en 1880, *Estrellas errantes (Coplas y sonetos)*, en 1889, *Poema nacional*, primera edición en 1885 y segunda variada en 1890, *Sinfonía del año*, en 1888, *Cantos de la vendimia*, en 1891, *En tropel (Cantos españoles)*, obra de 1892 provista de un “pórtico” de Rubén Darío, *Sinfonía callejera (Poesías, seguidas de varios cuentos)* y *La bacanal (Camafeos, acuarelas y sonetos)*, en 1893, *Fornos y El bloque*, en 1896, *Flora y Camafeos*, en 1897, *El César*”, en el año del desastre: 1898, *Piedras preciosas*, aparecida en 1900 con un prólogo de Gregorio Martínez Sierra, *El país del sol*, en 1901, *Fuente de salud*, en 1906, *Trompetas de órgano*, en 1907, y *Lenguas de fuego*, en 1908. Otras creaciones líricas de Rueda -que también escribió el poema escénico *El secreto*, la pieza teatral de evocación griega *Vaso de rocío* y el volumen de crítica *El ritmo*- fueron *Aires españoles (Romances)*, y *Mármoles*, este último volumen publicado hacia 1900.

A lo largo de todas ellas, se advierte que el núcleo de la poesía de Rueda -quién moriría en Málaga en 1933- es el culto a la palabra, tan modernista, y un tratamiento místico de tres viejos asuntos líricos: el hombre, la Naturaleza y Dios. Y, en referencia al primero, la patria como destino manifiesto de lo colectivo. Asuntos que también constituirían la base de buena parte de las obras de Ricardo León.

Una de las más raras y para su tiempo vanguardistas creaciones de Rueda, el poema en dos cantos titulado *El bloque*, que fue publicado como folleto en Madrid en 1896, debió ser leído con especial provecho por Ricardo León, pues algunas de las premisas ideológicas y recursos

estéticos de nuestro escritor incluidas a lo largo de sus obras, se hallan ya en este trabajo. Poemas tempranos de León en *La lira de bronce* como los titulados “Templo, patria y hogar”, “Los buitres” y “Mater Hispania” evidencian ese influjo ideológico y estético. Articulado en dos largas secuencias, *El bloque* viene a ser una exaltación lírica de los destinos gloriosos de la raza latina, frente a los embates de anglosajones, eslavos y orientales. Su desarrollo, a modo de marcha triunfal a través de los siglos, va mostrando como los diferentes estamentos sociales y artísticos de esa raza latina, donde sobresale lo español y sirve de cobijo religioso lo católico, hereda y supera la herencia de anteriores razas y civilizaciones. Todo ello con el objetivo simbólico de elevar un gran sillar -o bloque- sobre el que construir el templo más grande jamás soñado, en señal de la verdadera religión y que “ordena sus columnas, levanta sus altares, ¡y lanza a lo infinito su aguja colossal!” (6).

En los versos de este poema, Rueda comienza por indicar que “En el gigante lienzo de la Historia,/ cada raza que llega y que se extiende,/ al modo de las olas en la playa, con la luz del espíritu, pretende/ echar pujante y atrevida raya./ Sucédense los pueblos a los pueblos/ como un río grandioso/ que sale de los siglos... con sus grandes hombres... en ellos las razas sintetizan su experiencia” (7). Aquí ya se percibe la posterior devoción de Ricardo León a la imagen de las razas caminando a través de los siglos, que surgiría a menudo en el conjunto de su obra, desde *Casta de hidalgos*, y el influjo en ambos, Reina y León, de la *Leyenda de los siglos* del romanticismo a lo Víctor Hugo. Incluso, el tono de *El bloque* de Reina sugiere trazos visionarios muy próximos a lo onírico, a la contemplación de ese tránsito de las razas entre los siglos tras un velo de ensoñación. Y, como veremos más adelante, el recurso de Ricardo León a los sueños para dibujar el viaje supratemporal de las razas, y en concreto de

las esencias de la “raza española”, sería recurrente en bastantes de sus obras en prosa y verso.

Otro de los elementos básicos de *El bloque* es el sometimiento a la voluntad de Dios frente a la soberbia del hombre, y así advierte que, a pesar de los inmensos intentos de antiguas civilizaciones -Babel y su torre, Egipto y sus pirámides, Babilonia, Israel y su templo salomónico, Grecia y el Partenón, Roma y su Capitolio- para emular las creaciones de la divinidad, “Nada hay que llegue hasta las sacras huellas de Dios, que encierra la absoluta gracia”. Y añade “es más grande la temida muerte con que Dios a los hombres esclaviza” (8). Idea ésta, de subordinación a lo divino, que formaran muy pronto parte esencial de la mentalidad y la moral de Ricardo León.

En esta línea, Rueda anunciara luego la “Cruz como antorcha de la nueva raza”. Una raza, “moderna” y “hermosa”, que “es la latina, Italia, Francia, la inmortal Iberia... mundo elegido que a la luz camina”. Una raza prevenida: “que del Norte el esplendor deprimes, del Norte que te acecha cauteloso” (9). Esta visión idealista, nacionalista y mística de la historia se encontrara como soporte en la obra de León, defensor del destino superior de la latinidad católica frente al mundo norteamericano y anglosajón -en línea con algunos de los presupuestos del modernismo latinoamericano, como evidencia la poesía de Rubén Darío, por ejemplo-, y ferviente devoto del signo de la cruz como emblema de cultura y victoria -baste recordar al respecto su obra *Los caballeros de la Cruz*.

El segundo canto de *El bloque* habla de “Un pueblo que camina a la victoria... una falange innúmera de seres... un ejercito audaz... por las cuestas que a la gloria ascienden ganando la simbólica montaña, bajo los cielos que su azul extienden a Italia y Francia, Portugal y España” (10). Ese ejercito, integrado sucesivamente -y en este orden- por magistrados, reyes y presidentes, periodistas, comerciantes, obreros, mujeres, sacerdotes,

militares, aristócratas, banqueros, campesinos, arquitectos y poetas, esta siempre guiado por “la Cruz triunfante” y lleva “cual signo de victoria a Cristo por sublime relicario, ¡que para hollar las cumbres de la gloria todo tiene en el mundo su calvario!” (11). Al margen de la curiosa y jerárquica composición de tal ejército -muy relacionada con la mezcla de tradicionalismo y vanguardismo estéticos propia del modernismo de Reina-, se reitera en estos versos el impulso general de lo latino católico, tan caro a León y que fue uno de los objetivos manifiestos de su literatura. Tras prevenir a la nueva raza: “los esclavos rudos, el Norte todo acecha para en sus fauces ávidas dar fin a todo tu poder”, remacha Rueda en sus estrofas finales: “Llegó ¡oh raza latina! la luz grande del día/ en que a los tiempos leges con noble valentía/ tu monumento eterno, tu templo secular;/...

¡Arriba, arriba, oh raza que a las demás dominas/ y que, al pasar, el mundo de glorias iluminas como a su regio paso lo va alumbrando el sol!” (12). Espíritu y estética que podemos fácilmente identificar con la ideología y sentimientos del poeta autor de *La lira de bronce* y *Alivio de caminantes*, del narrador de *Casta de hidalgos*, *Humos de rey* y *Los trabajadores de la muerte*, y del ensayista de *La voz de la sangre* y aun de las páginas en principio periodísticas de *Europa trágica*.

Poeta, por otra parte, colorista, admirador de lo erótico y de lo grecolatino en sus niveles más accesibles, andalucista hasta lo folklórico, practicante de una religiosidad tradicional y conservadora, ruralista y en cierto modo naturalista, más parnasiano que simbolista, con intencionalidad popular en lugar de devoción por las torres de marfil, Rueda sería reconocido como un maestro peculiar de las nuevas generaciones modernistas ya a comienzos de siglo, no solo, como cabría esperar, por Ricardo León, sino incluso por Gabriel Miró, quien hacia 1908 le dedicó en Alicante una *Ofrenda* lírica. Es, sin embargo, un modernista muy singular, nada evanescente y decadentista, e ideológica y estéticamente representante

de la vertiente conservadora del movimiento, hecho que le haría ser, hasta su muerte en 1933, muy admirado por León a través de los años. Tanto que en un periodo tan crucial y cargado de trabajo y éxito como el de 1925-26, Ricardo León tendría tiempo de mantener -como veremos más adelante- una correspondencia en la cual el viejo maestro devolvía los halagos y consideraciones del que fuera su discípulo. A esta admiración de tendencia por Salvador Rueda se sumaría Juan Ramón Jiménez, y de ella dejó constancia el 9 de abril de 1933 mediante el artículo “Colorista español” publicado en *El Sol* de Madrid, y que sería el primer texto juanramoniano sobre el modernismo en su aspecto histórico-literario. Al respecto, hay que precisar que la iniciación poética oficial de Juan Ramón tendría lugar durante un viaje a Madrid en 1900, a invitación de Villaespesa y Rubén Darío, y que en realidad optaría pronto por el modernismo dariniano y mantendría las distancias con lo que él llamaría el modernismo colorista. En realidad, estas distancias críticas se mantendrían sobre todo ante la variante del modernismo español que Juan Ramón llamaría “Villaespesismo”, y que, ligada a quien paradójicamente consideraría su mentor poético inicial, Villaespesa, estaría caracterizada, según el poeta de Moguer, por el cliché de la temática exotista, exterior, colorista y de fáciles efectos sensoriales o sentimentales.

La estela de Salvador Rueda perduraría en el tiempo hasta años tan relativamente cercanos como 1944, cuando se publica en Buenos Aires una *Antología poética* de éste, en la editorial Pleamar, colección Mirto dirigida por Rafael Alberti, con selección y prólogo de éste, póstico de Rubén Darío y palabras finales de Miguel de Unamuno. Tal volumen, integrado por cinco apartados: “Poesías”, “El poema a la mujer”, “Lira religiosa”, “Romancero”, “La procesión de la naturaleza”, “Visiones nuevas”, “Los bárbaros en Roma” y “Sonetos”, sirve de soporte a unos juicios de Alberti hasta ahora poco difundidos, y de gran interés para valorar los influjos de

Rueda en la poesía española. En el prólogo de Alberti titulado “Visita a Salvador Rueda” dice el poeta del Puerto de Santa María: “Ya andaba casi ciego, él, vieja cigarra del campo malagueño, ebria hasta el frenesí de su sol de la siesta, insoportable contra el mar y las cales tirantes de las casas. Yo pretendía entonces ser pintor. Alardeaba dieciocho años y una medio voluntaria idea incompleta de la obra de Rueda y de los demás. Sólo me sabía de memoria -¿quien no en aquella época?- La princesa está triste, de Rubén Darío, y unas rítmicas parrafadas de un libro vacuo y pretencioso de Ricardo León: La escuela de los sofistas. Para hacer apenas cuatro años que como alumno de los jesuitas obtuviera un hermoso suspenso en Preceptiva Literaria, creo que mi cultura poética moderna rebasaba con mucho el nivel de lo corriente en un muchacho recién llegado a Madrid de un pueblo de beatos y borrachines” (13). Después, Alberti narra un encuentro y conversación con Rueda en Málaga en los siguientes términos: “Salvador Rueda me surgió primero en el escaparate de una librería de la calle de Larios. Allí lo vi sentado en el marco de un libro -sus *Poesías completas*-, apoyada la mano en la sien pensativa orlada de laurel, árbol que para Rueda produjo más coronas que el número de versos salidos de su lira circunstancial y arrebatada. Días después ya lo vi de verdad. Pero ¡qué lastima! Un viejo sombrerillo de fieltro le apretaba la frente y no las verdes hojas (de fúlgida hojalata) preferidas de Apolo. Sus negros anteojos y un andar casi a tientas, vacilante, buscando con la mano el filo de las cosas, parecían reclamar la presencia de un perro lazarillo. Estaba pobre, olvidado, oscurecido, como su vista, aquel hombre, flor natural y sol en las regias diademas de tantas justas y torneos poéticos hispanoamericanos... Rodeaban mi visita los llenos anaqueles empolvados de un saloncillo de la Biblioteca Provincial, de la que Rueda era director, mínima recompensa de la localidad a la larga y exaltadora obra de su poeta” (14).

“-Estoy torpe. Casi no veo... Para alegrarle y distraerle del presente, le pregunté por sus viajes, sus noches coronadas de triunfo por América, sonando, de pronto, el nombre de Rubén Darío. -¿Rubén Darío? Gran poeta, ¿cómo no? ¿Pero usted cree que hubiera podido existir sin Rueda? Muchos, tanto aquí como allá, le deben todo a Rueda, aunque no quieran confesarlo. Aquella autocita de su nombre encerraba cierto dramatismo y, en parte, cierta verdad. Ecos suyos, retazos de sus luminarias verbales e innovaciones rítmicas pude más tarde comprobarlos en esos muchos -no tantos- que a Rueda le amargaban y que sin duda habían contribuido a oscurecerle. -¿Y los más nuevos?, me atreví a insinuarle, sin ni yo saber bien a quienes me refería. -¿Jiménez? ¿Nervo? ¿Villaespesa? Poesía femenina. El parnaso moderno tiene voz de mujer” (15). Y concluye Rafael Alberti: “Esfuerzo la memoria por fijar aquí, ahora, algo más de lo dicho aquella tarde de Málaga por su desvalido cantor. Sólo recuerdo una palabra que repitió con insistencia y que con poco embozo la aplicaba a su propia poesía: requintar, es decir, subir o bajar cinco puntos una cuerda. Aunque a toda la guitarra de Salvador Rueda le faltó precisamente ese requintamiento que la hubiera elevado a permanencia de oro, su estrepitoso bordoneo, su rasgueo chispeante aún nos llenan de vida, de la sal y los soles de su tierra maravillosa” (16).

Y añade Rafael Alberti en una nota tras este prólogo: “Salvador Rueda se sobrevivió demasiado. Con el triunfo del modernismo, de quien él es un claro precedente, vio elevarse a sus costados, tanto en España como en América, poetas cuya altura, cuyo nivel de canto echaron sobre el suyo, hasta achicarlo y hacerlo enmudecer, una densa cortina de sombra, que esta Antología trata de levantar. Y no sólo presencié el auge del modernismo y los que de esta escuela arrancaron, sino que alcanzó a ver el de la preclara generación poética española surgida en los primeros años de la postguerra del 14” (17). Y Unamuno, en sus palabras finales a esta antología indica

respecto a Rueda: “Nada habla más en favor de él que el verle tan sencillo, tan abierto, tan infantil, en el mejor sentido, en el sentido divino de esta palabra, cuando de poder justificarse la soberbia se justificaría en él más que en todos los soberbios que conozco. Su arte es espontáneo; en él nace como flor de los trigales, lo que es en otros flor de tiesto... Son sus libros ventanas abiertas al campo libre, donde se vive sencillamente, sin segunda intención, bajo la luminosa gracia de Dios” (18).

Retomando nuestro asunto central, la influencia de Rueda en León, y la admiración de éste último por el primero, estarían acompañadas por unas excelentes relaciones personales entre ambos. Claro exponente de esas relaciones, mantenidas a lo largo de los años hasta la muerte del poeta malagueño, es, junto a una muestra de correspondencia que veremos más adelante, cierta composición que dedicaría Rueda a León. Incluida en la galería lírica que sirvió de pórtico a la edición conjunta *Lira de bronce y Alivio de caminantes* hecha en 1942 por la madrileña Librería General de Victoriano Suárez; esta composición fue al parecer escrita por Salvador Rueda en Madrid hacia 1915 y publicada por primera vez en alguna de las revistas literarias que entonces aparecían en la capital del país -se conserva en el archivo familiar de León en su residencia sin datación-, con el título de “A Ricardo León” y acompañada de una reproducción de un retrato de nuestro escritor pintado por Joaquín Sorolla. En sus estrofas Rueda manifiesta su sincera y temprana admiración por León con los siguientes términos:

“Cáliz de oro trabajado al fuego
del amor y el dolor, tienes el vino
dulce y ardiente, generoso y fino,
Lacryma Christi de andaluz trasiego.
Del mar latino y español y griego

traes en la sangre, con su azul divino,
la sal, el sol, la embriaguez, el sino
proceloso y ferviente y andariego.
Por el nombre y el ímpetu, Ricardo
Corazón de León, místico dardo
traspasó con más fuerza tus entrañas:
¡el que encendió en más anchos ultramares
la pasión de la Cruz en los altares
de cinco mundos y de veinte Españas!”

Volviendo al ámbito de las influencias y coincidencias, otro de los elementos comunes de Reina y Rueda que incorporaría a su poesía y a su prosa Ricardo León sería el patriotismo, tanto en su ámbito nacional como regional. La poesía patriótica se diferenciaba de la que podríamos llamar civil en el hecho de que solo trataba los aspectos positivos del ser nacional, para transmitir un sentimiento patriótico claro y sencillo. Reina escribiría al respecto poemas como “A la patria” y “Quintana” (en *Andantes y alegros*, 1877), y Rueda el titulado “¡Españoles, viva España!” (publicado en *El Heraldo de Madrid* el 15 de agosto de 1895). El regionalismo, sobre todo en su derivación andaluza, seguiría en ambos poetas los cauces del nacional-patriotismo, superando el costumbrismo andalucista abierto por Fernán Caballero en su momento, y llegando en el caso de Rueda a adquirir tonos de regionalismo andalucista culto, con poemas centrados en diversas ciudades de la zona: “Córdoba” (en *El país del sol*, 1901) o “Sevilla, en abril” (*En tropel*, 1892). Salvador Rueda sería también quien proporcionaría muy posiblemente a Ricardo León la afición literaria al concepto de esencia nacional, en relación con una valoración de la características de la raza. Este asunto de la valoración de la raza, tan querido por León, quedaría fijado con nitidez por Rueda en su *El bloque* (dentro de

Cantando por ambos mundos, 1914). Es en este texto, expresión tardía pero exacta del nacionalismo racial de Rueda, donde, como indicamos, se plantea el papel de las diferentes razas en la historia de la humanidad, como advertimos antes, calificando de “nueva raza” a la latina, que bajo el signo de “la Cruz” y como “raza moderna” es superior a las razas del Norte. Incluso se hace alusión al conflicto entre la raza anglosajona y la latina, dentro de unos parámetros que sería familiares en la obra de Ricardo León, quien los utilizaría tanto para elevar lo español sobre todo lo demás, como para -invirtiendo querencias- defender a lo germánico frente a lo francés en su concepción del mundo, y muy especialmente en sus crónicas de guerra *Europa trágica*, en 1917.

Junto al patriotismo, el primer modernismo de Reina y Rueda desarrollaría una crítica de la sociedad y de los aspectos más modernos de ésta, dentro de los márgenes de la poesía civil y como exponente de la ideología oficial de la burguesía aristocratizante de la Restauración. Esta poesía civil manifestaría a la vez una fe idealista en el progreso y una condena de la maldad moral y el vicio del hombre contemporáneo, considerando a la amoralidad un fenómeno típico de la realidad presente. De aquí a la añoranza de supuestos tiempos pasados en lo que reinaban virtudes luego perdidas apenas había un paso. Que dieron enseguida Reina y Rueda, y tras ellos Ricardo León. Paralelamente, se dará un ensalzamiento de la vida rural y campestre frente a la ciudad repleta de anomalías y elementos materialistas y hedonistas. Poemas de Reina como “Desde el campo”, o “Desde la corte” (en *La vida inquieta*, de 1894) son emblemáticos de este “menosprecio de corte y alabanza de aldea” tan tradicional en nuestras letras a partir de Guevara.

La recuperación del cristianismo desde una perspectiva cada vez más conservadora, que se detecta muy pronto en los textos de Rueda, iría además acompañada de un nuevo e incipiente temor a las masas

revolucionarias, patente ya hacia 1878 en el citado poema de Reina “Los rojos” (insertado en *Cromos y acuarelas*). Esa recuperación, o redescubrimiento neoconservador de los postulados del catolicismo a modo de antídoto contra el decadentismo y los vicios del siglo, más el temor de la burguesía emergente y de tendencias aristocráticas ante el avance de las masas obreras y revolucionarias estaría igualmente presente en las obras de madurez de Ricardo León.

El tema del patriotismo, en León y en sus maestros Reina y Rueda, se nutre por otro lado de una inclinación tardorromántica -o si se quiere, posromántica- muy acusada en los tres autores. La tendencia, especial pero no únicamente registrada en poesía, a prolongar tradiciones y modelos líricos provenientes del Romanticismo histórico resultaba común a finales y principios de siglo. Con el ejemplo no tan lejano de Zorrilla y Núñez de Arce, los primeros modernistas comenzaron a frecuentar las referencias medievales, con imágenes estereotípicas de aquel tiempo oscuro y valoraciones idealizadas de conceptos como el honor, la lealtad, la fe religiosa, la ligazón a la tierra, o el amor cortes; valores todos ellos que de alguna manera se verían prolongados literariamente por el modernismo tradicionalista de Reina y Rueda, y por el tardomodernismo conservador de León. Este último, traspasaría pronto esta tendencia de la poesía a la prosa, con la creación de su novela *Casta de hidalgos* en 1908. Reina y Rueda compartirían igualmente el deseo de cultivar cierto orientalismo poético -deudor de Víctor Hugo-, con poemas como “Canción árabe”, en *Cromos y acuarelas*, 1878, y “El turbante”, en *El país del sol*, 1901. Algo de este afán orientalista, tan propio del modernismo como del romanticismo español -y francés-, alimentaría a Ricardo León en las estrofas de “*Las quimeras de la vida*”, en 1898. Cabe recordar desde otro territorio, el hecho de que Reina se acercara también al mundo nórdico a partir de perspectivas tardorrománticas y modernistas, con poemas tan significativos como “El

castillo de Dunstan. Crónica escocesa” y “Erico”, en su poemario *Andantes y alegros*. E igualmente que le atrajera el mundo clásico para mostrarlo con tintes cargados e intenciones didácticas, en poemas como “La ceguedad de las turbas” (en sus *Poemas paganos* de 1896), senda que también siguió Rueda con el poemario en trece sonetos *La bacanal* hacia 1893. León evitaría por lo general en la paulatina formación de su corpus estético e ideológico tradicionalista, los temas nórdicos y romanos, pero utilizaría el sentido de denuncia que conllevaba la crítica del paganismo y su decadencia frente a la savia nueva del cristianismo.

Llegados a este punto, conviene reconocer la influencia de Gaspar Núñez de Arce (1832-1903) tanto en los primeros modernistas españoles de raigambre tradicional, como en el propio Ricardo León.

Desarrollada a modo de especial variación del tardorromanticismo, la poesía de Núñez de Arce, personalidad del liberalismo moderado y amigo de Sagasta, se materializó en libros tan significativos en su tiempo como *Gritos de combate* y *Raimundo Lulio*, publicados en 1875, *La selva Oscura*, *El vértigo* y *La última lamentación de Lord Byron*, impresos a su vez en 1879, *La visión de fray Martín*, en 1880, y *¡Sursun cordam!* en 1900. Esta poesía aunaba la inclinación hacia el simbolismo presentido y el cultivo de algunos de los asuntos que surgirían dentro de lo que sería el modernismo, con una veta conservadora en el ámbito cultural y religioso, completada con una visión catastrofista de su época, cierta añoranza del pasado y un sentido nacional-patriótico evidente. Con estos componentes, era fácil que el poeta de Valladolid dejara su impronta en los primitivos modernistas españoles de la vía tradicionalista y en Ricardo León como seguidor de aquello, tras el abandono por este de sus iniciales posiciones radicales y universalistas -expresadas en *La lira de bronce* de 1901-.

De entre las ideas y estéticas recogidas por Ricardo León de Gaspar Núñez de Arce, ya directamente, ya a través de Rueda y Reina, destacan en primer lugar la consideración del dolor como tránsito purificador, la ignorancia última del sentido de la vida, la prevalencia del amor divino sobre el humano, y el tono de desencanto ante las posibilidades del hombre y sus creaciones. Ideas éstas que pueden rastrearse en los versos de *La selva oscura*, creación calificada por su autor -en el prólogo de *El vértigo* de 1879- como una composición en la que, muy pre-modernistamente, dice: “he pretendido velar mi pensamiento, sin hacerle incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo” (19). Otras ideas de Núñez de Arce tomadas por León son las relativas a la crítica espiritualista del mundo y el cristianismo como tabla de salvación, expresadas junto a la pintura catastrofista de la historia en el poema del primero “La duda”, o la inclinación a un providencialismo cristiano y a una visión tremendista o apocalíptica del paso de los siglos, subyacente en la composición “Leyendo el monólogo de Hamlet”.

Amigo de Núñez de Arce, aunque no compañero de generación, y autor también leído por Ricardo León e influyente en nuestro escritor, fue el poeta leridano de origen leonés y crianza granadina Manuel del Palacio. Nacido a finales de 1831, del Palacio perteneció al grupo granadino integrado por Manuel Fernández y González, Pedro Antonio de Alarcón y los periodistas costumbristas Leandro Pérez Cossío y José de Castro y Serrano. Autor muy celebrado como representante de la corriente tradicionalista en el último romanticismo español, del Palacio tuvo en su juventud -al igual que León- ideas políticas radicales, que fue atemperando luego hasta convertirse en diplomático de carrera y publicista liberal moderado. Considerado por la crítica de la época como un autor garante de la pureza del idioma y de la tradición nacional libre de influjos extranjerizantes, su estela sería seguida

en este doble sentido por poetas del sesgo de Antonio de Zayas, Manuel de Sandoval y nuestro Ricardo León.

Entre los años 70 y 80 de su siglo, del Palacio vino a ser una especie de modelo para los poetas admiradores del último romanticismo, y su poesía, junto con la de Gaspar Núñez de Arce se relacionaba con las normas canónicas del idioma, mostraba intenciones de trascendencia en cuanto a los pensamientos que exponía, y defendía una moralidad de fondo conservador generalmente aceptada. Al margen de cierto tono satírico o irónico, que no se encuentra apenas en el conjunto de la poesía de León, la lírica de Manuel del Palacio debió de nutrir a la de nuestro escritor en ese triple afán por la pureza, a veces arcaica, del idioma, la trascendencia conceptual y la moralidad general. También debió hacer lo propio en cuanto a intencionalidad narrativa, más que simbólica, y a objetivo didáctico, de utilidad en la difusión de ideas, sin contar con el hecho de que ni en del Palacio ni en León abundan los poemas amorosos placenteros, y de que ambos buscaban que los temas tratados en sus versos se correspondieran de alguna manera a la realidad de su tiempo vivida por las nuevas clases cultas.

Uno de los críticos y estudiosos que apoyaban la línea tradicionalista en la poesía española de la época, Jacinto Octavio Picón, señalaría en el prólogo a las *Obras escogidas* de Manuel del Palacio -publicadas en 1916 por la madrileña Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos- que éste tenía entre sus principios, amén del patriotismo y el respeto a la tradición literaria y nacional, “el culto a la conciencia” y “el convencimiento de que nada hay duradero en la vida” (20). A partir de estos principios, Picón advierte que en la poesía de Manuel del Palacio se refleja “el tributo que el alma rinde a la vida entre placeres cortos y amargas verdaderas. Pero la tristeza que esto implica no le hace pesimista ni va más allá de una melancolía tranquila, que el mismo rodar de la vida desvanece o

consuela a poco que luzcan la verdad, el bien y la belleza. Sus poesías... nunca entebrecen el ánimo porque en el rastro de ideas que dejan prevalecen siempre la calma y la cordura”. (21).

Todas estas características harían a Manuel del Palacio grato para Ricardo León, y los influjos de aquel en éste pueden rastrearse tanto en un libro inicial como *La lira de bronce*, en forma de ingredientes pacifistas, libertarios y críticos, como en otros posteriores del relieve de *Alivio de caminantes*, aquí ya en forma de elementos de patriotismo o de redentorismo cristiano. Baste al respecto citar algún que otro poema pacifista de Manuel del Palacio como “La guerra de dos pueblos” (1870), de sesgos libertarios, como “La profecía” (1868) y “La libertad” (1873), patrióticos, como “La bandera española” (1870), o de redención religiosa en la vía cristiana, como “Magdalena” o “¡Yo pecador!” (ambos de 1874). En “La bandera española”, cuyo primer verso nos recuerda el título de la que sería con el tiempo autobiografía novelada de León *Roja y gualda*, decía Manuel del Palacio desde una temprana inclinación nacionalista: “De rojo y amarillo está partida;/ Dice el rojo del pueblo la fiereza;/ El amarillo copia la riqueza/ Con que su fértil suelo nos convida./ Plegada alguna vez, jamás rendida,/ Ningún borrón consiente su pureza,/ Y aun al mirarla doblan la cabeza/ Los que a su sombra fiel hallan cabida./ Si hoy, como en otra edad, al mundo entero/ Leyes no dicta desde polo a polo,/ Ni el sol la manda su fulgor primero,/ Cuando con vil traición o torpe dolo/ Pisarla intente audaz el extranjero,/ ¡Teñida la veréis de un color solo!” (22)..

Las relaciones entre la producción literaria y las posturas creativas del primer Ricardo León con otros dos poetas significativos del modernismo español, el murciano Ricardo Gil y el jienense Alberto Álvarez Cienfuegos, son diferentes en el tiempo y en los aspectos formales, pero coincidentes en cuanto a sensibilidad e inclinaciones estéticas. En el caso de

Gil esa proximidad se advierte sobre todo en el poemario de éste *La caja de música*, publicado en 1898 en Madrid por “La España Editorial”, y en el de Álvarez Cienfuegos en el volumen *Andantes*, impreso en Madrid por Pueyo Editor en 1910. El primer título, *La caja de música*, recuerda a *La lira de bronce* de Ricardo León, y el segundo, *Andantes*, a *Andantes y allegros* de Manuel Reina.

Ricardo Gil, poeta que nació en 1855 y llegó a su madurez con la Restauración, publicó su primera colección de versos en 1885, titulándola *De los quince a los treinta*, tradujo a Musset *Confesión de un hijo del siglo*, - y murió en 1908, publicándose un año después una colección inédita de sus poemas con el título de *Último libro*. Su estilo inicial se basaba en la combinación de cierto sentimentalismo moralizante y una preocupación social, al tiempo que mostraba su rechazo ante la mediocridad de las nuevas capas burguesas españolas. Junto a todo ello hereda el tradicional “menosprecio de corte y alabanza de aldea” de la vieja poesía castellana -al igual que Reina y Rueda-, la también tradicional tendencia a penetrar en el mundo del inconsciente -los sueños- y la memoria, y la no menos tradicional convicción de que, marcada por la fugacidad y la ilusión, “la vida es sueño”. En sus poemas se fomenta la adhesión a los principios del cristianismo y del sentido patriótico, y se preconiza la reconversión al catolicismo como sistema de valores orientador de la sociedad, e incluso la supremacía moral de la naturaleza regida por la divinidad sobre el hombre y sus construcciones sociales. A la par hay en su trabajo recursos tan típicos del primer modernismo como la admiración por la antigüedad clásica, el misticismo y

un medido erotismo. Utiliza un lenguaje sencillo, casi becqueriano, y cultiva un pesimismo crítico de raíz romántica que va en aumento según pasan los años y se consolida su obra. En el núcleo de su trabajo el dolor se hace inevitablemente poesía. Se desliza también hacia tonos de espiritualismo y

de elegías ante la marcha de las cosas en el siglo que para él se abre lleno de

claroscuros y pérdidas de la ingenuidad y la sencillez de tiempos pasados.

En *La caja de música* -obra de gran éxito en su tiempo- se advierten coincidencias con el mundo estético y el pensamiento de Ricardo León ya en el primer poema, el titulado “Preludio”, donde se señala que el cauce del autor “Es humilde caja, no lira arrogante... En ella reposa con tranquilo sueño, la vieja canción” (23). Adelanto de intenciones similares a las de León, quien elige el bronce -no cualquier metal precioso- para definir a su propia “lira”, que además tañe naturalmente con el fin de recordar las notas de la tradición española, su particular “vieja canción”. En ese mismo poema, Gil advierte contra el favor de las mayorías -”Con su lira el Genio, por la gloria lucha,/ y el aplauso escucha/ de las multitudes que rindió a sus pies./ El cilindro lo sabe, girando en la caja,/ que en vano trabaja:/ silencioso olvido le espera después” (24) -, una advertencia que recoge y amplía sistemáticamente en sus obras Ricardo León. Las prevenciones contra los aprendices de brujo -en “Aguafuerte”- y contra las multitudes “que dictan omnipotentes su ley” -en “De paso”-, preceden en este poemario de Gil a la afirmación del dolor como certeza de perfección y aún de supervivencia -en “Memento”, “Morfina” y “El lirio blanco”-, el convencimiento de las limitaciones del hombre -en “Mi único enemigo”-, la fugacidad y banalidad del simple amor carnal -en “¡Para siempre!”-, la entrega a los designios de la divinidad -en “Para una Kermesse” y “La parábola del sembrador”-, la confianza en la redención del pecado -representado éste por la mujer en “Vidriera”-, y la identificación del hogar y la familia con la virtud -en “El testamento de Friné”-. Existe también una denuncia del escepticismo -en “La parábola del sembrador”-, una exaltación del amor familiar -en “Los juguetes de la abuela”-, y un rechazo del hedonismo y la frivolidad, desviaciones adjudicadas en primera instancia a la mujer -en “El

testamento de Friné” de *La caja de música*, pero también en “Cenizas” y “Revelación” de *Últimos poemas*-. Ideas estas que en su totalidad impregnan igualmente la poesía y la prosa de Ricardo León, y que éste leyó inicialmente con toda probabilidad en las creaciones de Gil. Hay incluso en *La caja de música* una formulación de hidalguía y superioridad moral, de raíces cristianas, que se detecta también como núcleo del pensamiento de León a lo largo de todas las obras de éste. Esa hidalguía cristiana, o mejor aun católica, es la que Gil formula en su poema “Bondad” en los siguientes términos: “De igual modo los seres superiores,/ del dolor vencedores,/ realizan en la tierra virtud,/ sin contar las heridas de su seno/ ni la amargas gotas del veneno/ que en su cáliz vertió la ingratitud” (25).

Alberto Álvarez de Cienfuegos, más joven que Ricardo León, pues nació en 1885 en la localidad jienense de Martos -en el seno de una familia granadina, que en 1902 regreso a su ciudad de origen-, y murió en Puertollano en 1957, bebió las fuentes del modernismo español en la obra de Francisco Villaespesa -sobre todo en el poemario de éste *Tristiae rerum*, de 1906-, al que dedicara como maestro su primer libro, muy a la moda titulado *Andantes*.

Poeta seducido por la musicalidad, el ritmo y el color, junto a lo costumbrista, y dentro del mismo impulso modernista que Ricardo León, la relación literaria entre ambos es perceptible en la clara y casi continua dedicación, bajo esos parámetros de color y costumbrismo, a asuntos y perfiles andaluces. En el caso de Cienfuegos con libros como el poemario *Generalife*, de 1916, y el de prosa poética *Los dos alcázares*, *Alhambra* y *Generalife*, a los que seguirán *Cármenes de Granada*, *Solar andaluz* y *Cuando el Darro canta*. Esa búsqueda del ser andaluz, a partir de una poesía fijada por una postura anímica de malestar espiritual, es común a Cienfuegos y a León. Como también es común a ambos la constatación de una realidad desconsoladora, descreída y egoísta, y la consiguiente

búsqueda de una ilusión -una mística- que de sentido a la existencia. E igualmente, en línea con los presupuestos modernistas, un pesimismo y una tristeza filtrados por la admiración del vitalismo del pueblo “sano”, admiración ésta que Cienfuegos y León seguramente heredaron del andalucismo literario de Fernán Caballero. El sentido de transición de la existencia humana y de la vejez palpada en la juventud liga finalmente a Alberto Álvarez de Cienfuegos y a Ricardo León, un sentido de inspiración cristiana -el célebre “Valle de lágrimas”- que el primero fija ya en su primer libro, concretamente en el poema “Cansancio”, al decir: “Duro es mirar, cuando a vivir se empieza,/ este sello infinito de tristeza/ que debiera envolver solo lo inerte.../ Mas en mi plena juventud advierto,/ que si el cuerpo tal vez se encuentra fuerte,/ el alma ya hace tiempo que se ha muerto” (26).

Por otra parte, y paralelamente a esta aproximación a las influencias y cercanías de algunos modernistas en y con Ricardo León, conviene señalar que el modernismo español adquiriría muy pronto diferentes tonalidades, tanto que incluso sus primeros detractores, como por ejemplo Leopoldo Alas “Clarín” o el crítico Jacinto Octavio Picón, se verían obligados a diferenciar entre los modernistas extranjerizantes y los que entroncaban con la tradición nacional, aceptándose entre éstos últimos los nombres de Antonio de Zayas, Manuel de Sandoval, Vicente Medina, Arturo Reyes, José Antonio Balbontín y nuestro Ricardo León.

Ricardo León y Román nació en Barcelona el día 15 de octubre de 1877, festividad de Santa Teresa de Jesús, aunque por haber transcurrido parte de su adolescencia y juventud en Málaga, se le haya creído en ocasiones natural de esta ciudad andaluza.

Fue su padre Francisco León Jaramago, natural de Higuera de Bargas, en la provincia de Badajoz, que siguió la carrera de la Armas y murió a los 42 años de una angina de pecho, siendo capitán en el regimiento de Borbón, destacado entonces en la capital de provincia donde nació. Su madre, Carolina Román y Guraya, nacida en Madrid, fue maestra y ella enseñó las primeras letras al futuro escritor que al morir su padre contaba once años.

Comenzó a estudiar bachillerato en el instituto de segunda enseñanza de Badajoz, continuándolo después en Málaga, dónde lo terminó con apuros. En sus primeras épocas de estudiante en Badajoz y Málaga, el pequeño León obtuvo calificaciones brillantes en las disciplinas que luego marcaría su quehacer vital, tal y como consta en los cuadernos de notas que se conservan en el archivo familiar de nuestro escritor. Así, obtendría, por ejemplo, sobresalientes en Latín y Castellano en el curso de 1890, y en Historia Universal y Francés al año siguiente, en el instituto de Badajoz, y notable en Retórica y Poética en 1894, ya en el instituto de Málaga. Sin embargo, la época de su niñez y el comienzo de su juventud fueron difíciles

para Ricardo León, aunque en ellos, según confesaría luego, templó su espíritu.

La estancia de Ricardo León con su madre en la localidad jienense de La Carolina, tras la muerte del padre, fue entre julio y diciembre de 1891, fecha del asentamiento definitivo en Málaga. En esta ciudad mediterránea y andaluza trabajó como tipógrafo, recién acabados sus estudios, hacia 1896.

Aunque tenía una gran afición para seguir la carrera paterna, es decir, la militar, lo impidió su salud -fue declarado inútil para el servicio militar por miope-, y optó por dedicarse a las letras, afición heredada de sus padres. Su primer poema publicado fue “La manigua”, romance sobre el ocaso colonial,

publicado en el periódico malagueño *La Unión Mercantil* el 1 de noviembre de 1897. En esa época introdujo el “de” en su apellido y firmaba Ricardo de León y Román. Después publicó el poema “Análisis”, crítica lírica del saber analítico desde la valoración de la infinitud del espíritu, que apareció en el mismo periódico el 7 de diciembre de 1897.

El 9 de marzo del 98 publica el poema “La rosa seca”, sobre el paso del tiempo y el envejecimiento de la mujer-rosa, en *La Unión Mercantil*, y el 30 del mismo mes el poema “Hastío”, versos escépticos influenciados por las *Doloras* de Campoamor. Con la derrota ultramarina publica “El regreso. A los mártires de la patria”, el 30 de agosto de 1898 en *La Unión Mercantil*; poema dividido en dos secciones, una dedicada a los repatriados y la segunda a los que no vienen. La fábula de la composición se resume en el regreso de un infeliz soldado que observa como la multitud está aclamando a un afamado torero, en el más puro estilo crítico del 98.

Sobre los veinte años de edad escribió el libro-poema *Las quimeras de la vida (Fantasía oriental)*, que se publicó en 1898 -posiblemente septiembre- en el folletín de *La Unión Mercantil*. Es un opúsculo de 72 páginas, dedicado a su primo Ricardo Pérez de Camino y Román. Consta de una

introducción, tres partes y un epílogo. En torno a la duda ante lo ignoto, la obsesión por la fe, se observa el legado del misterio romántico, el más allá no tocado por la ciencia, la invocación de la Quimera, del ideal y la ilusión. El poeta nos regala con el programa simbólico de cuatro hermanos turcos alrededor de los cuales rodará la acción: Hahckem, grave filósofo de inteligencia clara, el sabio y jefe de los demás, Kadir, el guerrero audaz y robusto que vive retirado tras victoriosas campañas, Ahywal, fanático, perezoso y fatalista, y Gomel, ciego tierno y dulce. Cada cual tiene sus quimeras o ambiciones, la del primero es lo aún ignoto, la del segundo la gloria militar, la del tercero el ocio sin límite, el menor carece de ambición alguna.

Impreso en la malagueña tipografía de Poch y Creixell, *Las quimeras de la vida (Fantasía oriental)* muestra en su primera parte una división en tres subapartados: “Constantinopla”, “El cuadro” y “Los personajes”. Hay una descripción de Constantinopla como símbolo de lo exótico y del oriente romántico por antonomasia. En “el cuadro” se describe el hermoso y risueño lugar donde se alza la casa de los protagonistas, y en “los personajes” los atributos de los protagonistas, que predeterminaran sus andanzas posteriores. La segunda parte esta integrada por “La noche”, “La aparición” y “El amanecer”. La primera es una descripción a lo nocturno oriental, la segunda muestra la danza de los fantasmas de las quimeras de los cuatro hermanos: un guerrero, un joven trovador, una hurí, un joven pálido y triste que representa el amor, y la sombra de la muerte... en “El amanecer” se ve como el único de los hermanos que ha satisfecho su ambición es Gomel, pues la muerte ha cumplido su promesa de descanso divino. Lo que hace el poeta es mostrarnos un universo lírico a medio camino entre *La leyenda de los siglos* y el *Gran teatro del mundo*, tamizado por la también visión universal de *El diablo mundo*. La tercera parte, subtitulada “Historia de los

cuatro hermanos”, narra los fracasos de las ambiciones de los tres hermanos. En “El cementerio”, subtítulo del “Epílogo”, los tres hermanos llegan al sepulcro del pequeño Gomel, como punto terminal de sus fracasadas quimeras. Aparece el espectro de Gomel, que da una lección de moral sobre la vanidad de la existencia. *Las quimeras de la vida* es un poema filosófico-narrativo que recoge influencias de Espronceda, Zorrilla y Campoamor; con especial cuidado personal de la forma del poema, métrica y ritmo.

Ricardo León se dedicó al periodismo, fue redactor desde finales de 1897 de *La Unión Conservadora* -periódico fundado por Diego Borrajo y Verdugo-, que dirigió durante algún tiempo en 1899, hasta que cerró en la primera mitad de 1900. Sus colaboraciones poéticas aparecían en *La Unión Mercantil*”, periódico progresista y republicano; que fue el principal medio para la expresión de las ideas progresistas en Málaga hasta la fundación de *El Popular* en 1903. Así pues, simultaneó su labor en *La Unión Conservadora* con las colaboraciones poéticas en el progresista *La Unión Mercantil*. Fundó junto a otros escritores, *La Información*, de breve vida y que apareció el 21 de agosto de 1901 como órgano del partido liberal. La hoja literaria de esta publicación, llamada *Los lunes de La Información*, recogía entre sus colaboradores a gran parte del plantel modernista del momento: Rueda, Reyes, Villaespesa, Salvador González Anaya y Jacinto Benavente. Escribió también en la revista *Luz y Sombra*, quincenario ilustrado, progresista y anticaciquil, que apareció en enero de 1901 y fue dirigido por el modernista Francisco Lasso de la Vega. Igualmente escribió en *La Opinión*, semanario político liberal cuyo primer número salió el 11 de julio de 1901.

El 1 de enero de 1901 se publicó en Málaga un *Álbum conmemorativo con el que los escritores malagueños solemnizan la entrada del nuevo siglo*,

editado por Zambrana hermanos, y donde Ricardo León incluyó el poema “Ante el nuevo siglo”, junto a Salvador Rueda, “En la playa”, y González Anaya, “Paisaje arcádico”. En Málaga publicaría también nuestro autor su primer volumen en mayo de 1901, el tomo de poesías *La lira de bronce*. Antes, el 30 de abril, apareció en la revista granadina *Idearium* el poema “Canción hebrea”.

En 1897, de acuerdo con las consideraciones de Ara Torralba en su análisis acerca del modernismo castizo (27), había ya para los críticos y lectores dos malagueños que despuntaban sobremanera en el ámbito literario: Salvador Rueda y Arturo Reyes. Considerado por la historiografía literaria como puente oficial hacia la poesía modernista finisecular, Rueda también fue en realidad puente para la “gente nueva”, radical y, como entonces se llamaba, “luchadora”, y así lo reflejo en su composición “Camafeos”, de 1897, titulada “A los luchadores”. Rueda colaboró asiduamente en *La Unión Mercantil* de 1893, enviando poemas y cuentos. Ese año muere Zorrilla y en la revista *El Eco de Málaga* dirigida por Narciso Díaz de Escovar aparecen poesías de Rubén Darío y de José María de Heredia.

Manuel Reina, recuerda Ara Torralba (28), es a su vez flamante senador por Huelva y mantiene contactos con los círculos literarios malagueños. Francisco Villaespesa, según el mismo estudioso (29), llega a Málaga en septiembre de 1897, allí el almeriense conoce a Ricardo León y a Díaz de Escovar. Un año después, en marzo, Villaespesa publica su primer poemario, *Intimidaciones*, que apuntala la temática de lucha y combate - palabras clave de la poesía de los siguientes años-, con un ideario republicano y utopista. Antes, en 1875 y en 1879, Gaspar Núñez de Arce había escrito respectivamente *Gritos del combate* y *El vértigo*. Toda esta resurrección de una poesía de lucha por el progreso, la libertad y la justicia - heredera de Quintana, Espronceda, Hugo, Byron, etc- conllevará un renacer

de la vieja sensibilidad romántica en pos de la revolución burguesa que tantas veces había fracasado en España. Esta confluencia de gritos de combate y de telurismo teñido de cuestiones sociales facilita, como percibe Ara Torralba (30), el modelo a los poetas jóvenes de este peculiar resurgimiento con tonos regeneracionistas. Unos jóvenes aun ignorantes de las divisiones posteriores entre noventayochistas y modernistas. Divisiones que además quizás hayan sido exacerbadas de forma artificial, según consideraría Juan Ramón Jiménez. Y cabe recordar aquí las apreciaciones de Ricardo Gullón acerca de una cierta cercanía entre el modernismo inicial de Unamuno, solapado por su declarado antidecadentismo y antirretoricismo, y el pensamiento profundo de Rubén Darío, solapado a su vez por el esteticismo y el simbolismo decadentistas.

Ricardo León se incorporará con prontitud a estas formas poéticas. Tres meses después de haber compuesto *Las quimeras de la vida*, escribe el poema “¡Adelante!”. En 1899, año de la segunda y triunfal estancia de Rubén Darío en España, que supone el momento culminante de la poesía luchadora, confundida con el auge regeneracionista y nacional. Aparece

Entonces *Luchas*, segundo poemario de Villaespesa -tras sus *Intimidades* de 1898-, algunas de cuyas poesías se publican en *Revista Nueva*. Para entonces -mayo de 1899- la labor de Francisco Villaespesa como puente entre Madrid y Málaga había conseguido los primeros frutos en beneficio de nuestro Ricardo León: pudo éste colocar una de sus composiciones en *La Revista Moderna*, un soneto sin título de tono titanista, el 14 de enero de 1899, tal y como subraya Ara Torralba (31). Ese año los nuevos poetas controlan la revista *El Arte Moderno*, donde Ricardo León publica el 28 de febrero el poema de lucha titulado “Ante la lid”, luego “Preludio”, el 10 de abril, y “Nostalgias” el 30 de abril. Y también ese año colabora con

“Preludio” en la revista *El Álbum de Madrid*, donde también escribirán los principales nombres del nuevo modernismo combatiente: Rueda, Darío, Villaespesa, Martínez Sierra, Gómez Carrillo y Manuel Machado. En *El Álbum* hay una creciente aproximación a la estética parnasiana, que ha adquirido nuevos bríos con Darío, y a un decadentismo representado por los *Cuentos del Norte* de Enrique Gómez Carrillo, e incluso un interés creciente hacia D’Annunzio. La fruición por todo lo enfermizo o morboso, más las inevitables princesas pálidas ligadas al prerrafaelismo, indica Ara Torralba (32), van sustituyendo paulatinamente a las arengas y odas combatientes.

La reacción patriótica frente a unos poetas cada vez más influidos por la poesía francesa y cierto rechazo del panfleto jacobino que animaba los poemas más radicalmente luchadores, harán que hacia 1901 el modernismo oficial, más consolidado, prescindiera de la estética de combate; asimismo la redención, el entusiasmo y los renacimientos de alborada y renovados amaneceres irán pasando paulatinamente al arsenal ideológico de las nuevas derechas.

Hay que tener en cuenta que hacia 1900 la poesía del primer modernismo, sobre todo la de Rueda y Reina, ya era en cierta medida aceptada por la crítica oficial, pues a pesar de sus innovaciones se había adaptado a los valores literarios y extraliterarios de la época. Entre las innovaciones destacaban la tendencia a la idealización de lo sensorialmente perceptible y el tratamiento de asuntos como la naturaleza, la antigüedad clásica vista desde una perspectiva hedonista, la sensualidad y el placer erótico. Esta poesía del primer modernismo se desdobra poco a poco en una tendencia liberal, revolucionaria y estrictamente modernista y otra conservadora, de tintes reaccionarios y que se nutre de la veta tradicionalista de la poesía española. Esta última, considerada casticista, y de la que fue adalid con el tiempo Gabriel y Galán, sería la que al final prevalecería en Ricardo León.

Sin embargo, la relación estética entre ambas corrientes será muy estrecha, y además se mantendrán por igual dentro de los códigos literarios de la época. Ambas participaran del ideal de la poesía como ejemplo de belleza que transmite valores esenciales de forma comprensible para el lector contemporáneo. Tendrán también una inclinación común hacia las descripciones detallistas y sensorialistas de paisajes, objetos y personajes, la seducción de lo femenino con ribetes eróticos, la valoración de la naturaleza como espacio de fertilidad, y la práctica de una variedad métrica.

Es también en 1900 cuando el regionalismo en su variante andaluza de raíz tardorromántica, del que hacían gala Rueda y Reina, comienza a ser tan imitado como superado por los más jóvenes autores del primer modernismo. Ricardo León y Salvador González Anaya, junto al también malagueño Arturo Reyes -victorhuguiano éste de pro en sus iniciales *Intimas* y *Desde el surco* de 1891 y 1896-, empiezan a tocar los asuntos andalucistas bajo una idea de crítica social, deteniéndose incluso en la tristeza que producía el atraso de la región.

En 1901 aparece *La lira de bronce*, editada en Málaga por Manuel Zambrana, con 130 páginas. No tiene colofón, carece de fecha exacta de salida de la imprenta. Si bien consta en la portadilla el año de salida, el lugar y la marca de “Zambrana Hermanos. Impresores”. No tuvo en principio una gran acogida, y cabe destacar solo los elogios que recibió en el periódico radical y republicano *El Evangelio* por el redactor Eduardo Albareda, quien diría en una nota crítica recogida por Ara Torralba (33) que “Hay en este libro algunas poesías magistrales... Ningún poeta de los que viven hoy -ni Reina, ni Núñez de Arce, ni Villaespesa-, ninguno ha hecho una poesía tan hermosa como la titulada “Mané, Thecél, Pharés”.

Los 27 poemas que integran este libro representan la aportación de Ricardo León a la estética de lucha que habían mantenido los jóvenes

poetas del modernismo entre 1898 y 1900. Precedido por una fotografía del autor a la moda, el “Preludio”, poema que abre el tomo, es dedicado por Ricardo León a Nicolás Muñoz Cerisola, viejo batallador radical de la Revolución de 1868. Este poema viene a ser por una parte una definición del propio arte del poeta, en línea con la moda abierta por el poema “Mi lira” de Manuel del Palacio en 1884, y por otra una declaración de guerra contra el universo caduco de la burguesía de la Restauración, en el más puro talante del modernismo revolucionario, y con una mística del combate, bajo la cual los tiempos de lucha se homologan a los del cambio de siglo. Tales componentes se mantendrán a lo largo de todo el libro, desde una posición estética en la que, como se indica en estos versos, “¡al dulce brindis de las copas de oro contestarán los inflamados bronces! ¡Combatir sin cesar!: la vida es esta. Sin luchar, sin sufrir, nada se alcanza”; (34).

Una breve panorámica de algunas estrofas de “Preludio” nos sitúa enseguida en el mundo revolucionario e inconformista del primer Ricardo León: “¡Lejos de mi la lira melodiosa/ que en tono afeminado se une al coro/ que resuena en la orgía bulliciosa,/ cantando al vino y al placer y al oro!/ ¡Lejos de mi la hipócrita alegría,/ el inútil placer, la torpe calma;/ tiempo es ya de vencer esta atonía/ que con su inercia esteriliza el alma!”. Luego se pregunta el poeta: “¿Quién contempla impasible la presente/ sorda abominación que en torno zumba?/ ¿esta raza menguada y decadente?/ ¿este mundo social que se derrumba?/... ¿Quién ante tanto cúmulo de enojos,/ ante la inicua y contagiosa mengua/ dobla la voluntad, cierra los ojos,/ renuncia a la virtud, ata la lengua?”. Para enseguida contestarse a sí mismo, con

un antiguo recurso argumental: “¡Jamás! ¡no seré yo! ¡mi pobre lira/ sus más rudos acentos ha de darme/ y si la Musa mi canción no inspira/ notas la indignación ha de prestarme!”... “¿Quiero siempre vivir como un valiente,/ cogiendo espinas en lugar de flores/ quiero morir luchando frente a frente/

como aquellos antiguos gladiadores!/ ¡La Musa del guerrero es quien me inspira,/ la Musa de laureles coronada!/ ¡yo soy un luchador! ¡pulso la lira/ como pudiera manejar la espada!” (35).

El siguiente poema, “¡Surge, poeta!”, está dedicado a Francisco Villaespesa -autor un año antes, en 1900, del libro esencial para el modernismo castellano *La copa del rey de Thule-*, y constituye una singular mezcla de mística del combate, tardorromanticismo estético e ideológico y providencialismo, este último centrado en una visión del poeta como ser elegido, como taumaturgo capaz de sentir e interpretar el rumbo de la naturaleza y de la historia.

Entre otros, ciertos versos de este poema dicen: “¡Surge, poeta! Como el sol radiante,/ que en el glorioso azul del firmamento/ el haz de rayos de su luz flamea,/... y alza tu voz enérgica y valiente,/ como fiero huracán omnipotente,/ sobre el ronco fragor de la batalla./ ¡Águila real del pensamiento humano, tu que te yergues en el hondo arcano/ que como abismo inmaterial rodea/ la cumbre sideral del Universo.../¡Tú, sacerdote de glorioso culto,/ tú, que adivinas lo inmortal, lo oculto,/... Tú, que los rayos de la luz flameas,/ de la luz inmortal y creadora;/ sacerdote inmortal de las ideas,/ tú, que cual Dios, con la palabra creas,/”. Después, llegan unos toques críticos y radicales: “Es hora de luchar. Aún hay cadenas,/ cetros y espadas que romper; aún gimen/ negros dolores y dolientes penas/ y aún sus cervices de impudicias llenas/ alzan triunfantes la opresión y el crimen.”... “El fanatismo, el odio, la impudencia,/ quieren poner la universal conciencia/ bajo el dominio de su férreo yugo;/ la Justicia y el Bien marchan errantes/ sin encontrar sus quejas suplicantes/ el estro vengador de un Víctor Hugo!”. Y concluye León: “¡Surge, poeta! Con viril acento/ lanza el rayo inmortal del pensamiento... y sean en el combate tu palabra/ flecha, espada, clarín, látigo y lira... Canta poeta, con viril acento,/ la justicia, el amor y las virtudes;/ sé el intérprete fiel del sentimiento,/ del valor, de la fe, del

pensamiento,/ del alma de las rudas multitudes./... despertando entusiasmos y energías/ y abatiendo ominosas tiranías/ y quebrando diques y cadenas./ Fustigando sin tregua a los tiranos/ escarneciendo las injustas manos/ y quebrando las soberbias frentes/ y desgarrando los impuros velos”. (36)

El tercer poema, “El crepúsculo de los dioses”, no sólo recuerda por su denominación la obra que Nietzsche escribió en el verano de 1888 y que aparecería con el título de *Götzen-Dämmerung oder wie man mit dem Hammer philosophirt -Crepúsculo de los ídolos o Como se filosofa con el martillo-*, sino que sus contenidos están repletos de un nietzscheanismo primitivo que raya en presupuestos libertarios. Dedicado a su maestro en el modernismo Manuel Reina, este poema arranca con unos versos sumamente esclarecedores respecto a las posiciones ideológicas del primer Ricardo León: “¡Ya estallan los sangrientos episodios,/ arde la indignación, rugen los odios,/ vibran sin tregua llameantes iras,/ y surgen poderosas e indignadas,/ a demoler dispuestas, las espadas,/ las piquetas, las hoces y las liras!... Caminamos a pasos de gigante/ al drama apocalíptico, un constante/ vendaval de tormenta nos azota;/ la humanidad, la sociedad presente,/ marcha al galope, despeñada, ingente,/ a una oscura y terrible bancarrota./ La conmoción se acerca: los Estados,/ esos viejos seniles y gastados,/ yacen sin vida y sin calor apenas,”. Con una serie de secuencias visionarias y catastrofistas resuelve luego León el poema: “Ya los dioses se marchan, ya se siente/ la pertinaz necesidad ardiente/ del torbellino vengador y ciego/ que anime los espíritus, que encienda/ los corazones, que en brutal contienda/ cauterice las llagas con el fuego./ Ya el titán popular, fiero y sublime,/ la mortífera carga que le oprime/ sacude al fin de los robustos hombros,/ alza la frente en ademán de guerra/... El dios de las tormentas vengadoras/ su cólera encendió; contó las horas/ de iniquidad, de inercia y de desmayo/ y vibró en el espacio, antes sereno,/ la voz apocalíptica del

trueno/ y la espada magnífica del rayo./ Y en el rojo crepúsculo, en derrota,/ van fugitivos, con la espada rota,/ llenos de miedo y de pavor, los reyes,/ ¡falange de titanes derrotada,/ generación de dioses despeñada del viejo Olimpo de las viejas Leyes!” (37).

En el poema “Las aves de la muerte”, dedicado a Narciso Díaz de Escovar -poeta malagueño amigo de Salvador Rueda y autor de versos muy andaluces-, Ricardo León hace profesión de fe anticolonialista, hecho sumamente arriesgado en esas fechas, cuando aún era reciente el descalabro español en Cuba, Puerto rico y Filipinas, y estaba en plena efervescencia la quiebra histórica de la que se nutriría la Generación del 98. El principio de este poema es ya elocuente al respecto: “¿A dónde van las naves, las poderosas naves/ volando en el Océano... ¿a dónde van las rudas e innúmeras legiones/ con su marcial desfile de espadas y cañones?/ ¿a dónde van los bravos caudillos europeos?/ ¿A dónde van los hijos de Albión y de Lutecia,/ de Prusia y de Moscovia, de Escandinavia y Grecia,/ los fieros poloneses, los rudos castellanos?/ ¿qué tempestad potente, qué bélica cruzada/ os pone de tal guisa la relumbrante espada/ en las sangrientas manos?”. Y la segunda mitad de esta composición no es menos evidente en cuanto al referido e imprevisto anticolonialismo: “¿dónde el botín, el oro, la presa ensangrentada,/ que recoger ansiosos en la ralea airada/ debajo de las sacras cenizas de la muerte?/ ¡Qué campos de batalla miraron vuestros ojos?/ ¿qué pueblos desgraciados os brindan sus despojos?/ ¿qué envidias despertaron vuestras pasiones fieras?/... ¡Pueblos abominables, decrépitas naciones/ de la caduca Europa, podridos corazones,/ que entronizáis el rudo derecho del más fuerte!/ ¡Os odio y os maldigo! del mundo desolado,/ sois el azote odioso, terrible y despiadado,/ ¡sois las sangrientas aves, las aves de la muerte!” (38).

“El canto del Asia” es el siguiente poema de León en este volumen, y en sus estrofas se conjugan ingredientes de antieuropeísmo,

anticolonialismo y, frente a la posterior evolución del escritor, incluso de anticristianismo. Todo ello junto a notables influencias de “El canto del cosaco” de Espronceda, aquella composición de 1838 en la cual se hacía una condena del ámbito civilizado y decadente de una Europa sometida al mercantilismo y la carencia de ideales. En los versos de León que forman “El canto del Asia”, al igual que en los de “El canto del cosaco” de Espronceda, la energía de los pueblos considerados bárbaros por los europeos se contraponen a la fragilidad e injusticia del estado de nuestra civilización. Así, proclama nuestro autor al comienzo de su creación: “¡Hijos del Sol! ¡Os llama la ruda guerra,/ la guerra redentora, la guerra santa!... ¡Tus muros y tus templos son profanados!/ ¡las tumbas de tus héroes están abiertas!/ ¡el ejercito altivo de los cruzados/ otra vez con sus cruces está a tus puertas!... ¡Quieren clavar sus cruces en los pensiles/ de vuestros campos bellos y patriarcales/ y profanar con negros ferrocarriles/ la soledad sagrada de tus juncales!... ¡Hacer crujir la fusta de los esclavos/ en la espalda morena de vuestros hijos/ y clavar en los pechos de vuestros bravos/ sus cetros, sus espadas, sus crucifijos!”. Y continúa en esta tónica al exclamar “¡Oh, maldigan los cielos la torpe raza/ que envía sus guerreros y capitanes/ a robar vuestros templos y a daros caza/ como a tribus de tigres y de caimanes!...¡despierta Oriente augusto! ¡tus templos cierra!/ ¡Europa tu enemiga su furia explaya/ y suenan sus clamores de triunfo y guerra/ en las cumbres de nieve del Himalaya!/ ¡Despertad de sus éxtasis a los brahmanes,/ a los viejos brahmanes ya semimuertos;/... ¡A esos viejos mogoles, de faz oscura/ que ciñen a su pechos rojizas pieles,/ a esos feroces tártaros de la llanura/ que cruzan como flechas en sus corceles!/ ¡Despertad en sus tumbas a los guerreros/ a esa casta de Alíes y Tamerlanes,/ que abaten más cabezas con sus aceros/ que selvas y navíos los huracanes!... ¡Llamad al poderoso Shiva, que habita/ en los verdes boscajes que el Indo baña;/ despertad en la

tumba, donde dormita,/ al tenebroso Viejo de la Montaña!/. . . ¡Despierta Oriente augusto, tierra de gloria,/ que tu canto de guerra tremole y vibre,/ quiero verte abrazado con la victoria,/ soberbio, independiente, triunfante y libre!” (39).

En “Mané, Thecél, Pharés”, poema de evocación hebrea y bíblica dedicado a Don Manuel Altolaquirre, se toma como inspiración una célebre composición de Heinrich Heine, el “Belsazar” o “Baltasar”, escrito hacia 1827, y en la cual se dibujaba a Babilonia como la gran cortesana, mercado de todos los vicios y corrupciones. Ricardo León hace gala en su “Mané, Thecél, Parés” de un profundo libertarismo, casi anarquizante, y con ribetes simbólicos, a lo largo de todas sus estrofas. Entre éstas cabe destacar las siguientes: “¡ Tiembla, negra ciudad, símbolo odioso/ del poder pervertido y orgulloso,/ de la sombría sociedad presente;/ el hierro de las iras populares,/ el hierro de los odios seculares,/ vengo a marcar sobre tu impura frente!... ¡Diosa de piedra, corazón de cieno,/ que ofreces de tus vicios el veneno/ en espléndida copa cincelada;/ tu has matado el amor y la justicia,/ en tus manos culpables se desquicia/ la tierra aniquilada!/ ¡Mercado colosal donde se vende/ la universal conciencia,/ omnímoda opulencia/ que a corrompido lupanar trasciende!”. Y a éstos clarificadores versos que muestran la ideología del poeta, siguen los que afirman “¡soy la invisible, la segura mano/ que señala la bíblica sentencia,/ el dictado fatal de la conciencia/ en el festín sacrílego y profano! ¡Soy el nuevo Daniel!... ¡Mané, Thecél, Pharés; ya el iracundo/ clamor de la tormenta vengadora/ resuena tremebundo!/ ¡ya se anuncia la era redentora/ al pueblo inmenso que trabaja y llora/ en las profundas cárceles del mundo!/. . . El odio ardiente por doquier aumenta/ como voraz y gigantesca llama;/ ¡ay de ti la orgullosa, la opulenta/ la que de sangre y llanto se alimenta,/ cuando comience el tenebroso drama!” (40). A partir de este crescendo, el poema se eleva hasta tonos de arenga destructiva, al exclamar “¡Temblad, oh

poderosos! Aquel día/ la triste raza, la legión sombría/ de todos los esclavos de la tierra,/ como furiosa, colosal jauría/ galopará sin freno, en son de guerra,/ como una inundación desesperada,/ y al quebrantar la sociedad malvada/ como una caña en sus ciclópeos brazos/ lanzará a los abismos de la nada/ vuestro infame poder, hecho pedazos!/ ¡Vendrá la tempestad! ¡Un implacable/ hálito de justicia, formidable/ azotará la tierra poderosa,/ y la canalla hambrienta y tenebrosa/ que se arrastra entre ruinas y entre lodo/ renacerá potente y vigorosa/ para en sus brazos destruirlo todo!”. Y culmina León este poema anunciando: “¡Qué gloria entonces, cuando alzando hermosa/ mi bandera sangrienta y soberana,/ interrumpa por fin, ciudad odiosa,/ tu eterna y laboriosa,/ terrible digestión de carne humana!/ ¡Oh, entonces recobrando/ mi dulce y bella libertad salvaje,/ como corcel sangriento, galopando/ sin freno, sin rendaje,/ soberbio, libre, con la crin tendida,/ en los inmensos valles, aspirando/ auras de libertad, auras de vida,/ lleno de gozo el corazón ardiente,/ elevaré en la tierra redimida/ la Virgen Libertad resplandeciente!” (41).

Las raíces e impulso del modernismo más transformador se advierten a su vez en el poema “El triunfo de la luz”, una hermosa composición simbólica dedicada a Antonio Fernández y García. Con recursos de Reina y Rueda, estos versos dibujan una sutil estampa modernista: “Del viejo alcázar en los viejos muros/ con recio impulso tremolando el viento/ logró vencer la secular techumbre/ y penetrar en el recinto negro./ Por el camino abierto a la intemperie/ entró el sol a torrentes, como un beso/ apasionado de la luz, rielando/ en las penumbras del marmóreo suelo,/ como un rayo de sol de primavera/ allá en la cripta secular de un templo./ Fue aquello una invasión del mundo alegre/ que ríe en las campiñas, como un reto/ de la luz a la sombra, como un himno/ de Offembach en el mundo del silencio” (42).

Estampa que adquiere tonos de ingenuidad y pintura tardorrománticas en sus versos finales: “Así también el porvenir riente/ con soplo audaz de

perfumado viento,/ con plenitud de nidos y palomas/ de gérmenes, de luz y de gorjeos,/ penetrará como invasión alegre/ de lo pasado en el vetusto templo; derribará los moribundos ídolos,/ renovará los horizontes viejos,/ y erigirá su tálamo de amores/ sobre las tumbas de los dioses muertos”. (43)

El siguiente poema, titulado “El himno a la esperanza”, representa una concesión al utopismo juvenil propio de la edad del poeta en el momento de su composición, y en algunas de sus líneas se advierte tanto la influencia - intermitente en toda la obra de León- de la visión onírica de siglos y edades tomada de Victor Hugo, como el afloramiento primario de la estética de un radicalismo perceptible, pero sin definir del todo ideológicamente. Este “himno” empieza exclamando de forma altisonante: “¡Cantad, oh pueblos, a la luz naciente/ del sol del porvenir y de la gloria,/ y surja al fin la juventud valiente/ construyendo en las ruinas del presente/ el monumento de la nueva Historia!”. Poco a poco, el poeta intuye “... una Edad esplendorosa/ donde feliz se encierra/ la humanidad triunfante y redimida/ conquistando las glorias de la vida/, la verdad y el amor sobre la tierra.” Y actuando como vidente y luchador al tiempo, cierra con estrofas repletas de utopismo muy de comienzos de siglo, y tensamente pasionales, el poema: “¡Trabajad y esperad! En el presente/ sembrad sin tregua la verdad futura,/ que ya vendrá la convulsión potente/ e invadirá la tierra floreciente/ una aurora de amor y de ventura./ Vendrá la luz para alumbrar la gloria/ que irradiarán sobre la nueva historia/ los nuevos genios al progreso fieles;/ la libertad descenderá a raudales... Brillará eternamente sobre el mundo/ el iris del progreso, astro fecundo/ de un cielo de virtud y poesía;/ vendrá la paz, florecerá la ciencia,/ y afirmará la humana inteligencia/ su gloria y su inmortal soberanía./ ¡Cantad, oh pueblos! a la luz naciente/ del nuevo sol que sobre el mundo avanza;/ renazca al fin la juventud ardiente/ reconstruyendo audaz sobre el presente/ el templo colosal de la esperanza!” (44).

En el poema “¡La gloria nos llama!”, que Ricardo León dedica a Salvador González Anaya -el autor de los *Cantos sin eco* en 1899-, se trazan los colores y el pensamiento de un andalucismo al que el autor, criado en Málaga, no podía sustraerse. Dice primero en consecuencia: “Descolguemos la lira andaluza/ la lira dorada,/ cuyas cuerdas son fibras al genio/ de la raza morisca arrancadas,/ cuyos áureos reflejos son hebras/ del sol esplendente de Málaga”. Para terminar pidiendo, con total costumbrismo, y sin rebozo: ¡Cantemos amores/ a compás de la triste guitarra;/ las estrofas de fuego que dicta,/ la musa andaluza, la musa gallarda,/ la arrogante odalisca agarena/ que dormita en la espléndida Alhambra... ¡Cantemos amores,/ y alegrías y fe y esperanzas; nuestra joven y audaz fantasía/ se remonta batiendo las alas,/ por los cálidos cielos azules/ que coronan los campos de Málaga!” (45).

En una similar línea andalucista, aunque entreverada del leve erotismo propio de una lírica amorosa, se encuentra el poema “Alborada”, dedicado a una musa anglosajona llamada Sara Norman. Esta composición es una de las más formalmente modernistas del libro, con quintetos endecasílabos provistos de dos pies quebrados heptasilábicos a lo Rubén Darío. En ella, los inicios del poema son tan de ambiente andaluz como ingenuistas: “¡Es hora de cantar! Andalucía,/ la sultana inmortal, la reina mora,/ radia su eterna juventud de aurora,/ ante la luz del día,/ y se despierta lánguida y fragante/ ebria de amor, de luz y de alegría/ a los besos de Dios, su eterno amante./ ¡Ave, Sara gentil, musa radiosa!/ Alza la frente juvenil y hermosa/ donde la brisa en tu cabello juega; brillen ante la luz de la mañana,/ tu regio busto de vestal romana,/ tu majestad de semidiosa griega... La juventud espléndida y lozana/ como un aroma de tu ser emana;/ el Amor en tu espíritu se anida/ -crisálida entre blancas azucenas-/ y el vino generoso de la Vida/ fermenta y corre en tus azules venas/” (46). El tono admirativo crece, sin insinuar claramente pretensiones amorosas, y rondando al final el

misticismo prerrafaelista alrededor del típico emblema modernista del cisne: “¡Ave, Sara gentil! ¡Ave, princesa/ princesa anglo-española:/ por tu dulce candor eres inglesa; por tu gracia, legítima española! En ti se junta y brilla/ la sangre londonesa/ con el fuego de Málaga y Sevilla/ la balada escocesa/ se une en ti con la alegre seguidilla... Cisne de amor cuyas virgíneas plumas/ surcan lagos azules y risueños/ ave que surges en las áureas brumas/ de mis éxtasis... largos como sueños. (47)”

Presentada como “Paráfrasis del Cantar de los Cantares”, la siguiente composición de *La lira de bronce*, titulada “Canción hebrea” es una elaborada poesía amorosa en la cual la voz narradora efectúa un cambio de sexo, algo no demasiado común en las creaciones de Ricardo León. Las estrofas se encadenan a partir de una nítida declaración pasional: “¡Oh mancebo magnífico a quien amo! ¡ven, al dulce reclamo/ de tu gentil y enamorada hebrea,/... Las tórtolas arrullan en las viñas/ y brotan las campiñas/ rosas y miel de Jericó; ante el ara/ de nuestras bodas, tu llegada espera/ tu dulce compañera,/ amante como Ruth, fiel como Sara/... He encendido incensarios y pebetes; me he adornado con áureos brazaletes, y he desnudado mi amoroso pecho; he cubierto de rosas orientales,/ con rústicos cendales/ las vigas de ciprés de nuestro techo”. Dibujando en la conclusión del poema una escena de evidente y acertado erotismo clásico: “Desceñida la túnica ligera,/ suelta la cabellera,/ los pies desnudos y desnudo el pecho,/ aguardo tu llegada/ febril y enamorada,/ insomne y sola en el caliente lecho...” (48)

Retorna León en el poema “Malagueña” al costumbrismo andalucista que salpica buena parte del libro, en este caso con unos versos neopopularistas que dicen “y onduló otra vez la copla... Fue un himno dulce y sentido/ y fue una música alada,/ el sentimiento de un pueblo,/ el poema de una raza,/ el grito de unos amores/ y la elocuencia de un alma/... La hermosa canción gemía/ dulce, muy dulce, muy larga./ Y murió como una

virgen/ que muere de amores... pálida,/ triste, doliente, llorosa,/ llena de ternura el alma./ Dióla su adiós lastimero,/ sollozando, la guitarra/... Y en las mudas lejanías/ de la noche solitaria,/ murió, vibrando, la copla/ que brotó de la garganta/ de una arrogante morena,/ la más hermosa y gallarda/ que pudo besar la luna/ en una noche de Málaga.” (49). Resulta pintoresco por otro lado que esta composición, “Malagueña”, aparezca dedicada a la tía santanderina de Ricardo León, Josefina Pérez de Camino y Román.

De aquí pasa Ricardo León a un evidente simbolismo decadentista, con el poema llamado con acierto “La canción de la muerte”, curiosamente no dedicado. En consonancia con la conjunción de ingredientes mórbidos y eróticos propia del simbolismo francés y su subsiguiente decadentismo, el poeta manifiesta al principio de esta composición: “¡Ay que triste es la vida, amor mío!/ ¡ay que triste es vivir, oh mi bella!/ ¡con el dulce elixir de la Muerte/ se curan los males, se calman las penas!”, para enlazar enseguida: “¡Oh mi hermosa amante!/ ¡oh virgen morena,/ de profundos ojos, de candentes labios,/ de robusto seno, de sedosas trenzas,/ opio de mi alma, calor de mi carne,/ alma de mis versos, sangre de mis venas,/ ánfora de amores, donde bebo el vino/ de las alegrías y de las quimeras,/ cáliz de mis dichas, vaso de mis ansias,/ nido de mis sueños, copa de mis penas!”. Y, entre referencias a “penumbras de templo, silencios de selva, serena dulzura de mujer dormida”, cerrar esta composición con unas estrofas construidas con un abanico de elementos estéticos y simbólicos del más evidente modernismo: “¡Mira el atrio glacial a lo lejos/ y el vigía inmortal en la puerta,/ dando al viento baladas de amores,/ de amores de muerte, de amores que hielan!/ ¡Mira a la pálida Iseo/ reclinada en el lecho, en su tienda,/ con la fiebre de amor en el alma/ y la pálida muerte en las venas!/ ¡ha vertido en la copa de oro/ el filtro de amores que abrasa y condena!/ ¡bebamos! ¡la copa rutila!/ ¡las arpas preludian las bodas supremas!/ ¡bebamos el dulce licor de la muerte!/ ¡bebamos, mi amada!...¡la copa está llena!” (50).

Como concesión tardorromantica, dedicada a Perlita Muñoz Cerisola de Lanchas -hija de Nicolás Muñoz Cerisola-, aparece el poema titulado “Barcarola”, uno de los menos interesantes de *La lira de bronce*; excepto por el hecho de que muestra las influencias de la lírica de imitación surgida en todo el país tras la estela de Becquer. Una breve observación de sus versos es suficientemente explícita al respecto: “¡Oh perla de los sueños de los poetas,/ azucena impregnada de fresco aroma/, garza bella y alegre de alas inquietas,/ mezcla de niña, de ángel y de paloma!... Desciendes de la estirpe blonda y riente/ de esas vírgenes rubias, nunca marchitas,/ de esas rubias que evocan en nuestra mente imágenes de Ofelias y Margaritas... “Que brille en tus sonrisas la primavera,/ que tus dedos de nácar, rosa y armiño/ coronen de tu padre la frente austera/ con las perlas y flores de tu cariño./ Que el raudal de tu risa dulce y sonoro/ finja en su oído cantos dulces y bellos,/ que al besarle en la frente, tus trenzas de oro/ se engargen en la plata de sus cabellos./ Y que tus dulces labios llenos de aromas/ despierten los acentos de su poesía/ y hagan surgir sus versos, como palomas/ en los cielos azules de Andalucía” (51).

En “La canción de las vírgenes” surge un modernismo vitalista, muy de moda en el tiempo que nuestro autor escribía sus primeros poemas, y que actuaba desde una leve posición sensualista como contrapeso crítico al misticismo conservador que luego, paradójicamente, defendería y cultivaría literariamente el mismísimo Ricardo León. Así, el poema describe primero: “¡Canto seno amoroso y fecundo,/ cuánto cuello de cisne y de garza,/ cuánta selva de blondos cabellos,/ cuánto cuerpo de reina y de esclava,/ esperando la dulce caricia/ de una mano viril y adorada;/ cuánta boca esperando la boca/ que venga a besarla!”. Y continua, modificando el personaje narrador en femenino, pero en perfecto ensamblaje con lo anterior: “¿Cuando en nuestras bocas brotarán los besos,/ cuándo las canciones en nuestras gargantas,/ y los azahares en nuestros cabellos/ y las

dulces fiebres en nuestras entrañas?”. Para terminar, por encima de otras estrofas intermedias, retomando la primera voz masculina utilizada; con alguna inclinación prerrafaelista y un alarde de imágenes de cuño romántico: “¡Oh claustros desiertos, oh cunas vacías,/ oh rosas exangues, oh liras calladas,/

cosas tristes y oscuras y solas/ que sois las hermanas/ de las Vírgenes tristes y bellas/ heridas de amores, enfermas del alma,/ las que lloran olvidos que hieren/ tristezas que enlutan y ausencias que matan,/ las que esperan llorando en la noche/ sobre un lecho sin flores ni gasas... ¡ay que triste es la vida, Dios mío,/ sin besos que curan, ni amores que salvan!” (52).

En “Florescencia”, poema dedicado a Ramón A. Urbano -poeta integrado en la corriente casticista del modernismo-, Ricardo León se sumerge en las aguas de Eros y Tanatos, tan sugerentes para el modernismo y el decadentismo simbolista, al tiempo que se adscribe a las creencias en boga acerca de la reencarnación, y deja entrever cierto panteísmo. Es además esta composición, aquella de “La lira de bronce” en la cual se advierten más concesiones al ocultismo y el esoterismo, tendencias muy del gusto, estéticamente, de los primeros modernistas.

El poema comienza con una serie de premisas o afirmaciones de sesgo metafísico: “¡Morir es renacer! El cuerpo humano/ es aroma y es luz, brisa y colores;/ el mortífero efluvio del pantano/ es perfume en el cáliz de las flores./ La tenebrosa muerte está vencida:/ cuando en su seno la materia trunca,/ del sepulcro fatal brota la Vida/ más pujante y espléndida que nunca./ Los átomos del mundo son eternos/ y brotan sin cesar en las esferas./ Tras la triste aridez de los inviernos/ florecen las doradas primaveras;/... Todo triunfa, florece y se renueva. La Materia feraz, nunca extinguida, del Universo sin cesar se eleva/ con explosiones de pujante vida; y aunque los velos de su dócil forma,/ la Muerte, el Tiempo y el Dolor le roben,/ vibra, fluye, fermenta, se transforma/ y al fin resurge palpitante y

joven, aún más lozana, en victoriosa orgía/ de fuerza y de salud, pródiga,
fuerte,/

¡burlándose, en espléndida ironía, del Tiempo, del Dolor y de la Muerte!/.
El cierre y conclusión de esta “Fluorescencia” roza ya el hedonismo más
desafiante, contrario a la visión católica y conservadora de la vida y del
mundo como “valle de lágrimas”, que luego sería tan cara a Ricardo León...
“¡Gloria al amor! ¡Nuestro triunfal camino/ vibre al eco de espléndidos
placeres./ ¡Venid; bebamos del amor el vino/ en las bocas de miel de las
mujeres!/ En medio de las tumbas silenciosas/ donde la esfinge del Dolor
dormita,/ surja cubierta de azahar y rosas/ la espléndida escultura de
Afrodita, y sobre el haz de las marchitas flores/ que cubren los despojos
funerales,/ ¡cantemos ebrios de placer y amores/ el triunfo de los tálamos
nupciales!” (53) .

Después de estas exaltaciones más o menos vitalistas, León recupera los
tonos de catastrofismo crítico de las primeras composiciones de este libro,
con el poema titulado “El ocaso del siglo”. En él explicita nuestro escritor
el rechazo de la sociedad contemporánea del que hacia gala en aquella
época: “Ya nuestro siglo muere; ya el coloso,/ como en la playa el mar
tempestuoso,/ aún rebelde y altivo, se derrumba:/ muere como nació, fiero y
airado,/ por su mismo poder encadenado/ al borde inexorable de su tumba./
Arrullaron su cuna los cañones,/ las roncadas y selváticas canciones/ del genio
del dolor y de la guerra,/... ¡Oh sociedad presente, que al caso/ marchando
vas, sin que tu incierto paso/ guíen la fe, el honor, ni la esperanza,/ como el
triste y errante peregrino/ que, ya desorientado, en el camino/ más se
extravía cuanto más avanza!/ La nefanda ambición, la triste duda,/ el
grosero interés, la fuerza ruda,/ forman del mundo, el corazón, el centro.”
Esta percepción negativa de la sociedad de su tiempo, y aun de la marcha de
la

historia en general, queda fijada en las estrofas más definatorias del poema: “...la juventud presente/ débil, afeminada, decadente, lleva un germen de muerte prematura; en torpe y descuidada indiferencia/ buscando un incentivo en su indolencia/ sólo la copla del placer procura./... “Los genios del dolor y de la guerra/ esgrimen sus espadas en la tierra,/ aire de tempestad en torno zumba, las tinieblas avanzan paso a paso/, y el sol del siglo, en su sangriento ocaso/ sobre un mar de vergüenza se derrumba” (54).

El crescendo crítico y radical llega a configurarse en un neto libertarismo de tintes nihilistas, y aun de cierto anarquismo espartaquista, en el poema llamado, muy significativamente, “¡Demoled”. En sus versos iniciales sienta León las bases de todo el corpus doctrinal de la composición: “¡Alzad los brazos, los hercúleos brazos,/ las nobles frentes de robustos trazos,/ los rostros aquilinos!/ ¡no os afemine el ocio del destierro! ¡vuestras mazas alzad, brazos de hierro, brazos de campesinos!/ ¡cuerpos de gladiadores,/ acostumbrados a sufrir dolores,/ a encorvarse en la esteva del arado/ para que el hierro los terruños trunque/ cuerpos más duros que el metal forjado/ por el férreo martillo sobre el yunque!./... ¡Destruid, demoled, brazos de atletas; las hoces, las segures, las piquetas,/ brillen al sol en la campiña hispana!/ ¡demoled sin cesar, es vuestro oficio!/ ¡que ya otros brazos alzarán mañana/ del porvenir el sólido edificio!/ ¡Demoled las murallas colosales/ que nos quitan el sol, esos fatales/ antros de sombra en nuestros campos fijos!/ ¡derrumbad los alcázares ruinosos/ asilo de parásitos ociosos/ que nos quitan el pan de nuestros hijos!” (55). Al margen de esa comprometida línea en la que se utilizan como emblema de rebelión las hoces o segures y las piquetas, en un año tan temprano como 1901 y a solo un lustro de la primera revolución comunista rusa de 1905 que usó la hoz y el martillo como símbolo obrero y campesino, todo este fragmento del poema de Ricardo León destila una iconoclastia radical-anarcoide que le sitúa en las antípodas conservadoras que definirán la mayoría del resto de

sus obras posteriores. El final de “¡Demoled”!, a pesar de su esteticismo, alcanza cotas de paroxismo revolucionario: “¡Destruid, demoled, brazos gigantes,/ brazos de campesinos;/ quitad las zarzas que os hirieron antes,/ preparad los caminos/ por donde todos marcharemos luego/ a brindar por la paz tras de la guerra;/ surja entre tanto vuestro impulso ciego:/ ¡con el hierro y el fuego/ purificad y laborad la tierra!” (56).

Uno de los más extensos poemas de *La lira de bronce* es el titulado “Apocalipsis”, dedicado a Joaquín Navarro Saavedra, y donde Ricardo León desarrolla una visión catastrofista y milenarista dentro de un espacio onírico, técnica que siempre le atraerá tanto en poesía como en prosa. Desde una perspectiva confesada de ensoñación, las estrofas crecen en tono e intensidad... “Soñé... Marchando por ignota senda/ de abrojos, vime sin cesar. La sombra/ de una noche glacial entristecía/ los campos, igualados por la alfombra/ de la abundante nieve que caía./... Llegué por al pié de una montaña/ cuya gigante cresta de granito/ fundirse con la sombra parecía./ Sentí una interna sensación extraña/ que me impulsó a ascender: como empujado/ por una fuerza superior y enorme/ comencé la ascensión...” Prosigue la composición narrando la llegada a una cumbre del poeta con “la melena al viento”, para señalar: “Vi allá en el fondo de la inmoble sierra/ del mundo el tenebroso panorama,/ como trágica acción de horrible drama/ en el gran escenario de la tierra/... vibraban en los campos y ciudades/ las trompas y clarines de la guerra,/ sonaban a rebato las campanas,/ clamaban aterradas muchedumbres,/ y gemidoras quejas sobrehumanas/ estremecían las desiertas cumbres./ Vibraban las terribles oraciones/ del miedo y del dolor; las convulsiones/ de las viejas naciones moribundas/... Se oía el colosal derrumbamiento/ de pueblos y de razas y de hogares;/ el huracán violento/ que arranca de su sólido cimiento/ tronos, templos y bóvedas y altares... Iba en triunfo la Muerte... Reyes y patriarcas y guerreros,/ vírgenes, sacerdotes y agoreros,/ marchaban silenciosos y desnudos,/ en

desiertos mortíferos y mudos,/ bajo la inmensa garra de la suerte.” Desde su atalaya, el poeta escucha después aterrado como “Un inmenso clamor, ronco y profundo,/ un prolongado y misterioso acorde/ surgía de los ámbitos del

mundo./ Del fondo de los valles y del borde/ de las altas montañas, de los senos/ de la tierra y del mar, de sombras llenos,/ de todos los abismos de la tierra,/ de todas las tinieblas de la noche,/ surgía igual clamor, igual reproche,/ igual grito de guerra;/ grito ronco, profundo, penetrante,/ sollozo, maldición, queja, amenaza,/ De Profundis... inmenso, palpitante,/ elegía perpetua de una raza”. Y ante esa combinación de sensaciones desoladora, el poeta culmina así sus versos: “La inmensa y sollozante sinfonía/ -gritos sin fin en que el dolor estalla-/ la eterna, apocalíptica elegía/ zumbaba en la silente lejanía/ con clamores de circo y de batalla./ Y al irse los clamores apagando,/ mi espíritu gimió, quedo, muy quedo,/ y mi cabello se erizó de miedo,/ y a la mañana desperté llorando...” (57).

El tardorromanticismo que se aprecia en este “Apocalipsis”, también marca el siguiente poema del libro, llamado “Tempestades”, dedicado a Diego Borrajo, y en el que por un momento se llega incluso a evocar a Dante -como hizo antes Gaspar Núñez de Arce en su composición “La selva oscura”-. De entre sus estrofas cabe destacar dos fragmentos, el primero con trazos de desolación: “Tiemblan sobre el ara rota/ el monje y el patriarca,/ y se estremece el monarca/ ante el viento que le azota;/ todo se arruina y se embota/ ante el huracán que gira,/ todo fracasar se mira:/ la cruz, el cetro, la espada,/ la toga, el compás, la azada,/ y la corona y la lira.” Mientras el segundo viene a ser un llamamiento a la rebeldía de los jóvenes frente a una sociedad caduca: “¡Juventud bella y lozana!/ ¡Paladín noble y fecundo,/ que renovarás el mundo,/ con tus esfuerzos, mañana!/ ¡Alma juvenil y sana/ de esta vieja sociedad,/ en tu floreciente edad/ adiéstrate en el combate, pues ya en nuestros pechos late/ la próxima tempestad!” (58).

En el poema “Electra”, dedicado a Arturo Reyes -el poeta modernista autor de *Desde el surco* en 1896, y más tarde, en 1905, de *Otoñales*, y en 1910 de *Béticas*-, Ricardo León afina un esteticismo de corte clasicista, con pinceladas tomadas del romanticismo más tradicional. Los versos de este poema dicen por ejemplo: “La pobre niña, delirante, llora,/ vacila y clama, desespera y ora,/ -imagen del martirio y del tormento-/ y al fin, callada, resignada, inerte,/ espera ya pacífica la muerte/ en la terrible cárcel del convento... ¡Ya está vencido el enemigo! ¡abierta/ está la oscura, la ferrada puerta/ de la cárcel sombría!/ ¡ya la cándida flor abre su broche,/ y huyen las sombras de la inmensa noche/ ante el hermoso despertar del día!... ¡Oh, salvemosla, pues, aún nos espera;/ corramos a salvarla antes que muera;/ no desoigamos su ferviente ruego!/ ¡libertemos a Electra! ¡y si es preciso,/ ya que su infame inquisidor lo quiso,/ destruyamos su cárcel con el fuego!” (59).

Es interesante advertir que si bien Arturo Reyes, a quien va dedicado el poema y cuyo estilo se sigue en éste, formaba parte junto con León, González Anaya y Gabriel y Galán del modernismo tradicionalista más joven, no coincidió nuestro poeta con él en cuanto a intensidad de tonalidades eróticas. Reyes, autor, junto a las obras antes citadas, de novelas andaluzas como *Cartucherita*, *El lagar de la viñuela*, *La goletera* y *Cielo azul*, que si influirían en cierta medida y mucho más tarde en las novelas de corte andaluz y constumbrista de León -*Comedia sentimental*, *Jauja* y *Alcalá de los Zegríes*-, practicó una mezcla de constumbrismo y paganismo con ingredientes erótico-modernistas. *Desde el surco*, *Intimas*, *Orientales* y *Béticas* se situarían en esa especial combinación, en la Ricardo León no cayó, ni siquiera en sus inicios.

“La bendición del arte” es un curioso poema donde Ricardo León parece profesar una especie de socialismo fabiano, muy próximo a la estética del ala izquierda de los prerrafaelistas encarnada por William Morris -autor en

1891 de *Poems by the Way* y un año antes de la novela *News from Nowhere*. Dedicada a Juan Antonio de Torre, esta composición ofrece las posibilidades del arte como lenitivo de la injusticia, muy en la línea del citado Morris, y aun de Ruskin... “¡Salud, raza de siervos infinita;/ eternos parias de la negra historia!/ ¡Salud, hijos de Dios, raza maldita/ que brindas frutos de perenne gloria!/ Lleno de amor, sin odios ni egoísmo,/ admirado ante ti vengo a cantarte, vengo a arrojar en tu olvidado abismo/ la luz del sol, la bendición del arte”, lo cual no impide que el poeta remache en la crudeza de las condiciones sociales: “¡Página dolorosa de la vida,/ sangre dispuesta siempre a ser vertida/ en las aras del bien, noble y fecundo,/ savia virgen que brota eternamente/ sobre el árbol social, nervio potente/ que hace girar, al contraerse, el mundo!/ Vosotros, las hormigas de la tierra,/ vosotros, los despojos de la guerra,/ vosotros, los titanes del trabajo,/ donde el progreso de la patria estriba./ ¡siempre mirando con piedad arriba/ para morir sin esperanza abajo!/ ¡Tristes desheredados de la tierra,/ carne arrojada al cieno de la vida/ para saciar el hambre inextinguida/ del dolor, del trabajo y de la guerra!” (60).

El libertarismo y el nihilismo que impregnan gran parte de *La lira de bronce* adquiere tintes costumbristas en el poema titulado “Bohemia”, dedicado a José Sánchez Rodríguez -autor en 1900 del poemario casticista *Alma andaluza*, discípulo de Salvador Rueda y preocupado como León por definir un alma andaluza en la que se funden la alegría y la tristeza-. En este poema nuestro escritor se reviste un libertarismo universalista, y comienza sus estrofas... “Gitanilla de cara morena,/ gitanilla de tez africana,/ gitanilla que marchas errante/ sin familia, ni dioses, ni patria,/ entonando esas coplas dolientes/ entonando esas coplas amargas,” para luego precisar: “Yo admiro tu estirpe,/ yo adoro tu raza,/ yo ame siempre esa ruda bohemia,/ yo ame siempre esa audaz caravana/ que no pudo jamás ser vencida/ ni ser conquistada/ porque lleva sus patrios hogares/ como audaz caracol a la

espalda,/ porque estima en tal modo su sangre/ que con nadie la mezcla ni amasa,/ porque lleva el orgullo en el pecho/ y el odio en el alma,/ porque sabe vivir por si sola/ libre, fiera, sin dioses ni patria.” Y culmina con una ferviente exclamación: “¡Yo te adoro gentil gitanilla/ y aunque vida me ha dado otra raza,/ como tu, soy un ave sin nido,/ como tu, soy un siervo sin patria!” (61).

Concebido como simple arenga romántica, el poema “¡Ay de los vencidos!” reincide en el asunto de la rebeldía contra la sociedad caduca, decadente y opresora propia del radicalismo verbal de Ricardo León en *La lira de bronce*. Con uno de sus fragmentos es suficiente para comprender el espíritu del poema: “El mundo todo silencioso calla/ cruzados siempre los cobardes brazos,/ mirando complaciente la batalla,/ contemplando al fulgor de la metralla/ la santa libertad hecha pedazos./ ¡Poetas, estadistas, pensadores;/ paladines robustos y valientes/ del bien y la justicia; vengadores/ de la razón, ¿inclinareis traidores/ ante el poder vuestras gloriosas frentes?” (62).

El siguiente poema de León en este libro, llamado “El canto del guerrero”, se perfila como un inesperado preludeo del tradicionalismo que cultivaría nuestro escritor en etapas posteriores de su creación literaria. Dentro de una ambientación medievalista, después tan querida por León para situar sus personajes e ideas, este poema dice: ¡Corre, mi caballo, apenas/ toquen tus pies en el suelo;/ quiero mirar otro cielo,/ otro mar y otras arenas!/ ¡Quiero huir de esas sirenas/ que concitan al placer;/ quiero ante mis ojos ver/ el regio sol de la fama/ llegando a donde me llama/ el honor tras el deber!”. Continua, advirtiendo... ¡Ver la humanidad hollada, a merced de mi albedrío, ante el pensamiento mío/ silenciosa y humillada,/ como una fiera aherrojada/ a los pies del domador;/ poseerla a mi sabor/ como a una obediente esposa,/ como a una mujer hermosa/ en una noche de amor!”, y termina al señalar... “¡La guerra! ¡la guerra es santa!/ ¡la guerra es

honor y es arte!/ ¡cobijado en su estandarte/ el corazón se agiganta!/ ¡canta clarín!

¡vibra y canta!/ tus enérgicas canciones,/ y tus vigorosos sonos/ despierten en los confines/ a los bravos paladines/ y a los nobles infanzones!” (63).

Se percibe en este poema la influencia patriótica y de estética antañona y tardorromántica que se integraba en buena parte del primer modernismo español, y concretamente el aroma nacionalista de la composición “La canción de la espada” del que fuera maestro de León, Manuel Reina. Los versos de esta composición, escrita por Reina en 1897 para su libro *Rayo de sol*, manifestaban, en consonancia con el primigenio patriotismo de León...

“¡Salió ya de la funda, con ira vengadora,/ mi recia y noble espada!... Mi espada el honor patrio defiende, no mi vida,/ y muéstrase orgullosa/ cuando

ante el fiero estrago de lid enfurecida/ elévase en los aires, de púrpura vestida,/ ¡cual reina victoriosa!/ ¡Oh, espada, fiel amante, querida compañera,/ si la contraria suerte/ hiriese con sus tiros a la Nación guerrera/ y en manos enemigas cayese su bandera/ tu me darás la muerte!” (64).

Retorna sin embargo León a posiciones progresistas en su poema “El canto de los boers”, composición ultramoderna para su época por el contenido, y donde el poeta plasma un ideario de anticolonialismo universalista. Estos versos apoyan la resistencia de los colonos holandeses y alemanes de Surafrica que, organizados en las repúblicas del Orange y el Transvaal, combatieron el expansionismo inglés entre 1896 y 1902. Están pues escritos en plena confrontación anglo-boer, ya que la victoria inglesa en esta guerra no llegaría hasta la denominada Paz de Vereeniging (1902), mediante la cual los boers pasaron a depender del Imperio Británico, pero conservando cierta autonomía. En ellos nuestro escritor comienza con un ataque frontal al imperialismo inglés: “¡Ay de los pueblos que en la tierra

enciendan/ la ira, el odio y la venganza, y tienden/ sombras de luto, de terror y duelo!/ ¡ay de ti la opulenta, la traidora,/ el día que en tu frente vencedora/ estalle el rayo vengador del cielo!”. Inmediatamente después el poeta da voz a los resistentes boers, quienes afirman: “¡Oh hermosos campos de los patrios lares,/ donde hallaron sosten nuestros hogares,/ libres y bellos cuando Dios quería!/ ¡con que inmenso dolor os recordamos,/ hoy que vencidos y errabundos vamos/ sin patria y sin hogares todavía!”. Explica luego León en sus versos la génesis y el desarrollo del conflicto, apuntando: “Descubrióse la mágica leyenda/ del oro y el diamante, alzó su tienda/ en nuestro campo el sórdido extranjero, / ese implacable buscador del oro, sin alma, sin conciencia, sin decoro,/ mezcla de mercader y aventurero... Trocamos en fusiles los arados,/ los rudos campesinos en soldados/ y los trenes en máquinas de guerra,/ y tembló nuestro sórdido enemigo/ y de su saña páfida en castigo/ mordió humillado nuestra heroica tierra./ Pero alzóse después fiero, implacable;/ un ejército inmenso y formidable,/ cayó sobre nosotros; las ignotas/ fuerzas del heroísmo redoblamos,/ mas, vencidos al fin, nos desplomamos/ con las espadas y las frentes rotas”. (65)

El poema crece desde esa perspectiva épica, hasta desembocar en una arenga universal contra el colonialismo, una arenga que inopinadamente integra a los “rudos cubanos” que acababan de pelear contra España en la guerra ultramarina del 98... “¡Razas de hambre y dolor, razas de esclavos/ pueblos de héroes y mártires, que, bravos,/ lucháis por sacudir vuestras cadenas! ¡vosotros, retadores de la Muerte, los que sentís correr, pródiga y fuerte, la sangre de Espartaco en vuestras venas! ¡Heroicos poloneses, seculares/ estirpes de candiotas y magyares,/ razas del Septentrión, razas de hierro;/ pueblos del Meridión, rudos cubanos,/ hijos del Indostán, pueblos hermanos/ de esclavitud, de mengua y de destierro! ¡Guerra a muerte! ¡elevemos nuestras manos;/ juremos combatir a los tiranos/ que han profanado nuestro patrio techo;/ blandid la espada o el puñal; retadles;/

escupid en sus rostros, y arracádles/ el tenebroso corazón del pecho!”. Por último, todo este conjunto de estrofas de gran radicalismo acaba con una consigna definitiva: “¡y, al terminar tan decisiva guerra, seremos muertos o seremos libres!” (66), que nos viene a recordar -con mucha antelación- el luego tan famoso e internacionalista grito divulgado en 1959 por la Revolución Cubana: “¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”.

Respecto a este poema conviene advertir que junto a la inclinación modernista a buscar asuntos en lugares distantes y exóticos para dar vida al trabajo lírico, se registraba en la España de principios de siglo una auténtica atracción por las guerras y conflictos coloniales, muy posiblemente a causa de la triste experiencia de la propia guerra ultramarina del 98. Uno de esos conflictos, quizás el más seguido por el público lector de diarios y revistas en los años en que Ricardo León escribe *La lira de bronce*, es el de la guerra de los boers. Esta crisis surafricana se discutía en los diarios de gran circulación, como *El Imparcial*, *El País*, *La Correspondencia de España* o *El Globo*, donde desde 1899 aparecían cotidianamente columnas y noticias acerca de los combates entre las repúblicas afrikaners y las tropas del Imperio Británico. Se da alrededor de este tema una curiosa coincidencia entre Ricardo León y uno de los autores españoles que luego coincidirían con él en una posición conservadora: Ramiro de Maeztu. Al mismo tiempo que León da a las prensas *La lira de bronce* -y su poema “El canto de los boers”-, Maeztu publica la que sería su única y peculiar novela, *La guerra del Transvaal y los misterios de la banca de Londres*. Impresa como folletín en el diario *El País* desde el 1 de abril de 1900 hasta el 6 de enero de 1901, *La guerra del Transvaal* narra una historia de pasión y violencia escrita por un tal Van Poel Krupp, seudónimo al parecer de Maeztu para la ocasión. Al igual que el joven León, el también joven Maeztu defiende la posición de los boers cercados por los ingleses y su codicia -reconociéndose autor de *La*

guerra del Transvaal mucho más tarde, en una entrevista con Eduardo de Ontañón publicada con motivo de la muerte de Valle Inclán en el semanario madrileño *Estampa* el día 11 de enero de 1936.

En correspondencia con el tono radical y libertario que subyace en la mayoría de los versos que integran *La lira de bronce*, el poema que sirve de broche a este libro, titulado “Musa del pueblo”, muestra a un Ricardo León republicano y populista. Dedicado a Ricardo López Barroso, este poema arranca con la siguiente descripción simbólica: “¡Musa del Pueblo, luchadora y ruda/ de hermosa faz y de fecundo seno;/ espléndida vestal, medio desnuda,/ de pecho ardiente y maternal, que escuda/ un corazón de tempestades lleno!”. Desde esta pintura a la vez revolucionaria y clasicista - que se aparta del tranquilo esteticismo de la renovación grecolatina que Núñez de Arce animó con su “Última lamentación de Lord Byron” en 1823-, pasa luego León a unos trazos en los que la imaginería del clasicismo republicano aparece con nitidez: “Es tu pasión la Libertad; tu orgullo/ la fe, la fuerza y el valor; tu arrullo/ el férvido rumor del pueblo inmenso;/ el gorro frigio y el laurel tu empresa;/ tu música triunfal la Marsellesa,/ y el humo de la pólvora tu incienso”. Imagen que se acentúa poco después: “el odio, el hambre y la calumnia atajan/ tus pasos sin cesar; tras ti viajan/ tus compañeras de dolor, las penas,/ y en el triste camino, a cada instante,/ te buscan y te acechan, como al Dante,/ pérfidos tigres y voraces hienas./ Mas, tú, impávida vas, con las ardientes/ ansias de amor de tus destinos rudos,/ por senderos oscuros y pendientes,/ aplastando cabezas de serpientes/ con la ágil planta de tus pies desnudos”. Y cierran este poema y todo el libro unas estrofas en las que Ricardo León condensa la estética de combate y modernista que ha ido configurando el núcleo ideológico y creativo de “La lira de bronce”... “Ver a la inmensa muchedumbre esclava/ sacudir la cadena enrojecida,/ entre torrentes de sangrienta lava,/ y alzarse heroica, palpitante y brava/ con explosiones de pasión y vida. ¡Vamos, oh, Musa

popular! ¡vibrando están nuestros ardientes corazones/ ansiosos de triunfar!
¡ven, que pulsando/ la lira, iremos a luchar, cantando/ a compás del rugir de
los cañones” (67).

En realidad *La lira de bronce* intenta ser modelo de la estética modernista, radical y luchadora, a la que se hallaba vinculada a una tendencia de la juventud del modernismo en cierto modo equivalente a la juventud regeneracionista del 98, según advierte Ara Torralba en su estudio (68). Pero en este libro se detectan igualmente las claves básicas de las ideas poéticas de Ricardo León como autor de matriz modernista, ideas que, con las transformaciones y adaptaciones propias del paso del tiempo, permanecerían de alguna manera en buena parte de su obra general. Así, y junto a la concepción de la vida como lucha dolorosa, en *La lira de bronce* se defiende al poeta que sigue una senda de modernismo, no estrictamente decadentista y puramente hedonista, como creador verdadero, no adocenado, de pensamientos vigorosos y que practica un intento de corrección mesurada que no tiene necesariamente que estar reñida con el sentimiento. Esta visión del poeta se complementa en este libro de León con un ideal de poesía trascendente, que comparten las dos tendencias del modernismo español, y con una variante de poesía civil y de compromiso que se materializa en una determinada actitud crítica ante la realidad de la época. Caso del referido poema “Mané, Thecel, Pharés”, donde se aprecia una crítica de las lacras de las grandes ciudades y de los poderosos, desde la posición del pueblo al que aquellos niegan libertades y derechos: “¡Temblad, oh poderosos! Aquel día, la triste raza, la legión de todos los esclavos de la tierra...”

Otro de los elementos que serían clásicos en la poesía -y aun en la prosa- de Ricardo León, la tendencia a filosofar sobre la fragilidad e inconsistencia de la vida humana frente a la energía creadora de la naturaleza, aparece también en *La lira de bronce*; en concreto en el poema

“Florescencia”, donde se indica primero -recordemos- que “¡Morir es renacer! El cuerpo humano/ es aroma y es luz, brisa y colores, el mortífero efluvio del pantano/ es perfume en el cáliz de las flores”, y luego “La tenebrosa Muerte está vencida: cuando en su seno la materia trunca, del sepulcro fatal brota la Vida/ más pujante y espléndida que nunca” (69).

Cabe además remarcar como en *La lira de bronce* Ricardo León recoge por un lado la influencia regional-constumbrista de Salvador Rueda, en especial en el poema titulado “Alborada”, y por otro la modernista-tradicionalista de Salvador González Anaya, concretamente en el poema “La canción de las vírgenes”, donde nuestro autor desarrolla una visión de lo femenino como elemento destinado al matrimonio y la familia, a través de

esa descripción prerrafaelista de jóvenes vírgenes deseosas de “los azahares de las desposadas” y del “áureo anillo” matrimonial. Además, la concepción del poeta como ser providencial y de su tarea como misión intemporal, en el mejor y más puro estilo modernista, se observa -recordemos- a lo largo de los textos de *La lira de bronce*, en poemas del relieve de “La bendición del arte”, “Musa del pueblo”, “Preludio” o “¡Surge, poeta!”.

Como clima y atmósfera poética, y evidente con intensidad a trechos en alguno de los poemas de visión historicista y crítica acerca de la marcha de los tiempos y las civilizaciones, existe en *La lira de bronce* cierta deuda con la estética tremendista y profética, incluso libertaria, de muchas franjas de la poesía de Víctor Hugo. En poemas como “El crepúsculo de los dioses”, “¡Surge, poeta!”, “El ocaso del siglo”, “Apocalipsis”, “¡Ay de los vencidos!” y “Musa del pueblo” es posible entrever los efluvios victorhuguescos en general y de *Les Chants du Crépuscule* y de *Les Rayons et les Ombres* en particular. Al margen de que en “¡Surge, poeta!” -al inicio de *La lira de bronce*- hay incluso un homenaje directo al adalid del romanticismo francés, al decirse cuando el poema camina hacia su final que

“... la Justicia y el Bien marchan errantes/ sin encontrar sus quejas suplicantes/ el estro vengador de un Víctor Hugo!” (70).

Esta devoción, un tanto fragmentaria, del primer Ricardo León por Víctor Hugo era lógica, ya que el influjo victorhuguesco llegaba a los modernistas españoles a través de nuestro tardorromanticismo, nutriendo incluso a maestros de nuestro León como Rueda -en *Camafeos*, de 1897-, Reina -en *Rayo de sol*, de 1897- o Villaespesa -en *Luchas*, de 1899-.

La estética victorhuguiana, de combate, lucha por encima del tiempo y de las tormentas de la historia, confianza y a la vez recelo ante la energía desatada del pueblo, combinación de elitismo radical y populismo, y fascinación por el uso revolucionario del pasado, se plasma en buen número de estrofas de los poemas más críticos de *La lira de bronce*; y tal vez hasta el tremendismo y lo apocalíptico de algunos de ellos provenga también de la estela de Víctor Hugo, en línea con lo apreciado por Ara Torralba (71). A partir de *La lira de bronce* esta influencia se mantendrá en la obra general de Ricardo León, tanto en prosa -caso de la aplicación del recurso victorhuguiano de *La leyenda de los siglos* en *Casta de hidalgos*-, como en poesía -caso de *Alivio de caminantes* y sus poemas de sentido metafísico de la pérdida amorosa-, pero poco a poco se irá inclinando hacia el lado más conservador de Víctor Hugo. Ese lado marcado por la desconfianza hacia el hombre vuelto masa que, por cierto, también influyó enseguida en el Manuel Reina de “La ceguera de las turbas” -en *Poemas paganos*, de 1896-. Y que, a modo de conservadurismo tardorromántico, Ricardo León haría suyo muy probablemente al leer el poema “El mundo y el siglo” de Víctor Hugo, escrito en 1839 e incluido en *Les Rayons et les Ombres*; cuyas estrofas decían: “¿Que haces señor” ¿A quien sirve vuestra obra?/ ¿A quien beneficia el agua de los ríos y el resplandor de la tormenta?... El hombre pasa sin ver, sin creer, sin comprender,/ sin buscar nada en la sombra, y sin alzar sus ojos/ hacia los principios divinos que flotan en los cielos,/... El

tiempo va, en su triste tedio,/ del oprimido de ayer al opresor de hoy,/... Porque el pueblo, enloquecido o dormido sin vigor,/ como los reyes -grave y alta lección-,/ tiene a la brutalidad por última razón./ Su respuesta, está en la muchedumbre que mata o lapida,/ con ciega bala o estúpido adoquín,/ agitando en un motín la ciudad./ Porque todo es tiranía, incluso la libertad” (72).

Hay también en *La lira de bronce* -como sugeríamos más arriba- una influencia destilada de la poesía, la estética y la ideología de Gaspar Núñez de Arce, sobre todo en la consideración dual, es decir crítica en lo negativo y consternada ante lo progresivo, de su época. Para Núñez de Arce, tal y como manifestaba hacia 1879 en el prólogo de su extenso poema -ambientado en el siglo XVI alrededor de la duda existencial y las controversias entre luteranismo y catolicismo- titulado *El vértigo*, no hay marco literario

“capaz de encerrar en armónico conjunto la diversidad de propósitos, de pasiones y de conceptos de este siglo inmenso que ha presenciado y presencia tantas revoluciones en el orden social, en el psicológico y en el científico... que camina a tientas, cayendo y levantándose en la sombra, pero sin desmayar nunca, por entre los más temerosos problemas, y que empujado por el demonio insaciable de la investigación, llega a las más elevadas cimas y a los más hondos abismos, escala los cielos y se sumerge en los lodazales del mundo para verlo, sentirlo y conocerlo todo”. Esta idea tardorromántica de Núñez de Arce, a su vez deudora de la postura victorhuguesa ante las miserias y los avances de la modernidad, alimentaría los pensamientos de Ricardo León en diferente grado a lo largo de toda su carrera literaria. Si bien en *La lira de bronce* ese influjo es notorio desde una perspectiva que, como hemos visto, es radical y se halla próxima al nihilismo en algunos poemas. En el mismo prólogo de Núñez de Arce a *El vértigo*, el poeta vallisoletano afirmaba al respecto: “En nuestro

siglo el entendimiento humano ha crecido o se ha ensoberbecido tanto, que, rompiendo todos sus diques, se desborda y extiende como una riada. Atraída nuestra época por múltiples y contrapuestos ideales, sin dejarse dominar exclusivamente por ninguno, sufre, sin embargo, la influencia de todos. Escéptica y fanática, autoritaria y demagógica, fríamente utilitaria y a veces generosa hasta el heroísmo, en su seno se codean, se empujan, se oprimen y compenetran los principios más contradictorios, los intereses más hostiles entre sí, las aspiraciones más inconciliables; al lado de los milagros más inverosímiles... surgen las negaciones más violentas; junto a las creencias más vivas, las dudas más desgarradoras; por todas partes resaltan en la órbita del pensamiento, el contraste, la antítesis, la incertidumbre, el conflicto”. Y culmina haciéndose una pregunta que con toda seguridad también podría haberse hecho Ricardo León... “¿Es racional que en medio de tan confuso remolino de ideas y de sucesos, intente la poesía -y aunque lo intente, lo consiga- reflejar las diversas tendencias de esta época tan activa como perturbada, que a fuerza de tener todos los caracteres, puede decirse que no tiene ninguno? (73)”.

De Gaspar Núñez de Arce se detectan igualmente en *La lira de bronce* ideas como la referente al dolor asumido en forma de clave de transformación, entrevista en el poema de éste “Al dolor”: “¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,/ como Dios sacó un mundo de la nada,/ sacas del mal la luz que adoro y sigo./ Fuerte artista que labras tu escultura,/ el bloque humano sin piedad golpeas/ y el bien arrancas de su entraña dura.”, o la referente a una percepción catastrofista de la marcha de los siglos, tomada del poema del autor castellano titulado “La duda” y que decía: “Ruedan los tronos, ruedan los altares:/ reyes, naciones, genios y colosos/ pasan como las ondas de los mares/ empujadas por vientos borrascosos./ Todo tiembla en redor, todo vacila... Y cual turbia corriente alborotada,/ libre del ancho

cauce que la encierra/ la duda audaz, la asoladora duda/ como una inundación cubre la tierra/... No la defiende el varonil denuedo/ de la fe inexpugnable y de las leyes,/ y el dios de los incrédulos, el miedo,/ rige a su voluntad pueblos y reyes./ El los rumores bélicos propala,/ él organiza innúmeras legiones/ que buscan la ocasión, no la justicia”. E incluso la contemplación escéptica y apocalíptica del sentido -o sin sentido- de la historia, evidente en algunas estrofas del poema “Leyendo el monólogo de Hamlet” de Núñez de Arce: “Cuando desde las cumbres de la Historia/ el abatido espíritu, rompiendo/ la densa lóbreguez de lo pasado,/ contempla absorto la intrincada ruta/ que, manchada de lágrimas y sangre,/ la humanidad ha recorrido, siente/ como un vago terror, y en el silencio/ de la noche, en las páginas del libro/ sobre el cual, melancólico, medita,/ piensa escuchar, como el fragor confuso/ de un mar, oculto a la mirada, el ronco/ grito de espanto, el lúgubre lamento/ de cien generaciones ya sepultas./ Desde que el hombre amaneció en la tierra,/ hacia la huesa inescrutable y fría/ revueltos van esclavos y señores/ torciéndose de angustia, atormentados/ de misterioso afán y siendo todos,/ en la incesante y bárbara pelea,/ a la vez vencedores y vencidos” (74).

Manuel del Palacio, quien ocupa un venerable lugar en la poesía española del tardorromanticismo y del último modernismo, dentro de la época creciente de cierto realismo, también influiría -si bien menos notoriamente que Núñez de Arce- en *La lira de bronce* de nuestro poeta, y muy concretamente con el libertarismo de su poema de 1873 “La libertad” y el antibelicismo del de 1870 “La guerra de los dos pueblos”.

En el primero, compuesto en el tiempo del crescendo liberal encabezado por Prim, y muy en consonancia con las ideas del primer y radical Ricardo León, proclama del Palacio: “¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo,/ Que triste a veces su fulgor derrama,/ Cuando al mirar su luz trocada en llama,/ Mejor destruye que ilumina el mundo!... Dentro del

corazón tu nombre leo; Antes que ausente de mi hogar te llore,/ Antes que el hierro del esclavo muerda,/ De mi existencia el fin hallar deseo:/ ¡Maldito aquel que hipócrita te adore!/ ¡Maldito aquel que estúpido te pierda!”. Y en “La guerra de los pueblos” -inspirado en el conflicto francoprusiano-, Manuel del Palacio, dentro del pacifismo anticonservador con el que igualmente comulgaría Ricardo León y que podría aplicarse -extrapolándolo- a los postulados de los escritores que treinta años más tarde criticarían las secuelas del 98, nos advierte: “Eran ayer hermanos: de la ciencia/ Los dos propagadores se llamaban,/ Felices en la paz y la opulencia./ Un hombre, en hora de fatal demencia,/ Irritó sus pasiones que callaban,/ Y hoy con mares de sangre quizá lavan/ El impuro borrón de su conciencia... ¿El eco no escucháis de los clarines? ¡Tras ellos va la furia asoladora/ De esta maldita raza de Caínes!” (75). Más tarde, en su poemario conservador *Alivio de caminantes*, de 1911, Ricardo León tomaría como eje de su poema filosófico-amoroso “Super flumina...” una idea, la de la humildad como instrumento de defensa frente al azar, del poema de Manuel del Palacio “Super flumina...”, escrito por éste en 1869.

La lira de bronce obtendría cierto éxito de crítica, destacando al poco de su publicación las líneas dedicadas a este poemario por Francisco Laso de la Vega el día 25 de junio de 1901 en la revista político-literaria malagueña *Luz y Sombra*. Este Francisco Laso de la Vega, que no debe confundirse con Rafael Lasso de la Vega Iglesias -el poeta amigo de Apollinaire, Tzara y Cendrars autor de *Rimas de silencio y soledad* en 1910 y de *Las coronas de mirto* en 1914-, era director de la citada revista y habló de *La lira de bronce* en una columna de primera página titulada “Poetas malagueños: Ricardo León y Román”. En referencia a nuestro escritor afirmaba Laso de la Vega: “La elocuencia y la poesía, la amistad y la virtud, la simpatía y el cariño que son poderosos elementos de la inteligencia y del alma, quisieron dar rara muestra viviente de su valor y de su fuerza y, al unirse para producir

hermosas manifestaciones de su existencia, buscaron un ser enamorado de lo bello, de lo grande y de lo bueno y lo encontraron en León y Román, quien al reunir tan preciados dones, sintió en su cerebro las sublimes inspiraciones del genio, y en su corazón los más puros y delicados sentimientos. Él ha cantado en bellísimos versos -que recita de modo inimitable- las hazañas de nuestros héroes inmortales, las armonías y dulzuras de la naturaleza, las amistades íntimas y los anhelos recónditos de su corazón. Y así, poseedor en alto grado de la belleza, de la inteligencia, dominando las poderosas concepciones del arte, significando el carácter más desinteresado y más noble que he conocido, condensando las llamaradas de la inspiración poética que esparce en todas sus poesías, dueño de un alma depurada de toda la escoria de lo malo, va Ricardo León por el camino de la vida dejando a cada paso admiradores de su talento y despertando entre todos los que le conocemos la admiración más entusiasta y la amistad más grande. El libro que ha publicado bajo el título de “La lira de bronce” es una prueba patente de cuanto dejo apuntado. Poeta eminente, publicista de mucho mérito, cumplido caballero, elocuente y caritativo, nació para ser espejo de la virtud y representación del genio”.

Tras Francisco Laso de la Vega darían también cuenta positiva de la aparición de *La lira de bronce* en diferentes medios otros estudiosos y críticos de la época, como Joaquín Navarro Saavedra o José Sánchez Rodríguez. Este último, poeta autor del libro *Alma andaluza* en 1900, diría hacia mayo de 1901 de *La lira de bronce*, en una revista sureña que no hemos podido identificar, pero cuyo texto se conserva en el archivo familiar de los León, lo siguiente: “Ya suena en los nuevos campos la canción del poeta deseado: es el himno valiente de un artista que acoge en sus estrofas inspiradas el canto amargo de los que gimen, los anatemas de toda una raza.

Los silenciosos y los vencidos, soñadores que fueron de un ideal irrealizable, han encontrado viva y palpitante, con palpitations de sangre generosa y entusiasta, el hada misteriosa de sus delirios: la de la lira de bronce, que dice enamorada la canción de un apóstol; el evangelio de los redentores ideales. Ricardo León ha triunfado: su libro es una obra de maestro, con exquisiteces de ideas y de rima, y en donde impera el adorable espíritu de las realidades. Poeta descriptivo de primer orden, refulgen sus estrofas con sugerencias de luz y de paisaje, y hasta dicen los símbolos el alma de las cosas: esa realidad infinita inspiradora de otras realidades puramente estéticas... En la honrosa legión de los escogidos ha brillado con oriflomas de triunfo la espada vencedora de un caudillo: es Ricardo León, poeta de fe que canta el amor y la vida con el entusiasmo de las esperanzas, que abomina del mal con la energía de los buenos, y sonrío ante la avalancha con la sonrisa de los grandes”.

Ricardo León no reedita *La lira de bronce* en sus *Obras completas* de 1915-16, publicadas por el Banco de España, sino que transformará este poemario para publicar en 1920 el llamado *Lira de bronce*, donde sólo permanecerán seis de las primitivas composiciones de *La lira de bronce*: “Preludio”, “El crepúsculo de los dioses”, “Mané, Thecel, Parés” -donde el nuevo Daniel salvaje y paria es sustituido por un católico hidalgo-, “¡Ay de los vencidos!”, “El ocaso del siglo” -en 1920 “Fin de siglo”- y “Bohemia”; pero todos ellos desprovistos de fondo social, con aditamentos, e incluso finales de moral católica. Los nuevos poemas no recuerdan los originales; incluso Ricardo León aprovecha para invertir algo su sentido primitivo. En realidad, León logró ocultar los contornos originales de *La lira de bronce* hasta no hace mucho, concretamente hasta 1992, año en que la investigadora Katharina Niemeyer volvió a hablar del poemario escrito en 1901 en su estudio *La poesía del premodernismo español* (76), publicado en Madrid por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En la edición conjunta, en un solo volumen, de *Lira de bronce* y *Alivio de caminantes* editada en Madrid por la Librería General de Victoriano Suárez en 1942 -y subtitulada (*Poesías completas del autor*), se aprecian con claridad, como veremos más adelante, todas esas transformaciones. Fijadas en páginas que van precedidas, según advertencia del editor, por “doce sonetos que le ofrendaron al poeta, en libros y periódicos, otros poetas sus amigos”. Con fecha de “1898-1920”, la versión final de *Lira de bronce* comienza con un poema que actúa como presentación y que dice:

“Lira de bronce, versos desgarrados
de mi agraz juventud, cardos floridos,
con más angustia que placer nacidos
y hoy con lágrimas nuevas retocados.
Pues fuisteis al nacer desventurados,
¿qué roncós no serán vuestros gemidos
si en nuevas tumbas y en desiertos nidos
hoy los sentís clamar centuplicados?
Bronce ayer de trompetas y clarines,
cañón de salvas en alegre puerto,
bronces heroicos, rudos paladines
en campo abierto, militares dianas...
sois ya bronces de lúgubres campanas
que hoy en mi corazón doblan a muerto.” (77)

El primer poema propiamente dicho es el llamado “Lágrimas”, que remacha sobre el viejo asunto de la vida como valle de lágrimas, y en el cual se aprecian resquicios modernistas en estrofas como las que dicen “Virtudes de madreperla/ tiene el Dolor: son sus lágrimas/ como el humor exquisito/ que fluye en cárcel de nácar” o también “Sauce que el viento sacude/

gotas de lluvia en las ramas,/ brilla el sol y se las bebe,/ sopla el aire y las derrama” (78). A éste sigue el titulado “Templo, patria y hogar..”, de fascinación patriótica por “Una espada, una cruz, una bandera” y que se reclama escrito a los veinte años. Luego viene el poema “Los buitres”, fechado en 1900 y que adelanta las ideas vertidas en la novela *Los trabajadores de la muerte* en 1927, al señalar “Naciones bandoleras, impías y voraces/ del viejo y nuevo mundo, que en guerras como en paces,/ eternizáis el triste derecho del más fuerte/ ¡Yo os odio y os maldigo! Sois las aves rapaces,/ los buitres carniceros que rondan la muerte”. De tono regeneracionista, casi a lo Joaquín Costa -a pesar del poco afecto que luego León mostraría por éste-, es el noveno poema, “Cauterios”. Aquí dice el escritor que “Odios, iniquidades, tiranías,/ mentes enfermas y dañadas frentes, todo pidiendo está hierros candentes,/ implacables y heroicas cirugías”, y para él lo ideal es “Que el cauterio las úlceras abraze;/ que el bisturí los cánceres arrase/ de raíz a raíz; que las heridas/ con sal y con vinagre se desbriden.../ ¡cirujanos de hierro es lo que piden/ las carnes y las almas corrompidas!”. (79)

El poema “Mater Hispania”, que hace el número once en el orden del libro, es un canto a la tradición española y los valores de la hidalguía, con cierto tono a lo Rubén Darío en cuanto al común patrimonio hispánico frente al influjo de lo extranjero. Como indican las estrofas “Peregrino, si buscas ideales/ ¿dónde hallarlos más vivos y cabales?/ Libra el acero de tu estirpe ibérica/ de la herrumbre sajona o galicana:/ más fuerte y pura cuanto más hispana/ será mañana vuestra noble América”. Y prosigue: “Esto es España. Imitela quien pueda./ Fuerte y dócil al par, rotunda y suave,/ dulce en las veras y en las burlas grave,/ de hierro el puño y el brial de seda” (80).

La exaltación mística aparece muy claramente en el poema titulado “*Salvum me fa*”, donde en un tono casi apocalíptico León manifiesta:

“Ampárame, Señor, porque en la tierra/ ya ni de la virtud quedan los nombres:/ todo es mentira, iniquidad y guerra,/ doblez, entre los hijos de los hombres”. Y en un momento dado retorna a la idea que se forjaría narrativamente en *Los trabajadores de la muerte*, al pedir: “Líbranos de esta turba agreste y fiera,/ de esta casta de impuros y de vanos,/ limpios, como las tumbas, por defuera,/ mas, por dentro, gusanos” (81).

Más adelante, el poema “A un rico necio y orgulloso” opone la fama al poder, en la estela de un asunto muy tradicional desde nuestro Siglo de Oro, y en el poema “Vanidad de Vanidades”, dedicado a “un poeta novelero”, confiesa que “No hay nada nuevo bajo el sol” y rinde tributo al tiempo frente a la inconsistencia del orgullo.

En el poema “Fin de siglo”, fechado en 1898, plasma Ricardo León su percepción de la estética modernista a través de unos versos de crítica a un estadio de nuestra civilización: “Ya nuestro siglo muere; ya el coloso,/ como en la playa el mar tempestuoso,/ sus estruendos y cóleras derrumba./ Muere como nació: turbio, irritado,/ de la cuna a la tumba”... “Ya el ingenio es el numen enfermizo/ de las flores del mal, el torpe hechizo/ del pecado, el fetor de la hedentina./ Viciadas en morbosas languideces,/ piden las musas nuevas embriagueces/ al opio y al ajenjo y la morfina”... “Los genios del Dolor y de la Guerra/ galopan iracundos por la tierra,/ muere otra vez sobre la cruz el Cristo,/ la multitud avanza desbordada/ y en las tinieblas de la noche airada/ se oye temblar la fría carcajada/ de Nietzsche, el precursor del Anticristo”. A este poema sigue significativamente el llamado “El crepúsculo de los dioses”, sin fecha, y donde se manifiesta que “Galopamos sin tregua hacia el abismo:/ un viento de brutal materialismo/ nos tumba, nos revuelca, nos azota; la multitud, la sociedad presente/ corre sin freno, despeñada, ingente,/ ya al borde de la obscura bancarrota” (82). Finalmente, cabe destacar el poema “Alcalá de los zegríes”, de igual título

que la novela publicada en enero de 1910, y en el cual León resalta el extremismo del pueblo español que “o batalla sin pulso y sin medida/ o se abandona la pereza inerte”. Y también sobresalen los poemas “Cantares para la noche”, tal vez inspirado en los trabajos de San Juan de la Cruz, y “Sulamita”, en el que se percibe una mezcla de elementos místicos y eróticos que parece beber al tiempo de la tradición bíblica y de la mística española.

Antes de marchar de Málaga con destino a Santander, Ricardo León participó en el proyecto modernista más importante de aquella ciudad andaluza: la revista *Málaga moderna*, como acertadamente reseña Ara Torralba en su estudio (83). Esta publicación semanal, de pequeño formato - 13'5 por 21 cm-, salió a la calle el 1 de agosto de 1901; con el poema “Blasón” de Rubén Darío; según indica en su estudio Juan Carlos Ara Torralba. Publicaran también en ella Villaespesa, Benavente, Rueda, Reina, Martínez Sierra, Valle-Inclán, Bernardo González de Candamo y el portugués Eugenio de Castro. Nuestro Ricardo León escribirá en el primer número la crónica titulada “Los altos hornos”, un texto anti-industrial que

que identificaba con lo burgués y desalmado lo industrial, en línea y deuda con los prerrafaelistas y William Morris. Siempre habrá, en este sentido, una defensa por parte de León del esteticismo y el pensamiento de origen tradicional, tomados como dique protector de la sensibilidad e instrumentos contra la deshumanización y la sustitución del individuo por la masa. La

segunda crónica, “Salvador Rueda”, está dedicada al encuentro con éste hacia 1899 y consolida la temprana devoción de nuestro escritor por el que fuera uno de sus maestros. En este mismo número dos de la revista -el día 8 de agosto de 1901- León publica su poesía “La vida errante”, canto en alejandrinos a las razas marginadas, repleto de tópicos modernistas, desde

la solidaridad del primitivismo pre-industrial, y centrado en la defensa del fértil arabismo andaluz ante la capacidad destructiva de los guerreros castellanos del norte; frente a lo que luego sería la postura estética y occidentalista de nuestro escritor.

EN EL CAMINO DE DAMASCO:

DESCUBRIMIENTO DEL TRADICIONALISMO

*Ricardo León en Santander, un pensamiento que cambia de rumbo * Periodismo constumbrista y sosegado *Regreso a Málaga * “Casta de hidalgos” (1908), descubrimiento de la tradición * Una identificación con Maeztu * “Comedia sentimental” (1909), el amor como eje de la oposición entre el Norte y el Sur * “Amor de caridad” (1909), crítica del superhombre y la superhembra nietzscheanos * El encuentro con Concha Espina * “Alcalá de los zegríes” (1910), alegato contra el caciquismo * Ricardo León se instala en Madrid * “La escuela de los sofistas” (1910), tradicionalismo frente a diletantismo * El apoyo de Maura.*

El día 1 de octubre de 1901 Ricardo León ingresa por oposición en el Banco de España, siendo destinado a la sucursal de esta entidad en Santander. Nuestro escritor llega a la capital cantábrica en el otoño de 1901, cuando ya pasaban allí, desde tiempo atrás, largas temporadas gentes de la élite política y cultural del país, como Maura. Durante los casi cinco años de su destino en Santander, alternando las tareas laborales, se dedicó intensamente a la literatura, integrado en el ambiente social y paisaje histórico de La Montaña, y escribió casi por entero la novela *Casta de hidalgos*. Allí conoció a Pereda, Menéndez y Pelayo, Amós de Escalante y Pérez Galdós, asistiendo cada verano a las reuniones literarias que este último organizaba en su villa “San Quintín” cerca de El Sardinero, y donde se encontró con el periodista local José Estrañi, el torero Rafael González “Machaquito, y el hijo del autor de *Sotileza y Peñas arriba* Vicente de Pereda. Al tiempo, León viaja por la provincia, tomando notas de los paisajes, gentes, poblaciones y monumentos montañeses, que a buen seguro serían el prefacio de los trabajos de su novela *Casta de hidalgos*.

En los años de estancia en Santander, León colaboró, según reseña Ara Torralba en su investigación (84), con el diario republicano *El Cantábrico* -fundado por el citado José Estraña en mayo de 1895 y medio excomulgado en agosto de 1905 por el obispado santanderino-, diario donde comenzó a darse a conocer en la zona con la publicación el 13 de enero de 1902 del relato “El último príncipe”, prosa poética de tonos prerrafaelistas con sesgos ácratas y simbología germánica (de Wagner y Nietzsche). Tras estas líneas ultramodernistas, publicó el 16 de enero del mismo año el poema “La musa triste”, muy influenciado por Manuel Reina - a quien Ricardo León y otros escritores de la época llamaban “el cisne del Genil”- y centrado en una percepción decadentista del dolor. El 17 de enero de 1902 publicó el poema “Hierro y oro”, donde manifiesta una confianza total en el progreso y la ciencia. El 22 de mayo de 1902 publicó en *El Cantábrico* el cuento “La tierra prometida”, donde dibujó a un Jesucristo modernista, como reformador a la luz del crepúsculo, en éxtasis y que llora la pérdida del paraíso inicial para los hombres. El 15 de octubre de 1903 publica el artículo “Santa Teresa de Jesús”, en el cual subraya lo teresiano como exponente de Castilla, y como una forma de religiosidad sencilla, de cristianismo primitivo, llamada a purificar la religión. Más tarde, el 24 de noviembre de 1904, publicará el artículo “De la leyenda de oro. San Juan de la Cruz”, en una línea de modernismo y simbolismo prerrafaelista marcada por la admiración hacia lo primitivo, con ataques al espíritu inquisitorial.

El 12 de octubre de 1903 publicaría el artículo “A propósito de un Orfeón”, donde subrayará la visión prerrafaelista a lo Ruskin, señalando: “Yo creo firmemente en la virtud redentora del arte. Aquella solución que John Ruskin daba al problema social”. Tal y como recoge Ara Torralba en su estudio sobre el modernismo castizo y nuestro escritor (85). Luego, en el artículo “Conversaciones literarias. Misoneísmo II”, que vio la luz el 19 de noviembre de 1903, defenderá el modernismo revolucionario y anticonservador, y el arte nuevo como superación imparable del antiguo. El

14 de diciembre de 1903 publica el artículo “Herbert Spencer. Notas sobre el individualismo inglés”, en cuyos párrafos defiende ya un radicalismo sociologista de clase media que rechaza el socialismo. Y finalmente, el día 3 de marzo de 1906, dos días después de la muerte de Pereda, publica el texto necrológico “Raza de hidalgos”, donde ya se advierte un cambio hacia posiciones conservadoras.

Poco antes de la llegada de León, en verano, salía la *Revista veraniega*, publicación de “carácter aristocrático”, subtitulada “Periódico literario y semanal”. Escribió nuestro autor en el número tres, del 20 de julio de 1902, donde aparece su poesía modernista “Estival”, junto al poema “Nieves” de Pérez de Ayala, y un año más tarde, el 19 de julio de 1903, el cuento “Luna de miel”, también modernista, centrado en el amor entre un espíritu elevado y otro mediocre (un pintor seguidor de lo prerrafaelista y su esposa).

Hacia 1905 ya se había convertido Ricardo León en cronista natural de la *Revista veraniega*, con crónicas como “Las fiestas de Santander”, publicada el 9 de julio de 1905, “Los niños en la playa”, el día 23 del mismo mes y año, o “Garden party. Huellas de mujer” el 13 de agosto de 1905, combinando por otro lado su escritura mundana con otra más de denuncia, insertada en *El Cantábrico*. Una de sus crónicas en la *Revista veraniega*, titulada “La urbanización de los espíritus”, constituye, según recoge Ara Torralba en su referido volumen (86), una confesión estética modernista, una confesión que se materializa en la defensa de la línea curva y la condena de la recta... “Las cosas más grandes y hermosas del mundo huyen de la línea recta y tienden a girar en esfera, a describir curvas, a enroscarse en espiral”... y más adelante: “Yo miro con profundo amor todo lo que indica un alma, un sentimiento, un carácter”.

El 26 de mayo de 1905 escribe Ricardo León en *El Cantábrico* el artículo “Leyendo un libro”, especie de reseña-comentario del volumen de Navarro Villoslada *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*,

donde nuestro escritor lanza ya una proclama nacionalista contra la decadencia de España, con deseos de que aparezca un líder que abra las llaves del sepulcro del Cid -frente a los racionalistas y regeneracionistas que pidieron su cierre-, un líder que León parece identificar poco a poco con Maura.

El día 29 de mayo escribe igualmente en *El cantábrico*, según recuerda Ara Torralba (87), una reseña de *Jardines lejanos* de Juan Ramón, al que llama “un delicado, soñador, hidalgo y pulcro poeta, bien diferente de la caterva gárrula y bohemia que hierve en la olla podrida de las letras”, pero comienza a distanciarse del modernismo ideológico y a propugnar un genuino arte español.

También para *El Cantábrico* escribe el 24 de septiembre de 1905 el artículo “Viajes de otoño. La villa nueva”, en el cual habla de Comillas y sus villas, y el 25 de septiembre del mismo año el titulado “Viajes de otoño. La villa arcaica”, donde describe a Santillana del Mar, a modo de germen de lo que será *Casta de hidalgos*, como acertadamente indica Ara Torralba (88). Los paisajes que surgirán en esta novela poseen unas descripciones minuciosas, fruto seguramente del conocimiento directo de ellos por Ricardo León gracias su fervor excursionista reflejado en los “Viajes de otoño”...

Trasladado Ricardo León en abril de 1905 a la sucursal del Banco de España en Málaga por razones de salud, abandonó lógicamente las páginas de *El Cantábrico*, con una nota “anónima” de despedida el 24 de marzo de 1906, avierte Ara Torralba en su estudio (89). Sin embargo, dos días antes, el 22 de marzo, uno de sus admiradores locales, Ignacio Zaldívar, le dedica un artículo en la primera página de *El Cantábrico* titulado “A Ricardo León”, conservado en el archivo familiar de nuestro escritor. Artículo que bajo una forma modernista de adiós evidencia el relieve adquirido por nuestro escritor en la sociedad literaria santanderina, y en cuyas líneas se dice: “Acabo de leer en El Cantábrico, Ricardo amigo, que retorna usted a

su querida Málaga, que se aleja usted de nosotros. Está bien; seamos más fuertes que nuestra sensiblería; para el hombre de corazón, como usted, todo el mundo es patria, y están o deben estar la nobleza y el heroico esfuerzo de nuestros ideales muy por cima de los anhelos y de las melancolías con que pretenden subyugarnos las cosas más pequeñas del vivir rutinario e instintivo... Yo recuerdo, yo recordaré siempre, como los más bellos compases de una melodía que hemos oído con emoción intensa, aquellas tardes del Suizo, tardes enteras consagradas a nuestros adorados clásicos, tardes en que hemos recitado cantos íntegros de la Eneida, elegías, dulces y flexibles elegías de Ovidio, odas, armónicas y rotundas odas de Horacio. ¡Repetir. gustar, paladear aquellas palabras llenas de la unción sagrada y de las caricias férvidas de veinte siglos, y no obstante, frescas y aromosas aún, como flor que para nosotros acabara de abrirse aquella misma mañana en nuestros rosales! ¡Qué sabor tan arcaicamente voluptuoso el de aquel hipérbaton, rico, exuberante, volando como acorde de arpa griega entre el ruido de las fichas que saltan sobre el mármol, y la prosa pedestre de los hombres que hablan de negocios!... A usted le ofrece el destino horizontes más amplios y más risueños. Yo quedo aquí, en mi rincón, dispuesto a aplaudir en espíritu -con todo mi espíritu- sus nuevos triunfos”.

El primer éxito de Ricardo León, la novela *Casta de hidalgos*, no fue posiblemente acabada hasta principios de 1908 en la principal ciudad mediterránea y andaluza. Aparece editada por Manuel Zambrana el día 2 de octubre de 1908. Pero no sin que su autor cubriera un personal calvario para su publicación... La entregó al librero y editor Beltrán, de la calle del Príncipe de Madrid, y después de varios meses se la devolvieron; luego otros editores, según la versión de este asunto que da Ara Torralba en su texto (90), no aceptaron al parecer tampoco esta obra ni regalada -pues el autor cedía sus derechos-. Finalmente, logró editarla en Málaga gracias a la colaboración económica de algunos amigos de la ciudad. Obtuvo la novela

un éxito de público y animado por éste León daría a las prensas en 1909 y también en Málaga su *Comedia sentimental*, obra que igualmente había Comenzado a escribir en Santander.

Casta de hidalgos se ambienta esencialmente en Santillana del Mar, localidad señorial repleta de palacios y casonas, con iglesias y colegiata, que nuestro escritor había descubierto durante sus vagabundeos por tierras cantabrigas. Y que muy posiblemente había descubierto gracias a la obra del santanderino Amós de Escalante *Costas y montañas*, escrita en 1871, y cuyo décimo capítulo está dedicado a Santillana, a través de tres apartados denominados “Historia y novela-La locura claustral-Blasones y divisas”, “La colegiata”, y “Abades y señores-El marqués de los proverbios”.

En *Casta de hidalgos* se narran las peripecias de Jesús de Ceballos, un joven hidalgo -hijo de Don Juan Manuel de Ceballos y de una mujer demente- que se aleja de su casa natal para vivir una vida bohemia, pero que regresara a su hogar a los 30 años, enfermo y amargado; sin embargo este retorno no supondrá su curación, y terminara muriendo sin superar sus instintos más mórbidos y degenerados.

La novela empieza con dos capítulos de tono clasicista -casi cervantino-, para luego pasar a un tercer capítulo de aire ya decididamente modernista y tardorromántico en la forma, aunque conservador en pensamiento y fondo, y poco a poco -según crecen los capítulos- más naturalista y didáctico. Hay en sus líneas una especie de educación sentimental, salpicada de un erotismo fin de siglo.

En la jornada primera se describe al protagonista -en realidad un reflejo novelado del joven Ricardo León- y su huida de Santillana, su incorporación a una compañía de cómicos ambulantes dirigida por un tal Pedro de Rojas y en la cual se integraban dos actrices denominadas la “Chacona” y la “Camelia”. La segunda de ésta actrices itinerantes, la “Camelia”, se enamora de Jesús de Ceballos, pero contrae tuberculosis

-incluso vomita sangre de verdad cuando representa “La Dama de las Camelias”. A partir del segundo capítulo, muerta la “Camelia” en Toledo, comienza una evocación de la niñez del protagonista.

En los capítulos cuarto y quinto de la primera jornada se narra la vida bohemia de Ceballos, instalado en Madrid y en las redacciones de sus periódicos, para pasar luego a un pueblo de Andalucía, donde conoce a cierta Rosa Luna, una activista anarquista con la que es encarcelado después de un mitin de ésta ante un grupo de jornaleros. Tras enamorarse, y tener ella un hijo que muere a los pocos meses, viajan juntos a París, donde viven a fondo la bohemia de la atractiva y también miserable ciudad del Sena, hasta que Rosa Luna enferma y muere. Ceballos regresa a Madrid y entra en una especie de depresión de la que decide salir mediante el reposo y el regreso a la tierra natal. Recala en una posada de Santander, donde recupera el contacto con la cultura de lo simple y tranquilo, y luego halla en Santillana del Mar un lugar de placidez y en principio serenidad que aun cobija el espíritu esencial de las cosas. Allí encuentra, en la segunda jornada: llamada “Las lágrimas de las cosas”, a Silda, su hermana, doncella sana, primitiva y arcádica, de un aristocratismo natural y perfiles prerrafaelistas. El capítulo cuarto de “Las lágrimas de las cosas” analiza el alma atormentada de Jesús de Ceballos bajo presupuestos de herencia genética, al tiempo que se muestra el interior antiguo y evocador de la casa familiar. El capítulo quinto reproduce el diálogo entre el cura Don Elías y Jesús de Ceballos, el sexto ofrece una descripción de Santillana a través de un recorrido por sus calles y plazas, y el séptimo se centra en reflexiones sobre las características de las gentes que desde tiempo inmemorial la pueblan, y que son depositarias de los valores de la raza. El octavo capítulo integra digresiones críticas en torno a la literatura moderna y laudatorias respecto a la literatura clásica española, junto a referencias a la historia local.

La jornada tercera contiene una visión onírica del protagonista. Es una jornada extensa que no aporta elementos narrativos formales a la novela. En un sueño el protagonista contempla junto a una especie de Cronos el nacimiento de la Tierra y luego al desarrollo de la historia en las tierras españolas: desde la llegada de Hércules hasta los momentos más ligados al esplendor imperial, al Quijote y a la visión hispánica del mundo. Todo ello constituye un retablo “histórico” mas bien fantástico y legendario, de tonos victorhuguescos y remedos de *La leyenda de los siglos*, tal y como advierte Ara Torralba en su investigación (91). En este texto de León, España era España, nación y raza, incluso antes de la invasión romana. Tienen lugar además unos encuentros de Jesús de Ceballos con personajes de la historia, primero San Francisco, después el marqués de Santillana, Gil Blas... Hay una estampa de la Santillana del siglo XVI, el protagonista encuentra cobijo en la colegiata, y retoma la percepción del alma nacional al observar los mensajes de las piedras labradas. Entonces surge una “Danza de la Muerte” y los sepultados caballeros y frailes salen de sus tumbas, el protagonista siente que se convierte en un dragón y solo la intercesión de una serena Santa Juliana salva a éste, quien despierta sobrecogido. Un ensueño de inspiración quevedesca, pero que materializa una reacción idealista, con nostalgias nacional populistas, regeneracionistas, heroicas y preindustriales; es decir un ensueño de matiz modernista conservador. O quizás... un casticismo que sustituye a un nacionalismo moderno inexistente.

La Jornada Cuarta, titulada “Llama de amor viva”, dibuja el aparente proceso de curación de Jesús de Ceballos, al tiempo que se revelan las inclinaciones de éste, sensuales y con un toque místico -dentro de la tradición modernista-, hacia una simple y dulce campesina -Rosuca- y hacia su virginal prima -Juliana-. En el capítulo segundo de esta jornada hay un diálogo de controversia religiosa entre el protagonista y su honesta prima. Y un nuevo diálogo con el cura Don Elías, donde se defiende la fe frente a la

razón o el análisis. El capítulo cuarto es una secuencia lírica en la que se pretende descubrir la psicología de la familia Ceballos y las razones de la debilidad del alma de Jesús de Ceballos, en el marco de una tarde otoñal. En el capítulo séptimo hay una conversación de amores entre el protagonista y la campesina -Rosuca- enamorada de él, quien la disuade, y se intuye que la curación de éste no llegara a termino. En los capítulos diez y once hay disquisiciones acerca de la existencia del alma y tiene lugar el final de la inclinación y consumación amorosa de Jesús de Ceballos hacia su prima.

La Jornada Quinta, titulada “Noche oscura del alma”, comienza con un capítulo dedicado al invierno que llega a Santillana, los dos siguientes narran la muerte y funerales románticos de la campesina -Rosuca-, y en el cuarto se refiere el matrimonio de Jesús de Ceballos con su prima. En el capítulo sexto se hace hincapié en la neurosis como enfermedad del descreído, y en el séptimo y octavo se presenta la decadencia atormentada del protagonista y un ataque, entre epiléptico e histérico, de éste. El noveno y el décimo señalan los sufrimientos de Jesús de Ceballos antes de exhalar el último suspiro, y el capítulo XI la muerte con arrepentimiento y contrición del mismo. El capítulo XII constituye el termino de la novela, y en él se relata a modo de eílogo la pervivencia del padre, Don Juan Manuel.

En realidad, esta primera novela de Ricardo León no se titulaba inicialmente *Casta de hidalgos*, sino *El alma de las ruinas*, y como se indica en su heráldica portada -dibujada por García de la Bandera- fue escrita “en las Asturias de Santillana”, es decir en su mayor parte durante la estancia de León en Santander, quien, como señalamos ya, la ambientó concretamente en Santillana del Mar. No es sin embargo la ciudad la que protagoniza el argumento. Este por si mismo se desarrolla en una acción que podría suceder en otro ambiente, si bien es el ambiente lo que pesa sobre ella y la encauza. Ricardo León demuestra en la arquitectura de esta novela poseer una hábil técnica en la graduación del peso de Santillana del Mar sobre todo

lo que sucede, con una disposición sucesiva que va de una sombra expresiva de la ciudad a una reacción contra ella, luego a la recuperación de la ciudad de forma entrañable, con el poder de su historia y su pasado sobre el protagonista, después a la absoluta integración en ella, y finalmente a la frustrada reacción y conversión definitiva y muerte del protagonista. Esta hábil graduación se descubre en las cinco jornadas en que se va dividiendo la novela. Como referimos antes, en la primera, “La casa y el camino”, se nos presenta a Jesús de Ceballos, el hidalgo de niñez tímida en la severa educación paterna, huérfano de madre, que se libera de la casa familiar siguiendo el camino con una compañía de cómicos. Recordemos que se enamora de una actriz, la “Camelia”, que muere tísica, tiene un hijo con una libertaria, que muere, como luego también la madre; en París conoce tipos bohemios y estafalarios y, al fin, hartado de una vida disipada que lo ha envejecido, vuelve a la casa paterna. La segunda jornada, “Las lágrimas de las cosas”, viene a ser, tal como decíamos, una interpretación muy novecentista -es decir, modernista- de la familia y casa de los Ceballos, donde viven solo el padre, hidalgo tradicional, y la hermana de Jesús, Silda, educada como una doncella del siglo XV -en esta interpretación y sus descripciones los objetos poseen a veces una significación emblemática-. La revelación de la ciudad y su historia se desarrolla en la jornada tercera, “La danza de los muertos”, en la que un sueño de Jesús le va presentando en brazos de un Cronos las glorias de Santillana del Mar, desde el marqués poeta célebre a Gil Blas el pícaro. Las jornadas cuarta y quinta, “Llama de amor viva” y “Noche oscura del alma”, con este sentir de San Juan de la Cruz manifiesto en sus títulos, preparan y resuelven el desenlace, en lucha espiritual de amor y muerte en que la ciudad, su alma de siglos, domina y serena a los personajes.

A poco que se observe su personalidad, el protagonista, Jesús de Ceballos, muestra una psicología inquieta entre pícaro, que no llega a dominarle, y caballero aventurero del Siglo de Oro, que le vence a ratos,

dentro de la decadencia de la casta de hidalgos a la que pertenece. Hay páginas enteras en las que la prosa tiene medida casi de verso, que el autor ha empleado adrede. El influjo del estilo literario del siglo XVI se percibe, aunque según el estudioso y erudito Joaquín de Entrambasaguas, solamente León no pisa con seguridad ese terreno del clasicismo español cuando hace hablar al marqués de Santillana, momento en el cual “asoman errores de bulto, inevitables en quien no fue filólogo” (92).

En algunos pasajes de la novela, entre la lucha del pasado con el presente, sale a relucir el movimiento modernista, cuando León relata el debate por el arte moderno entre Jesús y su padre, el viejo hidalgo, y escribe: “El arte moderno, padre mio -dijo Jesús, conteniendo su vehemencia y dulcificando la voz-, no merece, a mi humilde entender, ni odio ni desprecio. El artista ve hoy más hondo, tiene más horizontes, siente mejor las grandes luchas del espíritu, la emoción, la ternura y el sufrimiento... la vida de hoy es más compleja, más reflexiva, más triste, más curiosa; penetrada de espíritu científico, se complace en escalar los cielos, en matar los dioses, en violar todas las virginidades”. (93).

En toda la novela se busca describir estados del alma, con una composición premeditadamente laxa y llena de fragmentos, una defensa lo primitivo frente al racionalismo, una idealización del campo y una exaltación de la mística en su variante modernista, contra lo mercantil y descastado. Un modernismo conservador y basado en evocaciones tradicionalistas, frente al modernismo decadente y cosmopolita. A través de *Casta de hidalgos* Ricardo León muestra -de forma muy novelada y con final trágico- su propia trayectoria, con el fin de señalar por un lado los efectos positivos de la conversión individual y por otro la feliz transformación del modernismo disolvente y naturalista en un modernismo sanador y de valores tradicionales. En su primera edición, *Casta de hidalgos* ofrece una estética claramente modernista, si bien en

en la edición de 1911 se aminoraron las tonalidades del modernismo sensualista y naturalista.

Crea por primera vez Ricardo León, con aceptación, la figura del hidalgo, esencial luego en su obra. El hidalgo entronca con las esencias históricas de lo español, y representa una mentalidad sana y primitiva frente a la degeneración economicista y liberal de la burguesía, y sus relajadas y hedonistas costumbres. Es adusto, frío en lo externo pero tierno en lo interno, amante de la familia y defensor de las viejas costumbres y reglas del honor. El hidalgo trasciende lo puramente nobiliario y hereditario, su carácter es espiritual y está al alcance de todo buen español: en la novela esta representado por el perfil de Don Juan Manuel de Ceballos. Y en la vida real será para Ricardo León el regeneracionista conservador Antonio Maura. Su tipo es equidistante del junker alemán y del knight -o más bien squire- británico. Alrededor de esta figura del hidalgo, el autor “populariza” ésta, a la vez que da una visión pequeñoburguesa de la aristocracia y su mundo intemporal. Una visión en la que León inserta ya, a través del hidalgo, el concepto cristiano del honor; en línea con las ideas de Menéndez y Pelayo, quien -como consta en una carta enviada por éste a Antonio Rubió Lluch para tratar sobre el honor en Calderón- consideraba que el honor en su noción más general “No es otra cosa que el sentimiento de la dignidad personal, la altísima estimación de la naturaleza humana en el propio individuo. Tal sentimiento es humano, y se da en todo hombre antes y después de llegar al cristianismo; solo que varía en sus manifestaciones. Lo que el cristianismo ha hecho es purificarlo, instaurarlo como todos los elementos de nuestra naturaleza, encaminarle al bien y refrenarle... cuando el honor, que al fin ni al cabo no es virtud ni vicio, sino un instinto regulable por leyes éticas de orden más alto, tropieza con otros honores contrapuestos, o con la ley escrita, surge de aquí el conflicto moral” (94).

Es esta además una novela propia de lo que podríamos llamar modernismo regional, y su éxito tal vez radicó en que en aquellos años de finales de la primera década del siglo hubo un resurgimiento regionalista. También coincide la aparición de *Casta de hidalgos* con el crecimiento de un estilo denominado “renacimiento español”, basado en la idea de que los objetos y las obras de arte debían tener un alma individual y corresponder a un pasado nacional, con un sentimiento de mirada hacia el pasado propio. Realmente, *Casta de hidalgos* simboliza ese retorno al pasado en el ámbito novelístico, con un protagonista y un entorno -Santillana- que se quieren describir como símbolos de una posible redención de la cultura y el pueblo españoles.

En el aspecto literario más avanzado, esta novela participa de alguna manera de la narrativa, del cuento y del poema, a la vez que engloba, hermanados, elementos puramente modernistas con un arcaísmo de cuño cuño romántico. Lo poemático prevalece en cuanto a estructura y ritmo del lenguaje -modernista-, junto a lo reflexivo y casi ensayístico, mientras la acción narrativa ocupa un lugar secundario. La aceptación por los lectores de la combinación de todos estos elementos a cargo de Ricardo León conllevaría una segunda edición de *Casta de hidalgos*, que saldría de las prensas en junio de 1910.

La recepción de *Casta de hidalgos* por la crítica corrió positivamente en paralelo con la de los lectores. En este sentido, cabe destacar por su valor analítico varias críticas publicadas en 1908, una de ellas a cargo del joven Ramiro de Maeztu. La primera de ellas apareció el día 8 de noviembre del citado año en la *Revista Cántabra*, repleta de tonos líricos, con el título de la obra de nuestro autor y sin firma. Aquí se indica muy claramente al comienzo: “Paseó Ricardo León su alma sentimental y romántica por estos silenciosos montes, por estos valles serenos, y al encontrarse con la vieja villa, ruinoso y huraña, sintió toda la triste nostalgia del pasado, la dolorosa

poesía de los palacios que se hunden, de los blasones rotos, de la sangre empobrecida, de una raza espiritual y brava que se extingue. En aquel ambiente de completa derrota nació esta deliciosa novela de encumbrada metafísica, de psicología honda; mística y romántica, dolorosa como un corazón traspasada, impregnada en el bárbaro tormento del agotamiento humano, de una agonía lúcida y consciente. Ricardo León ha sabido buscar asunto para una novela moderna, esencialmente analítica, en este acabamiento de las razas. Una casta de hidalgos, que dio a la Iglesia fervorosos místicos y a la patria esforzados guerreros, va derrumbándose como su caserón en Santillana, pasto las cosas de la polilla y de la herrumbre, cebo los hombres de la locura y de la neurastenia... Un deseo de análisis, punzante y sediento, corre por la novela como un mar de fondo, y remueve cruelmente los escombros de un espíritu abatido, y busca el alma dolorida de las cosas en los frisos agrietados de la Colegiata”. Junto a esta mezcla de afanes psicologistas, que debían ser la última moda en la época, esta crítica-reseña muestra un esteticismo casi tan modernista como la novela que estudia, apreciando su anónimo autor: “La novela es profundamente triste, desconsoladora, sombría como el escepticismo prematuro. Sopla a través de ella un viento helado de débâcle, de flores secas, de ídolos decapitados en las aras. La historia parece que se arrulla con la música del cárabo. Las gárgolas de las viviendas dejan caer el agua gota a gota, como penoso lagrimeo. Las campanas de la Abadía tienen un clamor de leyenda, de leyenda lúgubre, en que los muertos vuelven brevemente a la tierra, envuelta su osamenta en un guiñapo. Un búho, diabólico y siniestro, salmodia su estridente cantinela entre las madre selvas y campanillas azules”. Tras este desahogo lírico, acaba este texto en los siguientes y peculiares términos: “El temperamento de Ricardo León frisa más con el verde esmeralda de nuestros campos y con la luz difusa y tibia de nuestros crepúsculos, llenos de romanticismo, que con el rojo vivo del clavel malagueño y el llamear de la siesta andaluza, cargada de fuego y de sangre.

A veces su espíritu tiene un súbito respingo, y va a bañarse en la claridad helénica; pero enseguida vuelve, deslumbrado, a hundirse poco a poco en el rincón de su penumbra... Acerca de la doctrina filosófica que encierra la novela habría para escribir de largo. Más vale, por consiguiente, no tocar este punto. Sin embargo, no queremos pasar por alto aquella afirmación nietzscheana que hace el protagonista de que el talento no sirve para nada en el mundo, si falta la energía para imponerlo. Queremos hacer resaltar aquí lo que más arriba dijimos de pasada. El talento sin energía puede triunfar si las circunstancias le son propicias”.

De signo más informativo que la anterior, otra reseña-crítica, aparecida el día 15 de noviembre de 1908 en el diario *Faro* con el título de la obra de nuestro escritor y firmada por Bernardo G. de Candamo, indica primeramente: “El libro de un novelista, que es ante todo un poeta místico, es éste que se titula *Casta de hidalgos*, libro de inquieto vibrar de un espíritu contemplador que, en sus arrebatos de exaltación, llega a fundirse en las cosas todas creadas o en amarlas en franciscana hermandad. Ricardo León y Román publicó en tiempos una colección de poesías. Eran ellas poesías de arrebatada entonación heroica, de clamorosa sonoridad, de bélico y apasionado brío de combatiente. Fue poeta de tempestuosos y tumultuosos lirismos, el que es hoy, en plena vigorosa juventud, apacible y discreto cantor de las efusiones de un alma llena de amores místicos, que asciende en anhelo infinito, no se sabe a dónde, o a dónde el alma del mundo tiene infinito, no se sabe a dónde, o a dónde el alma del mundo tiene su arraigo espiritual. Ternura, lirismo, misticismo, son palabras que parecen impropias cuando califican las características de un alma de hoy. Hoy hemos llegado a convencernos de todo por nosotros mismos; hay una realidad, y fuera de eso no existe nada. Un lamentable cientifismo ha invadido los espíritus”. Después señala el crítico que “el libro de Ricardo León es un admirable libro. Su asunto es sencillo y de poca monta. Lo interesante en él es la psicología de los personajes, el elemento descriptivo, la cultura y la

escritura, en el sentido del estilo”. Y culmina este análisis de Candamo: “El espíritu de poeta de Ricardo León se ha fortalecido por una variadísima y completa cultura literaria. A pesar suyo, tiene que aludir a cada paso a algo leído. Su libro parece, en lo mejor de él, suscitado por lecturas; es una rapsodia de las letras españolas antiguas, no de las realistas y descriptivas de la vida aventurera y desorientada de héroes, pícaros y buscones, sino de la que mana de la fe religiosa, como una linfa de pureza inefable y que es toda espíritu, toda éxtasis ante el cielo poblado de divinas visiones... Estamos acostumbrados a otras cosas, frívolas, insustanciales y ligeras, y ya la pluma se resiste a comentar lo que se salga de la marcha corriente. En esta inundación de frivolidad, el libro de Ricardo León es una obra excepcional, el producto de un alto espíritu de artista, que a su espontaneidad ha sabido añadir el lastre de una vasta cultura”.

Ramiro de Maeztu, a su vez, escribe el día 17 de diciembre de 1908 en el madrileño *Nuevo Mundo* una crítica sobre *Casta de hidalgos*, remitida desde Londres, que constituye una pequeña joya literaria. Tanto por el relieve que años más tarde adquirirá la personalidad del entonces crítico, como por manifestar la temprana coincidencia de pensamientos entre el pensador noventayochista que era Maeztu y el autor criado en el modernismo que ven a ser León. Principia su texto Maeztu apuntando que en *Casta de hidalgos* la prosa “es noble, rica y elegante”, y su tema “es fascinadoramente comprensivo y amplio”. “Porque -explica- esa Santillana del Mar, villa peregrina que yace como entregada a un sueño de siglos, ¿no es símbolo de toda nuestra vieja España? Y esa casta de hidalgos, impotente para resucitar las glorias de antaño e incapaz para adaptarse a la vida de hogar, ¿no es toda nuestra casta, aún aquella pequeña parte que se cree progresiva por haber aprendido a manejar algunas maquinillas o unas cuantas palabras extranjeras?”. Pasa enseguida Maeztu a puntualizar que “Aún ha tenido ocasión el novelista de ver extinguirse en Santillana del Mar otra familia de hidalgos auténticos recluidos en sus casones. Acaso dentro

de otros cincuenta años se habrán ya extinguido todas ellas. Y esta perspectiva ha de verse con dolor más profundo que el de una melancolía literaria. Porque si en España deja de haber hidalgos, ¿qué puede haber en ella? La España histórica se constituye enteramente por sus hidalgos. Hidalgos fueron los reconquistadores de América, los fundadores y reformadores de nuestras órdenes religiosas, y los escritores y artistas de nuestros grandes siglos. Todo lo que ha sido creación positiva entre nosotros lo hicieron los hidalgos, los pobres hidalgos de gotera. El pueblo no hizo nada; la corte deshizo; la grande aristocracia terrateniente se redujo siempre, con raras excepciones, a cobrar y gastar sus rentas... Hace setenta años podía aún abrigarse la esperanza de que surgiese de entre las capas populares una clase social que reemplazase con ventaja a los hidalgos. La esperanza ha sido fallida. La burguesía surgida de la desamortización no tiene resistencia. El hidalgo resistió durante mil años; aún se resiste entre los grietosos caserones y más generalmente fuera de ellos. A la burguesía se la lleva el demonio antes de las tres generaciones. No tiene equilibrio, ni paciencia, ni fe en si misma, ni fortaleza, ni prudencia, ni justicia, ni templanza. El mismo apetito que la saca a flote se la va llevando prestamente al fondo”. Y reincidiendo en esta idea de oposición entre hidalgos y burgueses -que sería tan cultivada por León-, Maeztu considera: “El pecado, el gran pecado de los hidalgos consistió en apergaminarse, es decir, en fiar los destinos de su clase social a los pergaminos, a los escudos heráldicos, a los papeles, a la letra, en vez de fundamentarlos en la virtud, en la ciencia, en la espada, en el espíritu; pero ese pecado no lo cometieron los hidalgos sino al cabo de nueve o diez siglos. La burguesía ha caído en él en dos generaciones”.

Al analizar la obra en cuestión de nuestro escritor, Ramiro de Maeztu advierte que los hidalgos “que pinta Ricardo León en su novela no tienen ya destinos, están muertos, definitivamente muertos y bien muertos. El viejo D. Juan Manuel y su hermano D. Rodrigo no hacen sino leer libros viejos y

abominar del tiempo nuevo en sus caserones de Santillana. Así no se va a ninguna parte. El hidalgo, el hijo de algo, ha de ser hijo de algo y no hay otro algo que lo que es. El que no es hijo de su tiempo no es hijo de nada ni de nadie. El pasado no existe porque la historia o no ha empezado o empieza el día de hoy. No hay más hidalgos, no ha habido nunca más hidalgos que los que comprenden las cosas que son y por comprenderlas las gobiernan... El heredero de los viejos hidalgos, el modernista Jesús, tiene más elasticidad que sus mayores, pero le falta su poder de resistencia. Esta falta de fuerza le trueca en boya que los mares nuevos arrastran a su capricho”. Y cierra su artículo crítico Maeztu con una serie de párrafos que resumen su pensamiento, no solo sobre la novela de León, sino sobre una parte de aquello que los noventayochistas de su línea llamarón los males de la patria... “Si los hidalgos que nos quedan son estos que pinta el Sr. León, hace bien en matarlos el novelista, y aun me parece demasiado fastuosa la literatura que embalsama sus cadáveres. Pero a veces se me figura que la posición actual de los hidalgos españoles, desposeídos los más de sus tierras, encerrados los menos en sus casas de armas, es contra todas las apariencias menos inestable y efímera que la de la burguesía. La burguesía tiene más papeles; pero yo veo a los hidalgos en la milicia, en las profesiones liberales, en la Universidad, en las escuelas de toda índole, en los servicios públicos y aun en las nuevas fábricas, no ya como dueños y accionistas, pero si como ingenieros y directores intelectuales. Me parece que están más cerca del trabajo y, sobre todo, del corazón del pueblo, que la burguesía. Les cuesta encorvarse, disciplinarse, hacerse a los nuevos métodos de vida, pero, sin embargo, llevan en la sangre ciertos hábitos de moderación y de paciencia que les hacen preferir los caminos largos del desarrollo intelectual a los atajos de las especulaciones con el Estado. Si estas figuraciones mías no fuesen erróneas, el porvenir del país sería el suyo. De todo el dinero, de todas las tierras, de todas las casas, de todos los

caminos y de todas las fábricas, es decir, de todos los títulos de propiedad, de todos los papeles, si los hidalgos se alzasen al rango del poder intelectual que regula el movimiento de la máquina. Suyas las espadas, suya la ciencia y suya la virtud, los hidalgos se capacitarían para hacer con España lo que el junker y el samurai, sus compañeros, han hecho con Alemania y el Japón, las dos únicas naciones sólidas de nuestro siglo, son creaciones de hidalgos”.

Comedia sentimental, la siguiente obra de Ricardo León, apareció el 20 de abril de 1909, también editada por los impresores de Málaga Zambrana Hermanos. Era una novela de ambiente malagueño, articulada en cuatro jornadas, escrita en primera persona y protagonizada por un Juan Antonio Espinel que recordaba mucho a su autor, un personaje central que regresa a Málaga tras vivir muchos años en su casa solariega de Asturias. El mismo viaje estético y vital de Ricardo León: desde el norte melancólico y quietista al sur alegre y activo. Quizás por ello, como veremos más adelante, fue la obra preferida por el escritor, que siempre se manifestó muy satisfecho de ella. Desde el punto de vista de pensamiento, estética y estructura, junto a una leve acción amorosa, el eje de esta novela es la oposición Norte-Sur.

Seguramente sería en parte la realidad vivida la inspiradora del argumento de esta novela: el fracaso del hombre rico, sabio, criado junto a su madre y, al morir ésta, solo, y que al descubrir el amor ya es viejo y ha de resignarse a su triste soledad para siempre. Escrita autobiográficamente por su protagonista, Juan Antonio Espinel, con cuidado, en forma sencilla, y con buen desarrollo de la acción, no es lo principal en ella el estilo ni los personajes -que son claros retratos-, sino los distintos ambientes en que viven los personajes en el transcurso de la narración: la casona de Oviedo, con interiores reveladores del gusto del autor, que dan lugar a acertadas consideraciones sobre el arte, la vida en Málaga, la evocación de lugares y fiestas típicas. Juan Antonio Espinel y su criado David recuerdan además,

para el singular crítico que fue Joaquín de Entrambasaguas, “a esos tipos análogos que son frecuentes en las novelas inglesas” (95).

La primera jornada de esta novela llevará por título “La vida de un discreto” y en ella se describe al protagonista Espinel, solterón, hidalgo, sentimental, amante de los recuerdos y del arte antiguo, bibliófilo, algo diletante y fin de siglo, que aparece como una versión ibérica del gentleman -aun no es el hidalgo viejo, de una pieza y sin flaqueza que luego constituirá el referente de los héroes de Ricardo León-. El discreto protagonista llega a Málaga invitado por su primo y tras varios paseos por la ciudad, sus encuentros con sus gentes, y la asistencia a las fiestas del patriciado local, se enamora de su sobrina Trini. Tras momentos de exaltación hacia la joven durante el carnaval malagueño, Espinel contiene este amor otoñal y afronta la cercanía de su vejez mientras comprende que la vida es una “comedia sentimental”

De lenguaje claro, y con notas de crónicas de sociedad -incluso con la descripción de un garden party en la mansión de unos marqueses locales en el capítulo octavo-, esta novela no alcanzó el éxito de *Casta de hidalgos*, sobre todo por su carácter localista y lo tópico de su historia -el clásico argumento “el viejo y la niña”, como señala en su texto Ara Torralba (96)-.

Además recordaba en algunos aspectos a otra novela, *El gusano de luz* de Salvador Rueda, publicada en Madrid en 1889. En esta novela de Rueda un anciano, Don Sebastián, se enamora de su sobrina, Concha, una joven a la que llamará “el gusano de luz” por el brillo de sus ojos. En su obra Rueda narra el mundo de las fiestas andaluzas, describe el paisaje sureño con una estética paganizante y helenística, y deja que el viejo materialice carnalmente su amor mórbido, sensual y místico con la niña. *El gusano de luz* de Rueda tendría cierta aceptación entre los lectores, como prueba su edición en formato popular, sin fecha, en la Librería Española López de Barcelona; por cierto con un amigable prólogo-estudio de Juan Valera que

se había publicado por primera vez en *El Imparcial* de Madrid, el 18 de marzo de 1889. La última publicación de esta obra, clave para conocer la evolución del modernismo narrativo español hacia el naturalismo, fue realizada en 1997 por las ediciones Arguval en Málaga.

A pesar de esa deuda con Rueda, *Comedia sentimental* obtuvo cierta aceptación entre los lectores, especialmente andaluces y castellanos, si bien menor que *Casta de hidalgos*. No tuvo grandes críticas en Madrid, pero en provincias fue, al parecer bien aceptada, como muestra una crítica publicada acerca de esta obra en *El Adelantado de Segovia* el 6 de septiembre de 1910, sin firma y con el título “Ricardo León y su Comedia sentimental”. En esta crítica se dice primero: “Ricardo León, el ilustre autor de *Casta de hidalgos* -libro que tanto entusiasmo ha despertado en la España intelectual-, desde su rinconcito de Málaga y alejado del bullicio literario de Madrid, donde únicamente se adquiere el derecho a ser insigne, a ser gran escritor, a ser genio -porque así lo tienen decretado una media docena de escritorzuelos atrevidos-, ha enriquecido las letras españolas con una nueva obra, hermana gemela en estilo, en primores y en delicadezas de aquella otra que tantos y tan legítimos aplausos le ha conquistado. ¡Si será hermoso el último libro, *Comedia sentimental*, de Ricardo León, que hasta algunos escritores se han visto obligados a hablar de él, aunque para juzgarle inferior a *Casta de hidalgos*, ya que ninguna otra novela de las publicadas en estos últimos años, podía colocarse a su nivel, ni salir a flote en una comparación juiciosa y desapasionada! *Comedia sentimental* no es superior ni inferior a *Casta de hidalgos*. Una y otra son obras maravillosamente escritas y sentidas, modelos de fina observación, de prosa limpia, robusta, impecable, que firmarían orgullosos aquellos grandes maestros que se llamaron José M^a Pereda y Juan Valera”. Y después concluye el anónimo autor de esta crítica segoviana: “En todas las magias del libro se encuentra al poeta, hasta el punto de que más que de novela, es un poema, un himno a la vida”... “En algunas ocasiones que pudiéramos llamar solemnes, el autor, sin darse

cuenta, expresa sus hermosos pensamientos en una prosa que puede combinarse en verso libre, escultural, cadencioso, primorosamente medido... *Comedia sentimental* es, en fin, por su elevación de pensamientos y por su forma, más que una novela, un poema meridional, admirable, un canto al amor y a la vida, con descripciones maravillosas que conducen por caminos de placidez y de luz hasta el final de la obra; de esta obra reveladora de una gran cultura, de un corazón sano, de un elevado espíritu y ante todo y sobre todo de un envidiable dominio del idioma”.

Esta crítica da tal vez en el núcleo del León prosista, al advertir su verdadera condición de poeta, aunque sin citar en ningún momento, inexplicablemente, a los versos de *La lira de bronce*, precedentes a toda la obra en prosa de nuestro autor. Sin embargo, las consideraciones de esta crítica podrían desvelar el hecho de que, muchos años más tarde y de forma mantenida, Ricardo León se manifestara sólo satisfecho totalmente de una obra: *Comedia sentimental*. Quizás porque recordaba como lo más auténtico de su trabajo a la veta poética que siempre anidaba en sus creaciones, al margen del género practicado.

La popularidad literaria que iba adquiriendo y la buena amistad que le profesaba José Echegaray, arreglaron el traslado de Ricardo León al Banco de España de Madrid en 1909, y su liberación del trabajo cotidiano, nombrándosele para ocupar el puesto de ayudante de la asesoría de dicho organismo. Con su nuevo puesto dispuso de más tiempo para intensificar su labor literaria. En el banco prestaría servicio sin interrupción, llegando a ser “Oficial primero del escalafón único” en 1931. Concretamente el día 1 de abril de ese año, Ricardo León accede a esa categoría por decisión del Gobernador del Banco de España “con sueldo de trece mil pesetas anuales y destino a la misma Dependencia en que hoy presta sus servicios” (97). Tras varios intentos para jubilarse, que fracasaron, en 1932 consiguió después de gran lucha y de llevar más de un año sin aparecer para nada por el banco,

que le admitieran la jubilación por imposibilidad física, para lo cual se le extendió un certificado de su avanzada miopía, a los 55 años de edad.

Desde su traslado a Madrid y hasta 1912, Ricardo León publicaría *Amor de caridad* (en *El Cuento Semanal*, 1909), *Alcalá de los Zegríes* (Málaga, 1910), *La escuela de los sofistas* (Madrid, 1910), *El amor de los amores* (Madrid, 1910), que fue Premio Fastenrath de la RAE, y *Alivio de caminantes* (Madrid, 1911).

Amor de caridad se publicó el 21 de mayo de 1909 -un mes después de *Comedia sentimental*- en la serie *El Cuento Semanal*; la colección de libros populares fundada por Eduardo Zamacois en 1907, y abierta por el académico Jacinto Octavio Picón con su obra *Desencanto*. Y donde también publicaron, hasta la disolución de la serie en 1912, Benavente, Martínez Sierra, Trigo, Dicenta, Répide, Pérez de Ayala, Mata, Insúa y Moró. En 1922 apareció una segunda versión de *Amor de caridad* a modo de novela corta, dentro de la colección de obras de Ricardo León publicadas por la editorial madrileña Renacimiento. Muy pronto abría una segunda edición, e incluso una tercera en el año 1925.

Era *Amor de caridad* la historia de un hombre de treinta años, llamado Carlos, tomado en realidad muy posiblemente de la propia vida del autor. Como él -que tenía 31 años en el momento de la publicación-, tuvo una niñez enferma, siendo luego un hombre rico, indiano, y provisto de un orgullo nietzscheano. Conoce a una mujer, Sarah Taylor, hija de andaluza e inglés, perversa y dominante, de perfiles situados en una estética también nietzscheana. Y el superhombre es seducido por la superhembra. Otra mujer, Amelia, representa la sencillez y la ingenuidad, manteniendo una relación idílica con el protagonista; tiene lugar la transformación de Carlos, que de la altivez y el egoísmo pasa a adquirir un espíritu de caridad: materializado en el cobijo que Carlos da a Amelia y a su madre empobrecida -que al final muere-. En medio hay un sueño en el que se contrastan las figuras de Nietzsche y San Juan de la Cruz. Sin embargo,

Carlos vuelve unos años más tarde a los brazos de Sarah con quien vive una historia de vicio y perversión durante la cual se arruina. De vuelta al hogar, es perdonado, se convierte y Amelia espera un hijo. En *Amor de caridad*, cuya estética sigue casi íntegramente a la de *Casta de hidalgos*, ya comienza a primar la ortodoxia católica, sin apenas atisbos de modernismo liberal.

Es en esa época en la que Ricardo León mantiene: más contacto con la gran promesa de la literatura conservadora de aquellos años, Concha Espina, quien tras la publicación de *La niña de Luzmela* en 1909, preparaba su mejor creación, *La esfinge maragata*, que vería la luz en 1914.

León compartía con Concha Espina una singular visión conservadora de la sociedad y la cultura españolas, visión en la cual se aunaban presupuestos tradicionalistas con elementos de realismo o naturalismo en la percepción de situaciones sociopolíticas (como se apreciará luego en *El metal de los muertos* de Concha Espina, en 1920, o en *Los centauros* de León, en 1912). Mantuvieron también, por otra parte, una especial relación afectiva, según cuenta fugaz y fragmentariamente Rafael Cansinos-Asséns en el segundo volumen de su obra *La novela de un literato* (98). Ambos, además, adoptarían posiciones ultraconservadoras a raíz de la guerra civil de 1936-39, con novelas como *Retaguardia* (1937), *Las alas invencibles* (1939) y *Princesas del martirio* (1940) en el caso de Concha Espina.

De esa relación personal y literaria entre la escritora y Ricardo León apenas quedan testimonios documentales, salvo unas notas y tarjetas postales conservadas en el archivo de nuestro autor en la Quinta “Santa Teresa”, y alguna dedicatoria en los libros que Concha Espina remitía puntualmente al escritor. Entre las tarjetas postales cabe destacar una, enviada desde Oviedo el día 30 de julio de 1909, que reza: “En esta hermosa catedral ovetense le ha recordado a usted y ha pedido a Dios su felicidad, su amiga muy verdadera”; y otra, fechada en Medina del Campo el 2 de julio de 1911, que dice: “Recibo hoy su postal toledana, Luis le puso a usted una que supongo en su poder. Me alegra mucho que usted haga alguna excursión

fuera de Madrid. El miércoles 5 en el correo de la noche salimos para Comillas. Besos del nene, mil afectos a su madre de usted con el cordial saludo de su amiga invariable”. Junto a estas líneas, sobresale igualmente como muestra de la amistad entre ambos, la dedicatoria que, con fecha de abril de 1910, Concha Espina redactó para el ejemplar de *La niña de Luzmela* que envió a nuestro escritor: “Para Ricardo León, insigne autor de ‘Alcalá de los Zegríes’, maestro de la novela y poeta glorioso, su amiga más leal”. Otras dedicatorias manuscritas de sus obras hizo Concha Espina a Ricardo León, y de entre las que hemos podido encontrar resultan significativas las escritas en ejemplares de las primeras ediciones de *La rosa de los vientos* y *Ruecas de marfil*. En el primer caso reza el texto de la escritora: “Al inmenso artista Ricardo León; a su imponderable genio, dechado de españolismo, de hidalguía y belleza. Su amiga entusiasta”, y en el segundo: “A Ricardo León, la más alta cumbre de la Literatura Española. Su amiga y compañera”.

Junto a estas relaciones, León cuida otras con los escritores y ambientes literarios más señalados de la época, como evoca Rafael Cansinos-Asséns en la trilogía antes citada. (99), desde Serafín Álvarez Quintero hasta Julio Casares y el propio autor de *La novela de un literato*, amigo también muy estrecho de Concha Espina.

Alcalá de los Zegríes, nueva novela de Ricardo León, fue publicada el 10 de enero de 1910 en Málaga por Zambrana Hermanos. Se inspiró en un viaje hecho por Ricardo León a Ronda junto a Salvador González Anaya en 1909. Con lo cual, según aprecia Ara Torralba en su investigación, “León será el primero en publicar una novela con Ronda por escenario”. (100)

Esta novela sigue el patrón nacionalista y de regreso a los principios hispánicos que Ricardo León había fijado en *Casta de hidalgos*, incluso el escenario, una pequeña ciudad señorial, y el programa ideológico, el mestizaje primigenio de las razas que dan lugar a través de los siglos a la

españolidad, son similares. También hay un recorrido histórico-artístico por la ciudad, en el primer capítulo, y una idealización de la vida doméstica y del hogar familiar con lecciones del abuelo don Pedro Pérez de Guzmán a su nieto, en el segundo capítulo. Junto al hidalgo viejo, don Pedro, aparece en esta novela el hidalgo moderno, su hijo don Alfonso, modelo de squire discreto que a sus treinta años es un abogado ejemplar, casado con la sencilla Beatriz. Frente a él y su liberalismo castizo y moderado se halla el oportunismo radical de Daniel Zegrí, cacique local, enriquecido y sin Junto a ellos surgen el joven libertino Silverio García de Venegas -que recuerda la biografía y correrías de Ricardo León en sus años jóvenes-, y Elena, compañera de juegos infantiles y casada ahora con el libertino Julio Gomar, que se ve abandonada con un padre loco y un hijo enfermo y agónico. Alfonso y Elena se enamoran morbidamente, mientras se produce el violento enfrentamiento político entre caciques republicanos -los Zegrí- y monárquicos, enfrentamiento que Ricardo León señala tendría que ser superado por la tercera vía del regeneracionismo nacionalista -que luego encarnara Antonio Maura, y en la novela Alfonso-. No parece fortuita, en este trazado de rencillas y facciones, la elección de la denominación “zegrí”, tomada de las luchas entre antiguas banderías musulmanas granadinas. Hay que recordar respecto a este paisaje de enfrentamientos, que la denominación “zegríes” es tomada por Ricardo León de las históricas fricciones y divergencias entre abencerrajes y zegríes en la antigua Granada nazarí; fricciones y luchas tratadas en la *Historia de los vandos de los zegríes y abencerrajes, caballeros moros de Granada* por Ginés Pérez de Hita, en 1595.

En el capítulo XII, llamado “La batalla”, los enfrentamientos se tornan sangrientos y es asesinado el líder Zegrí. Vence Alfonso en las elecciones y es diputado en Madrid, pero su mujer descubre su adulterio con Elena. Entonces, su esposa le rechaza, su padre también, y Elena le abandona compadecida de su propio marido Julio Gomar, enfermo y

destruido. Alfonso cae -con relativa facilidad- en la desesperación y se suicida. En el “Epílogo” de la novela todos los bandos se unen por último patrióticamente ante la guerra de Marruecos, si tener en cuenta las diferencias de clase, ideología y fortuna.

Alcalá de los Zegríes es una novela conservadora, defensora del orden tradicional, a trechos naturalista y en ocasiones costumbrista, muy nacionalista, y en el fondo moralizante: pues señala como los vicios y tentaciones pueden acabar incluso con un hidalgo en principio prudente.

Es tal vez *Alcalá de los Zegríes* la novela más movida de Ricardo León en cuanto al desarrollo de la acción, y la que posee caracteres en general más definidos y humanos. La dualidad de temas de su argumento -los incidentes de la vida política de Alcalá de los Zegríes y los fatales amores de Alfonso y Elena- se entrecruzan, se unen, se alternan en el relato, dando a éste una amenidad y un interés que deja pendientes al lector en cada página de los sucesos que van acaeciendo y de los tipos que intervienen. *Alcalá de los Zegríes*, como se echa de ver enseguida por sus descripciones, y hasta por los Pérez Guzmán que tienen allí su solar, es Ronda -como ya advertimos-, una ciudad que León describe tanto en sus viejas calles como en los aldeaños de su campiña. Recordemos que en *Alcalá de los Zegríes* luchan por la política demócrata de finales de siglo, Daniel Zegrí, el cacique, y Alfonso Pérez de Guzmán, su rival, lo cual da al autor la ocasión de presentarnos un cuadro colorista y tortuoso de unas elecciones a Cortes. Y este ambiente poco escrupuloso, dominado por el todo vale con tal de alcanzar como sea el acta que da el poder, se refleja en los amores que transcurren por la novela: Charito, la hija del cacique, que se escapa con José María, entre señorito, cacique y matón; doña Cleo, que mantiene relaciones adúlteras con Daniel Zegrí, hasta que muere y le sustituye por el que va a heredar el cacicazgo. Elena, malcasada con un hombre de la peor especie, y que acaba por tener amores con Alfonso, a quien desde niño trató como a un hermano, sin dolerse ambos de

destruir un hogar feliz, donde Beatriz, la esposa del culpable, destaca por sus virtudes y moralmente muy por encima de los otros personajes femeninos. Y Silverio, el prototipo de hidalgo venido a menos y a señorito vicioso y sin dignidad. La novela esta así integrada por tres libros, y tiene un curioso soneto que va al frente... Hay también un “Epílogo”, en el que se pasa revista a los personajes supervivientes, para atar numerosos cabos, con motivo del desfile de los voluntarios de Alcalá de los Zegríos que van a la guerra ultramarina y colonial de 1898.

Por otra parte, y a modo de prueba curiosa tanto de la vocación aristocratizante como de la intuición de raíz periodística de Ricardo León, es útil recordar, siguiendo una precisa observación de Ara Torralba, el interés despertado en Ronda por los avatares y clima misterioso de una mansión emblemática de la ciudad, la llamada “Casa del Rey Moro”, en el tiempo durante el cual nuestro escritor redactó *Alcalá de los Zegríos*. Esta casa, según advierte Ara Torralba en su estudio, fue adquirida en 1909 por un norteamericano excéntrico, Lawrence Perin Kock, quien dijo después haber encontrado un tesoro en ella, a la vez que organizaba orgías y extrañas fiestas orientales. Este enigmático comprador, cuya esposa se suicidó en esos meses, acaba “detenido y recluso, y el cónsul de los Estados Unidos se lo lleva a su país natal”. Todo este asunto, observado por Ara Torralba (101), fue objeto de una investigación histórica ese mismo año de 1909, a cargo del erudito Juan Pérez de Guzmán y Gallo -de igual apellido que el protagonista, Alfonso, de la novela de León-, y finalmente la mansión es comprada por Trinidad von Scholtz Hermensdorff, Duquesa de Parcent. Esta alta dama de los círculos nobiliarios pasó largas temporadas en la rondeña “Casa del Rey Moro” tras su adquisición, tal y como indica su hija, la marquesa de Belvís, en su libro recordatorio *Mi madre*, publicado en edición limitada por el Ducado de Parcent en 1946 en Madrid (102). Y esta misma Trinidad von Scholtz Hermensdorff fue quien compró después a Ricardo León, como también refiere la marquesa

de Belvís, el Palacio de Velarde, en la Santillana del Mar donde nuestro escritor situó su novela *Casta de hidalgos*. Todo ello revela la paulatina imbricación de Ricardo León en los ambientes aristocráticos y su inclinación a la estética arquitectónica y artística tradicional, paralela a su capacidad para encontrar escenarios llamativos y de actualidad donde situar la acción de sus narraciones.

La crítica de esta novela resulta en líneas generales positiva para León, destacando al respecto la publicada en el diario madrileño *La Época* el día 6 de abril de 1910 y firmada por Zeda. Dentro de una sección llamada “Lecturas de la semana”, y con el título de “Alcalá de los Zegríes, novela escrita por Ricardo León”, esta crítica advierte tanto la consideración del dolor como tránsito depurativo, característica de nuestro autor, como el núcleo poético de la energía creativa de éste. En sus líneas se comienza por puntualizar: “La poesía, que, como todo el mundo sabe, no es el sonsonete, vuelve otra vez, después de injusto destierro, a ocupar el puesto que le corresponde en la amena literatura, que por eso es amena: por lo que tiene de poética. El público ilustrado va hartándose ya, y aun me inclino a creer que está harto del todo, del realismo naturalista que tan en boga estuvo años atrás. De aquellos polvos solamente queda el lodo que, para ilícito solaz de adolescentes viciosos, recogen en sus libracos algunos escritores lupanarios. Vuelve, digo a caerse en la cuenta de que la dramática, víctima durante algunos años de árido prosaísmo, es ante todo un género poético, y de que la novela ha menester también de la poesía, esto es, de la idealización de la vida, para llegar victoriosa al corazón de los lectores. Si bien se mira, las obras naturalistas que aún no han sido olvidadas deben su vitalidad al elemento poético que contienen, el cual, como esos bálsamos que libran de la corrupción a los cadáveres, preservan a los libros puramente literarios de su total aniquilamiento. Ricardo León es un verdadero poeta: al pintar la vida, la ennoblece, y al retratar la realidad, la idealiza. Su última novela, *Alcalá de los Zegríes*, tiene por teatro una ciudad andaluza, la cual a veces,

sin perder su carácter provinciano, parece como que refleja el alma de toda la Nación”. Y después, al continuar el crítico analizando el libro de León, encuentra una de las que será características clave de nuestro autor: “El libro de Ricardo León es triste. El autor, ya lo he dicho, es un poeta, pero no poeta bucólico, sino trágico: no de los que sienten la alegría del vivir, sino de los que buscan la belleza entre las congojas de la existencia... En Alcalá de los Zegríos, como en todas partes, y más quizás que en todas, a causa de sus condiciones de raza y temperamento, el hombre ha venido al mundo para padecer: sus pasiones son como dardos encendidos que traspasan su corazón; su camino, senda de abrojos, al través de un valle de lágrimas. Esta trágica concepción de la vida, lejos de deprimir nuestro ánimo, aumenta, por decirlo así, las proporciones del alma humana. Solo nos parece grande el hombre que ha pasado por las crueles pruebas del dolor”. Para finalizar, el crítico de *La Época* remacha la evidente ligazón entre poesía y narrativa que, a su juicio, se da en los textos de Ricardo León: “Ya he repetido varias veces que el autor de *Alcalá de los Zegríos* es, ante todo, poeta. Su estilo es abundante en imágenes expresivas, rico en rasgos felices de bello decir. Muchas veces su lenguaje toma la forma rítmica, y esto, que es mirado como un defecto en la prosa, en la de León nos parece, y lo es, natural y espontáneo. Desde la primera página se echa de ver esta tendencia al ritmo. Abro al azar el libro, y me encuentro con estos endecasílabos: Conserva en la ancha faz, muerta o dormida, las cicatrices, las profundas huellas, de un antiguo dolor... Tarea fácil sería entresacar versos como los anteriores de la prosa de Ricardo León... Sea esto un defecto, como algunos suponen; sea, como yo creo, resultado del temperamento poético del autor, es lo cierto que su obra se lee con interés, y, lo que todavía vale más, con emoción”.

Instalado ya en Madrid a partir de 1910, Ricardo León trabaja en las oficinas centrales del Banco de España y comienza a frecuentar los salones de la aristocracia más conservadora, así como las tertulias literarias junto a Alberto Insúa, Felipe Trigo, Alejandro Sawa, Eduardo Zamacois,

Villaespesa, Benavente y Marquina. Gregorio Martínez Sierra le pide un original para su nueva editorial Renacimiento, y León escribe *La escuela de los sofistas*; obra en la que bajo el molde clásico del género de diálogos se presenta a dos personajes, un discreto y un sofista, que hablan entre si en un ambiente epicúreo. Se sitúa a ambos en un parque modernista de Málaga y cada diálogo se limita temporalmente a un día. La contraposición entre el diletante intelectual y el caballero de tradición parece inclinarse poco a poco a favor del segundo, pero desde una perspectiva de conservadurismo aun moderado. Concluyéndose que el modelo clásico español integra el realismo y el misticismo del Siglo de Oro, desde Santa Teresa a Cervantes se propugna la unión de vida activa y contemplativa en el hombre completo. Un hombre, según advierte por su parte Ara Torralba (103), que debe recuperar su alma individual, para ayudar a recuperar primero el alma regional y después el alma nacional. El tipo del hidalgo español surge de nuestro activismo medieval y de nuestro misticismo del XVI. Individualismo y grandeza, pues, frente a colectivismo y mediocridad. En la segunda edición de *La escuela de los sofistas* (Renacimiento, 1912) se incluyen dos diálogos más, “De la gracia y de la fuerza” y “Examen de ingenios”, que evidencian el definitivo giro netamente conservador de Ricardo León, y en la cuarta edición (Renacimiento, 1918) se incluye el nuevo diálogo “Al margen de la guerra”, que subrayará este giro con un aditamento pro kaiseriano.

Como comienza a ser tradicional cada vez que aparece un nuevo libro de León, las mejores críticas aparecen primero en las páginas de los diarios de provincias, y así en la primavera de 1910, el día 23 de junio, *El Liberal en Murcia* dedica un buen texto a la publicación de *La escuela de los sofistas*. En la sección “Impresiones literarias” y con el mismo título de la obra enjuiciada, el crítico Alberto Sevilla analiza esta producción de León, comenzando por resaltar como cualidades de nuestro escritor “la corrección

de su lenguaje y la riqueza de su vocabulario, adquirida en el tesoro del pueblo y en las obras de nuestros mejores hablitas”, y señalando luego con gran alarde clasicista: “*La escuela de los sofistas* evoca en nosotros el recuerdo de los Diálogos socráticos escritos por Platón; y si en la obra del filósofo griego los interlocutores hablan en la ribera del Iliso, cerca del sitio donde Bóreas robó a la ninfa Orithys, en los diálogos de nuestro compatriota los personajes que platican llanamente departen con sosiego en la noble tierra andaluza, junto a una fontana cuyo ratio -estimulante del espíritu- penetra en el corazón de los que hablan y estura el ambiente de dulcedumbre y de belleza. Cierta es que halla el lector ideas y pensamientos alambicados que hubo de paladear en determinadas obras de autores eminentes; pero no repara en la coincidencia y prosigue con avidez su lectura, encantado por la magia del estilo”. Pasa luego el crítico Sevilla a recordar la que todos tenían en aquellos años por verdadera esencia de nuestro escritor, la poesía, apuntando que “El señor León es mejor poeta que filósofo, sin que nuestras palabras signifiquen menosprecio de sus aptitudes para la especulación científica... Gusta de intercalar en sus libros algunas poesías que denotan la facultad poética de que se halla investido y escribe páginas en verso suelto de factura irreprochable. Si nuestra opinión no fuera tan pobre; si tuviera la autoridad que se necesita para aconsejar a hombres como Ricardo León, invitaríamos a éste, mejor dicho, le rogaríamos que publicase un tomo de versos para que se conociera otra fase de su personalidad literaria; pero ya que no podemos aconsejarle la conveniencia de que salgan a la luz, seleccionadas, sus poesías, nos limitaremos a exponer esta idea, por si alguien la juzga merecedora de que se apadrine”. Reincide el crítico seguidamente en el asunto del lenguaje, cuestión que considera básica al calor de la obra de León, y dice: “No es el idioma únicamente la voz del individuo que lo habla, sino la expresión de un pueblo y de una raza entera. Por eso el alma nacional radica en el lenguaje, que se halla formado por la suma infinita de pensamientos, de voluntades y de sensaciones

experimentadas por todos en el transcurso de los siglos. He aquí la razón de mi entusiasmo cuando leo páginas tan bien escritas como lo están las que acabo de leer. Su autor es un hablista consumado que se afana por la pureza de nuestro léxico robusto y armonioso, que purga sus escritos de las voces extrañas que infestan hoy nuestra literatura. Y no es que yo afirme que las obras de nuestro joven autor se hallen limpias completamente de galicismos y de otros deslices idiomáticos: tales defectos campean en la actualidad lo mismo en las producciones de los más reputados literatos que en los regüeltos modernistas que atufan los libros y los periódicos. Pero en *La escuela de los sofistas* apenas si topamos con errores gramaticales. Si el autor no hubiera hecho uso de la etiqueta, menoscabando la importancia de nuestro marbete, y hubiera dejado en el tintero la frase que tanto se prodiga - las grandes urbes- apenas el lector hubiese hallado una sola palabra que mereciera los reparos más baladíes”. Y finalmente, en un raptó de noventayochismo tardío, pero clarividente y que muestra como en aquellos años lo político y lo literario no estaban divorciados, el crítico Alberto Sevilla, aprovechando como soporte el libro de nuestro escritor, afirma: “Es necesario recuperar el sentido del pueblo, en mal hora extraviado, dice uno de los sofistas. Y agregamos nosotros que es preciso recuperarlo y modificarlo con detenimiento, sirviéndonos para ello de las energías que existen, como soterradas, en el suelo de nuestra heredad; pero sin recurrir a bélicos ensueños que retrasarían el bienestar a que aspiramos... ¿Hemos de encontrar el pan, la cultura y la justicia que el pueblo reclama, en las cumbres del Gurugú, o en el suelo de nuestra Península, despoblado en su mayoría de árboles; desprovisto de canales de riego; falto de escuelas; huérfano de brazos que buscan el sustento en regiones apartadas y ayuno de todo lo que es esencial para el progreso de la patria? Pues tales consideraciones, y otras muchas que aquí no se mencionan por tratarse de un trabajo de índole exclusivamente literaria, sugiere la lectura de este libro,

cuya publicación merece, a juicio nuestro, los elogios que se le han prodigado”.

A comienzos del verano de 1910 Ricardo León ve publicada la segunda edición de *Casta de hidalgos* y se la envía a Antonio Maura, quien estaba retirado en su mansión de Provedaño tras la crisis de 1909 y la obtención del poder por los liberales en octubre de ese año. Poco después sufre un atentado, del que sale milagrosamente sólo herido, en Barcelona, cuando iba a pasar unas vacaciones en su casa natal de Mallorca. Un tal Manuel Possa le disparó a bocajarro, pero únicamente las balas le perforaron la solapa del traje y el muslo izquierdo, siguiendo el político su camino hacia Palma. Maura, acantonado ya en la Real Academia, se repone del atentado y lee además de *Casta de hidalgos*, *Comedia sentimental* y *Álcalá de los Zegríes*. El líder conservador brinda entonces su protección a nuestro escritor, y coincide con él en la crítica del anticlericalismo de Canalejas. Animado por Maura, León envía también un ejemplar de *Casta de hidalgos* al ya tradicionalista Echegaray, quien también le ofrece su apoyo cara a la Real Academia.

Este apoyo decisivo de Maura a la carrera literaria de Ricardo León, suscitado por el acercamiento de nuestro escritor a las ideas políticas del líder conservador, queda de manifiesto en la primera carta que conocemos escrita y enviada por Maura a Ricardo León. Tal carta, fechada el día 17 de julio de 1910 en Madrid, y conservada en el archivo familiar de los León en su villa madrileña de “Santa Teresa”, sirve a Maura para indicar: “Amigo mío me permito llamarle, ufanándome, pues tal se muestra usted al obsequiarme con este ejemplar de su novela *Casta de hidalgos*, que con tanta fineza me dedicó. Ya he catado su prosa castiza, limpia, sencilla y nutrida, como se estilaba en ya lejanos y casi olvidados días; quiero guardar el placer que tendré leyendola para el ya cercano retiro campestre del verano, donde no me importunen los cuidados implacables de este trajín

madrileño. Además de agradecerle el recuerdo y el don, recae su libro de usted sobre una añeja y constante predilección mía, que la tengo por Santillana de antiguo y ahora sobre los recuerdos que evoca su libro flota la memoria indeleble del amigo con quien más veces visite el lugar o hice la rumia de las impresiones allí acopiadas. Mil gracias, pues, y tengame por obligadísimo y muy afecto amigo”.

A esta primera carta de Maura a León, y como respuesta a las crecientes atenciones del escritor al político, seguirán varias notas del primero entre 1910 y 1911, existentes también en el archivo de la quinta “Santa Teresa”, y a través de cuyas líneas puede ya advertirse la paulatina integración de nuestro autor en el proyecto maurista y la protección del líder conservador al popular autor de *Casta de hidalgos*. En misiva enviada el día 20 de julio de 1910 Maura señala a León: “La modestia, que bien acreditan sus afectuosos renglones, es nuevo realce y mayor motivo para la estimación que hago de sus obras y su pervivencia. Mil gracias por los tres tomitos que llevaré al campo ahora y sin duda han de solazarme sus páginas, que leeré. Tengame por su afectísimo amigo”. El año siguiente Maura responde también muy cariñosamente a los envíos de León, en dos notas que avanzan la unión de intereses entre ambas personalidades. En la primera, remitida por Maura el día 10 de enero de 1911, éste indica: “Mil gracias por las manifestaciones afectuosas de su carta; que no han de pasar por el contraste de la justicia, dones de su buena amistad, ni les afea la demasía de su benevolencia. Somos varios, que yo sepa, los que en la Academia estimamos mermado reconocimiento del mérito literario de v. el premio para el cual se le propone. Sé que le alentara y no adormecerá el galardón cumplido cuando el caso llegue en que v. le obtenga. Tengame siempre por muy suyo, amigo y entusiasta de su pluma y de su musa”.

Y tras estas líneas de decidido apoyo a los afanes de Ricardo León respecto al mundo de la Academia, Maura le hace llegar a nuestro escritor el día 24 de octubre del mismo año otra nota, en la cual manifiesta: “Anoche

me entregó Gabriel el ejemplar cariñosamente dedicado de *Alivio de caminantes* y no he de diferir la manifestación de mi gratitud hasta tener leída la nueva producción de su feliz ingenio. Ella me promete gratisimo solaz, pues verso y prosa igualmente fluyen del claro y alto manantial. Tendré el mayor gusto en saludarle también personalmente cuando usted quiera, pudiendo elegir el día usted mismo, pues raras veces falto de casa a las últimas horas de la tarde”. Con estas tres breves cartas, más la primera remitida en el verano de 1910, se establece documentalmente el inicio de la que será productiva y firme relación entre Maura y Ricardo León, desarrollada como parece a iniciativa del escritor y aceptada de buen grado por el entonces líder de los conservadores españoles.

AL SERVICIO DE UNA FE ANTIGUA:
CONVERSIÓN Y LITERATURA CATÓLICA

* *“El amor de los amores”* (1910), profesión de fe en el catolicismo ortodoxo. * *Influencia de D’Annunzio* * *Apoyo de los hermanos Menéndez Pelayo* * *La poesía de Arturo Reyes, último capítulo del modernismo decadentista* * *“Alivio de caminantes”* (1911), poesía patriótica, católica y antiliberal * *Homenaje malagueño a Rueda, León y Reyes* * *Ricardo León, elegido miembro de la Real Academia Española* * *“Los centauros”* (1912), denuncia de la corrupción política * *Integración total en el maurismo: Ricardo León candidato a diputado por Madrid* * *Discurso de ingreso en la Real Academia: “La lengua clásica y el espíritu moderno”* (1915) * *“Obras completas”* (1915), una edición a cargo del Banco de España * *“Los caballeros de la Cruz”* (1915), hidalguía y tradición frente a modernidad * *Coincidencias con Marcelino Menéndez y Pelayo* * *“Europa trágica”* (1917), crónicas de guerra desde el lado alemán * *“Gozos del dolor de amor”* (1917), antología para nuevos lectores * *Relaciones con Gabriel Miró, Wenceslao Fernández Florez Y Ramón Pérez de Ayala* * *Santillana del Mar: el paraíso lejano* * *“La cumbre mística”* (1919), ejercicios de devoción en la revista *“Voluntad”* * *Discurso de las Fiestas Eucarísticas de Salamanca* (1920), afirmación católica.

Ya situado en un marco políticamente conservador del que Maura era líder indiscutible, e inmerso cada vez más en un creciente catolicismo tradicional, Ricardo León escribe *El Amor de los amores*, novela ultracatólica y radicalmente idealista que será publicada en Madrid por Renacimiento en 1910, y con la cual rompe de forma total y evidente con el modernismo estético y su complementaria ideología decadentista.

En 1912 aparecería *El Amor de los amores* como publicación seriada en el órgano de propaganda católico *La Lectura Dominical*.

Los protagonistas de *El Amor de los amores* son el hidalgo Pelayo Crespo, dedicado al campo y la labranza, padre de la sana joven Isabel, y el hidalgo místico Fernando de Villalaz, ciego, católico y provinciano, aposentado en una torre repleta de arte español, y casado con Juanita Flores, sensual morena de belleza plebeya, que comete adulterio con Felipe, hijo descastado de Pelayo Crespo. Como prólogo de esta novela hay un canto a Castilla, una Castilla agraria e idealizada en la que los hidalgos protegen a sus deudos y servidores. Felipe, que en Barcelona tuvo contacto con los anarquistas, representa a los jóvenes radicales de Lerroux que atentaban contra la hidalguía y el maurismo. Los campesinos y pastores ven en él enseguida la fuerza del mal, mientras Fernando de Villalaz le protege cándidamente y su mujer se enamora del joven. Tiene Juanita Flores un hijo de Felipe, que Villalaz cree suyo, y en el bautizo el hidalgo entra en trance escuchando al Cristo de la capilla. Fernando de Villalaz se cura milagrosamente y Pelayo Crespo sorprende a los adúlteros. Felipe es expulsado, Juanita Flores le sigue abandonando al niño, feo y epiléptico, que es recogido por Villalaz. Muere el niño, y cuando Juanita Flores vuelve para recuperarlo, es rechazada por su marido ultrajado. Fernando de Villalaz tiene otro trance contemplando el Cristo, y se despoja de todos sus bienes para hacerse fraile, sufre múltiples vejaciones y termina en un convento sevillano como capuchino y el nombre de Francisco de Jesús. Finalmente convierte a Felipe, enfermo de lepra, y parte como misionero a Oriente.

La obra fue un éxito, y situó a Ricardo León con claridad para siempre en el campo de los escritores católicos. A raíz de este éxito consigue el escritor el Premio Fastenrath de la Real Academia Española, junto al poeta Arturo Reyes y sus *Béticas*.

En *El Amor de los amores* Ricardo León se propuso contrastar una vida del pasado y una vida moderna, en una misma ruta hacia Dios, demostrando lo perenne del amor divino a través de los tiempos. Como indicamos, el protagonista es un tal Fernando Villalaz y Samaniego, y alrededor de él se desarrolla un juego de lo temporal transitorio y de lo permanente en el tiempo: la acción espiritual, razón del protagonista, constituye lo perdurable, frente a la inercia espiritual, las razones de los demás personajes, que evidencian su transitoriedad. Esta obra es en realidad un drama de adulterio. El protagonista sigue sin concesiones ni debilidades una ruta que le convierte en un santo-héroe de otros tiempos a fuerza de espiritualidad. En la primera parte de la obra Fernando es el caballero caritativo y noble, resignado en su ceguera inopinada, volcado por ese dolor hacia la perfección; en la segunda y la tercera, el protagonista sufre la prueba tremenda y decisiva de la que sale airoso, y en la cuarta, su vocación empieza a cumplirse. La tendencia a evocar y seguir las normas de expresión que ya se iniciaban claramente en *Casta de hidalgos* y se limitaban a un casticismo de lenguaje graduado en *Comedia sentimental*, se desencadena en *El Amore de los amores* -donde se advierte además una lectura de los clásicos españoles, singularmente de los ascetas y místicos, y más aún del Quijote-.

Según Joaquín de Entrambasaguas, quien realiza en 1962 unas consideraciones esclarecedoras sobre esta obra en el prólogo dedicado a nuestro escritor en el tomo IV de *Las mejores novelas contemporáneas* de la editorial Planeta, “de haber usado Ricardo León el estilo propio de su tiempo, estaríamos ante una de las novelas más realistas e intensamente dramáticas de humanidad y nobleza de ideas” (104).

Pero lo que más llama la atención es el buscado distanciamiento del modernismo original en León, solo matizado por el reconocimiento que de la labor poética de José María Gabriel y Galán, compañero de afinidades en el modernismo tradicionalista, hace nuestro autor en el prólogo-presentación

de esta novela. Allí, en un momento dado, León reproduce unos versos del poeta salmantino, al lado de ellos escribe: “La voz melodiosa y varonil, de puro y blando metal, con que hablaba el señor de la torre, me entró por las puertas del alma, despertando mis ternuras. Pregunté el nombre del autor de los versos y supe que se llamaba José María Gabriel y Galán; que era maestro de aldea, un poco labrador y un mucho artista, español hasta la médula de los huesos, y poeta de los pocos que en Castilla escriben todavía castellano” (105).

Se detecta también en *El Amor de los amores* un impulsivo y enérgico castellanismo, de raíz claramente tradicionalista, y que León fija ya en las páginas iniciales del primer capítulo de esta obra. Comienza por exclamar en una prosa casi poética: “¡Ancha es Castilla! ¡Como se dilataban los horizontes bajo el duro callo de los corceles, bajo el airón de las cimeras, a los ojos aguileños de tus capitanes! Sudaba la carne heroica dentro de la fuerte armadura, y el corazón, semejante a una saeta, rasgando la coraza, iba a clavarse en el cristal de los cielos... Grande polvareda se levanta en la llanura. Mirad: son los hijos del aurífero Tajo, del Duero, del Arlanza y del Pisuerga, reliquias antiguas de la sangre goda; los de hierro vestidos y de espigas coronados, legión de labradores, guerreros, reyes, vasallos, nobles, pecheros. ¡La insigne democracia de las Castillas, la más hermosa democracia que en el mundo se vió!” (106). Y luego, como respuesta a los aires regeneracionistas y noventayochistas que a lo Joaquín Costa habían pedido “cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid”, León pide a su vez: “No cierres jamás, buen castellano, las tumbas de aquellos paladines. Un día, nuestro señor Rodrigo de Vivar, que sabe ganar batallas después de muerto, despertará en la huesa, y limpiando el orín de la tizona, montara en su nervioso corcel y rasgará los velos de los sepulcros y de las cunas. Y jurará, por la cruz de su espada, purgar a España de renegados y felones” (107). Y culmina este arranque castellanista con una loa deudora de la estética del modernismo tradicionalista: “¡Hermodiosa tierra de Castilla! Contemplando las

sombras y las vivas luces de tu faz trigueña; los rubios mares de sazonadas mieses, que la brisa encorva; los altos encinares donde cuelgan su nido las alegres oropéndolas; al rezar en tus monasterios, junto a las sagradas sepulturas; al descifrar los códices de tus archivos olvidados; al recorrer tus villas y tus ciudades, que son relicarios del arte y de la historia; al seguir la corriente de tus famosos ríos; al escalar tus puertos, coronados de nieve, ¡oh, patria mia!, siento latir en mis arterias, con más ardor que nunca, el generoso fuego de mi sangre española y castellana” (108).

Bien aceptada por los círculos conservadores, que veían reflejada en esta obra muchos de sus conceptos ideales y tradicionales, *El Amor de los amores* obtuvo buenas críticas, aunque paternalistas, desde esos círculos, incluso mejores en algún caso que *Casta de hidalgos*, por razones estéticas. Una de ellas, firmada por Eduardo de Huidobro, muy ilustrativa, y aparecida en el *Diario de Santander* el día 20 de diciembre de 1910, señalaba: “De *Casta de hidalgos* a *El Amor de los amores* hay muchas jornadas que andar, y añado que Ricardo León las ha recorrido deprisa y con fruto. Primeramente, esta obra es más profunda y más verdadera y llega mucho más al alma que la otra, y luego, cuanto al estilo la supera notablemente en corrección, atildamiento y hermosura. Sin embargo de esto, todavía no halló modo de encomiar sin reservas a Ricardo León desde el punto de vista católico, y eso que es de no pequeña autoridad para mi la juiciosa opinión de Angel Salcedo, el docto cronista de *La Lectura Dominical* y de *El Universal*. No he tratado a León; pero como todos los santanderinos algo dados a la letra de molde, comencé a pasar la vista por sus escritos hace algunos años, cuando él residía en esta ciudad; y tengo además cierto barrunto y noticias acerca de las fluctuaciones por que a la sazón pasaba su espíritu, blando, amoroso, inquieto, soñador y melancólico. Ya había empezado entonces a aficionarse, tal vez guiado sólo por su buen gusto, a la poesía mística, tan altamente representada en nuestra literatura por San

Juan de la Cruz y Santa Teresa; mas desde aquel tiempo acá se ha empapado de ella, ha penetrado bien su valor y se ha enamorado totalmente de sus suavísimos modelos”. Aun con este tono de medida desconfianza ante la conversión de Ricardo León a los presupuestos conservadores, el firmante de esta crítica, que al parecer recordaba los devaneos radicales del joven León en la prensa cántabra liberal, reconoce que “Tocante al lenguaje y estilo es, en general, notabilísima la obra de León”. Si bien luego dice Eduardo de Huidobro que “Cuando nos canta las excelencias de Castilla, imita de tal modo en algunos párrafos a Gabriel y Galán, que se nos huye en un instante el gusto que habíamos comenzado a experimentar”, y subraya por último que “Tal vez se le escapan aún a Ricardo León términos modernistas, como adentrarse... Pero estas y otras faltillas, pocas más, y alguna frase de mediano gusto, como redaños del alma, con que he tropezado leyendo *El amor de los amores*, de ningún modo puede impedirme proclamar a Ricardo León como un escritor sobresaliente, castizo, primoroso y merecedor de cumplidas alabanzas”.

Desde claras posiciones conservadoras y ultracatólicas, la revista religiosa y antimodernista *San Antonio* publicaría los días 1 y 15 de marzo de 1914 dos artículos sobre *El Amor de los amores* firmados por Fray José Sarasola - uno de los principales detractores del modernismo junto al también crítico Antonio Valmala-. Bajo el título de “Trazando siluetas. Ricardo León. Un poquito sobre su novela y su poesía”, Sarasola señala en su primer texto: “Son pocas las novelas de las que guardo emociones estéticas tan incomparables como las que recibí sobre ese hermoso libro de *El Amor de los amores*. Por el interés dramático, por el estilo, por la alta finalidad literaria y nacional en que está inspirada, y por el ideal que realiza, es la obra maestra de Ricardo León, la quinta esencia de su genio... Como Cervantes con el Quijote, ha dado Ricardo León una epopeya en prosa con *El Amor de los amores*. El espíritu aventurero español que palpita en el Ingenioso Hidalgo y la musa campesina y castellana de Gabriel y Galán que

le ha enseñado a adjetivar estupendamente el paisaje, uniéronse en Ricardo León para crear una epopeya mística, una epopeya de la España sagrada y caballeresca. Su musa es la que en nuestra edad de oro realizó portentos con la tizona y la Cruz. La tradición, en su sentido grande, es la mansión del novelista poeta. Es la restauración que ya empieza medrosamente a ser sentida e imitada por otros literatos actuales que largo tiempo se dejaron guiar por el estéril influjo gabacho. En una palabra, es la gran novela, la obra maestra de Ricardo León, la que basta a ponerle en la cumbre de la gloria artística”.

En su segundo texto, el del día 15 de marzo del 14, Fray José Sarasola abunda en sus opiniones anteriores, remarcando en cuanto al estilo de Ricardo León en *El Amor de los amores* que por el mismo “se transparenta en la gran novela la tesis literaria que quiere el autor mantener y enseñar, empleando siempre la palabra dentro del orden lógico, ético y artístico, y respetando la naturaleza de las cosas establecida por el Autor de la verda, del bien y de la belleza. La soberanía de la inspiración individual atropellando los aledaños de la ética y de la estética, queda soberanamente combatida por Ricardo León, cuya novela se alza por encima de la derrota de los pedantes, para darnos esa misma tesis, agrandada y robustecida en una representación total de la vida clásica española que desfila por las páginas del libro con toda la magnificencia y robustez que nuestra raza dejó impresa en el mundo. El pueblo que actúa en la novela está consagrado al honor y a la religión, y se agita en lucha formidable del deber contra las pasiones, alcanzando por ese camino clásico la belleza dramática”.

El Amor de los amores llegaría también a manos de los lectores de Hispanoamérica, alcanzando entre las élites conservadoras de aquellas latitudes cierta notoriedad. Años después de su aparición, esta obra de Ricardo León todavía merecería críticas y reseñas; como la publicada en el diario *El Herald*, de Cochabamba (Bolivia), el día 13 de abril de 1915, a

cargo de Félix A. del Granado, y la divulgada en el diario *El Universal*, de Caracas (Venezuela), escrita por Elisio Jiménez Sierra.

En las líneas de la crítica publicada en *El Herald*o, un tanto antañonas, se decía en torno a esta novela: “Su lectura deja profundas impresiones en el ánimo atento a los ideales que la informan, a los problemas que entraña y al deleite que procuran los primores de su forma ática, galana, exquisitamente correcta... De aquí la pureza irreprochable de su estilo, la propiedad de su frase, la elegancia de sus giros castizos y armoniosos. De aquí el suave aroma de flores secas, conservadas en arcas preciosas de sándalo y cedro; de aquí su acendrada ortodoxia, su ardentísima fe, su mística unción”. Y algo después apunta con seguridad el crítico boliviano: “El estilo para el literato tiene toda la importancia que el colorido para el pintor... El pintor se vale de la línea, del color, de la luz y de la sombra; el literato no dispone de otro medio que el de la palabra para dar vida a sus creaciones; pero, la palabra en sus labios o bajo los puntos de su pluma es también línea, color, luz y sombra; susurro, armonía, tempestad; rayo que estalla, huracán que brama: sublime manifestación del pensamiento, esplendorosa revelación del alma. Ricardo León es de esos artistas que persuadidos de la importancia de la forma la aman y se apasionan de ella; por eso sus obras son dechados perfectos de arte consumado; y aunque su fondo no ofreciese interés alguno, bastaría la hermosura de su forma para asegurarles la inmortalidad de lo bello... Amante de lo pasado, busca su inspiración en los nobles y grandes ideales que informaron la España religiosa y caballeresca: la de Carlos V y Felipe II. En pleno siglo XX, condenando el naturalismo, inspirado por la filosofía positivista, y el decadentismo literario -lastimosa expresión de un período de perversiones intelectuales-, se presenta con la gentil apostura de los trovadores de la edad media, ostentando en el escudo de su lira el símbolo cristiano, rodeado de los blasones de su ingenio. Canta las glorias de su Dios y de su patria con el acento de las convicciones firmes y de los grandes amores; su lira tiene cuerdas arrancadas de las que pulsaron los

poetas místicos de su tierra; gusta de las sombras de los templos góticos; y los dogmas y el culto sagrado tienen para él tesoros inagotables de dulce y santa inspiración. Ama las viejas ciudades, los castillos abandonados, sus rejas silenciosas; y al conjuro mágico de su voz surgen los hidalgos de regia estirpe, indómito valor y luciente armadura... En conclusión: Amor de los amores es un libro que consagra la gloria de su autor; honra a su ilustre patria y releva las excelencias de su hermosa lengua”.

En esta crítica, y a través de su lejanía geográfica y temporal, se advierte una reivindicación del tradicionalismo español al calor de la obra de Ricardo León, reivindicación que en la Hispanoamérica de aquellos años no deja de sonar ya anacrónica y posiblemente alentada por un espíritu religioso: el tono de este texto hace pensar que su autor era un religioso ilustrado, a pesar de no firmar como tal y sí con un nombre seglar. Aparte de los juegos tardorrománticos del lenguaje y las imágenes de este crítico boliviano, su análisis de la obra de León es prácticamente inexistente, aunque sí resulta interesante el hecho de que en lugar tan remoto para nuestro escritor como Cochabamba se apreciase su obra a la vez que se denostaba el naturalismo y el positivismo, de los que sin embargo no debería haber muchos “peligrosos” seguidores en la Bolivia de 1915.

La crítica publicada en el diario caraqueño *El Universal* es de especial valor, pues pone de manifiesto la ligazón de Ricardo León con Gabriele D’Annunzio, en torno a *El Amor de los amores*. Su autor, Elisio Jiménez Sierra, realiza un análisis comparativo entre *El Amor de los amores* de León y *El inocente* de D’Annunzio, novela escrita en 1891. Análisis efectuado alrededor de personajes y situaciones de la siguiente forma: “1- Tanto Juliana Hermil como Juana Villalaz son adúlteras. 2- Los padres del fruto adulterino de dichas mujeres, Felipe Arborio y Felipe Crespo, son dos degenerados biológicos, y no deja de ser interesante, además, que ambos lleven el mismo nombre... 3-Villalaz llama mi inocente a Fermín, el hijo adulterino de su mujer, y mi inocente llama Tulio Hermil a Raimundo, el

fruto de la infidelidad de la suya. 4- Ambos inocentes mueren en un atardecer en que nieva... Y, en fin: A Tulio Hermil lo impele la voz de la conciencia, devorada por el remordimiento, a confesarse autor de la muerte del inocente. Todo trémulo y con la razón a punto de dequiciarse, se aproxima a la cuna donde yace el muertecito, y de sus labios brota, ante el estupor de los circunstantes que ignoran el crimen, la tremenda pregunta: ¿Sabéis quién ha matado a este inocente? Y lo que en los labios del héroe de la novela italiana es atormentada pregunta, en boca del héroe español es lancinante exclamación de negro remordimiento: ¡Yo te maté!, clama el hidalgo ante el cadáver del epiléptico Fermín”. En esta línea de análisis, el crítico de *El Universal* subraya seguidamente que “Aunque D’Annunzio fue un pagano (el único literato contemporáneo digno de heredar el título de gran pagano que las generaciones anteriores adjudicaron a Goethe, en el sentir del gran crítico hispano Andrés González Blanco), a D’Annunzio débese, con todo, la introducción de la liturgia católica en la novelística mundial, así como también en el género dramático. Por regla común, los personajes que nacen, que son bautizados o que mueren en sus novelas, reciben los Sacramentos de la Iglesia católica con todas las minuciosas prescripciones del *Rituale Romanum*. De otra parte, y como es sabido, la complacencia en la descripción detallada de las ceremonias religiosas, es una manifestación inequívoca de romanticismo, puesto que nada hay más sentimental y romántico que la liturgia de la Iglesia latina... No podía, en consecuencia, pasar inadvertida a los ojos inteligentes de Ricardo León la nueva modalidad dannunziana, y por eso el novelista malagueño describe puntualmente la ceremonia bautismal de Fermín, en la misma forma que D’Annunzio describe la de su Inocente”. Y concluye este estudio comparativo el crítico Elisio Jiménez Sierra manifestando que “si bien Ricardo León es uno de los noveladores más originales de Europa, y a pesar de sus profundas divergencias morales y estéticas con D’Annunzio, la única y más notable influencia que su obra deja transparentar es la del gran

poeta y guerrero latino; sólo que el estilo de León, tan largamente abrevado en los hontanares más remotos y puros de la lengua castellana, y por ello mismo tan sabiamente musical y persuasivo como el de D'Annunzio, posee la magia de transfigurar los extraños influjos, hasta el grado de convertirlos en elementos de propia originalidad”.

En España, y un año después de publicarse *El Amor de los amores*, Alfonso XIII recibe el día 4 de marzo de 1911 a Ricardo León en una breve audiencia en el Palacio Real, de la que no consta el contenido, lo cual hace suponer su carácter honorífico y protocolario. Sin embargo, a finales del mismo mes, el día 23, se registra en el itinerario de nuestro escritor un hecho muy significativo: el envío por parte de Enrique Menéndez y Pelayo de una carta desde Santander, mediante la cual el hermano del patriarca de las letras conservadoras manifiesta su simpatía y brinda su apoyo -y el de don Marcelino- a León. En esta carta, existente en el archivo de la Quinta “Santa Teresa”, el ilustre polígrafo indica lo siguiente a Ricardo León: “Mucha vergüenza y confusión me ha dado esta afectuosísima carta que he recibido de Vd. Porque, aunque acaso no ha pasado un solo día en que yo no le escribiera in mente, es lo cierto que estoy con Vd. en gravísimo descubierto. No necesito hacer examen de conciencia, porque están mis pecados clara y menudamente patentes a la memoria; y así se perfectamente que han pasado por la admiración de las gentes (y por la mía, sobre todo) dos libros de Vd. ¡y que libros!, sin que yo haya hecho más que acusar recibo de ellos. ¡Con lo que me ha conmovido esta asombrosa novela de don Fernando Villalaz!. Pero estos ojos, queridísimo Ricardo, me traen a mal traer, que hacen estériles todos mis buenos propósitos, pues me dejan disponer de poquísimo tiempo, sobre todo en los días cortos y oscuros del invierno, y del invierno montañés. Recuerdo perfectamente que tuve pensado escribir a Vd. cuando leí la *Escuela de los sofistas*, que podía decirse de tal libro lo que el Dr. Letamendi dijo de la *Imitación de Cristo* (salvando, naturalmente, cuanto va de lo humano a lo divino): ‘que había

que leerla como beben agua las gallinas, gota a gota y mirando al cielo'. ¡Qué prodigio de ingenio, de sentimiento, de gracia, de estilo! De *El Amor de los amores*, ¿qué podría yo decir, infeliz de mi, lector sin más crítica que la de su corazón, que no haya dicho ya la crítica asombrada y sacudida ante esa obra maestra que consagra definitivamente un nombre en las más altas cumbres de la fama? ¡Cuánto hacía que los españoles no leían un libro español, al menos de los llamados de imaginación o de amena literatura! Los libros de Vd. completan, a mi entender, en ese campo, la patriótica labor de restauración de nuestro pasado que en la Filosofía de la Historia y en la erudición literaria están haciendo Marcelino, Bonilla, Menéndez Pidal, Hinojosa y otros. A propósito de mi hermano, diré a Vd., pues sé cuánto le ha de agradar, que se ha mostrado admirado de sus libros. Ya desde *Alcalá de los Zegríes* le había oído elogiar la intensidad dramática y pasional que Vd. pone en ellos y la hermosa lengua. Cuando vino a pasar aquí las vacaciones de Navidad y estábamos sacando los libros de los cajones que siempre le acompañan como la estela del buque, al aparecer la última novela de Vd. dijo: ¡Qué ganas tengo de decir a este muchacho lo que me gustan sus obras! ¡Pero si no tengo tiempo para nada!'. Le cuento a usted esto, mi admirable Ricardo, porque sé que no es Vd. de esos que llevan el Haber y el Debe de las cartas y visitas, muchos cursis que andan por el mundo y que acaso fingen desdeñar a los comerciantes, como si la vanidad en que ellos trafican no fuese otra mercancía".

Por esos días, concretamente el 28 de marzo de 1911, Ricardo León reafirma de otro lado su devoción y apoyo a Antonio Maura, como líder de los conservadores españoles. Muestra de ello y de las estrechas y amigables relaciones entre ambos, es la carta que ese día nuestro escritor envía al ilustre estadista, custodiada hoy en la Fundación Maura, y donde manifiesta: "Maestro y amigo: Gracias con toda mi alma por el obsequio que me hace de su retrato, cuyo valor sube de punto con tan alta dedicatoria. Bien sé yo que no la merezco; pues aun el grande amor que profeso al original y el

culto fervoroso que me inspira, le son debidos a vd. por imperiosa obligación de conciencia. Esta noble imagen, puesta en el sitio de honor de mi despacho, presidirá todos mis pensamientos, iluminandome con su clarísima fe y poniéndome delante de los ojos, a todas horas, el ejemplo magnífico de su virtud y de su fuerza. Dios guarde al primer Maestro de espíritu de nuestro tiempo y le colme de salud y felicidad”.

Ese año de 1911, y paralelamente a la consolidación de su maurismo, se dedica León a escribir el poemario *Alivio de caminantes*, en línea con el antinaturalismo estético, el ultracatolicismo religioso y el maurismo político. El 23 de junio se celebra en Madrid el XXII Congreso Eucarístico Internacional y en esas fechas Angel Herrera Oria proyecta la compra de *El Debate* y su conversión en órgano de los católicos españoles. Antes, en 1907 la encíclica “Pascendi dominici gregis” atacó sin concesiones a la herejía modernista.

En 1911 buena parte del modernismo había sido domeñado y transformado en un casticismo tardorromántico, tradicionalista en las formas y muy conservador en los contenidos. Apenas algún que otro autor, como Arturo Reyes, se atreve aún a mantener los principios del esteticismo paganizante, colorista, erótico y decadentista del primer modernismo. Quizás el último ejemplo -y estertor- de aquel modernismo inicial fue el poemario de Reyes *Béticas*, con portada clasicista centrada en una imagen de Apolo y su lira con friso de bacantes, editado a fines de 1910 en Madrid por el impresor R. Velasco. En él se asiste al postrer canto del cisne modernista en castellano, con poemas a la antigua usanza del movimiento, como “Evocación”, “Rey de taifa”, “En Roma”, “Juventud”, “Oriental”, “¡Invierno!”, “Desde el marco”, “Flor escarchada”, “Dulce refugio”, “Acuarela”, “Cantare” y “Morir”. Todos ellos ya alejados del sesgo ultracasticista y tradicionalista del que será nuevo poemario del antiguo amigo de Arturo Reyes, Ricardo León: *Alivio de caminantes*. Así, a finales

de noviembre sale de las prensas esta colección de poemas, *Alivio de caminantes*, como contrapartida conservadora, religiosa y patriótica al modernismo cosmopolita y decadentista que había cobijado a Ricardo León en sus comienzos, y en el cual se situaba la inicial versión original de *La lira de bronce*.

Alivio de caminantes, editado por primera vez en 1911 por la firma madrileña Victoriano Prieto y Compañía en su Biblioteca Renacimiento, fue luego incluido como primer volumen en las *Obras completas* de Ricardo León editadas por el Banco de España en julio de 1915. Comienza este poemario de madurez con un soneto a Francisco J. Belda y Pérez de Nueros, al que León llama “mi maestro y amigo”, protector de éste en el Banco de España y marqués de Cabra. Tras esta dedicatoria, la poesía del libro se consolida en décimas y ofrece añoranzas de un pasado hidalgo, críticas de la democracia y del radicalismo liberal, ataques al afrancesamiento y el pensamiento enciclopedista, y negación de un presente, lejano de los ideales tradicionalistas.

El primer poema, del que toma título todo el volumen viene a ser una declaración de intenciones con tonos pretendidamente autobiográficos, señalándose en algunas de sus estrofas: "Fui, por nacer, desgraciado/ pues, en mi tiempo, nacer/ español e hidalgo, es ser/ dos veces desventurado"... "Yo soy, lector, como ves,/ un Quijote de la Cruz;/ mezcla de hidalgo andaluz/ y de hidalgo montañés"; y fijándose en sus líneas finales el deseo tan castizo de “Que con viva exaltación/ la vieja musa española/ cobre una nueva aureola/ de peregrina invención,/ y que su honrada canción/ sea en Castilla, como antes,/ regocijo de estudiantes,/ y deleite de romeros,/ escuela de caballeros/ y alivio de caminantes” (109). El segundo poema, titulado “Era la patria...” y dedicado a Marcelino Menéndez y Pelayo, “restaurador espiritual de España” es una glosa en dos secuencias de este polígrafo santanderino, desde una estricta óptica tradicionalista.

De tonos clásicos y a trechos deudores de San Juan de la Cruz, este poemario avanza con “Cantiga de otoño” -liras-, o con el modernismo inocuo de “La musa triste” -a lo Amado Nervo-, para seguir con la sencillez estilística de “Confiteor”, unos “Madrigales”, los versos neomísticos de “Gozos del dolor de amor” e incluso un “Libro de horas”, reconstrucción neogótica e intimista que se abre con unas “Horas de mocedad” y termina con “La hora de la muerte”. Sigue luego una “Sátira” -Contra los provechosos celestinos de muchos escritores de hogaño-, y un “Cantar de gesta” castellanista, arcaico, étnico y medievalista.

En “Cantiga de otoño” el poeta deja traslucir recuerdos estéticos tardorrománticos, al escribir estrofas como las que dicen: “Ojos negros, gitanos,/ profundos como abismos del infierno;/ maliciosos, tiranos,/ a mi precoz invierno/ con fuego abrasan que parece eterno./ Deje una noche abierta/ -sin ver a estos ladrones que pasaron-/ del corazón la puerta,/ y, entonces, penetraron,/ y hallando sola el alma la robaron”. (110) Los versos de “La musa triste” rezuman un modernismo moderado y lineal, que culmina con un broche donde se afirma: “¡Llora, mi bien! Que cuanto más llorosa/ pareces más hermosa... Tiene una claridad más exquisita/ la estampa de la Mater Dolorosa/ que el mármol de la Venus Afrodita” (111). Aquí, se detecta también, junto a la estela modernista de Amado Nervo, una cierta influencia del tardorromanticismo de Gaspar Núñez de Arce, y concretamente en el título y recursos estéticos del poema de León, a raíz de la secuencia LII de la “Última lamentación de Lord Byron”, obra de 1823. El espíritu esteticista de León, tamizado de tradicionalismo cristiano, se nutre de aquellos versos de Núñez de Arce que decían: “aun vagan en silencio por la falda/ del sacro Pindo, que animaron antes,/ tristes las Musas, pero siempre hermosas,/ coronadas de lauro y mirto y rosas” (112).

Los “Madrigales”, a su vez, se dividen en seis secuencias, con el asunto tradicional del amor que al tiempo ata y libera como factor poético central:

“Robaste mi albedrío;/ más, viviendo en prisión, como la perla,/ tengo más libertad, tengo más brío:/ servidumbre de amor es señorío/ y es conseguir la la libertad perderla” (113). El “Libro de horas”, a su vez, reincide en el poema cuarto, “Horas de soledad”, en el viejo tema del desengaño de lujos y pompas y la preferencia de lo austero y monacal, mientras que en el poema segundo, “Horas de amor”, se ofrece una hermosa composición de sesgo modernista erótico, al sugerir “Prendí en mis brazos tu cintura breve/ y hundí mi rostro en el caliente nido/ de tu seno, que es mármol encendido,/ carne de flores y abrasada nieve” (114). La “Sátira” contiene un final donde queda de manifiesto el elitismo conservador de Ricardo León, quien escribe con claridad: “Que en las letras, verbigracia,/ ya todos ponen las manos,/ caballeros y villanos... y ¡viva la democracia!” (115). Por su parte, el “Cantar de gesta” tiene en su haber una exclamación tan reveladora y arcaica como la que sigue... “¡Varones castellanos, volved por vuestro honor!/ Que entre muerte y deshonra la deshonra es peor./ Despertad en el nombre de Dios, nuestro Señor, que es España su huerto y es Castilla su flor!” (116).

Después el poemario ofrece “Sunt lachrymae rerum”, liturgia doliente, “Corazón de reina”, loa a la hembra aristocrática, “Mi escudo”, de asunto clasicista y patriótico expresado con formas amatorias, otra “Sátira” -esta vez contra “los sabihondos de este tiempo”- y una “Epístola” -Del poeta a su dama-. En el poema “Super flumina...” Ricardo León realiza, alrededor de una idea sobre la humildad frente al destino del poema “Super fluminen...” de Manuel del Palacio, una oposición entre la vida o el agua que corre y la muerte o el agua dormida. Oposición que recuerda con sentido de antelación los trazos simbólicos del agua en movimiento, del río como transformación continua y del mar como espacio de las corrientes de cambio, o del agua en quietud, del lago como círculo del vacío previo a la destrucción, que dibujaría Unamuno en su poemario *Teresa* en 1924. “Trenos” sigue a “Super flumina...” con sus propios tonos metafísicos,

“Valle de la soledad” viene a ser una meditación romántica sobre el tiempo que recuerda a Edward Young y sus *Night Thoughts* o al resto de los “graveyard poets” ingleses de mediados del setecientos, en versión castiza, a su vez “Cupio dissolvi et esse tecum” se ciñe a lo amoroso y blanco, y “Endechas”, “Serenata” y “Rescate” continúan los temas anteriores. Después vienen una “Novísima aguja de navegar cultos”, “¡Silencio”, “Domine da mihi aquam” y “Saetas”; este último es un poema emblemático de la fusión de lo religioso y lo popular, mientras el siguiente, “Hablas interiores”, vuelve al misticismo intimista deudor de San Juan de la Cruz. Tras ellos se ofrecen los versos de “Ciencia de amor”, el modernista “Barcarola”, el romántico “Romance morisco”, unas “Glosas y canciones”, y el llamado “Las querellas de la esposa”. El libro termina con “Sonetillos”, diez composiciones que dibujan el motivo del caminante o peregrino solitario.

Entre la primera edición de 1911 y la de 1942 -ésta incluida curiosamente en un mismo volumen con el reformado *Lira de bronce* publicado por la Librería General de Victoriano Suárez en Madrid- hay ciertas diferencias, posiblemente introducidas para adecuar el mensaje poético a los nuevos tiempos ultraconservadores o totalitarios. Así, mientras en la primera edición de 1911 no se hallan, como ocurre en la de 1942, doce sonetos iniciales, glorificadores del autor y a cargo de Manuel de Sandoval, Salvador Rueda y Luís Martínez Kreisler, entre otros, ni el poema “A un hidalgo”, tampoco se encuentran los seis “Sonetos” que se incluyen en la última parte de la edición de 1942, concretamente antes de los “Sonetillos” que si comparten ambas ediciones; estos seis sonetos son de asunto básicamente religioso y el final esta dedicado “A mi Santa Patrona Teresa de Jesús”. Faltan igualmente -y como parecería lógico- en la primera edición de 1911 las composiciones “La patrona de los tercios” -que tal vez sustituye a “El canto del guerrero” de la primitiva edición, pues participa al igual que aquel del espíritu del poema de 1897 “La canción de la espada”

de Manuel Reina, pero con un revestimiento mariano-, “Quinto misterio doloroso”, “A María Teresa Hernández de la Torre, “Bajo el yugo de los bárbaros” -de igual título que su novela de 1932-, “¡Alerta!”, “A la señora doña Ana P. Tudela de Raventós, estrella de cautivos”, e “Himno a las Juventudes Españolas” -acompañado de una nota que dice “Música del maestro Padilla”-. Las estrofas de este himno, escrito muy tardíamente e impensables en la primera versión de *Alivio de caminantes*, evidencian la conversión final de Ricardo León a las tesis del integrismo católico ligado al nacionalismo brotado de la guerra civil, y su sola lectura -aunque resulte a destiempo cuando se analiza el texto propiamente dicho de *Alivio de caminantes*- es muy reveladora e indica el efecto transformador que tuvo en el poeta el conflicto de 1936-39 y sus secuelas: “Por España, forjadores de la Historia,/ campeones de la nueva cristiandad,/ los que sientan sed de Dios, hambre de gloria,/ vocación de eternidad/ Con su vuelo/ nuestras águilas navarras/ tierra y cielo/ rescataron del Dragón,/ con sus garras/ los leones de Castilla; con la sangre de sus barras Aragón. ¡Almas hechas/ a la batalla: Unión y Fe!/ ¡Yugo y flechas/ en el blasón: España en pie!/ Falange y Requeté,/ Cruzada y Revolución:/ somos Futuro y Tradición./ La española/ De Cisneros y Loyola:/ sed de ciencia/ y obediencia,/ sed de luz/ y justicia: Dios y César./ Una España, un Imperio y una Cruz!/ ¡Boinas rojas, Flechas, Tercios, Juventudes,/ Multitudes,/ aún hay mundos que alumbrar/ a la Vida, que es servicio y es trabajo,/ yunque y tajo,/ sacrificio militar!/ ¡Navíos: a la mar!/ Aviones: hacia el sol!/ ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!/ ¡Vitor al César español! (117). A este himno sigue, en la edición de 1942 de *Alivio de caminantes* una nota que dice: “En Madrid, en el Cautiverio, año de 1937”, fechándose así de una manera difícilmente creíble la composición.

Volviendo a 1911, en su versión primera y original, sin aditamentos, *Alivio de caminantes* fue un éxito, no de crítica, pero si de ventas, y

reafirmó el carácter católico de la escritura de Ricardo León. Un carácter católico que éste elaboró a partir del tradicionalismo estético y sentimental del modernista Salvador Rueda y del tardorromanticismo de Gaspar Núñez de Arce. Este último había señalado ya en una nota a la edición de su libro-poema *El vértigo* de 1879 una idea que late en el núcleo de *Alivio de caminantes*, la relativa a que “La humanidad ha caminado, y probablemente caminará hasta la consumación de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán a su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ambas cerradas a la razón, aunque la primera no lo esté a la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva a Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalza. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaría de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento” (118).

Alivio de caminantes es, por otra parte, muy bien recibido por los hermanos Menéndez y Pelayo, como evidencia el texto de una tarjeta postal remitida por uno de ellos, Enrique, desde Santander el día 26 de octubre de 1911. En esta tarjeta, conservada en el archivo de la Quinta “Santa Teresa”, manifiesta Enrique Menéndez y Pelayo: “Tembloroso aún por la emoción que me ha producido la lectura del preámbulo de *Alivio de caminantes* saludo con el más cordial abrazo a nuestro primer poeta español, en quien renace, al cabo de tan larga noche, el sol de la patria”. Y ese mismo año, el día de Navidad, una larga carta de Enrique Menéndez y Pelayo viene a reafirmar la confianza de éste en Ricardo León, en los siguientes términos: “Mucho he tardado en escribir a Vd.; ya sabe Vd. que mis ojos enfermos me traen a mal traer y me obligan a andar siempre retrasado en su correspondencia. Pero en esta ocasión no ha sido sólo mi vista deslumbrada la culpable de mi silencio: es que este libro de Vd. me ha deslumbrado el espíritu y he ido aplazando esta carta con la vana esperanza de dar algún día con la expresión justa de mi admiración y de mi asombro. Desisto de

buscarla -sin duda no la hay- y escribo a Vd. simplemente que he recibido su libro casi, casi como se recibe a una esposa, como se recibe a alguien con quien se va a vivir respetuosamente en íntimo y diario coloquio. ¡Alivio de caminantes! Y vaya si lo es, al menos de tantos que caminamos soñando y doliéndonos sin acabar de despertar a la vida"... ¿Cuando la tristia rerum sonó con más grato son ni más deleitosa melancolía que en estrofas de este libro, en las que 'Sunt lachrymas rerum', en el 'Valle de soledad' y otros pasajes?... ¡Qué versos místicos en este libro! ¡Qué amor a todo... menos a los sabihondos y a los terceros! ¡Qué gritos de dolor de amor que todos damos y el poeta formula!". Y viene a concluir su carta Enrique Menéndez y Pelayo: "Yo no se de crítica; mi falta de saber y mi sobra de vehemencia y sensibilidad me hacen incapaz de ella; pero -¡en buen hora lo diga!- se aplaudir, se admirar y se querer. Y se guardar este libro como un confidente, como un amigo del alma, ya que alma alguna acertó a quedarse tan por entero en un libro. Cuantos aquí sentimos el amor a las letras, y muchos más, traídos acaso a él por la magia de este tomo de versos, hemos pasado muchos días sin hablar de otra cosa. Figurese Vd. como habremos recibido, los pocos que hasta ahora la sabemos, la casi segura noticia de la venida del poeta a esta tierra, mitad de su patria y su ser, según él mismo declara en una de las primorosas décimas de entrada a su libro. larga deuda teníamos con usted los montañeses; hoy que España entera es su deudora, reclamamos los de aquí que se reconozca como preferente nuestro débito".

Respecto a los círculos de la crítica, esta nueva obra de Ricardo León es ya plenamente aceptada por los analists conservadores, apareciendo toda una serie de comentarios literarios y reseñas, entre los que cabe recoger al menos tres: los publicados en los diarios *La Vanguardia*, *El Universal* y *El Correo de Andalucía*. En el primero de ellos, firmado por Bernardo G. de Candamo y fechado el día 9 de diciembre de 1911 dentro de la sección "Libros castellanos", se empieza por evocar al León poeta y narrador castellanista: "Muchos ignoran que el primero de los libros de Ricardo León

fue un libro de versos: *La Lira de bronce*. Publicó ese volumen el escritor malagueño, siendo muy joven y desde su ciudad natal. En ese libro hay ya el germen de la obra subsiguiente. Allí están ya el entusiasmo, la fuerza y el castellanismo; pero más como condiciones innatas de un temperamento artístico que, como resultas del estudio, de la meditación y de la reflexión. la vida, en sus designios herméticos, obligó a Ricardo León a una prolongada estancia en Santander. La montaña, con su belleza trágica y sonriente, con sus cimas nunca alcanzadas y con sus valles verdes, sosegados y dulces, aleccionaron al escritor. Allí, en un rincón, vivía el viejo hidalgo, el maestro del paisajismo en la obra literaria, el novelista de la aristocracia real, el inspirado Pereda. En sus obras y en la interpretación que el novelista de *Peñas arriba* daba al paisaje y a la psicología de los tipos que intervenían en la acción, se aleccionó el prosista y poeta malagueño, que ya no era malagueño en su arte, sino castellano, con el alma arraigada a los más antiguos e ilustres sentimientos de la historia de las ideas y de los sentimientos de Castilla. Ello aparece con claridad en los libros vigorosos que se titulan *Casta de hidalgos* y *El Amor de los amores*, y aparece en ocasiones con tales rasgos que hacen pensar en un pasticcio admirable, en una reproducción fiel y próxima de los más inclitos modelos”. Y concluye de todo esto Bernardo G. de Candamo: “Pero Ricardo León no sigue tanto en la palabra y la técnica, la vieja técnica infantil y balbuciente, como en la idea y el concepto. Otros escritores andan más en pos de las modalidades, de las palabras, de las frases y de las combinaciones rítmicas; Ricardo León procura, con aceptación de las combinaciones métricas consagradas, transigir con las ideas de siempre, con los anhelos y las aspiraciones tradicionales. No se pone en el caso de experimentar emociones nuevas, ni se permite inventar imágenes inéditas. Continúa la vieja labor de todos los poetas académicos, y su trabajo poético le aproxima mucho más al Duque de Rivas que a Rubén Darío... en este libro de Ricardo León, como en algunas composiciones poéticas intercaladas en la prosa insuperable de sus

novelas, se proyecta la sombra de Fray Luis, de San Juan de la Cruz, o de Teresa de Avila. El autor de *Alivio de caminantes*, camina por su sendero trillado y marcado por el sello de las sandalias de muchos peregrinos anteriores. En el relato de su viaje para entretenimiento de los viajeros futuros, el concepto se sutiliza, y la frase adopta significaciones nuevas y de quinta esencia y alquilara. El gran dominio de la técnica de Ricardo León compruebase en el hecho de que este admirable poeta nos habla de cosas extrahumanas, con palabras no sólo corrientes, sino en lo posible apegadas a la vieja tradición de Castilla”.

Como puede advertirse, el crítico de *La Vanguardia* cae en el error - bastante común- de considerar a nuestro escritor como un autor malagueño, cosa exacta en la práctica cultural, pues fue en Málaga donde se formó, pero incierta desde le punto de vista biográfico, ya que nació - tal y como indicamos- en Barcelona, a causa de los traslados militares de su padre. Sin embargo, Bernardo G. de Candamo si acierta en la deuda de León con Pereda y, sobre todo, con el ambiente cultural de Santander y la Castilla primigenia; ello explicaría la devoción de nuestro escritor por las formas estéticas e históricas castellanas a partir de su estancia en tierras santanderinas y montañesas. Y también acierta el crítico cuando observa a Ricardo León con una visión dual: como poeta y prosista al tiempo.

También en diciembre del mismo año, el día 10, aparece en el diario *El Universal* una interesante crítica de *Alivio de caminantes*, dentro de la sección “La semana literaria” y firmada por Fantasio. En ella, se señala en primer lugar respecto a la nueva obra de León: “Ante todo nos atrae de este libro la honradez. Honradez, no en el sentido estrecho de ajustarse a las reglas de la moral cristiana -que también se ajusta, mucho, como podrá ver el que lo leyere-, sino en el más amplio y artístico de sinceridad, de verdad. En estos versos del Sr- León, un poco empaquetados y altisonantes, como corresponde a su purísima escuela castellana, se esconden una intensa emoción, un desbordante entusiasmo, una profunda fe. El poeta, ese señor

apagado y de vulgarísimo aspecto a que hemos hecho referencia, es un soñador incorregible y vigoroso. Sus sueños tienen la fuerza y la belleza de la realidad”. Por otro lado, el crítico de *El Universal* encuentra en esta obra de León como “Constantemente brota de estos clásicos y españolísimos versos el amor a España, el desprecio a los que habiendo nacido en ella, la denigran y escarnecen”, y remarca además: “Clásico, profundamente clásico, es el Sr. León al escribir sus poesías, realizando por tal modo el milagro de cantar dentro de las más viejas formas los más nuevos sentimientos”. Y culmina Fantasio considerando que para él Ricardo León es “el único poeta perfectamente castellano, completamente dentro de nuestra gloriosa tradición literaria, que hoy podemos señalar a la admiración de nuestros lectores. Diremos también que este poeta admirable es mucho mejor que Rubén Darío y que Villaespesa, y que todos los demás poetas más o menos delicuescentes que nos han hablado de Versalles, de la Luna y de Pierrot y Colombina, o han cantado a la Alhambra al través de Verlaine... Hoy, al lado de la figura de Marquina, cantor robusto, fuerte, vigoroso, de nuestra decadencia; al lado de Díez Canedo, poeta elegante, espíritu finamente comprensivo, que acaso por un exceso de comprensión y de cultura extraña representa entre nosotros el papel del desarraigado, se alza esta otra eminente figura de poeta; D. Ricardo León es el que todos esperábamos, el poeta nacional, el vate que en medio del general desaliento encuentra voz para reanimarnos, da con apóstrofes que nos exciten a volver a la lucha para reconquistar en el mundo el lugar perdido”.

Finalmente, puede destacarse la crítica sobre *Alivio de caminantes* que bajo el título de esta obra de León apareció publicada en el diario sevillano *El Correo de Andalucía* el día 13 de diciembre de 1912. Firmada con el seudónimo de Equis, esta crítica observa a *Alivio de caminantes* y a su autor desde una perspectiva tradicionalista muy a tono con la nueva figura que iba adquiriendo Ricardo León: “Cuando nuestros actuales poetas, desorientados, entran a saco en extranjeros huertos buscando frutos, de que

está lleno el viejo jardín hispano, la noble tierra de Castilla, donde cada piedra es un verso roto del grandioso poema de nuestra raza viril, cuando los modernos poetas que han nacido bajo este madrigal de luz del cielo de España van a respirar poesía bajo los turbios cielos de otros países, cuando se plantea entre nuestros intelectuales y se debate con acaloramiento el vergonzoso dilema: ‘Es preciso afrancesarse o alemanizarse’, cuando ocurre todo eso, levanta los espíritus, consuela el ánimo la aparición de un poeta excelso, todo fe, todo patriotismo, todo amor, enamorado el glorioso mártir de la Cruz y devoto ferviente de las inmarcesibles glorias de nuestra raza. Sólo se advierte, cuando él quiere que se advierta (pues parece honrarse con ello, y hace muy bien) su sana afición a nuestros gloriosos místicos”. Y desde esta inicial declaración, manifiesta sin temblor el crítico de *El Correo de Andalucía* que “Ricardo León es hoy el portaestandarte intelectual del Ejército Cristiano. Su corazón, ebrio del licor divino de la fe, es ascua roja quemada de amor al Creador, y su alma enamorada del Esposo, mantiene con El, constantemente, el purísimo idilio de sus oraciones... Su amor a la patria es asimismo sincero y ardiente. Canta a la madre Castilla... y pone en tan noble empresa tal amor, tan ardiente inspiración, tan arrebatados y luminosos conceptos que arrancan lágrimas de los ojos y hacen resurgir en nuestro pecho el aliento inmortal de aquella raza que dominó el mundo con la bravura de su corazón y con la nobleza de su sangre”.

De distinta factura, las críticas publicadas en *El Universal* y en *El Correo de Andalucía* coinciden sin embargo en una percepción de la nueva obra de León tanto como un instrumento de recuperación de los valores considerados medularmente españoles, como un medio literario para combatir la decadencia en la que se había sumido la nación tras la crisis del 98. Esto evidencia el hecho de que en aquellos años los sectores conservadores necesitaban de un rearme en el ámbito de la cultura, y en consecuencia de nuevos escritores que defendieran tesis tradicionalistas y patrióticas en el comienzo de siglo. Será en ese escenario en el que Ricardo

León llevará a cabo totalmente su ya entrevista transformación ideológica y de pensamiento.

Dentro de esa transformación, y como último gran acto público del modernismo andaluz, tuvo lugar el 5 de septiembre de 1912 en Málaga un homenaje conjunto a Arturo Reyes, Salvador Rueda y Ricardo León, como poetas representativos por excelencia de la lírica malagueña de la época. El acto, llevado a cabo en el Teatro Cervantes de aquella ciudad, fue impulsado por el Ayuntamiento y la Asociación de la Prensa malagueños, contó con la presencia de Arturo Reyes -Rueda y León excusaron las suyas por motivos de salud-, y con la participación de los poetas locales José Blasco Alarcón, Narciso Díaz de Escobar y Ramón Urbano, y tanto en su escenografía como contenidos puede considerarse como el canto del cisne del modernismo malagueño y como el símbolo del total sometimiento de éste a los presupuestos tradicionalistas y conservadores. El homenaje en cuestión fue recogido, entre otros, en los diarios *El Cronista* y *La Defensa* el día 6 de septiembre de aquel año, en los dos casos en primera página y con extensas crónicas de ambiente colorido. Así, en *El Cronista* se narra primero la escenografía del acto en el teatro Cervantes con los siguientes términos: “En los palcos, sustituyendo a los viejos y pesados portiers, las colgaduras blancas, con filos y flecos dorados... Sobre los antepechos de los tres pisos, sencillas guirnalda de flores... Al fondo, en el centro, se alzaba el trono destinado a la Reina y la Corte de la Poesía. Una grada de tres peldaños, cubierta por un tapiz, daba acceso al trono, de damasco, con áurea guarnición... Una caprichosa combinación de bombillas eléctricas y arcos voltaicos difundía sobre el trono una fantástica luminosidad... Una rampa adornada de flores establecía la necesaria comunicación entre la sala y el escenario”. Este acto, presidido según *El Cronista* por el alcalde Madolell, el canónigo Marquina, el gobernador militar Santa Coloma y el gobernador civil Comenge, comenzó con una causerie o presentación a cargo de un tal García Sanchiz, calificado como “joven literato” en la crónica del periódico,

luego se leyeron las adhesiones recibidas, entre ellas las de Pérez Galdós y Vital Aza, y después Blasco Alarcón, Díaz de Escobar y Urbano leyeron composiciones en honor de Reyes, Rueda y León. Finalmente, Arturo Reyes leyó su poema titulado “A Málaga”, éste recibió una medalla de oro conmemorativa del homenaje. Por su parte, *La Defensa* narra los pormenores de este homenaje con el matiz de situar a Ricardo León en el primer lugar de la descripción del acto, delante de Salvador Rueda y Arturo Reyes. Además, el anónimo cronista de *La Defensa* comienza por señalar que “vive Ricardo León entre nosotros, recogiendo lo más elevado del espíritu en el hilo de sus cadencias, como aquellos nuestros grandes escritores, los que llegaron a la posteridad en alas de la fama, siempre con la mirada fija en el cielo y dispuesta la pluma para sostén de cansados peregrinos... Su poesía ha realizado un temperamento, como el suyo, clásico y cristiano, varonil y entero hasta en sus más insignificantes aspiraciones, que le ha hecho llegar a las puertas de la Academia Española con el bagaje de la juventud todavía, cuando el cúmulo de los años más que el de las propias obras era lo que hasta aquí franqueaba la entrada en el recinto de los inmortales”. Después, las líneas de la primera página de *La Defensa*, subtítulo en su cabecera como *Diario Antiliberal*, se dedican a Salvador Rueda, para quien “Todo lo que ha sido nota de color, ha ocupado lugar preferente en sus tomos de poesías” -es decir que es considerado en los términos juanramonianos un poeta colorista-, y finalmente a Arturo Reyes, quien “ha rectificado muchas de sus apreciaciones de joven porque, no se piensa lo mismo a los veinte años -ha dicho el poeta- que a los cuarenta y siete... ‘Verdad y poesía’, es hoy la síntesis de las ideas estéticas de Arturo Reyes, que desdeña la cruda realidad en las páginas de los libros”.

Regresando a la trayectoria de Ricardo León, otra muestra de la aceptación del nuevo conservadurismo de éste por los círculos del tradicionalismo, muestra en este caso internacional y algo más tardía, fue el largo comentario que apareció en el *Giornale de Poesía* de Milán el día 27

de mayo de 1913 sobre la última obra de nuestro autor, firmado por Alfredo Mori y titulado “R. León: Alivio de caminantes”. En este texto se comienza por decir que León parece “un caballero del tiempo bello y antiguo”, autor de una poesía “que deriva en línea directa de la más pura y gloriosa tradición española”. Luego se advierte que “él comprende el presente, porque ve en el mismo la brutalidad y el error y en el pasado la verdad y la belleza, él sigue la tradición”... “su amor al pasado no es una imitación literaria ni una pose artística, sino una íntima, sincera y profunda persuasión, un íntimo, sincero y profundo amor a la virtud, a la nobleza del sentir y del obrar: nobleza que que lo moderno ha perdido”..”Ricardo León tiene en el puño la espada, una Tizona de acero magníficamente templado, una Tizona heredada de los antepasados, con la cual combate, también él, por lo divino y por lo humano contra la babélica y babilónica sociedad moderna, defendiendo la fe, la virtud y el honor. Su espada es su arte”. Y más adelante Alfredo Mori define a León como “Caballero, cristiano, poeta. Si como caballero tiene un ideal completamente caballeresco de la vida, de la mujer y del amor y combate valerosamente por este ideal suyo como combate por su religión, como cristiano él sabe que esta vida es un pasaje, que él es un peregrino, que todos somos peregrinos en este mundo; y como poeta él intenta aliviar con el canto la fatiga del viaje, y cristianamente y caballerescamente ofrece el alivio de su canto a sus hermanos en Cristo, a los otros peregrinos que pasamos, como él, por esta tierra de dolor y de miseria”. Y concluye el crítico del *Giornale de Poesía* milanés, tras recorrer algunos fragmentos de los poemas de nuestro autor y reproducirlos en el castellano original, que “Ricardo León es católico; no solo, también profundamente español, profundamente apegado a los usos y costumbres de su patria, a su tradición, tanto en el arte como en la vida, y por ello este poeta y caballero cristiano no se asemeja a ningún otro, ni de la suya ni de ninguna otra nación”.

Un año después de la aparición de *Alivio de caminantes* y de la integración sin fisuras de Ricardo León en las filas culturales del conservadurismo, se había producido, en marzo de 1912, una vacante en la Real Academia por muerte del orientalista Eduardo Saavedra. León fue propuesto entonces por Maura, Echegaray y Rodríguez Marín, concretamente el 10 de abril, frente a la posibilidad de la candidatura de Emilia Pardo Bazán. La elección tuvo lugar el día 10 de mayo de aquel año. Moría luego Menéndez y Pelayo en Santander, dejando vacante un sillón de la Academia y el cargo de director de la Biblioteca Nacional. Antonio Maura contestaría al discurso de ingreso de León sobre *La lengua clásica y el espíritu moderno*, en un brillante acto el día 17 de enero de 1915. Y ambos textos serían publicados primero en un folleto editado el mismo año en la imprenta madrileña de Bernardo Rodríguez, y luego en 1920, dentro del volumen ensayístico *La voz de la sangre* editado por la casa madrileña Pueyo, como prólogo y primer capítulo.

La actividad académica de Ricardo León no sería especialmente activa, y su única intervención pública y relevante como académico tendría lugar el día 21 de noviembre de 1920, al contestar al discurso de entrada en la RAE de Serafín Álvarez Quintero. De otro lado, y con motivo del nombramiento de académico, el Banco de España realizaría como homenaje una edición en ocho tomos de las obras que hasta entonces había publicado León, empezando por *Alivio de caminantes* en julio de 1915, y terminando con *Los centauros* en octubre de 1915.

La entrada de Ricardo León en la Academia, obra de Maura en buena medida, quedó reflejada en la correspondencia privada entre este último y el escritor, concretamente en dos cartas del escritor, conservadas en la Fundación Maura, y en dos cartas del político integradas en el archivo de la familia León. En carta enviada el 6 de abril de 1912, León dice: “Amigo y maestro muy querido: Mi poca salud, que ha tiempo me tiene recluido en casa, no me permite solicitar audiencia de vd. en lugar de escribierle estas

letras; si bien aquí tal vez acierte a “confesarme” con mayor desembarazo, pues la noble presencia de vd y la profunda veneración que le tengo, me atan la lengua siempre que me concede vd. aquel honor. ¿Cuánto mayores no habían de ser ahora mis naturales timideces al solicitar la más alta merced a que puede aspirar un escritor, no ya tan mozo y humilde como yo, sino el que más adelante llegue en méritos y experiencia? ¿No es singular atrevimiento que pida yo, pobre de mí, asientos de inmortalidad, para alcanzar los cuales fue siempre necesario caminar por grandes asperezas y dar pruebas de sí con muchos años y fuertes obras? Bien se me alcanza, querido maestro, que soy harto novel para tan grandes mercedes; que aún no hice con mis libros sino prometer; que unos pocos años atrás era yo un principiante oscuro, y todavía no pasé de alumno un poquito aventajado. La consideración de estas cosas, que no han de escapar al más benévolo de mis protectores, bastaría para retraerme al rinconcillo apacible donde vivo, si yo no temiese parecer así más presuntuoso, ante las altas personas que me amparan con su nombre y autoridad. Y siendo usted la primera entre todas que se dignó recibirme en su casa y favor, a vd. me encomiendo con toda la gratitud y reverencia que ha de profesarle siempre su servidor y amigo muy devoto que le besa las manos”.

Fecha la primera carta de Maura el día 27 de abril de 1912, en ella contesta el líder conservador: “Hace ya mucho tiempo que deseo verle en la Academia, y de ello tango hablado no pocas veces con algunos compañeros de aquella casa, aun siendo escasísima la asiduidad que otros cuidados me consienten. Sé que estoy en un plural selecto y confío que no se retardará la satisfacción con que le veré sentarse en el sillón. Mas ahora y siempre opino que ello se debe conseguir sin contienda, por lo general, si no del todo unánime visto de la corporación. A esto viene encaminándose y seguirá enderezado cuanto de mi depende. Cuide su salud cuyo quebranto me causa pena; Dios se la devuelva plena y firme y téngame en todo y siempre por amigo afectísimo suyo”.

Ricardo León remite a su vez, el día 9 de mayo de 1912, tras su aceptación como académico, la siguiente misiva a su protector: “Amigo y maestro queridísimo: En este momento me traen la felicísima nueva de mi elección en la Real Academia Española. Por no ir a deshora a solicitar audiencia de vd. difiero el ofrecerle personalmente la gratitud inmensa, el júbilo, la emoción que me embargan. Mas no ha de pasar esta noche sin que le envíe aquí testimonio de tan profundos sentimientos. A vd. debo la mayor alegría de mi vida. Imagine pues con cuanto cariño le besaré las manos su servidor y amigo”.

La segunda carta del líder conservador, enviada ya por Maura después de culminar positivamente la operación de entrada de Ricardo León en la Academia, tiene fecha del 10 de mayo de 1912 y en ella muestra el político con claridad su satisfacción: “La unanimidad de su elección de usted honra a la Academia y acrisola la justicia del merecimiento. Causóme grandísima complacencia. No es verdad que me crea deudor de nada; he participado en cumplir una grata obligación. A dios le pido por usted largos años de vida en los cuales su labor enriquezca todavía más el caudal de las patrias letras”.

Otro académico importante que colaboró en la entrada de Ricardo León en la R.A.E. fue Emilio Cotarelo, quien el día 19 de abril de 1912 hizo llegar a nuestro escritor su apoyo mediante una breve, pero significativa, carta. Decía en ella Cotarelo: “Creo que la candidatura de v. cuenta con la gran mayoría de la Academia Española, para dar a v. el sillón que dejó vacante D. E. Saavedra. No he de ser yo nota discordante y más cuando me complazco en reconocer y admirar en v. uno de los poetas actuales de inspiración más lozana y briosa”.

Y en mayo, el día 12, ya flamante académico, León recibe desde Santander una carta de felicitación de Enrique Menéndez y Pelayo, en la cual, el hermano de don Marcelino, entre otras cosas, señala: “Van en este pliego el más cariñoso abrazo y la más fervorosa enhorabuena de cuantas

Vd. haya recibido ni pueda recibir. Pocas satisfacciones he tenido tan vivas como la que ayer me trajo su carta de Vd. La Real Academia Española ha hecho algo con que ha vuelto nada menos que a mi gracia. Esto la tenía a ella sin cuidado; pero no a mí, en cuyo corazón una de las mayores tristezas ha sido siempre sentir que perdía el respeto a lo respetable. La docta, Corporación, como es uso llamarla, parece que ha querido redimirse en una sola noche de los grandes yerros cometidos en los últimos tiempos y que tanto la habían divorciado de la opinión literaria del país. Le han votado a Vd. los de un lado y los de otro, es que nada pacifica más los espíritus como la común admiración de un mérito indiscutible. Diríase que los grandes hombres traen mezclado al laurel que ciñe su frente un ramo de oliva. No puede Vd. figurarse con qué sincero júbilo celebran todos estos cariñosos amigos que aquí tiene Vd. su merecidísimo triunfo y cuán hondamente graban en su alma la noble dedicación que de él hace Vd. a esta tierra. Mi hermano envía a Vd. cordialísima enhorabuena y siente mucho no haber podido votarle”.

Aquel año de 1912, y para demostrar narrativamente su conversión al tradicionalismo y el catolicismo de viejo cuño, Ricardo León escribe *Los centauros*, que se publica en diciembre. Tras el homenaje a la mística que supuso *El Amor de los amores*, con *Los centauros* se trata de reflejar la herencia de la picaresca. Centrándose sus páginas en el trazado de una nueva especie de pícaros modernos: los surgidos del caciquismo y de los juegos de influencias políticas, económicas y periodísticas... era una novela casticista de crítica de “costumbres políticas”.

El centauro, uno de los emblemas del modernismo, simbolizaba la barbarie y la lujuria, el hombre dual, lo rebelde a las leyes divinas. Fue una imagen recurrente entre los escritores peninsulares de la época, e incluso la cabecera de una de las revistas míticas del modernismo ibérico, *Centauro* publicada en 1916 en Portugal por los supervivientes de la revista *Orpheu* Luiz de Montalvór, Fernando Pessoa, Raul Leal, Camilo Pessanha y Silva

Tavares. Además, como advierte de otro lado Ara Torralba en su trabajo (119), era el ex-libris de Rubén Darío -líder reconocido del modernismo más cosmopolita-.

En *Los centauros* se novelan hechos y personajes más o menos reales de Málaga, que en el libro aparece como Medina del Mar. La madre de Ricardo León aparece como la maestra Carmen de Acuña, hermana del protagonista de la novela, Jorge de Acuña, que se inspira en la época de juventud y orfandad del propio León, quien a través de aquél crítica lo que fue su verdadera juventud. Se habla de la bailarina Candelita -que es la Anita Delgado que se casaría en la realidad con el maharajá de Kapurtala-, y se narran las luchas entre dos sectores liberales y sus caudillos. También hay un personaje que representa el modernismo degenerado, el nuevo rico y paganista César de Carvajal, otro que se presenta como un pintor borrachín, anarcoide y violento, Juan de Tarfe -que acaba convirtiéndose a la mística católica-, y una decadente "heroína" prerrafaelista, Ofelia, de la que se enamora Jorge de Acuña. Cada bando enfrentado tiene un periódico, "El centauro" y "La lucha" -símil de las divisiones liberales que en 1901 dieron lugar a *Luz y sombra* y *La Opinión*-. César de Carvajal se enamora de Carmen de Acuña, quien primero lo rechaza, pero después se casa con él bajo la esperanza de redimirlo, aunque no lo conseguirá y terminará por abandonarlo. Carvajal degenera aun más y Jorge de Acuña se marcha a su vez de la ciudad para enderezar su vida. Carvajal se arrepiente antes de morir, y Carmen de Acuña regresa para cuidarle en sus últimas horas, y luego se mete a monja.

Es una novela de pícaros, en el sentido actual del término, más que en el de las novelas del Siglo de Oro, es decir, una novela de corrupción. La acción que se desarrolla en sus páginas es fruto de la inventiva de su creador, aunque parece en algunos momentos inspirada en una determinada realidad histórica. Esta acción se sitúa en una Medina del Mar que se parece

mucho a Málaga, y donde viven personajes como Adolfo López de la Rúa, el cacique, dueño con sus manejos de la ciudad y del periódico liberal “La Lucha”, la Gelmirez y sus reuniones de los sábados, por los que desfilan tipos diversos: el pintor Juan de Tarfe, el bohemio Polo Silva, el pervertido indiano César Carvajal... un conjunto escogido y cursilón que urde el periódico “El Centauro”, enfrentado en la brega caciquil a “La lucha”.

Carvajal, enamorado de Carmen Acuña, no sólo por su belleza, sino por ser distinta a causa de su honestidad y bondad, logra que ésta se case con él. Pero el matrimonio es desgraciado: él sólo siente una pasión carnal, y ella, que no está enamorada, cumple rígidamente sus deberes conyugales, como un ofrecimiento de sacrificio a Dios. El pintor Tarfe se enamora de Carmen y es rechazado por ésta, que también se aleja de César, quien luego, arruinado por las mujeres, muere confortado cristianamente por Carmen.

La novela se dilata alrededor de un argumento sencillo, con numerosos episodios y personajes accesorios, a través de los cuales su autor muestra un especial empeño narrativo. También tiene algo que no se hallará con tanto acierto en otras novelas de Ricardo León, ni aun en *Comedia sentimental*: una visión del ambiente andaluz, centrado en esa Medina del Mar-Málaga, y completado con un lenguaje pleno de expresiones típicas de la zona.

Los centauros no tuvo al principio un gran éxito, como advierte Ara Torralba (120), pues carecía de elementos que ya se consideraban centrales en las obras de León, como el hidalgo, la tradición y el individuo moderno modelo; además no se castigaba con vigor a los caciques liberales -tal vez por ello el autor no escribiría otra novela hasta diez años después-.

De entre las críticas hechas a esta obra de León apenas cabe citar las realizadas por J. García Mercadal en la más bien tardía fecha del 27 de abril de 1913 en *La Crónica de Zaragoza*, titulada “Los Centauros”, y la escrita por Benito Marín, con el título de “Los Centauros. La última novela de Ricardo León” el 12 de enero de 1914 en *La Tribuna* de Madrid. García Mercadal considera que la nueva obra de León es “Una historia de picardía

a la moderna, un accidentado relato de fuertes aventuras, de disipación y escándalo, sobre las cuales se destaca, como una linda flor emergiendo entre la podedumbre de un estercolero, la figura de una noble mujer inflamada por afanes redentoristas, la cual arrastra la cadena de su martirio con toda la grandeza de alma propia de los seres escogidos. Para los rendidos a la hidalga prestancia de su estilo, este libro renueva el linaje caballeresco de sus obras anteriores, el timbre glorioso que abrió a su autor las puertas de la Academia. El léxico está fundido en moldes clasicistas, y la palabra adquiere un prestigio de soberana grandeza, al verterse por los puntos de su áurea pluma privilegiada. Sin embargo, forzoso es confesar, rindiendo honores a la más franca sinceridad, que Ricardo León se nos adueña más por sus maneras señoriles y suntuosos arreos de que gusta adornarse, que no por el arte con que compone y distribuye sus argumentos”. En esta visión crítica de *Los Centauros* abunda García Mercadal, quien precisa seguidamente: “El escritor avasalla y doblega las aptitudes del novelista, las reduce medrosamente con el brioso accionar de su maestría en el discurso, y una fábula pobre de realidad y poco anclada en la observación directa de la vida, se ve adornada y emperijilada, y puesta en los cuernos de la luna de la perfección lingüística, con tantos ringorrangos y faralaes, que más desvanecen y absortan que sujetan la atención y conducen al exacto conocimiento de los distintos personajes que en el libro se ofrecen a nuestra consideración de curiosos lectores. Esta es lisa y llana nuestra opinión sobre *Los Centauros*, libro en donde el escritor triunfa sobre el novelista, donde el rutilar del estilo es manto desvanecedor que cubre la pobreza del cuerpo novelesco... Con todo hay en el libro escenas inspiradas en el estudio de las costumbres populares, de las que se hace esclavo nuestro interés y muestra gran regocijo el espíritu, por ver en ellas como un retoño de la vieja cepa costumbrista. Estas escenas auguran más brillantes resultados, cuando Ricardo León se lance al coso de la realidad española... Esperamos tan solo verle un poco más orientado hacia lo humano, y sin pretender que olvide sus

enseñanzas de ayer, que le permiten engalanar sus relatos con ropajes señoriles, gustaríamos verle mirar hacia adelante, rostro al viento de los tiempos nuevos”.

Esta crítica de García Mercadal avanza en fecha tan temprana como 1913 toda una trayectoria de críticas posteriores de algunos otros estudiosos en el mismo sentido: la solicitud de que León se sumerja en la modernidad y abandone los presupuestos y -sobre todo- la estética clasicista española. Abandono imposible para nuestro autor por razones tanto de pensamiento como de sensibilidad, y que cuando alguna vez se produjo tímidamente -en *Las siete vidas de Tomás Portolés* o en *Las niñas de mis ojos*, por ejemplo- no alcanzó grandes logros narrativos. Así pues, la crítica de J. García Mercadal, efectuada además paradójicamente sobre una de las novelas más modernas de León a lo largo de toda su carrera, si bien pudiera ser apreciable desde el punto de vista de lo inmediato, no era de gran valor para la trayectoria general, muy definida, de nuestro escritor.

A su vez, Benito Marín en su texto manifiesta en primera instancia: “Nos place ver a Ricardo León, el mismo autor de *Casta de hidalgos*, el que llegara a las cumbres del misticismo al describir la tragedia de Juan de Villalaz; el sereno espíritu que aparecía cobijado por la sombra de Platón en La escuela de los sofistas; el sutil forjador de temas mundanos y de lances de amores y desdenes en *Comedia sentimental*; el altísimo poeta de *Alivio de caminantes*, nos place, decimos, verle volver sobre la ruta de *Alcalá de los Zegríes*, camino de Medina del Mar. Nos place, más que por el interés de este aspecto que ahora descubre el novelista, porque así seguirá confundiendo a los sandios que, según frase feliz del autor, le creen vistiendo jubón y greguescos para andar por casa y pretenden mortificarle juzgándole hombre de otros siglos”. Y continua luego Benito Marín: Lo que verdaderamente nos sorprende en esta obra es su descenso suave hacia el pesimismo. *Los Centauros* deja una agria impresión, un sabor a tuera que se infiltra en el alma, que nos pone un poco huraños y un mucho melancólicos.

En ninguno de sus libros anteriores reveló Ricardo León esta tendencia. Aun en sus mayores desventuras, los personajes movidos por el hilo invisible del novelista vislumbraban un rayo de luz en la fe de sus almas, en la vocación mística, en las glorias celestes, cuanto no en las naturales mudanzas de la vida. Ricardo León ha cantado el triunfo del espíritu sobre las miserias humanas; a lo largo de todas las tribulaciones, veíamos vencer a los ya vencidos, por la reciedumbre espiritual, cuando sabían apartar los ojos del tráfico mundano para ponerlos en regiones más puras, cristianas y videntes. El misticismo literario de Ricardo León ha producido en sus novelas esos avatares”. Y retornando al asunto central de *Los Centauros*, la corrupción moral, indica el crítico de *La Tribuna* que “Esta concesión al pesimismo contemporáneo en Literatura, que reduce el número de idealistas, tal vez sea una y no más; la juzgamos muy distante del sentir de Ricardo León, más propicio a derramar sobre las almas bálsamos bienhechores que a clavarles el punzón de los desastres humanos. Ahora ha querido edificar así, con el ejemplo de tan grandes desdichas, por que se aleccionen los demás en estas crudas tragedias”. Y concluye Benito Marín este comentario con una muy personal observación acerca del papel de León en el escenario narrativo de su época: “No es, pues, el pesimismo de Ricardo León un contagio de la moda literaria ni una enfermedad permanente. Contra el pesimismo en la novela, que tiene en Pío Baroja a su más firme apóstol, Ricardo León, artista y cristiano, ha hecho ondear siempre el lábaro de la fe, manteniendo la tendencia sanamente optimista que tan pocos cultivadores halla. El optimismo es constante finalidad de Ricardo León en la novela, y de los Alvarez Quintero en el teatro”.

Amen de la contraposición entre Baroja y Maura, y el deseo de fomentar una especie de frente católico-conservador en lo literario, con nuestro escritor y los Quintero en cabeza, el comentarista de *La Tribuna* pone de manifiesto colateralmente como *Los Centauros* es una rara avis en la producción de León. Y esta excepcionalidad de contenidos y de técnica,

muy críticos los unos y muy próxima al naturalismo ésta última, es evidente dentro del conjunto de las obras de León, definiéndose las páginas de *Los Centauros* a sí mismas como una novela moderna, no ya en la tradición de la picaresca, sino también con un sentido de denuncia casi vanguardista. En suma: tal vez sea ésta la mejor y más acabada novela de Ricardo León, valedera incluso como referente moral para lectores de toda una pluralidad de ideologías.

A finales de 1913, la proyección peninsular de Ricardo León es ya palpable, y muestra clara de ello fue la crítica-semblanza aparecida el día 28 de diciembre de aquel año en el diario portugués *A Montanha*, editado en Oporto y órgano del Partido Republicano de aquel país. En este texto de sesgo tardorromántico y modernista, firmado por Orlando Marçal, se dice, entre otras cosas, que nuestro autor “hace deslizar el medio escénico de sus novelas en un sosiego y serenidad encantadores, como regatos cristalinos discurriendo placidamente entre alfombras de rosales y naranjos... Sabe ser romántico sin caer en el lloriqueo irritante, amanerado y alambicado de muchos hombres de letras, traído solamente para hacer lacrimosas y dolientes combinaciones de sentimentalidad y de pasión”. Tras calificar a León de “verdadero poeta de la prosa”, el crítico portugués manifiesta en el mismo tono modernista que León con “su poder emotivo sabe elocuentemente exteriorizar las transparencias suaves de su ser, en aladas composiciones, plenas de inspiración y de belleza, y sus figuras de una candidez inmaculada y bíblica, sobre todo las femeninas, son ideales de gracia, de mimo, de frescura, simbólicas siluetas de elegancia y capricho... Sus libros marcan época como ejemplares completos de labor finísima”.

Por otra parte, y con la afabilidad que le caracterizaba en cuanto a sus relaciones con Maura, León envió enseguida su nueva obra al líder conservador, quien acusó recibo de ésta en carta fechada el día 27 de enero de 1913, conservada en el archivo de la quinta “Santa Teresa”, y donde Don Antonio apuntaba: “Aun antes de comenzar su lectura, al recibir, que fue

anoche por haberme ausentado anteayer, su novela ‘Los centauros’, quiero darle las gracias y decirle cuanto anhelo por una cabal salud de usted, en este año, y que en los venideros nos permita Dios seguir pidiendo; ya que tan solo a quebrantos de ella se debe la tardanza del libro”. Y muy poco después, el día 2 de febrero del mismo año, Maura escribía otra vez a León para darle su opinión acerca de *Los centauros* en los siguientes términos: “Acabada la lectura de *Los centauros* me siento obligado a renovar la manifestación de mi gratitud, juntamente con mi aplauso que desearía yo de mayor autoridad en la crítica del género -soy en él enteramente profano; por esto mismo, uno del público a quien la obra va destinada-. Hállola muy interesante por la fábula, muy nutrida de pensamientos y frases felicísimas; aliviada, además, de párrafos que en sus hermanas mayores abundan, donde hay atesorados mil primores, pero tal vez la voluble atención del común de los lectores no se resigna a detenerse bastante para contemplarlos. Quizás se notara recargado el tipo del indiano, aunque compendie la suma de caídas de la opulencia sin moral, ni aun la inercia de una tradición linajuda; mas el reparo que yo le pongo al libro consiste en su lenidad para con la sección política de los pícaros congregados. O no tiene usted de este hemisferio cabal conocimiento, o ha abusado usted de la benigna condescendencia, a menos que piense bajar la mano más en los ulteriores tomos”.

Es evidente que tras estos reparos se advierte la coincidencia de criterios ideológicos entre Maura y León, y sobre todo la inclinación del primero a Confluir con nuestro escritor en la crítica que de la corrupción política se hace magistralmente en las páginas de *Los centauros*.

El trabajo creativo de Ricardo León, plasmado en las referidas páginas de *Los centauros*, apartó al menos momentáneamente a éste de sus tareas académicas, y por ello recibió en el verano de 1913, el día 14 de julio, una misiva de amable reconvencción por parte de Maura, recién elegido director interino de la RAE. En ella, el mentor de nuestro escritor precisaba a éste: “Mil gracias por su cariñosa felicitación. Además, me desanima ella ante el

regañó que usted merece por el retardo en presentar su discurso de ingreso en la Academia”.

Poco después, el 30 de julio de 1913 Maura pide a Ricardo León por primera vez datos de su vida para redactar el discurso de contestación al ingreso del escritor en la institución. Mientras éste participa ya poco a poco en las actividades privadas próximas a la Academia, destacando entre los asistentes a las cenas y reuniones de académicos con Antonio Maura.

Ricardo León se convierte con nitidez al maurismo político en octubre de 1913, cuando Dato, Besada y Sánchez Guerra traicionan a Maura en connivencia con los liberales y la izquierda. De 1914 a 1918 Ricardo León se inscribe en la acción de los intelectuales del maurismo. A la vez que apoya incondicionalmente la labor del líder conservador en la Academia y en la Administración, apoyo que también brindaría a Maura otro de los pensadores básicos en la formación de León: Juan Vázquez de Mella. Precisamente de éste último se conserva en la Fundación Maura una carta escrita el 6 de enero de 1914, en cuyas líneas dice Vázquez de Mella: “Mi ilustre y respetado amigo: Aunque se lo he manifestado de palabra quiero decirle por escrito que acepto como un gran honor la invitación a la comida que vd. da a los académicos el próximo viernes”. Esta nota de Vázquez de Mella, entonces diputado a Cortes por Pamplona, revela la existencia de un claro círculo maurista integrado por académicos y pensadores, entre ellos nuestro escritor, que se reunía periódicamente alrededor de su líder intelectual y político.

Llevado por su ferviente maurismo, llega León incluso a escribir un soneto titulado “A don Antonio Maura, príncipe de la lealtad española”, que será canto de los mauristas más radicales, y que se publica primero en *La Tribuna* el día 15 de enero de 1914, para después ser insertado incluso en tarjetas postales con un retrato, de uniforme y con condecoraciones, del líder conservador. Este soneto de Ricardo León quedará fijado entre los mauristas como sigue...

“En tu pecho se embotan las traiciones,
las calumnias, igual que los puñales:
¡de tu férrea virtud son pedestales
y de tu heroica lealtad blasones!
No sirves, no, para mandar felones.
Luz y espejos de honrados y cabales,
no quieres mendigar dádivas reales,
cubrir vilezas ni adular pasiones.
¡Que estás solo, señor, dicen aquellos!
¿Hay mayor soledad, mayor castigo
que estar ellos sin ti? Para sus cuellos
horca será el Poder. Dios es testigo.
El miedo y la codicia están con ellos...
¡la autoridad y la virtud contigo!”

Se establece una candidatura maurista por Madrid para las elecciones generales de marzo de 1914, convocadas por el gobierno Dato, en la que aparece Ricardo León, quien seguramente participó en la redacción de un documento denominado “Manifiesto dirigido al cuerpo electoral de Madrid por los candidatos mauristas”.

En este manifiesto -a cuya redacción no debió ser ajeno Ricardo León- se decía: “No extrañéis hallar nuestro lenguaje brusco y desapacible. Nuestra misión no es halagar los oídos con adulaciones fragantes y forasteras, según el dicho de Quevedo, de aquel gran español que hablaba a los ministros y a los reyes el puro y áspero lenguaje de la verdad. Nuestra misión es inquietar las conciencias, sacudir los torpes sueños, irritar la epidermis, echar en las heridas sal y vinagre. Sólo así lograremos conmover las entrañas de esta gran nación, tan perezosa y sufrida; avivar sus pulsos,

desatar su lengua, sacudir sus instintos de conservación y empujarla al ejercicio de sus históricas virtudes” (121).

Ricardo León es proclamado candidato a las citadas elecciones de Diputados a Cortes, convocadas por Real Decreto el 13 de febrero de 1914, una semana antes de los comicios, según consta en una certificación de la Junta Provincial del Censo Electoral de Madrid firmada por su secretario Marcelino Barrio y Gozalo -y conservada en el archivo familiar del escritor-. El día 8 de marzo tienen lugar las elecciones, y los resultados dan a Ricardo León, candidato maurista por el distrito de Centro 9.334 votos, con lo cual no consiguió el acta de diputado, quedando tras el candidato maurista por el distrito de Buenavista Gustavo Morales. Únicamente salieron elegidos tres de los cuatro candidatos mauristas por Madrid a diputados: Antonio Conrado Contestí, Marqués de la Fuensanta de Palma, Francisco Vives Mirabent, alto representante del comercio local, y el referido Gustavo Morales, ex-senador y banquero.

En estas elecciones los conservadores aparecieron divididos por la candidatura maurista, y los liberales por la demócrata de García Prieto, a quienes los partidarios de Romanones consideraban disidentes. Fueron los partidarios de Maura a estas elecciones en condiciones poco favorables, pues tropezaban con la hostilidad del gobierno -conservador o "idóneo"-, y carecían de prensa propia, ya que sólo contaban con la simpatía de algunos diarios independientes y de varios semanarios fundados por las juventudes mauristas. La colaboración de Romanones con el gobierno Dato se materializó en un acuerdo para apoyarse mutuamente y atacar a sus respectivos contrarios. Sánchez Guerra, ministro de la gobernación, dificultaba por su parte la labor de los candidatos mauristas -a pesar de haber sido antiguo amigo predilecto de Antonio Maura-. En Madrid, el partido gubernamental, con el liberal romanonista, formó una coalición monárquica, frente a las candidaturas de la conjunción

republicano-socialista, de los liberales demócratas, y de los mauristas; mientras otra candidatura de “prestigios nacionales” era presentada, para ayudar indirectamente al gobierno, por Alejandro Lerroux.

El gobierno obtuvo una mayoría precaria, y en Madrid sólo logró sacar tres nombres. Los mauristas alcanzaron para su candidatura once mil votos, contra veintitantos mil los triunfantes, lo que significaba una victoria moral. Para celebrarla organizaron un banquete en los Viveros de la Villa, trasladándose allí después de pasar por la calle de la Lealtad -domicilio de Maura- en 75 coches, cuyo desfile fue presenciado por muchos madrileños. Hablaron los líderes, el democristiano Ossorio y Gallardo, y el tradicionalista Goicoechea, así como el centrista Santos Eca. Tras estas elecciones se sentaron en los escaños del congreso veintiún diputados mauristas.

Al respecto conviene recordar la significación de Ángel Ossorio y Gallardo como representante del ala democristiana del maurismo, un liberal-conservador que ya en 1906 había mostrado su talante al dimitir como Gobernador Civil de Barcelona por disconformidad con la declaración del estado de guerra acordado por la Junta de Autoridades el día 26 de julio de aquel año. Cuando Maura había sido desplazado de la jefatura del gobierno, así como de la del partido conservador, y casi sometido al ostracismo, Ossorio y Gallardo, tan distante luego de las convicciones de Ricardo León, apoyó como éste a Maura, desarrollando una gran actividad propagandística. El 28 de octubre de 1913, lanzó en Zaragoza Ossorio y Gallardo el llamamiento para la recuperación del movimiento maurista, fue presidente del Centro Maurista de Madrid al año siguiente, y electo por el maurismo madrileño en las elecciones municipales de 1917.

El 14 de marzo de 1915, aún bajo el gobierno Dato, se celebraron elecciones provinciales, con avances mauristas, y el 14 de noviembre de ese mismo año elecciones municipales, donde los mauristas conseguirían dos concejales en Madrid.

La toma de partido de Ricardo León por el maurismo surgía, además de la amistad establecida entre ambos, de la identificación por León de Maura con la figura del hidalgo moderno y discreto: el maurismo pretendía ofrecer una imagen remozada de la derecha española, con un discurso a la vez casticista y aristocratizante, formas radicales concretadas en los "jóvenes mauristas", y un pensamiento católico y nacionalista. (El escudo de los jóvenes mauristas era, al igual que el elegido por el escritor, un león rampante). En realidad el maurismo era la expresión política de la burguesía conservadora, recubierta de evocaciones tradicionalistas, y la literatura de Ricardo León también.

La integración sin resquicios de Ricardo León en el maurismo más ortodoxo iría acompañada de una especial veneración personal por el líder conservador, como ya hemos subrayado a través de algunas cartas intercambiadas entre ambos. De 1914, concretamente del día 13 de junio, festividad de San Antonio, data una nueva misiva, enviada por nuestro escritor al político, y conservada en la Fundación Maura. Su texto, tan ceremonioso como sincero, señala: "Amigo de mi mayor veneración: que Dios le colme a vd. de salud, de fuerza y de glorias; que España entera, avivando el deseo y ensanchando el corazón, participe también de esas venturas, que sólo por mano de vd. puede recibir. Con vivísima ternura, con entrañable deseo hace estos votos, hoy y siempre, su amigo de vd., su humilde discípulo, su servidor leal que le besa las manos". Otra carta ilustrativa de esa relación es la remitida por León al líder conservador el día 20 de junio de 1914, guardada al igual que la anterior en los archivos de la Fundación Maura. En su texto, centrado en las tareas académicas de León, y en particular a la preparación de un discurso sobre Eduardo Saavedra, manifiesta nuestro escritor: "Maestro y amigo queridísimo: Perdóneme la tardanza; pase el día de ayer en el campo y al regresar, a deshora, me dieron la generosa carta de vd. Excuso decir mi profunda alegría al ver cuan cariñosamente recibe mi pobre discurso. Dios le pague a vd. este nuevo y

señalado favor. Fui indiscreto y ambicioso al pedirlo, pero no me guiaba el prurito de recabar un honor que no merezco: era un impulso cordial irresistible. Tuve que vencer mil escrúpulos antes de suplicar tan alto padrinazgo; no me movió el egoísmo sino la entrañable devoción que vd. me inspira... Con toda mi alma le reitero a vd. las gracias y la expresión fervorosa de mi veneración y entusiasmo. Suyo siempre y para siempre servidor y amigo incondicional...”.

A comienzos de 1917 Ricardo León escribiría en *La Tribuna* el artículo titulado “El porqué del ‘Maura sí’” -que sería incluido tal cual en la primera edición de *La capa del estudiante* en 1921, y en la segunda de 1929 con el título de “Un episodio nacional”-. En este texto reivindicaba la figura de un jefe único para combatir los males de España desde una posición conservadora y no regeneracionista-liberal. Diría así que “Renovar un país no es labor de pesimistas y escépticos. No aquel que niega, sino aquel que afirma, es el Caudillo, el gran Cincelador de almas y repúblicas” (122). La literatura de Ricardo León y la política de Antonio Maura eran inevitablemente confluyentes, pues tenían en común la defensa burguesa de unos valores tradicionales y de los sistemas políticos y sociales ligados a éstos.

En tal sentido hay que subrayar igualmente que Maura era profundamente católico, pero desde una óptica más liberal que la de Ricardo León. Como prueba de ello el democristiano Ossorio y Gallardo recoge en su libro *Mis memorias* unos reveladores párrafos del líder: “Hay quien haya una contradicción fundamental entre la sinceridad con que se tiene la lealtad de reconocer que profeso y practico las ideas liberales y mi ferviente fe católica, que se manifiesta en muchas frases mías y en todos mis actos. No veo en esto discrepancia ni desacuerdo alguno, porque, para mí, el Derecho público no es católico ni protestante.”; o incluso que “Después del sentido moral, que arranca del sentimiento religioso, no hay en la sociedad humana energía conservadora superior al respeto y virtualidad

de la ley” (123). Y aquí es preciso también no olvidar como Maura defendió en una ocasión el acta de diputado de Miguel Morayta, cuando fue atacado por la ultraderecha por haber sido jefe de la masonería. Y ello a pesar de que en 1904 el mismo Morayta había dirigido una campaña y una discusión parlamentaria contra fray Bernardino de Nozaleda, arzobispo de Manila durante la guerra con los Estados Unidos, y que Antonio Maura quería instalar a toda costa en la silla episcopal de Valencia -discusión agria pero respetuosa que se recoge en el tomo segundo de la obra de Maura *Treinta y cinco años de vida pública*, editado en Madrid por Biblioteca Nueva sin fecha-. Esta postura tolerante de Maura hacia la masonería, a quien respetó aunque la considerara responsable de la pérdida de Filipinas al dejar entrar en las logias a los nacionalistas tagalos -como se indica en la citada obra-, no fue nunca compartida por Ricardo León, tal y como puede observarse por los perfiles degenerados, antipatrióticos y casi satánicos que ofrecerán los personajes de sus obras adscritos a la masonería.

En este punto, es útil recordar que, como indicó en sus estudios acerca del modernismo Ricardo Gullón, al modernismo español le interesó menos la masonería que al modernismo hispanoamericano. Entre los modernistas españoles sólo Antonio Machado parece haberse interesado seriamente en la masonería. Y quizás Rafael Cansinos Assens, atraído éste último por los rituales secretos y tradiciones esotéricas, tuviera también alguna relación con las logias (124).

Otra discrepancia entre Maura y León, tal vez no detectada por éste último en una primera época, residía en la visión del poder personal. Para Maura, de acuerdo con la versión de sus ideas propagada por Ossorio y Gallardo después, “El poder personal, aun recayendo en persona dotada de las más excelsas facultades, aun derramándose en él la fortuna, rinde provecho transitorio y viene a perturbar, en definitiva, la normalidad política de un pueblo libre” (125). Y a partir de aquí, Maura se permitió en algún momento criticar ciertos excesos del régimen monárquico, al

resaltar, por ejemplo, que “las casacas palatinas son muy honrosas, pero muy distintas de los uniformes ministeriales” (126). Sin embargo, si hay una total coincidencia de criterios entre Maura y León respecto a la democracia conservadora y popular que nutre lo español. Y en ese mismo volumen de memorias, Ossorio y Gallardo puntualiza que para el que fuera su jefe político “En España no hay más que pueblo, y vive este pueblo en una legislación de tal manera concertada que hasta lo popular resulta movedizo, renovable y efímero. En España se da el caso de que cuando se guerrea o se predica en favor del absolutismo o del integrismo, las masas militantes, los simulacros de Corte regia o las huestes de adeptos, lo mismo en paz que en guerra, son tan democráticas, tan populares, tan del estado llano, como las falanges que apetecen una República federal” (127).

Maura, consciente más del valor de las coincidencias con León que de las discrepancias, apoyó -como indicamos- a éste en el ingreso a la Academia para ocupar el sillón B -mayúscula-. El discurso leído en aquella ocasión por Ricardo León, titulado *La lengua clásica y el espíritu moderno*, se publicó, como señalamos anteriormente, en 1915 (Madrid, Imprenta Rodríguez) y se incluyó en 1920 en la primera edición de *La voz de la sangre* (Madrid, Edt. Pueyo). En este texto se defiende la tradición clásica española -Fray Luis, Cervantes y San Juan-, y se diferencia entre lo contemporáneo y lo moderno, considerándose esto último como aquello que se somete a la moda, a la frivolidad y a la falsa originalidad. También se hace gala del del nacionalismo en su variante casticista y se viene a afirmar que todo verdadero español debe escribir en correcto castellano por imperativos históricos, raciales y culturales. En su discurso de contestación, Maura resalta que las obras de León destilan españolismo al tiempo que evitan la uniformidad moderna y afianzan la castiza individualidad mediante el uso correcto del idioma, un uso que en el caso de las obras de León no es una copia de nuestros clásicos, sino una renovación fructífera de aquellos.

Para elaborar esa contestación a tal discurso de ingreso, el mentor académico de León, don Antonio Maura recabó a éste en distintas ocasiones -como adelantamos más arriba- datos sobre su vida y obra, datos que posiblemente nuestro escritor debió de proporcionar con cuentagotas a su protector, habida cuenta de los orígenes radicales de su producción literaria condensados en *La lira de bronce* y en su etapa como joven publicista republicano. Es en el marco de esa delicada situación en el que Maura envía a León un carta el día 19 de julio de 1914, desde su residencia estival de Solórzano, en Santander, junto al río Campiazo, al suroeste de Santoña. Donde una semana antes, el 12 de julio, había recibido Maura a un millar de seguidores provenientes de toda España, recibiendo el homenaje de éstos y pronunciando un discurso a favor de la monarquía y contra los acólitos y propagandistas de la revolución social.

En esa carta manifiesta Maura a León: “Ahora que, gracias a Dios, voy librandome del cuidado que la dolencia de mi mujer me ocasionó casi desde mi llegada a este rincón, pienso en la contestación al discurso de ingreso en la Academia, para la recepción de usted. Traje los libros de usted que poseo por el obsequio de haberme regalado ejemplares cariñosamente dedicados; pero vine desprevenido de otras noticias que habría recogido en Madrid con mayor facilidad si ahí tuviera sosiego para dedicarme a ello. Podría ahora, esquivando la modestia de usted, pedir los apuntes de biografía literaria de usted mismo a algún amigo común que la conozca bien, y tentado estuve de escribir al efecto a Don Francisco Belda; pero luego opte por rogarle a usted que tenga conmigo la íntima franqueza de proveerme de estos materiales, seguro de que me habla en reserva, porque no sustraiga una indiscreta y entrometida modestia, porción alguna de la verdad verdadera y cabal, que por tener en esto que indago no poco de íntimo y subjetivo, mejor por usted que por ningún otro se me puede comunicar. Deseo saber ab ovo su vida literaria y la sucesión cronológica de sus conatos, ensayos y obras”.

Ricardo León contesta a Maura ese mismo mes de julio de 1914, pero sin especificar el día, mediante una carta enviada desde Madrid y conservada entre los legajos de la Fundación Maura. En ella indica nuestro escritor: “Venerado amigo y maestro: que vd. en medio de sus presentes inquietudes (cuyo alivio celebro con toda el alma) se acuerde tan solícitamente de mí y se preocupe del discurso de ingreso en la Academia, es rasgo que me produce singular emoción y no poco remordimiento de conciencia. Precisamente estos días, aplazado ya el viaje que deseábamos hacer a Solórzano, pensaba ya escribir a vd., entre otras cosas para decirle cuan afanosamente le acompaña en sus tristezas y cuan sensible me sería que vd. les añadiese preocupaciones aceptadas por su bondad y por mi culpa. No quiero insistir en esto sino satisfacer al punto a cuanto vd. se sirva indicarme, mas a condición de que no sea para vd. demasiada pesadumbre. Bien sabe Dios que yo renunciaría a todos los honores del mundo con tal de evitarle a vd. la menor intranquilidad. Por otra parte, ¿qué inconveniente ni modestia puedo tener para facilitarle cuantos apuntes le sean precisos de mi vida literaria si en toda ella no hay nada que no se deba exclusivamente a la ayuda de Dios, al amor de mis padres y al generoso afecto de los amigos como vd.? Senti desde muy niño, juntamente con la fe de español y de cristiano, una doble vocación: la de las letras y la de las armas. Quería ser militar como mi padre y escribir versos como mi madre, gran aficionada a ellas en su mocedad. Muerto mi padre cuando yo tenía doce años, caí gravemente enfermo (desde entonces no he vuelto a tener cabal salud), se arruinó mi casa y no paramos en total miseria gracias al heroico esfuerzo de mi madre. Aquellos años de pobreza y dolor dejaron en mí huella indeleble; cambió mucho mi carácter; me di a leer y reflexionar: las tribulaciones, principalmente, me hicieron escritor. Colaboré en periódicos desde los 15 años: Debuté en *La Unión Conservadora* de Málaga; adquirí el grado de bachiller, únicos estudios oficiales que tengo, y más tarde, declarado inútil para el servicio militar, hice oposiciones al Banco de España, donde ingresé

en 1901 y en la sucursal de Santander. El lustro que viví en la Montaña fue decisivo; porque dejandome llevar poco antes del ambiente malagueño y de todas aquellas cosas que intenté retratar en *Los centauros* y *Alcalá de los zegríes*, torné en Santander al buen camino de la vida y del arte. ¿Cómo no recordar los nombres de los Peredas, Escalantes, Aguirres, Menendez Pelayo, Gutierrez Velez, Dosal y otros cuya amistad y ejemplo me hicieron tanto bien? Aunque yo era allí “todavía” colaborador de *El Cantábrico* y un poco “subversivo”; cuando salí de la Montaña en 1906, después de nuevas y dolorosas dolencias, iba ya confirmado en mis antiguos principios y vocaciones. Volvía a Málaga llevando en el baul *Casta de hidalgos*, el borrador de mi primera novela que publique 2 años más tarde. A partir de esas fechas (1908) deje el periodismo. Durante 15 años trabaje -“haciendo de todo”, pero principalmente artículos de literatura y de arte- para dedicarme al libro. En 1909 escribí *Comedia sentimental* y *Alcalá de los zegríes*. Trasladado a Madrid en 1910, publiqué el mismo año *La escuela de los sofistas* y *El Amor de los amores*. Ultimamente *Alivio de caminantes* (1911) y *Los centauros* (1912). Fue mi labor conocida hecha de sopetón, febrilmente, como quien desfoga cosas contenidas durante muchos años, pero en casi todos esos libros y singularmente en *La escuela de los sofistas* hay retazos antiguos, artículos enteros que publiqué en periódicos tiempo atrás. También en *Alivio de caminantes* hay versos de antaño, algunos extraídos de un librejo, *La lira de bronce*, que dí a la luz en corta tirada hace 13 o 14 años. El resto de mi labor ha naufragado felizmente en las colecciones de la prensa de Andalucía y Santander.

Ignoro si habré acertado a dar idea con estos prolijos apuntes de mi humilde vida literaria. Quizá digo más de la cuenta por el deseo de satisfacer los cariñosos deseos de vd. Y aún callo mucho por no hacer interminable esta carta. Lonque desde luego no acertaré jamás a decir como debiera y quisiera, es mi asombro al verme en los umbrales de la Academia, apadrinado por vd. -yo, el pobrecillo, mezcla de escritor y de

escribiente-, y mi profunda gratitud, no ya por tales honores nunca sospechosos, sino por este otro, el más grande y el más dulce: el de ser amigo suyo. Sólo por esto daría mi vida por bien empleada y orgullosa. Y aquí detengo la pluma pues no es discreto que yo le robe a vd. tanto del oro de su tiempo ni que le diga “a boca de jarro” y aunque sea a distancia material, cosas que han de estar mejor dentro del corazón y en libros donde yo quisiera poner algún día lo más íntimo y apurado de mi alma de patriota. Que Dios colme el hogar de vd. con todos los dones y felicidades posibles; que gocen vds. De cabal salud, tal como lo desea, entrañablemente, su servidor y amigo devotísimo”.

Esta carta resulta muy significativa, no ya respecto a la estrecha ligazón literaria y de pensamiento entre León y Maura, sino también en cuanto al deseo de nuestro escritor de resaltar únicamente los episodios de su etapa de madurez, relegando a una valoración secundaria y muy prudente sus inicios juveniles en el mundo de las letras. Especialmente su temprana colaboración en periodicos y revistas radicales o de tonos libertarios, sus escarceos críticos, y el sesgo de modernismo no tradicionalista que poseía su primera obra *La lira de bronce*, a la que llega a denominar “librejo”. Cuando esta carta fue escrita, Ricardo León no deseaba, evidentemente, perturbar la imagen que de él tenía el líder de los conservadores, quien era el mayor y más efectivo defensor del autor de orden en que nuestro escritor se había convertido paulatinamente a raíz de la aparición de *Casta de hidalgos*.

Ya en 1915, a sólo trece días del intercambio de discursos entre Maura y León en la Academia, el primero remite a nuestro escritor otra carta, con fecha del 4 de enero y conservada como la anterior en el archivo de la quinta “Santa Teresa”, en cuyos párrafos ofrece día exacto para la recepción de León, y acompaña éstos del original del discurso escrito en Solorzano. Dice así Maura: “Aunque preferiría que la salud de usted no hubiera tenido los recientes quebrantos, me congratulo y le felicito por la convalecencia que

deseo afiance usted rápidamente -Dios le colme de venturas en este año que comienza-. Los días de fiesta que abundan más a fin de año me han dado ocasión para escribir la contestación al discurso de entrada de usted, diferido por la incesante alarma en que los achaques de mi mujer me tuvieron durante largos meses; ahora desvanecida a Dios Gracias. Presentare el jueves próximo mis cuartillas, y por si a usted gusta leerlas antes, se las remito adjuntas, con el ruego de que me las devuelva a tiempo para llevarlas a la junta del jueves. Digame usted además si tiene algún reparo contra la designación del domingo 17 de este mes para la recepción solemne de usted. Las noticias que Rovira me trajo días atrás dieronme esperanza de que para el 17 haya usted ya recuperado sus fuerzas”.

La recepción de nuestro escritor en la Academia tiene lugar con éxito y tal como preveía Maura el domingo día 17, siendo recogida al día siguiente con beneplácito por la prensa conservadora, destacando al respecto las informaciones publicadas por los diarios *El Siglo Futuro*, *El Universo*, *El Heraldo de Madrid*, *El Espectador*, *La Región*, *España Nueva* y *El Eco de la Provincia*, junto a la revista *Mundo Gráfico*.

El Siglo Futuro comienza por señalar la escenografía del acto de posesión de nuestro escritor en su plaza de académico, indicando la asistencia al mismo en puestos de honor de Maura, el obispo de Sión, el cardenal arzobispo de Toledo, los obispos de Madrid-Alcalá y San Luis de Potosí, y los académicos Cotarelo y Cortázar, además de los también académicos Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Navarro Reverter, Calrracido, Picón, Saralegui, Ribera, Sellés y Bethencourt. Después informa el diario tradicionalista de la alocución de León acerca de “La lengua clásica y el espíritu moderno”, de la que reproduce fragmentos escogidos. *El Universo*, en crónica firmada por Angel Salcedo Ruiz, relata que en dicho acto “Faltaron los asientos, y donde cabía una persona en pie, más de dos aguantaron toda la sesión en molestísima postura, y aun en parajes a los que no llegaba el discurso sino como zumbido o rumor lejano...

Señoras, muchísimas, y no pocas las que no hallaron sitio, y hubieron de sufrir dos horas largas, de centinela, sin poderse mover, embutidas en la compacta multitud”. Enseguida advierte el cronista que “Para los mauristas, la recepción de Ricardo León era una fiesta de familia. Y como todos los conservadores son mauristas... aprovechan cuantas ocasiones se presentan para testimoniar su afecto y entusiasmo por la persona del insigne repúblico”. *El Heraldo de Madrid* incide en la admiración femenina por el nuevo académico, y precisa que en el acto en cuestión hubo “Bellísima representación del sexo femenino, entre el que el gran novelista cuenta con fervientes admiradoras... La duquesa del Infantado, la condesa de los Andes, la condesa de Altares, la condesa de Castellá y su hija Paloma, doña Blanca de los Ríos... y muchas más formaban parte de la espléndida concurrencia femenina, que tributó a Ricardo León sus aplausos fervorosos”. En *El Espectador*, el cronista Jorge Wills Pradilla afirma un poco altisonante que Ricardo León es el “escritor que lleva hoy en las manos como trofeo de ímprobos labores el cetro de oro del habla castellana” y que “noble y alentador ejemplo es para cuantos miramos al ideal tras las bardas del viejo corral del positivismo, el que nos enseña León con su vida de tenaz perseverancia”. A su vez, *La Región* (periódico de Talavera de la Reina) dedica una columna al ingreso de nuestro escritor en la Academia, manifestando que tal ingreso “constituye a la par que un triunfo indiscutible de Ricardo León, un justo premio a su vasta e intensa labor literaria”, y recordando por otra parte que “Muchos talaveranos ignoran tal vez que este insigne literato vivió entre nosotros varios años al lado de su padre, que estuvo con destino en la Zona de Reclutamiento de esta ciudad... En el que fue cementerio de la Colegial reposaron las cenizas de una hermanita suya y cuando en el pasado mes de mayo concurrió al grandioso mitin maurista del Teatro Victoria, hubo de lamentarse de la expropiación del citado cementerio, por no haberle sido posible recoger las cenizas de su hermana”. *El Eco de la Provincia* (en Jaén) informa de que “La docta Corporación

encargada de velar por la pureza del patrio idioma tuvo el acuerdo felicísimo de llamar a su seno al ilustre autor de *Casta de hidalgos*, consagrando así en justicia altos merecimientos literarios que antes reconociera otorgando preciado galardón a las páginas ascéticas y místicas - de insuperable belleza, según Maura- de *El Amor de los amores*. Se lamenta luego este diario porque “Leyó Ricardo León su discurso de ingreso, obra de subido mérito que todo español amante de las patrias letras debiera conocer y guardar como un tesoro; pero aquel acontecimiento, si no pasó inadvertido por completo, gracias a leves referencias y sucintos comentarios, de una parte de la prensa, no tuvo la extraordinaria resonancia que algunos menudos sucesos de la vida nacional, porque, desgraciadamente, cuanto con la literatura se relaciona no despierta en nuestro país interés ni emoción, ni siquiera curiosidad, y mucho menos pasión, más que en un círculo harto estrecho y reducido. ¡Lastima grande que los hombres disputen a tiros, y se maten, por una faena, más o menos estupenda, de sus ídolos, llámense Belmonte o Joselito, y que ignoren quiénes son Ricardo León o Cajal! ¿Cuánto disputaran por el escritor o el sabio de sus predilecciones? ¿Cuándo llegaremos a semejante ideal de cultura?... Bien de la patria merecen, admiración sin tasa y elogio sin medida los escritores que, cual Ricardo León, lejos de convertir la literatura en vil oficio de baja granjería, laboran por los fueros del arte y del lenguaje, poniendo todo su conato y cifrando todo su empeño en conservar, enriquecer y abrigar el sagrado depósito, que pasadas generaciones nos legaran, del habla castellana”. Finalmente, la revista *Mundo Gráfico* ofrecía el día 3 de febrero del mismo 1915 en su primera página una extensa crónica firmada por Salvador Canals, en la cual se indicaba, entre otras cosas, que “Nota común a todas las crónicas publicadas de la recepción de Ricardo León en la Academia de la Lengua, es el comentario, con signos de férvida admiración en unos, con dejes de mal disimulado despecho en otros, del rapidísimo paso con que el joven escritor ha llegado a las supremas alturas de la gloria oficial. ¡Entre su

primera novela y su discurso de ingreso en la Academia, apenas han transcurrido seis o siete años! Si no único, habrá que convenir en que el caso es singularísimo y extraordinario”. Concluyendo seguidamente el comentarista de *Mundo Gráfico*: “No bastan para explicarlo los méritos excelsos de Ricardo León, ni aun dándose entre ellos el de ser acaso el más castizo de los escritores de su generación, el que mejor conoce y siente el castellano y, por consiguiente, el más indicado para alcanzar pronto la gloria académica; pues con méritos análogos, siendo profundos hablistas, otros grandes escritores tardaron muchos años y hubieron de realizar más extensa obra antes de obtener aquel preciadísimo galardón. Y es claro que yo no voy a buscar esa explicación por caminos gratos a los maldicentes que apuntan a influencias y compadrazgos, primero, por que es imposible encontrarla por ellos, y después, porque salta a la vista la explicación única del fenómeno, a saber: la extraordinaria penuria que padecemos de verdaderos hablistas en aquellos medios intelectuales donde ha de reclutar sus miembros la academia de la lengua. Más reducido cada día entre nuestros políticos el número de los que entiendan y sientan de letras, y más descuidado cada día entre nuestros escritores sonados y notorios cuanto atañe a la forma, ¿cómo extrañar casos de inmortalidad temprana como el que se da en Ricardo León? En paz con cuantos se sientan maduros para la Academia, reconociendo que todavía habrá hasta media docena de perfectos inmortalizables, habrá que convenir en que no será precisamente la abundancia lo que embarace las elecciones de la docta Corporación...”

Culminado con éxito el proceso de integración del autor de *Casta de hidalgos* en la Academia, éste celebra discretamente el mismo con los círculos mauristas, como prueba una nota del líder conservador, guardada en el archivo de nuestro autor, y escrita el día 19 de enero de 1915, donde precisa a León: “le envío la carta de la Marquesa de Arguelles con la invitación para el almuerzo, al que desea y celebrare yo que usted pueda

asistir el viernes (de chaqueta o levita), en la que fue morada de Canovas, Serrano 69”.

Y desde Santander, llega a manos de Ricardo León el mismo día 19 una carta postal de Enrique Menéndez y Pelayo, en la cual éste precisa a nuestro escritor: “Vaya a Vd. desde el fondo del alma mi fraternal y cordialísima felicitación, en esta ocasión solemne de su vida en que toma forma y cuerpo la gloria que todos los españoles le habíamos acordado”.

Ricardo León es objeto central de atención de los diarios y revistas más influyentes, y como ejemplo de ello, y de su evolución ideológica, baste citar la entrevista que el día 30 de enero de 1915 le dedica *La Esfera*, firmada por El Caballero Audaz, nombre literario de José María Carretero; el escritor y periodista cordobés -de Montilla- autor de las novelas *La Venus maldita*, *El pozo de las pasiones* y *Desamor*, colaborador prestigioso de *Mundo Gráfico* y el *Heraldo de Madrid* y director de *Nuevo Mundo*. En esta entrevista, León comienza a retocar su propia biografía, señalando primero sorprendentemente: “nacé en Málaga el día de Santa Teresa del año 77”, y luego con sesgo de contricción: “fuí periodista exaltado. Y yo mismo me asombro de haber sido un escritor de esos... ¿como diría yo?.. vamos, de los temidos. Hice mis campañas y tuve mis éxitos. Escribía en *La Información*, *La Unión Conservadora*, *Luz y Sombra* y en casi todos los periódicos de allí (Málaga); yo, entonces, me creía un luchador, ¡un hombre temible! Pero en esto me llama el Banco (de España) para ocupar una plaza, ganada por oposición cinco años antes, y me veo obligado a ir a Santander. ¡Qué contraste tan grande! De la vida alborozada y ágil de Málaga a la vida austera y apacible de Santander. ¡Y cómo influye en uno el medio ambiente! yo, en Santander era otro. También comencé a colaborar en los diarios de allí; pero sin darme cuenta había cambiado la pluma de periodista por la de poeta. Aquel paisaje de la montaña, aquella vida ondulada suavemente, la lectura de Pelayo, de Escalante, de Pereda y de tantos otros ilustres santanderinos y el trato de gentes muy reposadas y sensatas, me fueron

modelando. De todas estas cosas nació mi primera novela *Casta de hidalgos*. Después, en respuesta a una pregunta relacionada con su ingreso en la Academia y sobre si su amistad con Maura era antigua, indica León: “No, señor. Don Antonio lo ha dicho en su notable discurso y así fue el conocimiento: A raíz del inicuo atentado de Artal (en 1904, en Barcelona, el líder conservador fue apuñalado por un tal Joaquín Miguel Artal, y en 1910 sería tiroteado, también en Barcelona, por un joven lerrouxista llamado Manuel Possá), Maura leyó mis novelas en su retiro de Mallorca y espontáneamente me hizo la merced de escribirme una carta de amables alabanzas muy gratas para mi. Al mismo tiempo, según he sabido después, escribió a Rodríguez Marín, hablándole encomiásticamente de mis libros y le anunciaba su deseo de que me llamara a la Academia; pero advirtiéndome que yo no debería saber nada de tal propósito”. A continuación, y tras advertir curiosamente que su libro de mayores ventas es *El Amor de los amores*, de los que se siente más satisfecho son *Comedia sentimental* y *La escuela de los sofistas*, y el que más le ha dado que hacer ha sido *Los centauros*, Ricardo León manifiesta con cierta clarividencia: “Por mi gusto sólo haría versos. De ser algo soy poeta y de aquí nacen los más graves defectos de mi prosa y de mis obras novelescas. Tengo el oído tan acostumbrado al ritmo poético que a veces me cuesta no poco trabajo sacudir ese compás, que adultera la prosa, robándole su ritmo propio, su llaneza y sinceridad. Los excesos de la fantasía me conducen también a un vicioso lirismo que desfigura la realidad con arrebatos intemperantes de palabra y de concepto. Así, yo no me juzgo novelista; soy un poeta que hace novelas. Al revés del famoso personaje, escribo en verso sin saberlo, y casi siempre, acabada una página tengo que dedicarme a cazar endecasílabos y a cortarles la cabeza, salvo los casos en que le dan cierta gracia y misteriosa seducción al período estas invasiones del metro y aun de la rima”. Y por último, Ricardo León detalla su ilusión neoconservadora en la pregunta

final que le hace El Caballero Audaz acerca de si España atraviesa un momento de decadencia o de apogeo, al contestar ésta en los siguientes términos: “Todo induce a creer en el renacimiento del genio español en el mundo: la preocupación aguda, dolorosa, calenturienta, de cuantas cuestiones se refieren a nuestro pasado y a lo porvenir; el cultivo cada día más intenso de la ciencia, de las artes en un sentido tan moderno y en el fondo tan español; el movimiento creciente de la acción social; la intervención de la mujer en todos los órdenes de la vida y del espíritu, son robustas señales de juventud y actividad. Lo que sucede es que la política lo cubre todo con apariencias de nulidad y abatimiento. En la gran colmena española se trabaja con ímpetu febril, pero quien nos observa desde afuera, sin conocernos bien, no advierte la callada labor de las abejas sino el zumbido de los zanganos. Además, contribuye también a nuestro mal esta condición nacional esquiva, solitaria, rebelde, indisciplinada. Cada español es un reyezuelo absoluto; abundan entre nosotros las individualidades enérgicas, poderosas, originales, mas con tendencia siempre a la soledad, a un hurraño desví, a un previo desdén de todo lo ajeno. Siempre fuimos así, pero los grandes ideales de religión y de conquista de otros siglos acertaron a unir con poderosa argamasa estos robustos sillares, a juntar la raza entera en un solo haz, militante, agresivo, lleno de vida y de fuerza, que produjo aquella explosión magnífica del siglo XVI. Rotos hoy aquellos vínculos es menester trabarlos de nuevo o crear otros para que no se malogren por falta de cohesión los vivos esfuerzos individuales. A este fin lo más urgente es barrer de la política a los que hacen oficio y granjería de ella y emprender una cruzada arrolladora, de carácter hondamente patriótico y popular, donde todos, respetando mutuamente sus ideas y sus fueros, coincidan siquiera en un solo punto común. ¿Es posible que los españoles de hogaño no coincidamos siquiera en un solo anhelo? Basta coincidir en el amor de la patria... Con esto y con un caudillo generoso, inmaculado, muy español, muy valeroso y prudente, capaz de empuñar la espada y la bandera y de

mover las muchedumbres ¿no lograremos resurgir?... Yo lo creo firmemente; por eso soy maurista”.

Esta entrevista resulta muy esclarecedora respecto al pensamiento literario de Ricardo León por un lado, y sobre el desarrollo de la ideología conservadora en él por otro. También en cuanto a la preocupación por los flecos revolucionarios de su biografía ante su conversión al conservadurismo, e igualmente respecto a sus influencias literarias, entre las que reconoce la de Amós de Escalante y Prieto (1831-1902), el escritor santanderino seguidor de Marcelino Menéndez y Pelayo, autor del poemario costumbrista *Marinas-Flores-En la montaña* (1890) y de los volúmenes de viajes *Costas y montañas* (1871), *Del Manzanares al Darro* (1863) y *Del Ebro al Tíber* (1864). Aparte de su autoconsideración como poeta en primer lugar, y de su valoración personal de las obras hasta entonces publicadas, en sus declaraciones a *La Esfera*, León evidencia inequívocamente su visión un tanto mesiánica de la política, basada en el recurso al caudillaje y al patriotismo sin fisuras -que luego serían el núcleo del régimen surgido de la guerra civil-, al tiempo que constituyen una declaración de fe maurista.

Respecto a la cuestión del nacimiento de Ricardo León, y no sin cierto afán de ligarse al éxito del nuevo académico, el diario *El Noticiero extremeño* publicó el día 9 de marzo de aquel 1915 un largo comentario firmado por Francisco J. Sancho González. Titulado “Ricardo León, extremeño”. En este peculiar texto, su autor apunta que “Si la provincia de Badajoz reclama la gloria de haber visto nacer, en el rincón de la Tierra de Barros, en Almendralejo, al célebre Espronceda, no será Extremadura la que regatee a los catalanes el mismo honor, cuando se enteren de que el gran Ricardo León vio la luz primera y recibió la gracia de la Fe en la industrial y bulliciosa ciudad condal, en donde residieron, por poco tiempo y accidentalmente, sus padres... porque su padre, bizarro y pundonoroso capitán de infantería, fue destinado a uno de los regimientos que guarnecían a dicha plaza”. Y concreta primero el comentarista -y posiblemente clérigo-

Sancho González que “D. Francisco León Jaramago, su padre, procedía de la pura y rancia cepa extremeña, de la villa de Higuera de Vargas, en donde nació y creció”, y segundo, en referencia al propio Ricardo León, que “aquí, en Badajoz, en el piso principal de la casa, hoy morada y de la propiedad de D. Francisco Páez de la Cadena, al acompasado voltear de las campanas del convento de las Descalzas, convidando a la oración, su cristiana madre le enseñó a rezar y a amar a Dios y su padre a deletrear”.

Retornando a los estrictos asuntos literarios y académicos, el día 18 de febrero del año en curso, 1915, Enrique Menéndez y Pelayo vuelve a escribir a Ricardo León para, entre otras cuestiones, comentarle de nuevo su ingreso en la R.A.E. En este sentido, tal carta -conservada en el archivo de León- indica por parte de su remitente: "quería yo decirle a Vd. mi amabilísimo poeta, pero no lo se encarecer, cuánto me ha enamorado da discurso de entrada en la Academia. Su asunto, tan decoroso y excelente cuanto podían la ocasión y el autor no creo que haya sido nunca tratado con tal profundidad y elegancia, con tan íntimo y poético conocimiento de lo que es nuestra lengua. Como creo que la Academia no había oído, desde el ingreso de mi hermano para acá, períodos de tan arrebatadora elocuencia. Con ser tan noble y rancio el linaje de la elegante amazona llena de orgullo y bizarría,, pocas ejecutorias podrá presentar tan altas como este canto de su actual y sin rival favorito. ¿Qué secreto de color o de sonido guarda ya para Vd? Tan feliz es todo en esta maravillosa oración que la semblanza de Saavedra, cuya laboriosa y austera vida científica podría parecer a un escritor superficial menguada ocasión de poéticos elogios, no desentona ni un instante del resto del asombroso cuadro, ni miente su luz por un momento”.

Pero no todo fueron parabienes. Con ocasión del ingreso de Ricardo León en la Real Academia, la revista *España* publica en su primer número,

del 29 de enero de 1915, una encuesta entre escritores, dónde manifiestan su oposición al respecto, entre otros, Azorín, Baroja y Ramón M. Tenreiro. Que se suman así a las posturas contrarias a Ricardo León de Baroja, Unamuno, Pérez de Ayala, Cansinos-Assens y Valle-Inclán, quien, por cierto, nunca vio con buenos ojos a nuestro escritor, como puede comprobarse echando un vistazo a *La pipa de Kif* o recordando aquellas líneas que lo dedicó en los siguientes términos: “Y se santigua con unción/ El pobre Ricardo León”; tal y como recuerda en su texto Ara Torralba (128). Esa sutil animadversión está también presente en Cansinos-Asséns, quien en el volumen segundo de su obra *La novela de un literato* describe a nuestro escritor como “un señor bajo, delgado, con lentes y una cara flácida, toda pómulos, nariz y bigotes, con una nuez prominente que le baila en el cuello de pajarita y vestido de riguroso luto” (129). Rafael Cansinos-Asséns manifestará igualmente, en un fragmento de esa misma obra llamado “El secretario de Ricardo León”, que el autor de *Casta de hidalgos*, si bien es un escritor con éxito de ventas, deja que el malagueño Fernando Luque, que sirve de secretario, lo supla en las contestaciones de epistolario, y afirma no contento con esto: “Fernando Luque nos introduce también en la vida íntima del novelista y nos habla de sus alifafes físicos que hacen de él un viejo prematuro... y, finalmente, de los apuros en que lo pone su pasión por la propiedad territorial. Don Ricardo compra casas en todas partes, a crédito, y luego tiene que hipotecar unas para pagar otras... Esa es su manía y por ella se ve siempre entrampado, a pesar de sus cuantiosos ingresos como autor y como funcionario del Banco de España, donde para eximirlo de todo trabajo lo han nombrado bibliotecario y además le han hecho o le están haciendo una edición de sus *Obras completas* cuyo beneficio será para él íntegro” (130).

Sin embargo, y al paio de pelusas y envidiejas, fue esta una etapa feliz en la trayectoria de nuestro escritor, reflejada también en su correspondencia con Maura, por ejemplo en una breve carta que éste le hace llegar el día 28

de mayo de 1915, donde reconviene muy cariñosamente a León por alguno de sus al parecer habituales despistes... “Espere verle anoche en la Academia y felicitarle por la justa acogida que tuvo en Sevilla y entablar la vía de apremio para que me cumpla la promesa de un ejemplar de su discurso integro, que los trozos conocidos incitan más a leer. Lo que sentiría es que su ausencia fuera motivada por achaque u otra desagradable causa, pues sabe usted que le quiere de veras su amigo A. Maura”.

Etapa feliz en la cual León asistió a la quizás mejor edición de sus trabajos literarios, las hasta entonces *Obras completas*, en ocho volúmenes dados a las prensas por “acuerdo del Consejo de Gobierno del Banco de España”. Esta edición, hecha por la Tipolitografía Raoul Péant en Madrid, comenzó a imprimirse en julio de 1915 con el volumen *Alivio de caminantes*, y culminó en diciembre del mismo año con el dedicado a *Los caballeros de la Cruz*. Fue ésta verdaderamente una edición singular por el formato, lo cuidadoso de los tipos e impresiones, encuadernación, y por el material iconográfico que formaba parte de ella: un retrato a plumilla de León , realizado por E. Vaquer -dibujante y escultor-, y ocho portadillas fotografiadas, con retablos modelados en arcilla o escayola y alusivos a cada uno de los textos, obra de Lorenzo Coullaut Valera.

Apenas dos meses después de la aparición de estas obras, que debieron ser la envidia de muchos de los autores de aquella época, el protector de Ricardo León, don Antonio Maura manifestaba su placer por haber recibido tal edición, según consta en carta conservada en el archivo de nuestro escritor. La carta de Maura en cuestión fue remitida el día 25 de febrero de 1916, poco antes de unas elecciones, las del 19 de abril de ese año, en las que, gobernando los liberales y con un creciente auge republicano-socialista, los mauristas solo lograron quince diputados en las Cortes. En las elecciones a senadores, celebradas el día 23 de abril del mismo año, los seguidores de líder conservador únicamente llegaron a conseguir cinco puestos.

Así pues, el maurismo parecía retroceder en esos años fulgurantes de Ricardo León, pero Maura resistió y en las siguientes elecciones provinciales, que tendrían lugar el 11 de marzo de 1917, los mauristas remontaron la situación, para en los comicios generales del 24 de febrero de 1918 -donde Jacinto Benavente fue electo por Madrid-, obtener la victoria que les posibilitaría formar un breve gobierno en mayo de 1919.

En ese contexto de lucha política, Maura tiene tiempo para escribir a León las siguientes líneas: “Su obsequio de la colección regia y primorosamente encuadrada de las obras de usted, viene a mis manos a tiempo en que terminaba la lectura de *Los caballeros de la Cruz*; lectura entrecortada despiadadamente por las cien mil inoportunidades que me sorben y aplanan tiempo y brío, reduciendome a esclavo de innumerables amos. Mil gracias por la fineza, por el espléndido regalo de estos ocho volúmenes, y todavía más, mucho más, por las contadas y deliciosas horas en que estuve leyendo el último tomo que me tenía usted adelantado. Sobre lo que había usted conseguido, todavía hallo en *Los caballeros de la Cruz* grandísimo adelanto, en todos los primores de su estilo de usted -Singularmente la sobriedad, natural y vigorosa, descuella admirablemente en estas últimas páginas-. El calor de salud espiritual, no se que pudiera mejorar; hallole en este nuevo libro insuperable, como en otros de sus hermanos mayores. Dios le conserve para seguir sirviendo a esta Patria nuestra y crea usted que de todo corazón participa, a ley de buen amigo, en sus proezas literarias de usted su afectísimo A. Maura”.

Por su parte, nuestro escritor no deja de mantener una relación fluida con el líder conservador, a quien, en esta línea de afecto mutuo, envió el 11 de noviembre de 1916 una carta sobre asuntos académicos y de apoyo a las tesis de Maura en torno a Echegaray. Conservada en los legajos de la Fundación Maura, esta carta contiene las siguientes apreciaciones de León acerca de su protector: “Esta mañana leí en el Boletín de la Academia el elogio que hizo vd. de nuestro inolvidable Don José Echegaray, en junta a la

que yo no asistí. ¡Qué hermosa y castiza oración! Por la suma nobleza del pensamiento y del estilo, por la elegancia, novedad y clásica precisión de la frase, me parece un dechado de elocuencia a la vez íntima y exterior. Le admira a vd. profundamente y le quiere de todo corazón su muy devoto servidor y amigo afectísimo”.

Situado Ricardo León en el vértice de la sociedad literaria, su siguiente creación, *Los caballeros de la Cruz*, aparecería por primera vez en el tomo VIII (y último, como señalamos) de las *Obras completas* editadas por el Banco de España, en diciembre de 1915. Y luego, en 1916, como volumen autónomo por la editorial madrileña Renacimiento, que salió de la Imprenta de Juan Pueyo. Dividido en tres partes tituladas “Lección de siglos”, “La sensibilidad española” y “La selva heroica”. Desde el principio el escritor trata de contraponer el espíritu clásico y castizo español, condensado en el hidalgo místico y heroico que es un verdadero caballero de la cruz, al débil y tenso espíritu moderno. Y propugna el regreso a la tradición española, al tiempo que señala como un nuevo peligro la aparición de una nueva especie de intelectual moderno, menos diletante y superficial que los decadentes del modernismo, y del que podrían ser buenos ejemplos Ortega y Gasset o los krausistas. Más tarde -en la segunda parte- León liga principios poéticos como el relativo a los estados del alma al clasicismo castellano del Siglo de Oro y a la esencia de lo español, y recuerda que el verdadero arte de España siempre ha sido idealista e incluso romántico antes del Romanticismo, referente de una democracia tradicional/estamental- libre de enciclopedismos, monárquico, y cristiano -católico- frente al neopaganismo. En la tercera y última parte se subraya el carácter de héroe del hidalgo, tipo nacional que simboliza y materializa el alma de la nación. Para ello Ricardo León toma la figura del Cid y la interpreta como esencia intemporal y antídoto contra la rapiña y mezquindad del caciquismo liberal.

En la primera parte, “Lección de siglos”, se subdivide en nueve secciones algo misceláneas, y en ella se comienza por anunciar que “Con todos nuestros humos de ciencia y omnipotencia, nos falta aquella unidad, aquel ritmo articulado y majestuoso que tuvieron los siglos fuertes y creadores de la historia; hoy asistimos, como testigos dolientes, a la disgregación de todos los ideales... la cultura universal es enorme, pero incoherente, vertiginosa, desparramada en hechos menudos y pormenores contradictorios, sin el vigor de las altas y recias síntesis de antaño, sin el aliento de lo esencial y lo absoluto; nos invade un intelectualismo seco y disolvente, sin orden ni armonía, absorto en el crudo análisis, falto de aquella substancia estética y moral que daba sabor y virtud de creación artística a las obras del genio científico” (131). Luego, y en la mejor línea de sus habituales razonamientos, Ricardo León realiza la “Semblanza de un diletante”, en la cual advierte: “Imaginad un español de hogaño, positivista, escéptico, imbuido, como tantos otros, de ideas y doctrinas superficiales y forasteras”... Como no siente la tradición española, no comprende su hidalgo y varonil decoro ni su templada alegría, el recio y luminoso ambiente castellano habrá de parecerle crudo, implacable y hostil”... “a la par que no entiende el arte cristiano, ignora el profundo sentido estético, la inspiración idealista y depuradora del realismo español”... “Y si todas estas cosas llegan a interesarle y conmoverle, será por la feliz inconsecuencia humana, porque no hay sistema ni prejuicio que logren nunca enteramente suprimir el corazón, ensordecen los gritos de la sangre ni agotar la fuente de las emociones artísticas”... “¡oh paradoja este curioso diletante que abomina de la fe cristiana y del arte español, porque son, a su juicio, fuentes de pesimismo y tristeza, huye en el arte y en la fe de lo sereno, de lo claro y alegre, para abrazarse a lo triste” (132). Esta posición de Ricardo León se corresponde, como cabía esperar, con la de su maestro Menéndez y Pelayo sobre el diletantismo, expuesta en su discurso de 1911 en el vigésimo segundo Congreso Eucarístico Internacional de

Madrid, en el cual subrayó: “Error grave, y en nuestros tiempos muy vulgarizado, es el de buscar la verdad por el camino del arte, o suponer que cierta vaga, egoísta y malsana contemplación de un fantasma metafísico que se decora con el nombre de belleza pueda ser norma de vida ni ocupación digna de ser inteligente. En el fondo de este diletantismo bajo y enervante, feroz y sin entrañas, late el más profundo desprecio de la humanidad y del arte mismo, que se toma así por un puro juego sin valor ni consistencia” (133).

Inmediatamente después de sus consideraciones sobre la figura del diletante, en la sección IV “El hombre que ha leído a Kant”, nos indica León: “Imaginad otro español... un grave y sesudo varón de serias inclinaciones, un verdadero intelectual... estudio largos años fuera de su país: en Alemania, por ejemplo... He aquí un hombre que podría ser útil a su patria y ejercer aquí un prudente y provechosa magisterio. Pero como también es achaque triste de muchos intelectuales abrir el alma de par en par a la invasión de las culturas ajenas sin el cimiento de la propia, sin la médula de león del pensamiento castizo, todos los buenos propósitos del cándido hierofante se estrellan contra el muro de bronce de este error inicial”. Y subraya: “nunca lo extraño se convierte en propio si no se asimila orgánicamente a la naturaleza original” (134). Para continuar: “nuestro agermanado pensador aplica a la cultura netamente española, al arte, a la política, a la ciencia, luces y criterios falsos, extravagantes y contradictorios... ¿Qué fruto en sazón puede dar un entendimiento extraviado en las selvas oscuras de Krause, en los subjetivismos agnósticos de Bergson... A un pensador, por sincero y sutil que fuere, educado así, en estos intelectualismos artificiosos y herméticos; sin una firme compensación individual, sin el brío que presta a los hombres el contacto del terruño, deben por fuerza parecerle abominables todas las tradiciones nuestras” (135). Esta postura de Ricardo León parece basarse en una crítica radical de los que fueron nuevos

intelectuales progresistas españoles, seguidores de Julián Sanz del Río, Fernando de Castro y Francisco Giner de los Ríos, cuyas enseñanzas cuajaron en la Institución Libre de Enseñanza. Especialmente Giner de los Ríos se inspiraría en el principio de libertad de la ciencia y el arte, y partiendo de la libertad intelectual como base de la actividad pedagógica, defendería la extensión de la cultura y la apertura de las llamadas “profesiones reglamentadas” - o liberales- a todas las clases sociales. En concreto Giner propugnaría en las páginas de su obra *La universidad española* -segundo volumen de sus *Obras completas*- la defensa de la enseñanza libre derivada de “la necesidad inherente a toda revolución liberal, de extender la cultura y abrir todas las profesiones reglamentadas a clases imposibilitadas de estudiarlas precisamente en los centros oficiales” (136). Continuator de los ilustrados y de Jovellanos, Giner de los Ríos desarrollo el krausismo importado de Alemania por Sanz del Río, doctrina que fue criticada por Menéndez y Pelayo -el gran maestro de Ricardo León- por despreciar según él la tradición nacional. Si se tiene en cuenta la posición de Menéndez y Pelayo ante los krausistas, se comprende a su vez en toda su dimensión la postura de Ricardo León expuesta en “El hombre que ha leído a Kant”. Para Menéndez y Pelayo, tal y como señala en su *Historia de los heterodoxos españoles* (volumen II, pag. 1178) “El krausismo contribuyó a difundir una doctrina del alma y sus destinos futuros en las esferas siderales, uy semejante al espiritismo; los leaders de la escuela economista le dieron el prestigio de su autoridad y de su nombre y comenzaron a formarse círculos secretos de espiritistas, que después de la revolución de 1868 se hicieron públicos” (137). Y respecto a Giner de los Ríos dirá Menéndez y Pelayo en la misma obra (volumen II, pag. 1178) palabras irónicas, muy semejantes a las de Ricardo León en significado: “Después de Salmerón, la mayor lumbrera de la escuela es don Francisco Giner de los Ríos, catedrático de Filosofía del Derecho, y alma de la Institución Libre de Enseñanza; personaje notabilísimo por su

furor propagandista, capaz de convertir en krausista hasta a las piedras, hombre honradísimo por otra parte, sectario convencido y de buena fe, especie de Ninfa Egeria de nuestros legisladores de Instrucción pública, muy fuerte en pedagogía y en el método intuitivo, partidario de la escuela laica que nos regalará pronto, pronto, si Dios no lo remedia; fecundísimo como todos los krausistas, en introducciones, conceptos y programas de ciencia que nunca llega a explicar” (138).

Este conservadurismo de Menéndez y Pelayo -del que bebe Ricardo León- sobrepasaría incluso la crítica de los krausistas y se concretaría en una condena del laicismo en la enseñanza, como quedó de manifiesto en una carta de Menéndez y Pelayo dirigida al obispo de Madrid-Alcalá Salvador Barrera para adherirse a un mitin celebrado contra la enseñanza laica en la capital española en 1910. En esa carta, el maestro de Ricardo León señalaba que “La escuela sin Dios, sea cual fuere la aparente neutralidad con que el ateísmo se disimule, es una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso: es una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que latén en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde” (139). Las líneas de esta carta, que con toda seguridad había conocido el autor de *Los caballeros de la Cruz*, siguen después aduciendo curiosamente que “Ni en Alemania ni en Inglaterra ni en los países escandinavos ni en la poderosa República norteamericana, tiene prosélitos la escuela laica” (140), para terminar con una idea místico-política que sería central en toda la obra de Ricardo León: “La sangre del Calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la humanidad regenerada, por mucho que se vuelvan las espaldas a la Cruz. Lo que puedan dar de sí las generaciones educadas con la hiel de la blasfemia, sin noción de Dios ni sentimientos de patria, ya lo han demostrado con ejemplar lección sucesos recientes” (141) -esta última alusión subraya la visión conservadora y maurista sobre la Semana Trágica de Barcelona que Marcelino

Menéndez y Pelayo, y Ricardo León, por supuesto compartían-. Finalmente, cabe recordar que la idea de Menéndez y Pelayo respecto a la educación y la ciencia, retomada cada vez que podía por Ricardo León, era especialmente conservadora y católica; habiendo sido precisada ya por Don Marcelino en una contestación a Castelar en el Congreso en 1885, donde se decía primero que “la frase libertad de ciencia implica un sofisma” (142), y luego “Yo no acepto el derecho al error y al mal, sino el derecho a la verdad”, subrayándose además que las ciencias debían tener “como término supremo y último fin la aspiración a Dios, el ideal, la perfección de la naturaleza humana, que por medio de la ciencia entra también en cierta especie de amoroso consorcio con la Divinidad” (143). Esta idea conservadora y católica de la ciencia, tan vertebral en Ricardo León, sería aun más precisada por Menéndez y Pelayo en el discurso que éste pronunció con motivo de la entrada de Miguel Mir en la Real Academia Española, donde afirmó que “reconocida y confesada la relatividad del conocimiento”, hay que considerar que “la Fe es luz superior que, derramada sobre la obra humana de la ciencia, completa lo deficiente, aclara lo oscuro, y es criterio y norma de verdad para los principios de un orden superior que por sus propias fuerzas no podría alcanzar el entendimiento” (144).

En la siguiente sección, “Los espejos de la raza”, advierte a su vez Ricardo León: “Pudiera poner nuevos ejemplos, pero bastan esos dos en los cuales he procurado concretar rasgos distintos, fases diversas, matices diferentes de incomprensión española. Todos ellos se reducen a tres motivos únicos: ausencia de cultura castiza; irreflexiva afición a las novedades forasteras; desconocimiento, cuando no es odio, de la Fe... Decir España es decir fe católica... si no se reconoce el carácter religioso, substancialmente cristiano de su su historia, de su unidad, de su cultura, de sus costumbres, de su arte, España carece de sentido” (145). Aquí, vuelve a aparecer el espíritu de

Menéndez y Pelayo, el maestro de Ricardo León, quien en un discurso pronunciado en un banquete celebrado en Madrid con ocasión del centenario de Calderón en 1881 proclamó: “Brindo por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la Fe Católica, Apostólica, Romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo... Por la Fe Católica, que es el substrátum, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte” (146).

Por su parte, Ricardo León, en un rasgo de idealismo individualista precisa más tarde en sus páginas que “Para comprender con clarísima luz lo que son España y los españoles, y, sobre todo lo que fueron en su mejor edad, no es menester quebrarse la cabeza con abstrusos y alambicados pensamientos: basta conocer las vidas y las obras de sus héroes, de sus santos, de sus filósofos, de sus artistas, de sus poetas... Estudiemos, sí, los documentos fehacientes, los libros y los cuadros, las estatuas y las piedras, pero sin olvidar al hombre de carne y sangre -cuyas obras son- ni usurpar su puesto y obscurecer la intención que poso en ellas... sigamos el lucido examen del testimonio humano. Sólo en carne de hombres tienen valor y eficacia las ideas, las doctrinas, los movimientos del espíritu... prefiramos una mentira humana a una verdad inhumana. Quédese ésta para los superhombres... Conozcamos, sí, a los varones de España para conocernos mejor, también, a nosotros mismos. Veámonos en los espejos de la raza” (147). En los párrafos posteriores de la sección VI, “Amor y conocimiento”, el escritor reitera en el binomio España-catholicismo, al manifestar: “exijo a quien mira y estudia obras cristianas y españolas, si ha de sentirlas, si no las ve para escarnecerlas, que procure conocer y discernir las esencias purísimas del sentimiento religioso, las alegrías inefables del creyente, el valor moral y estético de un arte, que es la humana expresión del ideal divino; que comprenda también cuánto decoro, cuánta ternura, cuánta majestad tiene un caballero, español y

cristiano, absorto en la grandeza infinita de la Cruz”. Y concluye afirmando que “No hay conocimiento posible sin un poco de fe, sin un mucho de amor” (148). Se encadena este postulado con el inicio de la sección VII, “Milagros de tolerancia”, en cuyas primeras líneas indica el escritor: “Amor y fe: Tales son los resortes para mover las cosas, para comprenderlas y restaurarlas en su plenitud. La inteligencia, para iluminarnos, ha de encenderse, primero, en las lumbres del corazón” (149).

Para reforzar esta idea, Ricardo León recoge, en una práctica poco frecuente en él, una cita del ginebrino Henri Frederic Amiel (1821-1881) -al que califica de ‘comprensivo y dulce’- en la cual se indica que “Virtualmente, saber no es amar, pero amar es virtualmente saber. No juzguéis con razones, obrad con ejemplos, tocadlo todo con la emoción y con la fe. La luz intelectual es fría; hacen falta los santos y los héroes para completar la obra de los filósofos” (150). No es de extrañar esta admiración por Amiel en Ricardo León, si tenemos en cuenta en primer lugar que el escritor y crítico suizo, autor entre 1847 y 1881 de un célebre *Diario*, protagonizó y personalizó para muchos lectores europeos la experiencia estética del posromanticismo. Un posromanticismo que, como en el caso de León, incluye la oscilación entre realismo e idealismo, y el cultivo de técnicas introspectivas. Amiel, perteneciente a una familia emigrada a Suiza a causa del Edicto de Nantes y estudiante en Berlín con Schelling, fue profesor de literatura y estética en su Ginebra natal desde 1849 hasta 1880, y mantuvo además una postura social muy cercana a la idea del caballero discreto que mantendría a su vez León. De igual manera, el posromanticismo de Amiel desembocaría en una valoración del sufrimiento individual e íntimo como peculiar camino de perfección, una idea que fijó en su *Diario* al escribir -el 28 de marzo de 1855- que “No hay una brizna de hierba sin historia, no hay un corazón

sin novela, ni una vida que no oculte un secreto, aguijón o espina... aun bajo la petrificación de la edad, se pueden volver a encontrar las agitaciones y las torturas de la juventud, como en las formas atormentadas de ciertos fósiles. El amor desventurado nos hace políglotas, y el pesar nos vuelve adivinos y hechiceros” (151). Palabras que posiblemente podrían ser suscritas por Ricardo León sin ningún esfuerzo.

A partir de la consideración del papel del amor y la fe, compartida con Amiel, León pasa por su parte a establecer una división fundamental -y elitista- ante la cultura y el pensamiento, al señalar que “No el vulgo, sino los espíritus privilegiados, aciertan a elevarse a los altos conceptos históricos y generales, y convertirse en claros espejos de las ideas lógicas y estéticas” (152).

La cuestión española vuelve a interesar a Ricardo León de manera más nítida en la sección VIII de esta obra, “Amigos de España-Un ‘Kempis’ del patriotismo-Los cachorros del León”, en cuyo comienzo se pregunta “¿Por qué en este siglo que tiene a gala la universalidad de las ideas, la investigación penetrante de las culturas antiguas, el estudio y comparación de los pueblos más escondidos y remotos, se conoce tan mal a España?”. (153). Ante esta pregunta el mismo León advierte que algo tiene que ver al respecto “el concentrado y celoso individualismo de nuestra raza, que no se deja penetrar ni conocer sino a fuerza de amor; el sentido espiritual de la vida española, místico aún, capaz todavía de esgrimir la espada por la fe, cuando todo los pueblos de la tierra no luchan ya sino por el lucro, por adquirir mercados e imponer aranceles; la virtud, en fin, la originalidad de nuestro carácter, la energía interior, el orgullo hidalgo, cualidades que pugnan fieramente con nuestra pobreza actual, con la sensiblería hipócrita del siglo” (154). Continúa el escritor subrayando el error de inclinar a la América hispana hacia lo latino en lugar de hacia lo español, y denuncia al respecto que “la invasión de esas torpes novelorías que con humos de abigarrada cultura pelean por descostar a España en su propio solar y, lo que

es peor, en nuestra dulce América, no latina, sino española de raza, de sangre, de idioma y de espíritu. ¿por qué los hijos del León quieren ser hijos de la Loba?” (178) Y finaliza Ricardo León: “España es el país de vida más intensa, profunda y espiritual que hay en el mundo. Todo español ama entrañablemente la vida, ésta de abajo, y, más aún, la eterna”, resaltando “la pasión heroica de la vida, el ansia que nos empuja hacia la inmortalidad” (155).

En la siguiente sección, la IX llamada “La selva heroica-La cumbre mística-La Edad de oro-La España militante”, el escritor confiesa que intenta “discernir primero la sensibilidad de la raza, la naturaleza, el arte, La piedad, el amor; las manifestaciones más puras de su conciencia; los movimientos habituales de su voluntad”. Y va desgranando recomendaciones... “Contemplaremos en la Selva heroica la tradición épica de Castilla... Miraremos en la Cumbre mística la perdurable tradición de la fe... En la Edad de oro, gozaremos, en sabrosa plática, de los halagos del arte... en la España militante, veremos retoñar con nueva pujanza la tradición heroica, el espíritu de acción y de empresa, el placer del peligro, la pasión de los viajes, la inquietud perenne del alma española; evocaremos las epopeyas del mar, las hazañas de Indias, el brío colonizador de casta... Si al cabo de estas peregrinaciones lector consigues hacer amistad con tus pasados, el héroe y el místico, el pensador y el artista, el poeta, el conquistador, el aventurero, los castizos ejemplares de la estirpe, no te faltará mucho para conocer el alma verdadera de tu patria” (156). Y cierra todo el apartado “Lección de siglos” apuntando, en el mejor estilo del modernismo conservador, y en referencia a la patria española, que eligió “las amapolas del heroísmo y las azucenas de la santidad; por eso tus hijos, los predilectos, los mejores, fueron siempre, ante todo, caballeros: ardientes Caballeros de la Cruz” (157).

El capítulo segundo, titulado “La sensibilidad española”, comienza con una primera sección denominada “El sentimiento de la naturaleza”, en

cuyas líneas iniciales Ricardo León avierte que “Es opinión recibida y tópico vulgar que el sentimiento de la naturaleza, el amor al paisaje, la ternura de las cosas, pertenecen a la sensibilidad moderna, tocan por derecho propio al hombre contemporáneo”, pero... “El sentimiento de la naturaleza es tan ambiguo como el primer varón que puso los ojos, con pasmo y deleite, en la hermosura de los bosques, del aire, del agua, del fuego, y al contemplar los astros en la bóveda azul, hincó las rodillas en la tierra” (158). Y añade con especial sentido religioso: “Pero lo que sublimó esas virtudes naturales, lo que puso en las contemplaciones del universo una extensión y una profundidad antes desconocida, fue el sentimiento cristiano” (159).

A partir de aquí, y con un sesgo más local y concreto, indica el escritor que en el “amanecer de la lengua castellana, ya los cantares heroicos traen el sabor agreste del terruño, y aun los poetas eruditos y cortesanos se deleitan con la áspera fragancia de las serranillas y decires, con los aires populares que huelen a tomillo y a cantueso... en las obras de los dos arciprestes, el naturalismo español corre por cauces anchos y caudalosos” (160). Reitera al paso su consabida defensa de la austeridad en las descripciones, poco llevada a la práctica por él mismo en sus obras, pero que parece aceptar y defender como timbre de un arte genuinamente español; dice así en consecuencia que los poetas primitivos castellanos y los del Siglo de Oro “más recios y equilibrados que nosotros, comprendían que en el arte, en un arte sintético y viril, lo principal es el hombre: el carácter, las ideas, los actos y los destinos del hombre; y que los otros elementos, el paisaje, la descripción de las cosas, los vestidos, el ambiente, como accesorios y perfiles, sin para tratados con mucha sobriedad”. Para recomendar seguidamente que “el poeta no ha de usurpar el sitio del espectador, sino meterse dentro del espectáculo para trasladarle en toda su integridad y ser como la voz de la propia naturaleza” (161). En la sección tercera, llamada “El sentimiento de la naturaleza en los místicos”, León manifiesta que

“Nadie caló más hondo ni subió más alto en la contemplación de la naturaleza que los pensadores ascéticos y los poetas místicos”... “nos inducen a mirar y conocer las criaturas y las cosas naturales, como espejos que son de las divinas” (162). De acuerdo con estas aseveraciones, el autor de “Los caballeros de la cruz” glosa las obras de Fray Luís de León y de San Juan de la Cruz”, subrayando respecto al primero que “Poeta siempre, en verso y en prosa, nadie como él ha sentido el alma del paisaje, los misterios de la naturaleza, la alegría del alba, la poesía profunda de la noche, ni ha puesto en la contemplación de las cosas una más entrañable aspiración de lo infinito”, y respecto al segundo considera que “la poesía de San Juan de la Cruz ya no es cosa de la tierra... La luz de lo sobrenatural ilumina estas canciones” (163).

La sección cuarta, “El sentimiento del arte-La bendita realidad”, centra en sus párrafos primeros el eje del pensamiento de Ricardo León acerca de estos asuntos, al indicar que “Para reproducir la vida es menester gozarla”... “Virtud de todos los grandes creadores fue la pasión de la vida, la entrañable afición a la realidad que tenían delante de los ojos” (164). Pero advierte poco más tarde que “Aquel naturalismo desbordante con humos paganos, nacidos del furor renacentista, se moderó en España merced a nuestra profunda espiritualidad religiosa. El empuje revolucionario y febril del Renacimiento no logró sino exaltar estas dos cualidades, comunes siempre a los artistas españoles: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento cristiano” (165). A su vez, en la sección quinta, “Las tradiciones del arte español-Un pleito secular-El realismo idealista”, se indica por fin y como confesión estética esclarecedora de Ricardo León: “Realismo, si, pero con fuerte levadura romántica, entendiéndolo aquí por romanticismo, no el troquel, por ancho que fuese, de una escuela, sino ese rico fermento moral que pone en acción todas las fuerzas interiores, esa virtud que sazona, levanta y sublima las más groseras realidades”. Luego, añade “El realismo es el arte de los pueblos sanos, de las razas

valerosas y viriles, en frecuente comercio con la naturaleza, de las civilizaciones aún no picadas de esos intelectualismos fanáticos, pedantes y morbosos, que anuncian a la vez la corrupción del sentido social y del sentido estético” (166).

En la sección número once, “El pueblo-rey”, se acerca Ricardo León a una de sus ideas preferidas en cuanto a asuntos políticos: la defensa -en versión española- de la democracia estamental, popular y tradicional frente al liberalismo. Así, señala que “No hay pueblo en la tierra más igualitario que el nuestro. Todas las fórmulas de libertad y de igualdad con que los tigres románticos de la revolución francesa pretendieron haber descubierto el derecho político, se las sabía de memoria, muchos siglos antes, la plebe de Aragón y de Castilla, harto ducha en mantener a bote de lanza los derechos del hombre sin necesidad de hallarlos escritos en ninguna parte. El pueblo castellano... no podía sufrir ajenas superioridades, salvo las que venían por gracia de Dios y eran, por tanto, como reflejos de la eterna justicia” (167). Tras esta sección, en la siguiente titulada “Los sentimientos caballerescos”, advierte nuestro escritor en primer lugar que “El honor es un sentimiento radicalmente cristiano: es patrimonio del alma cuando el alma se reconoce inmortal”... “El honor en su más alto concepto lógico y moral, no es cosa que está fuera de nosotros mismos; no es la reputación, ni la buena fama; no es la opinión ajena, ni es tampoco la honra”... “La honra se gana; el honor se nos da al nacer, como un depósito divino que habremos de entregar a Dios, con el alma, en el instante de morir”. Y culmina con cierto pensamiento, que tal vez luego este latente - como aplicación a su propia trayectoria- en la novela “Cristo en los infiernos” (1941), relativo a que “Cristo, azotado y escupido, puesto entre ladrones, clavado en la cruz, nos enseñó, para siempre, cómo se pierden las honras, cómo se pierden las vidas sin menoscabo del honor”... “La honra humana es tan frágil y movediza como el mundo que la otorga; pero el

honor, que de más alto procede, radica en el alma y, como ella, es inmortal” (168).

El tercer capítulo de *Los caballeros de la Cruz* se denomina “La selva heroica”, y en su primera sección, “Mío Cid”, aborda Ricardo León el tema de la identificación del ser nacional español con uno de sus símbolos y mitos literarios más claros: el del Cid Campeador, Rodrigo Díaz de Vivar. Aprecia y recomienda Ricardo León que “Amigo lector... si quieres conocer el alma española en uno de sus héroes, el más gallardo y castizo, el más perfecto y nacional de todos, vente conmigo a ver la augusta imagen del Cid”.(169) Desarrolla después el escritor una mirada pormenorizada sobre distintas secuencias del Cantar del Cid, comenzando por apuntar el valor de todo perfil individual: “Cosa notable y peregrina: los primeros versos del código, en su estado presente, nos retratan al Cid, al esforzado Campeador, llorando, despidiéndose con fuertes sollozos de sus yermos palacios solariegos. Bien así declara el poema la humanidad del héroe, y nos pone delante de los ojos, no una sombra de aquellas que inundaron el mundo al anochecer la austera Caballería, sino un hombre, en el más alto y conmovedor sentido; un hombre en carne y alma, que, por lo mismo que sabe sufrir y vencer, no se avergüenza de saber llorar”... “Y acompañan también al Cid la necesidad y la pobreza, viejas amigas de los héroes” (170). En la segunda sección de este capítulo, “Las bodas”, se aproxima Ricardo León a otro de sus asuntos recurrentes, la primacía del realismo en nuestra literatura, e indica que en el episodio de los Infantes de Carrión, ese drama familiar, de profundo y trágico interés, al cual nuestro poeta -inclinado como buen español a los conflictos interiores, a la vida doméstica y civil, a la observación realista de costumbres y caracteres- da todavía mayor importancia que a los sucesos exteriores y a las altas grandezas militares” (171). Aunque para León esta españolidad no impide que “recuerda el juglar castellano el acento más entrañable, más conmovido y moderno de Shakespeare. La felonía de los infantes, la corte judicial, la

escena de los retos, parecen páginas precursoras de *Ricardo III*, *Macbeth*, *El rey Lear*(172). La sección tercera de este capítulo, a su vez, está dedicada a “Las raíces de la selva-Historia y arte-Castilla la gentil”, y en ella, tras recordar que en el cantar “toda nuestra Edad Media, varonil, briosa, popular, se retrata con absoluta limpidez, con fresco y rotundo color” (173), establece León con un talante modernista y ultrarromántico que “en obras tales, como decía Schiller, el poeta no busca ni imita a la naturaleza, sino que él mismo es naturaleza, sujeto y objeto, parte viva, inconsciente, de aquello que describe o canta”...”El rapsoda de nuestras gestas nacionales viene a representar, en este caso, la humanidad en su más hondo valor estético: no es un poeta que canta glorias de España; es España cantándose a sí misma involuntariamente; es el pueblo, que en el Cid se cifra a sí propio” (174). Y, en un homenaje a Menéndez Pidal dice: “Pero no es sólo el poema obra artística, sino historia pura, conforme se prueba en la insigne edición paleográfica de Don Ramón Menéndez Pidal: de suerte que en el viejo códice vemos las dos realidades: la exterior de los sucesos pasados, y esa otra más íntima, conmovedora y universal del arte” (175). Concluye esta sección con una preciosista declaración que no puede ocultar sus débitos de la estética primero del romanticismo conservador y luego del modernismo de raíz tradicionalista: “¿qué decir de esta epopeya de Ruy Díaz, que a su interés universal y arqueológico una para nosotros, españoles, la emoción entrañable de la casta en su áspera cuna de hierro, la realidad de la estirpe en su clarísimo albor, y nos pone, como en un retrato, la viva imagen de nosotros mismos, el destello de nuestra sangre española, las barbas bellidas de nuestros fuertes abuelos, las hondas raíces del patrio solar, los apellidos que heredamos, la hacienda que por su industria recibimos, la tierra, el cielo, el sol de España, los horizontes familiares que nos miraron al nacer?” (176).

La sección cuarta, “La caballería española”... “Las virtudes del Campeador”, prosigue con el asunto cidiano, y tras recalcar “el aire de

llaneza democrática peculiar de nuestra libre Castilla” (177), afirma que “quien cifra y encarna las virtudes de la Caballería española es el Campeador... este famoso Caballero de la Cruz” (178). Toca después el tema religioso respecto a Rodrigo Díaz de Vivar, precisando que “la fe del Cid es fe practica” y que “La Virgen era la devoción más acendrada” de éste, al tiempo que recuerda como “La única nota sobrenatural de todo el poema es la visión del ángel Gabriel” (179). Y más adelante advierte en cuanto al asunto amoroso: “¿qué ternura en un libro, del cual está ausente el motivo eterno de los poetas! ¿Quién diría que sin amor de pasión... podría escribirse un poema inmortal?” (180), y añade que en el cantar “Sobraba el amor galante”, puntualizando por último que “bastaba un tema rústico y sencillo como fuente clara, una tradición local, unos pocos rasgos arrancados a la vida de un simple infanzón, para encarnar en él y cifrar en su gesta la tradición heroica de España” (181).

En la sección quinta, llamada “El sepulcro del héroe, Ricardo León defiende el legado del Cid y manifiesta que “llegaron hasta negar su existencia y a pedir con agrias voces, cuando no pudieron negarle, que se cerrara con muchas llaves y cerrojos su sepulcro”. Para inmediatamente después señalar que “Codicioso le juzgan los que no recuerdan o quieren olvidar su esplendidez”... “¡Habría que ver a estos padres de la patria, caciques liberales y luchadores del siglo XX con manos libres para el botín! ¡Cuán pocos de ellos tuvieron la pulcritud y moderación de aquel soldadote medioeval!”. Y precisa nuestro escritor: “Con todas sus flaquezas, que algunas había de tener aun siendo un santo, y por ellas está más cerca de nosotros que por sus virtudes, el Cid es el prototipo del héroe” (182).

A continuación evoca el escritor “aquellas Gestas originales cuyo fulgor resplandeciente se entreve por los resquicios de las Crónicas” y se lamenta: “si la tradición épica nacional permaneciese escrita en sus más altos y primitivos monumentos”... “Un solo fragmento desgarrado de aquella

tradición, una mala copia de incógnitos cantares, mutilada al través de los siglos, bastó a proyectar sobre el viejo terruño castellano haces de clarísima luz. Tal debió de ser el sentimiento de la raza, la fuerza vital de nuestro antaño heroico, tan pujante su virtud generadora, que aun después de perderse aquellos monumentos, se advierte la misteriosa presencia de su puro espíritu en todas las grandes creaciones del genio nacional” (183). Pero tras ello se felicita por el hecho de que “Nunca la savia de la tradición heroica se agotó del todo en las venas del cuerpo nacional: ningún otro pueblo la mantuvo con tan gallardo instinto de conservación, transfundiéndola de las arterias robustas y henchidas de la plebe a los vasos más delicados del ingenio culto” (184). Y en esta última línea abrillanta los influjos románticos que incluso nutren sus propios trabajos narrativos y poéticos, al recordar que “Obra fue del romanticismo generoso abrir la olvidada huesa del Cid y exaltar el espíritu español en sus Gestas, en sus Romances, en su Teatro, aunque no siempre con el mejor discernimiento, pues nunca debe confundirse la cristalina pureza de los Cantos primitivos con sus ya turbias derivaciones, ni debe mirarse al Héroe nacional en romanceros cultos y aliñados, sino en el claro espejo de su fuente, en su inmortal Poema. Y volviendo a la figura del Cid afirma que “Ruy Díaz no es un espectro del ayer, una sombra legendaria, un nombre puesto en el frío mármol de la Historia: es la conciencia nacional hecha carne”... “Todo español de ley lleva al Cid dentro de su alma” (185). Para finalizar con uno de sus queridos broches tardorrománticos: “¡Padre y Señor Ruy Díaz, el de los altos pensamientos, el de las nobles acciones, el de las tiernas palabras!” Espejo claro de los héroes, varón sin mengua, vasallo leal, campeador cristiano, flor y nata de los Caballeros de la Cruz: perdona a tus caídos nietos, a los que reniegan de tu pura estirpe y quieren echar a tu sepulcro llaves, como si tu, que en buen hora naciste, pudieras nunca morir... ¡Perdonalos, Señor, que no saben lo que se dicen!” (186).

En la sección sexta, “Derivaciones de la tradición heroica-Aventuras

de un héroe fabuloso”, Ricardo León se ocupa de la estela de otra representación del ser nacional, el “arrogantísimo Bernardo del Carpio”. Considera a éste “Fruto de las entrañas populares, de la imaginación y el sentimiento de tu raza. Caballero ideal. En su persona se cifran tres grandes impulsos del alma española: el sentimiento del honor, la fuerza del derecho contra el derecho de la fuerza, la afirmación del propio y libre albedrío ante las sinrazones del rey; la independencia nacional enfrente del invasor extranjero” (187). Pero enseguida prosigue advirtiéndole que “Rodrigo Díaz está por encima de todos los héroes cristianos; es el Caudillo de la Reconquista, el símbolo de la Edad Media en lucha con los enemigos de la fe, y como tal, aunque profundamente castellano, pertenece a toda Europa. Bernardo del Carpio es obra nuestra exclusiva; es el paladín de la unidad nacional, el brío español frente al peligro francés. Por eso, cuando el orgullo galo desparramó por el mundo sus famosas Gestas, sus efemérides carolingias, y atronó las cumbres de Roncesvalles el cuerno de Roldán, se alzó como protesta viva la ruda tropa del Caballero del Carpio” (188).

La sección séptima, “El ocaso de la edad de hierro”, etc, sirve de marco a Ricardo León para manifestar algunas de sus valoraciones e ideas fundamentales respecto a nuestra épica, tales como la relativa a que “El Poema del Cid se yergue en la acrópolis de nuestra poesía histórica, majestuoso y solitario, como el único monumento genuino y cabal de aquella primitiva tradición. A su lado, los Romances, con ser también poesía épica, y desde luego más accesible al gusto moderno, parecen como los gnomos de la fábula en presencia de un semidiós” (190). Y culmina apuntando que “Es tan rica y fuerte nuestra épica tradición, que hasta en sus derivaciones más cultas y modernas, en los doctos cancioneros, en los poemas eruditos, en la novela y el teatro, aún tiene el aire de la prosapia, el aliento inmortal y divino del pueblo-rey, no tan

austero ciertamente como en los dos grandes siglos medioevales, en el duro recobro del viejo solar redimido palmo a palmo, pero sí con la magnífica soberbia de las hazañas exteriores, del nuevo mundo descubierto, de una Epopeya real y superior a todas las antiguas; con el legítimo orgullo de una edad de oro que aún tenía en sus tuétanos la fibra de la edad de hierro” (191).

En la última sección, la octava, que se titula “Cuna de roble-¡Helos, helos por do vienen-El suspiro del moro” y completa el volumen de *Los caballeros de la Cruz*, Ricardo León realiza un especie de recorrido visionario y legendario, muy lírico y a lo romántico español, por los episodios y héroes que integran el retablo mítico de lo castellano y español. Comienza este itinerario con los primeros alcaldes-jueces de Castilla, Nuño Rasura y Laín Calvo, a los que siguen el conde Fernán González, los Siete Infantes de Lara, el obispo Gelmírez, e incluso al final Gonzalo Fernández de Córdoba, el cardenal Pedro González de Mendoza y los Reyes Católicos...

Los caballeros de la Cruz fue una obra considerada de propaganda tradicionalista, por críticos del crédito de Cansinos-Assens, quien en el texto “Ritmos y matices. Ricardo León y la inquietud moderna” publicado en *La Correspondencia de España* el 14 de junio de 1916 afirma que es “un panegírico incondicional de la tradición castiza y católica, un libro ditirámico, una suerte de manifiesto nacionalista”. En realidad, y bajo toda la erudición y la teorización literarias, *Los caballeros de la Cruz* deja traslucir en sus páginas mucho del espíritu ultracatólico que Menéndez y Pelayo defendía desde siempre, y que había formulado en su discurso con ocasión del referido XXII congreso eucarístico internacional, celebrado en Madrid en junio de 1911. En ese discurso Menéndez y Pelayo, considerado continuamente como maestro por Ricardo León, había señalado que “Vivimos entre prodigios: sin la luz de la Revelación son enigmas

indescifrables nuestra cuna y nuestra tumba”...”El ideal se ha manifestado, no en la fría y severa región especulativa, ni envuelto en símbolos ni enigmas, sino accesible y familiar; vistiendo carne mortal, peregrinando entre los hijos de los hombres; hecho varón de dolores y cargando sobre sus hombros el peso infinito de la humanidad prevaricadora. La Divinidad habitó entre nosotros, y fue Dios y hombre juntamente, y enaltecíó y transfiguró la naturaleza humana al unirse con ella. Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo que cae al lado de acá de la Cruz”... “Una belleza más alta, que es suprema realidad y puro ideal a la vez, lo ha iluminado todo, ha impreso el signo de la Redención en la criatura más abyecta”. Y en relación con la creación y el solar patrio, el maestro de Ricardo León había afirmado en ese mismo discurso: “El arte, y cada una de las artes, principalmente el arte de la poesía, que por su universalidad parece que las comprende a todas, ha sido el pueblo cristiano, y sobre todo él nuestro de la edad de oro, una forma de enseñanza teológica, una cátedra abierta a la muchedumbre, no en el austero recinto de las escuelas, sino en la plaza pública, a la radiante luz de nuestro sol, nacido para reverberar en las custodias y convertirlas en ascuas de oro” (192).

La prensa católica acogió, en consecuencia, con especial deleite la aparición de *Los caballeros de la Cruz*, tanto en publicaciones específicamente religiosas como en la prensa conservadora. Así, se pueden destacar como ejemplo los comentarios aparecidos en la revista *San Antonio* y los diarios *La Unión* y *El Universo*. En la revista religiosa *San Antonio* el padre Fray José de Sarasola, uno de los más fieles y continuados seguidores de la obra de León, y al que ya hemos recurrido a través de sus comentarios con anterioridad, escribe el día 1 de marzo de 1916 una crítica titulada “Bibliografía. Los caballeros de la Cruz, por Ricardo León, de la Real academia Española”, en la cual señala en primer lugar: “Recomendamos al discreto lector, no se aventure a leer este libro cuando ocupaciones ineludibles reclamen su atención. Porque tememos que una vez

en las manos le cueste un poco desprenderse de él sin haberlo leído de pasta a pasta. Aquello es calor, es luz, es electricidad, es armonía dulcísima, es lluvia de riquísimas imágenes, es elevación del espíritu y encanto de los sentidos. Nunca tal vez se ha entonado un himno tan sublime a las grandezas de la antigua España. No hay remedio; una vez leído el libro, es necesario o amar, o envidiar aquella civilización, de la cual apenas nos quedan ahora débiles vislumbres”. *La Unión*, por su parte, reproduce el día 16 de marzo de 1916 en primera página un fragmento manuscrito de la obra de nuestro escritor, e indica en un comentario aledaño que “*Los caballeros de la Cruz* es la nueva obra del ilustre académico don Ricardo León. Nosotros, gracias a la amabilidad de un querido amigo, hemos leído la obra en cuartillas. Muy modestos somos y muy pobre nuestra pluma, pero a pesar de ello, tal es la emoción sufrida en la lectura, que olvidamos esto, para conceder un humildísimo homenaje a la nueva obra maestra... En esta nueva obra se muestra plenamente el escritor. Ricardo León, con la autoridad de su prestigio, conquistado por la fuerza de su inteligencia, ha puesto en *Los caballeros de la Cruz* todo su amor al habla castellana, todo su deleite ante la majestad de los clásicos, todos sus arrobamientos ante la grandiosidad de nuestra historia. Esta nueva obra tiene la enorme virtud de educar; hoy, cuando los libros salen a la calle atentos al gusto del público y los actores salen a escena a satisfacer los extraviados deseos del mismo público, es difícil que un verdadero escritor, de prestigio, ponga ante sí las cuartillas para escribir algo que eduque, que enseñe y que deleite, algo que traiga al lector a donde quiere llevarlo el autor, y no al revés. Ricardo León crítica en su nueva obra el malsano impulso del joven que ha leído a Kant, a renegar de las cosas propias sin conocerlas, a hablar mal de España sin estudiarla, sin desentrañar cuanto tiene en su espíritu esta tierra ancha y fecunda”. Un año después, el día 8 de abril de 1917, *El Universo* ofrecía un largo comentario titulado “Los caballeros de la Cruz, por Ricardo León”, donde, tras afirmar que “Ricardo León tiene, como Benavente y como otros

grandes escritores, el arte supremo de producir obras, con tal dotación de originalidad que, no solamente no tiene pareja en las obras de otros autores, sino que tampoco tienen precedente ni parecido en las del mismo autor”, se señala: *Los caballeros de la Cruz* no es una novela ni legendaria, ni sentimental, ni cervantinamente mística, a la manera de *Casta de hidalgos*, *Alcalá de los zegríes* o *El Amor de los amores*, que son tres novelas de Ricardo León de tipo fundamentalmente distinto, las cuales, a su vez, se diferencian en sus bases de *Los centauros*, que es una novela de pícaros y truhanes”. Y sigue este comentario: “*Los caballeros de la Cruz*, con tener mucha poesía, nada tiene que ver con la preciosa colección de poesías del mismo autor que se titula *Alivio de caminantes... Los caballeros de la Cruz* es un libro único que, si hubiera de buscar compañero en el vasto campo de la literatura universal, le hallaría, no por su estructura, ni por su forma poética, sino por sus fines, con la *Divina Comedia*, porque si la obra de Dante Aligheri es la epopeya de la civilización cristiana, *Los caballeros de la Cruz* es un poema heroico de la cristiana civilización del pueblo español. Ricardo León ha seguido las huellas del genio nacional en los inagotables tesoros de la literatura patria; ha explorado con alma de artista las grandezas históricas de los museos vivientes de Ávila y Segovia, Salamanca y Toledo, Córdoba, Granada y Sevilla; se ha impresionado ante nuestros grandes monumentos arquitectónicos; ha admirado a nuestros pintores y a nuestros sabios; ha lamentado la incompreensión de tantas maravillas entre propios y extraños... y ha escrito *Los caballeros de la Cruz*, que en lo de ser caballeros afirman la noble estirpe española y en lo de ser de la Cruz destacan la devoción de toda su ilustre prosapia”.

No todos los observadores de la obra de León en su conjunto fueron tan admirativos y benevolentes como los hasta ahora citados. Uno de los analistas más meticulosos y exigentes al respecto fue Julio Casares, quien en el primer volumen salido de su pluma, *Crítica profana*, editado en 1916 por la madrileña Imprenta Colonial, diseccionó la producción de Ricardo León

conocida hasta el momento, junto a las de Valle-Inclán y Azorín. En este libro, Casares dedica a León una tercera parte de su texto, dividido en nueve capítulos que van desde “Un reprochador de voquibles y Continuación de un capítulo de Alcalá de los zegríes hasta “Prosa metrificada” y “Las ventanas figuradas”, pasando por “El retrato literario”, “Armonía imitativa” y “El estilo y la personalidad literaria de Ricardo León” o “Escritores gráficos y escritores declamatorios”.

Entre las muchas consideraciones de Casares acerca del trabajo de nuestro escritor, unas favorables y otras especialmente críticas, destacan las relativas al estilo, los personajes, la facilidad de a prosa, el ritmo y el léxico. En cuanto al estilo, el autor de *Crítica profana* advierte que quienes consideran que Ricardo León carece de éste, debido a su afición a reconstruir el estilo castellano del siglo XVII, no están en lo cierto. Casares refuta en este sentido a Ramón Pérez de Ayala, quien negaba a León la posesión de un estilo propio en unas “Apostillas sobre el estilo” publicadas en *El Imparcial* el día 3 de agosto de 1914. Para Casares, desde *Casta de hidalgos* hasta *Los centauros*, la prosa de León “se mantiene uniforme, con el mismo léxico, la misma sintaxis y hasta los mismo defectos. ¡Y de un escritor así se dice que no tiene estilo! Discutase enhorabuena si es fácil o premioso, elegante o vulgar, natural o afectado; pero reconozcase que quien, con la facilidad que atestigua la publicación de tres libros en un año, ha sabido dar a su prosa una fisonomía particular que la distingue de la de todos sus colegas, tiene con esto suficientemente probado el derecho de propiedad respecto de sus peculiares medios de expresión” (193). Y subraya Julio Casares: “Ricardo León, pese a los apostilladores y a los desapacibles colegas, tiene su estilo propio; y ese estilo, circunstancia feliz de que raras veces puede ufanarse un escritor, es la expresión completa y adecuada de su temperamento artístico. Fiscal, orador sagrado, poeta o periodista, cualquiera que fuese el asunto y la ocasión en que nuestro autor hubiera tenido que servirse, por oficio, del lenguaje, es seguro que siempre habría

combinado palabras sonoras y pulidas para formar párrafos largos, cadenciosos y algo retumbantes” (194). Para seguir luego el autor de *Crítica profana* indicando como a su juicio es León en cuanto al estilo:

“En la forma, armonía pasajera de palabras fáciles, dicción pulcra, cadencia musical, tono apacible; en el fondo, interpretación moralizadora de la vida sobre los dos carriles paralelos de patria y religión. Y en estas características, que hacen de él un continuador de la tendencia literaria que enaltecieron Alarcón y Pereda, está la razón del desvío con que lo miran sus compañeros, y quizá también la clave del felicísimo éxito de sus obras; porque has de saber, lector, si acaso lo ignorabas, que este joven literato, algo desdeñado por los escritores de la generación del 98 y abiertamente combatido por los que hacen ahora sus primeras armas, ha llegado a ser, durante varios años, uno de los autores castellanos más leídos en España y América. Sin profundas psicologías, sin crudezas eróticas, sin paradojas disolventes; con fábulas sencillas, con personajes sin relieve, con escenas de un convencionalismo tolerable tan sólo en el teatro, Ricardo León ha acertado a escribir la novela interesante, amena y discreta, cuya lectura, libre de los melindres y empalagos de las obras morales por definición, puede recomendarse, o permitirse cuando menos, a la muchedumbre de lectores y lectoras, que suelen poner su esparcimiento espiritual de bajo de la tutela de un consejero autorizado” (195).

A partir de aquí, y tras situar a Ricardo León “en el campo de los escritores declamatorios, o sea, de los que tienen la memoria auditiva más despierta y más rápida que la visual” (196), Casares crítica el uso tópico en ocasiones de los epítetos por nuestro autor -”oscuras golondrinas” y evidencias similares-, los detallismos innecesarios en los retratos de personajes, o también las abstracciones en el dibujo de los mismos en aras a una pretendida mayor fuerza espiritual. A continuación, el autor de *Crítica profana* observa el desarrollo de la prosa de León, apuntando virtudes y defectos. Mientras por un lado señala que “la armonía y la

facilidad son las dos notas características de la prosa de Ricardo León”, por otro afirma que, “en cuanto a la sonoridad, si algún reparo pudiera ponerse a Ricardo León, sería el de haber sacrificado, para conseguirla en todo momento, cosas más esenciales, pues no pocos epítetos impropios y sinónimos inútiles, y plurales incorrectos, deben su origen al afán de halagar el oído a toda costa” (197). Inmediatamente después, Casares precisa que, en cuanto al ritmo, “si ha pecado nuestro autor ha sido también por exceso. No me refiero a los endecasílabos involuntarios que abundan sobremanera en algunos pasajes; tampoco voy a criticar las composiciones en verso que aparecen intercaladas en casi todas las novelas. Algunas de estas composiciones no sólo son de verdadero mérito, sino que hasta el hecho de haberlas colocado donde están constituye un señalado acierto... El exceso de ritmo que yo creo censurable está en los desahogos de versificación clandestina a que el autor se entrega con sobrada frecuencia. El capítulo X de *Casta de hidalgos*, por ejemplo, está escrito casi todo él, aunque parece prosa, en octosílabos y endecasílabos. Por una vez, y en atención a índole eminentemente lírica del pasaje versificado, la inocente superchería podría pasar sin protesta. Lo malo es que Ricardo León ha convertido en procedimiento usual lo que solo como capricho podría tolerarse, y ha llenado de versos vergonzantes casi todas sus obras... Pero lo más reprehensible está en la forma brusca y desconsiderada con que pasa Ricardo León, subrepticamente y sin justificación alguna, del ritmo libre y sutil de la prosa al acompasado y artificioso del verso” (198). Más tarde, en el capítulo final de *Crítica profana*, Julio Casares concluye: “No conozco ningún escritor castellano, entre los modernos, que tenga siempre a mano tanta copia de palabras, para designar un objeto o expresar una idea, como Ricardo León; diríase que su pluma es una varilla de virtudes, a cuyo influjo acuden en tropel todas las voces del Diccionario. Y de aquí nace la segunda de las características que hemos señalado en la prosa de nuestro autor: la facilidad. Ahora bien; la facilidad de Ricardo León no es aquella difícil

facilidad que constituye el grado supremo de perfección en el cultivo de las artes, sino más bien la resultancia de ciertas facultades naturales, cuyo funcionamiento instintivo requiere exquisita y atenta vigilancia para que no degeneren en defecto lo que puede ser muy envidiable cualidad. Porque la enorme ventaja que se obtiene de la rápida y espontánea afluencia de términos sinónimos o parecidos, no está en el vano alarde y lucimiento que se hace con ponerlos unos detrás de otros en el papel (datismo), sino en poder elegir entre todos ellos el mejor, el más adecuado, ese que busca con afán el escritor premioso y que tal vez se le escapa para siempre” (199).

Estas consideraciones de Julio Casares, repletas de dotes de observación, finos análisis e ironías, revelan además la importancia de Ricardo León en aquellos años, al merecer la atención del crítico en igualdad de condiciones con Valle-Inclán y Azorín; algo que hoy no deja de sorprendernos. Por otro lado, *Crítica profana* de Casares supuso un gran revulsivo para la forma de enjuiciar libros y autores en la España de comienzos de siglo, forma caracterizada ya por la glorificación, ya por el denuedo más o menos elegante, pero alejada de la contemplación equitativa, incisiva y equilibrada de los hallazgos y defectos de cada obra. *Crítica profana* fue la carta de presentación de su autor en la sociedad literaria de altura, libro discutido en todos los círculos literarios, relativamente bien vendido -si se tiene en cuenta lo elitista de su tema-, y que afianzo el crédito de lingüista de Casares para entrar luego en la Real Academia. Era, finalmente, una obra imparcial, que trataba con idéntico rasero a Valle, Azorín y León, únicamente se desnivela al conceder al primero diez capítulos, y sólo nueve a Azorín y León. El tono es similar y el tratamiento igual de severo o afable, según los pasajes y fases analizados de la producción de cada autor, encontrándose así reproches a Valle por sus galicismo y solecismos y las imitaciones de Eça de Queiroz -en la forma- y Barbey d’Aurevilly y D’Annunzio -en el fondo-, a Azorín por el uso indebido de los pronombres personales y la reiteraciones, y a León por los gerundios incorrectos y los

plurales abusivos. Curiosamente, nunca se supo que ninguno de los tres rechazara o criticara a su vez el volumen de Julio Casares.

En el verano de 1916 Ricardo León marchó a tierras de Alemania como corresponsal de guerra de *El Imparcial*, enviando crónicas que darían luego lugar a la obra que llevaría por título *Europa trágica*, publicada en un volumen por Renacimiento, Madrid 1917. Constaba de tres jornadas, llamadas “Del Manzanares al Spree”, “Verdún” y “Bajo los tilos”. Luego acrecentó y ordenó de nuevo estas crónicas para publicar *Europa trágica* en un proyecto de cuatro volúmenes, de los que los dos primeros, titulados “Bajo los tilos” y “Centinelas del Rin”, aparecerían a principios de 1918 publicados por Renacimiento en Madrid. “Bajo los tilos” se dividía en tres jornadas: “Del Pirineo al Jura”, “La escuela de los imperios” y “Berlín” -esta última con páginas nuevas especialmente dedicadas al alma alemana y a la defensa de la monarquía-. “Centinelas del Rin” se dividía en cuatro jornadas: “Del Rin al Mosa”, “Verdún”, “Del Mosa al Soma” y “El oro del Rin”. El tercer volumen, titulado “Los caminos del mar” fue escrito a finales del otoño de 1918 y constaba de dos jornadas: “Los caminos del mar” y “El ocaso de los dioses”. El cuarto, titulado “Jornadas de Polonia y Flandes”, nunca se publicaría. Para estructurar los tres nuevos volúmenes, el escritor redactó capítulos nuevos que insertó entre los antiguos de la edición primitiva en un volumen, para los volúmenes I y II, y escribió otros totalmente nuevos para el volumen III. Otra edición en tres tomos sería publicada en 1919 por la Librería de los Sucesores de Hernando en Madrid, dentro de una “Colección de obras completas” de nuestro autor (volúmenes IX, X y XI). Seguiría la estructura de lo publicado en Renacimiento, salvo en el tercer volumen, que en este caso incluiría “El oro del Rin”, “Los caminos del mar”, “Los argonautas” y “El ocaso de los dioses”. Una edición de lujo en formato de bolsillo recogería a principio de los años veinte -sin fecha de impresión- cierta selección de estos textos de crónicas

de guerra de León, seis en concreto, con el título “Del Tajo al Rin”; siendo publicada en la Colección de Obras Maestras de la Literatura Universal dirigida por José Toral para la Librería y Editorial Madrid. En 1945 aparecería una nueva publicación de *Europa trágica* como “Edición definitiva en un solo volumen”, a cargo de la madrileña Librería General de Victoriano Suárez. Se divide esta última edición en seis jornadas, de diferente extensión y número de capítulos cada una, si bien se inspiran en su mayoría en la primera edición de 1917 con adiciones de sus posteriores desdoblamientos en los volúmenes de 1918 y 1919. La división “definitiva” de esta obra es la relativa a las jornadas “Del Pirineo a los Alpes”, “Bajo los tilos”, “Frentes de guerra”, “El oro del Rin”, “Los caminos del mar” y “El ocaso de los dioses”.

El trabajo como corresponsal de guerra realizado por Ricardo León obtuvo un eco relevante entre los lectores y periodistas-escritores españoles, como evidencian al respecto tres informaciones aparecidas aquellos días: un comentario acerca de sus crónicas aparecido con el título “De lo que se escribe acerca de la guerra” en *El Universo* el día 29 de septiembre de 1916, una crítica impresa en *La Nación* el día 13 de diciembre de 1917 en la sección “Los libros”, y una entrevista con nuestro autor publicada en *La Acción* el día 28 de octubre de 1916 con el título “El poeta de la guerra. Hablando con Ricardo León”. En el comentario de *El Universo* -firmado por Máximo- se dice textualmente: “La última crónica de Alemania que se ha publicado de Ricardo León es un verdadero monumento literario. Titúlase Aspectos de Alemania-El ambiente”, y en pocas páginas del insigne maestro de la prosa castellana ha llegado ésta a ser tan castiza y sugestiva a la vez, tan rica y jugosa, tan bella y al mismo tiempo tan persuasiva. Es en tal grado lo último, que la impresión dejada en el ánimo por su lectura es la de una profunda pena por no vivir en Alemania, y hasta por no ser uno alemán”. Y termina, no sin cierta ironía, el comentarista Máximo: “Hace ya muchos siglos que otro escritor latino -un

tal Tácito- escribió un libro que tituló De las costumbres de los germanos. Tácito jugaba de éstos con la misma benevolencia, o, mejor dicho, con igual entusiasmo que Ricardo León juzga a los alemanes de hoy. Y eso que en la época de Tácito los germanos estaban algo má atrasados que lo están actualmente. Tanto extremó Tácito los encomios de Germania que, según creen muchos críticos modernos, no fue su objeto descubrir unas costumbres para él casi desconocidas, sino censurar y satirizar las de los latinos, sus compatriotas. Tácito sabía muy poco de las costumbres germánicas; pero estaba verdaderamente harto de las de sus queridos conciudadanos latinos. Pintó, en consecuencia, a los germanos como a seres que carecían de todos los vicios y defectos que veía él en sus compatriotas, y adornados de todas las virtudes, cuya falta deploraba en los romanos. ¿Sucederá esto también a Ricardo León? ¡Quién sabe! A muchos son simpáticos los desconocidos porque le son antipáticos los que conocen y tratan. En estos momentos de filias y fobias no es raro oír decir: `Yo soy germanófilo porque no sé bien cómo son los alemanes; pero sé muy bien cómo son los franceses y los ingleses´. Y es argumento que no tiene fácil refutación”.

La crítica impresa en 1917 en *La Nación* -sin firma- viene a apuntar el hecho de la dificultad de buscar un poeta oficial en castellano de la Gran Guerra, y lo hace en los siguientes términos: “Larga es la serie de libros publicados acerca de la guerra; cuáles hablando de las múltiples cuestiones, así políticas como sociológicas, que del conflicto se derivan; cuáles presentando los acontecimientos y sus causas según las simpatías que al autor le merecen estos o los otros beligerantes, y cuáles, en fin, desde un terreno más elevado, presentando la guerra como materia poética fácil de inspirar las más bellas estrofas. Estos, naturalmente, son los libros de los poetas. No se han escrito muchos, con ser tanto y tanto lo que sobre la gran tragedia se ha editado; pero sí, entre nosotros, tres o cuatro magníficos volúmenes, de los que hemos hablado ya. Este, *Europa trágica*, del autor de

Casta de hidalgos, viene a sumarse a tan reducida cuanto maravillosa colección. Dícese que se está buscando el gran poeta de la gran guerra y que no se halla, sin advertir que el vate, o surgiera luego que el conflicto sea acabado, o si ya se manifestó sólo han de aquilatarlo y proclamarlo las sucesivas generaciones. En uno u otro caso, el poeta de la gran guerra no tendrá sino una gloria remota. Forzoso será, pues, que muestre predilección por tal o cual bando, por tales o cuales principios, por el vencido o por el vencedor. Probablemente el poeta cantará la gloria del vencedor; pero ello no es seguro: con frecuencia se ha cantado la gloria del vencido, y es verdad que hay triunfos que equivalen a derrotas”. Y como colofón de estas líneas, afirma el desconocido crítico de *La Nación*: “La gloria del poeta, como siempre, será futura”, para declarar inmediatamente: “Europa trágica es, indudablemente, la obra de un gran poeta, de un mago del estilo y de un espíritu cristiano. Esta es la sensación que nos causa después de leída la narración elocuente y serena del ilustre autor de *Los caballeros de la Cruz...* Inútil será decir, tratándose de Ricardo León, que en *Europa trágica* abundan las bellísimas descripciones, los giros clásicos, las acertadas metáforas, aquel lenguaje robusto y pulido, gala de nuestros escritores del Siglo de Oro”.

A su vez, en la entrevista de *La Acción* en 1916, se transcriben una serie de opiniones de Ricardo León alrededor de aspectos cotidianos de la guerra en sus retaguardias, entre las que conviene subrayar las siguientes: “De entre todas las naciones beligerantes, Francia es la que da una exacta y real impresión de lo que es un pueblo en guerra. París, sobre todo, ha sufrido, para mí, que ya lo había visitado anteriormente, una transformación viva, radical, profunda. A ello contribuye durante el día el enorme número de personas que van vestidas de luto. En Alemania, por lo que respecta a esta práctica, no ocurre así. Ya antes de estallar la guerra, en muchas regiones se había abolido en las familias el llevar luto en señal de duelo por la muerte

de algún pariente. Después, al estallar el conflicto, es casi general la abolición del luto en el vestir... Resultarían pálido reflejo de la realidad cunantos encomios tributásemos a la formidable máquina militar y guerrera de Alemania. Asombra, pasma y maravilla la sabia y acertada combinación de los diferentes factores y elementos que integran la grandeza material del imperio germánico. Todo está admirablemente dispuesto... El bloqueo no ha dado ninguno de los resultados esperados por los ingleses. El ejército está perfectísimamente aprovisionado. Únicamente se ha desarrollado un aumento en las estadísticas de mortalidad infantil, con preferencia en Berlín... El espíritu del pueblo es de una resignación y entereza estoicas. Todos están seguros de la victoria, aunque no de la victoria aplastante y definitiva que en un principio se creyó... La vida nocturna es animada. Los cafés, teatros y restoranes permanecen abiertos. En todos los establecimientos nocturnos hay orquestas que interpretan incesantemente trozos de música de todos los países. Algunos reparos podríamos poner, sin embargo, a la vida berlinesa, desde el punto de vista de la Moral y la Ética cristiana”.

De otro lado, para comprender las intenciones iniciales de Ricardo León conviene observar la primera edición de *Europa trágica*, de 1917, pues las posteriores, en especial la de 1918 en tres -cuatro- volúmenes, parecen haberse dado a las prensas por razones más claramente comerciales que literarias, al calor de la demanda de obras periodísticas sobre la Gran Guerra de 1914-18. Demanda que, por cierto, también suscitó como veremos una hermosa y amplia *Historia de la guerra europea de 1914* escrita por Vicente Blasco Ibáñez, corresponsal como León en los frentes del conflicto, pero en su caso desde las líneas francesas y con una visión germanofoba.

Volviendo a la obra de nuestro escritor, está se inicia en su edición primera con un prólogo llamado “El poeta en la guerra-Yunque de razas-El ceñidor de Venus”, donde León principia por manifestar un poco

grandilocuientemente que “Nuestra vieja civilización europea, tan orgullosa en otro tiempo, tan pagada y segura de si misma, yace herida de muerte, en pugna y en litigio, sobre los campos de batalla. No hay derecho histórico, ni ley económica, ni problema moral que no se hallen suspensos de tan profunda conmoción; el hombre de ciencia, lo mismo que el artista, igual los sabios que el vulgo, miran con avidez al horizonte, queriendo en vano penetrar los secretos del porvenir. ¿Qué formas y matices de cultura, qué orientaciones sociales, qué dogmas religiosos y estéticos se impondrán al cabo de esta sangrienta crisis?” (200). Tras remarcar que el suyo es un “dantesco viaje a los infiernos de la Europa trágica”, el escritor reconoce “el pícaro gusto del oficio, por haber sido periodista muchos años” (201), y nos adelanta una descripción de sus penalidades al dibujar con aires románticos sus “viajes a los frentes, las noches lúgubres en barracas y trincheras, los paseos dolorosos entre ruinas y cruces, las tristes visitas a los campos de concentración, a lazaretos y hospitales, las desenfrenadas correrías en automóviles al través de los pueblos en escombros, de los bosques talados, por los caminos descubiertos, bajo la ronca amenaza de los cañones...” (202) Y afirma un poco ostentadamente: “recorrí por tierra y por mar unas cuatro mil leguas; anduve, más o menos, por siete naciones: Francia, Suiza, Alemania, Rusia, Polonia, Bélgica y Holanda, vi París, Ginebra, Zurich, Berna, Munich, Nuremberg, Colonia, Berlín, Bruselas, Brujas, La Haya, Vilna, Varsovia... crucé el Sena, el Ródano, el Mosa, el Escalda, el Mosela, el Rin, el Main, el Elba, el Danubio, el Oder, el Niemen, el Vístula...” (203)

A continuación, nuestro escritor-corresponsal se permite una declaración universalista, muy de la estética modernista. Pero tras la cual no puede ocultar sus tendencias germanófilas: “Hermanos nuestros, si no en el amor ante el dolor siquiera, son todos los que sufren esta prueba terrible, esta crudelísima revulsión. Hermanos nuestros, si; ¿como aborrecer a ninguno? ¿Por qué odiar a Alemania, pueblo mil veces desgarrado por los aceros

enemigos, pueblo generoso, dócil, hospitalario y leal, raza profunda y creadora, que a fuerza de trabajo, de reflexión y de cultura, rescató su imperio y le colmó de riqueza con las artes e industrias de la paz? ¿Cómo no perdonarte, Francia graciosa, inquieta, apasionada y sensible, tus veleidades femeninas, tus estridentes vanaglorias, a cambio del donaire, del ingenio, del don de gentes con que hechizas y ganas aun a tus propios enemigos?... Ni aun a ti, fría y calculadora Inglaterra, se aborrecer; cuando las lenguas de la Historia clamaran tal vez para acusarte, se alzaría en defensa tuya, como un sollozo inmortal, la voz entrañable de Shakespeare, que pregona la identidad del corazón humano al través de todos los siglos, por encima de todas las razas y fronteras” (204). Y un poco más allá, esboza León una posición de modernismo regeneracionista y futurismo mesiánico - casi premonitorio de las ideas de Ernst Jünger-, al señalar: “No, no es el dolor un mal, ni es la guerra, con sus azotes implacables, del todo aborrecible ni estéril. Acaso -yo lo creo- de este enrojecido yunque surja la Humanidad templada con más belleza y perfección”. Y remacha: “Lanzada Europa al lucro, al progreso mecánico, a la competencia industrial, a la codicia febril de los bienes materiales, iba perdiendo de su espíritu cuanto ganaba en fausto... La libre y reposada Naturaleza se convertía en una forja voraz, en un taller inmenso, formidable, de trabajo febril y codicioso; las selvas antiguas, en bosques de chimeneas humeantes, el mundo entero, en un horno infernal, resplandeciente, donde la Ciencia y la Industria apuraban sus peregrinas invenciones”... “Quizás una sangría era remedio necesario a tan terrible congestión; tal vez para que el mundo no se asfixie en un ambiente de industrialismo y de prosa viene la bárbara poesía de la guerra a confundir estas ambiciosas torres de Babel, a imponer a los hombres un sentido más claro y recto de la vida, una cultura más humana, más generosa y espiritual...” (205)

Desde esta toma de postura inicial, Ricardo León crítica la guerra con unos argumentos prácticamente de “izquierdas”, es decir, radicales y nada

conservadores, tal vez como muestra de un modernismo de tonos libertarios y raíz juvenil. Dice así: “esta pugna cruel, cuyas razones mediatas hay que buscar en la bolsa de los mercaderes más que en la conciencia de los príncipes y pueblos, este conflicto universal... lleva enroscados en su sangriento caduceo cuantos problemas reales e ideales ofrece el siglo XX a la inteligencia, al sentimiento, a la necesidad de los hombres”. Y señala todavía más allá... “La guerra presente, como todas las guerras a la luz de la ética pura, es una explosión de barbarie, un crimen colectivo, tal vez el más inútil, vituperable y odioso de la Historia; pero como es también natural a los hombres y pueblos justificar sus culpas con razones, aunque éstas se se quiebren de puro sutiles, todos procuran hoy poner sus desgarradas banderas a la sombra de altos ideales, traer a cuento lo divino y lo humano, la religión y la política, la libertad y el honor, para eludir los fallos severos de la posteridad” (206).

En un intento de imparcialidad, advierte después que “La más simple, más cómoda, más fácil al criterio infantil de las multitudes es la de tomar partido por uno cualquiera de los bandos; ser más francófilo que Joffre, o más germanófilo que Hindenburg; atiborrar el magín de esos tópicos, bordoncillos y filaterías que ahora corren con generosa abundancia por libros y papeles... De esta suerte se ahorra uno mil esfuerzos mentales, se desfoga el ímpetu natural... Pero es más noble postura y cuadra mejor a espíritus fuertes, cabales y cristianos, la del que limpio de odios y aficiones insensatas, sin más pasión que la pasión de la verdad, contempla con igual amor a todos los hombres, vuelve los ojos con el mismo afán a todos los bandos y aspira a comprender sus ansias, loar sus virtudes y descubrir sus yerros” (207). Siguiendo este surco en busca de cierto equilibrio neutral ante el conflicto, el escritor-corresponsal nos avisa... “¿acaso puede ningún pueblo recabar para sí el cetro imperial de la cultura? Antigüamente era posible; pero los instrumentos colosales de nuestra civilización, el progreso científico, el cruce de razas y de ideas, han creado una cultura ambiente, una

atmósfera intelectual que lo mismo se respira en Londres que en París, junto al Spreé y al Tíber, en todos los círculos selectos de la vida urbana y elegante”. Pero añade inmediatamente, revelando sus profundas inclinaciones, que “Ante un Lessing, un Goethe, ante los mármoles de Ifigenia y Laoconte, cincelados entre las brumas hiperbóreas, ¿quién puede adjudicarse las sacras herencias del genio helénico o latino?”. Y por último, declara León a modo de justificación general que “No pretenden estos artículos sino fijar una impresión de periodista y de poeta; escritos fueron casi todos al correr de la pluma, en las etapas, en el tren, cercenando las horas al sueño y al descanso; muchas de ellas en el campamento, en la hueste, bajo el fragor de los combates, y, en ocasiones, transmitidos a guisa de radiogramas” (208).

El 18 de diciembre de 1915 los jóvenes mauristas habían firmado un manifiesto germanófilo, y León aunque nunca se declaró germanófilo, si defendió tacita y moderadamente una neutralidad en el fondo favorable a Alemania y al principio de autoridad, frente a la frivolidad parlamentaria francesa. Así, *Europa trágica* es tanto un libro de viajes como de impresiones de guerra, en el que se da una visión antigua y épica de la guerra, y se diferencia entre la Alemania verdadera -la de Herder o Schiller- y la adulterada -la de Nietzsche-, se idealiza a la primera y se trata de dibujar el alma alemana, a la vez que se alaban las tradicionales virtudes alemanas, los valores sencillos, hidalgos y conservadores, observadas en las zonas ocupadas a Francia; alabanzas que desaparecerán en la edición en un solo volumen de Hernando, Madrid-1929. En marzo de 1945, aparecería en la Librería General de Victoriano Suárez la citada edición definitiva en un solo volumen de *Europa trágica*, subtitulada (*Crónicas de un testigo de la guerra de 1914-18*)” y dividida con precisión en seis jornadas: “Del Pirineo a los Alpes”, “Bajo los tilos”, “Frentes de guerra”, “El oro del Rin”, “Los caminos del mar” y “El ocaso de los dioses”.

Con las crónicas que integran *Europa trágica*, Ricardo León vino a

participar, tal como apuntábamos más arriba, de una corriente muy extendida entre los escritores españoles de la época que tenían afanes periodísticos o especial sentido publicista. De hecho, estos textos de León compitieron en el favor de los lectores españoles y latinoamericanos con obras similares de E. Gómez Carrillo, V. Blasco Ibáñez, Alberto Insúa, E. Díaz-Retg y J. Pérez Carrasco.

Enrique Gómez Carrillo, quien llegó a ser amante de la celebre espía Mata-Hari, fue uno de los cronistas por excelencia del modernismo, corresponsal en bastantes países y colaborador de *ABC*, *El Liberal* y *El Imparcial*, así como de *El Correo de la Tarde*, periódico de su Guatemala natal. Autor en 1906 de dos famosos volúmenes de crónicas, *De Marsella a Tokio* y *Desfile de visiones*, escribió en 1915 un libro basado en sus itinerarios por los frentes de la guerra de 1914-18, *Campos de batalla y campos de ruinas*, recopilación de crónicas enviadas a *El Liberal* de Madrid y *La Nación* de Buenos Aires, y en 1921 el volumen de continuación *En las trincheras*, siendo ambas obras publicadas por la editorial madrileña Mundo Latino. Blasco Ibáñez, por su parte, dio a las prensas su *Historia de la guerra europea de 1914*, fruto de la labor periodística de este escritor -sobre todo desde las líneas de frente francesas-, y que vio la luz hacia 1919 en una lujosa impresión de la editorial valenciana Prometeo en ocho tomos de gran formato. Insúa, quien fue corresponsal de *ABC* y *La Correspondencia de España* en Francia entre 1914 y 1918, armó con parte de sus crónicas en 1916 el volumen *De un mundo a otro*, publicado en su octava edición por la casa Renacimiento en 1930. Díaz-Retg escribió a su vez unos *Episodios de la Gran Guerra*, basados también en textos periodísticos y de viaje, editados en dos tomos por la casa barcelonesa Feliu y Susanna en 1915. Y Julián Pérez Carrasco fue autor de otros *Episodios de la Guerra Europea*, en tres volúmenes, publicados hacia 1918 por la Imprenta y Casa Editorial de Alberto Martín en Barcelona. Más tarde, en 1920, José María de Sagarra publicaría unas *Crónicas de Alemania* para el diario *El Sol* -fundado en

diciembre de 1917 en Madrid-, crónicas que vieron la luz en cuarenta entregas a lo largo de nueve meses con un sentido anticomunista y antisemita (por cierto, editadas recientemente, en mayo del 2001, por la casa Destino). Así pues, Ricardo León no hizo con sus sucesivas ampliaciones y recopilaciones de *Europa trágica* más que integrarse con agudeza en el excelente mercado que para autores y editores abrió en nuestro país el filón de la guerra de 1914-1918. Aparte, claro está, de que las páginas de esta obra, en esencia periodística, le sirvieran también para mostrar sus crecientes ideas conservadoras y su posición filogermana.

En su primer formato, el de la edición de 1917 hecha por la casa Renacimiento en Madrid, *Europa trágica* fue obra al parecer incluida por Maura en sus lecturas, mientras la guerra europea aún estaba sin decidir en los campos de batalla. León se la remitió con la prontitud habitual a su benefactor, quien el día 24 de julio del 17 le agradecía desde su refugio estival de Solórzano el envío, mediante una carta, conservada en el archivo de nuestro escritor, donde además el político consignaba otras noticias de interés: “Coincidieron ayer el recibo del ejemplar, tan cariñosamente dedicado por usted, de *Europa trágica*, y la noticia pública de haberle a usted operado, casi clandestinamente, en no se que sanatorio. Esto último me ha causado la inquietud que corresponde al cariño que nos tenemos usted y yo; ruegole que del modo menos molesto para usted, me haga llegar noticias cabales, sobre todo de su estado de salud al presente. Este volumen será solaz de algunas horas en los próximos días y seguro estoy, pues tengo catada su miel, de los motivos que dará para celebrar su pluma... Aquí he recibido, a propósito de la vacante de número, cartas refrentes al C. de las Navas, y después al P. Fita., que todos los académicos de la historia desean ver en nuestro sillón. Se hará lo que prefieran dentro o fuera de la citada pareja; más el prestigio del P., octogenario ya, y el empeño de sus presidios, harían desabrido el desaire en que quedaría su candidatura. Aquí me tiene usted a su cuidado, y tiene usted mi concurso montañés, donde no se

olvidara la Academia, porque no interrumpo mi colaboración en el expurgo del Diccionario”.

Seis días más tarde, el 30 de julio de 1917, Ricardo León escribía a Maura desde Madrid, transmitiendo a éste ciertas revelaciones en torno a sus dolencias crónicas y precario estado de salud, en los siguientes términos: “Maestro y amigo del alma: Grande consuelo me ha traído su cariñosa carta en estos días de penosa convalecencia. Ni uno solo en todo este tiempo deje de consagrar a vd. recuerdos cordialísimos, pero no he querido escribirle hasta poder comunicar noticias satisfactorias. Muy en secreto, por no inquietar, sobre todo a mi madre, fuime a un sanatorio de la calle de Zurbano, y allí me puse bajo las manos habilísimas del Dr. Ortíz de la Torre. La operación, asaz complicada, urgente y, según se vió más claro en el curso de ella, de todo punto indispensable para atajar muchos y graves riesgos, entre otros la gangrena de la pierna derecha y una reversión abdominal, todo ello a consecuencia de los crueles procesos que padecí en ambas regiones y por la compresión aguda de los vasos. Fue menester abrir el vientre, cortar venas, extraer ganglios y tumoraciones, remendar las cubiertas intestinales y no sé cuantas cosas más: una carnicería, en fin, hecha con destreza y éxito maravillosos. Hoy, al cabo de mes y medio, me hallo con nuevos bríos y esperanzas, restituido a mi hogar y en vías francas de un cabal restablecimiento. A los dolores físicos se añadieron en esta temporada las ineludibles preocupaciones de la actualidad, la indignación y la pena de los recientes acontecimientos nacionales. ¡Cuánto he pensado en vd. y cómo le pido a Dios que alumbre a los que están sordos y ciegos; que allane el camino al único que puede salvarnos! ¡Cuántos votos hago por la salud de vd. y por el logro de todos los frutos de su hermosa vida, de sus virtudes ejemplares! Vivamente deseo a la par que goce vd. en ese retiro montañés de un verano apacible y dichoso en unión de su familia. ¡ Ni aún en ese rinconcico abandona vd. un instante su prodigiosa actividad! Excuso decir que reservo mi voto, gustosísimo, para el P. Fita cuyo alto prestigio,

sin duda, no alcanza ninguno de los demás candidatos. Y, ya que hablamos de la Academia, participó a vd. por si no lo supiera que hice a su tiempo el informe que interesaba al Sr. Amat de su libro del Dr. Matias Duque. Reciba vd., maestro y amigo queridísimo, todo el entrañable afecto que le tiene su siempre devoto Ricardo León”.

Apenas una semana después de su primera carta, el día 1 de agosto del 17, Antonio Maura volvía a escribir a León, y, tras hacer referencia a la innominada enfermedad de nuestro escritor -muy probablemente relacionada con secuelas de sus extraños males de juventud-, precisaba su posición respecto a los complejos contornos que iba adquiriendo la situación política. Una situación caracterizada por las tensiones internacionales derivadas de la guerra mundial, con la división de la opinión pública española entre aliadófilos y germanófilos, y por la competencia de los conservadores dirigidos por Eduardo Dato frente a los conservadores mauristas, que también tenían que enfrentarse con los liberales y la conjunción republicano-socialista. Esta situación desembocaría en la imposibilidad de formar gobierno por Maura, vencedor en las elecciones provinciales del 11 de marzo del 17 y en los comicios generales del 24 de febrero del 18, imposibilidad que daría lugar a unas elecciones generales el día 1 de junio del 19, perdidas por los mauristas. Todo este proceso, que según veremos en el texto de la referida carta, ya Maura advertía, se agudizó con la convocatoria de elecciones a diputados el 19 de diciembre de 1920 por un gobierno de Eduardo Dato, y con unos comicios municipales el 6 de febrero de 1921 -que dejaron a los mauristas como minoría, eso sí, sólida-. Luego, el asesinato en marzo de 1921 de Dato, siendo jefe de Gobierno, la formación del titubeante Gobierno Allendesalazar, el desastre de Annual en junio de 1921, con la muerte del general Fernández Silvestre a manos de las kabilas rifeñas de Abd-el-Krim, la subida al poder de Maura por última vez y la seguida dimisión de éste en enero de 1922 ante la negativa del rey a disolver las juntas militares, condujo al país a una

situación crítica. Culminando todo con unas ajetreadas elecciones generales convocadas en 1923 por un gobierno presidido por el marqués de Alhucemas, en las que fueron derrotados los partidos monárquicos y se dio lugar al golpe del general Primo de Rivera. Pero mucho antes, cuando Maura escribe su carta de agosto del 17 a León, el astuto líder indicaba ya al escritor, si bien un poco en clave, y tras felicitar a éste por el restablecimiento de su salud, lo siguiente: “En las cosas públicas el mal está muy inveterado y parece dudoso que hasta haberse sufrido las consecuencias extremas, se acabe de conocer de modo cabal el estado a que se ha llegado y el esfuerzo necesario para enmendarlo. Vera usted cariñosamente agrandando la posible eficacia de los esfuerzos que se me encomendaron, porque el más modesto conato requeriría de tensísimas y ahincadas cooperaciones, de las cuales no hay trazas, aunque cada hora se hace más inestable el tinglado habitual, de corrupción por sistema y surgimiento de los transitorios resultados que ya aunque persistiendo con ello se consignan”.

A finales de 1917 León vuelve a España, publica en Madrid *Gozos del dolor de amor* -antología de textos- en la Biblioteca Estrella de Gregorio Martínez Sierra, y comienza a contemplar, a instancias de los círculos mauristas, la posible aparición de una nueva revista conservadora. A poco de este regreso, Enrique Menéndez y Pelayo, su siempre seguro apoyo en tierras santanderinas, escribe a León -que al parecer sigue sin enderezar su salud- una carta para glosar las páginas de *Europa trágica*, entre otras consideraciones. En esta carta, enviada el día 7 de noviembre de 1917, indica el hermano de don Marcelino: “Mucho me alegran las noticias que Vd. me da, ya que no de una completa curación (que acaso, y a Dios se lo pido, séalo ya estas fechas), al menos de un notable alivio que le deja ya trabajar. Venga pronto ese segundo tomo de las crónicas bélicas. ¡Qué libro ha compuesto Vd. tan maravilloso y singular! Dueño del léxico más rico, y depurado a la vez, que haya manejado escritor ninguno; ha llegado usted en

la descripción de sucesos y lugares a las más altas cumbres que acaso pueda escalar el ingenio humano. Y luego, ¡qué estudios de psicología colectiva, de afinidades y diferencias étnicas, no alternan aquí con aquellos cuadros de tan opulenta animación y vida! yo no podría encarecer a Vd. como quisiera los deleitosos ratos que su ‘Europa trágica’ me ha dado. Aquí me la fue leyendo, en pocas, pero inolvidables veladas, mi amigo el señor Artigas, jefe de la Biblioteca Menéndez Pelayo, hombre muy docto y de buen gusto, que, además de su despierta percepción por lo bello, tenía para esta lectura la preparación de haber hecho larga residencia en Alemania”.

Junto a la creciente aceptación de sus obras, y a su nueva dignidad como académico, nuestro escritor reúne ya en esas fechas un selecto círculo de amistades entre los demás escritores de su tiempo, especialmente entre aquellos surgidos del común tronco modernista. Uno de ellos, Gabriel Miró, le escribe el día 4 de diciembre de 1917 desde Barcelona, para hacerle mediante una carta, todavía existente en el archivo de la Quinta “Santa Teresa”, una petición muy señalada. Dice, el que fuera maestro de la prosa narrativa modernista y autor de *Nuestro Padre San Daniel*, *El obispo leproso* y *Las cerezas del cementerio*, en tal carta: “Perdóneme que le aparte del interior y pureza de su vida con una consulta tan externa como la que aquí quisiera hacerle. Bien recordara usted mi fracaso en el concurso de la Academia. No le oculto que me dolió y me perjudicó grandemente. Mi editor quejose mucho de la misma herida; pero yo sospecho que principalmente le apenaba el derroche ineficaz de ejemplares del tomo I de *Figuras de la Pasión*. El alma fenicia se proyectara siempre sobre la vida de los editores catalanes. Vuelve ahora el tiempo de solicitar el premio académico; y por lo dicho y por mi frialdad con la casa editora, he de ser yo, sólo yo, quien se decida y cuide de concurrir o no al fallo de la Academia. Pero, yo me presentaría con la misma obra del pasado año, ya completa por la publicación del volumen II, si en verdad no quedó prejuicio en mi contra. Es decir: si a mi no se me premió porque mi libro era inferior a otros, o

porque no siéndolo llevaba la desventaja de no hallarse acabado. Yo acudiré, yo asistiré este año ofreciendo la obra cabal; pero se me desechó porque ya el primer volumen fue juzgado de seco, desabrido y antiacadémico, todavía lo serán más dos volúmenes del mismo. Y aquí viene el punto máximo de mi consulta: ¿Le parece que puedo presentarme al concurso de este año, sin que la derrota del pasado me perjudique, ya que se funda mi pretensión en parte de la obra que fue ´desestimada. ¿Es forzoso el envío de ejemplares a todos los académicos? Creo que el parecer que pido se aviene con la austera indulgencia del enjuiciamiento. Pero, si a usted violentase la respuesta, no me la de, que yo no he de quedar por un silencio menos obligado de lo que ya estoy a sus bondades”.

A través de esta carta se trasluce por un lado la precaria situación editorial de algunos grandes escritores de la época, caso inexplicable de Gabriel Miró, y la tradicional falta de visión cultural de las firmas impresoras españolas, y por otro la endogamia, también tradicional, del mundo literario de nuestro país, por encima de tiempos y tendencias. Todo ello, sin contar que la obra a la que Miró alude en su carta, *Figuras de la Pasión (Estampas viejas)*, editada inicialmente en dos volúmenes por E. Domenech en Barcelona durante los años 1916 y 1917, fue luego una de las más leídas del autor alicantino, junto a las ya citadas *Nuestr Padre San Daniel* (1921), *El obispo leproso* (1926) y *Las cerezas del cementerio* (1910), y otras del indiscutible relieve y favor popular en su tiempo como *Libro de Sigüenza* (1917) y *Años y leguas* (1928).

La relación de León con Miró, del que le separaban apenas dos años en cuanto a la fecha de nacimiento, 1877 el primero y 1879 el segundo, fue, como cabía esperar, la de un compañero de generación y de movimiento estético. Gestados ambos literariamente en el modernismo, se apoyaron normalmente entre si, incluso en el asunto del que trata la citada carta del alicantino a León. Este asunto, en el que también tuvo parte Maura, que protegía a Miró igual que a León, se inició cuando el autor de *Figuras de la*

Pasión consideró factible lograr el Premio Fastenrath de la Academia con el primer volumen de esta obra. El Premio Fastenrath, instituido para la R.A.E. por Luisa Goldmann, viuda del hispanista alemán Johannes Fastenrath, estaba dedicado a cinco modalidades literarias: poesía, ensayo, narrativa biografía y teatro; y se había convertido en uno de los más prestigiosos para los escritores españoles. Gabriel Miró comunicó a Maura en carta enviada el 24 de octubre de 1916, y conservada en la Fundación Miró, que había enviado su solicitud del galardón junto a varios ejemplares de *Figuras de la Pasión* a la Academia, ignorando que las bases del certamen no indicaban que los autores se propusieran a sí mismos. Tras entrevistarse con Maura en Madrid a finales de 1916, pero no con León por encontrarse éste de viaje por Europa para escribir sus crónicas de guerra, Miró se consideró el candidato de Maura al premio en cuestión. Sin embargo, Maura advirtió enseguida a Miró por carta, fechada el 22 diciembre de 1916 y existente en el archivo de la Fundación Miró, que el tratamiento dado por el escritor a un asunto tan delicado como los últimos tiempos de Jesucristo, si bien no tenía “cosa reprobable”, era demasiado moderno para los lectores de la Academia. Consecuentemente, y a pesar de que en el concurso al Premio Fastenrath de 1917 la obra de Miró quedó seleccionada para optar a la final, de entre otras veintidós obras presentadas, el galardón fue definitivamente para una obra menos chocante a los ojos de los académicos: la novela galdosiana *El verdadero hogar* del escritor Mauricio López-Roberts. Ni León, ni Maura, pudieron sacar adelante el deseo de Miró.

Otro asunto del que queda prueba documental en cuanto al apoyo de León a Miró fue el relativo a la intención del alicantino de ingresar en la Academia en 1927, al quedarse vacío el sillón “c” minúscula por fallecimiento de Daniel de Córdazar. En esa ocasión Azorín, Ricardo León y Armando Palacio Valdés hicieron una propuesta de ingreso a favor de Miró, como consta en el acta de la sesión del 24 de febrero de aquel año, por haber “reflejado en sus libros, no una realidad abstracta, desabrida, sino la

sobrehaz auténtica de la tierra española”, y señalando, muy a la manera de Ricardo León, que “De Santa Teresa procede la prosa límpida y exacta de Miró. La gran mujer de Ávila es quien, predominantemente, ha marcado su sello en el estilo del escritor levantino. De Santa Teresa ha extraído, en gran parte, su vocabulario psicológico Gabriel Miró. Y en cuanto a lo material, a la realidad cotidiana, tiene el novelista, por todo lo que le rodea, la misma viva simpatía, el mismo amor que alentaba en la autora de ‘Las moradas’”. Pero de nada sirvió esta advocación teresiana, que imaginamos diseñada por Ricardo León, frente a la reacción ultraortodoxa que desde las páginas de los católicos diarios *El Debate* y *El Siglo Futuro* fustigó a Miró y su modernismo, hasta conseguir que el autor de *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso* renunciara a optar a la Academia. Al final, obtuvo el sillón vacante el cartagenero Conde de Gimeno, don Amalio Gimeno Cabañas, el día 7 de abril de 1927.

La posición cada vez más prominente de Ricardo León en la sociedad literaria de aquellos días, es también remarcada por otra prueba documental de la misma: una carta de Wenceslao Fernández Flórez solicitando, a su vez, ayuda de nuestro escritor y académico para lograr el disputado Premio Fastenrath. Fechada el día 21 de diciembre de 1917, y enviada desde la redacción del diario *ABC*, esta carta de Fernández Flórez, existente en el archivo de León, indica: “Presento *Volvoreta* al concurso de la Academia Española para el premio Fastenrath. Usted, tan buen psicólogo, puede juzgar de mi ansia y de mi inquietud. La sanción de ese premio es para mí de una importancia capital, en estos momentos en que puedo decir que mi labor comienza a ser comprendida. A Vd., un verdadero escritor, de tanta altura, no voy a intentar recomendarle mi obra. Sea cual fuera su criterio, lo aceptaré pensando siempre que obedeció a un sabio juicio. Pero si tuviere la fortuna de que, por relatividad de méritos, fuese mi novela la que mereciese su preferencia, defiendala V. si se hiciese preciso. Se lo ruego

anhelantemente”. Tras recibir esta carta, León debió de pasarsela a Maura para conocer su opinión y ponerse de acuerdo sobre este asunto. Maura anotó en ella su respuesta, y esta indiscreta decisión nos permite conocer la presunta disposición de Maura, y por derivación de León, al respecto: “Si no recuerdo mal esta obra está fuera del concurso, por haberse publicado en 1916. En caso contrario, tenga V. la bondad de advertírmelo para conceder mi voto a obra tan insigne”. La diplomacia de esta manifestación de Maura encaja, por supuesto, con el apoyo que éste y León debieron prestar en realidad a Gabriel Miró y sus, al final poco afortunadas, *Escenas de la Pasión*.

De entre los escritores de fuste que intentan recabar el apoyo de León cara a la Academia, otro es, sorprendentemente, Ramón Pérez de Ayala. Sorprendentemente porque, a pesar de haber surgido como León del mismo sedimento del modernismo español, de pertenecer a la generación de nuestro escritor -nació en 1880-, y de cultivar a la vez que la prosa la poesía -con éxito en *La paz del sendero*-, Pérez de Ayala se significó por su crítica anticlerical y su republicanismo político. Pérez de Ayala, que había comenzado su carrera de la mano de Francisco Villaespesa en la modernista y madrileña *La Revista Ibérica* en 1902 -de la que era colaborador central Manuel Reina-, pertenecía ya desde su primera novela, *Trece dioses*, también de 1902, a las filas del modernismo progresista nutrido por los ideales sociales y políticos del krausismo. Seguidor de los presupuestos de la Institución Libre de Enseñanza y de Francisco Giner de los Ríos, Pérez de Ayala practicó un modernismo trascendente en la línea internacional del movimiento, y del que no faltaban el anticlericalismo, la fusión de lo erótico y lo religioso, la búsqueda de experiencias espirituales heterodoxas, el culto a lo bello, el cosmopolitismo y el gusto por lo prohibido a través de ambientes de sexualidad equívoca. Características que le hacían muy poco atrayente para el Ricardo León abanderado del modernismo tradicionalista.

Es lógico pensar que para Ricardo León el Ramón Pérez de Ayala autor de la novela antijesuitica “A.(d) M.(aiorem) D.(ei) G.(loriam) en 1910, de la casi antipatriótica *troteras y danzaderas*”, en 1913, de las existencialistas y paralibertarias *Prometeo* y *Luz de domingo*, y de la basada en una acerba crítica de Castilla *La caída de los limones*, todas de 1915-16, no podía ser considerado aliado, ni siquiera seguramente neutral. Sin embargo, ello no impidió que en un momento dado, Pérez de Ayala creyera posible el apoyo de León, como evidencia una carta del autor asturiano conservada en el archivo de nuestro escritor. En esta carta, enviada desde Madrid pero sin fecha, Pérez de Ayala solicita de Ricardo León lo siguiente: “Desearía ir a verle. No me ha sido posible ir a verle. Iba dilatando escribirle... No he visitado académicos, sino aquellos (muy pocos) con quienes tenía antigua relación. De estar usted aquí será uno de ellos. Necesito su voto en la elección del próximo jueves. Le hablo con sinceridad. No sé si con esto triunfaré. No es eso. Lo necesito moralmente. Estoy seguro de que usted no vendrá sólo a fin de votar en contra mía. Lo que deseo es que usted sienta inclinación a romper con su vida actual para venir a votar en favor mio. No sé si usted tiene motivos, de orden personal, para no apoyarme. Respeto esos motivos, si bien, la mano sobre el corazón, creo que si los hubiere provienen de no haber esclarecido suficientemente sucesos pasados y que crea no me cabe responsabilidad en su enojo. Ya lo esclareceremos en lo venidero. En el peor de los casos, que usted se sienta justamente resentido conmigo, sé que usted procederá noblemente y con probidad. Lo mismo que yo haría; lo que siempre he hecho. Y perdone este alarde. Le ruego que me diga noblemente si vendrá usted a votar mi candidatura. Cualquiera que sea su propósito y decisión, yo entenderé que obedece a móviles de justicia impersonal, y por lo tanto no hará variar lo más mínimo mis sentimientos de amistad y la consideración intelectual que le profeso... Me atrevo a suplicarle, pues el asunto es apremiante, que me ponga un telegrama”.

Dejando a un lado la relación con Miró y otros escritores, y los asuntos de la Academia, exponentes sin embargo de la importancia adquirida por León, conviene reseñar que, después de estos éxitos literarios y sociales de éste, y ya en 1919, tiene lugar un hecho tremendamente luctuoso para nuestro escritor: muere en Málaga su madre, Carolina Román Guraya, madrileña oriunda de La Carolina (Jaén), y segunda esposa del padre de Ricardo, Francisco León Jaramago. Ella fue todo un símbolo de apoyo y perseverancia en la, en principio, difícil carrera literaria de nuestro escritor.

Como cabía esperar, uno de los principales apoyos personales en esos momentos de pesar es el de Enrique Menéndez y Pelayo, quien envía una carta de condolencia desde Santander el día 11 de junio de 1919. En esta carta, conservada al igual que la anteriormente reseñada en el archivo familiar de los León, manifiesta Enrique Menéndez y Pelayo: “Ahora que supongo a Vd. más tranquilo, aunque no menos triste, pasada ya la fiebre aguda de su pena, quiero renovarle la expresión de mi afecto y de mi sincera condolencia. Dolores como el que a Vd. aflige ahora solo Dios puede consolarlos. No suele curarlos totalmente, sino solamente mudarlos en una melancólica memoria compatible con la actividad y con el honrado disfrute de la vida. ¿Qué quedaría sino de nuestro pobre corazón? No suele Dios curar estas heridas porque el recuerdo de los padres buenos es el mejor estímulo de nuestras buenas acciones. En fin ¿qué podre yo decir a Vd. mi querido Ricardo, que no le diga su viva fe y su exquisita sensibilidad? Lo principal es, ahora, que no se entregue Vd. desmedidamente a la contemplación de su herida y que se cuide mucho, pues hacen mucha falta en el mundo su gran ingenio y su cristiana y honrada literatura, y si los anteriores triunfos de Vd. fueron corona de aquella venerable anciana, como dice el texto sagrado, los que en lo futuro alcance, y es gran bien que sus obras sigan haciendo a las almas, serán ahora como creación y sufragio por la que voló hacia Dios”.

La consolidación de Ricardo León como escritor de éxito y activista de la vida cultural madrileña, que en aquella época equivalía a decir nacional, se manifiesta en la consecución de uno de los más viejos deseos de nuestro autor: poseer un verdadero palacio antiguo en Santillana del Mar, el escenario de su primer gran triunfo narrativo, *Casta de hidalgos*. Con anterioridad a la muerte de doña Carolina, que animaba estos planes de su hijo, León compra el Palacio de las Arenas, en Santillana, y trata de rehabilitarlo como residencia señorial de veraneo. Tal palacio, llamado también de los Velarde, era de estilo renacentista, y debía recordar a León alguno de los escenarios de sus textos montañeses.

Esta compra y sus objetivos, que entran de lleno en la estética tradicionalista de nuestro autor, quedó registrada en dos cartas conservadas en el archivo de nuestro escritor, dirigidas por éste a la anterior propietaria del palacio, Jesusa Herrera y Herrera. El texto de ambas cartas es muy ilustrativo de la nueva posición que iba adquiriendo León y de sus planes de reencuentro con el mundo de hidalgos y valores antañones que latía en toda su obra. La primera carta, fechada en Madrid el día 24 de octubre de 1918, dice lo siguiente: “Al llegar a Madrid hallé sus dos cartas que estaban aquí detenidas durante mi viaje de regreso. Pensaba yo haber contestado antes, defiriendo a las bondades de Vd, pero la desgracia de nuestro gran amigo D. Germán de Argumosa (que Dios tenga en su gloria) me produjo tal pesadumbre y abatimiento que aún no he podido volver a mi vida normal, como si de un hermano mio se tratase. Imagine Vd. mi tristeza: el fue quien puso un empeño singular, juntamente con D. Francisco, en que yo adquiriese el Palacio de las Arenas, y esta circunstancia me llena de aflicción cada vez que pienso en esa casa en que yo me prometía recibir a mis amigos predilectos y compartir con ellos esperanzas y satisfacciones. Bendita sea la voluntad de Dios. Este suceso infortunado y algunas otras circunstancias, retardan de nuevo mi viaje a esa villa. Pero siendo Vd. tan

amable y ofreciéndome tan generosamente su auxilio para las obras del palacio, creo que no será preciso con urgencia que vaya ahí. Desearía, mi buena amiga, que ante todo se arreglasen las canales y cuanto sea menester para quitar las goteras y evitar la catástrofe que Vd. me anuncia en la fachada... Ahora conviene hacer lo más indispensable, lo que afecte a la integridad y solidez de la casa bajo las lluvias invernales. Después, en la primavera, emprenderemos un plan completo de restauración”. La segunda carta, fechada en la localidad de Alameda del Valle (en la madrileña Sierra de Guadarrama, a la vera del río Lozoya) un 19 de julio (de 1919), y remitida ya tras la muerte de la madre de nuestro escritor, expresa también los deseos y pormenores de la empresa acometida por León respecto al Palacio de las Arenas, en los siguientes términos: “Hace mucho tiempo que deseo escribir a Vd. pero las tribulaciones por que he pasado en estos últimos meses y sobre todas la pérdida horrible de mi pobre madre (q.e.p.d.) me han tenido en el estado de ánimo que Vd. imaginará. Recibí su cariñosa carta que le agradezco de todo corazón, y ahora que estoy en este pueblo de la sierra, descansando unos días en casa de mis primas, quiero mandarle a Vd. un afectuoso recuerdo en correspondencia a sus muchas y muy agradecidas atenciones. Dentro de pocos días regresaré a Madrid y enseguida me propongo ir a Santillana para saldar nuestra cuenta y emprender las obras del palacio. Grande tristeza me da ir solo cuando esperaba satisfacer la ilusión que de ir ahí tenía mi santa madre; pero en medio de mi desgracia deseo distraer el espíritu en esa dulce tierra y con las obras proyectadas. Ya están en camino algunos muebles, pues deseo vivir desde luego en alguna de esas habitaciones y ya le avisaré a Vd. oportunamente la fecha fija de mi llegada”.

Al final, y como advertimos anteriormente al comentar algunos pormenores de la redacción de *Alcalá de los zegríes*, este palacio fue revendido por nuestro escritor a la Duquesa de Parcent, Trinidad von

Scholtz; muy posiblemente a causa de la falta de recursos de León para realizar una reconstrucción idónea del edificio.

Antes de esa cercana pérdida familiar sufrida por nuestro escritor, Antonio Maura escribe en Madrid el último día de enero de 1919 a Ricardo León de enero de 1919 a Ricardo León para animarlo a participar muy destacadamente en el proyecto de la revista *Voluntad*. Publicación que aparecería el 12 de octubre de 1919 -día de la Hispanidad- como órgano artístico del conservadurismo radical, el catolicismo y el nacionalismo españoles. En su carta, existente en el archivo familiar de León, Maura manifiesta a éste: “De uno a otro jueves estuve aguardando la aparición de usted en las juntas de la Academia, porque me había señalado yo, reconozco la arbitrariedad con que lo hice, las Navidades y el Año Nuevo como término final de su ausencia. Si no hubiera padecido, desde fines de diciembre, el agobio de trabajos políticos urgentes, adicionados a los otros quehaceres, habría podido escribirle a usted para saber de su vida y de sus planes. Ahora me mueve a romper la larga incomunicación, la instancia que han venido a explicarme las buenísimas personas promovedoras e impulsoras de la obra loable que lleva usted trazada en la nota adjunta. Al calificarla de loable, no dudo que coincido con la estimación que usted hará de ésta una vez que se informe. La instancia, que he acogido con adhesión calurosa, se encamina a que usted acepte, en las condiciones que espero serán fácilmente convenidas, la dirección efectiva, cuanto más intensa mejor, de la publicación proyectada; para la cual creo no escasearán los recursos, pues, lejos de emprenderla con ánimo de lucro, se obra por impulsos de conciencia y con ánimo de generosa abnegación, servido por medios económicos copiosos. Tiene usted calidad singular, sin asomo de lisonja, para que su nombre, y no otro, patrocine e imprima el sello conveniente a la empresa social de la que se trata; y un tantico de obligación moral pesa sobre usted para no retirar el hombro, aun en el caso de serle a usted indiferente el fruto natural y legítimo del trabajo

a que por conducto mio se le invita, uniendo a la invitación mi ruego. Si usted no pudiese aceptar el cargo sino con limitaciones, podría escoger un auxiliar que se le haga más llevadero; ya dije antes que se desea la mayor intensidad asequible en la colaboración de usted”.

De lujoso formato y gustos clara y premeditadamente aristocratizantes, la revista *Voluntad* publicó trece capítulos de *La cumbre mística* de Ricardo León, con grabados simbolistas de Moya del Pino, y cuentos, poesías y comedias breves de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Benavente, Menéndez Pelayo, Muñoz Seca, Palacio Valdés, Gabriel y Galán, Concha Espina, la Pardo Bazán, Valle-Inclán, Gabriel Miró y Eduardo Marquina. Su portada mostraba el aguila imperial española con el escudo borbonico y sus cuarteles representativos de los antiguos reinos hispánicos, dentro de una orla de aire arcaizante y barroco. Con prevista periodicidad quincenal, y sede en la calle Columela, número 8, de Madrid, *Voluntad* dividía sus colaboradores en literarios y artísticos. Entre los primeros se hallaban, además de los ya citados, Miguel Asín Palacios, Luis Astrana Marín, José Calvo Sotelo, Wenceslao Fernández Florez, Angel Herrera, Manuel Linares Rivas, Gabriel Maura Gamazo, José Ramón Mérida, José Ortega Munilla, Angel Ossorio y Gallardo, José María Salaverría, Blanca de los Ríos y Juan Vázquez de Mella. Y entre los artísticos, Fernando Alvarez de Sotomayor, Mariano Benlliure, Mateo Inurria, Julio Romero de Torres, José López Mezquita, Pedro Muguruza y Joaquín Sorolla. En sus páginas, y como prueba de los influjos modernistas que, en su variante conservadora, aún pervivían con fuerza, aparecieron, el poema “Templo sereno” de Salvador Rueda, y el relato “Bethleem” de Gabriel Miró. Textos ambos muy celebrados por el catolicismo cultural en la Navidad de 1919, al ser incluidos con especial despliegue en el número cinco de la muy cuidada *Voluntad*.

Entretanto, concretamente el día 14 de noviembre de 1919, Ricardo León remite a Antonio Maura una carta donde reitera su firme alianza con

éste, tanto en al ámbito cultural y academico como de pensamiento y acción política. En esta carta, custodiada en los archivos de la Fundación Maura, nuestro escritor manifiesta al lider de los conservadores españoles lo siguiente: “Mi venerado amigo y maestro: Pensaba suplicarle una hora de audiencia para hablar de los asuntos académicos pendientes, que a mi también, por el amor que le tengo avd. y a esta gloriosa Casa, me intranquilizan y desvelan. Mas creo preferible escribir estos renglones, porque así no le robo tanto de su precioso tiempo y podre exprearme con mayor claridad y franqueza, libre de la timidez y confusión que me atosigan al hablar y sobre todo ante vd. Somos muchos los que en la Academia juzgamos, por la fe absoluta que tenemos en la misión providencial de vd. que tanto allí como fuera de allí es necesario que se impongan con implacable energía su autoridad y dirección, sin esos escrúpulos de exquisita neutralidad, de inefable delicadeza, que pocos comprenden y de que tantos abusan. No está el remedio en permitir que prevalezca lo que quieren los más, que suele ser lo peor, sino en imponer de un modo inexorable lo mejor y lo justo, aunque no a todos les parezca bien. Ni, menos, fuera solución el inhibirse en absoluto: desamparar la Academia, irse de allí, sería entregarla definitivamente al desorden y al caos. Nos iríamos con vd. cuantos allí permanecemos hoy por el ejemplo suyo y se daría el caso paradójico de que por amor a la Academia se le daría un golpe mortal. Y eso de los “cariños que matan” -perdone vd. la cita- solo es cosa buena para el Conde de Romanones. Gracias a Dios el patriotismo insigne de vd., su soberano prestigio, las altas virtudes de organización y armonía que resplandecen en sus acciones y palabras han logrado poner en su punto las cuestiones técnicas y los procedimientos eficaces de trabajo para que sea la Academia lo que debe ser: un cuerpo científico y no una tertulia más o menos agradable. Pero más aún que las cuestiones científicas, sin que yo olvide su esencial importancia, me preocupan a mi, por no ser técnico, los asuntos de índole moral. En el concepto público más perjudican a la Academia, que su

desidia y el abandono de sus fines, la escandalosa elevación a sus sillas y sus honras de esos intrusos que, subrepticamente, consiguen por votos lo que no lograron por méritos. Esa intrusión nos amenaza ahora con más peligro que nunca; ya solo pueden conjurar el riesgo la autoridad, el prestigio y la energía de vd. Por eso me permito la licencia de esta carta. De poco sirve que nosotros, los más leales amigos suyos, formemos el cuadro: carecemos de autoridad, de fuerza y mayoría. Y aun no faltan quienes suelen escudarse con el silencio y la neutralidad de vd. en ciertas ocasiones para afirmar que le es grato lo que positivamente le repugna. Yo sé cuanto desea vd. la apacible unanimidad de nuestros votos y la total anulación de ciertos vetos. Por conseguir ambas cosas me avine a firmar, no sin escrúpulos, las tres últimas propuestas. Inutil sacrificio, porque hoy resurge la cuestión y de tal suerte que van a ser incompatibles la paz de los espíritus y el crédito de la Academia. Y una de dos: o se afronta el asunto de Bonilla, que aparte de la persona (colmada de merecimientos y virtudes) es un caso de justicia y reparación, o se deja el paso libre a los intrusos... Hay un término medio: llamar ahora a algun humanista muy estimable, como de Diego, como Gaspar Remiro. Pero ese término medio acaso no sea enteramente virtuoso, porque en otra vacante volverá a surgir la misma dificultad y habrá que prescindir eternamente de un sabio enciclopedico, de reputación y amplitud universales, en beneficio de algun otro laborioso, modesto y apacible profesor, con lo cual, amén de los advenedizos que se cuelen, descendería la Academia poco a poco al nivel de una junta de gramáticos que limpia y fija pero sin gloria ni esplendor la Lengua castellana. Por fortuna tenemos especialistas admirables para realizar con holgura la labor del Diccionario; también tenemos los altos modeladores de la palabra viva y elocuente, llena de espíritu y de carne, tal y como brota del corazón y de los labios de vd. Pero el profundo vacío de los Saavedra, los Menendez Pelayo, sigue sin llenar aún. No hay un filósofo, ni un crítico de anchos horizontes, ni un gran humanista que continúe la caudalosa

tradición de los grandes polígrafos españoles de las pasadas centurias. Don Adolfo Bonilla sucedería muy decorosamente en la Academia a aquellos varones en sus diversas disciplinas intelectuales e históricas. ¿Y un hombre así ha de ser pospuesto, una y otra vez, a un poeta chirle, a un comediógrafo huero, a un pobre folletinista, a un politicastro cursi de la clase de tropa?

Dispenseme vd. el desahogo, mas considero, con toda la reverencia y el cariño que le tenfré mientras yo viva, que si el acuerdo y avenencia de los votos han de justificar e imponer tales desatinos, es preferible declararles la guerra, pues vale más la honra de la Corporación que la paz de sus individuos. Y perdóneme la osadía de estas copiosas y enojosas letras que me permito someter al alto juicio de vd. y a su madura determinación. Hablé con la familiaridad y la franqueza con que solían los antiguos vasallos a sus príncipes, a sus maestros y señores. Mas pongo por encima de todo la devoción y gratitud que le profeso”.

A través de las líneas de esta carta podemos contemplar a un Ricardo León ya inmerso en las luchas internas de la Academia, siempre al lado de Antonio Maura, y que se dispone a jugar un papel relevante en el curso de éstas. El crecimiento de la estatura de nuestro escritor como miembro de la RAE, y a pocos años de su ingreso en la misma, queda así probado, de manera paralela a la progresiva importancia de León en los ámbitos literarios y políticos madrileños.

En la revista *Voluntad*, concretamente en el número quince del 15 de junio de 1920, incluyó Ricardo León íntegro su discurso leído en las fiestas eucarísticas de Salamanca el 9 de junio de 1920. Discurso iniciado con una paráfrasis de la composición “Pangue, lingua”, que se integrara luego en el revisado poemario *Lira de bronce* (1942), y que incluso aparecería fragmentada en libros de lecturas escolares del franquismo, como la antología lírica infantil *Cordialidades* (1952) -de la que hablaremos más adelante-.

Ricardo León participó en estas fiestas eucarísticas celebradas en Salamanca como invitado de honor y fue presentado en las mismas por el rector de la universidad y senador del reino Luis Maldonado y Fernández de Ocampo.

Tanto el desarrollo de esa celebración católica, como los discursos de Maldonado y de León, fueron reseñados en el diario salmantino *El Adelanto* el 10 de junio de 1920. Así, el cronista de este periódico refiere el éxito de León en esa jornada, un León, al decir del mismo, “visiblemente enfermo, cuanto que ha hecho un sobrehumano esfuerzo en honor de Salamanca, viniendo a avalorar con la esplendidez de su valía la hermosa fiesta”. En *El Adelanto* se recoge primero la alocución del rector de la universidad, quien, entre otras cosas, indicó: “Fray Luis de León, Gabriel y Galán y Ricardo León, fundidos en un mismo anhelo, los tres altísimos poetas, cantando en un mismo pentágrama las excelencias de nuestra raza, los ardores místicos de nuestro espíritu, los rigores de nuestro clima y lo pintoresco de nuestras costumbres. He aquí una hermosa conjunción de luminarias de primera magnitud que he podido ofrecer. Por obra divina han convergido en la bella realidad de nuestros campos, en el ideal ascético de nuestras almas, en el amor a esta tierra y en el culto de la madre Castilla, aquellos tres espíritus selectos a quienes Dios plugo conceder los dones de la más elevada poesía”. Por su parte, Ricardo León, tras leer como inicio su referida composición “Pangue, lingua”, recalcó: “Si hay pueblos, si hay moradas, si hay altares privilegiados en la tierra, donde con más amor, con más holgura y familiar costumbre le place aposentarse al rey de reyes, ¿cual más noble, más ancho, más hermoso que este solar español, esta ciudad insigne, esas aulas gloriosas en que brotó a torrentes la soberana luz de la Teología, el áureo sol de aquella Escuela con que Francisco de Vitoria, con sus ilustres discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano, lumbreras de cátedras y concilios, bañó de nuevos resplandores todos los ámbitos de la patria, esclareciendo los más hondos problemas intelectuales, los preñados

abismos del misterio, las cumbres vertiginosas de lo sobrenatural?... ¿Dónde hallar más precioso relicario de nuestras puras tradiciones teológicas que este espléndido relicario salmantino?... Todo fue aquí yunque y horno de la razón y de la fe”. Y junto a esta declaración formal de tradicionalismo, catolicismo y castellanismo, nuestro escritor desarrolló una crítica, por lo demás ya habitual en él, de las inclinaciones modernas hacia la irreligiosidad o el descuido de las practicas cristianas, al tiempo que recordaba que “si quisiéramos cifrar, como en un mote heráldico, las virtudes intelectuales y morales de la estirpe, los rasgos íntimos de la tradición española, bastaría una sola palabra, una palabra fuerte y suave, transparente y serena, dulce a los ojos y al oído, al entendimiento y al corazón: armonía... Armonía en los versos y en los diálogos de Fray Luis:

“a cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida”.

Después de esta evocación mística, León culmina su intervención en estas jornadas eucarísticas con una especie de visión triunfal -y un tanto optimista- del futuro de un nuevo catolicismo. Visión materializada en los párrafos finales de un discurso que le valió el apoyo de los sectores más conservadores de la Castilla de entonces: “Cunden ahora, dentro y fuera de España, un fuerte renacimiento religioso, una profunda reacción espiritual. Se anuncia la aurora de los grandes siglos eucarísticos. La humanidad padece una sangrienta crisis; ha tiempo que nos hallamos todos bajo el yugo de formidables contradicciones, desorientados en medio de radicales y hostiles divergencias. Por todas partes se siente la aguda necesidad de rehacer nuestra civilización y arrojar de sí cuanto hay en ella de falso, de

contrahecho y podrido. Huyen las cobardes negaciones; las gentes piden certidumbres, afirmaciones supremas, síntesis poderosas que aten y concierten los elementos de verdad dispersos y confusos. Tenemos ansia de orientación, de claridad, de armonía... Las muchedumbres, aquellas que no han perdido el sentimiento de su humanidad, que es la base del sentimiento superior de lo divino, vuelven al pie de la Cruz, tornan a los caminos del sagrario, allí donde están perpetuamente la verdad y el concierto de la vida, la paz y el orden de todas las cosas, el vínculo de unión de todas las criaturas, el Amor de los Amores, en fin:

“que en sutil apariencia encarcelado
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed inmensa
de eternidad que enciende nuestras almas”.

Pero en el marco de los trabajos de los días cotidianos, y lejos de las grandes celebraciones, ocurre que a finales de 1920, Ricardo León, muy reconocido en los medios culturales conservadores, abandona la revista *Voluntad*. A causa, al parecer, de la ostensible reducción de los textos literarios en las páginas de esta publicación, dedicada ya casi exclusivamente a temas religiosos y prácticamente con tonos de catequesis selecta.

Mientras tanto, se producen una serie de hechos políticos alrededor de Maura que explican los intentos de rearme conservador en el ámbito cultural y la propia y mantenida radicalización de nuestro escritor. En marzo de 1918, ante el bloqueo de la situación política frente al término de la guerra mundial, se había pedido a Maura por parte del rey que presidiera un gobierno de concentración nacional, cosa que hizo, logrando encabezar éste hasta noviembre de ese año, momento en el que tal gobierno cayó. Cinco meses más tarde, y tras el fracaso de dos gobiernos liberales presididos por

García Prieto y Romanones, se hizo necesario llamar de nuevo a Maura. Este regresa al gobierno en abril de 1919, se convocan elecciones a Cortes y surge un parlamento que evidencia la descomposición de los partidos dinásticos, con seis grupos liberales por un lado, dirigidos respectivamente por Romanones, el marqués de Alhucemas, Alba, Gasset, Alvarez y Alcalá Zamora, y tres grupos conservadores por otro, los de Maura, Dato y Juan de la Cierva. Se produce una crisis total y el gobierno de Maura cae en julio, a los tres meses de haberse formado. En los dos años siguientes se forman y son derribados cinco gobiernos, mientras el movimiento obrero crece y las reivindicaciones de éste se transforman en miles de huelgas. Mueren en sendos atentados Canalejas primero, y luego Dato. Y en julio de 1921 se produce en Marruecos el desastre de Annual y Monte Arruit con un saldo de doce mil soldados muertos. Maura será reclamado por tercera y última vez para formar un nuevo gobierno de concentración nacional, que duró apenas ocho meses. La radicalización de las posiciones políticas -que desembocaría en la dictadura de Primo de Rivera- crece ya sin remedio, y afecta al mundo literario, con casos emblemáticos como los de Ricardo León o Vicente Blasco Ibáñez, que escribirían respectivamente obras de pura teorización conservadora, como *La voz de la sangre* (1921), o de clara propaganda republicana, como *Alfonso XIII desenmascarado. El terror militarista en España* (1924).

Respecto a los asuntos literarios de Ricardo León, y en concreto a la obra *La cumbre mística* que citamos más arriba, hay que precisar que ésta no se publicaría como libro, con catorce capítulos, hasta 1945, en Madrid por la Sociedad General de Editores y Libreros. Con un prólogo del dominico Alfonso Torre y un último capítulo escrito al término de la guerra de 1936-39. En esta obra Ricardo León señala, dentro de una óptica de rearme conservador, que “es la mística la cumbre de nuestra Raza” -como constataremos más adelante, al estudiar esta obra en su marco cronológico-, y lleva a cabo un esbozo de psicología nacional, en este caso a través de la

figura del hidalgo convertido en místico, al tiempo que defiende el “justo medio” de la filosofía cristiana, crítica el misticismo modernista, gnóstico, panteísta y decadentista, así como el positivismo francés y el utilitarismo británico.

CONSOLIDACIÓN Y ESTABILIDAD, FRENTE A UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN

*“Obras completas”, una edición popular en la casa Pueyo * Ricardo León funda “Gil Blas” dentro de las ediciones Renacimiento * Discurso de recepción de Serafín Álvarez Quintero en la Real Academia (1920) * Matrimonio de Ricardo León * Creación de la “Biblioteca Mística y Ascética” * “Lira de bronce (1920), nueva edición y poemas expurgados * “La voz de la sangre” (1920), escaparate de ensayos para afianzar el conservadurismo * “La capa del estudiante” (1921), una recuperación acicalada de artículos juveniles * “Las horas del amor y de la muerte” (1921), antología para abrir mercados * “Cuentos de antaño y hogaño” (1921), relatos de raigambre española * “Amor de caridad” (1922), tardomodernismo católico y tentación autobiográfica * “Humos de rey” (1923), espejo de la pérdida de las tradiciones * La revista “Hispania”, un intento de estética conservadora * La quiebra del parlamentarismo: Maura y Primo de Rivera * Ricardo León en el mercado americano.*

A mediados de 1920 Ricardo León deja de publicar sus libros en la editorial Renacimiento, y reedita sus *Obras completas* -no las del Banco de España en ocho volúmenes- dentro de las ediciones de la casa madrileña Pueyo. Ese mismo año funda la firma “Gil-Blas” como sociedad anónima editorial y sección de Renacimiento. En los cuatro años siguientes, de 1920 a 1925, Ricardo León dirige “Gil-Blas” para publicar libros escogidos, en colecciones de Clásicos Españoles, y Obras Maestras de la Literatura Universal, con grabados, orlas y capitulares especiales; mientras por otra parte comienza a escribir la novela *El hombre nuevo*.

También en 1920 lleva a cabo Ricardo León su principal labor pública en la Academia, al responder el día 21 de noviembre al discurso de ingreso en

la institución de Serafín Álvarez Quintero. En este texto, publicado en Madrid por la Imprenta Clásica Española ese año, León remacha en tres de sus ideas-eje: el dolor como forja de voluntad para los creyentes, el imperio de la realidad, pero filtrada ésta por el arte, la existencia de un realismo romántico a la española. Alrededor de estas tres líneas de su pensamiento, y en relación con la obra de los hermanos Quintero, advierte en primer lugar: “Hablemos de la vida, que sólo es dolor irremediable para los hombres sin fe: sírvanos precisamente la realidad, la realidad más dura y más auténtica, para afirmar aquí la virtud consoladora de la fe, el influjo sosegador del arte, las excelencias y hermosuras del gran espíritu nacional, que, lejos de abismarse en la contemplación amarga y pesimista de la existencia, depura cuanto hay de feo, doloroso y triste en el mundo, convirtiéndolo en acicate de generosas acciones, en espectáculo artístico y moral, en alta y viva lección. Este fue siempre el claro sentido de las almas y de las letras españolas, desde sus tiempos juveniles hasta la plenitud y la abundosa madurez de sus edades de oro” (209). Después, en un acto de afirmación nacional-cultural, León remarca: “Ternura humana, vocación estoica, fuerte salud espiritual, hondo y robusto sufrimiento, humor equilibrado y juicioso, gracia y donaire juveniles, llaneza en el hablar y en el vivir, fueron siempre virtudes nuestras muy castizas, patentes en los artífices y en sus obras, aun en aquellas libres y desgarradas del género picaresco”. Para añadir con aires de crítica, ya en él habitual, ante la intelectualidad de pensamiento laico: “¡que diferencia del humor españolísimo que rebosa en obras tales, de ese ingenio grave a la par y socarrón, que aun con sus posos y dejos de fatalismo, sabe reír entre las lágrimas, ver el lado gracioso y pintoresco de las cosas, tomar la vida tal como viene, poner al mal tiempo buena cara y recibir con entereza el infortunio, teniendo por harto conocido que no hay bien ni mal que cien años dure, que hoy por tí, mañana por mí, ricos y pobres ante la muerte son iguales y, sobre todo, que no es la tierra el centro de las almas; que diferencia de esa agridulce filosofía que hasta del

dolor y del mal infiere tan fecundas lecciones de experiencia y resignación, que declara el triunfo de la voluntad y el libre albedrío sobre los accidentes y los casos temporales, aun al través de las más prosaicas y miserables aventuras de pícaros y buscones, a la soberbia y lúgubre actitud de muchos ingenios de ahora, llenos de afectación pesimista, de orgullo y suficiencia, empeñados en quitarle al hombre cuanto tiene de humano, luego de haber querido arrebatarse cuanto tiene de divino!” (210). Más tarde, retomando una de sus ideas básicas respecto a nuestra literatura, subraya el escritor: “Llenos de ingenuidad, de sencillez y vigor, populares y realistas, con ese realismo romántico a la española, con esa buena gracia juvenil, fueron en sus primeras y gallardas movidades el teatro nacional y la novela de costumbres” (211). Y párrafos más abajo acaba por encontrar el motivo declarado de su discurso, la entrada del superviviente de los Quintero en la Academia, al indicar: “de aquella buena y gloriosa casta, española y andaluza, del humanísimo Cervantes, cordobés de origen, sevillano de alma y de afición; del numen popular del Quijote, del Rinconete y la Gitanilla; del puro realismo velazqueño de las Hilanderas y las Meninas, de los Borrachos y los Bufones; del tierno Murillo de los cuadros de costumbres... es decir, de lo más puro y neto y brioso de nuestro linaje artístico, viene en línea directa la inspiración creadora de los hermanos Quintero, prendida con fuertes raíces en el campo fertilísimo de la verdad humana, en lo más franco y jugoso de la nativa tierra” (212).

Es en esta línea de revalorización de un singular realismo costumbrista y tardorromántico, en la que León afirma tajantemente más adelante: “la Realidad, en suma, pero tamizada y embellecida por la virtud estética y purificadora del Arte” (213). Y concluye nuestro escritor este poco conocido discurso con una reivindicación de la alegría sureña, quizás como recuerdo de sus vitales años juveniles en la Málaga de principios de siglo: “hay muchas gentes que no conciben la trascendencia, la seriedad ni la virtud sino con ceño adusto, hueca la voz y lóbrego el decir, como si perdiese la

verdad por ser clara, sencilla y alegre, o ganase por gruñona, desapacible y alambicada. Y al teatro de los hermanos Quintero, por ser tan de casta española y andaluza, le ocurre, en la opinión de algunos, lo que a la noble y generosa Andalucía: ¡cuantos la suponen fútil, inconstante, liviana, superficial, porque sabe reír, porque aborrece la rigidez y el pedantismo, porque ama la claridad y la llaneza, porque sabe trabajar y vivir con alegría, porque todo lo hace como jugando, a la manera de los griegos, sin la hosquedad, la pesadumbre, el énfasis, la ostentación aparatosa de los países bárbaros cuando les da por ser cultos!” (214).

No mucho después, el día 2 de febrero de 1921, José Ortega Munilla dedica a nuestro escritor un comentario titulado “Postales españolas. Ricardo León” en el *Diario de la Marina* de La Habana, dentro de la cada vez mayor proyección de aquel en tierras hispanoamericanas. Ortega Munilla dice entonces de León que éste “Cuida siempre la forma, labora con el cincel sobre la prosa, escoge los términos más adecuados, sin que esto signifique pedantería retórica ni sacrificio de la idea. Lo que hace es encerrar esa idea, apenas nace, en anfora de cristal de lineamiento bellísimo. Hace poco contestaba en la Academia Española el discurso de ingreso de Serafín Álvarez Quintero y acreditó entonces de nuevo la suprema elegancia de la prosa, la gracia galanísima del estilo. En Ricardo León se juntan la serenidad de Valera y la emoción de Pedro Antonio Alarcón”.

En el terreno de lo personal e ideológico, y al margen de los encuentros en la Real Academia Española, la ligazón entre Ricardo León y Antonio Maura se refuerza durante esos años, a pesar de la progresiva disminución de movimientos y creciente deterioro físico del líder conservador. Así, el día 28 de julio de 1921, Maura escribe desde su refugio vacacional de Solórzano a nuestro escritor para comunicarle un viaje y estancia en el balneario de Alzola -junto al río Deva, en la linde Guipúzcoa con Vizcaya-. En esta misiva, conservada en el archivo de la quinta “Santa Teresa”, el

líder conservador habla misteriosamente de “un lastimoso revés”, que tal vez pudiera ser primero el asesinato en marzo de 1921 de Eduardo Dato y luego el desastre de Annual, con la subsiguiente formación del último gobierno presidido por Maura. Este indica cariñosamente en su nota a León: “A estas horas desconozco el paradero de usted; quiero pensar que se ha evadido usted de la cárcel madrileña y que le tengo cerca; en Santillana, por ejemplo, a donde enderezare este pliego. Y no debiera estarlo, porque tal proximidad le acusa a usted de olvidadizo; con doble motivo, tras la prórroga que antaño hube de aceptar para su promesa de dedicarme aquí unas horas de compañía. Ahora marchó con mi mujer para que tome en Alzola las aguas medicinales; pero si Dios nos lo concede, pensamos estar aquí de regreso para la última decena de agosto y entonces tendrá aparejada ejecución la promesa de usted. Deseo que entretanto -y siempre- tenga usted salud y colmadas bienandanzas... las que admiten los tiempos. Ahora tenemos encima un lastimoso reves, que no será el último, si Dios no hace el milagro de divorciar de los precedentes los consiguientes”.

Por su parte, Ricardo León, dentro ya de un claro ambiente social de éxito y reconocimiento de sus trabajos literarios, al que no es por supuesto indiferente el hecho de ser miembro de la Real Academia Española, había contraído matrimonio, por el rito católico claro está, el día 9 de junio de 1922 con María del Carmen Garrido y Garrido. León contaba entonces cuarenta y cuatro años de edad y su esposa veintitrés. La boda, según consta en una copia hecha en 1941, tuvo lugar en la iglesia madrileña de Nuestra Señora del Carmen. Y respecto a la misma, existe en el archivo de Ricardo León una curiosa nota, sin fecha, de Antonio Maura, en la que se dice: “No caí en la cuenta al despedirnos anoche que es prerrogativa del padrino acompañar al novio de su casa a la iglesia. Si usted no tiene plan contrario, estaré en su casa de usted quince o veinte minutos antes de las cinco, Deo volente”.

El 7 de junio de 1922, Ricardo León había hecho llegar a su protector otra -conservada ésta en la Fundación Maura-, en los siguientes y cariñosos términos: “Mi venerado y entrañable amigo: ¿Cómo aexpresarle mi inmensa gratitud por el honor que me concede al apadrinar mi boda y por el magnífico presente que me envía? Ya era excesivo aquel honor para que vd. le acrecentase con tan esplendido recuerdo. Que Dios se lo pague con muchas creces y cole a vd., a su señora y a todos los suyos de salud y felicidades. El viernes próximo, día 9, a las 5 de la tarde, en la iglesia del Carmen, será, Dios mediante, la ceremonia. Mañana jueves iré a la junta de la Academia y allí se lo recordaré. Mis afectos más reverentes a su señora, por cuya salud hago votos cordialísimos, y un gran abrazo para vd. amigo y maestro de mi alma. Siempre en su devoción incondicionalmente y besándole las manos”

El nuevo matrimonio tendrá ocho hijos, y con una situación familiar muy estable económica y afectivamente, Ricardo León, instalado en su su Quinta “Santa Teresa”, entre Torreldones y Galapagar, o en su casón

madrileño de la calle Leganitos, número 48, se centrara en las tareas editoriales y literarias.

Con la tercera colección de “Gil-Blas”, llamada Biblioteca Mística y Ascética, León cumplirá uno de sus más fervientes deseos de la época, combinar la ortodoxia católica con la tradición ascética y con una revalorización de la mística desde una perspectiva de lo que podríamos llamar modernismo conservador. Así, en la presentación del catálogo de esta biblioteca que aparece al final de varios volúmenes de los que integran las nuevas *Obras completas* de “Gil Blas”/”Renacimiento”, se indica respecto a la Biblioteca mística y ascética que “La aparición de esta magnífica Biblioteca, largo tiempo soñada por los doctos, por las personas piadosas, por los amantes de la tradición castiza, constituye un feliz suceso editorial, un monumento conmovedor elevado a la lengua y el espíritu nacionales. Gil Blas inaugura con las obras siguientes la publicación de una multitud de obras maestras, olvidadas o enteramente desconocidas e inéditas, de los grandes contempladores de nuestra Raza”. Y continúa esta presentación: “Con ellas pretenden los Editores devolver al vulgo español los libros que para él se escribieron, y que los cultos olvidaron, aquellas obras purísimas en que sin aparato científico, sin presunción ni pedantería, con la más elegante sencillez, se instruía al pueblo en los más altos problemas del mundo y de las almas”. En esta línea editorial, se publica dentro de la Biblioteca a autores como Fray Diego de Estella -*Meditaciones del amor de Dios*-, Fray Marcos de Salmerón -*El príncipe escondido*-, el Beato Alonso de Orozco -*Victoria de la muerte*-, o Fray Juan de Pineda -*Diálogos de la agricultura cristiana*.

Con la cuarta colección de “Gil Blas”, llamada Autores Contemporáneos, Ricardo León editara también sus *Obras completas*, junto a las de Amos de Escalante -de *Ave Maris Stella* a *Del Manzanares al Darro*-, Concha Espina -de *La niña de Luzmela* a *El metal de los muertos*, y Enrique Gil y Carrasco -*El señor de Bembibre*-. También incluyó León en

este catalogo de Autores Contemporáneos a Emilio Baumann, escritor éste hoy desconocido pero que en aquellos años era considerado “Una de las figuras más originales del espléndido movimiento católico de la literatura francesa contemporánea”, autor de *Inmolación*, *Paulina Ardel* y *Tres ciudades santas*, y que se correspondía al deseo de “Gil Blas” de “ofrecer a los lectores católicos de lengua española, libros extranjeros de arte puro y medula cristiana”. Juanto a esta actividad editora, nuestro escritor también practicó tareas de prologuista, redactando al respecto textos para *Alas viajeras* de Carlos Balen, *Valle del Norte* de Luis Barreda, *Rosa Mística* de Luis de Castro, *Breviario sentimental* de Luis Guarner, *Nieblas y flores* de Eugenio Pedraja e *Íntimas* de Javier Ugarte, y destacando en este sentido sus párrafos de presentación para el poemario inspirado en la guerra europea *La canción de Orzán*, de Eugenio Escribano, y para el volumen de viajes *del Manzanares al Darro*, publicado por su admirado Amós de Escalante en 1920 dentro de la Colección Gil Blas de Renacimiento.

No sería hasta mediados de 1925 cuando aparecería *El hombre nuevo* en “Gil-Blas”, como volumen XIV de las *Obras completas* de Ricardo León, quien poco después dejaría este sello editorial, que acabaría dentro de la Compañía Ibero Americana de Publicaciones..

Entre 1920 y 1923 Ricardo León publicó sus obras en tres sellos diferentes: *Lira de bronce* en 1920 como tomo XII de las *Obras* en Pueyo, *Las horas del amor y la muerte* -selección de fragmentos de obras- en 1921, *Cuentos de antaño y hogaño* en 1921 y *La capa del estudiante* en 1921, todas en V.H. Sanz Calleja, y *La voz de la sangre*, antología de discursos y escritos de tono académico, en las *Obras completas* de 1920 en Pueyo, y en las *Obras completas* de 1922 en “Gil-Blas”.

En 1920 la edición de *Lira de bronce* es muy diferente a la de 1901, como observamos anteriormente al comentar este poemario en su primera versión, con textos nuevos como los “Salmos”, las paráfrasis de los “Epigramas a

Marcial”, el soneto llamado “Lira de bronce”, y los versos de “Templo, patria y hogar”, “Los buitres”, “Soledad”, “Pluma por picota”, “Canto de mocedad”, “La primera culpa”, “Mater Hispania”, “Cauterios”, “Lágrimas”, “Doncellas sin amor”, “Todo está en el corazón”, “Ojos azules tenía”, “El arte de ser niño”, “Vanidad de vanidades”, “No se llora al nacer”, así como “Cantares para la noche”, “Blasones” y “La patrona de los tercios”. En la edición conjunta de *Lira de bronce* (1898-1920) y *Alivio de caminantes* (1910-1936) -subtitulada (*Poesías completas del autor*)- hecha por la Librería General de Victorino Suárez en 1942, se incluyen a modo de prólogo “doce sonetos que le ofrendaron al poeta, en libros y periódicos, otros poetas sus amigos”. Y que son obra de Manuel de Sandoval (Madrid, 1914), Alfredo Gómez Jaime (Bogotá, 1915), Salvador Rueda (Madrid, 1915), Mariano Arenillas (Salamanca, 1915), Luis Martínez Kreisler (Madrid, 1915), Ricardo Sánchez Madrigal (Murcia, 1915), Federico Escobedo (Méjico, 1922), Fernando de Lapi (Madrid, 1925), Nice Lotus (Turín, 1925) y José Ortíz de Pinedo (Madrid, 1928).

La voz de la sangre aparece en 1920 como indicamos, y llegaría a tener hasta una quinta edición en 1944 con la editorial Victoriano Suárez. La edición de 1922 en *Renacimiento*/"Gil Blas" integra el discurso de ingreso de Ricardo León en la Real Academia de la Lengua el 17 de junio de 1915, la alocución leída en los Juegos Florales de Sevilla ese mismo año, el discurso de las Fiestas Eucarísticas de Salamanca del 9 de enero de 1920 y la alocución necrológica sobre Menéndez Pelayo del 9 de junio de 1912. También ofrece un extenso prólogo de Maura -cuarenta páginas-, donde se comienza por recordar respecto Ricardo León que “Desde que publicó su primer libro, *Casta de hidalgos*, blasón inicial de su escudo literario, transcurrieron cuatro años no más hasta el día en que la Academia se halló unánime, con espontánea conformidad, para elegir al novel escritor, todavía mozo, de modesta aunque honradísima condición social” (215).

Seguidamente indica que “las áureas páginas de sus libros... acreditan sensibilidad exquisita y consumada maestría en el desembarazado manejo de nuestro idioma para declarar, matizar, perfumar y ennoblecer los conceptos” (216), pero adelanta ya el impulso oficialmente declarado del trabajo de Ricardo León -y reconocido por éste- al señalar que “Ni aun de la más privilegiada vocación literaria pudiera el cultivo obtener frutos tan tempranos y sazonados, si a D. Ricardo León hubiese faltado el almo y adusto magisterio del dolor y la adversidad. Primero que él naciese, reveses de fortuna alojaron en su hogar la tristeza, y quebrantos de su propia salud le dieron luego la dolencia corporal por hermana gemela, que le acompaña todavía”... “su vida ha consistido en aspereza y desabrimiento, ruda prueba de la cual salió mostrando ser su alma de las escogidas”... “Para almas de este temple está reservada la maravillosa inmunidad que las mantiene plácidas en la tortura y vigorosas en la paciencia, como si en ellas se embotase el aguijón acerbo del dolor” (217). Y remacha en este sentido Maura: “Por haberse forjado en tan duro yunque el alma de D. Ricardo León, tienen sus libros un sello singular... la fidelidad acuciosa con que observa y la perspicacia con que desentraña las realidades en cosas y personas; la sobriedad y firmeza de los trazos con que vigorosamente describe, inundando de luz y color sus cuadros, así en el orden material como en el moral; la sensibilidad con que se le comunica la muda elocuencia de la Naturaleza” (218). Advierte también Maura muy amigablemente que “Mas las obras de León ostentan otra fase que nos desvía de hacer paralelos y las caracteriza con sello peculiar. Para explicárnoslo no bastaría su asiduo trato con nuestros grandes escritores místicos y ascéticos”... “No es un discípulo, sino un místico más, en quien los angélicos concebimientos de mayor elevación y de más acendrada piedad brotan, no a guisa de ejercicio profeso, sino con espontaneidad ostensible” (219). En esta línea prosigue el muy singular prologuista al añadir que “las páginas ascéticas y místicas resultan quizás aventajadas

entre todas las suyas: cálidas, vibrantes y luminosas”...”de la pluma de nuestro nuevo compañero fluyen copiosas las sublimes intimidades del alma creyente; nuevo afloramiento de una corriente literaria que parecía extinguida, no pudiendo estarlo, porque perdurará mientras sea española la literatura de España” (220). Y culmina al respecto: “Españolismo: he aquí otro rasgo fisonómico que tiene vigoroso relieve en cualesquiera páginas del nuevo académico”... “El patriotismo de Ricardo León es honda y genuinamente español” (221)..

Tras toda esta serie de elogios, Maura hace una observación de especial interés respecto a la obra de Ricardo León, apuntando que la lectura de los textos de éste “deja en incierto si es más castizo el fondo o el lenguaje; en todo caso, esta cabal conformidad realza el españolismo, tanto del estilo como del discurso” (222). Enumera luego los títulos de León vigentes en ese momento, desde *Casta de hidalgos* y *Comedia sentimental* hasta *El Amor de los amores*, *Alcalá de los zegríes* y *Los centauros*, para subrayar que “Siempre siente y escribe el Sr. León como poeta, ora ciña sus inspiraciones con las vestiduras de la rima, ora se deje fluir limpia, clara y numerosa su habla castiza” (223), y remata: “brío y cadencia de poema tienen las más de sus páginas narrativas. En *Casta de hidalgos* acontece que pasajes enteros están escritos en endecasílabos libres”... y “no causa sorpresa la facilidad y galanura de los versos coleccionados bajo el título de *Alivio de caminantes* (224). También hace hincapié Maura en que Ricardo León “Profesa y practica nuestro realismo hereditario, no el exótico; el que mira al cielo al trasluz de la vida, y no el que con la mirada hiende la vida hasta clavarse y reposarse en el cieno” (225).

Después, Maura reflexiona en torno a la discusión -tan en boga ya en aquellos años- de si la relación entre lengua y pueblo es espiritual y determinante o material y secundaria. Y señala, desde una óptica similar a la poco a poco expuesta luego por León, que “El idioma de un pueblo no parece cosa que éste pueda tomar o dejar, sino parte consubstancial a la

formación y las vicisitudes del pueblo mismo, y si miramos a lo futuro, conocemos que no se perdiera ni de pronto se alterara, aun cuando el pueblo fuese expulsado del territorio que le sustenta, o cayese en servidumbre, o le aviniese otra cualquiera de las mayores imaginables catástrofes. En la contextura radical, en la copia léxica, en las inflexiones, los matices y las galas de la lengua patria están representados los orígenes étnicos y las singularidades fisiológicas, y las influencia del suelo y del clima, y el fondo religioso, y la vocación colectiva, y las costumbres, y las vicisitudes de apogeo o decadencia, de paz o guerra, de prosperidad o penuria con que la patria misma se formó y anduvo las jornadas de su existencia. Todavía más claramente se refleja en el idioma peculiar la fisonomía espiritual de las gentes que le hablan"... "Tan ingenua, tan íntima, tan efusiva e indeliberada es la corriente donde con el hablar van fundidos el sentir, pensar, sufrir, gozar, pujar o ceder, que no veo resquicio por donde pueda meter sus raíces la duda de si algún día se divorciaran el alma y la lengua de la nación. Sólo la muerte desintegra la unidad orgánica de los seres que alientan." (226) Luego, y una vez que ha remarcado el hecho de que cada lengua se ha formado y desarrollado en "la perenne necesidad de nuevas denominaciones para las cosas" y que "grandísima parte de labor tan maravillosa hizo siempre el pueblo anónimo, sin intentarlo de propósito" (227), Maura acepta que "Ocurrirán en número desmedido neologismos y adopciones de voces exóticas, señaladamente para el tecnicismo de artes y ciencias", pero apunta que "El habla de los clásicos no es sino el castellano que siglo tras siglo la raza entera, en mayor medida el pueblo que los doctos, hizo verbo de su espíritu" (228).

A partir de aquí, Antonio Maura y Montaner refuerza con la exposición de sus propias ideas el corpus ideológico de Ricardo León sobre la relación de lengua, pueblo y nación". Así, subraya Maura que "La lengua es, más que representación, exteriorización directa del alma misma de un pueblo o

una raza” (229), y ante posibles adulteraciones de la lengua advierte: “Por dicha, no siendo el idioma hechura arbitraria de los hombres, tampoco acaban con él las ofuscaciones de éstos. En pasados tiempos otras crisis padeció la pureza del idioma, y tuvieron correctivo natural en el arraigo popular, y también en el asentado prestigio de los grandes escritores... La compenetración del idioma con el espíritu de la raza le atribuye vigor ungénito para eliminar tarde o temprano lo que no admite asimilación orgánica” (230). Y concluye el mentor de Ricardo León, después de criticar a quienes han creído en la posibilidad de eliminar fronteras y unificar culturas, “la lengua castiza de Castilla es todavía más imperecedera que una soberanía política y que una nacionalidad; es nexo congénito y verbo común de toda una raza” (231).

Con este frontispicio de ideas conservadoras claramente expuestas por Maura en su prólogo, Ricardo León inicia *La voz de la sangre* con el capítulo titulado “La lengua clásica y el espíritu moderno”. En él se comienza por evocar en la mejor tradición modernista y conservadora la figura del polígrafo, arquitecto, geógrafo y orientalista Eduardo Saavedra, investigador del solar numantino y arqueólogo que, mientras construía caminos nuevos por las llanuras celtibéricas, exploraba “los vestigios de las muertas civilizaciones bajo la corteza rugosa de los campos castellanos” (232). Y del que León -posiblemente deseoso de haber podido emularle en sus saberes varios- resalta “su profundo sentimiento religioso” y “viril patriotismo” al escribir volúmenes como *Obras públicas y monumentos de la España antigua* y *La invasión de los árabes en España*.

Enseguida pasa Ricardo León a ocuparse de un problema en ese tiempo muy debatido en los círculos derivados del modernismo hacia el conservadurismo idealista, el problema de la compatibilidad o no de la lengua clásica y la sensibilidad moderna. Y se pregunta nuestro escritor “¿Es menester acaso cerrar esos libros -las obras príncipes del Siglo de Oro- con siete llaves como el sepulcro del Cid, según mandan ahora, y

fundir la lengua de Castilla en nuevos crisoles para acuñar holgadamente las novedades de nuestro siglo” (233). Y tras criticar a los ingenios modernos y poco castizos, señala que “hay quienes, llevando el ímpetu marcial a sangre y fuego, no sólo recusan la autoridad de los clásicos y rechazan el Arte (es decir, las leyes y disciplinas de la forma, los preceptos y reglas de componer), sino que arremeten, a nombre del pensamiento, contra la materia natural del Arte y la forma, contra el lenguaje mismo, queriéndole someter al licencioso capricho individual. Acaso de todas las rebeldías, ésta es la más ciega y perniciosa...” Frente a esta desviación, el escritor afirma tajantemente que “La forma en el Arte es la púrpura de la Belleza, el símbolo de su estirpe y dignidad: con él no se esconde ni se oscurece el pensamiento, antes bien, se le rinde mayor y más público homenaje” (234). Prosiguiendo en esta visión idealista y sin fisuras al remarcar con un lirismo tardorromántico que “La generación de lo Bello responde a la misma ley de la vida: fenecen los individuos, las civilizaciones, las costumbres; evoluciona la Humanidad, alumbra nuevas aguas, abre nuevos surcos; pero los tipos ideales y las formas perfectas permanecen incólumes como supremos dechados, como efigies de la eterna Hermosura” (235). Y en cuanto a técnica, normas y disciplina dice que “Todas las artes tienen su fundamento y raíz en la Naturaleza; más de ello no se infiere la nulidad de la disciplina, pues las aptitudes naturales se ejercen con más pujanza y primor cuando las rige un prudente y luminoso magisterio” (236). Después apoya el clasicismo grecolatino frente al “seudoclasicismo francés”, y ensalza el legado del Renacimiento, el resurgir clásico de Goethe y los logros del Romanticismo en Leopardi, Romanticismo en Leopardi, recordando que “La belleza de la forma es inmortal, no pasa de moda nunca” (237).

Esta visión idealista de la literatura se complementa en Ricardo León con una devoción por el trabajo con arreglo a una norma y a unos canones, como indica al señalar que “El sentimiento es la semilla preciosa del Arte: nuestro

corazón ama la belleza, pugna por alcanzarla, como el ave cautiva salta por subir al cielo. Pero la sensibilidad no es suficiente. Todos los hombres son más o menos sensibles, y, sin embargo, ¡ved que pocos los poetas, qué pocos los artistas que merezcan nombre de tales!”... La sensibilidad no les basta para serlo... es un arpa donde duermen las notas y requiere una “mano de nieve” a lo Bécquer... “Y esta mano de nieve es la emoción; pero tampoco la emoción natural y abandonada a sí misma, sino la emoción templada, dirigida y gobernada por el Arte. Sin el Arte, la emoción es una mano torpe y dura” (238). Todo ello, según León, “no contradice la sentencia de que el poeta nace; antes bien, la confirma y corrobora, pues el poeta es el ente privilegiado que nace para sentir las más puras y soberanas emociones, y por esta es esencialmente poeta; pero no canta, como el ruiseñor, por natural instinto, sino por modo más alto y complejo: por naturaleza y arte”... “la eterna verdad del precepto de Horacio: nada vale el Arte sin ingenio, ni el ingenio sin el Arte” (239).

Reitera y amplía luego Ricardo León su idea de que “Una literatura nueva y original, de honrada inspiración... no puede ser enemiga de la literatura clásica ni incompatible con la lengua del siglo de oro. El clasicismo castellano es la más dichosa y fecunda unión que se ha hecho en el mundo de las dos grandes corrientes estéticas de la Historia: del helenismo y el cristianismo, de la hermosura de las formas y la profundidad de los sentimientos” (240). Y defiende más tarde y con toques de populismo los principios conservacionistas y tradicionalistas: “Aun late en nuestros corazones modernos la tradición castiza, y vive la lengua de Cervantes con su antiguo sabor, no sólo en el Quijote, sino en boca del pueblo (que es su señor natural), fuera de los centros urbanos, donde la destrozan bárbaramente” (241). Junto a estas afirmaciones, vuelve con rapidez a reiterar también Ricardo León la doble composición de idealismo y realismo que a su juicio caracteriza a la literatura y el espíritu clásicos castellanos, al subrayar que “Rasgo esencial es del genio español la

virtud que tiene para juntar el realismo más crudo y humano con las efusiones más sublimes del idealismo espiritual... Acrisolada la lengua de Castilla por almas y brazos de puro temple, amasó también idealismo y realismo en su inmortal encarnadura, y fue apta, recia y sensible para decir con las palabras más comunes los más complejos e ideales pensamientos” (242). Reitera luego el escritor como los dos componentes básicos de la literatura y la lengua españolas son por un lado “la vena caudalosa del Renacimiento”, y por otro “el realismo castellano, la tradición genuinamente castiza”... "acentuándose, como es lógico, el realismo en los géneros populares” (243). Por último, Ricardo León trata en el capítulo cuarto de su texto “La lengua clásica y el espíritu moderno” de uno de los asuntos que más llaman su atención en esta época, el debate acerca de lo que es verdaderamente moderno en literatura. Afirma así que “Moderno es distinto de contemporáneo; mas la mayor parte de los que se llaman a sí mismo hombres modernos, quieren decir que son contemporáneos, esto es, actuales, en el sentido más próximo, limitado y torpe de la palabra”... “Para ser íntima y verazmente moderno, conviene huir de las corrientes superficiales del siglo y descender a las capas serenas y profundas, que, siendo actuales y vivas, son también de todos los tiempos”... “Sólo de esta suerte, desdeñando el instante que huye, para abarcar de golpe lo pasado y lo porvenir, se es hombre moderno y, a la par, hombre de espíritu” (244).

Y extendiendo estas apreciaciones indica curiosamente nuestro escritor que “Tres vivas inclinaciones singularizan nuestra época y le dan carácter impetuoso y bizarro; tres fuertes impulsos, cuyas raíces, aunque son bien robustas y antañonas, hallan más dócil tierra y más viciosa nutrición en el suelo abonado y ardiente de nuestro siglo... la democracia en sociedad, el criticismo en la Ciencia, el romanticismo en el Arte” (245).

Pasa después Ricardo León a ocuparse de cuestiones básicas de la lengua y la literatura, comenzando por señalar que “Desde un punto de vista general y filosófico, las palabras son los símbolos de las ideas, no las ideas

mismas; merced a lo cual cambian las ideas, pero sin destruir por ello las palabras; antes bien, vivificandolas al henchirlas de conceptos nuevos” (246). Y enlazando con anteriores observaciones precisa que “Viniendo a nuestro romance castellano, aun es más fácil conciliar su genio con el espíritu del siglo. De los tres caracteres que en el mundo moderno sobresalen, dos de ellos, la índole popular, democrática, y el romanticismo individualista y peregrino, fueron siempre rasgos peculiares y profundos de la sociedad española en todo tiempo: acuñados están con vigorosos troqueles en la castiza tradición, en las costumbres y el idioma, desde el *Poema del Cid* hasta los *Episodios nacionales*. Pocas literaturas habrá en que, sin mengua del magisterio clásico, abunden con tan indómita lozanía los escritores independientes, los curiosos, andariegos y pelegrinos, las vidas novelescas y desgarradas” (247).

Posteriormente, en el capítulo quinto de “La lengua clásica y el espíritu moderno”, apunta el escritor que “La idea más profunda, la abstracción más difícil, el más tenue matiz, pueden hallar en nuestro viejo castellano la más perfecta expresión, sin que pierdan un átomo de su esencia metafísica, ganando con las palabras en transparencia y nitidez” (248). Para finalizar resaltando que “Si, como dicen todos, el rasgo principal del espíritu moderno es la inquietud, la rebusca angustiosa de lo Infinito, ¿dónde habrá una lengua que exprese la inquietud y el ardor como la lengua española, acostumbrada a escrutar en las tinieblas de la Noche los relámpagos de la eterna Luz , elevándose a las más puras contemplaciones de la Verdad?” (249).

Alguna que otra consideración incluida en el segundo apartado de *La voz de la sangre*, titulado “Patria, fides, amor”, resulta también de interés para conocer el ideario de Ricardo León; como por ejemplo las relativas a la formación del ser y la cultura españoles. En este sentido afirma el escritor que “El estudio de nuestro romance, que no nació, según parece, del latín

moribundo de los retóricos...sino engendrado en las puras entrañas de aquella recia matrona (la del sermo patrius) al empuje fecundador y brioso del latín plebeyo; los vestigios de esa cultura aborígen, con monedas y leyes, arte, idioma y alfabeto propios, épica legendaria, lujo civil... todo viene a restituir su fuerza y autoridad al arquetipo de la civilización ibera, firme cimiento de la Raza, no bárbaro y agreste como algunos dicen, antes bien, candoroso y juvenil, sinfonía heroica de España donde por cima del fragor de los broqueles se oye el alegre repicar de los crótales tartesios... Aunque el injerto latino floreció al cabo intensamente en la Península, ello prueba cuán cultivado se hallaba el terreno, cuán madura la civilización indígena para ceñir la toga de una cultura superior” (250). Y concluye, en línea con esta reivindicación de lo primigenio español, algo más adelante: “por mucho que exageren ciertos orientalistas, es indudable que la civilización hispanoárabe tuvo menos de árabe que de española: fue una cultura ajena al carácter semítico, desarrollada merced al choque con la raza vencida y al influjo del medio ambiente” (251). Al margen de las ideas contenidas en los apartados tercero -”Pene Lingua”- y cuarto -”El teatro de los hermanos Quintero”-, y que no cambian decisivamente la visión que sobre el corpus ideológico de Ricardo León respecto a la cultura y la lengua se pueda ya tener, cabe señalar algunas apreciaciones del escritor insertadas en el quinto y último capítulo, “La escuela del patriotismo”, dedicado “al Maestro” Marcelino Menéndez y Pelayo con motivo de su muerte. Aquí, Ricardo León advierte que “el hombre, semejante al árbol, es más fuerte, más recio y más frondoso cuanto más profundas tiene sus raíces en el terruño nativo. Más es un hombre de su tiempo y más trasciende a lo futuro cuanto más ahonda en las entrañas de su tierra, de su patria, de su historia, de su tradición” (252). Y luego, en un alarde de tardorromanticismo y modernismo remarca: “es preciso batir la costra de los siglos para dar con las fuentes de la Historia. Es fuerza remover las ruinas y levantarlas con amor y abrir la tierra madre y

descender a los sepulcros y escuchar sus voces inefables, y calar muy hondo en lo que fue, para aclarar lo que es y concebir lo que será. No hay ciencia sin experiencia, ni Patria sin tradición” (253). Dentro de esta posición tradicionalista y por derivación españolista, Ricardo León manifiesta que “Vivimos ahora más que nunca, en un ambiente artificioso de rutinas progresistas, de lugares comunes y frívolas paradojas”... “Al conjuro de una palabra, europeización, tan presuntuosa como vacía de sentido y hasta malsonante, se ha levantado la eterna legión de noveleros y parlanchines, para los cuales no han existido jamás ni las obras del Maestro (Menéndez y Pelayo) ni la Historia de España”... “¿Somos una tribu salvaje de Africa, una ínsula del Extremo Oriente, una momia protohistórica, un pueblo tan senil o tan bárbaro y niño que necesita una infusión de savia europea? ¿Dónde nutrió su pensamiento Menéndez y Pelayo, principalmente, sino en las entrañas de la tradición española, que es quizá la más pura, la más limpia, la más honrada, la más Europa de los pueblos latinos?”... “¿Qué nos puede enseñar Europa, en punto a ideas raíces, que no tengamos ya olvidado, de puro sabido?” (254). De aquí infiere y afirma el escritor que “Lo que nos urge es restaurar la olvidada, noble y genuina cultura española, incorporándola y fundiéndola al progreso material del siglo en que vivimos. Lo que nos toca es trabajar sobre el cimiento milenario de la casta, españolizando las cosas nuevas” (255).

Es evidente la deuda doctrinal de Ricardo León con Marcelino Menéndez y Pelayo, deuda que reconoce y que supera las ideas del “Maestro” sobre el progreso para situarse en gran parte del núcleo de pensamiento de todas las obras del autor de *La voz de la sangre*. Respecto al progreso y al arte en relación con éste, Menéndez y Pelayo señalaría dentro de una visión mística general en su *Historia de las ideas estéticas*, tomo VIII, capítulo quinto, que “Jesucristo es el ideal vivo y eterno del arte y de la humanidad... Verbo de Dios encarnado, Imagen de la substancia del Padre y esplendor de su gloria, centro vivo del Arte y foco eterno de la belleza”, y

después precisaría que, entre las tendencias “que pervierten y extravían”, se encuentran “el vergonzoso mercantilismo literario, la ola de materialismo, sensualismo y positivismo que amenaza matar toda abnegación, toda luz del ideal, todo entusiasmo” (256).

En realidad, la idea de Ricardo León sobre el progreso se alimenta no solo del tradicionalismo a lo Menéndez y Pelayo, sino también de los presupuestos declarados por Ramiro de Maeztu para lograr la modernización de España desde unos principios a la vez útiles y tradicionales; es en este sentido en el que Maeztu hablaba de impulsar un proceso de modernización -industrial, financiero y agrario- capaz de dotarse de sus propias herramientas culturales e ideológicas para lograr la estabilidad y el orden social, revitalizando la cultura católica tradicional. Por su parte, Ricardo León termina su texto sobre Menéndez y Pelayo recordando en una imagen muy tardomodernista que las obras de éste son “riquísimos panales donde escanciaron sus almíbares todas las solícitas abejas de España, libando en todas las flores de la cultura universal” (257). Y cierra el volumen *La voz de la sangre* con una recomendación final y para él decisiva: “Amar a la patria: he aquí el único remedio de nuestras pesadumbres. Es preciso enseñar el amor de la Patria, el amor y la fe de la estirpe. Quien no ama a la Patria no puede ser siquiera un hombre honrado. Un mal patriota es un traidor a Dios, a sus padres y a sí mismo. La Patria temporal es la imagen de la Patria eterna” (258).

El curioso y esclarecedor volumen titulado *La capa del estudiante* aparece en 1921, editado por V.H. Sanz Calleja, a modo de

imaginaria obra recopilatoria de textos periodísticos y artículos escritos por Ricardo León en su juventud malagueña y santanderina -y radical- (hasta 1909). A tal fin, León se inventa, tal y como observa Ara Torralba (259), la existencia de una revista estudiantil y crítica llamada *La capa del estudiante* -cabecera que toma de una publicación que había creado en Málaga 1877 el periodista y literato José María Crouiselles-, y sitúa en ese marco una serie de textos y artículos pretendidamente escritos en su juventud. Estos textos no tienen referencias claras en cuanto a fechas y datación, los personajes a los que se crítica o dibuja parecen pertenecer a una Málaga modernista y sumida en luchas caciquiles entre bandos políticos, pero tampoco son en principio claramente reconocibles, y el lenguaje resulta algo anacrónico incluso para el tiempo en que se pretende que los textos fueron escritos. El título de este volumen está además tomado de un libro de Eduardo Lustonó publicado en Madrid por Gaspar editores en 1880.

La segunda edición de esta creación de nuestro escritor apareció en 1929, como tomo XIX de las *Obras completas*, en Madrid y a cargo de la casa Hernando; mientras que la tercera -subtitulada "(Páginas de la juventud)"- se publicó en 1944, por las ediciones madrileñas Librería General de Victoriano Suárez.

Como edición definitiva, esta tercera incluye cuarenta y un textos breves, de lo más variado, y que van desde el artículo de costumbres a lo Larra hasta la crítica teatral, apuntes de ambiente social o incluso declaraciones ideológicas o estéticas en las que lo radical se entremezcla con lo conservador. El libro se divide en cuatro partes, tituladas respectivamente "La capa del estudiante", "La romería del verano", "Del teatro y del libro" y "Política de ayer y hoy"; agrupándose bajo cada una diferente número de textos cortos, y siendo las más reducidas -pero también las más reveladoras de los pensamientos del escritor- la segunda y la cuarta.

El prólogo de esta obra -que ya lo fuera de la segunda edición- intenta explicar el porque de de la publicación de la misma, y comienza por evocar una época del autor en la que éste andaba “viviendo al triste azar, a la bohemia, estudiante con ribetes de pícaro, poeta a ratos, a ratos periodista, y siempre con más sobra de orgullo y de ilusiones que de salud, venturas y dineros” (260). Sin embargo, advierte que “Con ser aquellos años tan duros y crueles, no cambiara yo entonces mi capa de estudiante, llena de remiendos, por un manto de rey; ni por altos blasones mi apellido de hidalgo de gotera”. Enseguida remacha con un tono ya clásico en este tipo de libros que “Ahora, después de muchos años... lleno de canas y laureles... vuelvo los ojos al ayer... No bastan glorias ni laureles a llenar vacíos del corazón ni del hogar; no bastan honras ni dineros a suplir el divino tesoro de la juventud que se fue; no corresponde la posesión de las cosas logradas a la entrañable poesía, al romántico ardor con que se sueñan y desean.” (261) Pasa luego a dibujar un cuadro de sus orígenes, con cierto tono de disculpa solapada por sus radicalismos y devaneos juveniles, ante un camino literario intuido entre un futuro incierto y una favorable predestinación; un cuadro de tintes neorromanticos en el que destaca: “De aquellos tiempos peregrinos... recuerdo con singulares emociones, más que las aulas y aventuras estudiantiles, las redacciones de los periódicos; aquellos periódicos de Málaga y Santander que fueron testigos y camaradas de la mitad más pintoresca de mi vida, mi vida oscura y provinciana, mis años de escritor y de escribiente, de poeta de acción y de pasión, cuando no imaginaba, ni siquiera en sueños, cambiar mi capa de estudiante por las severas palmas académicas” (262). Y añade: “Periodista desde mis quince abriles, harto precoces y lluviosos; director de un diario político antes de ser mayor de edad, escribí a trochemoche crónicas, soflamas, cuentos, revistas de teatros, de libros, de salones... hice, en fin, cuanto es forzoso hacer al pobre periodista de provincias para ganar el pan y la sal”. E igualmente

reconoce: “nunca perdí mis añejas aficiones a este pícaro oficio de periodista andante” (263).

Tras estas consideraciones, justifica Ricardo León la publicación de *La capa del estudiante* a través del gastado recurso de peticiones de otros, y así explica como “Viejos, leales amigos de Santander y de Málaga, testigos de mis andanzas juveniles, me han dicho así muchas veces: ¿Por qué no publicas en un libro aquellas cosas de tu pasada mocedad, albores y centelluelas de tu labor presente, robándolas al olvido en que cayeron con las hojas fugaces del periódico? Nunca serán tus obras completas si les falta lo que es antecedente suyo y rasgo precursor... durante más de quince años, trabajando sin tregua en los periódicos, llenaste rimeros de cuartillas, que hoy no cupieran holgadamente en una docena de volúmenes. ¿Por qué no eliges, pues, de esas cuartillas las menos vulgares y estridentes... Con y algunas otras de hogaño, también de carácter periodístico, bien podrías colmar un tomo que reflejara esa época desconocida de tu historia: tus largos y oscuros años de cronista”. Subraya en consecuencia con rapidez León en este prólogo: “Y aquí tienes, lector, el cómo y el porqué de este libro... libro tejido, casi todo él, con pedazos de mi muerta juventud, con aquella mi capa de estudiante, pobre y llena de remiendos, pero orgullosa como manto de rey” (264).

La siguiente parte del prólogo anuncia que “Agotada en pocos años la primera y copiosa edición de este librejo, y animado el autor a reimprimirle a instancias de amigos y lectores, se añade aquí un buen número de páginas que de puro viejas, desconocidas u olvidadas pueden traer un cierto color de novedad... las tales piezas, aparte las más indómitas y cerriles, aunque ya casi todas domesticadas por el tiempo, han perdido sus uñas y sus hieles, hoy se incluyen en esta reimpresión, poniendo en el primer lugar algunos desgarrones de cierto papel, parodia o caricatura de periódico, intitulado también *La Capa del Estudiante*, periodiquillo socarrón, de los de rompe y rasga, y embozado hasta los ojos, del cual se publicaron en el mayor

secreto hasta media docena de números. Junto a las prevenciones y el misterio que impregnan estos párrafos, el escritor concluye su autodefensa respecto al volumen *La capa del estudiante* indicando que “así como un drama, una novela, un libro que nace de la mente creadora al modo de las criaturas vivas, como un organismo independiente, no admite novedad ni alteración sino en casos muy excepcionales, y ello con mucho pulso y con peligro mortal si se le toca a fondo, en estos otros libros de aluvión, sueltos y desparramados de suyo, cabe toda suerte de alteraciones y mudanzas” (265).

La primera parte de la obra se titula igual que el libro, “La Capa del Estudiante”, con el subtítulo de “Órgano de la tuna, periódico impolítico, atrabiliario, intermitente y nocherniego”. Se inicia con el texto “Nuestro programa”, donde Ricardo León parece esbozar las líneas editoriales del susodicho -e imaginario- periódico. Anuncia así: “No, señor. Nosotros no venimos a llenar ningún vacío, ni en la Prensa ni en ninguna otra parte. Sobran periódicos en este desventurado país. Sobran la mitad, por lo menos, de los que se publican en España. Daltan, en cambio, periodistas, hombres que sean algo más que zascandiles, ganapanes o aventureros de la pluma. Y faltan, sobre todo, lectores: ciudadanos que sepan leer y ciudadanos que sepan lo que leen”... “Ni siquiera aspiramos, como otros pobretones menos vergonzantes, a llenar vacíos de nuestra propia indigencia; que este oficio de periodista, fuera de la Corte, de la política y de todo contubernio con truhanes, mercaderes y caciques, viene a ser uno de tantos modos de vivir que no dan para vivir, una profesión hartamente socorrida que la del azacán o la del zapatero remendón, hartamente lucrativa y honrosa que las que ejercen con tan buenos frutos los salteadores de caminos y de haciendas (públicas y privadas), los tomadores de bolsillos y relojes, actas de diputados y carteras ministeriales” (266). Junto a esta primera toma de posición crítica, se lanza con tonos radical-grandilocuentes que una diatriba contra “los farsantes”, al señalar: “Contra ellos venimos... contra esa turba

de figurones del gran retablo nacional; contra ese corro de danzantes de la política y de la prensa; contra esa muchedumbre de histriones y bululús del parlamento, del foro y de la plaza pública, cómicos de la legua, chusma de tablado y de circo, volatineros y prestidigitadores de la opinión, de la literatura y del arte” (267).

Tras lo cual, remarca un tanto dramáticamente León: “Nacidos nosotros a la vida pública, es decir, a la vida airada, en estas lúgubres postrimerías del siglo XIX, tan llenas de horror y podedumbre” (268), y adelanta su conservadurismo latente bajo un barniz radical al afirmarse él y sus hipotéticos compañeros como “Españoles castizos, pero a la moda y manera de este tiempo (y aquí si que es verdad lo de la copla: Cualquiera tiempo pasado fue mejor); mozos sin juventud, Quijotes sin ideal, místicos sin fe, poetas en prosa vil, ingenios desazonados, a la par antiguos y modernos, audaces y pesimistas, clásicos y románticos, tímidos y valientes, acres y dulces, sensibles y socarrones, traemos en el alma y en la sangre con los virus de las presentes decadencias, los posos y los turbios del pretérito, las heces del ayer y del hoy. Así es de amargo y triste nuestro vino” (269). Y prosigue en un ataque de nihilismo muy tardomodernista y en el que se cobija una inclinación nietzscheana de la que curiosamente abjurara luego, en su madurez plenamente conservadora: “educados en las malas escuelas de *El diablo mundo*, *El estudiante de Salamanca*, *Don Juan Tenorio* y el *Pobrecito hablador*... Con todo, aquellas tristes generaciones de ateos y suicidas aun creían en algo. Creían en la paz de los sepulcros. Nosotros no creemos ni en eso. Tan incrédulos y burlones somos de la muerte como lo somos de la vida, de la felicidad, del amor, de la gloria, de la virtud y de la ciencia. Más allá del bien y del mal como ese loco de Nietzsche, hoy tan de moda en el mundo, nada sabemos ni queremos saber de las cosas que dan sentido y significación a la vida, profundidad y trascendencia a la muerte, luz al ayer, camino y horizonte al hoy, certero tumbo al mañana...” (270) A continuación, en otro alarde tardorromántico

manifiesta: “Milagro es también que, abiertos nuestros ojos a la luz en tiempos tan miserables, en las agonías de este siglo -otro vendrá después que lo haga bueno- y arribados a la juventud, en plena bancarrota nacional, a un horizonte donde no se ven más que ruinas y sepulcros bajo los nubarrones del ocaso, aún nos queda humor -¡cuán negro humor!- para salir por esos mundos, a costas con nuestras íntimas pesadumbres y con las malas herencias del desastre” (271). Concluye este tremendista y crítico programa Ricardo León con un detalle casi ingenuo, al reproducir como colofón del capítulo la copla de la toma denominación el libro y el imaginario periódico juvenil:

“La capa del estudiante,
parece un jardín de flores,
toda llena de remiendos
de diferentes colores” (272).

El último texto de esta primera parte de *La capa del estudiante*, titulado “Nuestro Día de Difuntos”, resulta también especialmente esclarecedor de la formación de este volumen y de la construcción de la ideología de Ricardo León. En él principia el escritor por entonar una personal elegía de Larra, al exclamar: “¡Pobre Larra, pobre Fígaro, *Pobrecito hablador*, padre espiritual y maestro de todos los periodistas y escritores de nuestro siglo agonizante! ¡Pobre escéptico, desventurado satírico, humorista mundano y elegante, lleno por dentro de amargura y de hiel! ¡Romántico infeliz, que disfrazabas tus pasiones con una sonrisa glacial; triste suicida que, en plena juventud, ya con el pie en el estribo y en vísperas de morir, paseabas tus íntimas tragedias, tu fracaso interior, las agonías de tu espíritu, por las calles de la corte, que fueron teatro de tus amores y tus triunfos, y no veías dondequiera sino el terrible ‘aquí yace’ de las tumbas! ¡Aquí yace!, decías del trono, de la libertad, de las instituciones, del crédito español, del arte

nacional...” (273). Y prosigue nuestro escritor bajo la en este caso paradójica idea de que el tiempo pasado fue mejor, o menos malo: “¿Cual no fuera tu espanto si en este Día de Difuntos de 1898 volvieras a la villa y corte, tan horrible a tus íntimas miradas en aquel del año 36?... Entonces, no todo en Madrid ni en tierras españolas era, como lo es hoy, un cementerio. Quedaban, aunque tu no los vieras, restos aun vivos de esperanza y de fe, ansias de libertad y de mejora, hondos anhelos de redención... El pueblo español no estaba muerto: vivía y muy de pies en ambos mundos, aun abrazado a las reliquias de su viejo imperio colonial” (274). Inmediatamente después precisa León: “Quien estaba muerto eras tú, pobre Fígaro, que llevabas en tus brazos por dondequiera que ibas, como el cadáver insepulto de un niño, el triste cadáver de tu propio corazón” (275). Esta imagen macabra, utilizada por Ricardo León de forma tan directa, parece recordar un hecho real y posterior a la pretendida redacción juvenil de este texto: el vagabundeo del bohemio Pedro Luís de Gálvez por los cafes madrileños de los años veinte con un bebe muerto dentro de una caja de cartón para pedir dinero con el fin de enterrarlo. Imagen ésta quizás “precoz”, y respecto a la cual hay que tener también en cuenta que el tal Pedro Luís de Gálvez fue primero sablista de León, y luego estuvo implicado como miliciano e informador del bando republicano en las vicisitudes pasadas por el escritor en Madrid durante la guerra de 1936-39.

Volviendo al texto concreto de “Nuestro Día de Difuntos”, termina éste Ricardo León con una líneas en memoria de Larra y con una composición poética inspirada en el celebre cuadro de Velázquez dedicado a Cristo. Dice así este broche final: “¡Pobre Larra! Válganos a todos, vivos y muertos, amigos y enemigos, en el tiempo y en la eternidad, la misericordia de Aquél, presente a mis ojos españoles bajo la triste figura del Santo Cristo de Velázquez, a cuyos pies, clavados para esperarnos, pongo por colofón de nuestro Día de Difuntos estos versos:

Santo Cristo expiatorio,
Cristo sombra, Cristo arcano,
que el semblante soberano
traes con velo mortuario.
Cristo de recordatorio,
Cristo del dolor profano,
divino en lo más humano
y eterno en lo transitorio.
Santo Cristo de los muertos
y de los que en plena vida
van de tu luto cubiertos,
con la faz ensombrecida,
con la cabeza caída...
¡y con los brazos abiertos!” (276)

Al margen del aroma modernista del “Cristo sombra, Cristo arcano...”, este trabajo poético de Ricardo León, que también fue publicado el día 3 de abril de 1924 en la revista *Blanco y negro* como “Santo Cristo expiatorio”, se inspira en la magnífica creación poética de Unamuno “El Cristo de Velázquez”, impreso el 8 de octubre de 1920 por la editorial Calpe en Madrid dentro de la serie “Los poetas”. El libro de Unamuno, que consta de cuatro partes, divididas a su vez en capítulos de diferente extensión -con 39, 14, 27 y 8 composiciones respectivamente- reúne en sus páginas 2.538 versos endecasílabos libres, y constituye una muestra fundamental de la religiosidad a caballo entre el modernismo noventayochista y la estética derivada de la mística tradicional. Muy posiblemente por ambas características, León debió inspirarse en esta creación unamuniana para su texto, en el que el motivo central era -no lo olvidemos- tanto la crisis del 98 como la falta de fe. De otro lado resulta reveladora la diferencia en el

tratamiento estético modernista que subyace en los poemas de León y de Unamuno. Sobre todo en cuanto a las distintas sugerencias de la imagen velada, pues mientras el primero habla a un Cristo sacrificial y negro para remarcar “que el semblante soberano traes con velo mortuorio” o también “de los que en plena vida van de tu luto cubiertos, con la faz ensombrecida...”, Unamuno describe un Cristo reflexivo y de luz, al decirle en la primera parte de su libro, cuarta composición:

“¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?” o “Blanco tu cuerpo está como el espejo” (277). Y esta diferencia se aprecia también entre el austero modernismo católico que anima a León, “Cristo de recordatorio...”, respecto al símbolo de la imagen velada, y el modernismo místico de Unamuno - lector seguramente de la *Isis, sin velo* de la fundadora de la teosofía Helena Petrovna Blavatsky-, y que llega a identificar a Cristo, dentro de la estética del modernismo ocultista, incluso con un “Águila blanca” (278) que bebe “lumbre del Sol” -composición XX de la primera parte de “El Cristo de Velázquez”-.

Otro de los textos atractivos y valiosos para conocer la evolución del pensamiento del escritor, es el que ocupa el segundo lugar de la segunda parte -“La romería del verano”- y que, escrito según indica León en Santander, lleva por título “¡Mi espada por Santiago!”. En este texto breve recuerda en primer lugar León que en tiempos de Felipe IV, el “rey poeta”, se discutió quien sería el patrón definitivo de España, si Santa Teresa de Jesús o Santiago. Fue elegido este último, y “venció la espada a la pluma” (279), hecho que explica nuestro escritor, con cierto tono antíntelectual, porque “España fue siempre un pueblo de acción, una raza militante. Aquí, el pensamiento, en vez de desarrollarse en palabras, en filosofías, en literaturas, tradújose en hechos. Según las bellas frases de Ganivet, la verdad no brotaba en España entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no consignada en los volúmenes de una Biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra Summa teológica y

filosófica está en el Romancero” (280)... el nuestro, sería así un pueblo que “A la exaltación poética prefería la exaltación de la acción” (281). Desde estos prolegómenos para situar el asunto, Ricardo León lanza una arenga programática en la que puntúa: “Hoy estamos en miserable decadencia, hoy somos una nación de parlanchines y letrados; pero llegará un día en que el poder interno y credor que todos los españoles llevamos dentro levante la cabeza y volvamos a ser el pueblo de acción, el pueblo de exaltación, el de alma ardiente y puños de hierro. Y como los tiempos han cambiado, aquella dirección de nuestro ser tomará otros cauces, y al amor a la gloria sucederá el amor a la verdad; al espíritu guerrero, el espíritu creador, y al individualismo anárquico, el individualismo interno. Y entonces es posible que se cambien las tornas y el pueblo español, en lugar de decir: “¡Mi espada por Santiago!”, diga “¡Mi pluma por Santa Teresa!” (282).

Luego, inesperadamente, León pasa a describir los festejos de un Santander veraniego y alegre, e incluso a defender muy patrióticamente la fiesta de los toros, al decir: “Yo no creo que las fiestas de toros, contra las cuales trinan moralistas austeros, sean una remora de la cultura y una prueba de barbarie. Es un espectáculo fuerte, emocional, plástico, reconstituyente de las energías y de los entusiasmos. Se funda en instintos y cualidades humanas de precioso valor: el placer del riesgo, el sentido del color y de la luz, el amor a la valentía personal, la admiración por la habilidad y la fuerza. Es el más interesante de los juegos y la más popular de las fiestas. Después de todo, lo que da valor a la vida es el constante peligro de ella, su serenidad ante la muerte, el generoso y heroico desdén con que la derrochamos... La vida, al fin y a la postre, es un drama donde los principales actores tienen que morir para producir efecto y emoción estética” (283).

Texto también interesante de este segundo capítulo “La romería del verano” es el llamado “La urbanización de los espíritus”. Este texto, como reseñamos antes al hablar de la etapa santanderina de Ricardo León, había sido publicado en la *Revista Veraniega* el 27 de agosto de 1905. En él

comienza el escritor por resaltar que “La línea recta... La geometría dice que es la más corta; pero la estética dice que es la más fea” (284), y continúa: “La geometría del espíritu es la más fea y triste de las geometrías. Tener el alma como un parque inglés, todo enano, todo uniforme, todo recortado, es una gran desdicha” (285). Desde aquí se manifiesta León, en una vía neorromántica, como enemigo de los “geómetras empotrados en el carril de la línea recta que quieren hacer del mundo un tablero de ajedrez” (286), y advierte casi patrióticamente: “estoy muy a mal con estos novísimos urbanizadores de las almas, que creen que el progreso y la civilización estriban en el método americano de las calles tiradas a cordel... El día en que yo me lance a viajar por esos mundos de Dios, tened por seguro que no iré a los Estados Unidos ni a las prodigiosas y vulgares urbes de Ultramar; iré, si, a Brujas, la muerta, y a Nuremberg, y a Colonia, y a Venecia, y a la Ciudad Eterna; buscaré lo original, lo pintoresco, lo que tenga carácter, lo que me hable con profundo acento de hombres que supieron vivir y poner en las cosas que fabricaron el sello de un grande y original espíritu”...”¡Idos al diablo, portadores de la piqueta, facedores de tableros de damas, cuantos con el pretexto de la utilidad y del progreso queréis quitar a las cosas el sabor de humanidad y de poesía!” (287). Aquí, y junto toda la declaración de idealismo estético hecha por León, se advierte además su velada admiración por la novela simbolista de Georges Rodembach *Brujas la muerta*, publicada en 1892 en *Le Figaro*.

El capítulo tercero, llamado “Del teatro y del libro”, contiene diversos textos de crítica y reseña de obras y autores, junto a perfiles de actores, músicos y artistas. Entre estos textos sobresalen por su interés para conocer la evolución del ideario estético y doctrinal de Ricardo León los denominados “Pereda, La Montálvez”, “Señora ama”, “Rusiñol, La madre” y “María Guerrero”. En el primero, y al calor del estreno en teatro de la novela *La Montálvez*, León evoca “los siglos clásicos” en los cuales “los artistas y los poetas solían ser unos excelentes cortesanos”, y una

“sociedad aristocrática escogida... daba el tono al arte y a la literatura” (288). Sin embargo, según nuestro escritor, “estallaron las revoluciones del espíritu y de las sociedades políticas; aquella casta perdió su significación histórica y las virtudes intelectuales de su estirpe, viniendo a parar, en torpe decadencia, a constituir esta sociedad híbrida, aleatoria, que hemos convenido llamar el gran mundo, y que viene a ser la caricatura de las aristocracias de antaño” (289). Y remarca al respecto que “Todos los talentos superiores del siglo han dejado en sus obras una enérgica condenación, una excomunión en nombre de la verdad, de la humanidad, de la vida, a esta clase privilegiada donde toda inmoralidad tiene su asiento” (290). Después, León recuerda como “En nuestra patria, dos temperamentos distintos han escrito su protesta en la novela y en el teatro contra la inmoralidad del gran mundo. Un jesuíta y un volteriano: el Padre Coloma y Benavente” (291). A su vez, Pereda es para León un “maestro” que demuestra en *La Montálvez* -como novela- “que es cándido y convencional esto de achacar a las clases aristocráticas todos los vicios del mundo. Desgraciadamente, todas las clases sociales están, poco más o menos, a la misma altura moral” (292). Además, Ricardo León encuentra en *La Montálvez* una inspiración para él muy querida, la de la sana vida provinciana repleta de valores tradicionales frente a la corrupción de la sociedad moderna, pues ve en esta obra de Pereda los reflejos de la figura de “un hidalgo castellano viejo”, “la vieja alma cántabra”, y advierte como ese hidalgo al visitar el gran mundo ve “una mansa ola de cieno que pasa bajo las mullidas alfombras”, y añora “su vieja provincia sencillota y honrada y ve el contraste que hay entre estos salones donde el honor, el amor, la lealtad, los sentimientos más hermosos del alma, suelen ir por los suelos, arrastrados por las colas de los vestidos, y aquellos hogares provincianos donde la fe conyugal se mantiene” (293).

El texto “Señora ama” constituye por su parte, una reafirmación de la

intención casticista que debe animar a las verdaderas letras españolas. Así, apunta León: “Yo estimo como una de las señales más características del presente renacimiento español esta orientación castiza de nuestras letras, este noble afán de todos los escritores, grandes y chicos, por acusar la personalidad de la casta en las obras que crean” (294). Recuerda al respecto que “Pocos años ha hubiese parecido empeño retrógrado y trasnochado este de remontar la corriente de los siglos y ahondar en la tierra madre hasta buscar el sólido cimiento de la raza; las modas francesas se impusieron, y una ráfaga de novelería y galicismo corría desenfrenada por libros y periódicos, a pesar del grave magisterio de un Menéndez y Pelayo, de un Valera, de un Pereda, de un Galdós, discutidos y hasta desdeñados más de una vez por la audacia juvenil. En breve espacio han cambiado las tornas, y ahora somos quizá los jóvenes los más empeñados en abandonar la triste imitación extranjera, en buscarnos a nosotros mismos en nosotros y en los antepasados” (295). Y aunque “Cierto es que abundan todavía los escritores castellanos que piensan o escriben en francés -en mal francés, mejor dicho-; pero lo español se impone”, y buena muestra de ello es para Ricardo León el caso de Jacinto Benavente, “que comenzó con ensayos de psicología femenina y sátira de salón, y ha llegado, de triunfo en triunfo, a encarnar en su persona el teatro español contemporáneo” (296).

En “Rusiñol-La madre” afirma nuestro escritor que “Rusiñol es ante todo un dilettante”, pero precisa con un tono claramente modernista: “Hablo aquí del dilettantismo en su acepción psicológica... como una disposición del espíritu muy inteligente y a la vez muy voluptuosa, que inclina el ánimo a gozar de todas las formas de la vida y del arte sin darse por entero a ninguna. El dilettantismo es la flor exquisita de las épocas sabias y refinadas, de los entendimientos superiores y complicados” (297). Consideración ésta que contrasta curiosamente con la visión que del dilettante ofrece León en la tercera parte, “Semblanza de un dilettante”, del primer capítulo, “Lección de siglos”, de su obra *Los caballeros de la Cruz*;

ocasión en la cual habla del diletante prácticamente como de un traidor al espíritu y la tradición nacionales de España, condenado al desasosiego y la tristeza por sus saberes fragmentados y su falta de fe. Sin embargo, en este texto dedicado a Rusiñol -posiblemente pergeñado antes de la aparición de *Los caballeros de la Cruz* en 1915-, León habla del diletantismo con tonos más positivos, señalando al efecto que “El mariposeo intelectual, la coquetería del talento, los voluptuosos refinamientos de la sensibilidad, fueron siempre aspectos y cualidades de los hombres sabios y complejos, enemigos de las afirmaciones, de la simetría y del dogma. La abundancia de estos hombres implica una civilización madura y decadente, una raza fina y artista, una cultura elevada” (298). Tras ello, conviene en que “La gallarda figura de Rusiñol respira ese intelectualismo refinado, exótico en España” (299), aunque advierte, como justificación de este texto, y dentro de los parámetros de la crítica modernista, que “Una ambición estética, o quizá cierto empeño de popularidad, han llevado a Rusiñol al teatro. Y Rusiñol no es dramaturgo. Su talento está en esas obras de pintor y poeta, que los cultos, los discretos, los refinados, alaban y saborean; esos cuadros que parecen la traducción pictórica de versos de Heine, de lieder de Schumann; esos cuentos deliciosos, esos libros de horas y apuntes de arte, miniaturas literarias y piedras preciosas que tan bien sabe tallar, como elegante orfebrería... La madre es una comedia sentimental, ingenua y honrada; una comedia del antiguo régimen” (300).

“María Guerrero” es un texto centrado en la figura de la actriz más generalmente aceptada de todos los tiempos en España. En éste realiza León una glosa modernista y admirativa de la actriz, a la vez que lleva a cabo una serie de breves consideraciones sobre la naturaleza y funciones del actor. Así, comienza por remarcar respecto a María Guerrero que “Su alma es una lira que tiene todas las cuerdas”, para añadir luego: “Yo la contemplo... profunda como un templo... misteriosa como una esfinge” (301) Después de estas alabanzas -raras en cuanto a la fusión entre elementos sacros y

profanos, incluso paganizantes, y su relación con una mujer-, Ricardo León pasa a afirmar que “De todas las glorias del arte, ninguna tan elocuente, tan directa, tan conmovedora, aunque sea fugaz, como la gloria del actor” (302), y señala vitalistamente -en aparente contradicción con la visión mística de la vida de que hace gala en casi todas sus obras- que, respecto al actor, “Su triunfo es completo, halagador para el hombre y para el artista, capaz de encender el alma más fría y de henchir el corazón menos vanidoso. En las esferas de la creación humana, en los triunfos de la vida, la acción es más feliz que el pensamiento. El pensamiento es tímido, solitario, temeroso; va con alas de paloma sembrando gérmenes, pero sin recoger la cosecha. La acción es la alegría de vivir y de vencer; su triunfo es más efímero, pero más caliente y embriagador. La popularidad apenas llega a los hombres de pensamiento... En cambio, el hombre de acción, el tribuno, el héroe, el actor, gozan del triunfo con todas sus potencias, sienten en pleno rostro el calor del entusiasmo de las muchedumbres, vibran al ritmo de las almas de un pueblo, gozando de la adoración personal, idolátrica, sensible, como los dioses” (303). Y finalmente, después de narrar una incursión en el camerino de María Guerrero durante una actuación de ésta en Santander, el escritor describe con pinceladas muy decadentistas la última noche de la actriz en aquel teatro de provincias: “flota en este ambiente una animación inusitada, como la de una sala de espera de estación donde suenan el ruido de los camiones y las despedidas de los viajeros. El teatro va a quedar vacío. Esta escena donde han brillado las creaciones del arte, como una vida nueva de espléndidos salones y ricas toilettes; esta sala, que durante doce noches ha ardido con el fuego dulce de tantas almas femeninas, de tantos amores y de tantos sueños, toda va a quedar vacío, con ese silencio y esa pena de los lugares desiertos y abandonados...” (304).

También en una línea modernista, y de alguna manera progresista, Ricardo León hace una defensa de la liberación de la mujer en el principio

de la tercera parte de *La capa del estudiante*, titulada “Política de ayer y hoy”, concretamente en el texto “Reinas y esclavas”, donde vierte ideas muy alejadas de las expuestas con cuerpo narrativo en gran parte de sus obras.

En este texto, indica primero que “La política de los hombres ha fracasado trágicamente en todas partes; el mundo entero está en ruinas y sólo queda la esperanza de que lo restauren las manos amorosas de la mujer. Mas para ello es preciso libertar esas manos de su vieja y forzada servidumbre” (305). Reconoce el escritor “este magno problema de la igualdad de los sexos”, y afirma que “Todos los españoles debemos ser feministas por ser españoles, por ser caballeros y por ser cristianos”. (306) Páginas más adelante advierte que “la mujer, tal como la hemos hecho, no sirve, con pocas y delicadas excepciones, ni siquiera para cumplir esa misión única del matrimonio a que la hemos relegado. La mujer actual, este vicioso fruto de tantos siglos de servidumbre y de convencionales mentiras, no sirve apenas para la conservación ni menos para la selección de la especie. Es decir, que a fuerza de suponer que la mujer sólo sirve para esposa y madre, para deleite de nuestra vida y decoro de nuestros salones, la hemos traído a punto de que no pueda cumplir ni aun esa fácil misión. El régimen sedentario, la reclusión en el hogar, la ignorancia, el atavismo y todo cuanto proviene de su condición social, han alterado la fisiología de la mujer, han envenenado las fuentes de la maternidad, han estragado el amor, han hecho de nuestra noble compañera un ridículo maniquí lleno de linfa y de grasa, de hipocresías y vanidades. Hoy una mujer no puede amar con plena conciencia a su esposo, porque no le ha elegido; no puede educar a sus hijos, porque no sabe, no puede traer al hogar más que doradas ignorancias y a la especie frustradas energías” (307). Seguidamente apunta León como “Para un hombre de entendimiento, que se ve prendado de la linda cara de una mujer, y a ella se acerca con amor y sinceridad, ¡qué desencanto en

la mayoría de los casos!, ¡qué decepción ante una damisela que sólo entiende de lugares comunes y flores convencionales, que demuestra tener el cerebro y el corazón tamaños como avellanas, que es incapaz de elevarse por encima de las plumas de su sombrero!. He aquí el porvenir que nos brindas. un hogar incómodo y un yugo soportado a duras penas, al precio de la infidelidad; nuestra esposa tendrá un nivel intelectual y moral poco superior al de nuestra cocinera” (308). Después, parafraseando a Stuart Mill -”gallardísimo campeón de la emancipación de la mujer”-, afirma nuestro escritor que “toda compañía que no eleva, rebaja, y un hombre superior se hace de menos valer cuando se asocia íntima y familiarmente con el inferior. El joven de porvenir, de talento y esperanzas, degenera en el matrimonio, pierde las alas del corazón y de la inteligencia: porque la mujer que no se confunde con él en pura comunión espiritual, le estaciona, le contagia, le anula con más brío y rapidez cuanto más íntima sea su convivencia” (309). Y culmina estos razonamiento al declarar: “¡pobres reinas esclavas!... Yo creo que, si no todas, la mayor parte sois, por naturaleza, buenas, inteligentes, dignas, en fin, de ser libres y de ser amadas; no sois mejores ni peores que nosotros; pero tenéis todos los vicios y estigmas que la servidumbre histórica os ha impuesto. Sobre vuestra bella naturaleza original hay una áspera corteza de siglos; quizá por eso no sentís la argolla del esclavo” (310).

Ya situado en esta estética liberadora, León puntualiza que “La sociedad entera se complace en fomentar el espíritu de renunciamiento y abnegación de la mujer, en repetir que sólo ha nacido para el sacrificio, para la sumisión y la obediencia, torciendo así el recto sentido de la vida, que nos dice claramente cómo cada ser nace, en primer término, para sí mismo. La mujer no debe tener más dosis de altruísmo que la que tiene un hombre justo, benévolo y honrado. Pedirle más, fundar su ética y su derecho en la abnegación y el sacrificio, equivale a imponerle una moral de esclavos” (311). Y por último anuncia el escritor muy en tonos de modernismo

revolucionario que “La necesidad y el sentimiento, esas dos palancas de la vida, harán libre a la mujer. La necesidad, cada vez más creciente, conforme avanza el progreso y la civilización se complica, empujará a la mujer a la lucha activa, a competir con el hombre en su propio campo, a disputarle primero el pan y luego la ley” (312).

El siguiente texto de Ricardo León incluido en el capítulo “Política de ayer y hoy” se denomina Un “Episodio nacional”, y en él queda de manifiesto el modernismo de su autor, dentro de una singular vía regeneracionista surgida a raíz de la crisis del 98. Así, principia León por advertir: “Tú, como yo, como todos los españoles cultos, pundonorosos, inteligentes, sufres y planes todavía la amarga tributación de la derrota; llevas aún pegado al paladar el áspero sabor de aquellas hieles de 1898. ¿Te acuerdas? Sacudidos por el temblor y la angustia de la catástrofe, despertamos a la implacable verdad” (313). Dentro de esta óptica de regeneracionismo un tanto idealista explica el escritor como “Pusímonos a hacer anatomía de nuestra madre España, gloriosa un tiempo, caída ahora, llena de polvo y de sudor, de feas cicatrices, y lo primero que nos saltó a los ojos en esta cruel vivisección fue la enorme paradoja, la contradicción absurda que existía entre la realidad y la apariencia... España en apariencia, manifestábase como un país incorporado a la vida y al derecho modernos... pero, en realidad, era España un país sin ideales, sin espíritu público, sin opinión, sin hábitos civiles, sin cultura ni disciplina, sin cohesión ni virtud.” (314) Desde aquí, precisa León como “Una sincera y dolorosa contrición, un saludable remordimiento, agitó la conciencia nacional, removi6 las espíritus: la palabra regeneración, corriendo de boca en boca, fue todo un programa; pensadores, artistas, literatos, profesores, lanzaron la buena nueva a los cuatro vientos, crearon una literatura, ya que no un partido fuerte y apto para ensayar sus nobles preop6sitos. Pero había en esa patri6tica cruzada poca fe y harto verbalismo; los precursores de la Regeneración eran, por lo com6n, tristes y pesimistas, demasiado gruñones

y desapacibles; no sabían sino negar y renegar y maldecir; la mayor parte de ellos no creían en Dios ni en su patria, ni siquiera en sí mismos. Faltaba el hombre providencial” (315).

Tras esta consideración ultrarromántica del líder, mesianico y salvador, Ricardo León utiliza por primera vez el concepto de caudillaje, que luego constituiría -aplicado a Franco- uno de los ejes del nacionalcatolicismo victorioso en la guerra de 1936-39. Proclama con claridad el escritor: “Renovar un país no es labor de pesimistas y escépticos. No aquel que niega, sino aquel que afirma, es el Caudillo, el gran cincelador de almas y repúblicas” (316). Y precisa consecuentemente, en consonancia a la vez con su devoción hacia el pasado épico de la nación -simbolizado por el Cid- y con su visión idealista del núcleo del ser español: “¿Cómo no habían de caer hombres como Costa, que llamaban eunucos a los españoles y querían cerrar con siete llaves las tumbas de sus héroes? Para salvar a un pueblo es preciso creer en el pueblo, tener fe en su capacidad y en sus destinos” (317). Esta crítica a los regeneracionistas de salón se materializa en la observación de que “Todo o casi todo quedó en literatura, en una literatura acre y rebelde, huérfana de soluciones creadoras, que no penetró en la masa social ni influyó apenas en las costumbres políticas” (318). Pero la acidez de tal crítica se eleva de tono al centrarse en lo que León llama “las izquierdas” - concepto tal vez un poco prematuro dentro de las secuelas del 98-, señalando al respecto: “Las derechas iban perdiendo poco a poco hasta el instinto de conservación. Y las izquierdas...¡Las izquierdas españolas! Ellas son lo más retrasado, lo más anacrónico y senil de los partidos contemporáneos. Por carecer sus conductores de sentido político, de sentido histórico, de ideales, en fin cayeron en la más burda rutina... manteniendo al pueblo en su incultura, distrayéndole y engañándole con espejuelos, con infantiles buhonerías, y, más tarde, con la sombra de un malhechor ajusticiado, cuya estampa siniestra pasaron por el mundo, como un lúgubre maniquí, para deshonor de la Patria, para eterno agravio de la verdad”

(319). Esta última consideración de nuestro escritor debe hacer referencia a la ejecución del director de la Escuela Moderna Francisco Ferrer Guardia a raíz de la Semana Trágica de Barcelona en junio de 1909, ejecución a la que se sumaron otras cuatro penas de muerte, tras la insurrección popular contra el envío de reservistas a Africa por el gobierno de Maura. Aquí conviene recordar que Maura era para Ricardo León el líder carismático que España necesitaba, y que la ejecución de Ferrer Guardia provocó una campaña contra aquel, tanto de los monárquicos liberales -con los periódicos *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*- como de los republicanos -con *El Liberal*-, campaña que culminó durante la sesión parlamentaria abierta con el fin de debatir los sucesos acaecidos en Barcelona en una alianza de la izquierda obrera, los republicanos centristas y los liberales monárquicos contra el gobierno maurista, que finalmente cayó y fue sustituido por el liberal monárquico Segismundo Moret -a su vez sustituido en febrero de 1910 por el gobierno liberal de José Canalejas-. Y cabe también no olvidar la inquina de pensadores de la derecha más radical, como Juan Vázquez de Mella, y de escritores como el propio León hacia Ferrer Guardia y los sucesos de la Semana Trágica.

Quizás por todo ello, y en especial por el acoso al líder conservador, Ricardo León pasa en este texto a glosar la figura de Maura, indicando primero a modo de prolegomeno que “aquellas y puras y nobles ansias de redención que todos sentimos desde el sangriento ocaso de la derrota; aquella sed espiritual con que plañían Costa y Ganivet; aquellos impetus, aquellos acendradísimos anhelos de la conciencia española en su triste y doloroso amanecer hiciéronse carne y sangre, verbo y espíritu en la persona de un caballero sin miedo ni tacha, en la persona de un apóstol a quien sus propios enemigos tejen coronas de laurel: don Antonio Maura” (320). Glosa que alcanza sus mayores y más nítidos perfiles a lo largo de una página íntegra de este Episodio nacional, al manifestar el escritor que Antonio Maura “Es el único político que tiene fe en la política, que tiene fe

en el pueblo, que tiene fe en el régimen, que tiene fe en el porvenir. El, a la par que sentía en su alma las ternuras de las antiguas virtudes españolas, los heroísmos de la espada, del cetro y de la cruz, recogía los ideales abandonados por los hombres de la izquierda, esas puras esencias democráticas, que son, por otra parte, profundamente tradicionales y castizas. El fue el único que vio, a espaldas de las ficciones, del cotarro inmoral de los partidos, de las leyes ociosas y vulneradas, un pueblo sano y virgen que era preciso educar y traer a las funciones propias de su soberanía; una clase media, ansiosa de actuar decorosamente en la vida pública. Él fue el único que, llegando a las entrañas del pueblo (con esa mezcla de místico idealismo y de sentido práctico de todos los héroes españoles), quiso -y son palabras suyas- establecer la armonía entre las leyes y la realidad de la vida, procurando que la ciudadanía efectiva llenase de substancia las instituciones democráticas. Sí; él quería hacer lo que jamás hicieron los de la izquierda en sus ensayos truculentos: la revolución. Una profunda y verdadera revolución bajo el amparo de la autoridad y de la ley; una revolución sin odio, sin dolor y sin sangre, sin hierros ni teas ni venganzas... para hacer real y efectivo el dogma democrático, para inyectar la sangre generosa del pueblo en las venas vacías del Régimen. Y él, católico, monárquico y conservador, combatido a la par por las derechas y las izquierdas, iba a hacer todo eso con encendida fe, con enorme sinceridad, ¡él solo!” (321). Después de esta larga loa a Maura, León denuncia la traición nacional e histórica sufrida por éste, subrayando con un tono premonitorio de su obra *Los trabajadores de la muerte* aparecida en 1927: “Mas sucedió entonces que los caciques de la plebe, los secuestradores de la verdad, los que viven de la ficción y la mentira, como los cuervos de la carne muerta, se alzaron todos, viendo en peligro la poltrona y la pitanza... todos gritaron: “¡Maura, no!”... Y el “¡Maura, no!” se hizo definitivo, con la complicidad de los mismos conservadores... A espaldas del pueblo, del hidalgo y genuino pueblo

español, consumóse la sorda tregedia. Eliminóse al hombre, al caballero, al apóstol” (322). Y cierra este esclarecedor texto de “La capa del estudiante” Ricardo León con un broche que parece profético respecto a la crisis monárquica de 1931 y posterior guerra del 36-39, proclamando “Lector: ¡Acuerdate de 1898! ¡Acuerdate también de 1913! ¿No te dicen nada esas dos fechas juntas? ¡Cuan pronto se olvidan las lecciones de la historia! El espectro de la odisea colonial reaparece en los yermos de Africa; la hacienda, igual que entonces, corre al abismo, al azar, a la bancarrota, tal vez. Al cabo de quince años no hemos tenido tiempo de aprovechar una sola lección aprendida con sangre de las venas y jirones de la honra. Acaso mañana, Dios no lo quiera, llegue el supremo, el irreparable, el definitivo desastre, mientras nosotros, como antaño, dormimos descuidados y alegres sobre el blando cieno” (323).

El último texto de *La capa del estudiante*, titulado “La picaresca y la política”, aparece como “Dedicado a su Excelencia Don Sancho Panza, flor de escuderos leales y espejo de gobernadores virtuosos”, y viene a ser una crítica final a la política de los conchabeos caciquiles y decimonónicos. Señala primero Ricardo León en este sentido: “Inexplicable y vergonzoso es que la Política, ciencia y arte a la par, considerada desde los tiempos de Platón y Aristóteles, y en opinión de todos los filósofos, moralistas y grandes hombres de estado, como la aplicación de los principios más puros de la Ética, haya venido a convertirse en un arte de pícaros y truhanes, en un juego de tahures, fulleros, modorros, jácaros y rufos”... “Verguenza es y maravilla, repetimos, que la noble ciencia de gobernar, cuyos principios filosóficos y morales asentaron Aristóteles y Platón en sus republicas, haya venido en los siglos presentes a semejante abyección, hasta confundirse con los arbitrios y baratos de los más infames gariteos de otros siglos. Pero esto, que es plaga común a todas las naciones, parece más extraño y bochornoso todavía en la patria de los Reyes Católicos, del cardenal

Cisneros y tantos otros príncipes y reyes, famosos por su sabiduría y santidad” (324).

Luego habla nuestro escritor de “la picardía y el arte de gobernar, oficios hoy tan asimilados en España que en realidad constituyen uno solo”, y asevera que “El político es aquí la quintaesencia y el remate y cumbre de perfección del pícaro” (325).

Seguidamente, León describe la figura de un cacique -posiblemente malagueño-, como “curiosa anécdota, política y picaril, rigurosamente histórica y auténtica, en la cual se ve, como en espejo fidelísimo, la imagen de la política española contemporánea” (326). Este “cierto ilustre cacique, famoso periodista, diputado a Cortes, señor de horca y cuchillo (léase faca y trabuco) del nuevo régimen feudal” (327), parece relacionado con personajes de *Alcalá de los zegríos* (1910), *Los centauros* (1912) o incluso *Jauja* (1928), y corresponde a un tipo social muy utilizado por León como objeto de duras críticas a lo largo de toda su obra. Es en esta tendencia en la que precisa poco después: “Caciquismo, de esa institución nacional, infame y vilísima picaresca, nervio y medula de la política española de ayer, de hoy y acaso (Dios nos libre) de mañana” (328).

Indica a continuación el escritor que “El pícaro es un producto genuinamente español, una planta indígena de nuestro suelo, un ejemplar zoológico de la fauna castiza y nacional, inconfundible con ningún otro semejante de otro país o de distinto tiempo” (329). Tras lo cual destila un cierto antisemitismo de tradición integrista católica al afirmar que “La primera y más trascendental de todas las picardías humanas la cometieron nuestros primeros padres y como herencia de perdición la transmitieron al mundo. Los herederos más aprovechados fueron, como se sabe, los judíos”. (330) Sin embargo, precisa León que “el verdadero pícaro, el clásico, el de la Edad de Oro, es español, única y exclusivamente español”... “El pícaro español, con ser, por lo común, de la plebe, cuando no de la chusma de mancebías, cárceles y galeras, es el más ilustre de los pícaros del orbe”...

“Porque el pícaro, el que dejó tan hondo rastro en la vida y en las letras, es nada menos que un hijo (nieta, bisnieta, tataranieta si queréis) del héroe, del héroe sublime de las gestas antiguas y de los viejos romances. Nieta, sí; degenerado, claro está, pero nieta al fin. No es paradoja ni humorada: es genealogía pura” (331). Y concluye Ricardo León, en un análisis muy personal del paso del héroe al pícaro y de la grandeza a la decadencia del ser nacional, que “El fuero individual, el espíritu de aventura que hay en todos los hombres no vulgares, tienen en la vida del héroe cumplida y alta satisfacción, porque el alma heroica es por esencia romántica; el caballero cristiano lucha más por la sal que por el pan, más por los ideales que por el lucro. Pero cuando los ideales fenecen, si no hay otros nuevos que los sustituyan, sólo resta la vida torpe y común, la lucha grosera por el pan, el ansia loca de dinero”... “El héroe, que antes degeneró en aventurero, viene por fin a convertirse en pícaro. Esta evolución de la vida nacional se retrata en el arte literario, su fidelísimo espejo”... “Fenecen los héroes populares y nacen los aventureros a secas; mueren los ingenuos cantores y surgen los costumbristas, los humoristas, los satíricos, los pintores de la vida picaresca y desgarrada” (332).

El año de 1921 se publica el volumen titulado *Las horas del amor y de la muerte*, por el editor madrileño Sanz Calleja, en cuyas páginas se recoge una muestra antológica de fragmentos de las más populares obras de Ricardo León. Destinado sobre todo a servir de libro de estilo para estudiantes, y con cierta vocación de obra didáctica dirigida a Hispanoamérica, este volumen sería reeditado después, concretamente en 1925, y en Madrid, por la Imprenta Artística de Saéz Hermanos, con una simbólica portada muy de la época -Parca con guadaña y Cupido con reloj de arena incluidos-. Subtitulado como *Páginas escogidas de las obras del autor*, al que además se señala en portada y portadilla como “De la Real Academia Española”, este libro comienza con un prólogo donde León se

manifiesta precisamente en contra de los libros de fragmentos o hechos a modo de antologías, si bien se disculpa de caer en tal error por las presiones bien intencionadas y el deseo de adelantarse a que algún editor lo haga sin contar con la aquiescencia del propio autor. En este prólogo, nuestro escritor comienza por advertir: “¡Tiempos vanos y miserables los presentes en que un afán de exhibición mercaderil todo lo ofusca y lo revuelve; en que al trabajo silencioso y fecundo vence la huera presunción; al puro goce del arte, la habilidad de la industria; al buen paño, a los ricos ajuares metidos en el arca, las buhonerías que relumbran al sol de feria en feria” (333). Seguidamente se pregunta “¿Qué no será esta picara, descocada y pequeña vanidad que hoy empuja a los letrados, a los poetas y escritores, aun los más mozos y noveles, a hablar de sí mismos incesantemente y salir a plaza, formar corro, confesarse a voces, pregonar su ingenio, mostrar mil veces su retrato, esgrimir su yo a todas horas, llamar la atención del transeunte como la daifa más compuesta?” (334) Y desarrollando esta exposición, con daifa-manceba incluida, continúa para afirmar que “Ya en este camino de monstruosa vanidad, hemos llegado todos a extremar de tal suerte coqueterías y arbitrios, que hoy todo escritor, más o menos insigne, ha de hacer, como remate y chapitel de sus obras completas, un libro a modo de Antología o Florilegio, dónde él mismo, para regalo de sus contemporáneos y maravilla de la posteridad, elija, seleccione y aparte la flor y nata de sus páginas, lo más precioso y peregrino de su ingenio, desafiando al Porvenir, único y severo juez de lo Presente, inexorable vengador de toda injusticia y vanagloria” (335).

Esta larga introducción sirve de antesala a las disculpas de León por la edición de un libro de retazos selectos, disculpas fijadas curiosamente como sigue: “Culpa fue de la pícara, de la espaciosa libertad de que usan y abusan al otro lado de los mares quienes no hallan coto ni ley para dar a la estampa libros españoles, contra el derecho del autor, y aun para mutilarlos y desangrarlos, dejándoles, lo mismo que al autor, en los puros huesos. Y

ante el riesgo inminente -así me avisan y aperciben- de un florilegio de esa laya, donde unas manos licenciosas corten y sieguen a su antojo, prefiero hacer yo mismo el ramillete... quise hacer de este libro, no un centón de páginas sueltas, como el muestrario de un mercader, sino algo distinto, más sólido y grave, que tuviese cierta unidad dentro de la variedad. A este propósito elegí, sin demasiada complacencia, unos cuantos capítulos completos, los que más señaladamente representasen al lector las dois cosas más serias y profundas que pueden mover el alma de los hombres: el Amor y la Muerte... El Amor y la Muerte, que son las dos llaves del Misterio, los dos más hondos filones del pensar, del sentir y del querer, los únicos objetos capaces de engrandecernos, purificarnos y redimirnos bajo el sol, en este ancho teatro de apariencias donde todas las demás cosas son vanidad de vanidades, trabajo y aflicción de la carne y del espíritu” (336).

Tras este singular ejercicio de contricción, las páginas de *Las horas del amor y de la muerte* ofrecen veintitres secuencias entresacadas de las obras de Ricardo León publicadas hasta el momento. Hiladas alrededor de esa percepción del Eros y el Tanatos anunciada en el prólogo, tales páginas integran, entre otros, fragmentos de relieve como los denominados “Relámpagos en la noche”, “La sirena de ojos verdes”, “Rosuca”, “Las glorias de Candelita”, “Claro de luna”, “El dolor de los dolores”, “La luz que se apaga”, “Miserere”, “La hora de la verdad”, “Camino de Santiago” o “Mientras se despierta el lobo”. En líneas generales la entidad de este volumen es solo documental, al margen de que evidencia el éxito de Ricardo León, parejo a su afán de ventas, y su mayor valor reside en el citado prólogo, una pequeña joya de justificación literaria ante un género -el de la antología- que nuestro escritor decia no desear.

Debida en parte al deseo de afianzar su imagen exterior, cara a Hispanoamerica, la antología escogida de *Las horas del amor y de la muerte* vino así a reforzar esa buscada dimensión ultramarina de León. Es en esa política en la que en esa época aparece también alguna que otra semblanza

de nuestro escritor en diarios latinoamericanos. Una de las más claras de éstas, en cuanto a su sentido propagandístico, es la firmada por José Ortega Munilla -el autor de las prosas tradicional-modernistas *El paño pardo*, *Crónica de un villorrio en 1890*, *Tres decenios* y *La señorita de Cisniega*- en el habanero *Diario de la Marina* el 2 de febrero de 1921 y que ya citamos con anterioridad. En este texto, incluido en la sección “Postales Españolas” de dicho periódico, Ortega Munilla habla primero de la labor editorial de Ricardo León, indicando al respecto: “El insigne novelista y académico que monopoliza hoy las purezas del estilo no se contenta con tener los aplausos del público, los laureles de la crítica y grandes éxitos de venta de sus libros en el comercio de la cultura. Además ha fundado una empresa editorial que se titula Gil Blas y en la que ha comenzado a publicar obras inmerecidamente olvidadas, una de ellas *Ave Maris Stella*, la preciosa resurrección histórica del difunto escritor montañés Amós de Escalante”. Y rápidamente pasa Ortega Munilla a resaltar el perfil literario del propio León, de quien -recordemos- dice: “Él aumenta sus bibliotecas y las hace cada día más perfectas. Cuida siempre de la forma, labora con el cincel sobre la prosa, escoge los términos más adecuados, sin que esto signifique ni pedantería retórica ni sacrificio de la idea nativa. Lo que hace es encerrar esa idea, apenas nace, en ánfora de cristal de lineamiento bellísimo. Hace poco contestaba en la Academia Española el discurso de Serafín Álvarez Quintero y acreditó entonces de nuevo la suprema elegancia de la prosa y la gracia galanísima del estilo. En Ricardo León se juntan la serenidad de Valera y la emoción de Pedro Antonio de Alarcón. Desfilan las vocales en orden perfecto; ninguno de ellos deja de contener una intención profunda... Sólo una falta le encuentro yo a mi ilustre compañero y amigo: que no confía demasiado en sí mismo... Yo le invito a que deseche esos temores. Cuanto haga será bueno, cuanto escriba será perfecto”.

La recopilación *Cuentos de antaño y hogaño* aparece en 1921 a cargo

de la imprenta de V.H. Sanz Calleja, integrada por una serie de dieciocho relatos. Su título se sitúa en una estética de modernismo tradicionalista que persistiría en algún caso hasta los años treinta, como probaría la edición en 1936 del libro de poemas *Antaño y ogaño*, escrito durante la década de los veinte por José Jurado de la Parra, autor malagueño contemporáneo de Ricardo Gil y de nuestro Ricardo León. Libro este *Antaño y ogaño* donde, por cierto, se incluían poemas laudatorios para autores tan caros a León como Manuel Reina, Núñez de Arce o Gabriel y Galán.

Entre los relatos que conformaban los *Cuentos de antaño y hogaño* de Ricardo León sobresalían los titulados “Aires andaluces”, “Un castellano viejo”, “El milagro de la seda”, “Los tres Reyes de Oriente”, “Lelia-Rosa” y “La historia se repite”. En “Un castellano viejo” Ricardo León subraya uno de sus temas recurrentes: la nobleza y firmeza del pueblo sano ante cualquier intento de imposición de falsas jerarquías, entendiendo por éstas todas aquellas que no derivan de la religión o de las antiguas tradiciones. Expone el problema de un pleito entre presunto señor y presunto villano, defendiendo la antigua tradición castellana de que vale tanto la palabra de los poderosos como la de los humildes. Narrado en tercera persona por un supuesto espectador de cierto litigio por tierras entre el labrador Juan Ruyales y el señor Don Andrés de Onís, el clima y el tono recuerdan la idea que más tarde se plasmará en la novela *Humos de rey*. Entre los principios ideológicos y de pensamiento que el autor vierte en este relato sobresalen primero los relativos a que la pobreza no invalida la honorabilidad -“soy hombre tan bien nacido como el que más, y tanto vale mi pobreza como la plata del rey”, dice el labrador-, a que el orgullo es un bien -“¿Qué nos quedara a los pobres si nos quitasen el orgullo? ¿Es que sólo pueden tener humos los caballeros?” (337), pregunta el mismo personaje-, y a que la palabra dada está por encima de los acuerdos escritos -“Palabra de rey. En diciendo yo una cosa no hacen falta escrituras” (338), afirma el tal Ruyales-. Junto a estos principios puestos en boca de un

personaje estan también los fijados por la voz del narrador, referentes a la igualdad moral entre ricos y pobres -"en tierras de Castilla, cada Juan de Ruyales, arrebozado en su capa, lleva, en lugar de la montera, una corona" (339)-, a la vigencia de un concepto de libertad popular y tradicional -"Esta es Castilla; esta es la tierra de los grandes caracteres, de las personalidades vigorosas, de los hombres tercios y libres que no sufren ancas de nadie... aquí nadie tolera superioridades ni jerarquías" (340)-, y a la caracterización racial y cultural de lo castellano -"¡Almas de castellanos viejos! ¡Almas de indómita energía para el bien y para el mal! ¡Hombres de cuarzo y de oro, recios y sensibles a un tiempo, como carne de corazón! Raza altiva y terca de reyes" (341)-. Y por último, cabe reseñar igualmente algunas advertencias críticas, como las dedicadas al peligro de enfrentamiento entre clases -"¡Pobre España el día en que se hiciesen guerra a muerte los pobres y los ricos, el pueblo y los señores!" (342)-, o las centradas en reconvenir acerca del desperdicio de las energías venidas de la tradición -"antaño, esos bríos individuales se empleaban casi siempre en acciones heroicas, en trabajos gloriosos y empresas colectivas; pero hogaño, siglo sin ideal, esas pasiones se desperdician y derraman en querellas domésticas, en disputas de campanario, en negocios de la cocina y del corral, de la despensa y de la alcoba" (343).

"Los tres Reyes de Oriente" -que sería objeto de plagio en la posguerra de 1945- viene a ser uno de los relatos más interesantes literariamente, por su estilo vanguardista y su lírica contenida, de los que integran el libro. Muy ligado a la estética abstractamente pacifista de las líneas de *Europa trágica*, fruto del viaje de León por los campos de batalla de la Gran Guerra, este relato está también en deuda con las visiones catastrofistas de nuestra civilización ya aparecidas en *La lira de bronce* de 1901, y que, con distinto sesgo ideológico, nunca abandonarían a nuestro autor. Ambientado en la Nochebuena de un año del siglo XX, "Los tres Reyes de Oriente" describe

desde un cierto futurismo una geografía de desolación causada por la guerra en los siguientes términos: “El cielo parece de ébano, la tierra, de bronce; el aire, un afilado puñal; y es el silencio tan hondo, que se oye el latir del corazón en las entrañas. Una luz, verde y cruda, rasga de súbito el horizonte lejano, cunde como una centella, se abre al modo de una rosa y cae deshecha en lágrimas sobre el manto sombrío de la noche. A esta luz siguen muchas semejantes, y a las luces, unos retumbos pavorosos, que hacen temblar la tierra, y a los retumbos, el silencio otra vez” (344). Ahonda en esta visión el autor, recreándose en contornos cada vez más apocalípticos... “la llanura se tiñe de roja claridad; los ámbitos se pueblan de voces y tronidos. Es la guerra, que cabalga en su negro corcel por los campos europeos; es la muerte que, en plena Navidad cristiana, viene a arrullar las cunas con el bárbaro son del hierro y de las bombas, a encender sus infames hogueras en la noche”. Y culmina: “a la luz de los incendios pasan las muchedumbres de soldados con un fragor de tempestad. Son legiones innumerables de todas las razas y banderas... al paso de estas ciegas multitudes se abren senos en la tierra, se conmueven las montañas, crujen los bosques, se enrojecen los ríos, flamean los aires y caen las vidas de los hombres como las mieses al golpe de la hoz” (345). Es en este círculo de destrucción en el que, inopinadamente, aparecen los clásicos tres reyes magos, cuando “Rojas lenguas de fuego tiemblan al borde del camino. Una ciudad arde en la noche” (346).

Su caravana es cercada y cautivada por “una nube de soldados, hirviente y clamorosa,” y los Tres Reyes -Melchor, Gaspar y Baltasar- son interrogados por un general y un príncipe desconocidos, quienes advierten paradójicamente a los magos que “La culta, la cristiana Europa, maestra de cobardes hipocresías; la que destruye a sus propios hijos en nombre de la civilización, del derecho y la libertad; la que puso una cruz en sus banderas y otra en el puño de sus espadas, hoy, ultrajando a Dios, se entrega a una furiosa bacanal de sangre... La paz del Señor sólo reina ya en los sepulcros”

(347). Después, los militares afirman ante los estupefactos magos que “Ya todos saben que los Reyes de Oriente no han de venir, que aquellos Magos misteriosos y benévulos que en otras Pascuas apacibles colmaban de ofrendas los zapatitos del balcón, están ahora en las trincheras y reductos, temblorosos de frío o de nostalgia, deseando matar o morir” (348). Finalmente, en un alarde crítico, León deja que en su cuento los Tres Reyes sean saqueados por los captores, para luego ser liberados y “pobres y desnudos, como el divino infante de Belén, se van para siempre, tristes y cabizbajos, haciendo voto de no volver a este mundo por todos los siglos de los siglos” (349).

En “El milagro de la seda”, Ricardo León recrea un asunto bíblico, el del pobre y paciente Job, reconvirtiendo a éste en poeta, porque “Patrimonio de poetas es el dolor y algo así como la raíz de su alma y la medula de su poesía. De poetas es padecer, con refinado y estético sufrir, tornando el daño en provecho y convirtiendo sus propias llagas en lindas perlas” (350). Junto a la apriorística valoración del dolor como un tránsito positivo, secular en los presupuestos de nuestro escritor, este relato comienza sirviéndose de trazos muy modernistas, al recordar como “La bellísima imagen del sándalo que perfuma a la segur que le hiere, es la más noble y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas” (351). Narra después este cuentecillo moral la compasión de la divinidad, quien, compadecida de un Job enfermo, pobre y abandonado, le proporciona un árbol que le da sombra y frescor, cobija su curación, y admite entre sus hojas a los gusanos provenientes de las úlceras y llagas del desgraciado. De la unión de esos gusanos, antes repugnantes, y del árbol, se presume que una morera, nacen los capullos de seda, regalo para todos los hombres y mujeres, “Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimientos de las entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados, como frutos peregrinos del dolor y de la paciencia” (352).

Las líneas de “Aires andaluces” no son otra cosa que un homenaje a la tierra de crianza de Ricardo León, quien, por cierto, se reconoce andaluz, al afirmar en uno de los párrafos de este apunte-relato: “no me toméis a mal que, a fuer de español y de andaluz, entre con mi pluma en el corro de estos donaires, y me siente, a la oriental, sobre la alcatifa de una manta jerezana, al lado de unas mozas de rumbo” (353). Ideado como una estampa constumbrista dedicada a las danzas de Andalucía, este texto refleja las influencias del andalucismo literario de Salvador Rueda, y en él se hace desde un encendido amor al terruño una definición muy peculiar del baile andaluz, diciendo de éste que “no es un moro bereber, ni es un gitano de Flandes, ni siquiera un chulo de tablado, con muchos afeites y cosmeticos; es un pastorcillo de la Campania que bebió el dulce mosto del Falerno insigne y otó las Eglogas de los ruseñores virgilianos. Corriendo los siglos, este rapazuelo inmortal, eternamente joven y alegre, mezclo a sus danzas ritmos nuevos, peregrinas canciones de pueblos bárbaros y niños, y viniendo a tierras españolas, aprendió también coplas de gesta y juglaría, romances heroicos, gacelas orientales; vistióse de almalafas y caireles, y, al escuchar los gemidos de las razas nómadas y errabundas, sintió un impulso de suavísima tristeza” (354). Junto a la inicial declaración de andaluz ya citada, este texto incluye otra rareza dentro de las obras de Ricardo León, rareza que no es otra que un explícito erotismo, evidente en sus comentarios ante las evoluciones de las danzantes. Llega así a decir, algo excitado, nuestro escritor: “Mirad esa hembra de rompe y rasga que sale al centro del ruedo, con negros ojos y negríssimas intenciones; apenas la gallarda bailadora arquea los redondos brazos, dibujando con ellos el primer envite, empieza a retozarme el alma en el cuerpo y a picarme el corazón como una pimienta... Bajo los pliegues de la falda retozan los dijes de los pies; al pasavolante de las mudanzas se ve la elegantísima pierna, desde el fino tobillo hasta el bello engarce de la corva... ¿Sabéis de otro baile que, como éste, sea libro y cátedra del amor?”. Luego, en un arranque de nacionalismo

cortés, cierra el texto con la siguiente sentencia: “Busquen otros con afán las exóticas elegancias de la Duncan; yo echaré siempre mi capa española al paso arrogante y gentil de la Musa de mi tierra, de la Pastora Imperio” (355).

Hay en este texto algo de la estela del modernismo decadente y sensualista, una estela que, filtrada en este caso por cierto sentido patriótico del terruño, fluía aún posiblemente hacia Ricardo León desde algunas obras del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), y en especial desde su *Libro de las mujeres* impreso en julio de 1911 por la casa Mundo Latino en Madrid. En ese volumen, Gómez Carrillo tiene un texto corto titulado “Varias bailadoras” y dedicado a las mujeres sevillanas, que con toda seguridad León debía conocer. Pero éste debió ser un viaje de ida y vuelta, pues en otra obra de Gómez Carrillo, *El 2º Libro de las mujeres*, impreso en 1921 por la misma editorial, existe otro texto breve, llamado “La gitana” que a su vez parece inspirado en parte de los “Aires andaluces” de Ricardo León. Sería lógica esa conexión entre ambos escritores -provenientes ambos del modernismo más cuidado y tradicional-, dado que Gómez Carrillo había logrado adquirir un perfil reconocido en el mundo literario, gracias a sus volumen de crónicas *La sonrisa de la esfinge* en 1903 y a su revista *El Nuevo Mercurio* en 1907.

“Lelia-Rosa” se presenta como un ambiguo canto a la hermandad entre razas enemigas, curiosamente entroncado ideológicamente con el universalismo pacifista del primer Ricardo León de *La lira de bronce*. Tras un primer párrafo tardorromántico: “Fue una noche de invierno, allá en los barrancos tenebrosos del Rif, después de una jornada implacable en que españoles y berberiscos, juntos en abrazo mortal, pelearon desde el amanecer, de peña en peña, de tajo en tajo, pecho contra pecho, hasta caer el sol y cubrirse la bárbara lid de sangre y de tinieblas” (356), este relato narra como un oficial “español, y como tal hidalgo” (357) recoge de una aldea en llamas a una niña marroquí, Leila, a la que traslada a España y cria

junto a su mujer e hija como si fuera propia, llamandola Rosa. A modo de interludio, tiene lugar la visita de “un moro principal, de elegante y majestuosa traza” a Madrid, donde el oficial español, el coronel Guzmán, intenta que admire los logros técnicos y sociales de la civilización occidental, provocandose una controversia muy a lo *Cartas marruecas* de José Cadalso, en la cual el jefe bereber, llamado Aben-Said, sentencia ante esos supuestos logros: “aquí olvidar las amistades, los beneficios las palabras; aquí romper juramentos, promesas y escrituras; aquí no haber paz, ni salud, ni alegría de corazón, ni tiempo de hablar los hombres con las almas; aquí no saber que Dios es grande, bueno y poderoso” (358). Retoma León el hilo narrativo y, un poco apresuradamente, relata como la joven marroquí españolizada sufre desengaños amorosos, de un novio precoz, y de un marido con perfiles de vividor ruin y presuntuoso, “político zascandil”, pícaro, “con humos de apostolado plebeyo”, que fue “diputado a Cortes por una villa histórica, y aun aspira el muy bellaco a una gran cruz” (359), cuyos perfiles resultan muy similares al José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes que protagonizaría luego la novela breve *Olla podrida*. La narración concluye, algo abruptamente, explicando que Lelia-Rosa regresó a su Marruecos natal, donde se desposó con un bereber, salvó la vida de muchos soldados españoles apresados en la derrota de Annual, y vivió feliz, pues “está mucho más interesante, guapa, graciosa y honesta con sus ropas a la moruna que con los vestidos que usaba en la Castellana, en el Palace y en el Ritz, y que no echa de menos estos lugares ni otros algunos de la corte, ni piensa cambiar por ellos, ya nunca más en su vida, ni en siete vidas que tuviera, su nido de águilas en el Rif, su zoco, su aduar, su casa ni su huerto” (360).

A partir de la edición de 1921, *Cuentos de antaño y hogaño* será objeto de diferentes reediciones y adiciones, hasta que en 1943 aparece impresa en Madrid por la Librería General de Victoriano Suárez, acompañando a la novela corta *Olla podrida* en un mismo volumen. Esta edición incluye

veinte relatos, destacando entre los nuevos textos los titulados “Los caballeros de la estepa” y “Muerte y resurrección de Don Quijote”.

El primero de ambos se desarrolla en torno a la figura de un labriego andaluz, en la Almería cercana al cabo de Gata, y constituye una defensa de la cultura de los no ilustrados, y una apología de la hidalguía del pueblo sano y pobre. Curiosamente coincide Ricardo León, sin saberlo, con la idea expuesta por José Bergamín -también católico, pero de izquierdas- en su ensayo breve *La decadencia del analfabetismo*, referido a que el valor de la alfabetización y la escritura son relativos, pues mucha de nuestra cultura se conserva oralmente y por gentes iletradas. En este sentido, León dirá a su vez primero que “no hay letras ni escrituras humanas capaces de redimir a los tontos, escarmentar a los listos ni satisfacer a los sabios”, y luego que “los más recios caracteres, los más vivos talentos naturales, las más hermosas cualidades viriles, las agudas y elegantes palabras... mejor los hallé en las gentes que no saben leer ni escribir que entre las doctas y pulidas que bullen por ateneos y paraninfos, parlamentos y academias” (361). Para después manifestar, desde una vertiente patriótica, que “el pueblo español, el pueblo no educado en las páginas secas de los libros, sino en la tradición viviente y juvenil de las razas más cultas y elegantes de la historia, que hicieron larga mansión en nuestra tierra, es un pueblo sagaz, fino cortés, inteligente, sobrio, de agudo ingenio para el trabajo y para el arte” (362).

Pero volviendo al núcleo de la narración, su personaje central, el aperador Martín Alonso es descrito como un hombre que “no sufría yugos de nadie, como no le fuesen traídos con razones muy discretas y amorosas” (363), tan libre e independiente que al conocer a su señor en el ámbito social, el duque de Níjar, y ser requerido por éste, advierte el labriego: “Yo no tengo más señor que éste, el de los brazos abiertos en la Cruz... El otro será en todo caso el señorito” (364). Reacción que es acogida comprensivamente en los párrafos finales del relato por el duque de Níjar,

quien reconoce: “dice bien. Este -y señaló con reverencia y majestad al Santo Cristo- es el único y verdadero Señor de los hombres. Delante de El todos somos iguales y pequeños. Este es vuestro señor, y el mio, y el de Martín Alonso... Al lado de este Señor, los más ilustres y empingorotados de la tierra... ¡tienes razón, Martín!... apenas si podemos llamarnos señoritos” (365).

Curiosamente, y sin que sepamos la razón, el manuscrito original de “Los caballeros de la estepa” no quedó en poder de Ricardo León como sería habitual, sino que fue donado por uno de sus amigos, Luis García Tray, a la Biblioteca Nacional de Cuba en febrero de 1927. En carta del día 1 de febrero de aquel año, conservada en el archivo familiar de nuestro escritor, el director de la biblioteca cubana, D. Coronado, agradecía a García Triay la donación con las siguientes palabras: “Tengo la honra de participarle que, por el respetable conducto del ilustre médico y literato cubano Dr. Gonzalo Aróstegui, he recibido el precioso manuscrito del insigne escritor español D. Ricardo León titulado ‘Los caballeros de la estepa’, que bondadosamente se ha servido vd. regalar a esta Biblioteca Nacional para que aquí se conserve”.

Por último, “Muerte y resurrección de Don Quijote” es una arenga conservadora, más que un relato, en el que late cierta amargura fruto de las terribles experiencias de su autor durante la guerra civil, y que más adelante observaremos. Comienza este escrito con un párrafo suficientemente indicativo del carácter general del texto: “Cundía la barbarie roja en Madrid, allá por el verano de 1936, cuando una tarde, una de tantas en que famélico, errabundo al través de la selva y de las hordas -que esto era Madrid entonces-, me senté, ya sin fuerzas, a la sombra de los árboles mustios, llenos de polvo y sed, en un banco de la plaza de España desierta a la sazón... Ya casi insensible al riesgo de aquellos días y al terror de aquellas noches, me sorprendió de pronto, como una extraña novedad, el monumento a Cervantes... La presencia del inmortal Ingenio, figurada como en alta

cumbre sobre la piedra rutilante, me hirió con singular agudeza en el trance angustioso en que me hallaba, peor que el más miserable vagabundo, extenuado por el duro trotar de calle en calle, con la cabeza pregonada como tantas otras que iban cayendo a miles bajo el martillo y la hoz” (366). A partir de este pórtico, Ricardo León va desgranando reflexiones, tomando como base inicial de éstas la consideración de que “Hubo un tiempo en que Don Quijote y Sancho, las dos profundas mitades del alma nacional, iban por el mundo en buen amor y compañía, unidos estrechamente por los vínculos de una fe común, la fe de Dios, la única que hace a los hombres libres, iguales y fraternos en la tierra” (367). Poco a poco, el escritor dibuja una estampa tremendista con los trazos habituales en él casi desde sus orígenes literarios, y dice: “Pero vinieron días en que el mal espíritu de los tiempos y de los hombres, la soberbia de los grandes, la envidia de los ruines, la ingratitud, el orgullo y todas las demás pasiones del infierno, ganaron la ingenua voluntad de Sancho Panza, soliviantaron y azuzaron su natural pancismo, su zafiedad... La chusma universal de malandrines, de galeotes y bellacos, alcahuetes y mozas del partido, cada vez mayor en España como en todas partes; la multitud de pícaros ilustres, licenciados socarrones y ociosos linajudos, amigos de hacer escarnio de las cosas más altas del espíritu, volvieron al plebeyo de tal suerte contra su amigo y señor azuzándole contra él, prometiéndole no sé qué nuevas ínsulas Baratarias y poderíos en la tierra, que un día, terrible y bochornoso día, Sancho, el fidelísimo Sancho, intentó nada menos que asesinar a Don Quijote” (368). En sus últimos párrafos, este texto condensa la ideología tradicionalista y conservadora de Ricardo León, quien exclama: “De entonces a hoy, ¡qué de tajos y reveses no ha dado el pancismo universal y el español para asesinar a Don Quijote! Nadie pudo con tan invencible Caballero, redivivo siempre por la eterna virtud de su ideal... aun le resta al vencedor una batalla tal vez más cruda que las otras: redimir a Sancho, defenderle de la canalla universal que todavía le azuza contra su amigo y señor. Limpiar el ambiente

emponzoñado por ese materialismo que hoy debe su virulencia, más que a las circunstancias económicas, a la profunda subversión espiritual del hombre moderno, trabajado por las herejías y las revoluciones liberales, gritos de guerra contra Dios, ecos estridentes y desgarrados del antiguo no servirá... Y no habrá paz duradera hasta que el héroe y el vulgo, la autoridad y la obediencia, la exaltación idealista y el sano realismo popular, limpios de malas pasiones, vuelvan a caminar por el mundo tan estrechamente unidos y hermanados como están el alma y el cuerpo” (369).

A la par que desarrolla su trabajo creativo Ricardo León no descuida su presencia en el mundo literario, y así actúa en ocasiones a modo de mentor de otros escritores, caso del tardomodernista Pedro Morante, autor de volúmenes de narrativa tan peculiares y populares en la época como *Pepita, enamorada*, *La vampiresa*, *La inútil lujuria* o *Perico en París*. Precisamente con motivo de la aparición de este último libro, publicado en Madrid en 1921 por las ediciones Larrúa-Imprenta Clásica Española, se incluyen en *Perico en París* unos párrafos laudatorios de Ricardo León sobre Morante. Tales líneas, donde se hace constar la pertenencia de nuestro escritor a la Real Academia Española, son inusitadamente generosos con la novela de Morante, de la que llega a decir: “me agrada singularmente porque rompe la monotonía de las estructuras tradicionales y revela, además, un temperamento de mucha fibra”. Al margen del juicio literario de León al respecto, estas líneas ponen de manifiesto una paradójica denuncia - viniendo de nuestro escritor- de “las estructuras tradicionales”, que revela ciertos rescoldos críticos en él, mientras se percibe también el papel central que procura tener el autor de *Casta de hidalgos* en la sociedad literaria de aquel año.

Ya en 1922, Ricardo León es uno de los escritores más favorecidos por el público, junto a José Francés, apuntando ambos como los autores más populares del momento, desde el campo conservador el primero, y desde el progresista el segundo. Las relaciones entre ambos, a pesar de las

diferencias ideológicas y literarias, parecían buenas, a tenor de la dedicatoria que Francés, con motivo de la publicación de su *Dos hombres y dos mujeres* haría a León en 1923: “Para Ricardo León, amigo dilecto, novelista

admirado, compañero apreciado. Testimonio de cariño y devoción literaria” Dedicatoria conservada en el correspondiente volumen de la biblioteca particular de nuestro escritor en la villa “Santa Teresa”.

En 1922, y tomando como base la novela corta *Amor de caridad* publicada en 1909 en *El Cuento Semanal*, Ricardo León escribe una versión larga de aquella, editándose ésta en Madrid por Renacimiento/”Gil-Blas”.

Conviene subrayar en primer lugar que el protagonista de *Amor de caridad* es Carlos, una figura con elementos del propio Ricardo León: malagueño -de nacimiento en este caso-, de similar edad -la treintena-, enfermo en la adolescencia, de padre militar y talante nietzscheano, orgulloso y modernista. Este protagonista se enamora de Sarah Taylor, hija de inglés y andaluza, dominante, perversa y convencida de ser una superhembra. Frente a ella está Amelia, sencilla y sana, que convierte a Carlos al buen camino, tras un sueño en el que chocan Nietzsche y San Juan de la Cruz. Sin embargo, Carlos recae luego en las tentaciones de Sarah, hasta que derrocha su fortuna y regresa en brazos de Amelia, que lo acoge. Así, la novela se presenta como un texto de conversión, en el que se forja un tardomodernismo católico y ortodoxo, distante del modernismo decadentista y radical-esteticista del primer Ricardo León. Tal y como observa en su estudio Ara Torralba (370), en la edición de 1922 -considerada por León como una segunda edición- Sarah pasa a ser Clara, una joven de la alta sociedad, ligera de cascos pero ya nietzscheana, y Carlos se vuelve más autobiográfico al trasluz del escritor Eduardo.

La novela *Humos de rey* aparece el 6 de junio de 1923, y en ella se narra la historia dual de un hidalgo carlista, Carlos de Araoz, conocido como “el

león del Roncal”, y un dirigente republicano, Berrocal, conocido a su vez como “el tigre cartaginés”.

Araoz tendrá el mismo lema heráldico que adoptó Ricardo León, “Morir pero no cejar”, y afronta en el seno de su familia al avance de lo moderno, liberal y extranjerizante. Incluso sus nietos son sofistas (Ariel), bolcheviques (Leandro) o esnobs y cursis (Totó y Cocolín). Su hija Berta está casada con el burgués y nuevo rico Isaac, símbolo de lo judaizante, demoliberal y antiespañol.

En estas páginas Ricardo León critica la desaparición de las tradicionales derechas e izquierdas españolas, pues los nuevos burgueses solo sirven al dinero, y los nuevos izquierdistas caen en el materialismo vulgar. Frente a ellos se sitúan el carlismo tradicionalista de Araoz y el republicanismo patriótico de Berrocal, como restos de un pasado mejor. Al final ambos se abrazan, decepcionados de sus respectivos descendientes, condenados éstos, por su alejamiento de sus respectivas tradiciones, al desarraigo y a la ruina.

De tal suerte, en *Humos de rey* narra Ricardo León la decadencia de la noble casa navarra de Araoz. En esta novela Don Carlos de Araoz, “el león del Roncal”, llamado así en la guerra carlista por defender la causa legitimista, se sitúa frente a Berrocal, “el tigre cartaginés”, defensor de la república federal. Don Carlos, abuelo-jefe de la familia que vive con él en el palacio de Valdaguila, tiene “humos de rey”, y es, o trata de ser, rey de una familia ingobernable. Se ha reservado la torre de su vivienda solariega, donde refugia su soledad y su recuerdo; en el resto de la casa viven su hijo Javier, casado con la histérica Guadalupe, y el hijo de ambos, el débil Leandro, y su hija Berta, más bien necia, con su esposo Isaac, hombre de presa y ambicioso, y sus hijos Juan -que prefiere llamarse Ariel, con sus seudointelectualismos extranjerizantes-, Cocolín y Toto, dos

niñas intrascendentes, y Lulú, un pequeño mal educado. Por último, en unas habitaciones está recogida Irene, viuda y desgraciada a quien ampara su tío y padrino Don Carlos.

Tras diversas vicisitudes y enfrentamientos de los miembros del clan, el abuelo, ante el fracaso familiar y desengañado de todo, hace donación de su fortuna a sus hijos y nietos, y se retira a la soledad de una casita en los montes cercanos, no sin antes encontrarse con Berrocal, cuyos hijos se han ido a América, y que se halla igualmente desengañado de la época en que viven, tan distinta a la de su juventud... Entonces, ambos se dan un abrazo.

El argumento tiene algo de fábula moral. Se trata de demostrar la superioridad de la generación del abuelo, el viejo carlista, y de Berrocal, el republicano, que eran creyentes idealistas y patriotas y “hombres de verdad”; frente a la de sus nietos, descreídos, materialistas, sin amor a la patria y muñecos más que hombres.

A los pocos días de salir de las prensas *Humos de rey*, nuestro escritor envió un ejemplar de esta novela a su mentor Antonio Maura, acompañado de un volumen de *Cuentos de antaño y hogaño*, otro de *La capa del estudiante* y una carta fechada el 19 de junio de 1923. En esta carta, guardada en la Fundación Maura, León manifiesta al líder conservador lo siguiente: “Mi venerado amigo y maestro: Con todo el afecto y gratitud de mi alma hago votos en el día de su Santo por que ese hogar se vea colmado de salud y venturas. Quiera Dios que el verano ya entrante les sea propicio y que en muchos años, muy felices, puedan celebrar el día de San Antonio. Le mando a vd. con estas letras el libro nuevo *Humos de rey* con unos *Cuentos* publicados ha poco y dos reediciones que casi resultan “nuevas” de puro “añejas”. En los artículos de *La capa del estudiante* incluí unas cuartillas que con el cariño de siempre consagré a vd. hace años y que acaso vd. no conozca: “El porqué del Maura si”... No tengo la pretensión de que vd. pierda su precioso tiempo leyendo cosas la mayoría, si no todas, harto baladíes, pero si en su descanso estival entretiene algún rato en hojear mis

librejos yo me dare por muy gozoso si alguna de sus páginas no le desagrada. Tanto mi mujer como yo, y todos los de esta casa, enviamos nuestros reverentes saludos a su Señora de vd, deseando su cabal restablecimiento. Reciba vd. querídisimo Don Antonio un respetuoso y muy cordial abrazo de su siempre adicto y admirador fervoroso”.

León hizo todo lo posible para que esta nueva novela, *Humos de rey*, un tanto anticuada para los gustos generales y la situación real del país, tuviera una buena acogida, y logró que incluso Ázorin prometiera ocuparse de ella. Como muestra una tarjeta postal enviada por el autor de “Castilla” a nuestro escritor el día 27 de junio de 1923, conservada en el archivo familiar de León, y donde se dice: “Cuando me disponia a comprar su libro para leerlo junto al mar, en mi veraneo, llega a mis manos la nueva novela. Gracias cordialisimas. Leeré *Humos de rey* con deleite -lo doy por seguro- y escribiré en *ABC* un artículo. Sinceramente suyo, Azorín”.

No excesivamente tratada en los diarios de la época, *Humos de rey* contó sin embargo con algunos críticos de fuste, como fue el caso de Gabriel Alomar -autor de *La guerra a través de un alma*, *El frente espiritual*, *Verba*, *La formación de si mismo* y *La columna de foc-*, cuyas líneas sobre esta novela de León aparecieron en *El Imparcial* el lunes 19 de agosto de 1923. En ellas se indica: “Bien comprendera mi ilustre amigo Ricardo León mi situación espiritual ante su última novela *Humos de rey*, que acabo de recibir. Otras veces he hablado del aspecto pesimista en la cuestión patriótica. Ricardo León es un patriota optimista. Yo soy, en esa cuestión, profundamente pesimista, y creo que, por una paradoja fácil de comprender, ese pesimismo puede resultar una intensa dinamia patriótica, como aguijón de nuestras dormidas posibilidades... La última novela de Ricardo León es la diatriba contra la extinción de toda idealidad en las actuales generaciones españolas. Nobilísima intención, sin duda. Yo siento por Ricardo León una profunda simpatia, tal vez nacida de mi gran disparidad ideologica con él. Pero ¿qué debemos entender por idealidad, singularmente en Política?

Ricardo León opone en su libro, como protagonista y antagonista, dos figuras (o mejor, dos figurones) que encarnan los ideales diametralmente opuestos que lucharon hasta la Restauración. Y junto a ellos, los personajillos de nuestras generaciones patentizan nuestra mísera decadencia”. Después, el Gabriel Alomar de *El Imparcial* advierte: ¿Cómo se mide la intensidad de los valores ideales? Por su trascendencia humana. O mejor: por su trascendencia divina. Pues bien: sometamos a revisión los ideales antagónicos de esa novela significativa: el uno es el derecho diovino del poder humano; el otro es la libertad. ¿Será necesario insistir sobre la gradación evolutiva entre ambos valores, el primero de los cuales representa una peligrosa materialización de Dios, identificándolo con la flaqueza de los poderes visibles, mientras el segundo es la dignificación de la conciencia humana integrándola en su pleno sentido de responsabilidad? Lejos de mi el negar que el materialismo actual ha inficionado a derechas e izquierdas, por efecto de haber circunscrito al terreno económico la pugna humana, y haber instaurado la lucha de clases, con separación de la sanificadora lucha de ideales. Pero las escuelas de renovación y avance rectifican, cada día más visiblemente, ese error táctico”. Y termina esta crítica de *Los Lunes de El Imparcia*” apuntando lo siguiente: “Ricardo León ha querido oponer a su protagonista otro tipo representativo: el llamado Ariel, verdadero homunculus, pedantón que reclama todos los tópicos del antipatriotismo cosmopolita y del ideal de humanidad. ¡Pero esta vez ha sido León el pintor!. Quiero decir que la habilidad de un novelista, experto en recargar las tintas, no puede servir de anatema contra los impulsos que determinan nuestra elevación colectiva. No se necesita ser Ariel para creer que el patriotismo será tanto más excelso cuanto más tienda a integral la pa[tria en la Humanidad; y tanto más pernicioso cuanto más excite a la regresión xenófoba, al delirio de grandezas, al disimulo interesado de nuestras ignominias. Si la enseñanza de una Historia tendensiosamente desfigurada no viciase desde la infancia nuestra sentimentalidad, otra sería nuestra

representación actual. Por mi parte, la natural reacción contra la mentira histórica es tan fuerte, que apenas recuerdo alguna de nuestras glorias que no me sea vivamente odiosa... En cuanto a la representación de Don Quijote como arquetipo de la historia española y de la pasión patriótica, no quiero insistir sobre lo que he tratado ya con detención. Don Quijote es el plañido elegíaco de una identidad humana, superior a las patrias, que el Caballero no pudo encontrar en la grosera realidad de su época, época de apogeo y de gloria para la visión superficial y enfática de la historia, pero época de miseria y dolor para nuestro juicio de hombres”.

En 1923, año decisivo en la marcha de los asuntos políticos del país, nuestro escritor se dedica a proyectar nuevas creaciones, al tiempo que frecuenta la sociedad literaria y afianza aún más sus lazos con los sectores del conservadurismo maurista. Poco antes del golpe militar del general Miguel Primo de Rivera, realizado el día 13 de septiembre de aquel año con apoyo del rey y de los grupos más claramente conservadores, Maura, al parecer no demasiado preocupado por el rumbo político, envía una carta muy distendida a Ricardo León desde su habitual lugar de veraneo, el santanderino Solórzano, para recordarle sus deberes de amigo. Y acompaña este texto con una referencia al veterano crítico Jacinto Octavio Picón, defensor del modernismo tradicionalista y prologuista en su momento del poemario *Aves de paso* (1904) de Manuel de Sandoval y de las *Poesías escogidas* (1916) de Manuel del Palacio, con lo cual se demuestra la relación personal entre las cabezas de la crítica, la política y la literatura conservadoras. En esta carta, fechada el día 26 de agosto de 1923, y guardada en el archivo familiar de nuestro escritor, Antonio Maura apunta: “Se me está pasando bonitamente el verano sin comunicar con usted; y no solamente estoy falto de este regalo, sino remordido de sentirme ingrato habiendo pasado tan deleitosas horas con la lectura de los volúmenes que usted me regaló el día de San Antonio. Si no me ciega el cariño, porque ni

podía ni quiero negar este motivo de recusación, es incesante el progreso de la pluma de usted, tanto más estimable cuanto más elevado estaba ya el termino antecedente de la comparación. Así es que le felicito sin asomo de cortesía, con efusiva sinceridad, y deseo, como las espero, las mayores prosperidades que mare hispánico puedan alcanzar obras literarias. Ignoro la residencia de usted, aunque supongo que no habrá permanecido en Madrid durante los calores de que vienen rigurosamente quejas. Exceptuado nuestro amigo Picón, que parece primo carnal de los ángeles del horno de Babilonia; enderezare estos renglones allá y de rebote, espero, llegaran a manos de usted. Sus objetos son enviarles mis saludos cariñosos, y un beso de padrino para el ahijado; y, luego, rogarle que me de noticias de su salud. Sería redundancia decir cuales las deseo”.

Al parecer, y según recoge modernamente el estudioso Rafael Pérez Delgado en su libro biográfico *Antonio Maura* -impreso por la editorial Tebas en Madrid en 1974-, a partir de fuentes específicas incluidas por César Silio, contemporaneo de Maura, en su obra *Vida y empresas de un gran español. Maura* -impreso en 1934 por la editorial Espasa-Calpe en Madrid-, el líder conservador no mostro en principio animadversión ante el golpe de Primo de Rivera. Según cita Pérez Delgado, tomando a Silio como fuente, Maura recibió la noticia sin inmutarse, mientras pintaba con toda tranquilidad en el santanderino Puerto del Escudo (371). Y la entente continua registrada entre Maura y León hace pensar que la posición de nuestro escritor en este asunto no sería diferente de la de su mentor. Otra cuestión sería el posterior deterioro de las relaciones entre Antonio Maura y Miguel Primo de Rivera, causadas por los intentos del general tendentes a fagocitar en su partido de nueva planta, la Unión Patriótica, a los elementos mauristas.

Por su parte, en 1924 Ricardo León se dedica a escribir su próxima novela, *El hombre nuevo*, tal y como especifica en carta enviada a Maura el día 15 de octubre de 1924; conservada en los archivos de la Fundación

Maura. En esta carta, remitida desde la cantábrica e idílica Selaya, León comunica al líder conservador lo siguiente. “Mi venerado maestro y amigo: Desde que llegamos a este apacible rincón de la Montaña he vivido como fuera del mundo, enfrascado en la absorbente labor de una novela. -*El hombre nuevo*- que por ser larga y de difícil asunto requería algunos meses de recogimiento y soledad. Aunque trabajé reciamente y sin apenas permitirme descanso, todavía habré de esforzarme para rematar el libro antes de los primeros días de noviembre, en que regresamos a Madrid. Tan asidua faena me ha tenido incomunicado con vd. a quien ya deseaba, tan de corazón como siempre, haber ido a darle un abrazo mientras se hallaba vd. con su Señora en Corconte. Mas sé, por amigos que llegaron acá no hace mucho tiempo, que, gracias a Dios, el veraneo les ha sido a vds. Propicio en punto a la salud ya que no por la escasa comodidad del balneario, y sé también que llegaron felizmente a Madrid antes del presente mes. La benevolencia inagotable de vd. mi reverenciado y queridísimo Don Antonio, habrá de perdonarme tan largo silencio y el estrambote que me permito poner a las vacaciones académicas. Ya estoy deseando, vivísimamente, retornar a Madrid y correr enseguida a ver a vd. En esta casa todos consagramos a vds., con nuestra perpetua gratitud, constantes y cordialísimos recuerdos. El ahijado, haciendo en esto honor a su insigne y bondadoso Padrino, está espléndido como un sol, singular entre muchos aun en estas tierras de buena casta y famosas nodrizas. Y tanto maría como yo con todo respeto y entrañable cariño saludamos a vd. y a su Señora, deseándoles, en unión de sus hijos y nietos, una feliz otoñada cuyo buen sabor se prolongue durante muchos años, igualmente dichosos”.

Durante 1924 nuestro escritor prepara la edición de la revista *Hispania*, cuyo primer número saldría el 15 de enero de 1925. Subtitulada *Revista de las artes y letras de la raza*, perduró 18 números -hasta enero de 1926-, siendo dirigida por León y Ricardo Bonilla San Martín, y patrocinada por el empresario de “Renacimiento” Victorino Prieto. Como reseña en

su volumen de investigación Ara Torralba (372) tuvo esta revista como colaboradores literarios destacados a Concha Espina, Manuel de Sandoval, Alejandro Pérez Lugín, Emiliano Ramírez Angel, y Eduardo Zamacois. En realidad, la cabecera *Hispania*, tan poco original, había sido utilizada con anterioridad por el ramoniano Miguel Angel Ródenas para fundar una biblioteca-editorial, donde publicaron varias de sus obras Ramón Gómez de la Serna y Rafael Cansinos-Asséns. La desaparición de la revista *Hispania* irá pareja a las muertes de Ricardo Bonilla y de Antonio Maura.

De cuidado formato, pero mucho menos lujosas que las de la revista *Voluntad*, las páginas de *Hispania* se abrían en su primer número, tras una portada dominada por una carabela roja sobre un océano de fondo negro, con un editorial donde se fijaban la ideología e intenciones de sus promotores. En este texto, que muestra rasgos del estilo de Ricardo León, se indicaba al efecto: “La propensión de la raza a la locuacidad llevó a muchos españoles a convertir el altísimo problema hispanoamericano en motivo de festines en que al yantar y la potación se juntaba, cálido y sin orillas, un mar de vacua literatura. Después, con el reflujó materialista de la guerra, vino una cohorte de *hombres prácticos* que hacen depender el acercamiento de España y las naciones de su origen de sólo el número de fardos de mercancías que intercambien”. Y advierte este editorial ante tal situación: “No estamos ni con unos ni con otros”, para luego fijar como uno de los objetivos de *Hispania* la “atracción de las juventudes de la Raza a la Universidad española para librarla del virus de París”, y manifestar finalmente: “La estirpe y la lengua factores son espirituales, y con ellos, regalo que Dios nos hizo, tenemos el deber, por la misma Humanidad, de perseguir igualmente la conquista de las zonas del sentimiento y de las de la utilidad. Al fin, si el pájaro canta y la flor perfuma, ciudadanos exigen de la materia. Que paga el espíritu, que la sublima, con rendirsele devotamente”.

Concebida a modo de cauce literario y estético entre los intelectuales conservadores de ambas orillas del Atlántico, *Hispania* dio cabida a

artículos, textos creativos e informaciones culturales de diversa indole, acompañados de noticiarios hispanoamericanos, efemerides de gestas hispánicas, vida social e incluso anecdotarios y referencias a páginas periodísticas, alguno con título de sección tan sugerente como “Del ojeo, laudos y vapuleos”. La participación de Ricardo León como autor no es especialmente destacable, y sólo cabe remarcar en tal sentido la publicación de dos fragmentos de su nueva novela *El hombre nuevo*, uno como adelanto, el llamado “Valle de lágrimas”, en el número inicial de la revista, y otro tras la edición de la misma novela, llamado “La sombra del aguila”, en el número correspondiente a julio de 1925. Sin embargo, si conto *Hispania* con aportaciones de interés por parte de otros autores, hecho que se puede comprobar al contemplar algunas de las mejores páginas de esta publicación. En el número uno, aparecían así el cuento de Concha Espina “El fraile menor”, el artículo “La vieja cultura peruana” de Alfredo Jauregui y el estudio “Las correrías de los soldados ibéricos y el origen del arte ibérico” de Pedro Bosch Gimpera. El número dos contenía el trabajo “Las bellas artes en España durante el año 1925”, a cargo de José Francés, y el número tres una interesante crítica de José María de Cossío sobre “A morgandinha dos Cannavies” de Julio Dinis, “Peñas arriba” de Pereda y “A cidade e as serras” de Eça de Queiroz. Concha Espina vuelve a colaborar en el número cuatro, con una semblanza de Carmen S. De Pandolfi, vocal del Consejo de Educación Nacional de Argentina, y Pemán escribe para el número cinco-seis el relato “Memorias de un niño chico”. Los poetas tardomodernistas Manuel de Sandoval, Mariano Zurita e Hipólito León Jordán publicaron respectivamente en los números siete-ocho, trece y dieciseis sus composiciones “La arena”, “España y América” y “Canto a la raza española”. Y los escritores conservadores José María Salaverria, Rufino Blanco y Sylvio Julio a su vez los artículos “Negociantes y escritores en América”, número once-doce, “Don Marcelino Menéndez y Pelayo”, número catorce, y “José María de Pereda”, número diecisiete.

Uno de los textos más significativos como revelador del último modernismo que aún latía en *Hispania* es el titulado “El modernismo brasileño”, firmado por Graça Aranha y aparecido en el penúltimo número, correspondiente a diciembre de 1925. En sus párrafos el escritor de Brasil afirma, al igual que Juan Ramón Jiménez en su momento, que “El modernismo no es un simple movimiento literario. Va más allá de las artes poéticas. Comenzó como una reacción estética y filosófica y procura abarcar todo el pensamiento... No nos limitamos a la literatura, que sería funesta restricción y nos empeñaría para siempre en la polémica literaria”. Finalmente, es preciso reseñar el artículo de crítica y comentarios literarios “Los libros de 1925”, escrito por Andrenio (seudónimo de E. Gómez Baquero) para el último número de *Hispania*, salido de las prensas el día 1 de enero de 1926. Ilustrado con retratos de Armando Palacio Valdés. El marqués de Villaurrutia, Azorín y Ricardo León, este texto da una imagen panorámica del año literario, citando como destacables los libros *Manual de espumas* de Gerardo Diego, *Algunos versos* de Enrique Díaz Canedo, *Santa Rogelia* de Palacio Valdés, *La nave de los locos* de Pío Baroja, *Los cuernos de Don Friolera* de Valle-Inclán, y *El hombre nuevo* de Ricardo León. También es de interés, por afianzar el carácter de proyecto cultural-conservador que tuvo *Hispania*, el artículo de Antonio Goicoechea “Maura o el triunfo de los prudentes”, incluido ese mismo número postrero de la revista dirigida por León y Bonilla.

Poco antes de la desaparición del indiscutible líder conservador que fue Maura, Ricardo León hace llegar todavía a éste, el día 8 de noviembre de 1925, una carta de reconocimiento final, guardada en la Fundación Maura, y redactada en los siguientes términos: “Mi entrañable amigo y maestro: Como que ya no he de tardar mucho en tener el gusto de ir a darle un abrazo, quiero, antes de apurar los últimos sorbos de este largo y sabroso veraneo, que ya pica en otoñada por no decir en nieves invernalizas, anticiparle a vd. con estas letras el saludo cordial de todos los de esta casa y

nuestros votos más vehementes porque las vacaciones hayan sido propicias para vd. así como para su Señora y todos sus hijos y familiares. Bien deseaba ya darle a vd. fe de vida antes de ahora, con la gratitud por la honra que nos hizo al visitarnos en Madrid puesto ya el pie en el estribo para venir a la Montaña, pero afanado en la labor de mi nueva novela, que ya tengo muy en avance, se me pasó el tiempo todo volando y sin cumplir más agradables obligaciones. Mas ya tengo en la inmensa bondad de vd. un seguro inagotable de perdón y afecto, y a él me acojo para que me indulten a la par el venerado amigo y el insigne Director de la Academia. Para ambos, así como para su hijo Don Gabriel, de quien estoy relejendo el magnífico estudio sobre la Regencia (tan lleno de escarmientos y lecciones para hoy y acaso para mañana) envío aquí el recuerdo más fervoroso y reverente. Siempre adicto suyo, con toda el alma, su servidor y amigo lleno de afecto y gratitud”.

De Antonio Maura, como sabemos gran protector de nuestro escritor, y fallecido el día 13 de diciembre de 1925, quedaron dos cartas postreras en el archivo de Ricardo León. En la primera, fechada el día 16 de noviembre de 1925, Maura manifiesta con brevedad su pesar por no haberse atrevido a marchar desde Corconte, en el campo santanderino, hasta Selaya, donde veraneaban León y su familia en la casona de la tía de nuestro escritor, Josefina Pérez de Camino y Román: “Gratisima fue para mi su carta del 8, y no lo será menos su presencia cuando regrese a Madrid y acuda a nuestras juntas de la calle Felipe IV, en donde nada excepcional acontece. No pude satisfacer durante mi moranza trimestral en Corconte, mi deseo de visitar a usted en Selaya, porque el camino era, de ida y vuelta, desmesurado para un día, y no podía yo pernoctar fuera. Lo que más importa y celebro es haber tenido salud, por y para nosotros, durante el verano”. La segunda carta, sin fecha pero por su contenido también de finales de 1925, es la última de Antonio Maura conservada en el archivo de la villa “Santa Teresa”, y en ella el anciano político hace una pequeña pero breve apreciación definitiva de la

obra de Ricardo León, al señalar: “Concluyo ahora mismo la lectura de *El hombre nuevo*, y necesito abrazarme a usted con efusivo entusiasmo, he de enviárselo encomendado a estos renglones. El primer capítulo y el final colman, para mi, al menos, la medida más ambiciosa. La almendra que encierran, que no es, en plata, sino despliegue del contenido de aquellos, es tan amarga como me decía usted el pasado jueves; pero no ha inventado usted ese sabor. Cada día la pluma de usted afila su corte y aguza su punta, sin menoscabo de la tersura radiante que le es ingenita; pero se mueve más ceñida, más febril, más intensamente eficaz”.

Con estas dos cartas de Antonio Maura y la anteriormente citada de Ricardo León, se cierra en aquel noviembre de 1925 la comunicación epistolar y la amistad de ambos, truncadas por la inesperada muerte del líder conservador, justo cuando el éxito ascendente de nuestro escritor parecía ya espléndido e irreversible.

La importancia de la Real Academia de la Lengua en esos momentos se ve acrecentada por su influencia en la vida literaria real, al margen de su tradicional crédito, y no es de extrañar que prácticamente todos los académicos hagan mención a esta condición en las portadas de sus nuevos libros; tal es el caso de nuestro Ricardo León con sus ediciones en Renacimiento, desde *Las horas del amor y de la muerte* hasta *Humos de rey*. Una muestra documental de esa renovada importancia de la Academia fue el hermoso artículo dedicado a esta institución y sus relaciones con la poesía por Enrique Díez Canedo el día 15 de marzo de 1925 en el diario *La Nación*. Titledo “La poesía y la Academia”, este texto analiza la poca representación poética en el seno de la institución, recordando que ni su presidente, Antonio Maura, ni su secretario, Emilio Cotarelo, practican la poesía, y otros académicos sólo lo han hecho de forma juvenil, secundaria y transitoria: Adolfo Bonilla San Martín, el marqués de Figueroa, el doctor Cortezo... “¿No hay pues en la Academia poetas puros?”, se pregunta primero Díez Canedo, para contestarse a sí mismo después indicando que al

menos Francisco Rodríguez Marín, Ricardo León si pueden ser considerados en mayor o menor medida poetas, aunque el único digno de tal consideración de manera íntegra es Manuel de Sandoval. Concretamente dice de León que en él “se ve al novelista que prolonga la tradición inmediata del siglo XIX y realiza, mejor que todos sus predecesores tal vez, la fórmula académica del género narrativo”, y añade más tarde: “*La lira de bronce* y *Alivio de caminantes* muestran a Ricardo León en el empeño de hermanar la poesía con el verso, así como sus novelas pugnan por hermanar la poesía con la prosa”. Para concluir que nuestro autor practica “la doctrina conservadora en materia de poesía”, pues “aunque su primer libro (*La lira de bronce*), de 1901, reeditado últimamente con alguna variación, le diese aspecto de revolucionario, y aun de revolucionario truculento, si no en la forma poética, en el propósito tirteano de sus himnos... Pasan diez años. La musa del pueblo ya no le inspira: su acento lanza una evocación a las sombras del pasado, que han de renovar el triste presente. *Alivio de caminantes* lo dice con toda claridad... *Alivio de caminantes* es el aldabonazo postrero dado en la puerta misma de la Academia, ya emocionada al parecer con *Casta de hidalgos*. Si la Academia no existiese, o habría que inventarla para Ricardo León... o su poesía y su prosa no tendrían sentido alguno”.

Cuando Maura desaparece ya Ricardo León posee un perfil literario y social de sólido relieve, que le permite afrontar la inexistencia de su protector desde una acreditada posición, como escritor de pensamiento conservador, que incluso es reconocida en algunos ambientes literarios internacionales. Un ejemplo de esa proyección es la intermitente aparición de León en la prensa iberoamericana, incluso en un país que, como Brasil, Brasil, no pertenecía en principio al ámbito de la lectura de sus obras. Uno de los artículos más ilustrativos al respecto es el aparecido en el diario *Correio da Manhã* el día 23 de mayo de 1924, en cuyas analíticas líneas, firmadas por Sylvio Julio, se remarca al León ensayista, portador de una

ideología conservadora que era aceptada y compartida por un amplio círculo de élites latinoamericanas. En este artículo, el crítico señala primeramente que “En España, alcanzó Ricardo León firme renombre de novelista gracias a una decena de obras que arrebatan y seducen. Sólo la mala fe o el odio personal le niegan hoy el título de notable, pulcro novelista... Ricardo León, de hecho, es novelista de fibra, clásico y moderno, españolista y universal. Pero estas cualidades se suman a otras, como el entusiasmo, la fe, la lealtad de apostolado, la agresividad educada, aristocrática y sonora del polemista, la cultura heroico-filosofica del crítico, la claridad elocuente del divulgador de ideas, el equilibrio del hombre sano, del patriota inteligente y del cristiano sincero... Junto a la observación inmediata, de un caso concreto, del estudio de un suceso pequeño, Ricardo León domina pensamientos sintéticos, tesis vastísimas, sobre el destino de la humanidad y sobre el destino de España... Ciertos escritores, efectivamente, deslindan la psicología particular de un loco, de un enfermo, de un tipo sui-generis, dibujándole, línea por línea, las extravagancias; sin embargo fracasan, cuando pretenden abarcar el alma de la humanidad o de una raza. Edgar Poe, por ejemplo. Otros escritores no sobresalen como amantes del microscopio, de lo infinitamente minúsculo. En compensación, al pintar la humanidad o una raza, dan pruebas cabales de genialidad. Ricardo León pertenece al grupo de los pensadores que así proceden. Sus novelas, por eso, no recuerdan a las de Juan Valera; recuerdan a las Pereda y Galdós”. De aquí infiere luego Sylvio Julio que “Ricardo León es un nacionalista integral, rotundo, espontáneo, que ama el presente y respeta el pasado. Y de esta verdad básica surgiran tres series de ensayos del escritor: *La escuela de los sofistas*, *Los caballeros de la Cruz* y *La voz de la sangre*... Los tres volúmenes de ensayos, frutos del más denso españolismo, se hermanan y complementan. No los criticaremos sino en conjunto. Separarlos, redundaría en disparate, pues giran todos alrededor de idénticas, sólidas ideas, desarrollan las mismas cuestiones centrales y se organizan a la

luz de un criterio unanime. Uno se funde con otro, cada uno sirve de piedra de apoyo de otro, uno recibe de otro soplos benéficos de moral. De cuando en cuando se encuentran trechos reproducidos. Se parecen en el fondo y en la forma de sus periodos centrales, Diríase que el autor al razonar respecto a un tema, distribuido en los tres volúmenes de ensayos, inconscientemente se copio a si mismo... *La escuela de los sofistas* ejerce la función de prólogo de *Los caballeros de la Cruz*. Especie a su vez de confirmación de *La voz de la sangre*.

Más adelante, el crítico brasileño advierte el núcleo del pensamiento de León, y afirma que éste “Niega la democracia política, demagogia como forma de gobierno, predominio del número; lo cual no es abandonar al pueblo, dejarlo a su suerte, substraerle a los bienes, y pretender ocultarle la significación social e histórica”. Por último, Sylvio Julio puntualiza en su texto del *Correio da Manhã* algunos aspectos, a su juicio fundamentales, del trabajo de pensamiento y ensayístico de nuestro escritor: “En *La escuela de los sofistas*, *Los caballeros de la Cruz* y *La voz de la sangre* entona (Ricardo León) los más impetuosos himnos a cada una de las cualidades de la raza... Por la cadencia de sus periodos, por la fuerza de su estilo, por la poesía de sus pensamientos, por el valor de sus argumentos, pero antes de todo por la excelsa y solemne juventud de su arte españolista, Ricardo León se hermanará, inmortalmente, con Pereda, Menéndez y Pelayo, Juan Valera, Pérez Galdós, Amós de Escalante y Alarcón”.

LA TENTACION TOTALITARIA:

EL ENCUENTRO CON EL FUTURISMO Y SU ESTETICA

* *“El hombre nuevo”* (1925), *vanguardismo desde la derecha* * Marinetti en España * *Auge de la literatura totalitaria en Europa* * *Reconocimiento y consejos de Salvador Rueda* * *Guerra de Marruecos* * *Muerte de Maura* * *“Olla podrida”* (1926), *ridiculización de la nueva burguesía* * *“Los trabajadores de la muerte”* (1927), *experimentalismo ácido para observar la sociedad de Entreguerras* * *Influencias de Maeztu, Donoso Cortés, Pradera, Vázquez de Mella y Giménez Caballero* * *“Jauja”* (1928), *denuncia del oportunismo y la mediocridad nacionales* * *“Varón de deseos”* (1929), *arenga contra el materialismo y la decadencia aristocrática* * *“Las niñas de mis ojos”* (1929), *espejismo feminista e intento de remozar la propia obra* * *“Desperta ferro!”* (1930), *el regreso al paisaje de la tradición* * *Ricardo León en el centro de la sociedad literaria* * *“Las siete vidas de Tomás Portolés”* (1931), *aproximación a la narrativa ligera y de suspense* * *Caida de la monarquía y proclamación de la República.*

En la primavera de 1925 aparece *El hombre nuevo*, novela que supone un cambio y una modernización respecto a *Humos de rey* y el resto de la producción narrativa de Ricardo León. En ella nuestro escritor evita con nitidez la presencia de la figura del hidalgo, y centra su núcleo conceptual en la defensa de la idea de la limitación de la ciencia.

Uno de sus personajes clave, el doctor Augusto Valdés, dirige un sanatorio y sueña con el nacimiento de un hombre nuevo gracias a los

avances científicos, un hombre nuevo que convertirá la tierra en un nuevo paraíso. Su hijo Leonardo es un idealista absoluto seguidor de Krause, su ahijado Juan es un dandy futurista enamorado de las maquinas, la velocidad y los riesgos modernos, y su nieto Enrique tiene por el contrario vocación militar y se enrola en la Legión. Juan se salva de un accidente de coche y después mantiene una relación adultera, mientras Enrique muere en Marruecos. Se produce como fondo una huelga general en Madrid y Leonardo sufre la muerte de su hijo y de su mujer. Entonces Leonardo comprende que la verdad no reside en la Ciencia, en la física, sino en la fe, y toma los hábitos. Así, el hombre nuevo no será un individuo moderno amparado por una ciencia todopoderosa e ilimitada, ni tampoco un revolucionario cobijado por una sociedad transformada y mejorada; sino sólo cristiano.

En *El hombre nuevo* Ricardo León trata del mito del hombre que había de nacer internacionalmente pacifista y dedicado a la especulación científica, con un ideal laico y materialista, surgido tras la guerra de 1914-1918. León intenta analizar literariamente las posibles causas del fracaso de ese ser que aspiraba a controlar el mundo con las solas fuerzas humanas, sin contar con la divinidad y el destino. Los personajes fundamentales de esta novela son el doctor Augusto Valdés, director del sanatorio que lleva su nombre, un tipo institucionista -de la Libre de Enseñanza-, especie de apóstol ateo y “sacerdote de la Razón”, entregado a la ciencia médica, dentro de un austero y caritativo vivir. Junto a él aparece su hijo Leonardo, quien parece hallar en la labor racionalista y experimental que le enseña su padre una ruta hacia la metafísica y el encuentro con el verdadero hombre nuevo, pero no en el reino de la ciencia, sino en el reino de Dios. El otro personaje clave, el nieto de don Augusto, Enrique Valdés, persigue la gloria militar, oponiéndose, con su realidad, al concepto del hombre nuevo.

La idea espiritualista y religiosa que rige esta novela consiste en considerar, según precisa nuestro escritor y recoge Ara Torralba literalmente

en su estudio, que “El hombre nuevo no es algo que puedan fabricar ni descubrir la ciencia, ni el arte, ni la razón, ni la cultura social, ni el progreso común, ni el sólo espíritu abandonado a las fuerzas humanas. Es obra de fe, de gracia y caridad. El hombre nuevo, el hombre redimido de las tinieblas de la noche, de las angustias de la carne, de las miserias de la culpa, de la vejez y de la muerte, surge de cada cual dentro de sí mismo, cuando abrazado al árbol de la cruz que es el árbol de la vida, se levanta de la abyección y lobreguez” (373). Curiosamente, esta misma idea espiritualista y religiosa, desde el punto de vista de la conversión, inspiraría mucho más tarde la novela *La mujer nueva*, de Carmen Laforet.

El estilo de esta novela dista del clasicismo de otras de Ricardo León, como por ejemplo *El Amor de los amores*, y en sus páginas nuestro autor se muestra más sencillo y vivo, ocupando el diálogo un plano decisivo y dejándose las descripciones en un segundo lugar. Además, junto a las disquisiciones religiosas, políticas y sociales, puestas en boca de los personajes, y que tienen una importancia fundamental en esta obra, se detectan rasgos de ironía y un sentido del humor cortante y rotundo.

Articulada en cinco partes, con diferente número de capítulos cada una, esta novela contiene al tiempo que una defensa de los principios tradicionalistas y una crítica de la modernidad naturalista y cientifista, una medida fascinación por los elementos futuristas propios de la literatura del prefascismo italiano -visible incluso en la estética de la portada de su edición en Renacimiento: una figura de héroe solitario y vanguardista frente a un paisaje algo inquietante de aeroplanos, centrales eléctricas y progreso ilimitado y visionario-.

Esta tendencia, nueva en León, se advierte en los títulos de algunos capítulos, como “Film”, “Eugenesia”, “La cadena de los muertos”, “Las gafas negras, la sangre azul y las banderas rojas”, “La sombra del águila”, “Mientras se despierta el lobo”, “Sigue la huelga general” o “En la noche

oscura”. También se detecta en *El hombre nuevo* cierto intento de análisis psicologista de los personajes y una tímida aproximación a los entresijos del dolor humano y sus niveles, así como la aceptación de algunos determinismos biológicos acerca de la prevalencia del bien o del mal en cada individuo. Y todo ello sin recurrir a tonalidades de viejos dramatismos altisonantes, insertados más bien en obras primeras de Ricardo León.

Cuando esta novela fue escrita por Ricardo León ya se había iniciado en España un periodo de valoración positiva del futurismo y del fascismo. Valoración que sería evidente poco más de dos años después, el 11 de febrero de 1928 concretamente, al visitar Madrid Marinetti y conceder una entrevista al diario *El Sol* para aclarar aspectos de la nueva corriente estética y política surgida en Italia. En esa entrevista Marinetti manifestó que “el futurismo ha sido, como todo el mundo sabe, la cuna del fascismo. Sin futurismo, Mussolini no hubiera podido crear el ejercito fascista... La violencia, considerada como argumento supremo, glorificación de la velocidad, de la originalidad, de la fuerza, de la revolución. El futurismo y el fascismo son hermanos... Mussolini, que no es futurista, vive y se amamanta en nuestras fuentes... Cree Mussolini, que la paz no estará asegurada hasta que las tres hermanas latinas -Francia, España e Italia- no tengan un pacto franco y leal que ligue de una vez para siempre el latinismo occidental, madre de toda la cultura y la civilización actuales”.

Estas palabras de Marinetti condensan el auge de la literatura de raíz totalitaria en Europa, una literatura ligada a la idea de una nueva dictadura nacionalista de las masas y a un estado y un partido que desean intervenir activa e ilimitadamente en todos los aspectos de la vida social. Literatura esta además tensada entre la subversión y la reacción, entre la modificación radical de las formas sociales y la resurrección de elementos arcaicos o tradicionalistas. Ni Ricardo León, ni gran parte de los otros escritores españoles de la época fueron impermeables a esta corriente político-literaria, al igual que los autores de signo contrario tampoco lo fueron a la influencia

de la ideología bolchevique y la estética social-realista. En nuestros pagos, incluso Vallé-Inclán, luego antifascista dentro de su peculiar tradicionalismo, llegó a tener una actitud comprensiva y receptiva respecto al fascismo y al totalitarismo; como prueban sus declaraciones a la publicación madrileña *Luz* el día 9 de agosto de 1933. En ellas decía: “cuando la dictadura es de un hombre no hay, no puede haber, egoismos de clase. Es ya Napoleón, es ya Mussolini, es el caso del gran monarca” (374).

Por ello, por esta amplia influencia, conviene recordar las coordenadas de la nueva literatura de sesgo totalitario, de la que fue cuna Italia, donde ya tres años antes de la marcha fascista sobre Roma, en 1922, se publica un denominado “Manifiesto de los intelectuales fascistas”, a partir del cual la producción literaria se desarrolla en tres direcciones que en ocasiones convergen: el repliegue estético hacia formas cercanas al arte por el arte, la crítica social desde valores populistas y la aceptación de un espiritualismo aristocratizante ante el destino nacional e individual. Precursor del nuevo movimiento fue Piero Jahier, representante de un militarismo rural que alcanzó en su obra *Conmigo y con los alpinos* en 1919 un lirismo exaltado y belicista luego imitado por sus sucesores. Junto a él, y también un año después de la Primera Guerra Mundial, Ardengo Soffici glorificaba en su novela *Lemmonio Boreo* la Italia rural añorante de un orden estamental y antimáquinista. De alguna manera, la herencia de estos dos autores desembocaría más tarde en los círculos generados alrededor de dos de las revistas clave en el fascismo literario: *Il Selvaggio*, dirigida por el anticosmopolita Mino Maccari, ligada al grupo “Strapaesa” (Ultra aldea) y publicada entre 1924 y 1943, y *Primato*, dirigida por Giuseppe Bottai - ministro de educación nacional- y publicada entre 1940 y 1943. Sin embargo, estos componentes conservadores se combinaron muy tempranamente tanto con el legado social-patriótico del movimiento futurista fundado por Marinetti, como con el esteticismo revolucionario de D’Annunzio. Marinetti fijó en 1924 sus posiciones en las páginas de

Futurismo y fascismo, y trató de ser un destructor de la vieja moral, considerando a la guerra única higiene del mundo, al nuevo patriotismo como el liquidador de la democracia liberal, y al imperialismo como fruto de un destino inevitable. D'Annunzio por su parte alcanzó su cima poética hacia 1912 con las *Laudi* (alabanzas del cielo, el mar, la tierra y los héroes), donde combate el pensamiento burgués. Tanto Marinetti como D'Annunzio ejercieron sus respectivas influencias sobre León, ya en el ámbito estético, ya en el ideario del autor de *El hombre nuevo* y *Los trabajadores de la muerte*.

Otros autores de corte totalitario que fueron leídos por Ricardo León y con los que se advierten coincidencias literarias e ideológicas son el francés Drieu la Rochelle y el noruego Knut Hamsun. Drieu la Rochelle, autor en 1917 de un poemario peculiar titulado *Interrogación*, personificó en sí las dudas del hombre moderno, y se mostró partidario del fascismo como el único medio de contener y reducir la decadencia. Knut Hamsun, Premio Nobel de Literatura en 1920, era ya un autor de éxito desde 1890 con su novela *Hambre*, a la que siguieron *Misterios*, *Soñadores* y *La bendición de la tierra*, siempre bajo una visión neoaristocratizante, telúrica e individualista de la vida.

En el ámbito español se registró una extensa nómina de escritores afectos a las ideas totalitarias, pero el tono literario de la mayoría de ellos no destacó especialmente en el marco de la Europa parafascista. Cabe sin embargo reseñar al menos media docena de nombres, de desigual trayectoria y diferentes ambiciones, y que naturalmente fueron conocidos y leídos por Ricardo León. El primero de ellos sería Ernesto Giménez Caballero, de gran formación humanista, extremismo ideológico y probada calidad narrativa. Su primer libro, *Notas marruecas de un soldado*, le valió ya en 1923 el reconocimiento de los círculos culturales, por la fuerza de sus trazos psicológicos, la precisión de lenguaje y la capacidad descriptiva y

vanguardista. Afianzado este éxito cuatro años más tarde con *Los toros, las castañuelas y la Virgen*, fundó la revista *La Gaceta Literaria*, que perviviría hasta 1932 y sirvió de receptáculo a bastantes de los postulados artísticos y literarios del totalitarismo español. Después vinieron *Yo, inspector de alcantarillas, Circuito imperial y Genio de España*. Al paso de Giménez Caballero descollaron Agustín de Foxá, José María Castroviejo, Álvaro Cunqueiro, Adriano del Valle y Luis Felipe Vivanco. Foxá se dedicó tanto a la poesía, con libro *El toro, la muerte y el agua y El almendro y la espada*, como a la narrativa, *Madrid de corte a cheka*. Castroviejo y Cunqueiro practicaron respectivamente una poesía antiburguesa y ruralista y una lírica simbolista incluso en prosa. Vivanco, discípulo de Xabier Zubiri y amigo de Luis Rosales, crearía a su vez los poemarios *Memoria de la plata, Tiempo de dolor, Los caminos y El descampado*.

Respecto a *El hombre nuevo* de Ricardo León, las críticas aparecidas en la prensa de aquellos días coinciden en el carácter poemático y vanguardista de esta nueva novela de nuestro autor. Así, en el diario *La Época* del 20 de junio de 1925, Luis Araujo-Costa publica el texto “Una novela de Ricardo León. El hombre nuevo”, donde dedica un largo análisis a esta obra, comenzando por señalar que es “un poema novelesco”, y “carece de protagonista”... “los episodios ostentan el mismo valor de las escenas principales; el título de la obra no se justifica, ni se comprende hasta casi las últimas líneas del tomo; no hay un eje central, un hecho cumbre, una clave comprensiva de pensamientos, acciones y lugares: cuanto allí acontece no traspasa los cauces ordinarios, y sin embargo *El hombre nuevo* encanta, anonada, maravilla al lector con la magia del estilo, la riqueza del léxico, la pujanza de las descripciones, el lujo tropical de períodos y cadencias... Ricardo León ha roto una lanza en singular combate contra el materialismo de la ciencia y la literatura, valiéndose de los procedimientos que usaron los naturalistas franceses y rusos de hace cuarenta y cincuenta años, Flaubert especialmente. El novelista español contemporáneo les sigue

los pasos y hasta les alcanza y les vence en la visión minuciosa de todos y cada uno de los aspectos que el mundo sensible nos presenta... También respeta el autor la moral y las buenas costumbres. Nada hay en el libro de repugnante a la vista, al estómago y a los sentimientos de pudor”. Continúa luego el crítico de *La Época* advirtiéndole que “La idea central del poema novelesco, diluida por todas las páginas del libro, es la confirmación de que las noblezas y sentimientos elevados del alma suponen siempre la existencia de esa misma alma, y del orden moral que dispone las cosas y los seres hacia un mundo mejor, que no es, ni puede ser nunca, este mundo material, verdadero destierro de los hombres. Ricardo León toca con el dedo la llaga en la cuestión del realismo literario y filosófico, por que bajo las galas de una novela realista y de observación, al modo de Flaubert, nos encontramos en el centro de nosotros mismos ese alma que no han visto con el microscopio los materialistas y positivistas, ese alma que tortura a Lorenzo toda su vida y le hace descubrir, finalizando la obra, al hombre nuevo que sabe renunciar al siglo y consagrarse a Dios”. Y finaliza esta cadena de observaciones Araujo-Costa con la consideración de que León “Cree en el alma y en sus altos destinos a pie juntillas, pero también cree en el cuerpo... *El hombre nuevo*, libro tan sugeridor de ideas, afirma de igual modo la realidad espiritual que la material”.

Por su parte, el diario *Levante* publica con el título de “Al margen de los libros nuevos” el día 19 de junio de 1925 una crítica en la cual se apunta que “En *El hombre nuevo* se plantea de un modo ameno, cual corresponde a la índole del libro, un problema científico actual... Se trata de la lucha por la verdad de la vida entablada por dos corrientes científicas contrapuestas: la que considera la razón de la vitalidad de los organismos en el protoplasma, y la que no cree más que en el espíritu como fuente de vida... Cada personaje, en esta novela de vislumbres sociales posiblemente certeros, tiene su historia que el autor describe detalladamente. Puede decirse que hay en *El hombre nuevo* tantas novelas como personajes, todas

ellas de colmado interés. Esto es lo que dificulta nuestro deseo de hablar, aunque fuera brevemente, de lo que constituye el argumento central de esta obra de Ricardo León. Y concluye este comentario: “Si diremos que el hombre nuevo, leída la última página de la novela, no lo hemos hallado, por una miopía intelectual de que no creíamos adolecer, ¿Dónde está el hombre nuevo en *El hombre nuevo*?... el lector, en resumen, acaba por ignorarlo, porque el mismo autor, porque el mismo autor, que pone fuego en las palabras de sus personajes de más poderoso idealismo, no se inclina por uno ni por otro”.

Por último, el diario *La Región* publica el día 15 de junio de 1925 un comentario de José M. Benitez Toledo titulado “Hombres y libros. Ricardo León, novelista revolucionario”, en cuyas líneas se empieza por decir respecto a *El hombre nuevo* que “Ricardo León ha escrito al fin un libro revolucionario. Lleno de salvedades, de distingos, de advertencias, pero revolucionario... Pero no se alarme el lector ingenuo. Alármense, en cambio, muchos de los lectores habituales y panegiristas de don Ricardo León; hacia ellos señala su revolucionario ademán... El papel de novelista blanco no ha rimado nunca, a pesar de *Casta de hidalgos* y de *Comedia sentimental*, con su contextura de andaluz bucolico inserta en su naturaleza adoptiva de castellano viejo. Pero... no se alarme el lector ingenuo. Don Ricardo León no ha seguido aún las huellas del faunesco din Ramón del Valle Inclán que, al salvar la distancia que media entre sus sonatas y sus esperpentos, salva también, idealmente, la que separa al carlismo español del bolchevismo ruso. Don Ricardo León se detiene a mitad del camino. ¿Su gesto revolucionario? Un poco diluído, casi imperceptible unas veces y detonante otras, cubre las cuatrocientas densas páginas de su reciente libro *El hombre nuevo*”.

Y termina Benitez Toledo deteniéndose en el aspecto de crítica social de esta obra de León: “Implacable y revolucionario, cae ahora don Ricardo León sobre lo que es el coro en la acción de su novela. Estas damas de

depravadas costumbres que organizan fiestas de caridad para halagar su orgullosa ostentación, estas damas que sólo son capaces de hacer el bien a tambor batiente, para ocupar planas enteras de los diarios con el relato de sus benéficas fiestas, este viejo aristócrata que va predicando orden y moralidad por todas partes y que luego se hunde en el lupanar, prostituye cuerpos y conciencias y vuelve a predicar moralidad y orden, estas legiones de la hipocresía y de la ficción que formaron siempre en las filas de los admiradores de don Ricardo León, que cantaron -en su concepto de blanca literatura- la excelstitud de su *Amor de los amores*, son fustigadas, acusadas y puestas en la picota por el novelista predilecto: fustigadas en sus propios vicios, acusadas de participación en lo que ellas mismas llaman derrumbamiento social, puestas en la picota de sus huecas ambiciones, de su exhibicionismo y de su orgullo infecundo”.

De la lectura de estas tres críticas se deduce con rapidez que *El hombre nuevo* supuso cierto impacto entre los lectores y comentaristas tradicionales de Ricardo León, tanto por su estética vanguardista, en la que se entremezclan elementos hipernaturalistas con otros de raíz idealista extrema -en los cánones de lo que sería la literatura parafascista de aquellos años-, como por su afán de criticismo y denuncia a la vez del positivismo cientifista y materialista y de la pacatería inútil, hierática y haragana afincada en el exclusivo amor a las cosas terrenas y tangibles.

Justo en el mismo año de aparición de *El hombre nuevo*, solo que unos meses más tarde, tiene lugar una comunicación epistolar entre Salvador Rueda y Ricardo León, altamente significativa en cuanto a las deudas y relaciones de nuestro escritor con el modernismo tradicionalista. Escrita y fechada el día 17 de agosto de 1925, en Benaque (Málaga), una carta del Rueda maestro de León, prueba la especial relación literaria, y aun humana, entre ambos.

Conservada en el archivo familiar de nuestro escritor, esta evidencia documental refrenda nuestra opinión inicial de una estrecha ligazón estética

y de pensamiento entre Rueda y León. Su transcripción integra nos situa en una España conservadora y confiada, ignorante del gran drama que comenzaría apenas diez años después: “¡Bravísimo, querido Ricardo! Hacia falta en la totalidad de su labor de pluma este libro, este *El hombre nuevo*, que debiera llamarse “El hombre eterno”, porque sin vivir Dios en el corazón del hombre, el hombre no es hombre, por muy sano epicúreo que sea u muy perfecto pantísta. ¿Recuerda usted a Petronio en la célebre novela de *Senquienec*? (españolizo la palabra). Aparte de su contraste ético con Nerón, admira y enamora la perfección de su vivir, amparando a sus parientes; protegiendo el amor de su sobrino, a quien adora, con la esquiua esclava; gozando de todo lo discreto y natural de la vida, el baño, el año, la pulcritud personal, la alegría, cumpliendo con todas las funciones del corazón y del cerebro, odiando la traición, cultivando el arte, defendiendo lo justo y lo bueno, y sin embargo, entre toda esa perfecta mecánica fidiológico-moral, falta lo más alto, la luz de lo divino, la posesión consciente de Dios. Por cierto que un poeta notable de Cuba, posterior a mi en la innovación, pero anterior a Darío, dijo esta que yo tengo por injusticia, acerca de Petronio:

‘Tendido en la bañera de alabastro
donde serpea el purpurino raso
de la sangre generosa de sus versos
yace Petronio, el bardo decadente,
mostrando coronada la ancha frente
de rosas, teselritos y azucenas’.

Si se le llama decadencia (aparte de la belleza de la estrofa) al desborde de la juventud, también se desbordan los veneros, y las colmenas por exceso de una primavera rica en floración transmutada de esos panales, y todo lo que culmina llegado el vértice de su fecundidad. Pero dejemos esto, pues lo

que digo y reafianzo, es que toda esta desviación de los tiempos modernos, de Dios, fue tiempo perdido y tela de Penélope que en tirando de la hebra se descompone todo y vuelve a los ovillos. Nada consistente pueden devanar las rucas espirituales como no sea presidido por la divinidad. Esto, era cuanto al motivo central de su libro, que respecto a sus figuras humanas traspasan algunas sus líneas y llegan a símbolos; bien que simbólico es el poema todo y por eso cada entidad representativa que forma órgano del engranaje total, tiene que ser una cristalización, una sintética estaláctica estaláctica humana, que no por eso, es un ente de razón ni guarismo abstracto, ni creación fría y cerebral, sino que a la vez es un organismo pleno de vitalidad y de pasión. Como piezas sueltas son figuras trashumantes de todas las literaturas, cientos de veces vueltas a cristalizar, pero en esta gran visión de usted adquieren la novedad de juntar y fundir todos sus valores y esencias y todas sus zonas de vidas, para formar la epopeya de las luchas humanas. Epopeya no al estilo clásico, sino ideológica y metafísica, como un arqueo cerebral y sentimental de la lucha, pensado y sentido hasta ahora por los hombres. De este modo vistos, es como los arquetipos de su obra, tantas veces formados, adquieren un movimiento original y grandioso. Ya ve si le admiro, amo y comprendo, mi querido Ricardo en su creación, de la cual debe usted estar orgulloso. Tiene el libro la ambición de la totalidad humana y me recuerda por su trascendentalismo obras como *La investigación de la absoluto* de Balzac y otras similares.

Otra novedad encuentro en su libro, y es la de que si todos los suyos tienen como mérito principalísimo el lenguaje, éste, salvo algunos pasajes, se defiende por la intensidad de la pasión y por el relieve estremecido de las situaciones culminantes, perfectamente teatrales y que debía usted llevar a la escena: deje sólo la magnífica idea central como mascarón de proa que vaya apuntando a lo infinito; deje la pasión, los caracteres antagónicos, la lucha humana, alta, grande, todo lo que es músculo, nervio y arterias, y dele

diálogos rápidos, vibrantes, libres de amplificaciones ondulatorias y de ampulósidades de estilo más propias de la novela y a que tiende su idiosincrasia, y llevará usted la inopinada sorpresa de encontrarse agazapado en su ser lírico un hombre de teatro. Y a propósito del estilo: esta vez, como antes digo, triunfa usted antes que por el colorido, la musicalidad y la plástica, por las amplias ideas y por la violencia arrolladora de la emoción. Y ello me ha traído al recuerdo a la 'Estorquie' cuando, antes de darse a la vida religiosa, cantaba en los primeros teatros del mundo 'Madama Mariposa' y otros poemas líricos, en los que a veces era tanta la pasión de la artista, tales los tremendos alaridos de su alma y tan arrolladora y grande su emoción, que la orquesta era un estorbo, valga la antítesis, y daban unos deseos vehementísimos de gritar: '¡Que calle esa orquesta!'; porque ante la violencia trágica del dolor humano y lo que decía aquel alma atormentadísima resultaban ridículos el clarinete, el oboe, la flauta, el violín, el arpa, los timbales, toda la complicada orquestación. Salvo la palabra ridículo, que no va con usted, así, en idea, es su libro. Por cierto, valga el inciso, que Wagner (y lo diré por llevarle a usted la contra en algo) aparte de algunos maravillosos pasajes de su genio musical, interpretados al piano, donde se ve la verdad de lo que en cada maestro tiene, en todo lo demás retablo único, se ve demasiado el venero explotador de la personalidad espiritual que tiene cada ser metálico, o vegetal con su alma aparte, de la orquesta. Wagner muy traidora, y solapada y despóticamente, se aprovecha de la magia que él en muchas ocasiones no tiene, y la explota y la roba al violonchelo, al trombón, al bajo, al bombardino, al saxofón, al redoblante, a los platillos, y es un 'contrabajista' importante y digno del más olímpico puntapié. La verdad absoluta de los músicos, lo que cada uno tiene, se desnuda en el piano ¡Oh Beethoven!

Volviendo a su libro, le citare algunos crestones de él, pues forma cordillera, desde la gran traza en los valles con sus tipos ordinarios y corrientes, hasta los que necesitan para ser tallados la psicología, la

filosofía, la física, la medicina, la historia y todo el tupido bagaje de la cultura. Página 83. Toda la sinfonía bélica del film. Un crestón o mejor cordillera a través de los siglos humanos. El estilo, aquí, llena un gran objeto y finalidad. Página 391. Todo el Maleficio es de una pasión arrolladora. Y tengo que poner aparte de todas las figuras del poema a Loreto Cruz, ser de complexión original en absoluto, no tocado ni expuesto, que yo recuerde por ninguna pluma, en ninguna literatura. Su Cuerpo con mayúscula, y su Alma, con mayúscula, son todo un Símbolo Humano, como el de Belén y su esposo y el de Eugenia (Eugenesia) y su marido en otros planos y perspectivas del mismo plan. Pero creo que he de retirar lo de citarle crestones de la obra, porque me acabo de saltar algunos sin querer y porque todo el poema es un puro crestón. Así que renuncio a la difícil enunciación andina...

Para terminar le diré aludiendo al lenguaje por el lenguaje únicamente, que esta vez no ha sido necesario, y que el alma de su libro ha venido a mi y me ha traspasado, por su esencia y virtud, por su armonía y poder, por su intensidad y gracia, como llega a mi corazón y lo satura hondamente y lo llena de milagro, la presencia de Dios, sin estar Dios estilizado en rosas ni en montes, ni en florestas, ni en mares, ni en pájaros, ni en claveles, ni en vegetales ni en peces, ni en crepúsculos, ni en familias planetarias de la Ciudad de lo Infinito, ni en cinifes, ni en águilas, ni astros, minerales, ríos, piedras preciosas, y cuanto compone el Universo. Tantas filigranas, tanta plástica, tantos acumuladores de luces y de tornasoles, tanta seducción de formas, tanta magia de líneas, tantas musicalidades y orquestaciones, no le hacen falta a mi corazón como idiomas, para que su Dios entre en él, pues ante su posesión abstracta, impoluta, eucarística, ante su milagro directo, ante su prodigio desnudo y su portento transparente, los claveles me parecen arlequinescos; las rosas coágulos enfermizos, los crepúsculos, quirúrgicas operaciones de anfiteatro clínico llenando el horizonte, y todo me resulta inferior a El, todo oscuro ante su luz, débil ante su fuerza, pútrido ante su

antiseptia, desmayado ante su gracia, seco ante el frescor de su paraíso, monótono ante sus heterogeneidades infinitas y sus asombrosos milagros. Bueno que la galería no necesite tantas claves, tantos ensalmos, tantos silabarios misteriosos y tantos alfabetos interpretadores, pero nuestra alma que se elevó ya de tantos crisoles de perfección, que desabrochó tantas incógnitas, que levantó el antifaz a tantas equis, que destapó tantas ánforas herméticas, y ardió sin quemarse en todas las hogueras del dolor y se despedazó sin despedazarse en todas las ruedas del tormento, siempre en vuelo ascendente hacia Dios, nuestras almas, la de usted, la de otros, la mia, que es la más ciega, merecen la visita directa de Dios, sin la literatura de su universo ni los complicados estilos de su creación. En nombre de El, despedamos, como en aquel día ¿recuerda? en que abrazados en la ventanilla de un tren, rompimos los dos a llorar. Aquel llanto no estuvo justificado en usted, que llevaba el triunfo, por heraldo de la gracia, las hadas por madrinas, por merecido bautismo la suerte, por testigos la amistad, la juventud, la alegría... El llanto si estuvo justificado en mi, acorralado a picotazos, arrancados los ojos, perseguido por abejas irritadas, negados la sal y el agua, y sin más pan que el pan ácimo del sacrificio. Pero aun así, mi corazón lo ha perdonado todo”.

Muchas de las ideas estéticas y literarias de Ricardo León se atisban en esta carta de Salvador Rueda, que así queda una vez más perfilado como uno de los principales maestros de nuestro escritor. Estas líneas de un Rueda ya venerable subrayan la significación del modernismo, la “innovación” que llama Rueda, y muy especialmente del tradicionalista, en la literatura de su época y de los años siguientes. Tras esta valoración del modernismo como vanguardia, Rueda indica a León la importancia del sentido religioso, materializado para ambos en el catolicismo, como eje de la vida y de la creación artística y literaria. Además, la visión que ofrece Rueda de *El hombre nuevo* es prácticamente tardorromántica, remarcando la pasión por encima de la estructura y el lenguaje, y simbolista en cuanto a la

interpretación de los personajes. Junto a ello, no puede ignorarse el estilo plenamente modernista del propio Rueda y de sus juicios en esta carta a León, modernista incluso para criticar velada y metafóricamente algunos excesos del modernismo. Y finalmente la carta en cuestión pone en evidencia las excelentes y antiguas relaciones entre maestro sin suerte y discípulo de éxito, establecidas alrededor de unas ideas claramente integradas en el modernismo de raíz nacional y tradicionalista.

Meses después de escribir esta carta, Salvador Rueda envía, también desde Benaque, otro texto epistolar a Ricardo León, con fecha del día 29 de mayo de 1926. Igualmente conservada en el archivo madrileño del segundo. En esta ocasión, el maestro Rueda manifiesta a nuestro autor lo siguiente:

“Recibo una sorpresa enorme, dolorosa de puro viva, al saber, por nobleza de usted, que en la Academia, con la cual todos hemos soñado desde niños, hay amigos de mi juventud y de posterior edad, que todavía me recuerdan y me profesan cariño. Francamente me creía ya desterrado de la época en que compartíamos el ideal del arte, vosotros los que fuisteis merecedores del lauro inmortal y yo que no fui digno de poseerlo. Pero os aseguro que he sido muchas veces académico y ha sido cada vez que uno de vosotros ha subido a sentarse en el alto sitial. En ocasiones, lágrimas de alegría me ha costado esa felicidad al veros tan gloriosos. Y pues en el mundo de las fantasmagorías del sentimiento, de los simulacros ideales y de las pantomimas del ensueño, he sido tantas veces académico, me basta esa gloria, que fue la vuestra, y os ruego, os suplico que no tengáis pena por mi mala suerte. Estoy resignado y conforme con todas las desgracias de mi vida. Pero, si fui trasladado a Málaga, condicionalmente, por mi bronquitis (de la cual casi cure, como también mejore de la vista), fue como bibliotecario del Estado y con el regreso asegurado para en su día; y usted no sabe, amado Ricardo, que en Cardenal Cisneros 65 y 67, 2º, mis pobres muebles me aguardan en todo momento, cuidados por mi sobrino Salvador

Vidal Rueda, pintor del arte decorativo. Pude regresar ha tiempo, pero mi jubilación, pedida por mi, hubiera producido un movimiento perjudicial a algunos, y preferí esperar piadosamente a que la Ley me dejara libre por la edad, y libre soy. Como ve, mi modesta casa estuvo y está en Madrid; hace poco decía yo a un paraguayo insigne, O'Leary, de esta Legación, que pronto nos veríamos. El estar mi hermana enferma, solo me retiene aquí. Esto, mi buen Ricardo, no quiere decir nada, es solamente deshacer un error. No se tome otro sentido, porque repito que estoy resignado con mi desgracia. Friso en los setenta años aunque mi corazón conserva muchas cosas de la niñez, que niños somos todos los hombres de letras, y tengo ya en el Parnaso, hijos, nietos, biznietos, y llevo a la espalda todo un árbol genealógico. Sin embargo, yo sé que no tengo familia.

Para terminar estos tristes renglones, le diré que siento aún el apetito de escribir como en mi juventud; que hago versos y los rompo cada día; y que la última poesía es una oración a Nuestro Señor y dice así:

Pluma de ángel seré si tú me miras,
llama me volveré si tú me enciendes,
chispa del sol seré si me desprendes,
iris de paz seré si me matizas.
Cuerda de arpa seré si me electrizas,
incensario seré si me suspendes,
Santa Forma seré si a mí descienes,
seré panal de magia si me hechizas.
Si me baña tu fé seré ternura;
si me incendia tu luz seré hermosura;
seré perfecto, si tu imán me toca.
Y seré inspiración, brío, grandeza,
amor, verdad, virtud, perdón, belleza,
!Con solo un beso que me de tu boca!

(Irá a una lápida
de la capilla del
Cristo de Mena,
escultura maravillosa).

Dandonos la mano en el Señor, juntemos los corazones desperdigados, que con eso tiene bastante mi vida. No tengan pena por mi. Su devoto admirador, paisano y amigo, Salvador Rueda”.

Esta sentida carta de Rueda a León manifiesta al igual que la anterior las especiales y casi familiares relaciones existentes entre ambos a lo largo del tiempo, a la vez que constituye una autentica elegia de Rueda hacia su propia obra literaria. El autor de *El bloque* y *El gusano de luz* aparece aquí a modo de venerable derrotado, confiando apenas en otra cosa que en su percepción personal de la divinidad, y generoso para la consideración tanto de sus compañeros de generación como de sus discipulos. Representa simbolicamente Rueda, a través de los renglones de esta carta, el final de aquel modernismo pionero en castellano, mientras la figura del receptor de la misma, nuestro Ricardo León, ya se había configurado como un seguidor del modernismo que transformaba éste en literatura nacional y confesional de una nueva era. Paralelamente al estilo, todavía nitidamente modernista, de esta misiva, cabe destacar el poema -inédito- que Rueda incluye en ella, dedicado a Cristo -como hicieron Unamuno y León a su vez-. Poema hasta hoy no divulgado y en el cual, junto a un sorprendente final de tonos erotico-sentimentalistas, se observa la técnica que dentro de las formas del modernismo tradicionalista aún poseía Salvador Rueda.

Es este, por otra parte, un periodo de perdidas para Ricardo León; primero, en la primavera de 1925, el día 15 de junio, muere en la madrileña quinta “Santa Teresa” de nuestro escritor Josefina Pérez de Camino y

Román. Tía santanderina de Ricardo León, había aficionado a éste desde joven a las tradiciones y paisajes de las tierras norteñas castellanas, lo había proporcionado su casona solariega de la localidad de Selaya como lugar de descanso, y se había encontrado entre los pocos familiares que animaron a nuestro autor en sus primeros pasos. Las estancias en Selaya, sumergido en la placidez de mundo campesino tradicional y norteño, tan admirado y defendido por León, sería posiblemente fructífero para éste, tanto en lo personal como en lo literario. La relación con Josefina Pérez de Camino siempre fue al parecer entrañable, y ya uno de los poemas de *La lira de bronce*, el titulado “Malagueña”, estaba dedicado a ella; como indicamos en el apartado correspondiente.

A finales de 1925, el 13 de diciembre, muere Maura en el Palacio del Canto del Pico, en Torreldones, propiedad del Conde de las Almenas; mansión que, por cierto, tras la guerra civil de 1936-39 sería residencia ocasional y vacacional del general Franco. La muerte sobrevino a Maura cuando el viejo líder conservador se dedicaba a su afición favorita: la pintura, según señalamos con anterioridad e indica con todo detalle el que fuera su ministro de Instrucción Pública en 1919 y 1921 César Silió, en el volumen biográfico *Vida y empresas de un gran español: Maura* (375), impreso en 1934.

La muerte de Maura dejó a Ricardo León sin el que fuera su máximo protector desde los círculos del poder, tanto político como cultural, aunque para entonces la posición de nuestro escritor era ya suficientemente sólida. León nunca abjuraría de su profundo y sincero maurismo, ideología que en realidad fue la más sólida que profesó y que cubrió su horizonte de pensamiento durante sus años de madurez, en los cuales dio a la luz sus obras de más aceptación. Este maurismo de nuestro escritor, que se materializó -como en su momento indicamos- en su único intento de incursión en la arena política dentro de la candidatura de diputados conservadores por Madrid, se vió, es cierto, desbordado por el

antirrepublicanismo no democrático y el autoritarismo que luego defendió Ricardo León, pero tal evolución ideológica debe observarse en el convulso proceso sufrido por el país desde la dictadura de Primo de Rivera hasta la victoria de Franco en la guerra de 1936-1939.

En 1926 Ricardo León escribe la novela corta *Olla podrida*, impresa por primera vez en la colección La Novela de Hoy con el número 216, y cuya cuarta edición correría a cargo de la madrileña Librería General de Victoriano Suárez en 1943. Esta obra tiene como eje la figura de un cacique de nuevo cuño, llamado José Luis Porcel y Gutiérrez de Bergantes -de apellido suficientemente significativo-, un cacique que sirve a nuestro escritor para ridiculizar a la clase emergente de la nueva burguesía definida con ribetes de picaresca, truhanerías y corrupción. El personaje en cuestión, elegido como emblema negativo y pernicioso, es un vividor y aventurero que llega a ser cacique por cuenta del estado en la provincia de Jaén, tras haber accedido a las categorías de “diputado a Cortes, consejero de varias compañías, gobernador civil de primera clase, caballero gran cruz, y esperaba ser director general, subsecretario y ministro de la Corona” (376). Libertino, pero casado con una rica doncella llamada Virtudes Argentales, e instalado en Jaén como gobernador, se granjea la enemistad de todos los círculos sociales por su autoritarismo y rapacidad, siendo desbancado del poder mediante un ardid de los notables de la zona que consiguen arruinar su matrimonio al hacerle pasar por adúltero.

Amen de las referencias a “las ollas podridas del Estado”, y de la ironía con que es tratado el problema expuesto, esta novelita condensa su mensaje ideológico en la consideración de que “los mismos atajos que llevan a unos hombres a la cárcel, a la vergüenza pública, suelen conducir a otros, en ciertos ambientes y regímenes, a la silla del prócer y a la poltrona del ministro” (377). La edición de 1943 de *Olla podrida* iría acompañada a modo de “subtítulo” por *Cuentos de antaño y hogaño*, es decir de parte de los textos publicados ya en 1921 con esa denominación, e integra veinte

relatos breves, entre los que destacan los populares “Un castellano viejo”, “Aires andaluces”, “Los caballeros de la estepa” y “Muerte y resurrección de Don Quijote”.

La siguiente novela de Ricardo León, *Los trabajadores de la muerte*, fue publicada en 1927. Ambientada en la Europa posterior a la guerra de 1914-1918, su título hace referencia a los hombres y sus debilidades, y en especial a cierto tipo de ellos.

Como dice uno de sus personajes, “Todos los hombres, más o menos, somos trabajadores de la muerte, en vez de ser trabajadores de la vida”. Y añade, profundizando en la misma idea: “Casi todos yacemos como larvas, cautivos de la materia, pegados al humor viscoso de nuestras propias secreciones, sin acertar a romper el torpe capullo, la miserable envoltura que es la muerte de nuestro espíritu... Otros, los menos, aunque se arrastran por la tierra, inválidos, son libres porque son capaces de hilar con su propia baba finas hebras de ilusión y de arte al encenderse con su propia lumbre. Algunos hombres, por excepción, orugas al nacer, rompen su cárcel y se remontan al cielo como espléndidas y felices mariposas. Otros muchos, en fin, sólo gozan con la podedumbre y sólo medran con la corrupción... hacen mesa y festín de los cadáveres. Son los trabajadores de la muerte, los artífices de Satán, los que se nutren de la ponzoña y del estrago, los sembradores de violencias, los traficantes de pueblos y de hombres, los que por tantos modos, contribuyen a sofocar la vida del Espíritu, a desterrar del mundo la ley de Dios y el amor a sus criaturas” (378)..

Resulta inútil buscar en esta nueva novela de León la contextura técnica, habitual en su autor y común en otros muchos novelistas, en la cual el tema sugiere un argumento que se desarrolla en una acción. El tema existe, pero en vez de construir sobre él una cohesión argumental, se crea un protagonista, un tal Pedro Luis Aladro Castriota, quien ha de hablar y reaccionar con entera libertad por cuenta del autor de la obra, ante lo que imaginariamente contempla. Esta técnica resulta a veces novedosa, sobre

todo en el caso de León, y evidencia los deseos de éste en dirección al naturalismo y al futurismo que ya se observaban en la narrativa europea, especialmente italiana, de la época.

Son varias las acciones que confluyen en *Los trabajadores de la muerte* hacia el desenlace, que no es más que la interrupción de ese vivir heterogéneo, múltiple y esporádico del protagonista. En el fondo, la latente unidad que justifica el sentido de la novela es la elaboración de cierta metáfora de una Europa decadente, fragmentaria y confusa cuyo centro, ya casi tópico, es París. El protagonista de esta obra, joven soñador y un tanto impulsivo, poseedor de unos apellidos que le remiten por igual a España y a un origen albanés -este último podría darle curiosamente la posibilidad de ceñir la corona de aquel disputado territorio balcánico-, se salva en esencia gracias a su firme casticismo español y a su inalterable fe religiosa, hasta el punto de perder la vida por ambos.

Los trabajadores de la muerte, novela que, como observamos, participa de los nuevos aires del regeneracionismo de estética totalitaria que surgía en buena parte de Europa, fue escrita en realidad por Ricardo León entre 1926 y 1927 y apareció este último año, cuando su autor contaba los 50 de edad. Editada inicialmente por la casa Hernando en Madrid, como tomo XVI de la colección de obras completas de Ricardo León, contaba con una dedicatoria en la que muy explícitamente se decía...

“A los trabajadores de la vida, cultivadores del espíritu, predicadores del amor y misioneros de la verdad; a los que labran y fertilizan la tierra (la dura tierra poblada de reptiles, campo de tuercas y cizañas) con hierros de sacrificio y simientes de caridad; a todos los sembradores del bien, amigos sinceros, humildes y leales de la paz del mundo y la salud de los hombres: consagra este libro, de realidad y fantasía, tragicómico y agridulce, tal vez estimulante y revulsivo por demás, un español que para alivio de culpas, las propias y las ajenas, quiere también, con los útiles del ingenio, de la imaginación y del arte, sembrar en la tierra un grano de mostaza, meter en el surco, plagado de abrojos y cicutas, florecido de rojas amapolas -odio, sangre, dolor, fragilidad y miseria-, una semilla cristiana” (379).

El texto de esta obra -cuya segunda edición apareció en la firma madrileña Victoriano Suárez en 1943, ya sin dedicatoria y prólogo- se divide en solo dos partes, la primera titulada

“De la vida y costumbres, aventuras y paradojas de un diplomático español, príncipe albanés, pródigo andaluz y viajero universal”, y la segunda llamada “El canto del cisne”, y subdividida en doce secuencias; con un cierre en forma de “Epílogo”. Entre las secuencias destacan “Una aventura en aeroplano”, “Babel Palace”, “Iván el Terrible”, “Fatum” y Paneuropa”.

En el “Prólogo” de esta obra Ricardo León indica: "Únicos en el mundo, a lo menos en este mundo de Occidente lleno de agravios y felonías y entuertos, podrido de codicia y de millones, de materialismo y de prosa vil, nosotros, los españoles desbaratados, los que perdimos, a fuerza de tirar la casa por la ventana, todo el caudal de los abuelos, las bragas del Cid, las joyas de Isabel la Católica, las cuentas del Gran Capitán, el imperio de las Indias, los tesoros de Eldorado, las naves de la Invencible, las riquezas de moros y judíos, el botín de la Desamortización; nosotros, tan fáciles y acostumbrados a perderlo todo: la vida, la fortuna, la gloria y hasta la chaveta; nosotros los jugadores de azar, los que ponemos el destino a la suerte, a lance de lotería, a golpe de cara o cruz; nosotros, con todos nuestros defectos garrafales, somos los últimos descendientes de los grandes románticos de ayer; somos en Europa y en América (de Gibraltar a Panamá y Nicaragua) el vivo contraste, la protesta viva, el yo acuso de los espíritus valientes y justicieros frente a la iniquidad y podredumbre de esta nueva Jerusalén, de esta sociedad de nuevos ricos que tiran por la ventana la ley de Dios y el amor a los hombres" (380).

Toda la obra es una especie de sátira catastrofista y spengleriana de la situación internacional en los años veinte, al hilo de la imaginaria historia de un aristócrata andaluz de origen albanés llamado Juan Pedro Aladro y Castriota, diplomático español y heredero del trono de Tirana como descendiente del mítico caudillo Scandenbergh. En realidad, esta figura fue tomada de un hecho real: la existencia en aquellos años de un aventurero malagueño llamado Aladro que aspiraba al trono

vacante de Albania, cuestión citada con ironía por Rafael Cansinos-Asséns en el capítulo “Un poeta heráldico” del tercer volumen de su trilogía *La novela de un literato* (381).

Tras presentar León a Aladro en su novela como antiguo amigo del autor en los frentes de la Gran Guerra, señala algunas características de éste, antes de recordar su muerte en Albania hacia 1923, después de recibir el ofrecimiento de la corona del país y discutir sobre el modo de defender a Occidente -¿fascismo o catolicismo tradicional?- con Benito Mussolini; quien desde su liderazgo en Roma manda curiosamente que Aladro sea eliminado. A partir del hallazgo de las memorias de éste por uno de sus amigos llamado Julio Gazul, se desarrolla la novela, con tonos futuristas -canto a la aviación- y a trechos con incrustaciones de folletín “belle époque”. En sus páginas se muestran círculos de espías y diplomáticos sin escrúpulos -bolcheviques, liberales decadentes, parafascistas intrigantes o imperialistas orientales- que actúan en derredor de la inútil Sociedad de Naciones. Junto a ellos mujeres excéntricas, neurasténicas, conspiradoras y feministas. Sus capítulos son cortos, casi autónomos, y contruidos con un lenguaje directo e incluso de tonos periodísticos.

Alrededor del protagonista, y a través de él -donde se refugia el espíritu de Ricardo León-, conocemos diferentes personajes que representan distintos y afines aspectos de la Europa inestable de la posguerra de 1914: Olga, aristócrata rusa pervertida y cruel, que conspira contra el soviét y vive de él, la princesa Bagarat, convertida en bolchevique y prototipo de la mujer de lucha política sin escrúpulos, Gazul, su marido granadino, perseguidor de odaliscas, Museya, por quien, tras la corona albanesa, el protagonista pierde la vida... Todos ellos configurados a modo de trabajadores de la muerte de Europa, dentro de una novela con tonos a trechos policiacos, con momentos de intriga en los distintos episodios.

Los trabajadores de la muerte fue una obra muy comentada entre los círculos culturales de la derecha española de su tiempo, interés que se vio

reflejado en críticas y comentarios publicados en las páginas de diarios y revistas. Entre estas críticas y comentarios destacaron los escritos durante los últimos meses de 1927 en los diarios *La Época*, *ABC* y *Las Provincias*, y en las revistas *Estampa*, *Cervantes* y *La Nueva Democracia*.

En *La Época* el día 6 de septiembre del 27 se ofrece con el título “Un nuevo libro de Ricardo León. Los trabajadores de la muerte” una larga consideración de Luis Araujo-Costa acerca de esta nueva obra de nuestro autor. Este texto afirma en primer lugar: “Continuamos presenciando la crisis de la novela. Bajo esa denominación tan amplia y tan cómoda, se escriben tratados de psicología, relatos de viajes, libros de historia, observaciones sobre todo lo divino y lo humano en forma parecida a los Ensayos de Montaigne... La nueva obra de Ricardo León *Los trabajadores de la muerte*, más que novela es un libro de memorias, y lo peregrino del caso es que el autor las supone escritas no por un personaje imaginado, hijo de su caletre... sino por un amigo suyo, muy conocido en la sociedad española y en el mundo diplomático europeo”. A continuación, señala el crítico de *La Época* que “Comienza León su libro con un prólogo vibrante en el que se exaltan las glorias españolas, las virtudes de nuestro pueblo, los rasgos característicos de nuestra tierra, de nuestros hombres y de nuestra historia, a fin de enlazar todas estas notas raciales con el carácter del caballero andaluz que ha de ser el héroe, el narrador y hasta el filósofo de su relato... Pero el alma de España se anula, se esconde, se empequeñece, se oculta avergonzada, ante el mundo actual de la postguerra, frío, calculador, materialista, germen de todos los egoísmos y de todas las pasiones de bajo vuelo. Un caballero español que representa las virtudes y los vicios raciales, ¿qué postura adopta ante esas mujeres de cabellos cortos y teñidos, faldas por cima de la rodilla y nervios de acero que la permiten ser maestra en todos los deportes?”. Después apunta Araujo-Costa que “Es la primera vez que León nos conduce a la gran Cosmopolis y juzga de paso la alta política internacional de los estadistas franceses, ingleses, alemanes, austríacos,

italianos, rusos y de Norteamérica. Sus semblanzas de los políticos que intervinieron en Locarno y continúan, después de 1920, los manejos y combinaciones diplomáticas que dieron al traste con la paz europea en 1914; sus descripciones de ese mundo de espías y aventureros que viven a la sombra de los grandes congresos internacionales, junto a los dignatarios que representan a los pueblos; sus escauceos en el género de las novelas policiacas con motivo de los incidentes a que se exponen los delegados secretos de la Rusia bolchevique, esparcidos por todas las ciudades importantes de Europa y América; sus apuntes sobre Israel todopoderoso; sus observaciones sobre las artimañas financieras y lo certero de su psicología para dibujar figuras y caracteres, hacen de esta obra un relato emocionante, instructivo, lleno de interés, vario como la vida moderna, flexible, original, completo que no hay más que pedir”.

ABC presenta en sus páginas el día 20 de octubre de 1927 un comentario en torno a *Los trabajadores de la muerte* en su sección “Crítica y noticias de libros”, donde se dice: “Comentando, no hace mucho, un bello libro de Gabriel Miró, observábamos que el ilustre autor de las *Figuras de la pasión* pertenece al núcleo escaso, compuesto sólo de cuatro o seis escritores, en cada uno de los cuales encontramos un tipo culminante de prosa original y bella, que se destaca regiamente en el actual florecimiento del habla española. A ese reducido y selecto grupo de grandes prosistas pertenece también Ricardo León, cuya reciente obra *Los trabajadores de la muerte* está siendo objeto de elogiosos comentarios entre sus numerosos lectores... La obra mencionada pertenece al ciclo, ya copioso, de la literatura de la trasguerra. Se trata de un verdadero ensayo crítico del estado espiritual producido en Europa por la honda crisis éticosociológica que atraviesa. Pero este ensayo no adopta una forma escuetamente expositiva de la ideología del autor sugerida por la observación del fenómeno que presencia; tampoco adopta la forma dialogada que ya el propio autor empleó en su *Escuela de los sofistas*: el ensayo está diluido en el curso de una fábula novelesca, cuyo

desenvolvimiento, cuyo escenario son los temas sobre los cuales discurre el ensayista exponiendo sus apreciaciones”. Tras estas primeras líneas, el crítico de *ABC* precisa que “No es necesario consignar, tratándose de una obra de este ilustre escritor, que la agilidad descriptiva es siempre magistral. Es también profundamente intensa la emoción que pone en el desarrollo de la fábula. A veces el plan ideológico del ensayo le obliga a conducirla por derroteros que el propio autor siente y declara un poco folletinescos. Sin embargo, es tal el vigor que da a la vida y psicología de los tipos, que la atención y la emoción se vinculan siempre en ellos con más fuerza que en la truculencia y complicación de las aventuras. El interés de esta fábula no está en lo sorprendente de los sucesos, sino en la plasticidad con que se presentan los actores, con quienes el espíritu del lector entabla estrecha relación afectiva”.

En *Las Provincias*, el crítico Miguel de Castro comenta el día 28 de diciembre de 1927, bajo el título de *Los trabajadores de la muerte*, esta nueva obra de Ricardo León, advirtiendo primero que en ella “predomina la nota política sobre la nota literaria, preocupa más al escritor, asimismo, el problema social que el problema sentimental. Esto, que acaso no favorezca del todo al novelista, eleva en cambio, el nivel del sociólogo, y nos brinda la ocasión de admirar un nuevo aspecto del talento del poeta de *La lira de bronce*. No quiere ello decir que carezca *Los trabajadores de la muerte*, ni siendo obra de Ricardo León creo sea la aclaración precisa, de interés novelesco, ni de instantes de intensa emoción sentimental”. Pasa después a aclarar el crítico valenciano que “aunque *Los trabajadores de la muerte* es obra fundamentalmente política, es novela, siempre novela, y el autor, sin olvidarse de ello, aunque quiera enviar los enjambres de su ingenio hacia los montes escuetos y ásperos de la política donde clavan sañudamente sus agujijones las abejitas, a veces se le distraen en los dorados Himetos de la lírica, con muy buen acuerdo ciertamente cuando de un novelista poeta se trata”. Luego, al comentar el estilo de la obra, Miguel de Castro admite que

“El estilo de esta novela de fuerte sátira social está acordado a su ideología. No se diga que es una prosa escueta, seca, puesto que su autor es ante todo un estilista. La musa de Ricardo León no se ha cortado la melena, aunque a ratos se suelta el pelo para fulminar como una euménide contra tanto desafuero y follonería como lleva consigo la sociedad moderna, la que siguió a la hecatombe europea y que aún continua vivita y coleando, como una víbora, por este desierto espiritual que es Europa”. Y termina el crítico de *Las Provincias*: “No es el estilo del autor de *Casta de hidalgos*, en la obra que nos ocupa, un estilo con bigotillo recortado a lo Charlot, propio para los bufos y equilibristas literarios, pero tampoco es un estilo frondoso. El novelista se ha hecho cargo al encararse con problemas sociales de pésimo cariz como son los que nos amagan, que no esta la Magdalena para tafetanes, y se ha ido derecho al bulto. Claro es, que siempre dentro de su natural distinción lingüística, y dejando ver, con frecuencia, en su prosa garbos gentiles de su verbo elegante, sutiles socarronerías andaluzas, a lo Valera, rasgos de fina sátira, de donosa burla, tan característicos de nuestra novela clásica”.

A su vez, el crítico J. García Mercadal comenta en la sección “Vida Literaria” de la revista *Estampa* del 1 de diciembre del 27 que “Ricardo León se ha propuesto, al escribir *Los trabajadores de la muerte*, alzar ante nuestros ojos la visión panorámica del mundo presente, y hacer que de ella se nos denuncien los efectos morbosos provocados en la dinámica social por la honda crisis que sufren los espíritus. En ese mundo presente, tan sacudido por fuertes y encontradas corrientes de fondo, debe ocurrir la gesta heroica del protagonista de *Los trabajadores de la muerte*, hidalgo de sentimientos expansivos, nuncio de claros futuros de universalidad, tan en pugna con las intenciones de los patriotismos exclusivos y de los frenesíes nacionalistas... Ricardo León ha compuesto un libro que interesa, acaso demasiado, es decir, que en él la fábula se apodera de la atención del lector y logra en su

curiosidad y apetencia excesiva preponderancia, dejando en segundo término lo que tal vez fue primero en los propósitos del autor, la exposición de su verdad evangélica, levantada frente al hipócrita materialismo imperante”.

El interés por *Los trabajadores de la muerte* llegó a verse reflejado incluso en publicaciones del otro lado del Atlántico, como fue el caso de las revistas *Cervantes*, de Cuba, y *La Nueva Democracia*, de Nueva York. En la primera se reproduce el 1 de diciembre de 1927 el prólogo que para *Los trabajadores de la muerte* escribió León, cuyo retrato aparece además en una página de la citada revista con una dedicatoria manuscrita donde se dice: “A la revista *Cervantes* y a cuantos mantienen gallardamente en Cuba el prestigio de la raza y de la lengua españolas: con la más fervorosa cordialidad”. Y en *La Nueva Democracia*, revista en castellano editada en Nueva York, un comentarista anónimo dedica en igual fecha varias páginas a *Los trabajadores de la muerte*, señalando, entre otras cosas, que “Esta novela tiene los mismos defectos y un mérito muy semejante a la novela de Víctor Hugo *Los miserables*. La obra de Víctor Hugo como novela ningún crítico se atrevería a presentarla como buena y digna de imitarse. En cambio como obra sociológica merece entusiastas aplausos y calurosa recomendación. Lo mismo ocurre con la novela de Ricardo León *Los trabajadores de la muerte*. Más bien que novela es una obra sociológica con rasgos novelescos. Y aquí si que no escatimamos las alabanzas al Sr. Ricardo León. en este aspecto es tal vez su mejor obra. Sostiene un programa profundamente cristiano, y por lo mismo altamente moral y civilizador... Como dechado de lo que representa España y los pueblos de Hispano-América en relación con la cultura y la civilización anglo-sajona, también es muy digna de aplauso”. E inmediatamente pasa el crítico de *La Nueva Democracia* a asegurar que el espíritu de esta revista coincide con el de Ricardo León en cuanto a la visión de la cultura hispánica y su relación con el mundo anglosajón, tras lo cual se reproducen fragmentos de *Los*

trabajadores de la muerte relativos a cuestiones sobre idealismo, religión y prodigalidad del español, y errores de los políticos.

Desde el punto de vista ideológico, *Los trabajadores de la muerte* viene a ser una afirmación del nacionalismo español frente al europeísmo y el economicismo de los años veinte y del cristianismo católico ante las convulsiones del mundo eslavo y oriental. Se ridiculiza la idea de unos Estados Unidos de Europa -que gozo del apoyo de Ortega-, a la vez que se advierte sobre la decadencia de Occidente (idea de Oswald Spengler) y los peligros rojo y amarillo, y se propugna la defensa católica (tesis de Henri Massis y su *Defense de l'Occident*). En realidad la posición al respecto de Ricardo León se nutre también de José María Salaverría -*Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos*, 1928-, de Donoso Cortés, de Vázquez de Mella, de Víctor Pradera y de Ernesto Giménez Caballero, pero muy especialmente de Ramiro de Maeztu.

El pensamiento de Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, está presente en las ideas de Ricardo León con claridad, solidez y aun rotundidad. De este pensamiento, recogido minuciosamente por el estudioso del mismo Manuel Fernández Nuñez en la obra precisamente titulada *Juan Donoso Cortés. Pensamientos*, publicada en 1934 en Madrid por la editorial Espasa-Calpe en su colección "Nueva Biblioteca Filosófica" (volumen LXXII), cabe recordar en primer término la valoración del cristianismo como eje civilizador. Así, diría Donoso Cortés que "Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilización moderna tiene un origen filosófico: todas proceden de la Religión cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vías de la verdad, ha rendido adoración y culto al plagio de la Filosofía" (382). Luego, resulta igualmente significativa la crítica de Donoso a la izquierda en general y al socialismo en particular, del que señalaría: "El socialismo es hijo de la economía política, como el viborezno es hijo de la víbora, que, nacido apenas, devora a la propia madre... ¿Se quiere combatir al socialismo?... si se quiere combatir al

socialismo, es preciso acudir a aquella Religión que enseña la caridad a los ricos, a los pobres la paciencia; que enseña a los pobres a ser resignados y a los ricos a ser misericordiosos” (383). Junto a esta posición antisocialista, León comparte con Donoso Cortés una percepción de la monarquía como hecho providencial y natural, en este sentido precisaría el segundo: “Hay tres afirmaciones entre otras. Primera afirmación: existe un Dios, y ese Dios está en todas partes. Segunda afirmación. ese Dios personal, que está en todas partes, reina en el cielo y en la tierra. Tercera afirmación: Este Dios, que reina en el cielo y en la tierra, gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas. En donde hay estas tres afirmaciones en el orden religioso, hay también estas otras tres afirmaciones en el orden político; hay un Rey que está en todas partes por medio de sus agentes; ese rey, que está en todas partes, reina sobre sus súbditos, y ese Rey que reina sobre sus súbditos, gobierna a sus súbditos. De modo que la afirmación política no es más que la consecuencia de la afirmación religiosa. Las instituciones políticas en que se simbolizan estas tres afirmaciones son dos: las Monarquías absolutas y las Monarquías constitucionales... la Monarquía constitucional progresiva pertenece a la civilización negativa en primer grado” (384). A partir de aquí, Donoso Cortés establece una dimensión ultraconservadora de lo monárquico, que no sería ni mucho menos extraña al pensar de Ricardo León, una dimensión autoritaria fijada de la siguiente forma: “Cuando los súbditos faltan a la obediencia amorosa, Dios permite las tiranías; cuando el Soberano falta a esa amorosa mansedumbre, Dios permite las revoluciones. Con las primeras tornan los súbditos a ser obedientes: con las segundas vuelven los Príncipes a ser mansos. De esta manera, así como el hombre saca el mal del bien establecido por Dios, Dios saca el bien del mal creado por el hombre. La historia, si bien se mira, no es otra cosa sino la relación de los varios sucesos de esta lucha gigantesca entre el bien y el mal, entre la voluntad divina y la voluntad humana, entre el Dios clementísimo y el hombre rebelde” (385). Completan esta posición netamente tradicionalista y

católica al menos otros cinco postulados de Donoso Cortés influyentes en la ideología de Ricardo León: la ignorancia del dogma de la providencia, el olvido de lo divino por la sociedad moderna, lo impropio del parlamentarismo, es decir, de la democracia, el sometimiento de la ciencia a la religión, el carácter satánico del socialismo e ideologías afines, y la necesidad de la intolerancia doctrinal de la iglesia. Para Donoso Cortés “El dogma de la providencia y el de la gracia nos revelan la existencia de un mundo sobrenatural en donde residen sustancialmente la razón y las causas de todo lo que vemos: sin la luz que viene de allí, todo es tinieblas; sin la explicación que está allí, todo es inexplicable; sin esa explicación y sin esa luz todo es efímero” (386).

En torno al divorcio entre lo divino y la sociedad, puntualiza Donoso Cortés que “El gran pecado de estos tiempos me parece consistir en el intento vano, por parte de las sociedades civiles, de formar para su uso propio un nuevo código de verdades políticas y de principios sociales; en el intento vano de arreglar sus cosas por medio de concepciones puramente humanas, haciendo una absoluta abstracción de las concepciones divinas” (387). Del “parlamentarismo”, como forma organizativa de la democracia, apunta después Donoso Cortés que éste “suprimiendo las jerarquías, que son la forma natural, y por consiguiente divina, de lo que es vario, y quitando al poder lo que tiene de indivisible, que es la condición divina, natural y necesaria, de lo que es uno, se pone en abierta insurrección contra Dios, en cuanto que es creador, legislador y conservador de las sociedades humanas” (388). El sometimiento de la ciencia a la religión queda fijado, para Donoso Cortés, en el hecho de que “Sólo al mundo católico le ha sido dado ofrecer un espectáculo en la tierra reservado antes a los ángeles del cielo: el espectáculo de la ciencia derribada por la humildad ante el acatamiento divino” (389). El socialismo es rechazado y anatemizado, al indicar el pensador católico que “Las escuelas socialistas, hecha abstracción de las bárbaras muchedumbres que las siguen, y consideradas en sus

doctores y maestros, sacan grandes ventajas en la escuela liberal... El socialismo no es fuerte sino porque es una teología satánica”(390). Por último, el indiscutible papel rector de la Iglesia es asumido por Donoso Cortés al señalar que "La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado al mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestión la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa; verdades primitivas y santas, que no están sujetas a discusión, porque son el fundamento de todas las discusiones” (391). De todas estas aseveraciones, formuladas con una convicción rayana en el integrismo, participa en mayor o menor medida nuestro Ricardo León, quien aplicara sus derivaciones en el ámbito de sus creaciones literarias, bajo las cuales siempre late el corpus doctrinal del catolicismo conservador y tradicionalista a lo Donoso Cortés.

El influjo de Juan Vázquez de Mella se detecta más el componente político que filosófico de Ricardo León, y en este sentido cabe ilustrar algunas de las ideas del doctrinario tradicionalista conservadas en su volumen *Selección de elocuencia e historia*, primer volumen de sus obras completas editado en 1932 por la casa Subirana en Madrid., y donde se recogen fragmentos destacados de reflexiones hechas por éste. La valoración de lo propio y el rechazo a lo extranjerizante a través del concepto de europeización es una de tales ideas, expresada por Vázquez de Mella en 1906 con los siguientes términos: “me hierve la sangre y me duelen los oídos, cuando oigo esa palabra de europeización. Hace algunos años, todavía no había un español que no se indignase contra aquella frase injuriosa de Dumas, que decía que el Africa empezaba en los Pirineos... ¿Es que tanta maravilla hay en los demás pueblos de Europa? Yo he viajado por algunos, y he visto algunas cosas que abundan en España y otras que en España no abundan tanto por fortuna”... Hay de todo en todas partes: lo que hay es que nuestros políticos conocen el extranjero por los balnearios”... “aquí hacemos muchos alardes de patriotismo, y, sin embargo, puede decirse que España es una nación que apenas pasa un día sin que se insulte a

sí misma. Nosotros estamos afirmando todos los días que somos un pueblo atrasado, que tenemos que europeizarnos; ¿creéis que así se ha civilizado alguna vez un pueblo? Muy malo es aquel exceso de patriotismo que ya tiene un nombre, chauvinismo, y que consiste en creer que las cosas del propio país son siempre las mejores; pero lo prefiero a esta clase de injurias y afrentas” (392). Otro de los asuntos en que coinciden León y Vázquez de Mella es el relativo a la revalorización de la figura del hidalgo como instrumento contra una modernidad degradante, es en este sentido en el que hacia 1915 el segundo afirmará: “Yo sé que desde las almenas de un viejo torreón, desde un palacio desierto, desde una casa solariega abandonada, un blasón roto y limado por el tiempo, aunque esté cubierto de jaramagos y de penachos de hiedra, no es una lápida sepulcral detrás de la cual hay un cadáver; es una puerta detrás de la cual hay varios siglos que hablan a las generaciones sucesivas y le dicen con voz imperiosa: No hemos ganado estos títulos ni estos blasones para que sean como un grado más alto en el escalafón de las vanidades sociales ni para que sirvan de adorno a la portezuela del coche o del automóvil; los hemos conquistado para que prolonguen las empresas que los iniciaron. Porque son el símbolo de abnegaciones, de sacrificios heroicos, de virtudes gloriosas, de varones fuertes que mandan con voz imperativa a sus descendientes, y les dicen: No importa que la fortuna haya menguado con un industrialismo con que no contabais y con una desvinculación que os ha dejado sin el patrimonio material que nosotros os hemos legado; basta el patrimonio moral de las grandes hazañas para que, en las horas de crisis de la Patria, deis el ejemplo a las muchedumbres. Escuchad esa voz. Vosotros formáis parte de la historia de España; si arrancaran violentamente los nombres de toda nuestra vieja aristocracia con todas las empresas que representan, esa historia quedaría desgajada, y esa historia habla desde los blasones y habla desde los sepulcros, y os dice en estas horas críticas, en estas horas supremas: Dad el ejemplo, haced de cada hogar una escuela de patriotismo, sin que os importe

el tener o no fortuna; tenéis el patrimonio espiritual, ése basta: porque no importa nada que los caballeros sean mendigos, con tal de que los mendigos sean caballeros” (393). La advocación monárquica es también común a Vázquez de Mella y Ricardo León, una advocación que Mella estableció, entre otras ocasiones, en un discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados en 1914 y recogido en el volumen que reseñamos, donde indicó curiosamente: “En los Monarcas hay dos personalidades, y, cuando se les ataca, se suele no ver más que una sola, la que vale menos, la persona física. Un Monarca es una persona física y una persona moral e histórica. La física puede valer muy poco, puede ser inferior a la mayoría de sus súbditos; pero la moral y la histórica valen mucho; esa es de tal naturaleza, que suple lo que a la otra le falta, y lo suple muchas veces con exceso”... “nadie puede ejercer el poder personal supremo, como lo puede ejercer un Rey” (394). La ortodoxia católica es, por supuesto, otro de los elementos de pensamiento compartidos por León y Vázquez de Mella, y al respecto cabe recordar algunos presupuestos de éste último al respecto: Tras considerar con cierto misticismo que “Ignorar al Dios-hombre es ignorar al hombre y a Dios. Así llegaremos a la síntesis única que es la filosofía y la teología del Catecismo, que tiene sus raíces en la naturaleza humana y en la esencia divina, porque es la fórmula natural y sobrenatural de sus relaciones” (395), Vázquez de Mella pasa a recordar, con una terminología que sería muy del agrado de León, que “La moral católica se encierra de tal manera en el amor, que toda se compendia en el magno precepto que ordena amar a Dios directamente y por sí mismo, a los demás como a nosotros y a todas las cosas por Él. Su culto es el sacrificio y la inmolación perpetua del amor, y la Iglesia misma, mirada como institución, es una nave que cruza los mares del mundo con los dos remos de su jerarquía, levantando las almas hacia su fin, que es su salvación, su destino eterno, que estriba cabalmente en la unión con Dios y en la fruición del amor” (396). En esta senda, el pensador tradicionalista halla un nuevo tramo de encuentro con nuestro Ricardo León, al asumir una

veneración coincidente por Santa Teresa. Esta inclinación teresiana será explicitada por Vázquez de Mella con el título de “Autobiografía sobrenatural” en el volumen primero de sus *Obras completas* que estamos utilizando, cuando en unas breves pero esclarecedoras páginas señala con tonos líricos: “En una ciudad castellana, mística y caballeresca, destacada sobre una colina como un gigantesco relicario esmaltado de cruces y blasones y teniendo por marco una muralla terminada el mismo año en que empezaron las Cruzadas, apareció una flor espiritual, de lozanía no igualada, que los ojos contemplan atónitos sin poder abarcarla, porque brota del alma de España y esconde su corola y sus aromas en el cielo. Santa Teresa apareció en el mundo cuando España le conquistaba, y para completar la conquista con otra más grande: la de los secretos del alma y del cielo” (397). Completan estos pensamientos de tradición católica y españolista, las páginas dedicadas por Vázquez de Mella al papel de la iglesia y sus fieles en un momento de crisis, muy en línea con la visión radicalmente negativa que León tenía de su contemporaneidad y su percepción de la religión como instrumento de superación de esa época. Así, apuntaba el pensador tradicionalista : “Todo depende de nosotros, si somos fieles a la fe que profesamos y la voluntad la sirve sin miedos ni condiciones. Los tiempos son aciagos; la hora tan crítica, que hay algo que me impide mirarla con calma, porque turba el ánimo con el asombro. Hemos llegado a unos momentos en que una cosa que pareció visión apocalíptica y dantesca, y que pasó hace pocos años ante nuestros ojos, una semana horrible que apenas tiene nombre, que fue la escuela laica volcada en la calle, dando libertad a todas las vilezas y a todas las degradaciones humanas en una explosión de barbarie, verdadera orgía de caníbales beodos que profanó cadáveres y danzó con los esqueletos de los muertos ante las llamas de los templos incendiados y de la obras de arte reducidas a pavesas... todo eso se ha convertido por el miedo en argumento a favor de la libertad del delito y de la justificación y casi apoteosis de los delincuentes, de tal manera que los

verdugos, o los cómplices, o los encubridores de los verdugos, son ahora, por cobardías inauditas, los que dispensan el perdón y la misericordia a los que fueron las víctimas o los amigos de las víctimas. ¿Vamos a desfallecer por eso? ¿Vamos a creer que una nube sombría se va a extender entre nuestros deseos y nuestras esperanzas, y que la Iglesia, en lo humano, va a quebrantarse y a sufrir nuevas laceraciones y nuevos desmayos, y que nosotros, rendidos al desaliento, tendremos que deponer las armas? No; nosotros no tenemos derecho a temblar y a sorprendernos con desventuras, y no lo tenemos, porque no se concibe una Iglesia Católica perpetuamente victoriosa en la tierra...La Iglesia no reflejaría a Cristo si sólo fuese victoriosa y triunfante por el mundo: *Iréis como corderos en medio de lobos, os perseguirán en mi nombre.* Él lo dijo, y no le reflejaría si no caminase, como él, por la calle de la Amargura y no fuese lacerada, oprimida, vejada, azotada ante los Poderes públicos, y clavada, y escarnecida, y coronada de espinas, y bebiendo hiel y vinagre, para que, llegado el momento supremo y cuando la impiedad cantase su triunfo, y se rasgara el velo del templo, y temblara la naturaleza, sobre el sepulcro guardado por los enemigos satisfechos se levantase resplandeciente y llena de vida como su divino Fundador” (398). Aparte de la coincidencia con Ricardo León en la consideración de la Semana Trágica de Barcelona como un simple acto de barbarie, a pesar de la represión posterior de los anarquistas con la figura del ejecutado Ferrer Guardia al fondo, Vázquez de Mella evidencia en estas líneas el mismo horror de nuestro escritor ante la “escuela laica”, y la misma creencia integral en la función providencialista y salvadora de la iglesia católica.

Por último, es factible e ilustrador relacionar las ideas de Vázquez de Mella en torno a lo católico como crisol de todas las artes y creaciones positivas del hombre, con el fondo de pensamiento que Ricardo León utilizaba en similares términos para sus obras. En una conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia en 1913 -recogida en

Selección de elocuencia e historia-, Vázquez de Mella estableció que “sólo en el templo católico se dan cita todas las artes, y que en los otros no están todas: están dispersas, o están proscritas” (399), e incluso llegó a apuntar, en el ámbito de la escritura, desde presupuestos cercanos al Ricardo León más conservador, y en referencia a la iglesia católica, que “Todas las formas literarias le rinden vasallaje para expresar la historia de los personajes superiores a todas las concepciones artísticas, y sentimientos que no caben en el alma y en la lira de los grandes poetas... ¿Qué novela histórica ni cabaleresca podrá compararse con la vida de los conquistadores y guerreros victoriosos como San Fernando, o vencidos como San Luis; ni qué aventureros heroicos podrán colocar sus lechos al lado de las empresas de San Francisco Javier? ¿Qué novela social puede acercarse a la vida de San Vicente de Paúl o San Juan de Dios? ¿Qué novela psicológica, a esas súbitas conversiones como la de la Magdalena, San Pablo y San Agustín? Y si buscáis todas las formas y modelos de la poesía lírica, ella os ofrecerá las elegías desgarradoras y los himnos triunfales más grandes que han agitado el corazón y los labios de los hombres. Lanza imprecaciones terribles con la voz de los profetas, y es fúnebre en el *Dies irae*; se anega con el llanto en el *Stabat Mater*; suplica y ruega con todos los acentos de la ternura en la *Salve Regina*; pero canta en el *Magnificat* y expresa el triunfo en el *Te Deum*, porque tiene en sus manos el corazón de los hombres” (400).

En cuanto a Víctor Pradera, las coincidencias con Ricardo León venían al menos de la época de la Dictadura del general Primo de Rivera, cuando ambos - junto a Pemán- apoyaron la base autoritaria de aquel movimiento. Víctor Pradera había escrito en 1923, el día 22 de septiembre, en el diario *El Debate*, que “Notoriamente el movimiento militar se ha producido fuera de la legalidad, como lo reconocían sus autores huyendo de toda hipocresía; pero que tan notorio era, que toda España reconocía a su vez la necesidad del hecho de fuerza extralegal”. Luego, defendió el plebiscito o referendun del 13 de septiembre de 1926 en el que seis millones de

españoles dijeron “sí” al régimen primoriverista, e incluso aceptó un puesto en la Asamblea Consultiva creada un año después por Primo de Rivera, en sustitución del Congreso de los Diputados. Ricardo León asumió al igual que Víctor Pradera los postulados del autoritarismo primoriverista, recubierto de matices regeneracionistas, y ambos fueron siempre defensores de la monarquía, de la religión más ortodoxa y de una concepción tradicionalista de la sociedad, a partir de la familia y la propiedad.

La ideología de Maeztu alimenta el pensamiento de Ricardo León en sus elementos más sólidos y de más altura, sobre todo en cuanto a la valoración de la figura tradicional del hidalgo y su transformación en un caballero católico y conservador de nuevo cuño. Maeztu es un hombre del 98, que desde muy pronto adoptó una postura de hombre de acción, defensor de un pensamiento radical hispanocatólico -luego utilizado por el nacionalcatolicismo de Franco-. Él fue quien, a través de la política y el periodismo, diseñó una corrección del rumbo de la modernidad desde el conservadurismo y el catolicismo más ortodoxo; línea que siguió León. La idea del caballero moderno fue definida por Kierkegaard: ese caballero moderno está convencido de tener un vínculo indestructible con lo absoluto, pero no aprecia en el mundo huellas de tal vínculo. Esa situación provoca cierto grado de desesperanza, y la forma de combatirla es la pertenencia a un orden tradicional de las cosas, y el conocimiento interno, del que surge la valoración propia por encima de las circunstancias. Maeztu desarrolla esta concepción y cree que el caballero católico debe velar además por una conexión con lo absoluto, conexión que peligra si las instituciones sociales que sirven de mediación con Dios son derrotadas en el combate por el dominio del mundo. Es decir, que el caballero moderno, derivado del hidalgo tradicional, debe actuar para preservar formas políticas y sociales conservadoras: ese y no otro es también el pensamiento de Ricardo León que puede advertirse en la inmensa mayoría sus obras.

En el ámbito literario, Maeztu se opuso al modernismo decadente, pensando en una literatura capaz de mostrar la esencia mítica del alma nacional, y por ello estuvo de alguna manera cerca de Ortega -si bien éste defendía al gentleman y Maeztu al hidalgo-, y lejos de los respectivos distanciamientos de Valle, los Machado o Juan Ramón. Por eso es en lo literario en lo que más se aparta del primer Ricardo León modernista -al margen de juveniles coincidencias estéticas con la novela *La guerra del Transvaal*-, aunque luego ambos coincidirían en una recuperación del romanticismo y del tardomodernismo -e incluso en ocasiones del naturalismo- con fines netamente conservadores.

Para Maeztu, al igual que para León, lo literario y lo político no dejan de ir unidos dentro de un determinado pensamiento filosófico y religioso. Director de la revista *Acción Española*, fundada por el Conde de Santibañez del Río bajo una advocación santiaguista y con un ideario nacionalista, Maeztu publicó en el número 78 de ésta en agosto de 1935, un Discurso de Ingreso en la Academia Española, texto en el cual la percepción de la fusión entre literatura y política quedaba pública y notoriamente clara. Dentro de ese número de *Acción Española*, todavía existente en la biblioteca privada que legó Ricardo León a sus herederos, el texto en cuestión, titulado “La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica” y dedicado a su predecesor en el sillón de la Academia Cipriano Muñoz y Manzano -filólogo y Conde de la Viñaza-, resalta como cualidad de éste “el patriotismo, en primer término, regional y nacional”. Y hay en tal texto además un esclarecedor párrafo de Maeztu, subrayado a lápiz por Ricardo León, en el que se indica: “Otra cualidad relevante en el Conde de la Viñaza es la fidelidad con que refleja el espíritu de su tiempo. Durante los años de la Restauración y la Regencia creyeron posible los españoles conciliar sin dificultades el espíritu de tradición con el de progreso, y los hombres representativos eran al mismo tiempo patriotas, liberales y católicos. En aquel optimismo les sorprendieron las guerras coloniales, y a partir de 1898 empezaron a separarse los

caminos, hasta que los españoles nos encontramos divididos en dos campos, sin esperanza, por ahora, de que se descubra el terreno neutral donde la convivencia sea menos penosa”.

En lo político, quería Maeztu un pueblo español a la vez católico y moderno, gobernado por un régimen autoritario -por lo cual en principio apostó como León por la dictadura de Primo de Rivera, y siempre por una revitalización de la cultura católica tradicional, cosa que también hizo León-. Un régimen autoritario asentado en un proceso de modernización “burgués” dotado con sus propios instrumentos culturales e ideológicos; una monarquía tradicional católica -no constitucional-, sostenida por el ejército; exactamente igual que la defendida por Ricardo León. Militante del partido Renovación Española de Calvo Sotelo, fue Maeztu uno de los intelectuales que desde el grupo de Acción Española pidieron la rebelión de la derecha más conservadora, que dirigiría el general Franco (y como los demás teóricos de la rebelión, Calvo Sotelo, José Antonio y Víctor Pradera, no pudo llegar a ver el triunfo de ésta). Aunque era anticomunista -de la misma manera que nuestro escritor-, Ramiro de Maeztu, consideraba también peligroso el totalitarismo puramente fascista, y como tradicionalista católico estaba a favor de una monarquía de orden y no de un caudillaje en la concepción “moderna” de la Falange o de las tesis mussolinianas o nazis; postura compartida en términos generales por Ricardo León, salvo en cuanto a las coincidencias tácticas entre fascismo y catolicismo a lo Giménez Caballero, o a ciertas inclinaciones futuristas a lo Marinetti o D’Annunzio.

Respecto a Ernesto Giménez Caballero, es preciso subrayar como la moderna ideología nacional-fascista de éste tenía relación con el nacional-catolicismo que ya se gestaba a finales de los años veinte y principios de los treinta en los círculos próximos a Ricardo León. Giménez Caballero había comenzado su vida pública en 1923 con la aparición de su obra *Cartas*

marruecas de un soldado y un año después ya ejercía la crítica literaria en el diario *El Sol*, convirtiéndose enseguida en representante del

vanguardismo español nutrido de los influjos del surrealismo y del futurismo. Discípulo de Marinetti, escribe *Yo, inspector de alcantarillas y Hércules jugando a los dados* en 1928, año en que aquel visita España, funda *La Gaceta Literaria* (1927-1932), revista que sería el soporte del fascismo vanguardista, da a las prensas el libro de viajes y devociones mussolinianas *Circuito imperial* en 1929 y trata de inventar un nuevo término de uso ibérico: “*hacismo*” en lugar de “*fascismo*”.

Un año antes de la guerra civil, en 1935, Giménez Caballero escribiría en la citada revista ultranacionalista *Acción Española* -donde eran también colaboradores habituales Víctor Pradera, José Calvo Sotelo, Jorge Vigón, Ramiro de Maeztu y José María Pemán- un artículo muy esclarecedor de la postura de los profascistas españoles ante el catolicismo y sus derivaciones político-culturales. En este artículo, titulado “El Arte y el Estado” -y que, por cierto, se encuentra aún conservado en los archivos personales de Ricardo León- Giménez Caballero comienza por diferenciar entre el mundo oriental, “donde la naturaleza predomina sobre lo humano, lo fatal sobre lo arbitrario, el panteísmo sobre el criticismo, la masa sobre el individuo”, y el occidental, donde se quiere “igualar o superar a la naturaleza. Reinventarla. Recrearla. Impulso satánico, prometeico, desafiador”. A partir de aquí, el primer pensador en términos culturales de los fascistas españoles señala que existe “otro modo de Ser”, y “basta tomar cualquier aspecto del arte cristiano y tendremos ese equilibrio entre el determinismo de lo oriental y el albedrío de occidente... Clasicismo cristiano. Frente al romanticismo oriental y frente al romanticismo occidental”.

Luego advierte, en línea con uno de los ejes del pensamiento de León, que “el arte en el mundo se encuentra como el mundo: desequilibrado. El

problema del arte no es sino un sucedáneo de otro problema arduo, trascendente, religioso. Hasta ayer triunfó el arte individualista, decimonónico, de la Europa liberal de anteguerra. Después de la guerra se ha querido imponer al mundo la realidad de un arte de masas, oriental y bolchevique. Actualmente llega la etapa de un arte más universal y menos circunscrito. Al servicio de una realidad armónica e imperecedera. Realidad cristiana, católica, del mundo”. Y termina con una afirmación que no debía parecer extraña al Ricardo León de aquella época: “Hemos afirmado que el arte occidental o europeo (como si civilización liberal y humanista) está en crisis. Y que no podemos soportar la tiranía de un arte de masas absolutas que quiere imponernos el comunismo ruso, el oriente. Y que es el momento de un arte universo, integrador, fecundo, ecuménico, catolizal”.

Para comprender la evolución sufrida en este periodo por Ricardo León, y que se nutre de más influencias ultranacionalistas que las ejercidas por Maeztu y Giménez Caballero, es necesario contemplar, aun que sea someramente, la evolución de las derechas españolas a partir del maurismo y hasta el nacionalcatolicismo. Pues León participa de tal evolución de forma casi mecánica y automática. Conviene recordar al respecto como el régimen de la Restauración había iniciado a finales del XIX una desintegración a causa de la parálisis de los partidos dinásticos -conservador y liberal- y el agobio de la red caciquil -tan criticada por nuestro escritor desde sus inicios literarios-. El desastre del 98 agravó tal crisis y dio lugar a un regeneracionismo impulsado por las clases medias y que tenía tintes nacionalistas y autoritarios. Es entonces cuando Maura -el ídolo de León- avanza desde un conservadurismo regeneracionista y populista hacia posiciones cada vez más autoritarias, que se materializan tras el abandono por éste de la jefatura del gobierno al serle retirada la confianza del rey, en un movimiento maurista. Movimiento regeneracionista, monárquico, católico y nacionalista que inventa términos luego usados por el falangismo -como “democracia orgánica” y “situación por encima de

las derechas y las izquierdas”-, y que cobra fuerza hacia 1913, cuando Maura tiene que renunciar a la jefatura del partido conservador. El ascenso obrero de 1917-19, que incluye en el verano de este último año una huelga general revolucionaria, acentúa la radicalización de los mauristas, de cuyos círculos saldrá a finales de 1922 en Madrid el semanario protofascista “La Camisa Negra”, dirigido por el maurista Santos Ecay y con un texto firmado por Antonio Maura. Tras la desaparición de este semanario, que solo tuvo un número, el dirigente maurista Antonio Goicoechea -intermitentemente relacionado con el itinerario vital de Ricardo León- ensalzaba en 1923 a Mussolini en diversos actos públicos, al igual que el maurista Manuel Delgado Barreto, director del diario madrileño *La Acción*. El golpe del 12 de septiembre de ese mismo año, que da lugar a la dictadura de Miguel Primo de Rivera, se alimenta doctrinalmente del maurismo y del catolicismo social, y buena parte de la administración que crea se relaciona cordialmente con Mussolini, al tiempo que logra el asesoramiento de Maeztu, Pemán, Víctor Pradera, y el citado Goicoechea. En este cauce de colaboración, al desaparecer en 1924 el diario *La Acción*, portavoz del ala derecha del maurismo, su director Delgado Barreto pasa a *La Nación*, órgano de expresión de la dictadura de Primo de Rivera. La caída de éste, el día 28 de enero de 1930, provocó la llamada “dictablanda” del general Dámaso Berenguer, quien restableció la constitución de 1876 y convocó unas elecciones a Cortes para marzo de 1931, que no pudo llevar a cabo pues cayó a su vez el 14 de febrero de ese mismo año.

Mientras tanto, aparece el llamado Partido Nacionalista Español, que tiene como líder al doctor José María Albiñana y proclama el lema “Religión, Patria y Monarquía”, que de alguna manera sería conceptualmente el lema vital e ideológico de nuestro Ricardo León.

Tras Berenguer, un gobierno del almirante Juan Bautista Aznar convocó elecciones municipales en abril de ese mismo año, fruto de las cuales fue la victoria republicano-socialista y la proclamación de la Segunda República.

Ante la victoria liberal-izquierdista, y la formación de un régimen liderado primero por el moderado Niceto Alcalá Zamora y luego por Manuel Azaña, los mauristas más radicales crean el partido Acción Nacional, convertido en 1932 en Acción Popular bajo la dirección de Antonio Goicoechea. Esta nueva estructura cobijaría a ciertos restos del maurismo y se señalaría por su defensa del catolicismo y sus críticas al laicismo republicano, muy en consonancia con la ortodoxia católica que ya propugnaba Ricardo León. Un poco antes, en febrero de 1931 había aparecido en Madrid el grupo y manifiesto de “La Conquista del Estado”, conducido por el Ramiro Ledesma Ramos, escritor zamorano autor cuatro años antes de la novela *El sello de la muerte*. Estudioso de Heidegger, sobre quien escribió unas “Notas” en *La Gaceta Literaria* en abril de 1930, y admirador del italiano Curcio Malaparte -del que copia la cabecera de su revista *La Conquista dello Stato*- Ledesma Ramos unificaría su grupo con otro de los gérmenes de fascismo español, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica fundadas por el vallisoletano Onésimo Redondo, para dar lugar a unas Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS). Al nacionalismo moderno, con aditamentos sociales y claramente fascistas de Ledesma Ramos se uniría así el ultranacionalismo de sesgo católico-tradicionalista, agrarista y castellanista de Onésimo Redondo, quien raras veces se reclamó fascista. Ricardo León coincidiría con los ideales de la nueva organización en su vertiente castellanista y ruralizante, en cuanto a la idealización del mundo agrario y tradicional frente a lo urbano como espacio de corrupción y vicios, la veneración por las enseñanzas de Menéndez y Pelayo, y la defensa de una españolidad amenazada por extranjerismo y conjuras internacionales. Y discreparía, muy probablemente, de las inclinaciones de Ramiro Ledesma Ramos, y de sus componentes nietzscheanos, la fusión del “sentido nacional y social” apuntado en su manifiesto, la admiración por el movimiento hitleriano, y la búsqueda de un acercamiento al proletariado urbano a través la formulación del nacional-sindicalismo como alternativa moderna al

anarcosindicalismo -del que incluso copio los colores, rojo y negro, de su bandera-. En Madrid, Ricardo León podía, por otra parte, asistir a las tertulias literarias que los jonsistas tenían en el café del Norte, en la Red de San Luis, con José María Castroviejo, Juan Aparicio y Ernesto Giménez Caballero. Aunque no consta explícita y documentalmente que alguna vez lo hiciera.

Dentro de esa transformación paulatina de parte de la antigua derecha española conservadora y tradicionalista en movimientos más radicales y en algún caso parafascistas, cabe situar el hecho social de que el fascismo fue un impulso interclasista en el que se fundieron sectores emergentes de la burguesía con franjas de las clases medias, campesinos y artesanos, a los que se sumaron núcleos de intelectuales. Todos ellos amenazados por un proceso de modernización industrial y una proletarización suscitada por éste, especialmente peligrosa para la pequeña burguesía, la clase media baja y el pequeño campesinado, capas de las que, junto del funcionariado, provenían muchos de los escritores y profesores que integraban el mundo cultural de los años veinte y treinta.

Volviendo al trabajo literario de Ricardo León, cuyos contornos y evolución no se comprenden fuera del marco histórico-político descrito, nuestro escritor publica en 1928 una nueva novela: *Jauja*, ambientada en una ciudad imaginaria del mismo nombre, situada en Sierra Morena, y tal vez inspirada en la localidad de La Carolina, ligada a la juventud del escritor y de triste recuerdo para él. Existe una localidad real llamada Jauja, en la provincia de Córdoba y no lejos de la sevillana Estepa y de la cordobesa Puente Genil, donde nació Manuel Reina. La Jauja verdadera fue tierra de bandoleros, en ella vio la luz el celebre José María “el Tempranillo” -de nombre José Pelagio Hinojosa, asesinado por la espalda a manos de otro bandolero tras rendirse-. La consideración del termino “Jauja” como lugar imaginario y de cuento donde se cumplen todos los deseos se debe a la capacidad fabuladora del sevillano Lope de Rueda, quien

en su obra *El paso de Jauja* describía aquella población como un lugar en el cual las calles estaban empedradas con dulce y los arroyos manaban vueltos leche y miel, y las gentes vivían sin trabajar. Naturalmente, la verdadera Jauja nada tenía que ver con esta trazada por Lope de Rueda, pero tampoco con la ciudad de la que se sirve Ricardo León para su novela.

Esta ciudad de “Jauja” dibujada por León es un enclave nuevo, floreciente y centrado en la minería y el comercio, dominada por una casta de nuevos ricos, distante tanto del pueblo castizo como de la aristocracia tradicional. Crítica irónica de la nueva burguesía, esta novela relata la historia del soldado Juan García Olavide, criado entre familiares hostiles - como ocurrió con Ricardo León - y descendiente empobrecido de los fundadores de la ciudad, que se convierte en héroe defendiendo una posición en la guerra de Marruecos. Tras ser ensalzado como símbolo de una gloria que la ciudad no tiene en su historia pasada, éste se deja seducir por las pequeñas lacras de la fama y luego es absorbido por la mediocridad del lugar, para finalmente caer en un adulterio y ser asesinado por la espalda. Con su desaparición Jauja vuelve a la normalidad, con sus círculos de nuevos ricos, su cursilería y las hipocresías de su moral de burguesía de última hora.

Editada por la casa madrileña Hernando como volumen XVII de las obras completas de Ricardo León, *Jauja* se divide en cuatro partes, tituladas respectivamente “La ciudad”, “El héroe”, “La estatua” y “El hombre”. Con ella su autor regresa a los asuntos para él tan queridos del caciquismo y el papel negativo de los advenedizos en la cultura y la sociedad tradicionales, junto a la relación entre pecado y castigo -en esta ocasión, también de cariz sexual-, la añoranza de la nobleza e hidalguía y la revalorización de lo verdaderamente popular y español. Termina con la soledad de las hembras rivales, mientras en la víspera de San Juan el pueblo canta coplas ante las hogueras:

“Me leyeron mi destino
y al escucharlo temblé:
qué de cosas no diría
que aborrecí tu querer...” (401)

En *Jauja* Ricardo León presenta una vez más la batalla entre el materialismo y el espíritu, pero ahora con un pesimismo desconsolador; es una sátira directa. Jauja, como se llama la ciudad de la novela desde que la fundó el ingeniero Olavide -el mismo apellido que el del Olavide que erigió en tiempos de Carlos III las colonias de Sierra Morena-, no es el pueblo de igual nombre existente en la provincia de Córdoba, no lejos de Lucena. La Jauja inventada se sitúa en la provincia de Jaén, con el habla de ésta, pero no existe en realidad en ningún mapa, por lo que no parece identificable con ninguna ciudad concreta, salvo tal vez con Linares; a diferencia de lo ocurrido en anteriores obras con Alcalá de los Zegríes-Ronda y Medina del Mar-Málaga. Esta ciudad, sin solera, con poder y progreso -la palabra que camufla el atraso espiritual-, pero sin cultura ni historia, siente el ansia de no poseer un pasado glorioso como las ciudades que la rodean, Cazorla, Ubeda y Baeza. De ahí la utilización del nuevo héroe que surge en ella, Juan García Olavide, el nieto sin fortuna del fundador que triunfa en la defensa del enclave marroquí de Kudia Tahar, en el Rif.

La ubicación del rasgo heroico de este Juan García Olavide en Kudia Tahar pone de manifiesto que León todavía conservaba inclinaciones periodísticas, resabio tal vez de su etapa de cronista de la Primera Guerra Mundial; pues el asedio y resistencia de Kudia Tahar fue un hecho histórico acaecido en tierras del Marruecos español en septiembre del año 1925. Situada sobre la cadena montañosa del Gorgues, en la región rifeña controlada por España y cercana a Tetuán, Kudia Tahar era un campamento

alzado en un espolón y defendido por un centenar de soldados, junto a la carretera hacia Tetuán que cruzaba el Río Martín. El 3 de septiembre de aquel año, las tropas de la República Rifeña dirigida por Abd-el-Krim atacaron con artillería y tres mil hombre Kudia Tahar, que resistió hasta el día 13 de septiembre, en que fue liberada in extremis. Durante esos días, el 8 de septiembre del 25, tuvo lugar el desembarco de Alhucemas, bajo las ordenes del general Miguel Primo de Rivera, con lanchas utilizadas antes por los británicos en Gallípoli contra los turcos en 1915, y que terminó con la toma de Axdir, capital de la República del Rif, el día 2 de octubre de 1925, y con la derrota de los ejércitos de Abd-el-Krim. La consecución de esta victoria, que costo miles de bajas y tras la cual se prolongó sin embargo año y medio la guerra rifeña, fue muy celebrada en España, con festejos en Almería, Castellón y Málaga, tomándose ésta como una nueva esperanza de renacimiento nacional. Motivo por el cual hubo cierto clima de exaltación patriótica, concediéndose nueve cruces laureadas por la defensa de Kudia Tahar y otras nueve por el desembarco de Alhucemas. Todo ello debió de interesar especialmente a León cara a la construcción de su novela, pues para muchos lectores todavía estarían frescos los recuerdos tanto de la gesta de Kudia Tahar como del regreso, en principio heroico, de los soldados españoles.

El héroe de la novela -a quien las envidias y odios suprimieron siempre el apellido ilustre, que despertaba los remordimientos de casi todos sus habitantes-, sufrió en su infancia como el propio León. Apodado Juanito Ciruelo, no fue hombre libre hasta ir al servicio militar, donde la lectura de las hazañas de Hernán Cortés despertó en él al héroe que se reveló en el cerco de Kudia Tahar. Se le rinde luego un populachero homenaje, con estatua incluida -pero con el nombre de Juan García, sin el Olavide remordedor-, y hasta los verdugos de su niñez y adolescencia se reclaman amigos suyos. Después tiene lugar la lucha por él de dos mujeres, una solterona y otra casada, la primera fracasa y le odia, y la segunda desarrolla

una pasión carnal; ambas causan la muerte del héroe, asesinado por la espalda con una bala. No se sabe quien ha sido, aunque en el fondo se intuye que fue la ciudad entera, con sus egoísmos y avaricias. En realidad, da la impresión de que lo asesinaron las fuerzas vivas de la ciudad, para distanciar al héroe que necesitaban del hombre que les estorbaba; Juan García Olavide termina sepultado con brillantes funerales.

Jauja fue, como ya venía siendo costumbre con las obras de Ricardo León, bien recibida por la crítica de los diarios conservadores, sobresaliendo al respecto los espacios dedicados a esta novela por *La Época* y *ABC*. El primero de estos diarios publicó el día 7 de julio de 1928 un largo comentario de Luis Araujo-Costa, un especialista en la obra de nuestro escritor. En este comentario, titulado escuetamente “Jauja, por Ricardo León”, se indica en primer lugar -y algo exageradamente- que el autor de la novela ha querido con ella “encuadrar en el siglo XX mitos que hubieran podido alcanzar desarrollo en obras de Homero, Hesiodo, Esquilo y sus continuadores en la tragedia clásica”. Para ello, según Araujo-Costa, nuestro autor dibuja la ciudad de Jauja, “como un pueblo rico, prospero, progresivo, burgués, sin que le falten los vicios, ambiciones, pequeñeces y miserias morales en que es pródigo el vivir presente. Jauja podría servir de prueba y de ejemplo al materialismo histórico y a los sistemas que reconocen el factor económico por único fundamento de la demografía. La ciudad domina a sus habitantes... Como en la antigua Grecia, aunque por razones y procesos distintos, la ciudad es señora de los hombres. No le falta más que un dios tutelar, un héroe que presida sus destinos, la imagen de una grandeza espiritual, el símbolo de lo que permanece en medio del batallar cotidiano... Una ciudad que nació en este siglo había de buscar su héroe, su hijo predilecto, la representación de sus virtudes, en un soldado de la guerra marroquí”. Y concluye el crítico de *La Época*: “Ricardo León ha compuesto con este asunto un verdadero poema, muy inspirado y muy rico en personajes, en incidentes, en matices psicológicos y sociales”, pero en

opinión de Luis Araujo-Costa evitando “en todo momento imitar *Germinal* de Zola y las demás novelas a que *Germinal* sirvió de modelo o de tema inspirador”.

En *ABC*, el día 7 de septiembre del 28, y firmado por J. López Prudencio, aparece un comentario acerca de *Jauja* en la sección de “Crítica y noticias de libros”. Dice al respecto el crítico de *ABC* que en esta novela “Están sus páginas llenas de luz y de regocijante jovialidad, interrumpida solamente en los recodos donde se siente palpitar la tragedia del trozo de vida que el escritor ha plasmado, con maestría de dibujo y noble elegancia de color... En el curso del relato se filtra sutil, intensamente, un vaho de fino humorismo, un poco dilacerante, que se siente discurrir, bajo la apariencia de comprensión benévola y piadosa. Y en el fondo, en la raíz de la bella ficción, se encuentra la escondida gota de amargura que lleva en su seno hasta el más gustoso y codiciado manjar espiritual que saborean y ambicionan los hombres: la gloria y la prosperidad”. Y termina apuntando, dentro de una óptica tradicionalista, que a través de *Jauja* de León se comprueba como “Los pueblos no pueden crearse a sí mismos, por un esfuerzo consciente de su voluntad, si han de disfrutar de una personalidad que viva, con la íntima complacencia y la indispensable ufanía que su efectividad real necesita tener en el alma de cada una de las células componentes del organismo ciudadano. Y esta tradición no se levanta como la fortuna económica. Ha de elaborarla lentamente el tiempo con la rueda de los siglos; éstos, con luenga perseverancia, moldearán los caminos de la Historia”.

Un año después, en 1929, Ricardo León publica *Varón de deseos*, novela centrada esta vez en la crítica del materialismo en el que se sumergen los aristócratas decaídos y sometidos a las costumbres burguesas de nuevo cuño. La historia es narrada por un personaje dual, con un lado bueno y otro malo, llamado Albarrán y Santafé, y que es secretario de Jose María Quirós, duque de Argenta. Este noble y su mujer, María

Luisa Yebenes viven su mansión de Líbar, donde toda la familia, incluidas las hijas Marisol y Gracia, se desliza hacia el hedonismo más modernizante y olvida toda intención de transcendencia y aun los verdaderos deberes religiosos.

La llegada de un misionero jesuita, el padre Spínola, intenta llevar a la familia a la disciplina cristiana, cosa que consigue solo de manera momentánea. Únicamente la pequeña Gracia continua las enseñanzas de Spínola y decide profesar como monja. Los Argentona se arruinan y el secretario Albarrán pierde su empleo, mientras el padre Spínola queda configurado como el “varón de deseos” que da título a la novela.

Varón de deseos es un modelo de literatura católica, narrada por un protagonista que no interviene en la acción. Con ella quiere demostrar Ricardo León cuan lejos de la fe en el poder eterno de la divinidad se encuentran los hombres de su tiempo.

Como indicábamos, el argumento narra las vicisitudes de unos personajes prototípicos cuyas andanzas se inician en una noble y opulenta casa española - la de los duques de Argentona-, que se precia de católica por su conservadurismo económico y su desdén hacia la plebe. Caracterizada por su frivolidad religiosa y su egoísmo soberbio, aparece en ella para pasar unas vacaciones de verano el padre Spínola, andaluz y primo del cabeza de familia, que había renunciado a sus bienes para vestir hábito de novicio en la Compañía de Jesús. El secretario del duque, Federico Albarrán y Santafé, que en sus apellidos simboliza lo bueno y lo malo que anida su interior - Albarrán, el de la desganada juventud, y Santafé, el de la dulce niñez-, narra la acción, y al final además triunfa en él la faceta mística sobre la otra. El duque tiene dos hijas, Marisol y Gracia, la primera representante del fariseísmo burgués con humos de orgullo nobiliario, inaccesible a toda espiritualidad; la segunda es natural, elegante y llana, sensible e imaginativa, con un espíritu sutil, más fogoso aun que su hermoso cuerpo. Personaje clave es también el prometido de Gracia, el barón Sir Carlos

Spencer Grant, descendiente del duque de Malbrough. En todos estos perfiles descubre el jesuita Spínola que se hallan tan lejos de Dios como de la capilla solitaria del palacio de Líbar donde viven. Comienza una labor de reevangelización en cada uno de ellos, e incluso entre la servidumbre de la casa, que empieza a transformarse. Cunde el remordimiento, y cuando el jesuita se va de allí, ya ha dejado algún fruto: Gracia renuncia a su matrimonio y profesa en la religión, mientras por otro lado llega la ruina familiar a modo de expiación...

Las críticas de esta novela, aparecidas en medios conservadores, glosaron el trabajo de nuestro escritor en los términos ideológicos ya habituales, sobresaliendo por su originalidad las aparecidas en los diarios *La Publicidad* (de Granada) y *El Diario Español* (de Buenos Aires). En el periódico granadino, bajo el título “Novelistas españoles. Ricardo León”, se ofrece el día 19 de septiembre de 1929 un texto donde su anónimo autor dice en primer lugar que Ricardo León posee “la inestimable condición en este tiempo bullicioso y febril, de calmar la exaltación que pone la lucha diaria en nuestro espíritu haciendo olvidar la inquietud con que nos domina la vida”, pues en su obra “el dolor no existe, el drama está atenuado, dulcificado para que no hiera el corazón; la vida no es esta vida nuestra llena de terrores, odios, zozobras, ambiciones y vértigos, sino otra clase de vida, una vida de paz y de poesía, una vida mansa, apacible, equilibrada y perfecta, una vida ideal, literaria... El autor es, en suma, un romántico; y ello le impide, gracias a Dios, ser un realista. Porque el lector de una novela jamás busca en ella una exacta reproducción de la vida, algo que le haga seguir viviendo y padeciendo, sino algo que le ayude a no vivir, o al menos a vivir mejor en ese ambiente de felicidad que ansía todo el mundo y que nadie consigue”. De todo ello, deduce finalmente el idealista crítico de *La Publicidad*, en una línea muy antirealista y antinaturalista, que “Ricardo León ha acertado con la delicada y benéfica fórmula que produce el éxtasis, el ensueño, la felicidad”.

En Buenos Aires, *El Diario Español*, publica al año siguiente, el día 4 de marzo de 1930, un texto con el título de “Una nueva novela de Ricardo León”, firmado por un tal F. Spero. Este texto, tras subrayar que “las enormes tiradas” alcanzadas por las obras de León “acreditaron en su autor en muy breve tiempo al sucedáneo de Valera, en popularidad”, indica con clarividencia que nuestro escritor logra “el raro milagro de equilibrar lo tradicional y lo actual, conteniendo en una forma castiza la esencia recia de la clásica novela española... Su amor al viejo buen tiempo y a la gloriosa tradición de su patria, define el sentimiento íntimo del novelista, que espera hallar en cada hombre o mujer de los que elige para novelar, una enterrada semilla del heroísmo o el misticismo de ayer, necesitada de una tierra noble para germinar. Esa tierra es la que él abona con el ejemplo incansable de sus temas dogmáticos y morales, como en un deseo de llamar a la vieja puerta, cerrada ya, de la tradición española. Su diestra fuerte e hidalga sacude sin cansancio, el dormido badajo de la campana conservadora”. Y, pasando al análisis concreto de *Varón de deseos*, advierte el crítico de *El Diario Español* que en ella León “hace una incursión más al mundo moderno, que en su carácter de moralista, debe ser para él motivo de particular curiosidad. Le observa aquí bajo la lente aguda y clara del personaje central -un hidalgo venido a menos- que tiene que acomodar su orgullo a la modestia de una plaza de secretario de cierto duque muy moderno en sus hábitos... En este ambiente modernísimo que Ricardo León describe, y pinta con adecuados colores, en el que interviene el rojo imperioso de los intereses suntuosos y el azul fuerte del mar, en ese medio brillante de joyas, perfumado por discretos elegantes, nimbado por el humo gris perla de los cigarrillos de marca reciente y alborotado por las bocinas de los automóviles de moda, en este marco regio y actual aparece un día una figura magra y ardiente, fervorosa y martirizada: el Padre Spinola, el varón de deseos, el que aplica los labios rotos por una sed inmortal a la Herida del Costado, el que envidia la corona de zarzas hincada en la frente de Jesús. El antiguo espíritu, que hace su

aparición donde menos lo esperan: la pugna entre lo viejo y lo nuevo, el nudo y desenlace de toda la obra de Ricardo León”.

La novela *Las niñas de mis ojos* es editada en 1929, con la intención confesada por su autor de unir de alguna manera la tradición novelística y la tradición teatral, para lograr una mayor accesibilidad de los textos ante los lectores. Esta novela constituye además un intento de acercamiento de Ricardo León a los nuevos problemas femeninos. Así, *Las niñas de mis ojos* tienen como figuras centrales a dos jóvenes modernas, Paloma, morena y estudiante de Ciencias, e Isabel, rubia y estudiante de Derecho. Su padre es un tradicionalista español, y tienen un hermano menor vacío de inquietudes trascendentes, y un abuelo cuyo donjuanismo ha degenerado hasta ser un simple viejo verde. Un joven ingeniero, llamado Fernando -de Viana- representa las virtudes patrióticas en la variante tecnocrática y regeneracionista de la España ideada por el general Primo de Rivera, y además se casa con Isabel, hasta entonces mujer culta y moderna que no acababa de ser feliz. Paloma, pedante e intelectualoide, desdeña a los hombres, y acaba sin arraigar ni en España, ni en ningún otro país, cayendo en el sectarismo, en nombre de la libertad.

Esta novela tiene poca acción, su ironía se limita a los reconocibles tópicos castizos españoles -depositados en boca de las criadas de la casa- y en ella los diálogos se ven en el conjunto superados por los monólogos, mientras entre la primera y la segunda parte de su texto existe un paréntesis narrativo de un año.

Entre los mejores lectores de *Las niñas de mis ojos* parece que se encontró en su momento Menéndez Pidal, quizás por el hecho de que a los ojos del venerable maestro esta obra de León debía ser una arriesgada incursión en la modernidad. Al menos eso se desprende de una carta enviada por el entonces director de la Real Academia Española a Ricardo León en mayo de 1929, sin día exacto de datación. En esta breve carta, conservada en el archivo familiar de nuestro escritor, Menéndez Pidal indica a nuestro

escritor, con un tono algo recriminatorio por la poca asistencia de León a la Academia: “Ya que no tenemos el placer de verle entre nosotros, nos acompaña Vd. con sus obras. Mil gracias por su última novela, *Las niñas de mis ojos*’, tan hermosa, tan actual en todo. Siempre su amigo que le lee y estudia con admiración afectuosa. R. Menéndez Pidal”.

Las niñas de mis ojos fue objeto de atención crítica en los principales diarios nacionales, destacando al respecto los textos aparecidos en *La Época* y *El Sol*. El primero, publicado el día 22 de julio de 1929 y firmado por el ya clásico analista de las obras de nuestro escritor, Luis Arauro-Costa, comienza recordando que “Desde hace algunos años viene Ricardo León preocupado con un tema altamente novelesco que no hubiese dejado impasible a Balzac. Es el tema de la honda transformación social del siglo XX que alcanza a la familia, las costumbres y las opiniones corrientes acerca de la moral y el mundo con el feminismo y los nuevos derechos y deberes de la mujer en la vida. Aplíquese el problema a una familia de la clase media española, con no demasiados recursos económicos, y si es Ricardo León quien escribe, combina las escenas, mueve los personajes y conduce su discurrir por el ambiente moral y social de los tiempos de ahora, tendremos una excelente novela que se lee de un tirón y en la que se admira la jugosidad del diálogo, lo impecable de la forma, la maestría de los retratos, el ritmo justo en la marcha alternativa de acciones y episodios. El novelista se jacta en los finales de su sabroso prólogo de haber sido en su nueva obra perfectamente objetivo. Le asiste por completo la razón. El asunto de su novela se presta muy bien a la tesis, al discurso lato sobre el feminismo y los riesgos -no se si verdaderos o ficticios- que pudiera correr la institución familiar con el hecho y la práctica ya introducida en las constumbres de nuestra burguesía de que las mujeres sigan carreras en la Universidad al igual y al lado de los hombres”. Finalmente, Araujo-Costa indica que “El mérito de Ricardo León en su nueva novela ha estado en dejar a los personajes y a la vida de ahora que hablasen y se manifestasen

por sí solos, al natural, y según el choque de las emociones, los contrastes y la naturaleza de las cosas, que si varían de envoltura y se ofrecen en la superficie con diferencias morfológicas, al parecer irreductibles a un canon común, la humanidad es siempre la misma a través, no ya de los años, de las centurias, y existen siempre buenos y malos en todos los períodos de la historia y en todas las clases, formas, tendencias y criterios de la sociedad. A distancia parecen mejor las personas, las cosas y los tiempos. Observando de cerca resulta que vienen a ser iguales. En tal sentido, la novela de Ricardo León llega para reconciliar con los años en que viven a los descontentos y cascarrabias y a fe que se logra el propósito.

El Sol dedica a su vez un comentario a *Las niñas de mis ojos* en su sección "Revista de Libros" el día 10 de agosto del 29, firmada con las iniciales L.S. En este texto se recoge un fragmento del prólogo de la novela, donde León afirma entre otras cosas, que "La novela no debe ir al teatro; pero el teatro si puede venir, y viene como anillo al dedo, a la novela... La novela quiere asimilarse, cada vez con mayor ahínco y sin detrimento de su naturaleza propia, la movilidad, la rapidez y condición del teatro". A partir de la cita de este fragmento del prólogo de la novela, el crítico de *El Sol* apunta que "En *Las niñas de mis ojos* Ricardo León aspira a llevar hasta la última consecuencia sus afirmaciones, escribiendo toda una novela en diálogo, distribuido en tres partes, que muy bien pudieran ser otros tantos actos o jornadas, donde tampoco faltan las escenas y los monólogos capitulares. Sin duda, el esfuerzo es considerable, y en buena y su mejor parte resulta logrado. Ya es un logro cierto la soltura con que se desarrolla la acción, en tono grave o leve, según las ocasiones, sin que el lector halle fatiga en el dilatado conversar... Pero el suceso más favorable se halla en que el novelista, habituado a la amplia descripción, a buscar las perspectivas de las cosas y personas, encuadrándolas en el paisaje delimitado, logra en esta novela análogos efectos de luz y sombra -exterior e interior una y otra- con el solo y puro diálogo, que se desenvuelve sencillamente, espontáneo".

Por último, el analista que se resguarda tras las iniciales L.S. afirma, citando a nuestro autor en el prólogo de *Las niñas de mis ojos*, que “para Ricardo León, la novela y el teatro tiran de más en más a ser un arte periodístico, de profunda y sutil actualidad, una crónica viva, penetrante y animada -crónica en acción- del momento efímero”, y concluye éste crítico: “En cuanto crónica, *Las niñas de mis ojos* es, en efecto, realidad muy actual de personajes, personas y lugares; novela y teatro, y hasta periodismo, según quiere deliberadamente su autor”.

Tanto en la crítica de *La Época* como en la de *El Sol* se aprecian sendos intentos de situar a *Las niñas de mis ojos* como una obra moderna dentro del conjunto mayoritariamente conservador del quehacer literario de Ricardo León. Y así, mientras el crítico de *La Época* resalta la para él modernidad conceptual de esta novela de León, el de *El Sol* hace hincapié en la modernidad formal de la obra, en su estilo ágil con elementos del teatro y del periodismo. Posiblemente la visión de este segundo crítico se ajustase más a las intenciones de León, quien, no lo olvidemos, comenzó su carrera como periodista en los periódicos y revistas liberales de Málaga y Santander. Por otro lado, también es acertada la interpretación del primer crítico, pues con toda probabilidad León escribió *Las niñas de mis ojos* para tratar de situarse en una línea narrativa menos antañona para aquellos años, y para intentar atraer a nuevos lectores, jóvenes y mujeres especialmente.

A pesar de su intensa actividad literaria, Ricardo León arrastraba al parecer fama de misántropo, o al menos de amante del retiro de la vida social, en busca de la placidez y el silencio necesarios en él para la creación. Ello explica la publicación a finales de 1929, el día 30 de noviembre, de una entrevista con nuestro autor titulada “¿El silencio de Ricardo León?” en la revista *España*. Realizada por Florencio Gómez Ortega, en sus líneas León comienza por manifestar: “No hay tal silencio. Precisamente en estos

dos últimos años he trabajado más intensamente que en toda mi vida. Fruto de mi labor son las cuatro novelas que publiqué últimamente: *Los trabajadores de la muerte*, *Jauja*, *Las niñas de mis ojos* y *Varón de deseos*. En el telar tengo otra novela, *La cocina de los ángeles*, que saldrá en el próximo enero. Le ofrezco las primicias de este último título; hoy mismo bautice la nueva obra. Como ve, no dejo pasar silenciosamente mi vida de escritor. Lo que sucede es que los periódicos y revistas se ocupan poco de mí, y cuando lo hacen, ocurre que quienes debieran ser mis amigos se tornan a veces en injustos censores... Hago vida de hogar, de apartamiento: estoy alejado de corrillos y concíabulos: no pertenezco a ninguna de esas modernas sociedades de bombos mutuos -do ut des-, y la publicación de un libro mío pasa casi inadvertida. No crea por esto que no se venden mis obras; tengo un gran número de asiduos lectores atentos a cuanto publico". Más adelante, León advierte que su escritor preferido es Lope de Vega, "el más divino y a la vez el más humano de todos los autores de la España clásica, sin exceptuar a Cervantes", y en cuanto a los contemporáneos elige a Galdós, "que en punto a humanidad es de todos los modernos el más cabal sucesor de los grandes realistas españoles". También recuerda a su viejo correligionario modernista Salvador González Anaya, del que dice: "más que compañero hermano mío de letras, posee tal vez el más perfecto temperamento de novelista que hay ahora en España. No me ciega la amistad. Todas sus obras, y singularmente *La oración de la tarde*, son un prodigio de sensibilidad, de fantasía, de elegancia, de interés y vigor: realismo puro también, pero de poeta andaluz y de hombre bueno". Y finalmente, ante sucesivas preguntas de Gómez Ortega precisa Ricardo León que prefiere escribir durante la noche, "cuando se enciende y despierta el mundo interior y duerme y se apaga el mundo de las apariencias", recalca su agrado por la vida campestre: "Yo en la ciudad fui siempre un forastero. La necesidad me trajo a vivir en las grandes urbes, pero no sin pena. En cuanto me fue posible, me procuré mi pequeño Escorial", y describe con

buenos horizontes el momento literario español: “Me parece espléndido. Es un poderoso renacer espiritual -ello ha de verse más adelante, cuando haya perspectiva- que contrasta con la decadencia y perversión actuales de casi todas las grandes literaturas europeas. El porvenir es de España, en esto como en muchas otras cosas”.

Al margen de su curiosa predilección por Lope sobre Cervantes, su afán de retiro y silencio, materializado en el amor a las horas nocturnas y al campo, y su confianza tanto en la propia carrera -clara al enumerar orgullosamente los títulos de sus últimas cuatro obras-, como en el futuro literario español en general, León anuncia en esta entrevista una nueva novela, *La cocina de los ángeles*, de la sin embargo nunca más se supo, salvo muy fragmentariamente -como veremos más adelante-, y de la que no se ha encontrado el original, excepto algún que otro mínimo y manuscrito avance de esquema de trabajo.

En 1930 aparece, publicada por la casa madrileña Hernando, la novela *Desperta ferro!*, con la que Ricardo León retorna a asuntos tradicionales y patrióticos con tonos a trechos épicos. Contrariamente a lo que podría hacer suponer su título no es una novela histórica o medievalista, sino que se sitúa en un espacio contemporáneo y con un "héroe" dedicado a una actividad tan “moderna” como el boxeo. Ambientada en los valles pirenaicos del Alto Aragón y provista de transcripciones del habla de aquellas comarcas -la fabla-, esta novela relata la historia de Gildo Mallo (cuyo apellido hace referencia a unas formaciones rocosas de la zona elegida como escenario y el nombre a la prosapia goda), descendiente de la raza pura de los almogávares y natural de Aínsa.

Con el trasfondo de una bucólica historia de amor entre Gildo Mallo, explotado por un catalán llamado Tono Lucero, y María, la hija de éste, la novela relata el ascenso del protagonista como boxeador con el sobrenombre de Armengol -versión catalana de Hermenegildo y nombre que llevó un mítico rey de Sobrarbe- y gracias a un avisado empresario

llamado Martín Urgellés. El hermano de éste último, Jaime, es escultor y representa el espíritu sano y tradicional. Gildo Mallo llega hasta a derrotar en Londres a un campeón inglés -por K.O.- y vuelve para casarse con María Lucero, pero el padre de esta piensa casarla con otro y se opone a la boda. El protagonista es herido por Tono Lucero, pero logra acabar con el catalán. Con lo que la latente oposición entre nobleza primitiva aragonesa e hipocresía y trapacería catalanas concluye violentamente.

Desperta ferro! se inicia con un prólogo en el que se evoca la figura de Hércules, emblema de la fuerza, “padre de púgiles y precursor de todos los deportes (fue atleta sin rival, boxeador invencible y hasta un torero incomparable)”. Se divide en siete partes o cantos, titulados al modo decimonónico -”Que es de piedra berroqueña, granito puro del salto de Roldán y de los Mallos de Riglos, en el Pirineo gigante” o “De las nuevas aventuras harto desventuradas e infelices que sucedieron”-, cada uno con diferente número de capítulos, de tres a cinco, y que a su vez ofrecen títulos del tipo de “Genealogía del héroe y circunstancias maravillosas que acompañaron su origen y nacimiento”, “De lo que sucedió yendo María Lucero a lavar al río” o “Cuenta la aventura del automóvil, que es uno de los más famosos trabajos del Hércules baturro”. Esta novela, que no alcanzó a ser un éxito propiamente dicho cuando apareció, fue editada por segunda vez en 1942, por la Librería General de Victoriano Suárez en Madrid.

Así, en *Desperta ferro!* Ricardo León viene a narrar un sencillo idilio rústico, con el trasfondo de una mítica clásica filtrada de humorismo, e intentando reflejar la fabla aragonesa. El viejo mito de Hércules se convierte en la vida del boxeador aragonés Gildo Mallo, a quien se le niega la posibilidad de casarse con una moza pirenaica, María Lucero. El novio despechado acaba matando a puñetazos al padre de la Lucero, y ésta profesa en la religión como refugio. En el fondo, León -que no era precisamente un deportista a causa de la enfermedad sufrida en la adolescencia- ironiza en

esta obra sobre los héroes deportivos de su tiempo, situándolos con humor en los bordes de los pedestales de la mitología.

A lo largo de 1930 Ricardo León actúa en la vida literaria madrileña desde un puesto de reconocimiento y crédito social, que le permite incidir en cuestiones significativas para otros escritores. Este perfil de nuestro autor, completado con una al parecer sólida posición económica, queda de manifiesto en dos cartas conservadas en su archivo, una de Pedro A. de Alarcón, y otra de Juan Pérez Zúñiga, por entonces vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas. Por ellas sabemos que Ricardo León era casero de esta asociación -que aún pervive hoy-, a la que tenía alquilado un local en la madrileña calle Leganitos. Pérez Zúñiga -autor de *El chapiro verde*, *La soledad y el cocodrilo*, *Cuatro cuentos y un cabo* e *Historia Cómica de España*-, en carta fechada el 22 de diciembre de 1930 comunica en relación con ello a León: “tengo el sentimiento de poner en conocimiento de usted que nos vemos precisados a dejar la habitación que nos tiene alquilada para domicilio social y local de escuela, pues el Gobierno ha rebajado nada menos que a la mitad la subvención consignada en presupuestos para el Instituto Cervantes y nos es materialmente imposible seguir viviendo como hasta aquí. En consecuencia, hemos tenido que suprimir las enseñanzas superiores, así como las pensiones; rebajar sueldos a los empleados y reducirnos a un piso que solo nos cuesta 300 pesetas mensuales”. Por otra parte, esta actividad de casero practicada por Ricardo León, y con la cual redondeaba sus ingresos como escritor y la pensión del Banco de España, queda también de manifiesto a través de una breve nota de Jacinto Benavente, compañero de antiguos afanes mauristas de nuestro escritor. Redactada el día 19 de noviembre de 1932, en esta nota el célebre dramaturgo, académico desde 1908 y Premio Nobel desde 1922, descendía al terreno de lo cotidiano y pedestre para hacer la siguiente petición: “En la casa de su propiedad -Leganitos 40- hay un piso desocupado. Mi secretario, don Luis Hurtado, persona de toda mi confianza,

desearía alquilarlo, pero el precio le parece un poco alto para sus posibilidades. La renta es de 175, el deseería pagar 150; le agradecería que usted haga lo posible por complacerle, en la seguridad de que tendría usted un inquilino que no le estropearía el piso”.

A su vez, Pedro A. de Alarcón solicita mediante una carta enviada el día 20 de marzo de 1930 el concurso de Ricardo León en una campaña de actos tradicionalistas, indicando en tal misiva: “Un grupo de amigos, entre los cuales me cuento, ajenos a la política, han visto con dolor los síntomas de descomposición social que se han manifestado recientemente y deseosos de remediar estos males antes de que tengan mayor importancia, han organizado una campaña de actos públicos para defender los cuatro principios que pueden considerarse fundamentales en la sociedad española: religión, familia, orden y monarquía. Para dar a conocer esta campaña y para darle el mayor prestigio se ha redactado un manifiesto, que le incluyo, firmado por un corto número de personas, pero eminentes en sus distintas actividades. Actualmente estamos procediendo a recoger estas firmas y entre ellas hemos pensado que no debiera faltar la de Vd. si todo lo expuesto merece, como esperamos, su adhesión”.

Junto a esta vida madrileña, y a sus labores literarias en el refugio familiar de la quinta de “Santa Teresa”, Ricardo León sigue en contacto con el mundo rural y tradicional gracias a sus frecuentes veraneos en Santander, concretamente en el pueblecito de Selaya, cerca del río Pisueña, en la comarca del Valle de Carriedo. Allí veraneaba toda la familia León desde los años veinte, y allí, en la casona de Fernando Ruiz de la Prada, escribía también a veces nuestro autor -del cual, por cierto, todavía se conserva una pequeña biblioteca en esa mansión montañesa-.

Las siete vidas de Tomás Portolés apareció en 1931, publicada por la casa madrileña Hernando, cuando muere una hija de Ricardo León, Teresa, y se proclama la II República Española al tiempo que se hunden los últimos reductos mauristas y primorriveristas. Ricardo León intenta con ella

apartarse del dramatismo propio de la mayoría de sus obras, e incluir en sus páginas un tono de moderna novela de suspense. Tal vez trata también de sustraerse durante ese crítico periodo histórico a la paulatina degradación de la realidad y a la radicalización que conllevaba ésta. El protagonista es una nueva especie de Don Juan con perfiles delictivos, lector de León Trotsky y André Gide, que se ve sometido a un proceso judicial, tiene a una ex-monja llamada Inés Ulloa como amante, y atraviesa diversas peripecias o “siete vidas”.

Las siete vidas de Tomás Portolés vino a ser un intento de novela para el gran público, con un estilo más bien periodístico. El tema central es, como señalamos, el feminismo y la libertad social de la mujer, compatible para Ricardo León con la mujer femenina y de hogar. Trata además de ser una especie de nueva novela policiaca, con la inclusión en sus páginas del personaje de la monja detective Inés de Ulloa.

A lo largo de esta novela -que sería reeditada por última vez en 1997 por la madrileña Biblioteca Nueva- se percibe un ultraescepticismo conservador, de ironía dudosa, y también se advierten críticas a la judicatura liberal o progresista, a las nuevas tendencias psicoanalíticas, a los criminalistas, a los intelectuales ateneístas, al periodismo sensacionalista y de tópicos, e incluso a la incipiente legislación republicana.

Fue ésta una obra considerada menor, incluso por exegetas de Ricardo León del relieve de Joaquín de Entrambasaguas: quien no manifiesta tener especial estima por *Las siete vidas de Tomás Portolés* en un prólogo escrito para el tomo IV de *Las mejores novelas contemporáneas* que la editorial Planeta dedicó a nuestro autor y su *El Amor de los amores* en 1962. Según Entrambasaguas, León abandonó en este caso su “señorial actitud literaria”, para “de acuerdo con los tiempos que corrían, escribir, o intentar escribir, una novela del gusto del gran público, para el que no se debe escribir nunca” (402).

Sin embargo, otros críticos, más del momento, valoraron más positivamente esta obra, como J. López Prudencio, en el diario *La Época* del 17 de diciembre de 1931. En la sección de “Crítica y noticias de libros” de este periódico, el citado crítico señalaba que *Las siete vidas de Tomás Portolés* es una bien urdida narración novelesca en que el ilustre académico Ricardo León esgrime con fino donaire el flagelo de una sátira acerada e implacable contra el determinismo negador de la humana libertad y, por tanto, de la responsabilidad de los actos... es una sátira llena de cortante ironía contra las modernas disquisiciones de la psiquiatría, que se obstinan en negar la libertad voluntaria generadora de la responsabilidad de los actos humanos. Tomás Portolés, el protagonista de esta narración novelesca, es un solemnísimo bribón que, para llevar a cabo sus fechorías, adopta el sistema de fingir su desaparición del mundo de los vivos y reaparecer con otro nombre, suplantando una personalidad distinta, existente o inventada. Pirandello ha utilizado con fin distinto y en otro sentido el caso de la defunción oficial. Pero allí la fingida muerte no es voluntaria, y sus consecuencias no son explotadas, sino aceptadas y aun sufridas. Es, por tanto, cosa absolutamente diversa. Aquí se trata de un verdadero pícaro que maneja y explota el procedimiento para sus picardías”.

Y concluye López Prudencio, un tanto metafísicamente: “El cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la ley moral en el fondo de nuestras almas, los dos pilares dogmáticos revelados naturalmente en nuestra conciencia, que encontró Kant, inmovibles y enhiestos, en la desierta estepa a que redujo el hacha de su criticismo el bosque milenario del conocimiento, serán el eterno e por si muove de todos los brillantes sofismas que pretendan remover los cimientos de la vida espiritual. Y esa ley moral no tendría sentido si fuera una ilusión la conciencia de nuestra libertad para para cumplirla. Esta es la tesis del libro, admirablemente desarrollada. En lugar del título que lleva podría llamarse *El inocente Tomás Portolés*”.

VIENTOS DE GUERRA:

UNA LITERATURA PARA LAS TRINCHERAS DE LA TRADICIÓN

* *“Bajo el yugo de los bárbaros”* (1932), *retorno a la literatura conservadora y antiliberal* * *Ricardo León entre los promotores del Bloque Nacional* * *Coincidencia con José Calvo Sotelo y Víctor Pradera* * *Ricardo León contra la República* * *Reconocimientos literarios por parte de José Francés, Eugenio d’Ors y Azorín* * *“Roja y gualda”* (1934), *construcción de una autobiografía novelada.*

Tras este experimento de modernidad, Ricardo León retoma claramente la literatura ideológica y defensora de la tradición conservadora frente al liberalismo izquierdista con la novela *Bajo el yugo de los bárbaros*, publicada en 1932 por la firma Hernando en Madrid. La tesis central de esta novela es el entreguismo liberal a los presupuestos republicanos, que desembocara en la caída de lo español en manos del bolchevismo oriental. Todos sus personajes esenciales parecen estereotipos de los líderes o dirigentes de la izquierda republicana, el socialismo, el comunismo de origen pequeñoburgues o la derecha tradicional y católica. El representante de esta segunda corriente es un hidalgo de acción llamado Alfonso de Cepeda -como Santa Teresa-, diplomático, rico y culto, que va mostrando la profecía de una España marxista y revolucionaria, a la que se opone, y escribe un libro titulado “Unidad” -de aires a lo Maeztu-.

Es en Roma donde se sitúa el nudo de ese enfrentamiento entre los defensores de los valores de la vieja España -cristianos y occidentales- y los de los destructores de España. Estos últimos se reúnen como miembros de una logia masónica en un hotel llamado “Babelia” (¿), con un separatista catalán incluido. Cepeda los recrimina, se retira a sus aposentos y comienza a tener visiones: ve como en España ha triunfado el frente de las izquierdas

más radicales, regresa entonces a España y halla el país destruido y dominado por masas incontroladas, y por los desclasados inmorales y ateos de toda especie, un país aparentemente republicano, pero vaciado de contenido por una conjunción de los males liberales y los males bolcheviques. Atrapado y encerrado en una checa, es torturado y condenado por católico, al tiempo que es adoctrinado por una joven bolchevique. En medio de esa pesadilla tiene otra visión, en la cual se anuncia la reconquista de España por un caballero de “San Jorge”. Es entonces cuando Alfonso de Cepeda despierta.

En su primera edición esta novela se estructura ya en cuatro partes tituladas “El caballero de la mano en el pecho”, “El frente único”, “La pesadilla roja” y “El terror del segundo milenario”. En sus primeros párrafos un tal Polo Artieda, representante de la anti-España, anuncia: “Nosotros los intelectuales... tenemos hoy en España que cumplir una misión histórica. Una misión implacable. Obra a la vez de violencia y de cultura, de justicia y misericordia. A un tiempo destrucción y creación. Deber ineludible. Responsabilidad enorme. A nosotros toca nada menos que liquidar el pasado y “estructurar” el presente. Más todavía: organizar el porvenir...” (403) E incluye ya *Bajo el yugo de los bárbaros* como pórtico unos versos en los que se decía:

“Nada valdrá contra la España eterna,
Que es decir la cristiana y española:
Cristo es su rey, su capitán Loyola
Y es el pulso de dios quien la gobierna.
Si el enemigo tu solar inferna,
Madre de gentes ultrajada y sola;
Si en tu trono y tu altar rompe la ola
De la barbarie antigua y la moderna.
Crucificada, pero no rendida,

Nunca el odio mortal pudo vencerte,
Redentora de pueblos y de razas.
La Cruz es árbol de perpetua vida
Y es el Amor, más fuerte que la muerte,
Quien vive en ti cuando a la Cruz te abrazas.” (404)

En el espacio de la crítica, *Bajo el yugo de los bárbaros* apenas contó con comentarios en los diarios y revistas más derechistas del momento, sobresaliendo por su capacidad literaria los publicados en la revista *Actualidades* y en el diario católico *La Gaceta* (de Tenerife). En la primera, el día 18 de octubre de 1932, aparece en la sección de “Crítica de libros” un texto firmado por Luis de Galinsoga, en que se comienza por decir: “Estos bárbaros, de cuya pululación siniestra, patética y silbante esta transido el reciente hermoso libro de Ricardo León no son los bárbaros de ayer, los que cayeron en un alud frenético sobre la civilización romana, hundiéndola en cieno y en ruinas; son los bárbaros de hoy, ora de trazas y nombres conocidos y hasta eminentes, ya anónimos en la confusión turbulenta de incendiarios y salteadores. Estos bárbaros del libro de Ricardo León son también los bárbaros de mañana, más bárbaros que cuantos asolaron Imperios y Repúblicas, pero de la misma progenie que todos ellos y sus inequívocos descendientes directos. Y la barbarie, circunscrita a España o, dicho mejor, enfocada en el ángulo geográfico de nuestra Península Ibérica, en cuyo entorno el personaje novelesco -lo único novelesco de esta novela- va a centrar la universal catástrofe desatada por los modernos bárbaros”.

Y luego, este crítico de *Actualidades* advierte sobre el “clima moral de este libro, cuyo contenido no es otro que el cuadro de una revolución social, devoradora -por biológica ley inexorable- de los autores de las revoluciones políticas y exterminadora con aliento de Anticristo de todas las instituciones jurídicas, económicas y sociales de la Humanidad. Finalizando con cierto tono altisonante Luis de Galinsoga: *Bajo el yugo de los bárbaros*

es el soliloquio de todo buen español, de cualquier buen español como Ricardo León, pero orquestado para la posteridad mediante la creación literaria por el único español de nuestro tiempo que podía dar al relato la grandeza de estilo, de caudalosa vena de cultura hispánica y de trémolo romántico, condignos a la magnitud de la -¿novelesca?- hecatombe. Ya que las revoluciones modernas no tienen, en su inmensa y espantosa plebeyez de toda índole, el cantor poético de las grandes peripecias históricas, que tengan, en cambio, entre sus contradictores a un grande e inspiradísimo y fulgurante poeta de la invectiva, como es Ricardo León en este libro, en el que se modulan gemidos tremebundos, se ponen en ludibrio las depravaciones y podredumbres de una sociedad que perdió la ribera de Dios y que está en la primera fase de su expiación amarga, se evocan las glorias del pasado y se dibujan las apocalípticas perspectivas del porvenir bajo el signo protervo de la bestia roja”.

Con menos tensión ideológica, pero igualmente dentro de un proceso de derechización doctrinal, *La Gaceta* publica el día 6 de septiembre del 32 un comentario titulado “Los valores tradicionales de España”, firmado por alguien apellidado Perales, y en el cual se indica en primer lugar lo siguiente: “En su reciente novela *Bajo el yugo de los bárbaros* -literatura excelsa y cátedra de españolismo y de los altos valores espirituales que dignifican a la especie humana- la pluma académica de Ricardo León llama a los años de paz que vinieron después de la espantosa conflagración mundial, esta paz todavía más turbia que la guerra. Gran verdad. Por serlo, todos estamos siendo espectadores de las agitadas convulsiones bélicas a que el Mundo sigue entregado. Que si ahora no tienen las características guerreras de conflictos entre naciones diferentes, en cambio han degenerado en luchas fratricidas en busca del triunfo para las respectivas ideologías políticas y sociales de los pueblos... No se ha librado nuestra España de este desencadenamiento de pasiones, de este cruento pugilato en alocada disparidad... Es que en España anda suelto, por culpa de españoles sin

reflexión y sin verdadera comprensión nacional, el fantasma de la revolución”. Después, el comentarista de *La Gaceta* completa su alegato patriótico alrededor de la novela de León, señalando: “Cuando un hombre maldice de su raza y pide extirpar su tradición histórica, suma espiritual de tantos siglos y culturas, como se extirpa un tumor; cuando ese hombre de tan frío y elegante ingenio pasa por hombre inteligente y culto, de autoridad en su país, es porque en ese país se ha desencadenado la barbarie”. Con estas frases enardecidas refuta Alonso de Cepeda, el personaje simbólico de *Bajo el yugo de los bárbaros*, el pretencioso y hueco alegato de los que en España, por querer innovarlo y removerlo todo, de pies a cabeza, incurren en el barbarismo de romper en pedazos lo que en la Historia de nuestra Patria está escrito con sangre de héroes y de mártires, con virtudes y abnegaciones de santos, con epopeyas de conquistadores y con inmortales creaciones de artistas. Todos los corceles de estos Atilas de guardarropía, irrumpiendo desbocadamente por la cristiana Tradición hispana, como en una borrachera de buscadores de botín, no podrán nunca extinguir las huellas que la noble España ha ido dejando, con resaltantes prestigios de raza, en los acontecimientos más gloriosos de la civilización mundial. Paz y cordialidad interior necesita España para no interrumpir su presente progresivo y culto y para no comprometer seriamente su futuro de grandezas. Bajo el influjo de los bárbaros, España se trocaría en una nacionalidad con todos sus valores intelectuales y espirituales en bancarrota y con toda su economía material en quiebra irredimible. Los españoles que no hagan un libertino juego de palabras con el nombre y con el historial sagrado de la Patria, deben reaccionar en estos momentos frente al desastre extremista que quiere trastocarlo y revolucionarlo todo, con ciegas utopías de las leyes inmutables de la Naturaleza y del origen divino de la Humanidad”.

Ambas críticas-comentarios ponen de manifiesto como el mundo literario y cultural de aquellos años de Entreguerras se iba encrespando

progresivamente, dentro de una radicalización política que impregnaba cualquier forma de creación artística y pública. También revelan la preocupación, rayana con el pavor, de los sectores conservadores en España, ante el auge de los movimientos obreros, anarquistas, socialistas y comunistas, a los que, junto a los liberales republicanos, identifican, al lado de Ricardo León, con una nueva especie de bárbaros destructores que amenazan la supervivencia nacional en todos los ámbitos. En realidad, tanto el sesgo de estas críticas-comentarios, como el propio núcleo de la obra de León, parecen adelantar lo que poco tiempo después será la gran tragedia de la guerra de 1936-39.

Con esta novela Ricardo León se configura de nuevo como un escritor esencial en el ámbito del pensamiento antiliberal y antirrepublicano, que cada vez se fortalece más en torno al pensamiento de Ramiro de Maeztu, José María Albiñana y José Calvo Sotelo.

Para comprender en su verdadera magnitud los fines ideológicos y el poso político de esta novela, así como el proceso de radicalización a cubrir por León, es necesario observar, siquiera someramente, la evolución sociopolítica e institucional de país tras la proclamación de la República. En el ámbito estrictamente interno, la derecha monárquica más radical ve fracasar en agosto del 32 el intento de sublevación del general Sanjurjo, impulsado desde Portugal e inclinado hacia el totalitarismo. Luego, mientras, a comienzos de 1933 Hitler alcanza la Cancillería en Alemania, cae en junio de 1933 en España el gobierno de Alcalá Zamora, y tras el fracaso para formar gobierno de Alejandro Lerroux y Martínez Barrio, ambos del arcaico y burgués Partido Radical, se convocan elecciones para el 19 de noviembre. Entre tanto, aparece en escena el hijo del dictador Primo de Rivera y tercer marqués de Estella (Cádiz), José Antonio, quien viaja a Roma en octubre para entrevistarse con Mussolini y funda la Falange Española (FE) tras un mitin en el teatro de la Comedia de Madrid.

Esta nueva organización se nutre de presupuestos del tradicionalismo a través de reflexiones de Donoso Cortés y Vázquez de Mella, junto a algunos pensamientos de Ortega, pero con muchos aditamentos del fascismo italiano. También de Maeztu y su *Defensa de la hispanidad* de Ledesma Ramos y su *La conquista del estado*. Tuvo desde el principio la autoconsideración de ser un nuevo movimiento, ni de derecha ni de izquierda, dirigido a construir un Estado totalitario, entre otras cosas, frente a la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos. La Falange nuclea pronto a un círculo de escritores e intelectuales que se reunían en el sótano llamado La Ballena Alegre del café madrileño Lyon; entre éstos sobresalían Agustín de Foxá, José María Alfaro, Alfredo Marquerié, Samuel Ros -que sería protegido de Ricardo León-, Víctor de la Serna, Fernando de la Cuadra Salcedo, Dionisio Ridruejo y el ultraista Eugenio Montes. En 1934 se fusiona con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, de las que toma emblema -yugo y flechas- y bandera -rojinegra-, para constituir bajo la dirección de José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos FE de las JONS. En abril de ese año José Antonio visita Berlín y mantiene un encuentro con Hitler, pero la Falange no logra despegar como partido de la derecha radical, y otra organización surgida en 1933, en este caso monárquica y ultraconservadora, llamada Renovación Española parece destinada a ocupar ese lugar. El estancamiento de la Falange enfrenta a Ramiro Ledesma Ramos, anticlerical y más cercano al nacionalsocialismo y José Antonio Primo de Rivera, próximo a las tesis parafascistas y procatólicas, imponiéndose la línea más tradicionalista del segundo y abandonando la organización el primero.

Por su parte, los monárquicos alfonsinos de Renovación Española y del Bloque Nacional, formación creada en diciembre de 1934, se agrupan bajo el liderazgo de José Calvo Sotelo, miembro del equipo ideológico del grupo Acción Española. Junto a Calvo Sotelo, Víctor Pradera integra el núcleo del Bloque Nacional, grupo político surgido frente al crecimiento

de las izquierdas tras la revolución asturiana del 34, y asentado en una raíz ultraconservadora y antiparlamentaria. A finales de diciembre de aquel año se publicó el manifiesto constitutivo del Bloque Nacional. Con Calvo Sotelo lo firmó Pradera, y aparecieron también los nombres del Conde de Rodezno, Sainz Rodríguez, Lequerica, Aunós, Amado, Yanguas, Albiñana, León, Alvarez de Sotomayor, el Duque de Alba, el Barón de Viver, José María de Areilza, Goicoechea y Julio Palacios, entre otros representantes del conservadurismo más acrisolado. En este manifiesto -tan cercano a las ideas de Ricardo León- se declara “La afirmación de España, unida y en orden, según frase inmortal de Don Fernando el Católico, y la negación del existente Estado constitucional. España, pues, ante todo y sobre todo. Una España auténtica, fiel a su Historia y a su propia imagen: una e indivisible. De aquí la primera línea de nuestro programa de acción: defensa a vida o muerte y exaltación frenética de nuestra unidad española, que la Monarquía y el pueblo labraron juntos a lo largo de quince siglos. Y con ella la soberanía política única del Estado. Queremos un Estado integrador, que, a diferencia del Estado anárquico actual, imponga su peculiar autoridad sobre todas las clases, sean sociales o económicas... Si amparados por la protección divina y al conjuro de la voluntad nacional llegamos a la meta soñada, nos dispondremos -sépalo bien España- a instaurar en la cima y en las entrañas del Estado los principios de unidad, continuidad, jerarquía, corporación y espiritualidad que hemos diseñado”.

Unidos en lo ideológico y en la práctica política, Calvo Sotelo y Pradera correrían por cierto similar suerte en los años siguientes, el primero, muerto en los albores de lo que sería la guerra civil, y el segundo fusilado en San Sebastian el día 6 de septiembre del 36, pocos meses después de terminar su libro *El estado nuevo*, del que habían sido adelantados algunos textos en la revista *Acción Española*.

La Falange, por su parte, trata de frenar en aquel periodo el crecimiento del conjunto de partidos monárquicos de ultraderecha lanzando

las consignas de “Familia, Municipio, Sindicato y Estado” y defiende el retorno, al menos ideológico y moral, a las formas de vida tradicionales y agrarias, al tiempo que decide a partir de 1935 apoyar toda sublevación armada y patriótica contra el orden republicano.

La celebración de elecciones de noviembre del 33 dio la victoria a la coalición de centro-derecha Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que dirigida por Gil Robles se dedicó desde las instituciones republicanas a dismantlar la legislación progresista promulgada a partir de 1931. Pero en mayo de 1935 una crisis de gobierno provocada por Gil Robles da paso a una administración lerrouxista que cae luego al descubrirse una serie de escándalos económicos protagonizados por el Partido Radical. El presidente de la República, Alcalá Zamora, encargo formar gobierno al moderado republicano Manuel Portela Valladares, quien fracasó en el intento y provocó la convocatoria de elecciones en febrero y marzo de 1936 (primera y segunda vuelta). Ante los nuevos comicios se forma un Frente Popular (integrado por Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Catalana, Partido Socialista Obrero Español, Unión General de Trabajadores, Partido Comunista de España, Partido Sindicalista y Partido Obrero de Unificación Marxista), mientras la derecha monárquica oficial no logra establecer un frente entre la CEDA y el Bloque Nacional, y José Antonio no consigue motivar al general Francisco Franco para que presione militarmente. Logró el triunfo el Frente Popular, la CEDA vio mermada su representación parlamentaria y el Partido Radical desapareció. La Falange no consiguió tener ningún diputado, y los monárquicos alfonsinos obtuvieron sólo doce escaños a repartir entre el Bloque Nacional, Renovación Española y Partido Nacionalista Español. Se desata una ola de violencia política, con los intentos de asesinato del catedrático de Derecho y diputado socialista Luis Jiménez de Asua, el miembro del sindicato de estudiantes falangistas (SEU) Juan José Olano, y los asesinatos del

teniente republicano de la Guardia de Asalto José Castillo y del líder del Bloque Nacional José Calvo Sotelo. La Falange es ilegalizada, José Antonio Primo de Rivera es encarcelado, y los monárquicos tradicionalistas de la Comunión Tradicionalista y los monárquicos alfonsinos del Bloque Nacional y Renovación Española apoya, junto a los falangistas y amplios sectores de la CEDA, una insurrección militar. Este se produce el 18 de julio en el protectorado marroquí bajo la dirección de Franco, provocando la dimisión del jefe del gobierno, Santiago Casares, quien fue sustituido finalmente por José Giral, quien aceptó distribuir armas a los miembros de las organizaciones sindicales. Dando así comienzo la guerra civil.

Subrayando hechos más cercanos individualmente a Ricardo León, cabe apuntar que a comienzos de 1933 los restos del maurismo y del primorriverismo se organizaron en torno a un nuevo partido, el ya citado “Renovación Española”. Ricardo León apoyaría a este nuevo partido y a partir de él apoyaría también el intento de agrupar a las derechas más tradicionales en el Bloque Nacional, cuyo referido manifiesto de diciembre del 34 fue firmado -si no colaboró igualmente en su redacción- por Ricardo León.

Como testimonio de la participación práctica de Ricardo León en la formación del Bloque Nacional, se conserva en los archivos de nuestro escritor una carta enviada por José Calvo Sotelo y Víctor Pradera a la residencia de Torreldones, desde el comité ejecutivo de dicha formación política. En esa carta se precisa: “La acogida entusiasta que ha tenido nuestro manifiesto del 7 de diciembre es un acicate que nos obliga a apresurar las tareas de organización del Bloque Nacional para cuyo desarrollo y actuación urgente todas las colaboraciones y todas las asistencias serán pocas. Necesitamos de todos los que se han adherido a él, y de cuantos han de venir con nosotros, el esfuerzo y el rendimiento máximos. La aportación de trabajo personal de cuantos estén en condiciones de prestarlo. La aportación económica tan elevada como sea

posible, de todos. No se nos oculta -no podría ocultárse nos ya que todos sufrimos del mismo daño- que son hoy las circunstancias demasiado poco favorables, y las cargas que hay que soportar excesivas; pero estamos en un trance en que todo lo hecho puede ser estéril si no se reacciona con ímpetu contra la revolución que amenaza y contra las contemporizaciones y debilidades que nos cercan. Y el nervio de esa acción es el dinero. Pedimos a vd. el máximo sacrificio que en éste orden pueda hacer en servicio de esta tarea que todos nos imponemos y a la que vd. ha ofrecido su adhesión. En el adjunto boletín, cuya devolución una vez lleno le rogamus, puede vd. hacer constar la cuota mensual con que vd. desea inscribirse, así como la que, como donativo extraordinario, para los primeros gastos de la organización, desea suscribir. Las diversas organizaciones políticas adscritas al Bloque han cubierto con sus medios las no escasas atenciones que las circunstancias exigen; nos queda a nosotros la tarea de realizar una intensísima propaganda del ideario común, tal que provoque el arrollador movimiento de opinión que ha de dar el triunfo a nuestros propósitos. Esto exige unos gastos de enorme importancia a los que, bien percatado de la imprescindible necesidad de este sacrificio, cuya omisión acaso hiciese estériles todos los demás, ha de contribuir vd. sin duda.”

En este marco de activismo político, del tronco común del maurismo se había desgajado ya el sector democristiano o liberal, encabezado por Ossorio y Gallardo -quien fuera ministro de Fomento con Maura antes de ser sustituido éste por Joaquín Sánchez de Toca-. Ahora Angel Ossorio y Gallardo no participó en ese Bloque Nacional que reagrupaba a los sectores más conservadores. Ossorio y Gallardo, monárquico inicialmente, se declaró ya durante la dictadura de Primo de Rivera como “monárquico sin rey”, y al proclamarse la República era elegido diputado por Madrid. Al encontrarse en las Cortes, como los demás miembros de la Cámara, con la necesidad de declarar su filiación política se manifestó “Monárquico sin rey al servicio de la República”. Esta toma de posición centrista le supuso la

enemiga de León y las derechas tradicionales, y este distanciamiento fue aun mayor cuando Ossorio y Gallardo hizo declaraciones republicanas a lo largo de la guerra de 1936-39. Quizás su figura inspiró a Ricardo León para dibujar alguno de los perfiles negativos de *Roja y gualda*, su siguiente novela.

Pero con anterioridad a la aparición de ésta ya Ricardo León era considerado uno de los escritores fundamentales de la primera línea de intelectuales conservadores enfrentados al estado de cosas surgido alrededor de la República. León fue objeto por ello de especial atención por parte de otros escritores destacados, independientemente de que su ideario político coincidiera o no de manera integra con nuestro autor. Así, se observan en los principales diarios de aquellos años textos redactados en torno a la figura de León por otros escritores de fuste, como José Francés, Eugenio d'Ors y Azorín.

José Francés, en artículo publicado en *El Norte de Castilla* el día 14 de agosto de 1931, habla de Ricardo León en torno a un estampa literaria de Santillana del Mar, con el título de “Remansos de paz”. En este texto, tras recordar que hay “Lugares donde tiempo, arte y naturaleza colaboran sin prisa ni fantasía”, y señalar a Santillana como “uno de esos lugares deleitosos, de estos remansos codiciaderos para el hombre cansado, seguro de que hallará en el silencio de sus rúas blasonadas o en la calma sonriente de su campiña el desquite de las costumbres modernas y la cura de los males añadidos por la civilización actual”, Francés recuerda, parafraseando a León, que “A Santillana le salvó su pobreza. No hubo entonces aquí, afortunadamente, dinero presuntuoso y agresivo que profanara su venerable ancianidad con bárbaros retoques de modernización y progreso”, y considera al autor de *Casta de hidalgos* como un “fino y vigoroso novelista, que tan bien ha sabido interpretar el alma recóndita de Santillana y el temple de la raza hispana”.

Eugenio d'Ors publica a su vez en *El Debate* el día 7 de diciembre de 1932 una glosa de Ricardo León, en la cual, y tras varias disquisiciones acerca de la relación del escritor con las palabras, crítica a los adversarios literarios de nuestro autor en los siguientes términos: “Todo esto viene a cuento de protestar del despegue cundido entre el sector más vocinglero de nuestros epilogadores literarios hacia una obra como la de Ricardo León, vivo testimonio de vigor y constancia en esa virtud de creadora alegría, signo inconfundible de los verdaderos artistas del verbo... Porque se traducía a holguras y abundancias, la manera de Ricardo León, hoy por la indiferencia, como ayer por el entusiasmo, ha sido juzgada como retórica. Pero, en la medida que el mote tiene algún sentido, lo entendemos aplicable, no ciertamente a los casos de riqueza, si no a lo los de riqueza falsa; no allí dondequiera la elocuencia aparece, sino donde ha sido elaborada en frío. Más fríos y, por consiguiente, más retóricos eran, en verdad, los alicortos andares, no sólo cautelosos, sino tramposos, de una prosa a lo Gómez de Baquero, verbigracia, que los vuelos de la caudal de Ricardo León. Estos, un calor vital los sostiene siempre, un ímpetu infatigable de proyección los lanza y eleva. Quien, crítico o lector, con su visión no se sienta por instantes arrebatado, es que anda falto de alguno de los órganos esenciales que permiten la comunicación humana del júbilo. Digasele, tanto como injusto, mutilado; así al no alertado por una detonación o al no conmovido por la visión de una soberana beldad”. Y culmina este comentario d'Ors considerando: “Vuelos que de un centro muy vital han partido, esos del arte de León, van también a alguna parte. Van, ascienden, al cielo de las ideas puras. Un sentido entrañable de platonismo anima esta obra, a la cual ya empieza a ser pecado no acercarse con intelecto de amor. Un sentido, sobre cuyo significado nos entenderíamos pronto, si dijéramos que, bajo la pluma de León como de pocos otros autores, la palabra hermosura significa algo más, bastante más que una aprobación lisonjera. Aquí se atribuye a la hermosura -en términos literales-, un poder terrible. Se la toma en cierto

modo, bajo la consideración de substancia. Ideas vivas, arquetipos angélicos pueblan los jardines que, con tamaña llave, llegamos a abrir. Por esos jardines pudo pasearse ayer el claro -¡tan misterioso en realidad!- Juan Valera. A ellos ha entrado hoy el oscuro -¡tan luminoso, si bien se mirase!- Pedro Salinas. Entre Valera y Salinas en el orden del tiempo, será situado, por quien sepa descubrir a la vez su alegría y la fuente de donde mana, el neo-platónico Ricardo León”.

Azorín dedica por su parte un extenso y magistral texto a Ricardo León en el diario *Ahora* el día 19 de septiembre de 1935, con el significativo título de “Su pan y su laurel”, y tras leer la que sería nueva obra de nuestro autor *Roja y gualda*.

En este artículo, que alcanza los ribetes de relato moral, Azorín empieza por dibujar la placidez en la que, al igual que otros escritores, se encontraba nuestro autor en vísperas de la guerra... “Ricardo León vive en exención grata, fuera de Madrid, cerca del Guadarrama. Caballero de todo en todo, ni detrae al amigo ni niega su concurso al compañero. Le rodea un ambiente de confortadora afectuosidad. Cuando trabaja, los pasos en la casa son atentados. Cuando está triste, la melancolía vela los rostros de los contiguos... Ricardo León vive ahora en el paisaje austero del Guadarrama. Desde su morada casi campesina, la imaginación se llegará hasta el litoral mediterráneo. Al sesgo mar latino -gozado desde la costa malagueña- dedica bellas páginas el novelista... Leyendo a Ricardo León hemos imaginado a un caballero que se halla sentado ante una mesita en una casa sencilla. Su continente es vulgar en la apariencia. Trae una barbita corta, y su pelo no es largo. No hay nada aparentemente en este caballero, y si nos detenemos a observarle, veremos en él algo que no vemos en los demás. Ese algo es su lumbre de inteligencia. Inteligencia en sus ojos melancólicos e inteligencia en sus movimientos señoriles y reposados. No está, no, alegre el caballero. En la mente va repasando todos los motivos de su tristeza. El mundo ha cambiado. La inteligencia -esa inteligencia a que él presta culto- es

desdeñada. La meditación se hace imposible. El arte puro, el estilo, la perfección en el escribir, no son cosas gustadas ni advertidas por los lectores. Este rato de soledad en que el caballero se entrega a sus íntimos pensamientos se hará imposible dentro de un tiempo indefinido. Ni la soledad ni el silencio podrán durar mucho. En los oficios, el fervoroso arte de la mano hace tiempo que desapareció. El goce de la Naturaleza es suplantado por el aprovechamiento utilitario. Se tiene prisa convulsivamente por llegar a alguna parte y no se llega a ninguna. Hasta las maneras han sufrido un hondo cambio. A la cortesía antigua sucede la rudeza. Lo más fino, delicado y profundo en el ser humano -el sentimiento puro- deja lugar a la sensación violenta y grosera. Sentir cómo se desvanece el tiempo minuto por minuto, en tanto que el poeta contempla un leve rayo de luz o una sombra que avanza, cosa es ésta de que no tendrán idea las nuevas generaciones. La humanidad camina hacia el caos. El instinto brutal sustituye a la reflexión. ¿Qué será del mundo dentro de cuarenta, de sesenta o de cien años?''.

Y continua Azorín con el mismo tono de magnífica e ilustrativa narración... "En este punto, otro caballero, idéntico al anterior, con la misma barbita breve y el mismo pelo corto, con los mismos ojos pensativos, se acerca al que hemos descrito y le pone cariñosamente la mano en el hombro. - Te acongojas en vano -le dice-. Eres un niño. Deseo tratarte como se trata a un niño. Tú eres yo y yo soy tú. Somos los dos una misma persona. Pero esta misma persona es distinta según el momento y las circunstancias de la jornada. Ahora has de levantarte tú para que yo ocupe tu puesto. Tú, en este momento, has acabado tus reflexiones. Deja ahora que yo diga lo que pienso. ¿por qué te atormentas? El problema del tiempo es universal y de todas las edades. Siempre ha sido y será un dolor callado y profundo el sentir deslizarse llevándose el tiempo consigo a nosotros. Con el tiempo van envueltos otros accidentes en que tú estribas. Al estribar así en lo fugitivo te produces tú mismo un hondo dolor. Todo lo que deplorar ahora

ha sucedido siempre en la humanidad. La marcha de la humanidad no puede detenerse. Tú quieres fijar en un punto, en la época actual, en los días gratos para ti, el discurrir de las generaciones. Y eso no puede ser. En cualquier momento de la Historia ha habido un hombre meditativo como tú. En vísperas de cualquier gran convulsión de la Historia ha podido existir, como tu ante esta mesita, otro hombre que sintiera, ante el espectáculo que se le ofrecía, las mismas congojas que tú. Y, sin embargo, no ha sucedido nada. La humanidad ha continuado su camino. conoces tú cuáles han sido las dos o tres grandes etapas que ha vencido el género humano. Una de ellas ha sido la abolición de la esclavitud. ¡Cuántos temores dolorosos y cuántas íntimas angustias, ante la perspectiva que se ofrecía, pudo entonces sentir un hombre fino, delicado y sensitivo como tú! Temes tú la ruina de la inteligencia. Yo, ante las modalidades de tiranía que contemplamos ahora en el mundo, no siento temor alguno. La inteligencia no desaparecerá. Esas modalidades nos infunden la aprensión de que la inteligencia desaparece. No lo creas. La inteligencia no puede renunciar a sí misma. No puede negarse a sí misma la vida. Si eso fuera, el género humano entero dejaría de existir. Todo eso que tememos tú y yo -y ahora, los dos pensamos a la par- es pura quimera. La humanidad, cayendo y levantándose, venciendo mil obstáculos avanza por su camino. Llegará hasta el fin. Y ¿tú sabes cuál es el fin? ¿Tú no quieres creer que el fin es el amor?”. Finalmente, Azorín da en este singular texto otro quiebro narrativo y concluye: “El caballero se detiene y sonrío. Su sonrisa es luz de esperanza. Tengamos confianza como él. En su semblanza de don Juan Pacheco, marqués de Villena, dice Hernando del Pulgar que este personaje no forzaba al tiempo. No lo forcemos tampoco nosotros. No nos empeñemos en resucitar el pasado, que no puede volver, ni queramos anticipar violentamente lo por venir, que vendrá por sus pasos contados. Entretanto practiquemos con fervor nuestro oficio. El oficio -el de escritor- es penoso. Dice Ricardo León que su Félix Lázaro ha conseguido, tras una vida de trabajo, su pan y su laurel. Pan

quiere decir una posición que, aunque modesta, precava contra la enfermedad y la vejez. Hay escritores que tienen laurel y tienen pan. Los hay que tienen pan y no tienen laurel. No faltan, querido Ricardo, quienes tienen laurel y no tienen pan”.

En 1934 -y antes del más arriba citado manifiesto del referido Bloque Nacional- Ricardo León dio a las prensas su obra *Roja y gualda*, publicada por la casa madrileña Hernando como tomo XXIV de la colección de obras completas del escritor y académico. Viene a ser el relato autobiográfico que hace un tal Félix Lázaro -trasunto de Ricardo León- de como se fue incubando la revolución española. Retrata con tipos y anécdotas el periodo anterior al directorio -o dictadura- del general Primo de Rivera. Con un lenguaje que busca la sencillez, no es propiamente una novela, sino una especie de autobiografía novelada en la cual el protagonista refleja experiencias de la vida del autor.

Su texto consta de siete capítulos, el primero se encabeza con el párrafo que dice: “Que hace oficio de Prólogo a las sabrosas confidencias de un caballero, gran sufridor de trabajos, a quien costó muchos sudores ganar su pan y su laurel” (405); y el último con el que señala “Bancarrota, manicomio y fuegos infernales en que dieron la revolución y sus héroes, con otros episodios históricos y novelescos de trágica emoción y carácter providencial para castigo y enseñanza de españoles y extranjeros, burgueses y marxistas, pobres y ricos, discretos y mentecatos” (406).

En esta obra, que tiene forma de autobiografía como decíamos, éste Félix Lázaro narra sus vicisitudes como álgter ego del propio autor. Todo el libro constituye una crítica de los valores de la burguesía liberal que dio paso a la República y su antiespañolismo, frente al cual solo resta el combate por la tradición. Junto a múltiples detalles en verdad biográficos del autor, se presentan caricaturas y alegorías de líderes republicanos, liberales o izquierdistas, tales como Romanones, Sánchez Guerra, Marcelino Domingo -líder del Partido Republicano Radical Socialista y masón

destacado-, Azaña, Casares Quiroga, Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto. *Roja y gualda* logró gran aceptación entre los ideólogos antirrepublicanos -como Maeztu- y entre todas las fuerzas que se oponían a la izquierda en el poder.

En las páginas de la segunda parte del primer capítulo Ricardo León se sitúa -a través de Félix Lázaro, su protagonista- “entre los fuegos de estos dos materialismos en choque, el capitalista y el marxista, el proletario y el burgués, enemigos a muerte, pero tan semejantes en el fondo como engendros que son de una sola voracidad, de una misma y grosera superstición” (407), para unas páginas más adelante afirmar: “Hay que servir, pero no a dos señores tan incompatibles como Dios y el diablo. Tomar las armas, pero por ideales, no por intereses” (408).

Pero es en la tercera parte del primer capítulo donde Ricardo León empieza a narrar a su manera la propia historia idealizada, sirviéndose de su protagonista Félix Lázaro, tras remachar “cuán a pulso, qué de esfuerzo y dolor, cuánto de angustias y trasudores mortales me costó ganar mi pan y mi laurel” (409). Y no sin antes advertir con tonos románticos y tardomodernistas: “mi arte, el hondo, el verdadero, es íntimo, es humano; es arte de vivir, poesía de hogar y de silencio, claroscuro de almas y paisajes, lumbre de sol entre nubarrones, agridulzura de la sonrisa entre las lágrimas” (410).

El autor-protagonista se considera enseguida “pueblo, no vulgo”, y más aun pueblo, “no burguesía con humos de aristocracia”. Para culminar “Tierra y alma soy de lo más castizo de mi pueblo, de casta pobre pero limpia y fértil de hidalgos y labradores y soldados” (411).

En la primera parte del capítulo segundo, encabezado por el párrafo “De la niñez y juventud de este nuevo Lázaro español. Recuerda con viva pesadumbre su paraíso perdido, sus Cruces de mayo y su Bandera familiar” -notese el uso de las mayúsculas-, Ricardo León evoca “el sol de Málaga” y el perfil de su madre; traza ribetes de claro sesgo modernista cuando habla

de “Crepúsculos, alboradas, resplandores que no parecen de este mundo. Velas latinas, gaviotas en el glorioso azul. Velas de púrpura en el ocaso.”, o también “Y sobre los áureos fondos de estas viejas estampas de mi niñez, marinas y paisajes clásicos henchidos de sentimientos españoles y de emociones románticas, el rostro de mi madre con su dulce y santa palidez, maravilloso de suavidad y de blancura...” (412)

Respecto a su padre -del que dice murió cuando él tenía quince años- realiza una curiosa idealización, indicando primero que heredó “aquella sonrisa de mi padre”, luego advirtiendo que aquel no era “más amigo de las armas que de las letras, según es propio de soldados españoles”, y reconociendo: “De mi padre aprendí a odiar la política, esto que llaman política los rufianes y salteadores del poder... De mi padre, en fin, aprendí también a abominar de la República” (413). En línea con la tradición modernista, se sirve en la segunda parte del segundo capítulo de dos trazos de jardines para hablar de la muerte de su padre y de la de su madre; escribe respectivamente: “la bárbara sacudida de mi pubertad -la muerte de mi padre- está clavada dentro de mí con las imágenes de un sol de mayo en Extremadura, de una siesta junto al Guadiana, de unos naranjos en flor que se metían por mis balcones desde un viejo claustro monacal todo cuajado de azahares, de tristeza y de luz”, y ... “El gran dolor de mi madurez -la muerte de mi madre- tiene también por fondo la belleza desgarradora de otro jardín de mayo, entre los montes y el mar, otro vergel malagueño inundado de rosas, henchido de ruiseñores” (414). Finaliza este capítulo, en el que explica sus orígenes biológico-ideológicos, recordando la época tiempos del padre: “Desdichados tiempos los suyos, los que vieron naufragar en los océanos las últimas reliquias del Imperio, más aun España”, y haciendo profesión de fe antirrepublicana: “ni al demonio se le ocurre, porque el demonio distingue de colores mejor que estos republicanos, traer como señal de una República laica, tan hostil a la Cruz y a la Corona, ese morado, color de Iglesia y Monarquía, color de príncipes

católicos, de guiones regios y vestiduras episcopales, que, como el blanco de los borbones, fue símbolo de reyes en Castilla, pero no del pueblo español, ni siquiera del pueblo castellano” (415).

En el capítulo tercero, primera parte, el autor-protagonista empieza reiterando como “la rota del 98 y la muerte de mi padre cierran con trágico portazo el paraíso de mi niñez”, para apuntar casi inmediatamente con alguna exageración: “mi madre y yo, cayéndonos aquí, levantándonos allá, con riesgo no pocas veces de hundirnos en las quiebras y los barrancos de la hoz, apenas hubo término de España, de Sur a Norte, de Poniente a Oriente, donde no hiciéramos camino, posada y triste habitación” (416). Después pasa a hablar de la adolescencia en tierras del suroeste, recordando los primeros amores: “hasta en Portugal, junto al Guadiana y el Gévoira, eché algunas de mis primeras flores al tempranillo amor de cierta Silvia lusitana, musa de mi precoz y ya viciosa pubertad”... “En Extremadura como en Andalucía supe de amor y de dolor, de batalla y de paz” (417).

Cierra esta primera parte del tercer capítulo con algún que otro canto a Extremadura, y con unas líneas sobre el hecho de que “Siempre fue la tierra española colmena insigne de sabrosos panales y regaladas mieles, pero también nido de avispas y de zánganos, cama y gusanera de buscones, pícaros y caciques. Precursoras de las presentes desventuras nacionales fueron aquellas del 98, flores del mismo mal” (418). A su vez, la segunda parte de este tercer capítulo se inicia con la afirmación de que “Desde muchacho padecí la política, sentí su influjo perturbador y venenoso en mi hogar”... “Inmolado mi padre como tantos otros, fría y cobardemente, por la política satánica de Washington y la política maquiavélica de Madrid (...), viví durante muchos años, si aquello era vivir, entre los disturbios y malaventuras de un pleito que consumió la hacienda, la salud y la vida de mi madre; forcejeo inútil, desesperado, interminable litigar con unos parientes andaluces, de Sierra Morena por más gala, salteadores de nuestro

pequeño patrimonio” (419). Cabe aquí señalar y recordar que si bien la cuestión del pleito si se corresponde de alguna manera con la verdadera vida de Ricardo León, la muerte del padre no fue sin embargo en combate en el Caribe, sino a causa de una angina de pecho o dolencia similar en España. Arrepentido por otra lado quizás de su pasado real, Ricardo León indica por boca en primera persona de Félix Lázaro que “De aquellos Despeñaperros de mi primera y aperreada mocedad caí en los barrancos de la política de Málaga, donde mi triste fortuna y mi temprana vocación de Quijote me llevaron por las trochas del periodismo andante a pelear con los monstruos del caciquismo” (420).

En la tercera parte de este mismo capítulo reconoce el autor-protagonista “una especie de geografía sentimental”, y manifiesta: “Portugal (y decir Portugal es como decir España), tiene para mi, todo él, la mimosa melancolía de los primeros amores”... “Lusitania sigue siendo Hispania en mis recuerdos más dulces. De Mérida a Coimbra no hay para mi fronteras ni baluartes” (421). Una geografía sentimental no siempre positiva... “todavía en tierras andaluzas hay un lugar de cuyo nombre no puedo olvidarme, y es en la historia de mis sucesos íntimos la flor de la tristeza, y aunque de tierra caliente, el más inhóspito y frío de los páramos”... “Sierra Morena fue para mí el infierno, un infierno al sol, de ricas minas (como la ciudad de la novela “Jauja”) y pingües olivares, un bátratro andaluz de alegre tierra y luminoso cielo; es decir, uno de aquellos lugares de las mansiones del dolor -Málaga es el otro- en que para más suplicio, para mayor refinamiento de la pena y más evidente privación del bien, se asoman los condenados a la hermosura y beatitud del Paraíso” (422).

El capítulo cuarto dibuja en su primera parte las figuras de quienes “atormentaron la viudez” de la madre, integrados en una familia caciquil llamada de “los Faraones”, al tiempo que indica como el lugar de los hechos era un pueblo “tan colmado de todos los bienes y abundancias de la Naturaleza” como “pobre de los tesoros del Espíritu” (423). Esta

coincidencia con el espacio de “Jauja” y una fase de la propia vida de Ricardo León, se amplía respecto a aquella novela al señalarse en “Roja y gualda” lo siguiente: “Mi abuelo materno, liberal de antaño, descendiente del fundador Olavide (igual que en *Jauja*) y como él varón de muchas prendas y recursos intelectuales y económicos, pero romántico y patriota hasta morir, no pudo aguantar el ambiente enrarecido de su pueblo y muy mozo todavía huyó a Madrid, donde casó con una vascongada, sobrina de Zumalacárregui, huérfana desvalida de un guerrillero de Azpeitia”... “se casaron y además convivieron muy felices, aunque él se murió años después, no en singular combate, sino del cólera, en Madrid y poco menos que en la indigencia, y que su viuda, con tres o cuatro pequeñuelos se marchó a vivir y a guerrear al pueblo de su marido contra unos parientes y albaceas del difunto, tan extremadamente liberales que, en ausencia del cándido Quijote, se le habían alzado con sus bienes. Era mi abuela de muy finos y briosos aceros... con los que pudo al fin, no sin combates heroicos, rescatar algunos de los bienes, los mismos que, años después, tuvo mi madre que dejar entre las zarzas del famoso pleito con los hijos de los primeros saltadores” (424). No acaban aquí las semejanzas con la vida real de Ricardo León, y así Félix Lázaro señala que “Para colmo de tribulaciones me asaltó de súbito una extraña y terrible enfermedad... Una infección producida por ciertos hongos microscópicos o esporas”, siendo “Deshauciado aquí, sometido allá, como sujeto de experimentación, a las pruebas más heroicas y los tratamientos más absurdos” (425).

En la segunda parte de este cuarto capítulo el autor-protagonista se ufana del dolor que le han producido tantas desgracias y afirma que éstas y aquel “suscitaron en mi naturaleza física y moral capacidades y defensas, muy superiores a mis pocos años, con que hacer frente a cada nueva adversidad; me abrieron el corazón, me despertaron el ingenio, me aguzaron el alma y todas mis facultades harto más que lo harían muchos años de estudio, meditación y experiencia” (426). En la quinta parte de este capítulo

-tras enumerar tristezas en la tercera y en la cuarta- se hace una declaración de esperanza religiosa, al expresar que “Felizmente, por mucho que perdamos la paciencia y desesperemos de Dios, El no la pierde jamás y nos aguarda con los brazos abiertos y los pies clavados en la Cruz, esperando, esperando siempre, como sólo sabe esperar el que es eterno” (427). Y en la sexta parte de este cuarto capítulo se manifiesta que “No es posible saber la trayectoria de nuestras acciones, buenas o malas, en el mundo; pero si cuán necesarias y fatales son sus consecuencias. Como del germen el ser y de la semilla el fruto, bienes y males no son sino el desarrollo natural de nuestras acciones. Es uno mismo quien con sus propias manos, conforme a la ley de Dios, según el orden común a la naturaleza y al espíritu, obra su bien o su mal, siembra su trigo o su cicuta, se gana a pulso su gloria, su purgatorio o su infierno” (428).

Esta intención religiosa y aun redentorista vuelve a ser explícita en la séptima parte de este capítulo, al apuntar Lázaro-León que “Todo cuanto soy, cuanto aprendí, cuanto he logrado en el mundo, se lo debo precisamente a todo aquello que un día me parecía tan odioso: mi invalidez y mi pobreza”. Y poco después afirma: “La tribulación me hizo poeta”. Añadiendo con una precisión totalizante y al adjudicarse ciertas ciertas obras: “A tan dura experiencia (su niñez huérfana, adolescencia pobre y enfermedad juvenil, suponemos) le debo mis mejores libros, mis ideas madres, mi concepto del mundo y de la vida, el concepto heroico a lo cristiano y español que en mis obras Arte de vivir, Yunque y martillo, Manual de príncipes católicos, y singularmente en aquella, por desventura tan profética, Política de Lucifer y gobierno del Anticristo, que tanto escándalo produjo, se anticipó muchos años a ese movimiento intelectual y patriótico a la romana llamado a cambiar el alma y la fisonomía de Europa... reacción mental contra las ideologías muelles, afeminadas y liberales de los siglos XVIII y XIX, hoy tan en fuga y en descrédito, salvo en esta República dichosa, tan propicia a las ideas de los tiempos en que

eran novedades el himno de Riego, el Trágala, el paletó fernandino y el miriñaque de Maricastaña...” (429). Esta diatriba pre-joseantoniana y estéticamente de tonos profascistas locales, no impide que al final de esta parte y del capítulo se haga un elogio de “la doctrina católica y nacional de Santa Teresa de Jesús, Loyola, Juan de la Cruz y el de los Angeles: la de El castillo interior, los Ejercicios la Noche oscura, los Diálogos de la conquista, la Lucha espiritual...; mística de acción, ascética militar, política de apóstoles, superior a todos los fascismos” (430).

El capítulo quinto, que consta de cinco partes y se viene a “titular” como “Historia de la Gardenia, el rajá de Golconda y otros peregrinos personajes, todos de carne y hueso aunque parezcan fabulosos al lector distraído o superficial” es el que reúne a la vez más elementos “novelescos” y evocaciones brillantes -más o menos fieles- de la vida juvenil de León. Comienza con la llegada a “los vergeles de Málaga”, ciudad donde el autor-protagonista confiesa que “Con el mayor arrojo me lancé a cuantos oficios y ejercicios me deparó el azar” hasta dar “en periodista, profesión que allí era como tenerlas todas sin tener ninguna; publiqué un periódico del que fui único redactor, cajista único y director universal.”, y donde se movía en un “vivir, entre apicarado y heroico, de luchador -así se decía entonces-, con yelmo y plumas de caballero andante, de periodista y de poeta, menos cristiano que pagano...” (431). En esta línea el narrador subraya en la segunda parte del capítulo que “Edificantes aulas para mis veinte años... fueron aquellas de la política perchelera, flor y nata de la política española, cátedras de anarquismo, degradación de toda autoridad...” (432). Y añade con el fin de apuntalar su antirrepublicanismo “El hoy es hijo del ayer... la política de la República es hija natural de aquella germanesca de los partidos y partidas que derribaron el Trono. Los pistoleros, los incendiarios de hoy, toda esa chusma salvaje, viene en línea recta de aquel podrido liberalismo del siglo XIX, tan de guante blanco” (433).

En la tercera y cuarta partes de este mismo capítulo, Ricardo León narra

a través de Félix Lázaro un modernista encuentro amoroso en la Málaga de juventud con cierta “Mariquilla Reina”, a la que conoció envuelta “un pañolón de oro y grana, los colores de la bandera nacional, que, en su airosísimo talle, venían pidiendo guerra” (434). Esta, cantante y bailarina, era conocida como la “Gardenia” y “Antes que Falla y García Lorca hicieran del Albaicín conservatorio brindando al renacimiento del folklore, María Reina hizo en Málaga escuela y universidad del arte hondo, y presintió la ópera flamenca, el drama lírico andaluz, antes también que la Duncan su ópera dionisiaca” (435). De origen humilde, esta bailarina encontró a un rajá, el rajá de Golconda, hijo del maharajá de Cachemira, con quien se casó; para despecho del autor-protagonista. En estas páginas se percibe un aroma de aventura galante tal vez inspirado en el decadentismo de raíz modernista que estuvo en boga a principios de Siglo, y del que fue un popular exponente literario parte de la obra de E. Gómez Carrillo, concretamente los volúmenes *El libro de las mujeres* y *El 2º libro de las mujeres*, impresos respectivamente en 1919 y 1921 por la editorial madrileña Mundo Latino. En ambos libros se dibujan los contornos sensuales de algunas de las bailarinas de éxito en la época, desde la Argentinita y la Preciosilla hasta Tórtola Valencia, e incluso de las cantaoras y bailaoras anónimas de Andalucía.

Y se cierra la quinta parte del capítulo con unas críticas a la vida política y social de la Málaga de aquel tiempo cuya “sociedad cosmopolita y mercantil cruzada de finas hembras andaluzas y aventureros de todos los países; mezcla de razas y de clases con pocas de sus virtudes y casi todos sus vicios” era campo abonado en el cual “corría la sangre dondequiera como en tiempos de abencerrajes y zegríes, y llegaban al patio del Círculo Mercantil y a los hogares más ilustres las salpicaduras del arroyo, que eran allí los anarquistas de guante blanco más y peores que los de la Mano Negra” (436). Resulta, por cierto, muy ilustrativa de la ideología de León en esta época la referencia a la “Mano Negra”, grupo clandestino anarquista

que actuó en Andalucía entre 1882 y 1883, y cuya desarticulación tuvo lugar en el marco de una dura actuación gubernamental contra las organizaciones agrarias anarcosindicalistas.

Desencantado al parecer ya de aquella Málaga, León-Lázaro decide marchar a Madrid, hecho que narra en el capítulo sexto, pues “Rotas ya las últimas raíces que me ligaban a la tierra donde quedaron sepultadas mi madre y mi juventud, vine a Madrid huyéndome y buscándome”... “me lancé a la vida bulliciosa de Madrid. Hervía entonces la política española, como un reflejo de la política del mundo en aquellos años de la trasguerra” (437), y añade con visión del futuro convulso: “Urdíanse en España a la sazón los hilos de una conjura, aquellos hilos cortados con gallardía militar y española por la espada del Marqués de Estella (el andaluz Primo de Rivera), pero tan fuertes, tan sutiles, que acabaron por ahogar al dictador, y derribar la Monarquía y envolver a España en su tejido de muerte”. Aunque reconoce que “no veía entonces con un dibujo tan claro la trayectoria de la revolución, ni aun en aquellas etapas cuyos avances presencié tanto más victoriosos o conducentes a su fin cuanto mayores fueron nuestras caídas nacionales: Semana Sangrienta (¿Trágica?); glorificación de Ferrer (Guardia); Huelga del 17; Asamblea Parlamentaria; Juntas de Defensa; Barranco del Lobo; Annual, pistolerismo, separatismo, impunismo, campañas de libre difamación; atentados contra la Iglesia; contra la Patria; contra el Rey; crisis de todas las instituciones, ruptura de todos los vínculos espirituales, ausencia de toda autoridad, fenómenos precursores de cuanto vino después” (438).

En la tercera parte del capítulo sexto vuelve a aparecer María Reina, ya viuda y princesa de Golconda, y ahora esposa del antiespañol Adán Fernández, cabecilla de una conspiración contra la Monarquía. Tras caer primero y superar después las tentaciones de ésta y de su círculo de revolucionarios, Lázaro-León advierte en la sexta y última parte de este capítulo, en un arranque monárquico, que “Llegó el momento vergonzoso

de tirar por la ventana siglos de Historia, de dignidad y entereza. Llegó el instante supremo de entregar a Cristo, de entregar a España, de entregar al rey, a este rey tan caballero, tan cristiano, que, ante la sola vislumbre de una guerra civil, prefirió sacrificarse y, a imitación de Cristo, pagar él, único español sin culpa, las culpas de todos los españoles” (439).

El capítulo séptimo con el que termina *Roja y gualda* es ya suficientemente expresivo en su denominación: “Bancarrotas, manicomios y fuegos infernales en que dieron la revolución y sus héroes, con otros episodios históricos y novelescos de trágica emoción y carácter providencial para castigo y enseñanza de españoles y extranjeros, burgueses y marxistas, pobres y ricos, discretos y mentecatos” (440). Aquí se refiere a la “conversión” de Adán Fernández, junto al advenimiento de la República, una República que para León-Lázaro reedita “lo más caduco, impotente, morboso y podrido de la política de antaño; lo más ramplón, mugriento y aborrecible de aquella gitanería, cochambre y picaresca nacional cuyas salpicaduras me dieron en la cara, desde muchacho” (441). Acto seguido se pregunta: “Españoles de buena voluntad: ¿merecía la pena de hacer una revolución para esto? ¿Valía el trabajo de socavar un trono de quince siglos para imponer la república en un país donde fue preciso, por no haber republicanos, traer, con unos cuantos cretinos, peleles y mascarones, aquellos viejos caciques, aunque con otras casacas, los mismos perros de ayer juntos ahora con los lobos al olor de los tristes rebaños sin pastores?... ¿Revolución? Aun está por hacer la única revolución auténtica, profunda y creadora que ha de cambiar y subversor el mundo: la revolución cristiana... realizar el Evangelio en la tierra: he aquí lo que urge. Todas las demás revoluciones, como inspiradoras por el odio del Anticristo, son impotentes para llegar al fondo de los problemas universales y de los eternos fines de la vida. No hubo jamás potencia humana que procurase

realizar lo divino en la tierra como la Monarquía española.” (442) Y acaba con una arenga en toda regla, en cuyos párrafos más significativos se recoge y condensa la ideología y visión del mundo de Ricardo León: “Juventud de España: tuyos son los caminos, tuyo es el porvenir y la bandera, esta bandera roja y gualda que, precisamente por estar proscrita, es hoy más que nunca, el símbolo del ayer y del futuro... A ti, juventud, toca recobrar aquel sentido español y religioso de la vida; aquel sentido heroico del esfuerzo, mística de trabajo y oración... Tuya es la nueva reconquista civil, la reacción mental contra los sistemas ideológicos, muelles afeminados y cobardes, de los dos últimos siglos... Huid de ese espíritu burgués, antiespañol y antiheroico, que un día os aconseja cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid” (443).

Finalmente, ya en una identificación total entre el presunto protagonista Félix Lázaro y el verdadero perfil central y narrador de esta obra, el de Ricardo León, se especifica: “Aquí, en mi pequeño Escorial (la finca y casa “Santa Teresa” de Torrelodones que mando construir como residencia el escritor), frente a las cumbres carpetanas, con el martillo sobre el yunque, vuelvo a sentir muy dentro los oleajes del mar, del “mar sagrado de España”. Y una advertencia definitiva: “aquí se acaban, por ahora, estos fragmentos de una confesión general que no puede concluir sino con mi vida, y cuyas partes mejores siempre habrán de quedarse en el tintero. Yo necesitaba... confesara mi fe y descargar mis culpas... Y yo no soy sino un poeta” (444).

La propia configuración de esta nueva obra de Ricardo León, a caballo entre lo autobiográfico-ensayístico y lo novelesco, no propició demasiadas críticas en la prensa, pero se puede al respecto entresacar como muestra al menos una de su admirador Luis de Galisonga, publicada el día 3 de septiembre en el *Diario de Málaga*. En ésta crítica, tras hacer referencia al noventayochista dolor de España, se advierte que tal dolor “ha ido a buscar en sus fecundas soledades, de su retiro inefable de poeta, a Ricardo León...

Roja y gualda podría considerarse como el prólogo de una serie de novelas acerca del drama español, iniciado precisamente al arriarse con frenesí y sin seso los colores genuinamente hispánicos... En ésta (obra) que hoy registramos hay un designio capital que engarza como en hilo de continuidad los episodios: la filosofía del dolor, del dolor y del quebranto del protagonista, paralelos a los de España, y como su eco o su réplica. Con ribetes y tangencias de autobiografía, deformada por el novelista con certero tino hasta producir la inefable mixtura de realidad y de fábula”.

Después de *Roja y gualda*, donde Ricardo León mezcla parte de su itinerario vital con el neto ideario conservador que adoptó en la madurez y última fase de su vida, y cuyo texto original -no publicado, pero conservado en su archivo- muestra revisiones y correcciones varias -si bien no substanciales- que evidencian lo medido de su naturaleza de fragmentos de una confesión general, el escritor volvería al trabajo de ficción con la que sería su última novela, *Cristo en los infiernos*.

HERIDAS DE COMBATE :
UNA PLUMA PARA EL INTEGRISMO.

* *La guerra incivil de 1936 a 1939* * *Penalidades de Ricardo León* * *Andanzas con Pedro Luis de Galvez* * *Hundimiento de la República y final de la guerra* * *Apoyo de Ricardo León a Franco: el “Himno a las juventudes españolas” (1939)* * *La difícil reconstrucción de la paz y el hogar* * *Bodas de plata con la Real Academia Española* * *“Cristo en los infiernos (1941), guerra y revolución bajo la óptica de un escritor conservador* * *Reedición de las obras de Ricardo León* * *Relaciones con Francisco de Cossío, José Francés, César González Ruano, Emilio Carreré, Fernando Luca de Tena, Azorín y Camilo José Cela* * *Proyecto de una obra inacabada: “La cocina de los ángeles”* * *Anuncio de unas “Memorias”* * *Tradicionalismo y falangismo, opciones distanciadas* * *Nuevas “Obras completas” (1943)* * *Muerte de Ricardo León* * *“La cumbre mística” (1945), obra póstuma y testamento ideológico* * *Ricardo León y otros modernistas en los libros escolares de postguerra* * *El camino del olvido.*

Cristo en los infiernos fue escrita en el año 1936 y prácticamente terminada cuando comienza la guerra civil, pero no se publicará hasta 1941. Al respecto, conviene tener en cuenta la peripecia personal de Ricardo León en esos días, cuando, desde una posición de reconocimiento y tranquilidad se ve arrojado a una situación de desamparo y frágil supervivencia. Nada hacía presagiar en 1936 la dimensión del conflicto que se avecinaba, y prueba de ello y de la aparente solidez de la posición de nuestro escritor es una carta remitida a éste por José María de Pemán el día 10 de febrero de 1936, conservada en el archivo de Ricardo León. Discípulo del modernismo teatral de Eduardo Marquina y de Francisco Villaespesa, y autor de éxito

tras el estreno en 1933 de *El divino impaciente*, Pemán compartía con León, además de la misma generación -pues había nacido en 1897- y comunes orígenes de escuela literaria -el andalucismo modernista-, similares presupuestos ultracatólicos y tradicionalistas. Al respecto, cabe recordar que Pemán, quien al igual que León había comenzado su itinerario literario con un poemario, *De la vida sencilla* (1923), era en sus inicios gran admirador de Maura. Luego, como partidario de la Dictadura de Primo de Rivera, formó parte del partido oficial de ésta, la Unión Patriótica, donde fomentó el ideario católico y un giro ultraconservador de sesgo tradicionalista. Era, como León, defensor de una única civilización, la occidental surgida del clasicismo grecolatino y del cristianismo católico, y propugnaba la supremacía de la raza blanca y del impulso castellano en la conquista y colonización de América. En su texto de 1927 “Valor del hispanoamericanismo en el proceso total humano hacia la unificación y la paz”, editado en Madrid, llegara a decir que los castellanos y españoles llegaron a América para encontrar “otras razas lejanas e inferiores y consumir en ellas esa labor magna y única de blanquear rostros y de abrir ángulos encefálicos para meter en ellos el pensamiento luminoso y civilizador de la bendita raza de Castilla”. Párrafo éste recogido literalmente en el estudio de Javier Tusell y Gonzalo Alvarez Chillida titulado *Pemán* y editado en Madrid en 1998 (445). Era también Pemán, como León, partidario de un orden social orgánico y jerárquico, de origen providencialista, y basado en la familia patriarcal e hidalga, un concepto de familia que reflejaría en su otro gran éxito teatral, *La casa*, de 1946.

En su carta a Ricardo León, Pemán expresa a su amigo y correligionario conservador lo siguiente: “No se como agradecerle a Vd. la amabilidad que ha tenido firmando mi propuesta para la Academia. Creame que no olvidaré nunca su bondad para conmigo. Por tener que volver a Cádiz, con motivo de las elecciones no puedo, como desearía llegar hasta Torrelodones a decírselo de palabra. Ya tendré otra ocasión de repetirle mi

gratitud y mi afecto. ¿Porqué no honra Vd. alguna vez nuestra revista Acción Española con su firma? Son muchos los lectores que lo preguntan con deseo”.

Sin embargo, a los 59 años Ricardo León contempla como se quiebra su quietud, y tras la llegada de un comando anarquista a su mansión de Torrelodones, se ve obligado a huir a Madrid, donde es acogido primero en su hogar del barrio de Cuatro Caminos por un miliciano que había sido mozo de imprenta, luego pasa unos días en las calles y en casa de una anciana pariente, para ser después detenido y conducido a la checa de las Salesas -en la calle San Bernardo-, donde el poeta Burgos Lecea le salva de ser fusilado en respuesta al asesinato en Granada de García Lorca. Seguidamente Ricardo León se encuentra con el malagueño Pedro Luis de Gálvez, ahora capitán miliciano y fundador de la brigada “Cervantes” encargada de la represión de los escritores antirrepublicanos, y que, además de conocer a León en una escuela de niño en Málaga, veinte años antes había sido ocasionalmente secretario suyo y después había recibido de él varios prestamos y ayudas. Pedro Luis de Gálvez le salva, haciéndole pasar por afecto a la República, y le protege al parecer a cambio de dinero. Ricardo León busca refugio en la embajada de Cuba y el consulado de Haití, y consigue al amparo de estas dos banderas sobrevivir hasta la entrada en Madrid de las tropas de Franco. La actuación de la embajada cubana en este caso fue providencial, y aunque León no precisó nunca la razón de la elección de ésta para solicitar asilo, si indicó después en diversas entrevistas de prensa, como la legación de Cuba lo confió al consulado de Haití, del que estaba encargado Manuel Raventós. Este lo acomodó en su casa, donde pasará recluido el resto de la guerra, junto a escritores como Fernando Vela y Angel Torres del Alamo, el periodista José de la Cueva o el dibujante Viladomat. Durante ese tiempo su casa de Santa Teresa en Torrelodones es tomada en una ocasión por un grupo combinado de guardias de asalto y milicianos, y muere su hijo pequeño, Fernando, al ser aplastado contra la

pared por una gruesa puerta. También morirá su suegra, al parecer a resultas de la impresión causada por este brutal y terrible hecho acaecido en la residencia familiar.

Todos estos avatares fueron contados por Ricardo León en 1942 dentro de un raro folleto titulado *¿Cómo se liberó usted?*, escrito por el antiguo maurista José Gutierrez-Cavé, con prólogo de Antonio Goicoechea, quien había sido en 1915 presidente de la Federación Nacional de Juventudes Mauristas, y diputado por Madrid, junto a Antonio Maura y Jacinto Benavente, en las elecciones generales de 1918, y luego dirigente del Bloque Nacional antirrepublicano. Impreso por el autor, en Talleres Gráficos Calle Ibiza, de Madrid, este folleto -que llegó a manos de León en mayo del 42, según consta en la dedicatoria manuscrita de cierto ejemplar-, reúne testimonios acerca del cautiverio en la España republicana de personas como Jacinto Benavente, el dirigente falangista José Antonio Girón, María Guzmán, la mujer del general Moscardo que defendió el alcázar de Toledo, Miguel Primo de Rivera, hermano del fundador de la falange, José Antonio Primo de Rivera, el conde de Romanones, el marqués de Valdeiglesias y el conde de Vallellano, entre otros.

El caso de Ricardo León, del que se anuncia en un preámbulo de Gutierrez-Cavé la próxima aparición de la novela *Cristo en los infiernos*, es relatado por él mismo. A modo de prólogo señala nuestro escritor: “Los primeros asaltos de las hordas me sorprendieron en mi retiro de Torrelodones. En realidad, no me sorprendieron. Los tenía previstos. Ahí está mi novela *Bajo el yugo de los bárbaros*, publicada en 1932, en la que predije cuanto luego sucedió en España. Y en 1934 remaché el clavo con *Roja y gualda*. Más aún: toda mi obra literaria desde *Casta de hidalgos* fue una constante apelación a la conciencia nacional, a la Tradición española, al sentimiento heroico, militar y apostólico de la raza. Durante más de veinticinco años clamé y no en desierto, contra las herejías modernas, contra la dictadura intelectual de aquellas generaciones

precursoras y zapadoras de la revolución del Anticristo... Me hallaba escribiendo a la sazón *Cristo en los infiernos*, otro libro más crudo y augural, cuando empezó el asalto de las hordas. Las primeras que llegaron a mi casa, todavía no hechas al crimen, se desfogaron con amenazas brutales y simulacros de agresión... Pero sobrevino la F.A.I., la de los suburbios de Madrid, la de los 'paseos' y las matanzas en la noche. Advertido a tiempo y convencido de que mi presencia en la casa no haría sino atraer y encandilar a tan terribles ojeadores, preferí correr la ventura solo y errante por las encrucijadas de Madrid" (446). Después relata León sus primeras experiencias de huido, por las calles y plazas de la capital del país: "De tumbo en tumbo, pronto se me agotó el poco dinero que traía. Muerto de hambre y de cansancio, pues me era forzoso ir a pie; con un traje viejo, unos zapatos rotos y los bolsillos vacíos, trotaba todo el día por las calles en busca de algún refugio donde recogerme por la noche a cubierto de aquel Madrid ya todo selva y horda. Más de una vez, anocheciendo, sin solución a mi doble problema cotidiano, tupidos de sombra todos mis caminos, me derrumbe en el banco de una plaza resignado a dar con las pistolas de aquellas escuadras de verdugos que bullían en las tinieblas... Una vez, entre muchas, desfallecido y sin alma para nuevos trotes, me recosté en un banco del Prado, ya con las últimas luces de la tarde. Se me acercó un miliciano. Traía el mono azul, una gorrilla cuartelera ladeada sobre la sien y un pistolón a la cintura. Me juzgué perdido. Pero no. Era un buen muchacho, antiguo mozo de una imprenta, que me tenía muy afectuosa voluntad. Cuando supo mi situación me llevó a su casa, un humilde hogar hacia los Cuatro Caminos, donde hallé cena confortante, un colchón de borra, que a mí me pareció de pluma, y un sueño reparador". Y puntualiza en esta línea Ricardo León: "¡A cuantas puertas llamé y cuantas se me cerraron airadas! ¡Cuantas gentes que me debían especial solicitud fueron más cobardes o menos generosas que aquellas otras humildes con quienes topé al azar! No me faltaron, con todo, amigos ejemplares en compensación de los muchos

ruines o medrosos que me huían, no pocos de éstos partícipes o influyentes en los medios revolucionarios” (447).

Tras recordar como fue acogido poco generosamente y de forma transitoria en “la casa de una anciana parienta... Viuda y sola, rica y tacaña”, nuestro escritor evoca como “Acorralado luego, después de agotadoras andanzas, concluí por meterme en el lugar más visible y peligroso: en mi propia casa de Madrid. Incautado casi todo el edificio por las juventudes marxistas y frontero del Socorro Rojo, estuve allí bajo el terror de aquellos desalmados, cuyas orgías nocturnas sentía sobre mi techo, y a pocos pasos de los coches que a cada dos por tres paraban al pie de mis ventanas, con gran estrépito de portezuelas, vozarrones y culatazos. Y a los pocos días, cuando yo estaba, por fortuna, en la calle, supe que un coche de carabineros y otro de milicianos, habían llegado por mí y estaban registrando la casa, desde el sótano a los tejados” (448). Seguidamente, León reconoce: “A partir de entonces, mi odisea tomó un giro vertiginoso de singular emoción... Caí primero en una de las peores checas de Madrid, la de las Salesas, en la calle de San Bernardo. Allí me tenían en lista, sentenciado al ‘paseo’, en represalia por la muerte del poeta García Lorca. Otro poeta me salvó: Burgos Lecea, en quien la lepra del comunismo no había secado las fuentes de su sensibilidad. Con valeroso rasgo y en feliz coyuntura me hurtó al tenebroso comité y me puso en la calle, advirtiéndome de la suerte que corríamos los dos si yo volvía a caer bajo aquel tribunal de sangre. Pero no eran solamente los comunistas a seguir mis huellas. Todas las organizaciones rojas tenían aquella lista de represalia, donde figuraba mi nombre junto al de Maeztu y otros escritores, la mitad de los cuales cayeron poco después... Tal fue el acoso y a tal punto llegué de agotamiento, que un día resolví, ya rendido, entregarme a la Dirección de Seguridad... Caminando hacia la Dirección, resuelto a decidir mi suerte al golpe del último azar, oí a mi espalda un vozarrón, que en plena calle pronunciaba mi nombre y apellido. Me volví espantado, como si oyese

pregonar mi cabeza, y me hallé delante de un hombrón... capitán de milicianos. Le mire como quien mira a su verdugo... Caí en quien era con menos asombro que repulsión y recelo. Le conocía desde muy joven. Era un famoso pícaro de agudo y maleante ingenio, cuyas desaforadas aventuras le hicieron tristemente popular. Se contaba de él, como extremado sablista, que en el trance de morírsele un hijo de pocos meses, tomó bajo la capa el cadáver del niño, metido en una cajita fúnebre, y lo fue exhibiendo de casa en casa y de tertulia en tertulia, para excitar la compasión y el espanto, como seguro arbitrio con que pagar el entierro” (449).

Aquí Ricardo León obvia el nombre de este capitán de milicianos, pero todo hace pensar que era un célebre bohemio de la época llamado Pedro Luis de Gálvez, antiguo conocido de nuestro escritor e implicado luego en las desventuras de éste durante la guerra civil. Existe al respecto aun en los archivos de Ricardo León una carta enviada por Pedro Luis de Gálvez a nuestro escritor el día 29 de diciembre de 1935, que prueba la relación entre ambos. En esa carta, de Gálvez señala: “¡Cuanto bien me has hecho, querido Ricardo! Recogí en la Academia las 300 pts, y no imaginas mi agradecimiento. Que Dios derrame sobre sus hijos las mismas felicidades que le pido para los míos. !Si yo tuviera los brazos tan largos que pudiese abrazar tu corazón!. Te desea muchas prosperidades para el próximo año, tu viejo y envejecido amigo...” Según León, Pedro Luis de Gálvez le dijo un año después, en aquel inesperado encuentro del 36: “-Yo no quiero matarte. Lo que quiero es salvar tu vida. Ven. Voy a meterte en la boca del lobo. Allí es donde estarás más seguro” (450). De acuerdo con el relato de León, él fue a parar al “más horrible pandemónium que había entonces en Madrid: el cuartel del Quinto Regimiento, en el que fue Colegio de Salesianos, allá en lo alto de la calle Francos Rodríguez. Allí estaba la espuma y la flor de las milicias rojas, de las brigadas internacionales, de las escuadras sueltas que por las noches traían a fusilar las víctimas detrás de las tapias del cuartel, mirando a la Dehesa de la Villa. Y allí estaba también

el agrupo Cervantes, llamado así con feroz sarcasmo porque tenía por especial misión andar a la caza de escritores. Era su fundador y capitán el mismo que me condujo allí” (451). Continúa León con su relato de aquellos estrambóticos hechos, advirtiendo que “Aquel absurdo ‘capitán’, de cuyo nombre no debo acordarme, tuvo la humorada de presentarme a su tropa como un apóstol del anarquismo andaluz... Desde ‘la boca del lobo’ di con mis huesos en otra casa-babel, donde estuve con no menos zozobras sometido al triste ‘capitán’, quien tan pronto me estrechaba con abrazos de lacrimosa ternura, como se gozaba atormentándome... A todo eso, el ‘capitán’ se había introducido en casa de mis editores, y a cuenta de mis libros... hizo buena presa en su caja de caudales. Y ampliando su ‘protección’ a mi hogar en Torrelodones, urdió allí un nuevo folletín con aires de secuestro. Tales cosas dijo y maquinó a este propósito, que estuvo a punto de provocar el exterminio de toda mi familia. Por sus extraños e imprudentes manejos, él fue grande parte a la tragedia que luego sucedió en mi casa” (452). Tras esta referencia velada a la muerte de su hijo pequeño Fernando, a causa del asalto de las milicias a la villa “Santa Teresa”, Ricardo León subraya respecto a Pedro Luis de Gálvez que “Otra imprudencia suya con el ministro comunista Hernández, estuvo a punto de acabar conmigo. Descubierta el lugar de mi escondite, se me ofreció un salvoconducto a cambio de una infame retractación. Rehuse indignado. Preferiría morir cien veces a prestar una sola mi adhesión a la causa de la Bestia Roja. Pero mi negativa me dejaba enteramente a su merced” (453).

Llegados a este punto de la narración, ésta se acelera y agiliza, hasta desembocar en una situación menos negativa para nuestro protagonista: “manos afectuosas me abrieron puerta más segura en casa de don Manuel Raventós, a la sombra de la bandera cubana. Ejemplar amigo, claro espejo de hidalgos españoles y cristianos, don Manuel Raventós fue redentor de cautivos y providencia de muchos hogares... Pero aun allí me hirió la

adversidad donde más podía dolerme. Sin nuevas de mi familia en mucho tiempo, no supe, hasta muy tarde, las tribulaciones de mi hogar, asaltado muchas veces por las hordas, sostenido heroicamente por mi mujer, alma tan llena de la fuerza de Dios y de la Patria que, aun después de haber visto enloquecer a su madre y morir aplastado a uno de nuestros hijos, disputándole su cadáver a las turbas, tuvo alientos para confesar a gritos su fe, desafiando a las pistolas de Líster” (454).

Este folleto de José Gutiérrez-Ravé, quien en el prólogo de Antonio Goicoechea es señalado como “Procedente de las Juventudes Mauristas - sano y patriótico movimiento de protesta contra la politiquería que nos conducía al desastre-”, anuncia en sus páginas finales una nueva entrega, en la cual y bajo el mismo título de *¿Cómo se liberó usted?* se incluirían los testimonios, entre otros, de Ramón Serrano Suñer, Wenceslao Fernández Florez, Blanca de los Ríos, Emilio Carrere, el general Muñoz Grandes, Tomás Borrás, el humorista K-Hito y Joaquín Álvarez Quintero. Por cierto, el autor oficial de este folleto recopilatorio, Gutiérrez-Ravé, fue igualmente autor de dos obras de cierta circulación en aquellos años de posguerra: un volumen que contenía los *Partes oficiales de guerra nacionales y rojos* -cuya propaganda rezaba: “La obra que completa cuanto se ha escrito sobre nuestra gloriosa Cruzada, proseguida hoy con gran éxito por la gran Alemania”-, y un *Diccionario histórico de la guerra de liberación de España (1936-1939)*.

Por otro lado, y como documento aclaratorio de las novelescas peripecias de Ricardo León en el Madrid de la guerra, se publicó al poco de su muerte, concretamente en el *ABC* del día 17 de diciembre de 1943, un artículo del académico Julio Casares titulado “El asesino de si mismo”. En tal texto desvela Casares lo siguiente: “A poco de estallar la revolución, callejeaba por la capital D. Ricardo León, confirmando con sus ojos de novelista los horrores que proféticamente había descrito en *Bajo el yugo de los bárbaros*. Confiado en el retraimiento a que le llevaban de consuno su

modestia sincera, su apego a la vida de hogar y la proyección de su espíritu hacia los reinos de la fantasía, pensaba el insigne escritor que su figura física no era del dominio de la plebe y que, pues sólo ella invadía la ciudad, el peligro de ser reconocido resultaba relativamente remoto; pero, no habían pasado muchas horas, cuando una mano firmemente apoyada en su hombro le hizo volverse para dar de cara con un miliciano arrogante, a quien tardó bien poco en identificar con el bohemio que tantas veces había socorrido”. Casares se refiere aquí evidentemente a Pedro Luis de Gálvez, del que llega a decir que “Tenía una decorosa formación literaria, escribía buen castellano y componía sonetos, pocos, pero excelentes. Estoy seguro de que los escritores de mi quinta identificarían sin vacilar a este desgraciado con sólo recordarles cierta escena, macabra hasta lo inverosímil, ocurrida en un café de esta villa” (en referencia, a la utilización, al parecer tristemente célebre, del cadáver de un niño para pedir dinero). Más adelante, Julio Casares desvela un hecho casi folletinesco, pero real, en el peregrinaje de León por el Madrid de entonces... “Ricardo León no había pensado nunca en renegar de su personalidad, cosa que tantos otros habían preparado cautamente y con tiempo. Cuantos papeles llevaba consigo probaban terminantemente su identidad. Y entonces surgió en la mente del miliciano la idea, diabólicamente ingeniosa, de convertir a su antiguo protector en asesino: ¡el asesino de Ricardo León!, de cuya documentación se había incautado para que nadie dudase de su hazaña. Y como tal fue presentado el maestro en el antro correspondiente, sin que inspirase el menor recelo el aspecto inequívocamente bondadoso del supuesto energúmeno, ya que no pocos criminales de todos los tiempos fueron famosos por la unción y dulzura de sus modales”. Y finaliza su espectacular evocación Casares reseñando: “La farsa trágica, igualmente peligrosa para el rojo y el blanco, no podía durar mucho; y además Ricardo León prefería cualquier riesgo a la convivencia con los nuevos amigos de puño en alto y blasfemia a cada trique. Se evadió, pues, en la primera oportunidad; pero todavía hubo de

padecer graves amarguras y vejaciones hasta encontrar asilo en el consulado de Haití, donde alguna vez le lleve el humilde consuelo de mi visita”.

Con la victoria de los ejércitos de Franco en 1939, y la ocupación definitiva de Madrid por éstos, Ricardo León abandona la protección de la diplomacia cubana y haitiana, y retorna a su residencia en Torrelodones. Allí se encuentra la casa familiar saqueada, pues había sido sede de un cuerpo de tropas milicianas y base de éstas para la guerra en la sierra de Madrid, y comienza las tareas de reconstrucción de su familia y hogar. Un exponente del estado de las cosas en torno a Ricardo León en esa época es el texto de una dura carta de éste, enviada al jefe local de la Falange de Torrelodones el día 2 de octubre de 1939 y conservada en el archivo del escritor. En ella León “solicita de la Jefatura Local de F.E.T y de las J.O.N.S. que le sea devuelta la madera, o la parte de ella que se pudiese hallar, incautada por los Rojos con fecha del mes de junio del año 1938 y extraída entonces de la finca del solicitante, ‘Santa Teresa’, en dos camiones. Dicha madera; consistente en multitud de puertas y ventanas dispuestas para las obras de la casa, vigas, tablones, camas de madera antiguas, ocho postes grandes, andamiajes, etc; expoliados en aquella fecha según testimonio del Capitán rojo y milicias allí residentes fueron llevadas, así como varias piezas y herramientas de hierro, parte a los Corrales (finca de Oñoro) y parte a otros lugares. Y habiendo menester de todo este material para las obras que en la citada finca ‘Santa Teresa’ se propone reemprender el que subscribe, reitera el ruego a esa Jefatura de Falange para que le sea devuelto”.

Dentro de esa terrible realidad de posguerra, definida por los imperativos de la supervivencia y los intentos de reconstrucción, surgen sin embargo evocaciones de tiempos mejores, como lenitivo a la crudeza del presente. Es así como cabe entender la aparición en el diario *Madrid* el 6 de febrero de 1940 de una página escrita por José Montero Alonso y dedicada a “Las bodas de plata de Ricardo León con la Real Academia Española”. En

el texto de esta página, Montero Alonso rememora la elección de nuestro escritor como académico, junto a otros episodios relacionados con él en el marco de la vida de esta institución. Comienza Montero Alonso por dibujar el pasado, aquellos momentos de 1915, con trazos periodísticos: “Ha empezado, hace unos meses, la guerra. No detiene el invierno la lucha. Se combate en Prusia Oriental, en Austria, en Francia. Hay princesas en los hospitales y el kaiser revista a caballo sus tropas. Aquí, en España, la pasión ha dividido en dos grandes grupos a los que siguen la guerra: hay francófilos y germanófilos, como hay gallistas y belmontistas. Doña María y Don Fernando estrenan esos días, en la Princesa, una comedia de Marquina, *Una mujer*, y Casalt, en Price, sobrecoge el ánimo del público con la emoción de sus melodramas de misterio... Ricardo León, novelista ilustre, que ha conocido muy pronto el triunfo, va a ingresar en la Academia, para la que ha sido elegido tres años antes. Una tarde dominical de aquel invierno de 1915 va llegando a las puertas de la Academia un cortejo largo de coches. El Madrid social e intelectual de ese tiempo se reúne allí, convocado por la solemnidad académica que va a celebrarse. Personajes oficiales, escritores, políticos, aristócratas. Todas las caras conocidas de aquel Madrid alegre y confiado de 1915. Entre los académicos están don Julian Ribera, don Eduardo Hinojos, Carracido, Octavio Picón, Menéndez Pidal, Cotarelo, Leopoldo Cano...” Tras esta añorante introducción, cuyo verdadero valor se comprende al observar el clima de desolación que reinaba cuando fue hecha: en el Madrid de 1940, José Montero Alonso subraya que “Se han cumplido ahora, este primer invierno de la paz, veinticinco años de aquella tarde de enero en que Ricardo León ingresó en la Real Academia Española. Veinticinco años de vida académica. Muchas y grandes cosas, durante todo ese tiempo, en la vida y en las letras de España. Afanes, duelos, gozos, sombras, esperanzas. Y ahora, la paz, el comienzo de la gran tarea española”.

Por su parte, Ricardo León trata de superar las secuelas de la guerra de 1936-39, asumiendo las pérdidas sufridas durante aquel triste conflicto. Es en el marco de esa situación, en el que escribe el día 25 de abril de 1940 una emotiva carta a uno de sus admiradores hispanoamericanos, el uruguayo Arturo E. Xalambri. Quien la recibe en Montevideo y la da para su publicación a los periódicos locales *El Bien Público* y *El Diario Español*, en cuyas páginas aparece respectivamente los días 13 y 23 de mayo de aquel año. Tal carta, reveladora del estado de ánimo de nuestro escritor tras la guerra civil, decía lo siguiente: “Amigo de mi alma: No bien repuesto aún de las pasadas tribulaciones (la pérdida de uno de mis hijos en trágicas circunstancias, durante la barbarie roja; la grave enfermedad de mi mujer, que perdió también a su madre y afrontó heroicamente a las hordas; la devastación de mi casa, pues hasta el almacén de mis libros, con más de 80.000 ejemplares, me quemaron), le escribo a Ud. transido pero satisfecho con haber pagado tributo a la Casa de Dios y de España. En esta prueba terrible Ud. ha sido para mí más que un amigo, un hermano lleno de caridad y de ternura. Los reiterados testimonios que de esa generosa fraternidad recibí los tengo y los tendré muy presentes en mi corazón mientras yo viva. ¡Qué bien se reveló en Ud. y con que fervor el caballero cristiano! ¡Qué cerca de mí, con estar al otro lado del mar inmenso, le he sentido a Ud. en mis horas de angustia y desolación, en medio de las persecuciones implacables que se cebaron en mi persona y en mi hogar! Libres al fin, después del martirio, bajo la bandera cubana, y más tarde bajo las banderas victoriosas de Franco, aún nos deparó la bondad previsora de Ud. manjares para el cuerpo y el espíritu. Así, tras el obsequio de aquel sabrosísimo maná, que providente, vino a caer sobre nuestra pobre mesa familiar a donde el hambre se sentó no pocas veces con nosotros frente a unas sopas de agua, llegó el espléndido regalo de su Floresta Eucarísta, merced al cual estuve en honda comunicación espiritual con Ud. juntos los dos a la eterna luz del Divino Sacramento. Dios le pague a Ud tan finas dádivas con toda la salud y

felicidad que yo le pido para tan dulce hermano. Perdóneme la tardanza de estas letras que ha tiempo tengo escritas en mi corazón. Hasta hace poco, solamente pude acudir a las urgencias del hogar que me es forzoso rehacer a costa de trabajo y solicitud infatigables. Tengo más bríos que salud y fuerzas. Ahora empiezan a reimprimir las obras, todas consumidas por el fuego, y en cuyas nuevas cubiertas aproveché para el ex-libris aquel precioso escudo con el león heráldico que campea en la rica encuadernación del libro-joya de Ud. que hace años se sirvió regalarme y que aún poseo entre las pocas reliquias que pude salvar del desastre. Ya recibirá Ud. los primeros volúmenes que salgan y las novelas que estoy acabando de escribir: la primera, *Cristo en los infiernos*, que estaba medio impresa en julio del 36 al estallar la revolución. Las capillas de este libro sirvieron casi todas para envolver cosas en las tiendas durante el dominio rojo, tras el saqueo de la imprenta donde el libro se estaba editando. En otra novela posterior, verá usted todo aquello de que i testigo y víctima y en que estuve a punto de acabar mi propia historia. Reciba Ud. todo el afecto y gratitud de mi mujer y de mis hijos. Y un abrazo entrañable que aquí le envía, lleno de emoción, su fraternal y para siempre Ricardo León”.

Cristo en los infiernos se salvó de todas las vicisitudes sufridas por Ricardo León, y relatadas en parte en el referido folleto de Gutiérrez-Ravé, viendo la luz en 1941 -con copyright de 1940- en la editorial madrileña de Victoriano Suárez. Dividida en cuatro partes, tituladas respectivamente “Los Gelves”, “La juventud de una pasionaria”, “Noche oscura de España” y “Juicios de Dios”, y subdivididas a su vez en cuatro partes, con denominaciones, entre otras, del tipo de “Los galeotes de la Fortuna”, “Sigue la vida y milagros de la monjita roja”, “Los anillos de la Serpiente”, “La mujer vestida de escarlata” o “Los últimos círculos de Plutón”. En sus páginas se narra la historia de una familia española entre 1929 y 1939, aprovechándose este marco temporal para mostrar hechos y

personajes de ese convulso periodo, con el primer plano de la trama familiar.

Ricardo León señala en el prólogo que “Esta novela, salvo las últimas jornadas, se escribió en los umbrales de aquellos infiernos rojos de 1936. Urge advertirlo, entre otras muchas razones, para que nadie piense que ahora, lejos ya del trance y en salvo, doy a moro muerto, gran lanzada, y para que se sepa bien que cuanto aquí se dice fue dicho -e impreso la mayor parte- en los días del Frente Popular, dando la cara a las hordas” (455). Luego recuerda su peripecia personal al decir con distanciamiento sólo estilístico que “Puesto en las listas negras el nombre del escritor, ya olfateado por la Bestia Roja, tuvo que arrancarse del hogar, en pleno agosto de sangre, persuadido por los suyos de que su presencia en la casa era un riesgo inminente para todos. Y se lanzó a Madrid, a la aventura de la ciudad siniestra, toda ya noche, selva oscura, cubil de fieras y de hordas. Y entonces fue el rodar de tumbo en tumbo, al filo de la muerte, ojeado por aquellas jaurías infernales...” (456). Después indica como se salvaron las páginas de *Cristo en los infiernos*, cuando “Daba por bien perdida mi novela, cuyas últimas cuartillas quedaron al pie de un Crucifijo, con la bandera de oro y grana y un retrato del rey, que aún presidían la habitación cuando llegaron a la casa las primeras milicias rojas. No sabía yo entonces, mientras corría mi aventura, que todo aquello y mucho más estaba a salvo por la heroica solicitud de quien supo, como leona de Castilla, (se refiere a su esposa, María del Carmen Garrido) defender nuestro pequeño Escorial frente a las hordas de Líster y El Campesino, de Galán y Cartón y las brigadas extranjeras” (457). Y añade, en referencia a las muertes de su hijo y de su suegra, “No pudieron salvarse las dos vidas que fueron el tributo de mi hogar a la Causa de Dios y de la España eterna” (458). Seguidamente justifica la conclusión de las páginas de la obra, a pesar de la crisis global e histórica vivida por la nación, por considerar que “Más instructivo y significativo que los sangrientos episodios será, para lo futuro, conocer las

potencias secretas y diabólicas que provocaron en España la explosión del año 36; los sucesos privados que fueron precursores de los públicos; las viles tercerías, los sórdidos contubernios de izquierdas y derechas con la masonería y el marxismo; sus empresarios, financieros, intelectuales, aristócratas y burgueses al servicio de la revolución desde los comienzos de siglo” (459). Unas líneas más allá manifiesta que “La exaltación de las virtudes heroicas; el sentimiento religioso y militar de la vida que ha muchos años, más de treinta -desde *Casta de hidalgos* al presente libro-, viene sosteniendo el autor contra las modas intelectuales de su tiempo, vuelve hoy a ser la fuerza motriz de las juventudes en el mundo ¿Qué significa nuestra Cruzada nacional, frente a la revolución materialista, sino el sumo esfuerzo para imponer la Revolución cristiana, la Tradición española, y arrojar del Poder al Anticristo...” (460) Y por último, después de evocar una idea de Donoso Cortés relativa a que en el fondo de todas las grandes cuestiones políticas hay siempre una cuestión teológica, advierte que “El novelista imaginó poner aquí frente a frente las dos religiones - Cristo y el Anticristo-, las dos revoluciones que chocaron luego en España con ímpetu y trascendencia universales; cifrar en criaturas novelescas, pero arrancadas todas a la realidad española de entonces, aquellos problemas tan patéticos, humanos y divinos a la vez, que, para mayor actualidad de este libro, se le plantean hoy al mundo entero con la fuerza trágica de las armas, y habrán de resolverse también por la virtud del sacrificio, por la inmolación del hombre, por la suprema eficacia de la sangre” (461).

En esta obra se empieza por dibujar las vísperas de las elecciones que echaron por tierra a la monarquía y concluye con la violencia en la zona republicana. Los personajes a quien Ricardo León encomienda el desarrollo de la acción son imaginarios, pero junto a ellos aparecen mezclados otros perfiles, históricos y conocidos, llenos de significados negativos para el escritor y para las derechas españolas. Centra el autor en los Gelves, tipo

de familia de orígenes muy poco recomendables para los tradicionalistas - orígenes judíos y masones-; familia enriquecida con toda clase de negocios, entre ellos la desamortización de Mendizábal. Familia conservadora, pero indefinidamente demócrata, sin moral cristiana, ni fervor por nada, con un sentido político sometido al beneficio. Los Gelves, ricos, numerosos, unidos solo por intereses económicos comunes, degenerados e histéricos, proveen en las páginas de esta obra todos los tics negativos de la España de la II República. Don Julián, traidor como el famoso conde de la entrega de España a los árabes, se pasa a los revolucionarios y separatistas; doña Regla, beata de sacristía y sin luces es el símbolo de la CEDA, democracia cristiana fascinada por el poder y su gestión, siempre dispuesta a pactar con el enemigo; don Valentín, pancista sin dignidad que se mantiene impasible incluso ante los adulterios de su mujer, Margarita, mezcla ésta de pervertida con ansias sexuales, incrédula y dama roja de espíritu satánico; su hermano Federico, alma valiente y limpia que se enrola en la legión, en el partido nacionalista de Albiñana y al fin en la Falange, único de los Gelves digno; el doctor Alegre, de izquierdas lo mismo que de derechas, amigo de estar a bien con todos; el duque de Ayamonte, padrino -y en realidad padre- de Margarita, cuyos vicios y enfermedad le han convertido en un ser desdichado y que muere de remordimientos...

La novela comienza por los primeros días de abril de 1931, y en la primera parte, llamada “Los Gelves”, se dibujan los principales componentes de la familia de este nombre, con el contraste y ayuda de un personaje “comodín”, su doctor, el citado Germán Fernández Alegre, andaluz castizo, apolítico de talante conservador, socarrón, un poco donjuanesco, escéptico, solterón, generoso y ya de edad madura -que vivía con una hermana mayor que él-. Los Gelves son burgueses y banqueros - del barrio tópico-madrileño de Salamanca-, y de alguna manera apoyan al republicanismo moderado y liberal. El hermano mayor, Julián Gelves, y el menor, Valentín, son ambos masones, y de los dos hijos de este último la

hembra -Margarita- es intelectual de izquierdas y el varón -Federico- es del ultracatólico Partido Nacionalista Español fundado en 1930 por el médico valenciano José María Albiñana. Paralelamente se narra la historia de un tal Basilio Núñez, bastardo y anticatólico, cuya hija llamada Georgina es una feminista revolucionaria, madre a su vez de Hildegart, fabricada como modelo de nueva mujer radical y que acaba siendo asesinada por su madre. Reactualizando su vieja vocación periodística, Ricardo León utiliza para esta historia el caso real de Hildegart Rodríguez, acaecido en Madrid y muy comentado en la época. Hildegart, hija de la socialista heterodoxa Aurora Rodríguez, y sin padre conocido, fue una niña precoz educada por su madre con arreglo a un plan para hacer de ella una superhembra en línea nietzscheana. Considerada como un ejemplo de intelectualidad revolucionaria para las Juventudes Socialistas del periodo republicano, tanto por su defensa de la libertad sexual como por sus obras feministas, fue adquiriendo más y más relieve dentro de los círculos de izquierda, hasta que se enamora de un hombre. Aurora Rodríguez decide entonces destruirla, y la mata a tiros en 1933, mientras dormía. La opinión pública observó dividida al proceso contra Aurora Rodríguez, quien fue internada en un manicomio, en Ciempozuelos, donde murió en 1955. Todo este caso, y en especial los datos vertidos en el proceso seguido contra Aurora Rodríguez, inspiró evidentemente a Ricardo León, horrorizado tal vez ante el final de la “virgen roja” Hildegart.

En la segunda parte de la novela, la titulada “La juventud de una pasionaria”, se relatan las andanzas de Margarita, que parece inspirada en la visión fragmenta que tenía León de la dirigente comunista y populista Dolores Ibarruri y de la activista socialista Margarita Nelken -crítica de arte, autora de *La condición de la mujer en España* y *Tres tipos de Virgen* y diputada por Badajoz en 1931-. Andanzas de hembra radical frente al perfil del terrateniente conservador, religioso, benévolo y andaluz Pablo Guzmán, hijo del padrino de Margarita, el duque de Ayamonte.

En la tercera parte, titulada con sesgo sanjuanista “Noche oscura de España”, se muestra como los Gelves saludan felices el advenimiento de la República y se benefician de ésta, mientras se resaltan los hechos históricos más llamativos y morbosos del periodo -desde los sucesos de Casas Viejas en 1933 hasta los asaltos e incendios de conventos-. Historicamente tales asaltos e incendios comenzaron en Madrid a principios de mayo de 1931, ardiendo entonces, entre otras, las casa de los carmelitas de la calle Ferraz, de los jesuitas en la calle Alberto Aguilera y del Sagrado Corazón en Chamartin. Luego, el movimiento se extendió a Sevilla, donde fue quemado el convento de los jesuitas, a Málaga, donde ardió el palacio episcopal, y a otras ciudades de Andalucía y Levante. A su vez, el asunto de Casas Viejas tuvo lugar en enero de 1933, entre los días 8 y 12, cuando se produjo un intento de insurrección anarquista en Aragón, Cataluña, Levante, Murcia y Andalucía. Uno de sus focos, el pequeño pueblo gaditano de Casas Viejas, ahora llamado Benalup de Sidonia, fue duramente reprimido y provocó una crisis del gobierno de Azaña.

En las páginas de *Cristo en los infiernos*, ante la postura centrista y oportunista de los Gelves y sus círculos, empieza a desarrollarse una derecha neta y activista -ligada al ideario josenatoniano de la Falange o al tradicionalismo de Renovación Española-, representada por la figura antirrepublicana de Pablo Guzmán.

Las líneas de la parte cuarta y final de esta novela, la llamada “Juicio de Dios”, pintan por un lado el triunfo del Frente Popular y el asesinato de Calvo Sotelo, y por otro el hundimiento económico de la banca de los Gelves y la atracción fatal de Margarita por Pablo, descubriéndose además que ambos son hermanastros. Pablo es detenido, y Margarita le busca hasta encontrarle crucificado en un árbol, entonces ella se convierte y muere. Mientras, la revolución roja -la del Anticristo- es derrotada por el insurgente y victoriosos ejercito nacional.

Esta novela forma así parte, con *Roja y gualda* y *Bajo el yugo de los bárbaros*, de la trilogía dedicada por Ricardo León al prólogo y transcurso de la guerra de 1936-39. En todas ellas predomina su interés histórico, vital e ideológico sobre el estrictamente novelesco. Al igual que ocurriría con una obra de diferente estructura, pero similares intenciones, escrita por la gran amiga de León, Concha Espina, titulada *Luna roja* y subtitulada *Novelas de la revolución*. Dividida en dos apartados, “El Dios de los niños” y “El hombre y el mastín”, esta obra de la también ya ultraconservadora Concha Espina ofrece diversas secuencias de la España acosada por los movimientos revolucionarios, siendo su primera redacción de 1937, pero alcanzando a ser publicada con especial difusión en 1939, en el marco de las ediciones de la vallisoletana Librería Santarén.

Conviene observar por otro lado que la estética militante de *Cristo en los infiernos* se enmarca en una tónica general de los autores conservadores que sobrevivieron a la guerra española, muchas de cuyas obras aparecieron cuajadas de memorialismo y rotunda propaganda antimarxista. Tal sería el caso de *El cautiverio vasco* de César Jalón, *Por los caminos de guerra* de Luis de Armiñan, *Galicia en la guerra* de Luis Moure-Mariño, *Entre masones y marxistas* de Fernando Ferrari Billoch, *Cancionero de la esclavitud* de José Martínez Arenas y *La ciudad de los siete puñales* de Emilio Carrere. Esta última obra, publicada primeramente en la colección *La Novela del Sábado* (nº 20) en septiembre de 1939, tendría una especial relación con la final trilogía antirrepublicana de nuestro escritor, pues sitúa la acción en Madrid, dibuja crímenes y atrocidades de las milicias populares y hace gala de un radical y profundo anti-izquierdismo.

Cristo en los infiernos logró gran número de críticas y comentarios en la mayoría de los periódicos que en los años cuarenta se conseguía publicar en la España de posguerra. Entre otros, destacan los aparecidos a lo largo de 1943 en *ABC*, *Arriba*, *La Nueva España*, *El Ideal Gallego*, *La Región*, *El Diario Montañés* y la *Hoja del Lunes* (de Madrid).

ABC publicó el día 22 de enero de aquel año una crítica de *Cristo en los infiernos*, firmada con las iniciales J.S.M., donde se apuntaba: “Desde que sus libros se ofrecían como síntesis emocionante de una concepción española de la novelística moderna, aun con su sabor delicioso de arcaísmo nobilísimo, Ricardo León conquistó en primer lugar entre los escritores de su género... Al través de *Cristo en los infiernos*, no obstante sus proporciones materiales infrecuentes, laten el retrato y el recuerdo de una época malhadada y estéril: con su publicación, el autor participa airoosamente en la constancia escrita de los años desmedrados para España.

Descripciones, tipos, argumento y trascendencia sirven a la idea imbatida que perdura en Ricardo León. Por el caudal de sus páginas circulan las muchedumbres y los individuos; se asienta en ellas el realismo clásico de nuestros literatos barrocos, y no mengua el campeonato idealista que distingue al escritor”. Por último, señala el crítico *ABC* que “Ya apuntaba en *Bajo el yugo de los bárbaros* la activa participación del académico de la Lengua, en la pugna de las letras inclinado -como era de rigor en él- a la apología de las virtudes raciales de España; y con *Cristo en los infiernos* culmina la empresa de la forma más completa, perfecta y ambiciosa, por ser, en verdad, un libro de pasión y de batalla”.

El diario falangista *Arriba*, en su sección de “Letras. Índice de Libros”, ofrecía a su vez el día 31 de enero de 1943 un comentario sin firma acerca de *Cristo en los infiernos*, en el cual se advertía que “Todo escritor, de modo eminente el novelista y el dramaturgo, desarrolla un papel de notario de su época. Y siendo la novela como una replica moderna de la epopeya antigua, se ha de hacer precisamente con ese módulo su valoración. Así está concebida *Cristo en los infiernos*. Obra ambiciosa que recapitula toda una labor y un nombre prodigados... Ricardo León toma en sus manos el caos prehistórico de nuestra Cruzada y con dos estirpes o familias españolas, los Guzmanes y los Gelves (aristocracia y burguesía), va condensando en sus epígonos, protagonistas, el interés y contrastes de una acción que abarca

panorámicamente la asendereada vida nacional de nuestro siglo. No es novela social, pese a sus constantes y necesarias alusiones políticas con nombres propios: páginas enteras son magníficas crónicas de la historia nacional con la típica morosidad narrativa del autor”. Y termina el anónimo crítico de *Arriba*: “Ricardo León, atento al choque de caracteres y pasiones, presenta el espectro de dos almas dramáticamente gravitando en las dos revoluciones de signo contrario cuya incubación viene a llenar nuestro siglo. Salvo algunas prolijidades excesivas (cerca de 600 páginas de apretada lectura), la obra corresponde al cenit de una misión literaria”.

En el ámbito de la prensa regional, *La Nueva España* (de Oviedo) presentó por su parte el día 4 de febrero del 43 un artículo titulado “Sobre el arte de novelar. Cristo en los infiernos”, con la firma Framis; donde se afirma respecto a la última obra de Ricardo León que “Hay en ella todas las calidades que exigíamos a la buena novela. ¿Estilo? El casticismo y luminoso de este gran español del sur. ¿Bondad? La que se derrama como de vaso henchido, del corazón del autor. ¿Caracteres? Toda una extensa galería de personajes arrebatados a la calle y al salón, vivos, con vida de sangre y no de tinta en sus arterias. ¿Experiencia del mundo y sus cosas? La que dan los años que no fluyeron ociosos ¿Epopéya? La de toda una época; la de este mundo en transformación que hoy vivimos. ¿Ejemplaridad? Paradigma es esta novela de tremendas verdades. Los tiempos nos las muestran desnudas -nunca la verdad quiso velo- y su atroz cabalgada resuena, con silenciosa voz, en las páginas de este libro. Es una gran novela social, una vasta y mural pintura, en la que ha han quedado sujetos a fuerte color de pincel las criaturas de carne y los fantasmas de sola niebla, pero más malvados quizá, que apresuran las angustias del siglo. Es también una disección anatómica de la España que fue ayer mismo”.

En *El Ideal Gallego*, el día 4 de mayo de 1943, apareció un comentario de *Cristo en los infiernos*, sin firma, donde se precisaba: “No se había escrito todavía la obra que recogiese en sus páginas la vida crepitante,

llena de trágico interés humano, de los años que precedieron al Alzamiento Nacional. Acaso la dificultad de la empresa fue la causa de que no encontrase su realizador... Y, sin embargo, la obra era necesaria, no solo para refrescar la memoria de muchos que ya empiezan a sentirse cómodos en su ciega confianza, como para hacer un análisis certero y completo de las causas que nos arrastraron a la tragedia bélica. Un relato frío, matemático, de los acontecimientos, hubiera dejado la obra a medio realizar, frustrando de este modo el éxito de una empresa. Por otra parte, relatos se han hecho muchos, acaso excesivos, pero todos ellos adolecen de un criterio personalista, sin una visión amplia y completa tanto de los antecedentes como de los hechos en sí. Solamente un gran escritor, diestro en la captación de vibraciones psicológicas, poseedor de una imaginación fragante y de un léxico certero y bello podía llevar a cabo una tarea semejante. Y este escritor ha sido don Ricardo León, el maestro de *Alcalá de los zegríes*, católico y español a toda prueba. *Cristo en los infiernos* es historia y es novela, porque así tenía que ser para reflejar la realidad, una realidad que abarca toda la amplitud de nuestro ambiente nacional, que cala en lo hondo de los hechos y que no se disminuye con el hecho menudo y concreto. Los hechos que Ricardo León nos cuenta son verdad. Aun los que indudablemente son hijos de su fantasía responden en esencia a la realidad". Inmediatamente después el anónimo comentarista de *El Ideal Gallego* puntualiza: "Claro está que en la apreciación de algunos hechos o simplemente en cuanto a la exactitud de los mismos se puede disentir del autor, pero esto a nuestro juicio resta poco valor a la obra. Lo cierto es que el ambicioso objetivo que el autor se ha propuesto ha sido logrado y que la obra constituye un estudio magnífico de la situación que nos llevó a la guerra. Y esto es lo que fundamentalmente importa".

El día 24 de enero del 43 *La Región* incluía en sus páginas un comentario de Vicente Risco en torno a *Cristo en los infiernos*, en cuyas

líneas se decía: “en esta novela, no se cuenta la historia en frío, sino con el calor y la pasión de quien la ha vivido... En todo momento, salvo lo que pertenece a la ficción novelesca, Ricardo León dice la verdad, una verdad que todos conocemos en conjunto y en muchos de sus fragmentos que hemos oído referir a testigos, y todos sabemos que es así. Pero aquí, en *Cristo en los infiernos*, esos hechos están reproducidos al vivo, con su acción y sus detalles, a la manera del poeta épico. El autor, que ha vivido de muy cerca los más trágicos, nos los pone delante con todo su horror, con el realismo terrible de los fusilamientos de Goya”. Y prosigue el crítico de *La Región* señalando: “España vista en los hechos y en las almas, por la cual, tan terribles como las pinturas de la revolución de octubre y del Madrid rojo, son las escenas de dolor y de angustia que pasan entre los personajes de la novela. Además la gran tragedia está vista y referida por alguien que la ha sentido hondamente, que no puede, como en otras novelas modernas de tesis, dejar que los hechos hablen, o acogerse al subterfugio de hacer que los personajes hablen por él, sino que el mismo narrador habla y juzga y comenta... Sobre todo, en *Cristo en los infiernos*, domina la gran idea cristiana de la expiación, una expiación que, por la solidaridad en la culpa, alcanza a todos: de la necesidad del dolor y hasta de la sangre para la regeneración de los hombres, de las generaciones, de los linajes y de los pueblos. España ha sido sometida a una tremenda expiación, y es precisamente esta idea la que ha de salvarla, es decir, el reconocimiento del pecado y la enmienda de vida”. Culmina por último Risco este comentario con unas singulares consideraciones: “También es notable el análisis psicológico de los estados de posesión, o por lo menos de obsesión demoníaca -Georgina, Margarita- y la descripción del proceso, la producción de accesos de furor, de crisis epiléptiformes en quien no padece esta dolencia, de momentos semiconscientes de doble personalidad, o mejor dicho de una suerte de desdoblamiento interior en el que casi llega a hacerse claramente perceptible la lucha de las dos potencias. La Condesa de Pardo

Bazán había descrito literariamente, con criterio ortodoxo, y conocimiento de la mística, incluso la herética, algunos casos de patología satánica, y lo había hecho bien. Las páginas de Ricardo León correspondientes a episodios de esta clase son diferentes, con el mismo fundamento, y contienen aciertos muy grandes, alcanzando gran intensidad dramática. De este modo completa la idea de la recaída en la barbarie con lo único que puede explicarnos los paroxismos de las revoluciones de carácter antisocial, anticultural y anticatólico, o sea la directa intervención del demonio”.

El Diario Montañés, en su edición del día 18 de febrero de 1943, presenta una extensa crítica de *Cristo en los infiernos*, firmada por Manuel González Hoyos. En ella se manifiesta que “Ricardo León, al escribir su novela *Cristo en los infiernos* -la novela por antonomasia en estos años de confusión literaria-, ha buscado la acción en el desfile de caracteres atrabiliarios que llenaron la menuda historia de España en las horas decadentes de su descomposición y pérdida. Ha hecho disección, implacable de las verdaderas causas que provocaron el caos social en que desembocó el manantial de pasiones que enturbió de culpas y cobardías el panorama de España”. Y concluye, con tono de arenga, este comentario de *El Diario Montañés*: *Cristo en los infiernos* no es un retazo del drama español, es la estampa viva y sangrante de la vía dolorosa de España, desde que los más obligados a defenderla la dejaron abandonada al sucio apetito de la chusma y al maquiavélico maniobrar de las sectas, hasta que la voz de Franco sonó en el aire estremecido como un himno de esperanza y de resurrección. El libro rezuma severidad de juicios, exactitud de calificativos, dolorosa realidad de ambientes y de personas”.

Finalmente, y dentro de esta vista panorámica sobre la prensa de comienzos del 43, puede reseñarse el texto publicado en la *Hoja del Lunes* de Madrid el día 18 de enero de 1943 con la simple firma de Casares. Insertado en la sección de comentario de libros del órgano de la Asociación de la Prensa madrileña de entonces, este comentario indica: “Vicisitudes y

riesgos, peripecias y angustias rodearon la factura de *Cristo en los infiernos*. Manos de apasionado valor libraron las cuartillas iniciales cuando el autor se veía en la aventura de tantos españoles, en el correr de refugio en refugio, en la incógnita de las vidas cotizadas y en peligro. Después, con la serenidad de un vivir distinto, asegurado, y la alegría de las previsiones confirmadas, en lo que ellas tuvieron de venturoso, la obra ha sido acabada. Y es uno de los testimonios más sugestivos, de mayor fuerza, en el terreno de la veracidad, que se han aportado para el conocimiento exacto de nuestro cercano pretérito. Los personajes son imaginarios. ¿Hasta qué punto? Aristócratas que se olvidaron del rango y de los deberes y prestaron inconsciente colaboración con los afanes apátridas. Escritores y estudiantes, obcecados por la impulsión de los snobismos rojos. Judíos y políticos, que dieron de lado todo sentimiento noble y toda adscripción debida para buscar codiciosamente las gavetas o los puestos. Frivolidades y concupiscencias. Deserción de deberes estrictos y compadrazgo con lo rufián y lo execrable... Para muchos, la lectura de estas páginas será cautiverio. Para otros, fantasma de fiscalidad, que se alzarán en recordación de yerros y malas andanzas. Para no pocos, es motivo de reflexión, que nunca estará de más, que no puede ser baldía”.

Todos estos textos, dedicados tanto a glosar la nueva y militante novela de Ricardo León, como a declarar la fervorosa adhesión de sus diferentes autores al nuevo estado autoritario surgido de las cenizas de la guerra civil, se inscribe en un apogeo de la estética y la ideología ultraconservadora que en aquellos momentos parecía afianzarse como horizonte no solo español, sino europeo. Es en aquel año de 1943 cuando el avance de los ejércitos hitlerianos llega hasta Stalingrado y la Italia de Mussolini está todavía en vísperas de enfrentarse a la ofensiva aliada en Sicilia, con lo cual los sectores partidarios de una radical política totalitaria confían en que la España dirigida por Franco, concebida como baluarte antiliberal y anticomunista, se incorpore a la lucha contra las democracias occidentales.

Esta situación interna y externa, junto a las secuelas de la guerra de 1936-39, explica en parte la virulencia de los núcleos conservadores, y la utilización política de las creaciones artísticas y literarias, como ocurrió en el caso de las obras de Ricardo León.

En 1939, el Año de la Victoria para los soldados de Franco, Ricardo León se había sumado con su pluma al círculo de escritores que apoyaban con claridad al nuevo régimen. Y al igual que Pemán crea una letra para el Himno Nacional (“¡Viva España!/ Alzad los brazos, hijos del pueblo español/ que vuelve a resurgir. !Gloria a la Patria/ que supo seguir/ sobre el azul del mar/ el caminar del Sol! Triunfa, España,/ los yunques y las ruedas cantan al compás/ nuevos himnos de fe...”), León ofrece un “Himno de las juventudes españolas”, con música del maestro Padilla. Este himno - que ya mostramos en páginas anteriores por ir sumado a la edición de 1942 de *Alivio de caminantes*-, fue al parecer escrito en 1937 -”en el Cautiverio”, según su autor-, y en sus líneas finales, recordemos, León exclama: “¡Navíos: a la mar!/ ¡Aviones: hacia el sol! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!/ Vítor al César Español!”. Enviado éste por Ricardo León al cuartel general de Franco en Burgos, recibe nuestro escritor a su vez el día 30 de abril del 39 una carta del “Coronel Secretario Militar y Particular de S.E. el Jefe del Estado Generalísimo de los Ejércitos Nacionales”, Salgado Araujo - conservada en el archivo de la quinta “Santa Teresa”-, donde se expresa lo que sigue: “Acuso recibo a su grata carta de 18 del actual con la que me remite el ‘Himno a las Juventudes Españolas’ que vd. y el maestro Padilla compusieron en estado de cautiverio. Con mucho gusto hice entrega del expresado himno a Su Excelencia el Jefe del Estado al que le ha agradado en extremo la letra y me encarga remita la expresada composición musical al Sr. Ministro de la Gobernación para su examen y pueda ser concedida la autorización correspondiente para su publicación a la mayor brevedad posible. Es deseo de Su Excelencia el Jefe del Estado le exprese a vd. su felicitación por la patriótica labor que ha desarrollado durante su

permanencia en el cautiverio pensando en los combatientes de la verdadera España y con fe absoluta en el triunfo del Movimiento Nacional. Esta felicitación le ruego la haga extensiva al ilustre maestro Padilla”.

Junto a las obras de Concha Espina, Jaime de Foxá y José María de Pemán, las de Ricardo León dominaran en los años inmediatos de la posguerra, con la protección de Ramón Serrano Suñer y el concurso editorial de Victoriano Suárez.

Así, en 1939 la madrileña Librería General de Victoriano Suárez envió ya una carta a sus compradores habituales anunciándoles la reedición de las obras de Ricardo León. En esta carta impresa como texto suelto, y redactada a modo de propaganda e incluida en diferentes volúmenes editados por esta firma, se indicaba: “Fiel esta casa a su tradición cultural y literaria, genuinamente española, quiere emprender con redoblado esfuerzo, bajo los nuevos auspicios de la heroica España triunfante, nueva y fecunda tarea editorial, para mayor realce y divulgación de aquellos autores contemporáneos en los cuales se centra el sentido espiritual de nuestra Raza y nuestras letras. A este fin, ha adquirido el derecho exclusivo de edición y administración de las *Obras completas* de D. Ricardo León, maestro insuperable de nuestra hermosa lengua, excelso novelista, y, sobre todo, paladín principalísimo -de los primeros en el tiempo, y el primero quizá en franca, noble y valentísima táctica- de la tradicional y auténtica España, a la que nadie como él -preciso es reconocerlo- ha sabido interpretar, defender y glorificar, en sus Poesías, en sus Novelas y en sus Ensayos... Con la publicación de estas obras y de las que vaya escribiendo la pluma excelsa de Ricardo León, no solo hacemos justicia al mérito y principalía de su figura, digna de emparejar con las de los grandes maestros de nuestras Letras, sino además y sobre todo, contribuimos eficazísimamente a la reconstrucción de España, sobre la piedra fundamental de su Tradición y de su Historia”.

La editorial de Victoriano Suárez logró recibir abastecimiento de papel para publicar paulatinamente las obras de Ricardo León, como consta en algunas notas de la tipografía Rivadeneyra que trabajaba para la madrileña Librería General, depositadas en el archivo de nuestro escritor, y como evidencia una carta del día 28 de julio de 1941 de Ramón Serrano Suñer existente en dicho archivo. En tal misiva, el entonces Ministro de Asuntos Exteriores advierte: “En contestación a su atta. carta 25 del actual, le manifiesto que con mucho gusto hago indicaciones cerca de la vicesecretaría de Educación Popular a fin de que, si ello es posible, se resuelvan esas dificultades que Vd. encuentra para la edición de sus obras, por la escasez de papel. Ahora mismo entra en mi despacho la persona encargada de estos asuntos y le ruego atienda su petición, que tanto interesa a España como a Vd.”

La casa Victoriano Suárez imprimió dos nuevas ediciones de *El Amor de los amores* (en 1939 y 1942) -obra que así alcanzó su 18ª edición-, una de *Casta de hidalgos* (1939) -13ª edición-, una de *Alcalá de los zegríes* (1939) -13ª edición-, una de *La escuela de los sofistas* (1944) -8ª edición-, una en un solo volumen de *Europa trágica* (1945), una conjunta de *Lira de bronce* y *Alivio de caminantes* (1942), una de *Los centauros* (1941) -8ª edición-, una de *Los caballeros de la Cruz* (1942) -7ª edición-, dos de *Amor de caridad* (1940 y 1943)-, dos de *Jauja* (1940 y 1944), dos de *Varón de deseos* (1939 y 1943) , una de *La capa del estudiante* (1944) -3ª edición- una de *Los trabajadores de la muerte* (1943), una de *Roja y gualda* (1940), una de *Desperta ferro!* (1942) -2ª edición-, una de *Bajo el yugo de los bárbaros* (1940), una de *Las niñas de mis ojos* (1942) -2ª edición- y una de *Humos de rey* (1942) -2ª edición-.

A comienzos de los años cuarenta, Ricardo León retorna al trabajo literario, al tiempo que reconstruye su hogar, vuelve a la Academia y retoma el contacto con aquellas de sus amistades que han sobrevivido a la catástrofe del conflicto civil. Al respecto, existen en el archivo de nuestro

escritor notas y cartas de algunas de tales amistades, como los escritores Francisco de Cossío y José Francés.

Cossío informa en una misiva del día 4 de diciembre de 1940 a León: “Con mucho gusto recibí sus libros últimamente reeditados, que voy releendo con el placer que siempre me proporcionan sus obras. Espero con impaciencia sus nuevas producciones. En efecto, hay poco papel, pero ¡cuanto papel se usa y no aprovecha! ¿Qué quedará de todo esto? Atendiendo a su consejo voy a mandar al premio de esa Academia mi libro *Manolo*. Le agradezco mucho este aviso, pues yo, espontáneamente, no lo hubiera presentado. Tengo muchos deseos de verle y de charlar con usted”. Y Francés, manifiesta a nuestro escritor en la suya, fechada el día 6 de junio de 1941: “Muchas gracias, de todo corazón -como de todo corazón viene- por su enhorabuena con motivo del P.N. de L. (Premio Nacional de Literatura). Y me emociona ver que vd. recuerda le hablé de esta obra *Judith* hace ya tiempo. Efectivamente. Nunca pensé que fuera a conseguir eso. Pero hay algo providencial en el hecho de que cuando la estaba terminando se anunció la convocatoria para premiar precisamente una tragedia...”

Mediado el año 43 Ricardo León se encuentra ya instalado en condiciones aceptables en su villa “Santa Teresa” de Torrelodones, y dentro de esa recobrada estabilidad familiar concede una entrevista al semanario gráfico *Fotos*, que aparece en éste -el mes de abril- firmada por Plauderer. Titulada “La esposa de Ricardo León salvó las cuartillas de ‘Cristo en los infiernos’ en un sótano de Torrelodones”, esta entrevista-reportaje revela y subraya algunos aspectos de los últimos años de Ricardo León, pues él mismo señala: “Cuando era ya inevitable que la casa fuese asaltada y que cayera, más tarde o más temprano, en poder de los rojos, ella (su esposa María del Carmen Garrido) escondió, con el archivo de la familia y los libros de la biblioteca, las cuartillas escritas ya de una gran parte de *Cristo en los infiernos*. Lo escondió todo en una cueva o sótano que servía de despensa, lo tabicó después y pintó encima una continuación del friso que

adornaba la pared que estaba a la entrada. Y en tal forma lo hizo, que los rojos no lograron dar con ello... Desde aquel agosto de sangre hasta muy cerca del invierno, anduve por Madrid a la desesperada, al azar, en trances de tal angustia, de tal interés humano y anecdótico, que están pidiendo otro libro. Viví y padecí hondamente la revolución; conocí las selvas y los tajos de aquellos infiernos rojos, sus tinieblas y sus lumbres; las fieras y los monstruos que luego he intentado pintar en las últimas jornadas de mi novela. Pero conocí también, por divina compensación, rasgos sublimes, almas de santos y de mártires, vidas y acciones de singular nobleza y heroísmo que iluminan con altos resplandores las páginas de mi obra. En aquellos infiernos de la tierra, Cristo estaba también, arrojado de sus templos, escarnecido y ultrajado por las calles, muerto en efigie, pero vivo y presente en los sagrarios de muchas almas escogidas”. Preguntado tanto por detalles de su vida familiar como por la elaboración y resultado final de *Cristo en los infiernos*, el escritor precisa primero que el relato de las intimidades no es necesario, pues “El escritor habla por sus obras, y ahí está mi *Cristo en los infiernos*, que, con sus hermanas mayores las novelas *Roja y gualda* y *Bajo el yugo de los bárbaros*, aspira a penetrar en lo más íntimo de esa tragedia universal de que fueron prólogo la revolución y la Cruzada españolas”. Luego, respecto a si estaba totalmente satisfecho de su última obra, indica León: “Satisfacerme, acaso no; había soñado en hacer algo mucho mejor. Pero... me he quedado contento. Es posible que luego me suceda lo que con casi todas mis obras: que al volverlas a leer unos meses después las aborrezco... Digo con casi todas, porque *Comedia sentimental* me pareció bien cuando la concluí... y sigue pareciéndome bien”. Finalmente, y en referencia a la villa “Santa Teresa”, donde tiene lugar la entrevista, nuestro escritor declara: “Ya hacía bastantes años que tenía mi hogar encendido en esta quinta, que quise que fuera casa para vivir y morir, con la doble ilusión de un retiro apacible y de una labor espiritual que me dispusiera dignamente para el descanso eterno... Pensando así,

pecaba yo a la vez por iluso y ambicioso. Hallar la paz en este mundo es un vano sueño. Y creer que en el otro mundo se nos da el descanso eterno, sin haberlo ganado heroicamente, es una presunción más vana todavía. Sólo los santos, los muy perfectos, los que ganaron la eternidad de la gloria en las batallas de Dios, gozan la paz y descanso después de la muerte. Como prueba de estas verdades, tan olvidadas de puro sabidas, vino la cruda realidad de aquellos años terribles a clavármelas en el corazón, a convertir este pacífico retiro en angustioso cerco de odios, persecuciones y violencias”.

Otra entrevista significativa realizada a Ricardo León es la que publicó la revista *Misión* el día 16 de enero de 1943, titulada “Lo que prepara don Ricardo León después de Cristo en los infiernos”, y firmada por Juan de Alcaraz. En ella nuestro autor anuncia: “me he recogido en mi hogar para encender la lumbre de *La cocina de los ángeles...* Tomo su nombre del cuadro de Murillo apellidado así, donde los ángeles andan entre las cacerolas del santo Diego de Alcalá. No pretendo en mi libro novelar el famoso milagro de San Diego, pero sí recoger su sentido espiritual, tan semejante al de los ángeles que movían la yunta de San Isidro Labrador y aplicarlo a trances y sucesos de la vida humana y aun de mi propia experiencia, llenos de misterio y novelesco interés”. A partir del anuncio de este proyecto, en que venía trabajando hace años, Ricardo León manifiesta también tener otras novelas en cartera: “Después de esta obra irán saliendo, si Dios quiere, otras novelas, algunas de ellas ya trabajadas y a medio escribir, interrumpidas años atrás por las desventuras nacionales y por mis propias tribulaciones: una novela del Africa española y andaluza en que tengo mucha ilusión, Las odas de Don Juan, anunciada ya hace más de veinte años y en fáfara casi toda; otra novela, todavía sin título, que por la trascendencia, novedad e interés humano del asunto, verdadero hallazgo en la corriente tumultuosa de los sucesos vividos, y por la fuerza de los caracteres, por la emoción de las situaciones, constituye la más íntima y

apasionada esperanza del novelista y del poeta. La realidad, no la imaginación ni mi inventiva, me deparó aquí un caso extraordinario de revelación espiritual en las circunstancias más emocionantes y novelescas de este mundo... son otras muchas las novelas que con varios libros de poesías y de ensayos -*La cumbre mística*, entre ellos- se van cociendo en el horno, en este horno que estuvo tan a punto de apagarse y hoy está más encendido que nunca”. Por último, Ricardo León fija su posición en cuanto a la novela como género de madurez y reflexión, al señalar: “los artistas que padecemos las angustias de los peores trances del siglo, trabajamos ahora, como decía Marcel Proust, con el ansia de recobrar el tiempo perdido. De todos los despilfarros de la juventud, el del tiempo es el más sensible cuando llega el otoño de la vida. Se quisieran concentrar en un esfuerzo último de creación y recreación todas las potencias del alma, todos los tesoros de la experiencias vital y del ejercicio del arte, poner en tensión la vida entera, exprimirse hasta la última gota. Ser artista, ser poeta, es tener muchas almas y muy diversas emociones. Y el arte de la novela, que es precisamente un arte de madurez y senectud, un sazonado fruto de la experiencia y observación de la vida, es a la vez un medio poderoso de vivir y revivir existencias y vocaciones innumerables. Para colmo, el tiempo en que vivimos nos aguija y sacude con su grandeza trágica y heroica, fuerza nuestros motores físicos e intelectuales y nos empuja el corazón más que nunca. Y no se hable aquí de viejos ni de mozos. En las edades de hierro y en los anchos reinos del Arte, pero sobre todo en los siglos de creación y de fe, cuantos sentimos el tiempo bajo especie de eternidad, nos remozamos en esos raudales de aguas vivas que son la fuente de la perpetua juventud”.

La nueva oleada de proyectos prevista por Ricardo León se vio completada con el anuncio de la redacción de unas *Memorias*, efectuado durante una entrevista publicada en el diario *El Alcazar* el 18 de diciembre de 1942. En el curso de esta entrevista, llevada a cabo por Plauderer, nuestro autor precisa al respecto: “Quiero volcarme en ellas. Voy a ser

absolutamente sincero, sin más límites que el pudor y el afán de no difamar. Serán unas verdaderas confesiones... Son más de cincuenta años de vida española intensa. Desde que empecé la lucha, desvalido y desamparado, hasta que pude conocer en la intimidad a quienes más directamente influyeron en la marcha de los hechos. He vivido todas las clases sociales españolas y he recorrido toda España, viviéndola. Y toda mi experiencia española quiero volcarla en esas confesiones mías. Creo que pueden ser el desvelamiento de muchas incógnitas políticas de España... Por eso no permitiré que esas memorias mías se publiquen hasta después que yo haya muerto”.

Una de las últimas y esclarecedoras entrevistas hechas a León es la aparecida el día 23 de mayo de 1943 en el diario *ABC*, con el título de “Recuerdos juveniles de Ricardo León” y realizada por Andrés Guilmain en un hotel madrileño. En ella el escritor, tras anunciar la preparación de las antes referidas *Memorias*, evoca su juventud, que califica como “aureolada de melancolía” y de la cual “sólo puede extraerse una enseñanza: lo que denominaremos la moral del dolor”. Advierte León que “adolescente aún, sentía dentro de mí como unas venas de poesía heroica y religiosa; como unas voces de mando que me llamaban a la acción, al esfuerzo, a un difícil y misterioso más allá... Yo imaginaba por dechado a uno de mis remotos abuelos, soldado de Vasco Núñez, uno de aquellos héroes de Extremadura que abrieron el mar del sur a las naos y a las almas españolas. Mis lecturas preferidas, en la pequeña biblioteca de mi casa, fueron, amén del Robinson y Julio Verne, el Quijote y Gil Blas, los historiadores nacionales, Moncada, Solís, los Episodios, de Galdós; las Memorias íntimas, del general Fernández de Córdoba. Me formé en un ambiente de ternura maternal, pero, al mismo tiempo, de disciplina castrense y el amor a la cruz formada en las juras militares por la bandera y la espada... Pero a los trece años se me quebró el destino, se me hundió el hogar. Casi a la vez murió mi padre; se arruinó mi casa. Conocí la pobreza,

el desamparo, el hambre. Perdí, para colmo la salud. La vida se me despeñó en un tajo sin más esperanza que la muerte”. Y continua el escritor relatando los sinsabores de sus años juveniles... “Poco después, para remate de mis tribulaciones íntimas, se me derrumbó la Patria. La rota nacional ahondó los crueles desgarrones de mi alma y de mi carne... Todo vivir es milicia, y acaso no es la menos heroica la lucha contra el destino, contra la adversidad y el dolor, hasta convertirlos en lecciones de vida y en materia de arte. Toda mi juventud, sellada por las derrotas del hogar y de la Patria, fue un caer, levantarme y recaer en las tinieblas; una lucha sorda por la salud del cuerpo y del espíritu. Enfermo de ambos, supe hacer compatibles los más diversos oficios: el de escritor y escribiente, el de periodista, oficinista y aun el de pícaro a ratos, con la invalidez y el infortunio. Todas aquellas pesadumbres que, una tras otra, casi juntas, cayeron sobre mí cuando empezaba a gustar la vida, suscitaron en mi naturaleza física y moral -he aquí el sentido del dolor- capacidades y defensas indecibles; me espolearon el ingenio, me aguzaron el alma y el sentido hartos más que lo harían muchos años de estudio, meditación y experiencia. Y si mis tribulaciones no fueron de todo punto medicinales ni de mayor provecho espiritual, tuvieron la culpa mi temprana inclinación al pecado y el pernicioso influjo del ambiente, en aquella España de ayer, caída entre vergüenzas y desastres a los más bajos pudrideros”. Finalmente, León cierra esta entrevista con toda una declaración de principios, al calor de la evocación reflexiva de su juventud: “Padecí el contagio, como casi todos los mozos de mi tiempo; mas la experiencia del mal sacudió las energías interiores, suscitó en mí una profunda reacción. Fue menester, sin duda, que yo llegara tan al colmo de la miseria y la desdicha para superarlas y, por encima de ellas, levantarme a un nuevo y claro vivir. Todo cuanto soy, cuanto se, cuanto he logrado, se lo debo precisamente a las caídas, a los golpes de tantos años de humillación y de ultraje y al esfuerzo con que luché y me defendí contra la adversidad y contra mí mismo. Y ésta es la sencilla lección que quiero deducir. No hay

cosa en esta vida, salvo ciertas gracias sobrenaturales concedidas a los muy perfectos, que se le de a los hombres gratis data, sin trabajo ni angustia, ni menos como un derecho natural, por el solo hecho de nacer; que el mundo, el interior y el exterior, como la vida misma, la temporal y la eterna, es algo que tenemos que merecer y ganar, con terrible y cotidiano esfuerzo, día por día, palmo a palmo, y defenderlos con igual tensión y vigilancia, para no perder en una hora -como les suele ocurrir lo mismo a los hombres que a los pueblos en sus trances históricos- aquello que les costo años o siglos de sudor y de sangre...”

Existe otra entrevista muy ilustrativa acerca del pensamiento de Ricardo León, la última de que se tiene noticia, publicada en el número 17 de *La Estafeta Literaria* el día 1 de diciembre del 43, con el título de “La vida y la obra apasionadas de Ricardo León”, y hecha por Luis G. Torres. En el marco de un largo texto, en el cual no faltan referencias a la juventud difícil y las vicisitudes de madurez en la guerra civil, Ricardo León reitera algunos de sus presupuestos vitales, tanto ideológicos como estéticos y literarios. Responde así a alguna de las preguntas del entrevistador: “Yo me siento pueblo español hasta los tuétanos. Pueblo en el sentido más noble y racial de la palabra; y como tal católico hasta las raíces de mi espíritu. Fanático de la Iglesia y de la Patria, las dos madres, la eterna y la temporal. No comprendo amor sin fanatismo... Me cautiva en arte cuanto expresa profundidad interior, fuerza lírica, ímpetu jubiloso o desesperado de las almas. Lo mismo en literatura. Me gustan las formas clásicas, los odres viejos, pero con vinos románticos. Y en romántico viví siempre, para carga y remate de mis muchas tribulaciones. Nunca me pude sujetar a reglas ni medidas. Dentro de mí pugnaron siempre los extremos, la razón y la fantasía, la casa y el camino, el orden y el azar. Mi musa fue la exaltación; mi vida ha sido un despilfarro”. Seguidamente, y al ser requerida su opinión sobre “la existencia moderna”, nuestro escritor declara con tonos de filosofía belicista heiddeggeriana, imprevista si tenemos en cuenta sus entonces recientes

experiencias en el Madrid en guerra: “Vivimos en un momento grandioso, en una de las coyunturas más formidables de la Historia. Con todos sus dolores, sí; con todas sus incertidumbres y sus riesgos. Pero, ¿quién puede preferir la vida estúpida de aquellos burgueses y mediocres de las épocas de paz? Yo no. Soy de los que prefieren ser un hombre desgraciado a ser un cerdo satisfecho. Amo el pasado remoto, me interesa con entrañable emoción el presente, y siento la ansiedad del porvenir. Pero el pretérito inmediato lo aborrezco. El hoy tiene una fuerza dramática de un patetismo singular para un artista y aun para todo espectador inteligente y sensible. La existencia moderna, precisamente por su emoción, su riesgo y su crudeza, por su vertiginosa dinámica, es un espectáculo soberbio. Pocas veces mereció tanto la pena vivir, sufrir, arriesgarse, tener a orgullo ser hombres... ¿Paz, reposo, comodidades, fruiciones? Allá para quien las quiera. A este propósito, debo salir al encuentro de los que dicen de mí, porque no me conocen, que soy un escritor academicista, de grave serenidad, con puntas y ribetes de arcaico, un buen señor que pasó la vida entre infolios y pergaminos, al amor de la lumbre y de los clásicos. Como quien dice, una momia. ¿Serenidad? Los que me conocen bien saben que soy uno de los hombres más apasionados y violentos de este mundo. Siempre aborrecí los términos medios, las actitudes transigentes, los pasteleos diplomáticos. En todo soy extremo. Claro que la urbanidad, la buena educación, la caridad para el prójimo, la natural delicadeza del hombre culto y cortés le hacen parecer a uno como un cronista de salones... En cuanto a mis libros no hay más que ver, y es curioso, cómo se producen los protagonistas de mis novelas. El de *Casta de hidalgos* muere de un reventón, aplastado al choque de la vida y de los libros, de las realidades y los sueños. El de *Alcalá de los zegríes* renuncia a un hogar feliz, a una posición social, y acaba pegándose un tiro por el amor de una mujer. El de *Jauja* deslucе todas sus

glorias y, loco también por la pasión de otra hembra, da lugar a que lo cacen como a un jabalí en el monte. El de *Humos de rey* huye de su casa, después de pegarla fuego y echar a toda la familia. El de *El Amor de los amores* se sale por esos mundos, con un sayal y una cruz en dura penitencia, ávido de pasión y martirio... Y así podríamos decir de todos. Y es que el autor nunca sintió la vida, la religión y el patriotismo, ni otro ninguno de los grandes móviles del alma, sino al modo trágico y heroico. Lo muelle, lo comodón, lo burgués, siempre lo tuvo en menosprecio”. Poco después, y en aplicación al mundo literario de lo antes manifestado, indica el escritor que “El presente literario es en todo el mundo muy pobre. No porque la acción embote la contemplación, ni la espada la pluma. En España sucedió siempre lo contrario. Los más grandes ingenios manejaron con igual brío las armas, y la actividad apostólica fue de continuo compañera de la mística. La razón de la esterilidad presente es, a mi parecer, momentánea. Estamos en un barbecho, entre las gloriosas fecundidades del romanticismo y del realismo, que hicieron del siglo XIX un siglo de oro, y el nacimiento de estilo y formas nuevas... Parece, con todo, acercarse una nueva edad juvenil y creadora, y en tal caso habrá de surgir una espléndida literatura.

Tras admitir la preparación de unas *Memorias* claras y directas, no solapadas entre los textos de sus obras de creación literaria, pues tiene “una experiencia de hombres y cosas, de sucesos íntimos e históricos, y una independencia personal en ocasiones salvaje que pueden sobradamente dar interés a estas Memorias”, Ricardo León es preguntado por “la crisis de la novela”, un tema muy manido ya por entonces y sobre el que responde: “No creo en ella. Puede haber y hay crisis de novelistas y novelas, pero el género en sí, como el teatro, como la poesía lírica, responde a una necesidad universal y perenne. Al sentimiento y la fantasía del hombre no le basta la realidad de su propia vida, por interesante que sea. Necesita como los niños de fábulas y ficciones. Ni la historia, ni el periódico, ni la biografía, podrán nunca sustituir a un género tan antiguo como la

imaginación humana. Faltarán novelistas y novelas, pero no el gusto de lo imaginario y fabuloso, como refuerzo o superación de lo real”. Volviendo a asuntos más candentes, se le inquiera a León en torno a la guerra que en esos años devasta Europa, y el escritor se desliza otra vez hacia un belicismo muy chocante si tenemos en cuenta su propia experiencia personal en nuestra guerra del 36-39 y el pacifismo del que hacia gala en sus primeras obras y en sus crónicas de la Primera Guerra Mundial reunidas en las páginas de *Europa trágica*. Dice, en tal posición, nuestro autor: (La guerra actual) “es una lucha de enorme interés por su profunda significación política, intelectual y moral. Es, en resolución, un choque entre dos imperios, dos filosofías, dos mundos. Se trata de decidir por las armas si ha de prevalecer en Occidente el mundo anglosajón o el Imperio germánico, los principios liberales de la revolución burguesa que del Renacimiento acá ha producido un desarrollo gigantesco de la industria humana, de la riqueza y del progreso mecánico -todo ello admirable, pero a costa de una miseria universal y sobre todo de un empobrecimiento del espíritu-, o se ha de imponer un orden nuevo, que entronice los principios -tan viejos, tan perennes- de la subordinación al bien común, a las jerarquías sociales y a la soberanía del Estado. El triunfo y la colaboración de los países latinos y germánicos produciría en el mundo entero, a mi entender, un refloreamiento juvenil, una nueva primavera espiritual. La Europa futura se enlazaría tal vez, salvando el foso de tres siglos, con aquella otra renaciente, llena de fuerza y vitalidad, ansiosa de nuevos horizontes, pero aún nutrida y repleta de vitaminas medioevales: la Europa de Carlos V... Como en tiempos del emperador, el mundo actual hierve en pestilencias y herejías. A las de Lutero se suman hoy las de Marx y Nietzsche, tan alemanas las dos. Pero hay está Roma, y aquí España, y sobre todo, Dios”. A modo de colofón, Luis G. Torres pregunta, un tanto metafísicamente, a Ricardo León “¿Cual es, a su juicio, el sentido de la vida?”, y el escritor fija su postura con una contestación que sirve de síntesis de la entrevista y tal vez de la fase

postrera de su vida y obra: “El sentido religioso, heroico y militar que en la filosofía y en la acción ha movido a todos los grandes españoles, desde Séneca, el Cid y Raimundo Lulio, desde Cisneros y Loyola a los modernos campeadores de nuestra Cruzada Nacional. La vida es una empresa heroica, una milicia, un apostolado, una vía dolorosa de servicio y sacrificio en que la voluntad, cuando está bien gobernada y advertida, se impone a todas las potencias, doma pasiones y apetitos, supera el dolor, hace alegre y blando lo más duro y cumple, y este es el objetivo de la batalla, su propio y divino fin: la felicidad eterna. O la vida es esto, o es una pesadilla monstruosa, peor mil veces que la muerte, o una lucha brutal por la pitanza, por el placer y el dominio, cosa más propia de bestias que de hombres”.

En diciembre de 1943 se anuncia la edición de unas *Obras completas* de Ricardo León en dos volúmenes, impresos por Biblioteca Nueva y lujosamente encuadernados en piel, con estampaciones en oro, por 400 pesetas, e incluso financiadas en plazos por el Crédito Editorial Ibérico de Barcelona. También se divulga entonces en la prensa de Madrid el próximo paso al cine de *El Amor de los amores*, bajo la dirección de Juan de Orduña y guión de Tamayo, con los actores Arturo de Córdoba, Emma Penella y Jorge Mistral como protagonistas. Y el día 3 de ese mismo mes de diciembre la Real Academia Española comunicaba al autor de *Casta de hidalgos* que había sido elegido “mediante votación secreta y unánime” para el codiciado cargo de Bibliotecario Perpetuo de la institución. Todo parecía pues ir adquiriendo tonos de normalidad y aparente reconocimiento en la vida y carrera literaria del escritor.

Sin embargo, Ricardo León moriría el día 6 de diciembre de 1943, víctima, como su padre de un ataque de angina de pecho. Este ataque se le declaró en su villa de “Santa Teresa” en Torreloz, desde donde fue trasladado a Madrid, al sanatorio de Santa Alicia, y en éste, tras un

colapso, falleció. Sus restos, rechazando la familia por orden de él homenajes póstumos, fueron enterrados con gran sencillez en el cementerio de Galapagar bajo una simple lapida que durante algún tiempo no ostento nombre alguno, y la noticia de su fallecimiento fue divulgada con una pequeña esquela en la que rogaban por su alma una oración “su esposa, María del Carmen Garrido; sus hijos, Ricardo, Carolina, María del Carmen, Juan Esteban, Alfonso y Fernando”.

La prensa de aquellos días recoge con cierta discrección y no excesivo despliegue la muerte del escritor, excepto *ABC* que dedica al hecho una página impar entera. El primer diario en anunciar el fallecimiento de Ricardo León fue sin embargo el *Madrid*, indicando en una de sus páginas del día 7, a doble columna y bajo el titular “Ha fallecido el insigne escritor Ricardo León”, como “Un repentino agravamiento en una dolencia crónica impuso el domingo 28 el urgente traslado de Ricardo León a un sanatorio de Madrid desde su casa de Torrelozanes. Ya en nuestra capital pasó la fase aguda del ataque, y se tuvo la esperanza de que el escritor pudiera salvarse. Hasta tal punto, que se inició el traslado de algunos muebles a la casa de la Real Academia Española, porque la Corporación, en su sesión del jueves último había elegido bibliotecario a Ricardo León, y el académico que desempeña este cargo reside en la propia Academia. Hoy, martes, se pensaba haber trasladado al escritor a su nueva residencia. Mas a las seis de la tarde de ayer un colapso determinó su muerte. Hasta momentos antes Ricardo León había estado animadamente, y nada hacía suponer un desenlace tan rápido... Nadie conoció en las últimas horas del día de ayer la noticia del fallecimiento. A primera hora de hoy fue sabida por algunos íntimos del insigne escritor, que se personaron inmediatamente en la capilla ardiente. Llegaron también muy pronto el secretario de la Academia, señor Casares, y el tesorero. D. Agustín González de Amezúa, que expresaron a la viuda el deseo de trasladar a la Academia el cadáver hasta la hora del entierro. Mas se desistió de este propósito ante el conocimiento de aquel

criterio que el escritor tenía de que la máxima sencillez acompañase a su definitivo tránsito... A las tres de la tarde de hoy Ricardo León ha sido trasladado al camposanto de Galapagar, bajo cuya tierra ha recibido cristiana sepultura. Han presidido el duelo, hasta el límite de la parroquia, el Ministro de Educación Nacional (José Ibáñez Martín), los familiares del finado y los académicos Casares, Amezúa, de Diego y Machado”.

El diario *Arriba* informó mediante un reducido texto del fallecimiento y entierro de nuestro escritor el día 8, considerando a León “genial novelista cultivador del más puro estilo de nuestro romance castellano, y gloria literaria, cuya amplia producción ha recorrido triunfante no sólo el territorio nacional, sino el extranjero”. *ABC* recordaba por su parte dentro de una amplia información que “En Ricardo León había, sobre todas las cosas, un espíritu sensible a la más pura tradición nacional y una como especie de adivinación sobre la gran tragedia que se cernía sobre nosotros y que amenazaba con destruir los viejos ideales de España. Sus novelas anteriores a 1936 *Roja y gualda* y *Bajo el yugo de los bárbaros*, están llenas de anticipaciones proféticas y revelan ese sentimiento de amor entrañable para España que fue, quizá, el eje de toda su producción”.

Si bien la relevancia académica y literaria de Ricardo León parecía estar ampliamente reconocida en el momento de su muerte, no se conserva en el archivo del escritor gran número de textos de pésame remitidos por autores y personalidades de la vida cultural ni política. Cabe resaltar al respecto únicamente sendas notas enviadas por Azorín el día 8 de diciembre y Tomás Borrás el día 9, y un telegrama del entonces joven Camilo José Cela fechado el 8. Azorín manifiesta: “Ricardo León era un buen amigo mío; con todo el corazón siento su muerte. No estuve ayer presente en el acto del entierro por ignorar la gran desgracia, que no he sabido hasta hoy, al leer los periódicos”, Tomás Borrás indica a la viuda: “No quiero dejar de expresarle mi profunda pena por el fallecimiento de amigo y maestro tan querido, aunque habrá supuesto vd. el rudo golpe que ha sido

para mi, como para todos cuantos le tratamos, su desaparición corporal de entre nosotros. Ricardo deja su maravillosa obra y una estela inacabable de cariño por sus cualidades personales”, y Camilo José Cela hace llegar a la familia con rapidez unas breves líneas: “Enterado prensa desgracia les aflige, me uno de corazón a su dolor”.

Es de especial interés la reacción recogida entre los principales poetas de la posguerra ante la desaparición de nuestro escritor, publicada por el semanario *Fotos* el primero de enero de 1944. En este reportaje se incluyen opiniones de Adriano del Valle, Manuel Machado, Gerardo Diego y Eduardo Marquina, entre otros. Adriano del Valle, el poeta autor de *Arpa fiel* y *Un mundo sin tranvías*, manifestó en aquella ocasión que “Con la muerte de don Ricardo León, las letras españolas pierden uno de sus más egregios escritores... La prosa de don Ricardo León obedecía a una ley de números pitagóricos no ajenos al quehacer melodioso de las musas. Esto quiere decir que la prosa de don Ricardo León valía tanto como el mejor endecasílabo de nuestra lírica de todos los tiempos”. Manuel Machado, compañero de orígenes modernistas, señaló que “Ricardo León era ante todo -y sobre todo- un excelente poeta. Lo era en verso, de un modo brillante y numeroso, que pudiéramos decir clásico, pero no agarbanzado ni conceptuoso. Antes colocaríamos el origen, la fuente de su tradición literaria, en nuestros vates anteriores al renacimiento español. Poeta era también Ricardo León en sus novelas, no sólo por la concepción del asunto, sino por la misma forma externa de las descripciones y el diálogo. A este particular, es curioso notar que tiene páginas enteras escritas -acaso no del todo adrede- en una prosa rítmica, especie de melopea lírica en que predomina el decasílabo. Otra característica definitiva de la obra de Ricardo León es la de su españolidad absoluta (el termino Hispanidad me parece más amplio y menos riguroso para aplicárselo). En toda esa obra no hay el menor asomo -consciente, al menos) de influencia extranjera, ni el menor relente exótico”. Gerardo Diego, tan cercano a nuestro escritor en cuanto a

sentido religioso, indicó a su vez: “No puedo pensar en Ricardo León muerto sin acordarme de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, donde le conocí (La única vez que hable con él), y más lejos, en mis años de Bachillerato, cuando él publicaba su *Amor de los amores* y su *Alivio de caminantes*, despertando el mismo entusiasmo que en los escolares en los graves varones del Santander que le había visto formarse literariamente. La obra posterior del famoso académico no respondió totalmente a aquellos brillantísimos comienzos. A la juventud de hoy me parece que le interesa muy poco. En todo caso, en la historia de la prosa, y de la novela española sobre todo, no es posible prescindir del gran triunfador de 1910”. Y cierra esta serie de opiniones el tardomodernista Eduardo Marquina, quien apuntalen torno a Ricardo León: “España le había henchido de sustancia tradicional. Estilo el suyo impetuoso, y en ocasiones, ante el obstáculo interpuesto, cresco de ondas como torrente que viene de lejos. Hombre de ética insobornable. Escritor cuajado en una pureza de idioma que repudiaba mezclas y artificios. Manejó la doctrina de nuestros moralistas y entró, con la valentía sin desgarrar de un clásico, en el realismo traspasado de alma de sus novelas a la española, que también, sin hipérboles, habría podido llamar ejemplares. Su cualidad, la energía. Desde *Casta de hidalgos*, por venirle de casta, señaló su escritura el recto impulso de las lanzas. Y, acaso, en el título de uno de sus primeros volúmenes de versos *-Lira de bronce-* se bautizó a sí mismo, en confidencia impensada. Bronces, sus prosas como sus versos. En la espadaña del templo español desmantelado, toda su obra es clamor. Clamor de resurrección, de aviso, de loa al amor de los amores, de alivio de caminantes, de rebato en el peligro, de profecía, de anatema y anunciación, últimamente. Clamor para las almas descarriadas; son de campanas labradas en fuerte y noble materia de bronce religioso”.

Espontánea o premeditadamente, esta colección de reacciones a la muerte de León evidencia por un lado la persistencia parcial de modelos y estilos del modernismo tradicionalista, caso de los comentarios

de Adriano del Valle y de Manuel Machado, por otro la consideración de nuestro autor como un escritor que había incorporado elementos del realismo a su obra marcadamente idealista en los conceptos, caso de las palabras de Eduardo Marquina, y al final la percepción de que los trabajos de Ricardo León ya no interesaban a las nuevas generaciones de posguerra, caso de lo indicado por Gerardo Diego, quien además, y paradójicamente, no consideraba a aquel poeta, sino más bien novelista -algo que contradice las afirmaciones de la mayoría de los críticos y creadores contemporáneos del autor de *La lira de bronce* y *Alivio de caminantes*-.

Después de muerto Ricardo León, se publicó en Madrid por la Sociedad General de Editores y Libreros *La cumbre mística*, en 1945, con un prólogo del fraile dominico Alfonso Torres, escrito desde Sevilla. Los trece capítulos de este volumen habían sido ya publicados en la revista conservadora de arte, literatura y pensamiento *Voluntad* -de la que hablamos anteriormente- entre 1919 y 1920, a los que se añadió un último capítulo escrito tras la guerra de 1936-39. En sus páginas, escritas inicialmente durante la quiebra del sistema político dinástico equilibrado por Maura, y en el reflujó de la Primera Guerra Mundial que provocó el auge del movimiento obrero y republicano, se combate el misticismo modernista y el agnosticismo, y se defiende la tradicional y ortodoxa mística católica, partiendo de la base de que ésta es “la cumbre de nuestra raza”.

Articulada en dos partes, de doce textos la primera y de dos la segunda, esta edición de 1945 de *La cumbre mística*, donde Ricardo León aparece como miembro de la Real Academia Española y de “The Spanish Society of America”, es presentada por Alfonso Torres como la obra de “un triunfador paradójico”, pues “el poeta malagueño vivió en contradicción perpetua con su mundo y su siglo”. Al margen de esta peculiar entrada, y del habitual error de considerar a Ricardo León malagueño, el dominico Torres da con su interpretación las claves de la consideración literaria e ideológica que

tenía nuestro escritor al poco de su muerte. Dice así el presentador que en Ricardo León “El primer resorte es su amor a España... Mientras corría nuestra generación en mil direcciones, como rebaño desmandado, fascinada por señuelos de allende las fronteras, señuelos políticos, literarios, culturales, artísticos y hasta religiosos; cuando se canonizaba, como técnica definitiva, la adaptación a lo extraño, cual si fuéramos pobres guaraníes que nada tuviéramos que enseñar y tuviéramos que aprenderlo todo de todos, Ricardo León cantaba en páginas inmortales lo nuestro, lo español, con ese amor que llaman fanatismo los renegados de todos los tiempos” (462). Y adelanta Torres: “Cuando se pueda escribir la biografía del gran novelista saldrán del cofre sagrado que los guarda -el cofre de la modestia y la discrección- verdaderos heroísmos, que, por escondidos y solitarios, rayan en lo increíble” (463). Aquí, el religioso parece avizorar un futuro de mayores reconocimientos personales al escritor, aunque indica un hecho tal vez nunca remediado: la inexistencia de una biografía detallada y sin lagunas de Ricardo León. Más tarde advierte en él -después de subrayar que “Vivía lo que siempre había escrito” (464)- entre otras cualidades muy valoradas en aquellos tiempos de posguerra, “la llama viva de verdad evangélica que llevaba en el alma”, y la naturaleza de “poeta cristiano y español, que por serlo ama lo nítido, lo radiante, y lo canta con palabras que son rayos de sol” (465). Concluye muy ortodoxamente el prologuista Torres -quien escribe en la época de escombros surgida de la Segunda Guerra Mundial- afirmando que “Nuestra mística es la entraña misma de nuestra historia”, y que “El estruendo del torbellino humano es ahora ensordecedor, pero el mensaje de *La cumbre mística* tiene sonoridades de evangelio...” (466).

Ricardo León comienza su obra con el apartado introductorio “La vida sensible. La vida mística. La vida intelectual”, y ya en las primeras líneas indica tajantemente que “Es la mística la cumbre de nuestra Raza, la suma exaltación de su entendimiento y su voluntad” (467). Apuntando con

rapidez la “endiosada y plena Voluntad española, que no se contenta con menos que con lo Infinito. La vida mística es el ápice de los hombres enérgicos, de las razas potentes y maduras, de las almas reales, que tienen algo del águila y del león” (468). Abierta ya esta vía de cariz idealista, manifiesta su reconocimiento a la ciencia: “Bendiga Dios a la ciencia humana”, pero observando que “Las más agudas invenciones, los más audaces descubrimientos, no logran ni lograrán nunca esclarecer la íntima naturaleza de los fenómenos. Las esencias puras permanecen inaccesibles en las entrañas de las cosas; sólo alcanzamos a sorprender su cáscara, su apariencia, sus conexiones, sus efectos, y no todos... La ciencia positiva es un vasto repertorio de hechos y nombres, de teorías y de leyes; pero nosotros, varones de deseos, aspiramos a saber algo más; queremos saber las realidades íntimas de esos fenómenos, su contenido inasequible... La ciencia nos abruma con definiciones y encasillados a todo trance; nos declara la ley, el orden, la relación en virtud de los cuales se manifiesta todo ello; como y cuándo aparece y obra; pero jamás responde al porqué angustioso de nuestro anhelante corazón. Aquí se acaban las explicaciones etiológicas; aquí se cierran bruscamente los libros de la Ciencia experimental. Pero se abre el horizonte inmenso de la Metafísica” (469). Tras esta declaración, nuestro escritor apunta primero que “Las ideas, los conceptos puros, son como espejos de tenue cristal donde se reflejan las luces de lo alto, representaciones del más allá, rasgos, vislumbres y parpadeos de lo invisible” (470), y luego nos dice muy teresianamente que “Nadie como los místicos, puros maestros del sumo Amor, del ansia espiritual, han dibujado las angustias y los goces de la pasión amorosa. ¡Con qué ansiedad desean la muerte y aguardan que se rompa el raso de arcilla, el muro de carne, la envoltura corruptible que agobia, que aísla nuestro verdadero ser! ¡Cómo lloran, cómo se querellan, cómo mueren porque no mueren!” (471). Completa este apartado Ricardo León manifestando, entre otras cosas, que “en la vida mística se cumple y se goza lo que en vano

perseguimos en la vida sensible y en la vida intelectual. Sin la vida mística estaríamos perdurablemente condenados a la noche oscura, a la caverna del sentido, a la lucra trágica del deseo, en el mundo de las sombras, en el mundo de las apariencias... Pero el hombre ha nacido para amar, ha nacido para conocer. Todas nuestras potencias intelectuales tienen un ansia de loca belleza, una ardentísima sed de la verdad, un anhelo de resplandor y de luz. El hombre ha nacido para comprender, ha nacido para contemplar. Criado fue para entender la Realidad suprema, criado fue para servir y gozar a Dios” (472). Para culminar estos razonamientos con una visión tan esperanzada como sentida: “aun sin salir de la tierra, sin romper los lazos de la vida presente, es posible el conocimiento intuitivo de escondidas verdades, de profundos e impenetrables misterios; hay un camino, un camino real por donde las almas que saben de amores y dolores van a las cimas de la pura contemplación y gustan allí gloriosos anticipos de la muerte, ansiosos tragos del licor divino... sólo allí se revelan los secretos de esa ciencia transcendental en vano perseguidos por la razón y presentidos por el deseo fuera del orden soberano de la vida mística” (473).

En el primer capítulo de esta obra, Ricardo León habla sobre “¿Cómo expresar lo inefable? La mística y el vulgo. Las dos escuelas del alma. Crisis moral de nuestro tiempo. Devaneos profanos. La moda de los seudomísticos y de los falsos apóstoles. El nuevo Don Juan de la filosofía”. Aquí, nuestro escritor reitera que “la Mística es ciencia, pero de ángeles, no ejercicio intelectual, ni abstracción filosófica, ni instrumento alguno del profano saber, que pueda reducirse a leyes, métodos y fórmulas, sino un don particular y amorosísimo de Dios, un sobrehumano entender” (474). Tras lo cual, anuncia su deseo de exponer “los principios elementales de la Mística, pero en su aspecto doctrinal, especulativo y teórico” (475). En esa intención, señala Ricardo León que “antes de discurrir sobre la Mística nos conviene y urge separar el oro de la escoria, mostrar algunos torpes devaneos que, con el nombre de místicos, son cabalmente la negación y el simulacro de la vida

espiritual” (476). En consecuencia, advierte que “Místico suelen decir al rebelde, al incrédulo, al melancólico y al extravagante, al apocado y simple; al boquirrubio sentimental de ojos tiernos y gemebunda voz; al mozo tímido de enfermas y delgadas razones; al poeta chirle de los versos delicuescentes... Hoy está muy de moda el misticismo -así, a la frances-, igual entre la gente frívola y mundana que en las nuevas especulaciones de muchos filósofos y en los vagos ensueños de no pocos artistas: un misticismo heterodoxo, basado en cierta profana y misteriosa intuición de la conciencia; un espiritualismo laico y amable, con puntas y ribetes gnósticos y panteístas; bruma ideal con que quieren henchir el triste vacío de sus almas gentes sin religión, pero harto delicadas y soñadoras para vivir a gusto en el triunfo grosero del empirismo utilitario; subjetivismo seductor, elegante, voluptuoso... ¡Notable aberración de nuestro siglo, enfermo y desventurado, hijo de la negación y de la crítica, pero cada vez más ansioso de afirmar y creer: luego de negar a Dios, se dice místico; luego de negar el alma, se declara psicólogo!” (477). Hay en estas aseveraciones de León un aroma curiosamente antimodernista, o al menos contrario al modernismo europeizante y decadente, incluso despectivo respecto al modernismo latinoamericano y dariniano deudor del afán simbólico de inspiración francesa. Conviene recordar en este punto que las líneas de este texto fueron además escritas mucho antes de su publicación en forma de libro, en una época en la que el modernismo no conservador era considerado un especial peligro por la ortodoxia católica, la cual lo incluía entre los cauces del neopaganismo y hasta del ocultismo estético o de pensamiento. Nuestro escritor ve recogidas estas tesis en 1945, nuevamente valoradas por los sectores religiosos más conservadores, ya en el marco del ambiente tradicionalista de posguerra.

En el capítulo segundo, titulado “Del Racionalismo al Empirismo. El apetito de la unidad. El pensamiento disolvente. La diosa Razón. Tragedias y paradojas del Siglo XIX. Los nuevos sacerdotes de la ciencia. La filosofía

del número y la del tanto por ciento”, Ricardo León centra su discurso en la consideración de que “Lo que mejor define y caracteriza a nuestro tiempo, lo que le da un aire singular de incertidumbre, de confusión, de entrañable inquietud, es el conflicto agudo entre la inteligencia y la vida, entre el pensamiento y la acción, desavenencia trágica, sombría discordia que ha venido a poner en pleito y en divorcio todos los bienes de la cultura humana, a conmovier y destruir sus bases” (478). Alrededor de esta premisa, realiza un recorrido de observación por etapas y escuelas de pensamiento que principia al indicar que “El ímpetu racionalista y pagano del Renacimiento, al hender con furia las viejas unidades religiosas y filosóficas, si abrió más anchos horizontes a la vida humana, hizo también más trágicos y profundos sus inquietantes problemas. Y como todos movimientos del espíritu, como los movimientos del océano, tienen su flujo y su reflujo, aquella soberbia pleamar renacentista se redujo en el siglo XVIII a una especie de menguado intelectualismo, intransigente y destructor... El seco y feroz ateísmo de los enciclopedistas se cuaja en las saturnales de la Revolución francesa; luego de suprimir a Dios, luego de negar la Fe, la Razón como es lógico, se deifica a sí misma, en torpe simulacro, bajo la triste figura de una pobre mujer medio desnuda, ebria de vino y de sangre... el racionalismo fanático es, a la postre, la serpiente que se muerde la cola y, mejor todavía, el buitre que se desgarras las entrañas” (479). Después, apunta León que el siglo XIX “cayó, por ley de fluctuación, en los cienos del más desenfrenado materialismo” y “alzóse el naturalismo con humos de soberbias dictaduras” (480). Para apuntar que “El nuevo Empirismo -que era a su vez, tan viejo como el mundo- traía el sello de su vencido mayorazgo el Racionalismo: como él, quería suprimir a Dios y renegar del alma per secula seculorum. Mas como Dios y el alma no se eliminan fácilmente, sucedió que los flamantes físicos, para llenar el hueco en el altar, hicieron dogmas y religión de sus ideas positivas, se alzaron ellos por sacerdotes de su culto y endiosaron, al fin, no la Razón, sino la Ciencia”... “Al positivismo,

genuinamente francés, vino a añadirse el utilitarismo británico: florecieron los dos, cruda y soberbiamente, en la América sajona. Impusieron su reinado los reyes del hierro y del oro, los luchadores, los hombres de acción, los amos de la vida, despreocupados de todos los porqués, indiferentes al más allá” (481). En el siguiente capítulo, llamado “Nuevas breáticas del tiempo. Breve historia de una evolución intelectual. Positivismo y pragmatismo. Psicología del hombre de presa. El pragmatismo en los negocios, en la política y en el arte”, nuestro escritor reincide en sus críticas a la modernidad, utilizando literariamente el ejemplo de un imaginario joven ansioso de conocimientos, y que cae “en esas doctrinas convencionales y rastreras que el pragmatismo yanqui opone a los dogmas, hartos más nobles, si no menos errados y perniciosos, del racionalismo francés” (482). Y, con un sesgo curiosamente anticapitalista, pero desde una posición pre-industrial y antañona, prosigue: “nuestro novel positivista será en lo porvenir un hombre de presa, un hombre de acción, cuya moral utilitaria, cuyos sencillos hábitos mentales, siempre estarán dispuestos a servirle con energía y prontitud, sin los estorbos de la ética pura... Si se emplea en negocios, será su dios el dinero; su catedral, la bolsa; el debe y el haber, su Kempis; su retablo, la caja de caudales; su brújula, el reloj, sus armas, el bombo y el anuncio; su bello ideal, la torre de Babel y el rascacielos. Desdeñará groseramente las relaciones profundas de las cosas, las sutiles esencias culturales, la ensoñación, la poesía, cuanto no sea material y tangible y se traduzca al punto en rendimiento y en oro. Tendrá de la vida un concepto mecánico y exterior; el mundo, para él, será una máquina monstruosa de actividad y explotación, puesta al servicio de los hombres enérgicos y audaces, por ley natural sus amos y sus déspotas... Si el hombre de acción es político, declamará contra las vagas ideologías de nuestros mayores, en pro de las realidades corrientes y molientes; abogará por un feliz oportunismo que le consienta, sin riesgo, decir hoy lo contrario de lo que dijo ayer y mudar la casaca según los lucros y las modas... Si va al

Parlamento, será la voz y el brazo de los trusts, de las fuertes empresas, de los injustos monopolios, el eje de todas las intrigas, de las conjuras y de los golpes de Estado. Ora burgués, logrero y cursi, ya jacobino inculto y codicioso, en todo caso hombre sin Dios, sin patria y sin ideas... Si el luchador es literato, cultivara un realismo soez, huero de esencias ideales; desterrará de sus obras el sentido profundo, casto y religioso de los antiguos númenes... rechazará la armonía, la tradición, la autoridad y la ley, como cosas superfluas que no sirven para nada. En vez de lo eterno y lo sublime, se esforzará en reproducir lo más fugitivo y superficial, las sensaciones confusas del breve momento pasajero” (483). Con estos párrafos el ideario de Ricardo León queda muy claro en cuanto a su rechazo de la modernidad liberal-capitalista, tanto en el ámbito del pensamiento, como en el de la actividad pública y civil, e incluso, y ello es prueba fehaciente de su tradicionalismo estético y su antinaturalismo, en el campo de la labor literaria.

La cuarta entrega de *La cumbre mística* está dedicada a “La vocación del idealismo. Un siglo infiel a la historia. Razones del realismo contemporáneo. La quiebra de la razón y el fracaso de la voluntad. La ética del desastre. La realidad eterna”. En sus páginas se advierte tautologicamente que “La Humanidad ha fluctuado siempre, con unos u otros hombres, entre el realismo y el idealismo, entre el mundo visible y el invisible, la naturaleza exterior y la actividad espiritual... los hombres se han preguntado si el sumo fin de sus vidas ha de ser el cultivo de la realidad inmediata o el ascenso a otra realidad de orden superior al sensible y humano” (484). Desde una panorámica apresurada sobre las fases de pensamiento en las civilizaciones antiguas, Ricardo León explica luego que “Parecía natural que nuestro siglo fuese ya en la plena sazón de la cultura cristiana, y en la cumbre viril de los pueblos occidentales, uno de los períodos más idealistas de la Edad Moderna. E pur... todo le anuncia y le pregona como el siglo más realista y sensual, más crudamente utilitario de

los tiempos nuevos... La dictadura o la demagogia en la política, el libertinaje en las costumbres, el empirismo en la ciencia, el monopolio en la industria, la extravagancia en el arte, el sindicalismo en la sociedad y dondequiera la estéril agitación, el arribismo, la interinidad, la bulla, la desazón y la zozobra; el culto furioso a lo actual y somero, a lo patente, lo fugitivo y prosaico, el desprecio de las cosas eternas por el ansia de empuñar de golpe, a todo trance, las inmediatas, las accesibles y transitorias: he aquí los frutos agraces de la nueva centuria” (485). No satisfecho con esta declaración de dura denuncia de la sociedad contemporánea, nuestro escritor remacha: “Razones muchas y complejas, pero que pueden reducirse a tres, abonan el crudo realismo contemporáneo; la crítica feroz, implacable, de los dos siglos anteriores contra la fe religiosa y la especulación metafísica; la decadencia de los pueblos de abolengo clásico y el predominio de los anglosajones; el desarrollo formidable de la vida social, de la vida presente, merced a los progresos de las ciencias, de las industrias, de las artes prácticas... El sentido materialista del bien, la ciega persecución de los goces presentes, de las dichas provisionales, son a la larga un círculo vicioso, un aro de hierro, una argolla de esclavitud que sólo se rompe con violencia y dolor. Bajo el orgullo y alegría del siglo, tras los avances del progreso universal, en las entrañas mismas de la cultura humana, se siente un vacío doloroso, una inmensa avidez, una profunda decepción: el abismo insondable de la vida espiritual” (486). De aquí extrae finalmente Ricardo León una profecía personal y tajante: “El siglo XIX declaró la quiebra de la razón divorciada de la voluntad; el siglo XX presenciara la bancarrota de la voluntad desamparada por la razón” (487).

Con similar laconismo comienza León el capítulo quinto, titulado “La mística heterodoxa. La religión del sentimiento y la filosofía de la intuición”. En éste texto puntualiza que “Frente a las hordas materialistas que a finales del siglo XIX, con muy diversos y capciosos motes avasallaron la ciencia, el arte, la moral y las costumbres, hasta escribir un epitafio

irónico sobre la tumba de la Razón filosófica, irguieronse una afectación espiritual, un pseudoidealismo, que presumían restablecer sobre nuevos y anchos apoyos -a espaldas de lo inteligible y en las tinieblas de lo subconsciente- los templos seculares de la Religión y de la Metafísica. De esta suerte nacieron, no con brioso empuje, sino con manso y difuso parecer, hoy al pie del altar, luego en la cátedra, dos sectas, aunque de origen y carácter diferentes, bien halladas y amigas en el fondo de su viejo y común error: el Modernismo y el Intuicionismo. Bajo sus velos y sus máscaras, harto seductoras y amables, la religión del sentimiento y la filosofía de la intuición constituyen la más cruda y temible herejía de cuantas se han desencadenado en el mundo para batir en brecha los sólidos cimientos de la Verdad. Porque son a un tiempo herejías contra la razón y herejías contra la fe... ambas afirman que la inteligencia no sirve para conocer... que la verdad en sí tan sólo puede rastrearse por vía de sentimiento o a la luz de relámpago de la intuición” (488). Y concluye, dentro de ese ataque contra el idealismo de la variedad liberal y decadentista del modernismo, que “Negando la virtud de la fe, con los racionalistas, y la virtud de la razón, como los pragmáticos, retrajeron exclusivamente las más altas y generosas operaciones anímicas a las penumbras de un vago y hondo subjetivismo, allí donde se mezclan y confunden, como en un crepúsculo, las realidades y los sueños, la vida inconsciente y la vida espiritual” (489). El capítulo sexto de esta obra confesional de Ricardo León, lleva a su vez por título el de “Los nuevos agnósticos. Ecuaciones del álgebra modernista. Las modas del porqué y el cómo. Física trágica”. En él, se comienza por subrayar que para los modernistas, en su versión seudoreligiosa, “La revelación, en vez de ser objetiva, lejos de ser la verdad manifestada por Dios a los hombres, se reduce a una impresión subjetiva, a una experiencia personal, cuyos datos íntimos, cuyas noticias provisionales se aceptan como instrumentos pedagógicos”... “para el álgebra modernista las ecuaciones son todas irresolubles y las raíces imaginarias: la revelación se desvirtúa, el dogma se

pervierte, la creencia se disipa como el humo; la fe se reduce a un vago presentimiento de lo sobrenatural, a una emoción religiosa, manifestada apenas en símbolos e imágenes que varían indefinidamente, no sólo de forma, sino de sustancia, a compás de los siglos y de los hombres. El modernismo, en suma, viene a ser una especie de pragmatismo dógmatico, donde confluyen como en el pragmatismo filosófico, todos los errores y los desmayos de la época: el escepticismo trascendental, la evolución materialista, la crisis de la fe, las decepciones de la inteligencia, el descrédito de la lógica, las avideces de la práctica, el fetichismo de la utilidad y de la acción” (490). Los capítulos séptimo y octavo de *La cumbre mística* reinciden en las críticas a las distintas plasmaciones teóricas y prácticas del pragmatismo y del modernismo, bajo títulos respectivamente dedicados a “La lámpara maravillosa. Teorías de Bergson. La filosofía como arte y la intuición como instinto. Psicologías sin alma y misticismos sin Dios”, y a “El árbol de la ciencia. La corona imperial de la razón. Las conclusiones del positivismo. Comte y Bergson. Las conclusiones de la biología y de la filosofía”. Aparte de la oposición a las teorías de Comte y de Bergson, sus líneas no aportan nuevas consideraciones a la postura global de Ricardo León en defensa de la mística ortodoxa, y en realidad sólo sirven de prolegómenos al capítulo noveno, titulado “La filosofía y la vida. El mar de hielo y el mar de fuego. Los dos perpetuos fanatismos. La vida es un cinematógrafo. Todo es nada”. En esta novena entrega de la obra que analizamos, Ricardo León afirma, contradiciendo tanto las clásicas tesis de Heráclito, como las de Parménides, que “Ni la realidad es toda cambio y mudanza, ni el pensamiento es todo inmovilidad. Porque una de dos: o el pensamiento es la negación de la vida (pienso, luego no existo, había que decir) y toda inteligencia es algo fuera de toda realidad, o ya hay una parte de la realidad estable y permanente. La vida interior, como la vida exterior, fluye a la manera de un río, en móviles y fugitivas ondas, pero dentro de un álveo. Las ondas corren, pero el álveo queda. El agua es río por

la madre; sin ella es agua nada más... Las ideas, las emociones, los deseos, fluyen también como un torrente de nuestro mundo subjetivo, hartos más hermosos y fugaz que el objetivo, mas sobre el cauce indestructible de la conciencia” (491). Enseguida observa nuestro escritor, ya puesto en filósofo, que “Toda existencia es algo razonable; toda razón es algo existente. Hay un fondo real en todo pensamiento, como hay en toda realidad un fondo de razón. Sin un ser fijo y estable no se concibe el movimiento; sin una actividad y una duración no se concibe el ser” (492). Para terminar con una afirmación crítica que resulta lógica después de todo lo anteriormente expuesto: “Tan fuertes raíces tiene en la filosofía de ahora la extraña locura del subjetivismo, que apenas hay pensador, de los que se llaman independientes y modernos, que no juzgue incultura o disparate, propio de gente rancia y antañona, creer que conocemos algo fuera de nosotros y ni siquiera de nosotros mismos” (493).

La cumbre mística llega a su capítulo décimo, llamado “Escuelas de vanidad y humildad. El justo medio de la filosofía cristiana. Las dos virtudes intelectuales: la abstracción y la intuición”, con el objetivo de mostrar una vía ortodoxa y católica para sustraerse a las influencias negativas del racionalismo, el positivismo, el pragmatismo y el modernismo liberal. Aquí, Ricardo León recuerda primero que “La filosofía es una escuela de humildad” y que “La mucha sabiduría es trabajo y aflicción de espíritu; quien añade ciencia, añade dolor” (494). Para indicar con rapidez que “la filosofía cristiana, al fijar para siempre los cotos y las jurisdicciones del intelecto, se pone a igual distancia del dogmatismo racionalista y del escepticismo trascendental” (495). Y se contesta a una pregunta imaginaria en los siguientes términos: “-Sí; yacemos en las cárceles del tiempo y del espacio, mientras vivimos en la tierra y encadenados al mundo de los fenómenos sensibles, pero aun así nuestras almas inmortales tienen ventanas maravillosas por donde asomarse a los eternos horizontes... en lo más íntimo del alma, en esa imagen de la inteligencia divina, surge una

representación admirable donde contemplamos, como en un espejo, lo que pasa en aquel piélago sin fondo que mientras peregrinamos por el mundo no se nos muestra sin neblinas.” (496) A continuación, nuestro escritor hace gala de unos trazos poéticos, de marcado idealismo, al manifestar que “En medio de los errores y los prejuicios humanos descuella esa magnífica virtud por la cual el espíritu se lanza fuera de sí propio, conoce lo que no puede ver y presiente el nuevo mundo que ha de sentir un día... No obstante el profundo silencio que reina en el piélago de los seres, entre cuyas oleadas nos agitamos, como gotas imperceptibles en la inmensidad de los mares, oímos de vez en cuando voces misteriosas que nos indican el rumbo hacia playas desconocidas...” (497) Poco después, el autor de *La cumbre mística* recuerda que “sólo el hombre razona, piensa, discurre, abstrae, rompe la esclavitud del presente para vivir en lo pasado y lo futuro: reduce a unidad la muchedumbre de las cosas... esa facultad soberana, *fuerza del lenguaje, intérprete de la Naturaleza, madre de las religiones y las filosofías, único y verdadero distintivo que separa a los hombres de los brutos y al ser superior del inferior*, según palabras de Taine, lejos de ser una cadena de esclavitud que nos ata a las cosas materiales, como dicen los filósofos modernistas, es, cabalmente, la corona de nuestra libertad” (498). Como broche a esta serie de opiniones emitidas con carácter de normas, Ricardo León razona desde sus convicciones religiosas del siguiente modo: “Sabido es que nuestra religión admite la posibilidad y la realidad de un verdadero conocimiento de Dios, aun en esta vida. El sagrado texto nos dice que podemos conocer a Dios por sus obras, que lo invisible de Dios se nos manifiesta por sus criaturas visibles, que los cielos cantan su gloria y que el firmamento muestra las hechuras de sus manos; pero esta misma religión nos dice también que los bienaventurados conocerán a Dios de otro modo, cara a cara, viéndole tal como es. He aquí al cristiano haciendo la diferencia entre el conocimiento intuitivo y el discursivo: entre el conocimiento por el cual nos elevamos a Dios procediendo de los efectos a la causa, de las ideas

a la realidad absoluta, y el conocimiento en que el espíritu no necesita recoger discursivamente varios conceptos para elevarse con ellos a la idea de Dios, en que el Ser infinito se ofrecerá a los ojos del alma, no en un concepto elaborado por la razón ni bajo los sublimes enigmas ofrecidos por la fe, sino tal como es en sí propio: como un objeto dado inmediatamente a la facultad preceptiva... la intuición es una virtud intelectual; porque a la inteligencia, que es el órgano indiscutible de todo conocer, le pertenecen los dos conocimientos: el intuitivo y el discursivo, los cuales mutuamente se apoyan y se completan... Así, la Inteligencia infinita conoce por visión, no por discurso; no busca los objetos ni los compara ni relaciona pues los ve directa y esencialmente, y así las almas de los hombres, a imagen y semejanza de su divino artífice, intuyen con más brío cuanto más se elevan en las escalas de perfección” (499).

Tras criticar nuevamente algunas tesis de Bergson, y muy someramente otras de Schelling y Schopenhauer, en el siguiente y breve capítulo, llamado “La filosofía y el arte. Añejos y extravíos. Caracteres del genio. La fraternidad de las musas”, Ricardo León puntualiza en el capítulo duodécimo, titulado “La rehabilitación del entendimiento. Templo sereno. La unidad espiritual. Las paradojas del subjetivismo”, la necesidad de “rehabilitar la inteligencia”, pero señalando “sus funciones y sus límites, para no endiosarla de nuevo” (500). Tomando la clásica imagen del “templo sereno” -título por cierto de un poema de Salvador Rueda muy querido por León y publicado en su momento en la revista *Voluntad*- , el autor de *La cumbre mística* manifiesta que “sólo en los templos serenos de la sabiduría católica se unen y conciertan la razón, el sentimiento y la voluntad, las complejas funciones del espíritu, los fueros del conocer, del sentir y del querer; sólo aquí se ajustan y coinciden las verdades científicas y las certidumbres filosóficas, los resultados de la intuición y del discurso...entre la inteligencia, la voluntad y el sentimiento hay una profunda concordancia, una mutua penetración, como la hay entre el mundo

subjetivo y el objetivo, entre la realidad sensible y las representaciones íntimas. El entendimiento es el órgano superior del saber, pero el entendimiento no está inmóvil, separado y esquivo, como una torre de marfil sobre la cumbre del alma, ni siquiera como un rey en su trono, mas semejante al lector de una comunidad o república. Y todas sus operaciones, lo mismo que las del querer y el sentir, son tan complejas, tan misteriosas y activas como el alma, que es a su vez complicación y movimiento, bulla, muchedumbre, oleaje, dentro de la unidad de la conciencia, del ser idéntico y simple que en nosotros siente, que en nosotros quiere, que en nosotros conoce” (501).

La segunda parte de *La cumbre mística* se abre con el capítulo “Tradición de las escuelas místicas españolas”, donde Ricardo León reconoce sin tapujos que con los anteriores textos que integran el libro “Se ha intentado mostrar la profunda quiebra intelectual y moral de nuestro tiempo” (502). Remarcando muy voluntaristamente que “hoy, más que nunca, la vida exige afirmaciones, altos motivos, normas claras y ciertas, caminos rectos y seguros. Hay un ansia creciente de claridad y armonía, de fortaleza y reconstrucción. Los hombres que nacen entre ruinas sienten con más brío que otros el deseo de reedificar... Ya, por fortuna, comenzamos a despertar de la modorra; todo ya nos sacude y nos impele; sentimos el afán moderno de acudir con brazos y almas a la obra viril de aquella universal restauración. Precisamente los españoles, digan lo que gusten la pedantería y la ignorancia, tenemos una verdadera filosofía de amor, una ciencia de vida, la más adecuada a la necesidad de los tiempos y a la naturaleza de nuestras almas inmortales” (503). Inmediatamente, el escritor indica que la mística española “No en vano es la más pura creación de nuestro espíritu, el fruto, por excelencia, de la raza, nuestra más honda y popular filosofía” (504), para aclarar más tarde que “Si pretendiéramos, pues, cifrar la tradición ibérica en un solo rasgo, vértice común a todas las manifestaciones sobresalientes y originales del pensamiento español, por fuerza tendríamos

que reconocer como tal ese empeño obstinado y generoso de unir en recia síntesis las dos realidades del universo, la naturaleza y el espíritu, en mal hora separados y discordes los dos principios indispensables a toda filosofía, a toda estética, a todo arte completo de pensar y de vivir. Pero esta unidad fecunda y amorosa, nunca fue identidad en la mente de nuestros pensadores cristianos como en esos modernos sistemas idealistas donde retoñan el panteísmo y la gnosis; jamás al resolver nuestros filósofos en una armonía superior las antinomias de lo invisible y lo visible, lo infinito y lo finito, lo ideal y lo real, identificaron ciegamente los dos términos del problema, ni redujeron lo absoluto al dominio interior de la conciencia psicológica. De la misma suerte evitaron nuestros grandes contempladores caer en quietismos, languideces y nirvanas, en esas quimeras y fantasías de las teurgias orientales, en los fanáticos iluminismos de la yerta unidad neoplátonica, y mantuvieron con admirable fuerza y cordura los derechos de la personalidad humana contra toda absorción y menoscabo, aun en la cumbre de la Mística, donde el alma, según nos dice la sublime Doctora de las Moradas últimas, no se aniquila ni absorbe en el divino Ser al poseerle... No hay, pues, sino concordar y unir lo subjetivo y lo objetivo, lo individual y lo universal, la experiencia y la pura contemplación, el cuerpo y el espíritu, pues divorciarlos es dividir el Universo en dos partes irreductibles y antagónicas, mutilar la doble y fecunda naturaleza humana, cuyas raíces se hunden en la tierra para elevarse al cielo con más ímpetu y esplendor. Así lo ha entendido siempre nuestra raza, y este es uno de sus mayores títulos de gloria” (505). El segundo texto de esta parte final de *La cumbre mística*, llamado “Vanguardia de Cristiandad”, culmina todo el aparato argumental de Ricardo León a favor de la ortodoxia católica y su derivación mística en particular, con una serie de afirmaciones y consideraciones que nuestro autor considera, claro está, definitivas al respecto. Se inicia este texto con la aseveración de que “todas las riquezas del hombre interior, estriban en cuatro puntos: en elevarse a Dios con libertad y gratitud; en descender, bajo

sus manos, por humildad y abnegación de sí mismo; en comunicarse con los hombres por caridad bien ordenada, y en recogerse dentro de sí para unirse al Amado en brazo estrechísimo... no hay uno sólo de estos ejercicios que no sea un acto puro de reconocer y de querer, una fuerza expansiva, un ímpetu del corazón, una luz intelectual” (506); seguida de la percepción de que “Cuanto más sube el místico en la escala de perfección, con más fuerza dirige su actividad en el orden humano; amar al prójimo, servirle y consagrarse a él, es virtud que a veces supera a los merecimientos de la más alta oración” (507). En esta línea, León reivindica la mística católica y exclama: “¡Qué lejos están de aquí la fanática rigidez, la intemperancia sombría, los yugos férreos de otras sectas religiosas que, avergonzadas de tener corazón, lo esconden o lo aplastan bajo la pesadumbre de airados anatemas! ¡Qué lejos también la molicie sentimental, esa virtud afeminada y dulzarrona, ese vago y enervante misticismo, frontera de la gnosis” (508), para reafirmar con convicción: “Prudente y viril, amoroso y austero, persuasivo y grave, como el genio español, fue siempre el genio de nuestros grandes apóstoles. La teología Mística se eleva en sus almas sobre el cimiento de la Ascética y de la Moral. Aunque la esencia de la contemplación esté en el entendimiento, su impulso lo recibe de las potencias afectivas donde nace: es, ante todo, una filosofía de amor. Y quien de veras ama, no se adormece en voluptuosa languidez. Ya lo dice el buen sentido de nuestro pueblo: obras son amores y no buenas razones... Así la Mística, lejos de fomentar la quietud, el ocio y la vida sedentaria, hunde la espuela en los ijares, punza y hostiga los corceles del espíritu, exalta los sentimientos, ilustra la inteligencia, afila los aceros de la voluntad. Por eso el Misticismo a la española no florece sino en tierras vivaces, en pueblos de profunda energía” (509). Fiel a su advocación teresiana, evidenciada con insistencia a lo largo de sus últimos años, nuestro escritor declara: “¡Cómo ardía ese fuego activísimo, con qué hermosas y celestiales llamas, en el inmenso y llagado Corazón de nuestra santa Madre Teresa de Jesús!”...

“Obras, obras -repite la bendita Madre con redoblado ahínco en sus Moradas-; para esto es la oración, hijas mías, y no para gozar” (510). Termina, en fin, Ricardo León reiterando que la mística “en los pueblos apasionados y enérgicos, en las almas ardientes, insaciables y heroicas, no puede contenerse en los límites de la pura especulación, salta afuera con el ansia de convertir al mundo ya negarlo en torrentes de embriagadora ternura; ésta es la Mística española” (511).

“Vanguardia de cristiandad”, el capítulo último de *La cumbre mística*, y más contemporáneo y cercano a la edición de este libro, recoge de forma condensada los pensamientos de Ricardo León, quien en sus primeros párrafos establece que “Lo mismo en las cosas temporales que en las que tocan a lo eterno, España tuvo siempre -siempre que fue española, siempre que fue leal a su vocación y carácter- un estilo militar, un sentimiento heroico de la vida” (512). Tras ello, subraya con una exaltación negativa: “¿Qué otro siglo más desventurado que el nuestro? No parece sino que se están cumpliendo las visiones apocalípticas de San Juan cuando, arrebatado en espíritu, vio abrirse los siete sellos del libro y aparecen los siete ángeles, y temblar la tierra, y saltar los mares, y caer del cielo las lámparas de la noche. Porque no es solamente la guerra, ni el hambre, ni el terror, lo que aflige a la Humanidad en estos tiempos. No son las matanzas y devastaciones materiales producidas por esos monstruos de acero, máquinas infernales engendradas por el odio amancebado con la ciencia bajo la tercería de la muerte. Son todos los viejos mitos, las más añejas paganías, todas las formas y las materias del error, de la herejía, del mal; todos los monstruos del orgullo humano y de la soberbia de Luzbel, los instintos de la bestia roja, los pecados contra el Espíritu del Amor -esos pecados sin nombre, pero que nunca se perdonan-, los que vuelven como un vómito del abismo a derramarse por la tierra” (513). Ya situado en este espacio de combate radical, el escritor avanza: “Es una amarga realidad que en muchas de las antiguas cristiandades el pueblo ha desertado de la Iglesia. La

multitud ya no está con nosotros, sino en contra nuestra, y lo que es peor, en contra de Jesucristo, como en los días de Barrabás. Los miserables han vuelto la espalda al templo, engañados por los sin patria ni Dios... Y el pueblo se fue con otros... que le prometen la felicidad en este mundo, aunque la tal felicidad sea al estilo bolchevique... Como en los primeros días de la Iglesia es menester ir al pueblo. Hay que volver a traerle... Hay que inflamar a las muchedumbres con las lenguas de fuego del Espíritu. Predicarles con la palabra y, sobre todo, con la acción, con el ejemplo y la conducta. Sólo un renacimiento universal del heroísmo cristiano, de las grandes virtudes apostólicas, habrá de salvar al mundo” (514).

En realidad, *La cumbre mística* integra dos periodos diferentes de la formación católica y cada vez más conservadora de Ricardo León, una inicial, que forma el grueso de sus páginas -los doce primeros capítulos- y se centra en criticar las variantes espiritualistas del modernismo de principios de siglo, sí como el racionalismo de raíz ilustrada y el pragmatismo y el positivismo de factura liberal; y otra posterior, que reúne los dos capítulos finales, dedicada a apoyar nítidamente las tesis y la estética militante del ultracatolicismo de posguerra. Su edición en forma de libro, hecha de manera póstuma en 1945, sirvió para intentar acrisolar el prestigio de Ricardo León dentro de las filas de muchos de los seguidores del nuevo régimen surgido de la conflagración de 1936-39, pero también para tratar de fijar a posteriori en el tiempo los presupuestos ideológicos y religiosos del escritor. Ambos objetivos estuvieron cercanos a cumplirse, si bien el prestigio de nuestro autor no duro mucho, a pesar de la favorables circunstancias políticas y religiosas para sus tesis, y la consideración de sus pensamientos no pasó de insertarse en la doctrina oficial -y más cualificada formativamente- de la Iglesia española de posguerra. Sin embargo, resultan d especial interés sus críticas al modernismo estético y religioso, por cuanto suponen una ruptura argumentada con los parametros del movimiento literario y artístico del que en principio surgió Ricardo León. Así pues, *La*

cumbre mística es algo muy cercano a un testamento, tanto literario como, con mayor claridad, ideológico y confesional.

Al parecer, y dentro de las vías de proyección póstuma de su obra, Ricardo León dejó al morir empezada una novela: *La cocina de los ángeles* -de la que apareció un fragmento recogido por Eduardo Juliá Martínez en 1943, en las páginas de los *Cuadernos de Literatura Contemporánea* (nº 10)-, cuyo tema central -como adelantamos más arriba- era el milagro y la vida de San Diego de Alcalá, visto a través del famoso cuadro de Murillo, robado durante la Guerra de la Independencia por el mariscal Soult del Hospital de la Caridad de Sevilla, y guardado en el Museo del Louvre. El fragmento recogido dibuja el perfil de un protagonista llamado Ramón Pérez y apodado Ratón Pérez -o Ratoncito Pérez-, andaluz y de familia muy venida a menos, propietario de una tiendecilla de antigüedades y situado en un ambiente oscuro, ruinoso y limitado; se supone que en una pequeña ciudad de provincias. Por otra parte, en este número de *Cuadernos de Literatura Contemporánea* se incluyen también una semblanza de Ricardo León a cargo del citado Eduardo Juliá Martínez y una breve antología poética integrada por las composiciones “Lágrimas”, “Soledad”, “Pluma por picota”, “La primera culpa”, “Alivio de caminantes (fragmento)”, “Era la patria”, “Cupio dissolvi et esse tecum” y “Serenata”. Junto a todo ello, aparecía un laudatorio artículo de Gerardo Diego titulado “La poesía de Ricardo León”, donde aquel gran poeta santanderino y madrileño subrayaba características esenciales del trabajo de nuestro escritor. Entre ellas, Gerardo Diego resaltaba el carácter poético de sus novelas, la preocupación clasicista por el estilo, la poesía en endecasílabos que aparece encubierta en la prosa de León, el ritmo de los versos específicos de éste -próximo a Rueda y Gabriel y Galán-, la preferencia por motivos patrióticos o religiosos y sus deudas con Núñez de Arce y Manuel Reina, entre otros.

También, aparte de *La cocina de los ángeles*, había anunciado nuestro escritor en preparación las siguientes obras: *Epistolario español*, *Vida*

interior -diario espiritual-, *Los luchadores* -continuación de *Los centauros*-, una novela ambientada en las ermitas de Córdoba, y una colección de *Rimas* de la que no hay especial noticia... Igualmente parece que había dispuesto, dentro de un renacido interés internacional por su obra, el envío de un relato a Italia con destino a una antología de autores españoles, pero no ha quedado otro rastro de este asunto más que una carta de Juan Antonio de Zunzunegui a nuestro escritor enviada el día 21 de diciembre de 1942 y conservada en el archivo familiar de “Santa Teresa”. Zunzunegui, director de la revista *Vértice* -que agrupaba a los sectores literarios de la intelectualidad falangista-, comunicaba en su nota a León la petición de “un cuento corto para una antología italiana de prosistas españoles que va a publicar una casa italiana... La antología empieza con Don Miguel de Unamuno y llega luego hasta los jóvenes que empezamos. Su autor es el director del Centro de Estudios Italianos H. Luanni”.

Con su desaparición, nuestro escritor fue por última vez protagonista de la España literaria, como puede advertirse al hojear la prensa de la época, y concretamente los diarios *Arriba* y *Madrid*. En el primero, al hacerse el balance anual de las letras hispanas bajo el título de “La juventud marca el perfil más exacto del año”, se indica que “El reverso de la medalla lo cubren dos nombres, dos nombres ilustres de las Letras españolas que en este año han dejado de existir: Francisco Rodríguez Marín, cuyo homenaje nacional, por orden del Caudillo, se celebró el 13 de junio, y Ricardo León, el gran novelista, que en el curso de este mismo año nos había dado su última obra, *Cristo en los infiernos*. Pasando por alto el que estas líneas evidencian el hecho de que León no fuera objeto de ningún “homenaje nacional”, es muy revelador este reportaje del estado de la literatura oficial y del lugar que nuestro escritor ocupaba en ella al llegar su muerte. *Arriba*, órgano diario de la Falange más ideologizada y culta, ofrece así el día 31 de diciembre del 43 una galería de escritores del año -en efigie: fotos, caricaturas y grabados- bastante sorprendente por la

mezcolanza, en la cual aparecen ya Gonzalo Torrente Ballester y Camilo José Cela, junto a consagrados del crédito de Eugenio d'Ors, José María Cossío y Gerardo Diego, representantes de franjas medias como Emiliano Aguado, Ernesto Giménez Caballero, Joaquín de Entrambasaguas y Rafael García Serrano, un imprevisto Luis Carrero Blanco, y los venerables Francisco Rodríguez Marín y Ricardo León. Todos ellos resaltados por sus obras: Torrente por *Javier Mariño*, Cela por *La familia de Pascual Duarte*, Cossío por *Los toros*, Gerardo Diego por ganar el premio "Exaltación de la gesta del Alcázar" con un poema dedicado a este asunto, Entrambasaguas por *Una familia de ingenios: los Ramírez de Prado*, García Serrano por *La fiel infantería*, León por *Cristo en los infiernos...*

El diario *Madrid*, a su vez, publica el 9 de enero de 1944 -un mes después de la muerte de nuestro escritor- dos columnas recordatorias tituladas "Fracaso y desquite de Ricardo León", con firma de Fermín de Iruña. En sus líneas se evoca un encuentro con León en la editorial Renacimiento hacia 1924, describiéndole como un hombre que "más que rubio era bermejo, con hebras de plata, y su miopía tan extremada que al través de los fortísimos cristales apenas se le veían los ojos, de claras pupilas; su voz era, en efecto, apacible, la locución, correcta y reposada, con ese grato y suave ceceo de los malagueños finos". Y paralelamente a esta descripción física, se subraya uno de los principales contrastes que para sus contemporáneos ofrecía Ricardo León: el contraste entre una humanidad muy discreta y una literatura tendente a lo épico y heroico. Precisa en este punto Iruña: "En nuestro autor se confirma, una vez más, lo que ya he apuntado acerca de lo que es esencialmente el estilo. El estilo es la revelación más sincera de nuestra intimidad, la manifestación de lo que quisiéramos ser, por encima y a pesar de lo que fatalmente somos. El estilo, en suma, es una liberación o no es nada. Y así, al escritor de raza hay que buscarlo no tanto en su vida como en su obra. Aquí es donde, desvinculado en lo posible de las coacciones de lo contingente, alcanza su plena libertad.

Donde es, en fin. Pues bien; Ricardo León es, en este sentido, un caso típico de estilista... era un hombre en perenne vibración... A todas sus páginas llegan estas ondas. Aquel señor pequeñito, modesto, casi tímido, a primera vista, llevaba en si un formidable potencial de energía, que se actualizaba en sus libros, válvula de escape abierta a un espíritu que no le cabía en el cuerpo. Los protagonistas de sus libros -héroes, santos o aventureros- son, en el fondo, él mismo, o, al menos, lo que él hubiese querido ser”.

Los textos recordatorios de Ricardo León no fueron especialmente numerosos en la prensa nacional, destacando apenas algunos artículos sueltos que iban apareciendo poco a poco a iniciativa de antiguos amigos del escritor. Este es el caso del titulado “La sombra de Ricardo León”, a cargo de Melchor Fernández Almagro, publicado en *Arriba* el 20 de mayo de 1944, y en el cual se redescubre la ligazón de nuestro escritor con Salvador Rueda y otros escritores del modernismo malagueño. Fernández Almagro, tras criticar la centralización en Madrid de la vida literaria española, comienza por advertir que “han existido siempre en nuestra Patria grupos locales de singular importancia para todo el que trate de enjuiciar la Literatura como fenómeno social. Uno de esos grupos con el que habrá de contar ese historiador futuro de nuestras Letras, especialmente de las contemporáneas es el de Málaga... Ello es que Ricardo León procedía de Málaga, donde a los comienzos de siglo, por lo visto y leído, no faltaban escritores de mérito. Y no pensamos sólo en el gran poeta Salvador Rueda, sino también en Arturo Reyes, costumbrista de mucho color y acento; en Juan Guillén Sotelo, novelista malogrado... en el cuentista Ramón A. Urbano, en Salvador González Anaya... De estos últimos era coetáneo Ricardo León, y con él irrumpió en la vida literaria de Madrid la amplia resonancia y reverberación múltiple del soleado Mediterráneo”. Pasa luego Fernández Almagro a hacer una curiosa crítica, al señalar que “La noche malagueña, con su embrujo, gravitó siempre sobre Ricardo León, por mucho que le despistara un castellanismo a cuyo artificioso

concepto hay que cargar el contrahecho empaque de tanta parrafada oratoria o enfática descripción, en contraste con muchas páginas de gentilísimo movimiento. Cuando la prosa de Ricardo León logra sus mejores efectos, en pasajes de Antología, es que la sugestión libresca y la reminiscencia de viejos autores ceden su lugar a la más entrañable y personal inspiración”. Desde esta consideración, Fernández Almagro sitúa a León como un hijo del 98, y puntualiza lejos de la simple glosa honorífica: “Toda el alma se me evapora en versos”, dijo también el hombre de Comedia sentimental. De esa poesía, que es la poesía del tiempo pasado, de la tradición perdida, de las cosas que se van para no volver -o vuelven transformadas o desconocidas-, se impregnan las mejores novelas de Ricardo León: mejores o, si se prefiere, distintas a las de la segunda época, al derivar su sentido poético en alegato político social o en crónica histórica. Bien es verdad que los tiempos habían mudado extraordinariamente. La Musa de Ricardo León acabó por hacerse más épica, en Bajo el yugo de los bárbaros, Roja y gualda, Cristo en los infiernos... Y su pluma busca denodadamente el choque con el espíritu de una época que en cualquiera de sus aspectos - ideológicos, estéticos, etc- le era realmente ajena. Ricardo León o la nostalgia, podríamos decir. En todo caso, miraba hacia atrás, fascinado por el espejismo de las más románticas reconstrucciones históricas. De los siglos XVI o XVII, tan amados por él, hubiera escapado al Medioevo. De aquí, insatisfecho, habría huido a otro más lejano lugar de nuestra Historia, con tal, eso sí, de no traspasar el confín patrio. Ricardo León se evadía como una sombra...”

Estas líneas de Melchor Fernández Almagro revelan que al poco de la muerte de Ricardo León, y muy posiblemente en sus últimos años de vida, que coincidían con los de la posguerra española, ya había posturas críticas hacia su obra desde lo que se suponía era su propio campo ideológico. El artículo publicado por *Arriba* medio año después de su fallecimiento, pone de manifiesto como sectores de la intelectualidad falangista reconocían en

León virtudes ligadas a lo tradicional, pero también un aire antañón que poco tendría que ver con el vanguardismo futurista o parafascista con el que la élite de la Falange creía, antes de la derrota italiana en la guerra mundial, haber conectado a través de una estética de corte mussoliniano.

No será hasta tres años después de la muerte de Ricardo León cuando encontremos otra referencia significativa a nuestro autor, el 22 de diciembre de 1946 en el diario *ABC*, con firma de Mariano Daranas. En una columna publicada ese día con el simple título de “Ricardo León” se sitúa el problema del extraño desplazamiento del escritor del nuevo sistema literario en unos términos muy esclarecedores, al puntualizarse: “La generación de la guerra civil comete una injusticia flagrante, aunque en cierto modo involuntaria y tolerable, no aireando el recuerdo de Ricardo León y eludiendo el tercer aniversario de un óbito que arrebató a la Patria cantor tan apasionado y elocuente. Vivo aún, el autor de *Comedia sentimental* no tenía publicidad ¿Cómo sorprendernos, pues, de que el cumpleaños de su muerte no haya resonado tampoco?”... Famoso en todo el mundo de habla hispánica antes de llegar a los treinta y cinco años, o sea cuando la Academia de la Lengua, sensible al anhelo de una opinión pública que se rendía, embelesada, a la intriga y la prosa de *Casta de hidalgos*, le llamó por unanimidad a su seno, Ricardo León entraba en el pasado inmóvil y silencioso cuatro lustros después. Inmortal en plena juventud, había dejado de ser actual en plena madurez. Su ancianidad desbordó la oportunidad y la vitalidad de un repertorio que la acción del tiempo había rápidamente oxidado. Por lo menos las gacetas, la crítica y los cenáculos no hablaban ya, o apenas hablaban de Ricardo León”.

A pesar del referido incremento de las ediciones de sus obras, poco antes de morir Ricardo León ya se advertía un descenso en el interés de los lectores, tal vez por una parte impresionados por la gravedad de las secuelas de la guerra del 36-39, y por otra poco motivados a lecturas combativas, a raíz de la miseria reinante y del

hecho de que ya no existieran adversarios políticos, de pensamiento o incluso literarios dentro del país. Adversarios que pudieran mantener algún tipo de debate y contradecir las tesis de Ricardo León, que en definitiva eran en buena medida la de los políticos, pensadores y escritores vencedores en la contienda.

Junto a ello es preciso advertir que a los pocos años de la muerte de Ricardo León, y a pesar de su venerada condición de académico y de situarse ideológicamente en el marco de las corrientes políticas conservadoras dominantes en el país, su obra no gozó de los apoyos evidentes y promociones con que contaron desde el Estado o desde la Iglesia las de otros intelectuales ligados de forma natural al nuevo régimen, caso de Pemán, Foxá, Rosales o Laín Entralgo. Su adhesión al nuevo régimen, del que podría parecer un adelantado, y su contribución literario-propagandística con textos como el referido “Himno de las juventudes españolas” -en línea con el himno de las juventudes fascistas italianas “Giovinezza” ideado por d’Annunzio y sus milicias “arditi” en 1920- no le granjeo la popularidad conseguida por autores como Manuel Machado y su poema “El Generalísimo Franco” o Agustín de Foxá y su “Romance de Onésimo Redondo”, composiciones que eran recitadas en los colegios rurales y que fueron impresas y divulgadas hasta bien entrada la década de los cincuenta (por ejemplo en el volumen *Camino* de Adolfo Maíllo, editado en Barcelona por la casa Salvatella y del que hubo hasta cuatro amplias ediciones, la última en 1957). Ciertamente fue autor recomendado, junto a Navarro Villoslada, Pereda, Galdós y el Padre Coloma, en algunos libros de texto de gran tirada, como la *Historia de España* de segundo grado de la editorial Luis Vives en 1951, y que su poema “Mater Hispania” fue incluido, en plano de igualdad con composiciones de Bécquer y de Pemán, en esa misma obra educativa. También fue incluido en una obra de especial significación para comprender

la transformación de buena parte del modernismo tradicional en instrumento de adoctrinamiento moral y estético ultranacionalista: la trilogía *Cordialidades* o *Antología lírica para niños del grado tercero*. Con una selección a cargo de Antonio Fernández Rodríguez, esta obra, editada en 1952 por la firma barcelonesa Salvatella, presenta una panorámica de la poesía española, dentro de la cual y concretamente en el tomo tercero, aparece Ricardo León. Los poemas de éste insertados son cuatro, tienen un carácter didáctico-religioso y llevan por título respectivamente “La envidia de los ángeles”, “Aleluya”, “Sonecillos” y “Pange, lingua”, siendo acompañados por unos ingenuistas grabados de Collado. En el caso de “Pange, lingua”, dominado por una alusión gráfica al misterio de la Eucaristía, este poema aparece fragmentado, reproduciéndose las tres primeras estrofas y la octava y última.

Los tres volúmenes de *Cordialidades* evidencian de manera clara como un número apreciable de autores del modernismo tradicional fue utilizado para inculcar una ética conservadora y ultracatólica en la juventud de la posguerra. Entre estos autores, además de Ricardo León, se encontraban Salvador Rueda (“El mirlo”, “La siega” y “La barca del Moncho”), y Francisco Villaespesa (“Crepúsculo campesino”, “La rueca”, “El anillo de la reina”, “La hermana”, “La caperucita encarnada”, “Blanca Nieves” y “El sueño de cenicienta”), al lado del gran representante de nuestro primer modernismo de altura: Juan Ramón Jiménez (“Las flores bajo el rayo”, “La estrella”, “El niño pobre”, “La cojita”, “¡No es nada!”, “La carbonerilla quemada” y “Lo que vos queráis, señor”). Igualmente aparecen estrofas modernistas como las de Rubén Darío (“Marcha triunfal”), José Asunción Silva (“Oración”), Amado Nervo (“El puente”), Gabriela Mistral (“La lámpara”) y Juana de Ibarbourou (“La higuera”), o de netotradicionalismo como las de Eduardo Marquina (“El Baleares”), Adriano del Valle (“Romancillo en honor de la Inmaculada Virgen María”),

Manuel Machado (“El Niño Divino”) y José María Pemán (“Yo me levanté a la aurora”).

Respecto a obras de textos para la enseñanza oficial de la literatura relacionadas con nuestro autor, hay que recordar la *Antología de Literatura* publicada por la firma Edelvives en 1958 para el sexto curso de bachiller, y la *Lengua Española* editada por la misma casa en 1963 para el segundo curso. En el primer caso, aparece bajo el epígrafe “La novela novecentista” un fragmento del primer capítulo de *El Amor de los amores*, titulado “Excelencias de Castilla”. Y en el segundo caso, aparece con el título de “El viejo de las barbas de nieve” un fragmento de *Casta de hidalgos*, que es además objeto de un cuestionario de comentario de textos: una de cuyas preguntas es “¿Qué sabes de Ricardo León?”. También se inserta en este volumen del año 63 una foto y una pequeña nota biográfica de Ricardo León, del que se dice fue “periodista, poeta y novelista malagueño. De gran patriotismo y espíritu católico... El estilo de este escritor es rotundo y sonoro” (515).

Ricardo León forma así en principio con la mayoría de los poetas citados como integrantes de la aportación tardomodernista a la referida obra en tres volúmenes *Cordialidades*, un elenco de autores recomendados por las autoridades culturales del régimen salido del conflicto civil de 1936-39, autoridades que cuidaban mucho las características morales y estéticas de la literatura que se ofrecía a los niños y jóvenes españoles de aquellos años. Pero, tras este apoyo formalista, realidad el nombre y la obra de Ricardo León comenzaron a deslizarse sin remedio hacia la ignorancia entre las generaciones de lectores surgidas de la posguerra.

Existe aquí un interrogante difícil de contestar, y que solo admite especulaciones que van desde la inquina de ciertos círculos ultraconservadores o neofascistas que no perdonarían a nuestro escritor su supervivencia en el Madrid republicano, hasta la reorientación liberal de la Iglesia a comienzos de la década de los cincuenta. Amen del hecho de estar

su corpus doctrinal más cerca de la Comunion Tradicionalista (el Requeté y el Carlismo) que de la Falange, siendo que la segunda perviviría en el aparato del régimen, mientras que la primera sería absorbida por este aparato y luego vaciada de contenido. Conviene remarcar además que las relaciones de León con la Falange nunca fueron explícitamente fijadas y conocidas, pues si bien sería el periódico de la intelectualidad falangista *Arriba* quien paradójicamente, junto al monárquico *ABC*, dedicaría más líneas a su recuerdo, nunca se produjo una confluencia clara entre nuestro escritor y la élite de la Falange. Al respecto, cabe reseñar que Ricardo León no dedicó ningún poema o panegírico al fundador de aquella, José Antonio Primo de Rivera, en tiempos de en que esto era casi obligado; como sin embargo si hicieron, entre otros, Eugenio D'Ors ("José Antonio lucha con su ángel"), Eduardo Marquina ("Soneto a José Antonio Primo de Rivera"), Manuel Machado ("Oración a José Antonio"), José María Pemán ("José Antonio"), Adriano del Valle ("Epitafio a José Antonio", un poema donde, por cierto, se equipararía al fundador de la Falange con el símbolo modernista del cisne, tomado también como emblema por el sindicato de estudiantes falangistas S.E.U.), Luis Rosales ("Soneto a José Antonio, que descubrió, expresó y defendió la verdad de España. Murió por ella"), Pedro Laín Entralgo ("Soneto a la manera de Quevedo en honor y memoria de José Antonio Primo de Rivera") y Gerardo Diego ("Soneto a José Antonio").

Así, sin poder ser considerado un mártir para unos, y quizás cada vez más molesto para aquellos otros que por unas u otras razones querían alejarse de las secuelas y ropajes autoritarios de la guerra civil, Ricardo León pasó a engrosar las arcas del olvido, mientras su literatura comenzaba a ser desbordada por escuelas más imbricadas, desde una postura de realismo social, en la nueva realidad española.

En la columna de *ABC* escrita por Mariano Daramas y recogida más arriba, éste apuntaba a finales de diciembre del 46, es decir, todavía en plena

posguerra española y un año después del fin de la guerra europea, que “La clave de esta desconcertante mutación (el paso de Ricardo León de la fama al olvido) no obedece tanto a consideraciones de carácter estético cuanto a razones de naturaleza psicológica y social. Más que un fenómeno de sensibilidad literaria lo que se plantea aquí es un caso de inadaptación personal... Otros adquirieron la fama de un individualismo más supuesto que cabal; él provocó los inconvenientes de una soledad menos airada que melancólica... A Ricardo León la bohemia le salía de dentro. Manirroto y caritativo, no supo llevar su propia contabilidad, aunque durante muchos años hubiera trabajado en las ventanillas del Banco de España... Si su trato podía frisar en lo zalamero, su gusto por la soledad rayaba en la misantropía... Pretendió ser, y acaso fuera, aquel espejo de hidalguía sentimental y heroica que restó realismo a alguna de sus novelas e hizo de sus ensayos breviario y prólogo de lo que luego escribieron los Maeztu, los Pradera, los Marquina, los Pemán... Se ajeno al periodismo no menos que a los salones y los cafés. Abandonó el ágora y esquivó a la muchedumbre, a todas las muchedumbres. Su obra, empero, le sobrevive con savia aumentativa. Novelas, cuentos, diálogos, poesías, ensayos que, pese a resonancias y arcaísmos, componen toda una sinfonía -la última por ahora-del idioma castellano”.

Estas líneas, tan bien intencionadas en lo personal como críticas en cuanto a la posible actualidad de la obra de Ricardo León ya en aquel año, sitúan el problema del rápido olvido de nuestro escritor en un plano psicologista de difícil aceptación. cierto es que León debía estar a partir del conflicto del 36-39 cercano a la misantropía, hecho lógico si se contemplan sus vicisitudes personales en el marco de la desolación y miseria generalizadas, pero esa tendencia al aislamiento individual no explica que su obra fuera siendo relegada. ¿Acaso Pradera, Rodríguez Marín o Maeztu podían desde el más allá hacer de publicistas de sus obras? No, y sin embargo aquellas siguieron de actualidad durante décadas. Claro está

que en el caso de Maeztu su legado era muy superior a los del resto, León incluido, pero ello no supone el aceptar una visión individualista e idealista del problema. No supone, por ejemplo, que la presencia o no de un autor, vivo o muerto, pueda achacarse a las características de la personalidad de éste, sino más bien al entramado de poder y propaganda que se ponga a su servicio o decida obviarlo. El hecho es que León no ocupó un lugar similar a los de Marquina y Pemán, y su perfil fue superado en cuanto a difusión en el nuevo régimen por autores más antiguos, como los hermanos Quintero y hasta Pedro Antonio de Alarcón, o más jóvenes, como los Giménez Caballero, García Serrano o González-Ruano.

Sin embargo, y precisamente de César González-Ruano, existe una carta en el archivo de Ricardo León que pone de manifiesto como nuestro ya venerable escritor mantuvo quizás sus influencias en instituciones y jurados literarios hasta sus días finales, por encima del hecho de que su obra empezara a ser menos valorada por lectores y críticos. Esta carta, escrita con membrete del madrileño Café León, sin fecha, pero que por su contenido puede situarse entre 1941 y 1943, evidencia el carácter de anciano protector que León había adquirido; en ella González-Ruano dice un tanto adulada e interesadamente: “Hace unos días le enviaba a usted un recorte en el que se mencionaba una obra debida a su pluma. Perdóneme usted la insistencia de escribirle de nuevo... Deben ser estos días los definitivos para el fallo del Premio Mariano de Cavia. He sido encomendado a la benevolencia del Marqués de Lema y a la del Conde de Gimeno. Al uno me recomendó José Félix de Lequerica y al otro el Marqués de Villa-Urrutia. Si no tengo seguridad alguna para que ellos me propongan, si confío en que sería fácil que se unieran a un parecer de usted, que por su gran solvencia literaria ha de ser la voz inspiradora, sin duda, en cuanto se haga. Yo le pido a usted, mi buen amigo, que no me olvide un momento. Litigo en estos instantes muy importante pleito en mi carrera literaria de esfuerzos

continuos, viviendo solamente de mi pluma en esta sociedad de las letras que usted conoce y que es dura, fría y tantas veces cruel. De los dos artículos enviados, uno de ellos, el que se refiere al lenguaje castellano con motivo de un discurso de Don Miguel de Unamuno, acaso este escrito con cierta discreción literaria. En fin.. Yo, querido y bondadoso maestro, vivo estos días sin vivir en mí. Y confío en Dios y en su buena disposición para mí. Perdoneme, le insisto, y pongame a los pies de su señora, reciba el testimonio de admiración, amistad y agradecimiento”.

Otro testimonio de la relevancia del perfil notable que Ricardo León mantenía en esos años es una carta remitida a nuestro escritor el día 14 de abril de 1943 por el escritor madrileño Emilio Carrère. Existente en el archivo familiar de León, en esta carta Carrère efectúa la siguiente petición: “Me informa Ortiz de Pinedo de la súbita rectificación de juicio que ha hecho la Academia en la concesión del Castillo de Chérel. Me parece Julio Camba digno de todos los galardones, pero creo que yo también. Por mi larga historia de trabajo, por firmeza de ideales españoles, merezco alguna consideración. El desahucio, para mí, sería demasiado injusto, tanto más cuanto que hasta la aparición inesperada de Camba -creo que fuera del plazo de admisión- el premio me estaba prometido. Yo no quiero eliminar a Camba. Me parece justo que el premio Chérel se reparta. Para esto, le escribo. Confío en que Vd., por parecerle legítimo, apoyaría en la Academia, esta insinuación mía. Usted conoce mi labor cotidiana: si los elogios que Vd. me ha otorgado no eran mera fórmula de cortesía, le ruego apoye mi modestísima insinuación de la repartición del premio. Al cabo de cuarenta años de escribir, labor arriesgada durante los días del terror rojo -Vd. lo sabe bien-, creo que la Academia me debe alguna deferencia, como escritor y como español”.

De igual forma, se encuentra en el archivo de León, conservado en su villa “Santa Teresa”, una nota muy directa de Fernando Luca de Tena,

presidente del consejo de administración de Prensa Española (*ABC*). En esta nota, fechada el día 14 de febrero de 1942, se indica muy lacónicamente: “Don Adriano del Valle, presenta su libro *Arpa fiel* al premio Fastenraht instituido por la Academia Española. Por tratarse, además de un buen poeta de un gran español, me permito rogarle preste especial atención a su obra, digna de los mejores elogios”.

Y junto a esta nota, reposa otra no menos reveladora, a favor del falangista Samuel Ros y firmada en esta ocasión por Azorín el día 23 de noviembre de 1943, muy poco antes de la muerte de Ricardo León. El autor de *Castilla* hace en ella una nítida petición: “Samuel Ros se presenta al concurso nacional de cuentos; usted es miembro del jurado. Samuel Ros es un excelente cuentista; creo que su cuento será el mejor que se presente. Y yo le ruego a usted que preste atención al caso”.

Este papel de Ricardo León como benefactor y protector de jóvenes escritores debió ser bastante conocido en la última época de nuestro escritor, pues en su archivo personal se amontona cierto número de cartas con peticiones de apoyo o recomendación. Uno de los casos más curiosos y significativos en este ámbito es el del hoy Premio Nobel Camilo José Cela, quien en 1942 requirió ayuda de León con el fin de encontrar editor para *La familia de Pascual Duarte*.

Tres son las cartas enviadas por Cela en torno a este asunto a Ricardo León. La primera, fechada en Madrid el 31 de marzo del 42, indica de manera muy expresiva: “Hace unos días estuvo a visitarme el escultor Fausto, quien me trajo noticias de usted; ya se figurará con que alegría las he recibido. Por él me enteré que su imaginación y su atención continúan trabajando infatigablemente en sus nuevas obras; en esas nuevas obras que los amantes del bien decir y del honrado pensar esperamos ya con impaciencia. He leído -no se figurará usted nunca con que fruición- y releído sus *Amor de caridad*, *Alcalá de los zegríes* y *Varón de deseos*,

que tuvo la gentileza de dedicarme. Si para cualquier lector el conocimiento de su Obra supone siempre un manantial inagotable de bellas sensaciones, calcule usted, mi querido don Ricardo, qué no supondrá para, quien como yo, inicia con torpe paso la penosa y larga senda que usted tan gloriosamente no se fatiga de coronar una y otra vez. Después de leer cualquiera de esos libros suyos últimamente releídos, surgieron en mi, y al tiempo, la duda y la necesidad. La necesidad de volver de nuevo a la página primera; la duda de como hacerlo, si dejándome arrastrar por la fuerza de la prosa, pendiente solo de gozar en su lectura, si analizando, aguzando el mirar y el entender, su contenido y su forma de haberse hecho, cosas ambas de tan fructíferas enseñanzas para quienes empezamos. De la una y la otra forma fueron sus páginas repasadas; lo único que se me ocurre confesar después de haberlo hecho, es que mi perplejidad está llegando al límite. Yo sigo en la cama. Mi dolencia es larga y cualquier precipitación podría echarlo todo a perder. El anuncio radiante de la primavera me ha traído de nuevo la alegría que me empezaba a faltar y la confianza que el frío invierno se obstinaba en quitarme; hoy siento mis fuerzas renovadas y esos brotes de verdor que se presienten de un momento a otro rompiendo las ramas de estos árboles que desde mi calle me acompañan, me hacen mucho bien con su señal de vida. La única sombra que la primavera deja vagando suelta, inaprensible, por mi alma, es el recuerdo involuntario del otro tránsito: del otoño.

Confiemos en haber hecho acopio de fuerzas para entonces. Sigo buscando, si bien vanamente por ahora, editor para mi Pascual Duarte. A veces desespero y pienso que mi novela no merece los honores de la edición; paso entonces momentos amargos en que la desazón me invade y el más cruel de los desalientos -el desaliento que hay que llevar a solas, como una maldición- se apodera de mi. Este estado psicológico me dura, como un sarampión, varios días, al cabo de los cuales un amigo con una

visita oportuna, una carta que llega a tiempo, mi novia con una actitud feliz (la pobre se esfuerza como una santa en hacerme más llevadera la enfermedad) disipan las nubes de la tristeza tras las cuales vuelve a aparecer -¡siempre el mismo ciclo!- el sol de la alegría. Le agradecería que la copia que tiene usted de mi novela se la entregase a Fausto para que él a su vez la hiciese llegar hasta mi. Como (ni que decir tiene) la primera visita que el médico me autorice a hacer ha de ser para usted, a quien me atreveré a seguir agobiando con mis impertinentes lecturas, y como de momento esa copia puede servirme para enviársela a cierto editor que voy a tantear, es por lo que me permito molestarle a usted con este párrafo. Y ya puesto a molestar, lleguemos hasta el final. ¿Podría usted indicarme la forma por la cual podría hacerme con los discursos de los académicos de la Lengua en sus tomas de posesión?”. Sorprende un poco el tono neorromántico de algunas palabras e imágenes de esta carta escrita por Cela, un autor que ya en aquellos momentos cabría situar dentro de la órbita del realismo, y sorprende también la constatación de las dificultades que para lograr ver impresa *La familia de Pascual Duarte* tuvo que sufrir el hoy Premio Nobel.

La segunda carta de Camilo José Cela a Ricardo León es del día 4 de febrero de 1942, fue enviada también desde Madrid y en ella se responde a una carta del autor de *Casta de hidalgos* que no se conserva el archivo de la Fundación Cela. En estas líneas, el entonces joven autor señala: “Acabo de recibir su carta, entrañable y alentadora como suya, que me ha traído un gran consuelo a mi corazón: a este corazón que se resiste a dejarse invadir por la amenazadora melancolía que le ronda desde hace ya más de un mes... Sus palabras, caritativamente optimistas, han obrado como un bálsamo beneficioso sobre mi estado de ánimo, pero sus esperanzas de ‘verme pronto’ por ahí han sacudido mi sensibilidad casi hasta el llanto. Ni me quejo ni caigo en el pesimismo, pero... ¡se hace tan dura la inacción cuando hay tantas cosas por hacer! El libro está escrito, y yo, que me forcé por escribirlo, estoy enfermo (lo que es peor: clavado al colchón como una

lapa) y veo pasar los acontecimientos, los tiempos y las ocasiones, con menos paciencia, ciertamente, de la que necesitaría. Quizás me llame usted impaciente y quizás acierte... Mi salud, aunque con lentitud, va mejorando, y es ya -gracias a Dios- no tan demasiado mala como para no permitirme escribir; he empezado una nueva novela -"La última carta de Sir Jacob, joven sentimental"- porque, aunque todavía no sé que es lo que acabará ocurriendo con Pascual Duarte, siento crecer en mí, con mayor fuerza si cupiere, la necesidad de enfrentarme con el montón de blancas cuartillas, ese montón de blancas cuartillas, que habrá de conducirnos al más glorioso de los éxitos... o a la más negra de las desazones y al más rotundo de los fracasos".

De sorpresa en sorpresa, resulta curioso el tono casi depresivo de esta carta, escrita por un Cela que ya entonces tenía fama de resistente y enérgico, al tiempo que sabemos por ella del proyecto de una novela titulada "La última carta de Sir Jacob, joven sentimental" que Cela no llegó nunca a escribir, y finalmente parece quedar de manifiesto que León trataba con cierta familiaridad a Cela, a pesar de lo diametralmente opuesto de sus respectivas formas de hacer literatura.

La tercera carta fue remitida por Camilo José Cela desde la localidad madrileña de Hoyo de Manzanares el día 11 de agosto de 1942, a la villa "Santa Teresa", donde residía Ricardo León, entre Galapagar y Torrelodones. Esta carta, más breve que las anteriores, sirve a Cela para insistir en el asunto central de su relación con León en aquel tiempo: la edición de *La familia de Pascual Duarte*. Dice Cela en su nueva misiva: "Hace ya algunos días, le llame por teléfono a su quinta con tan mala suerte por mi parte que, justamente en aquella ocasión y según me comunicó la femenina voz que desde allí hablaba, usted se encontraba en Madrid. El objeto de mi llamada fuera el acusarle recibo de mi Pascual Duarte que pocos días antes había tenido su hijo la amabilidad de llevarlo a mi casa. ¿Sería mucho pedir que desde esa Quinta Santa Teresa, donde tantas bellas

páginas ha firmado usted, me escribiese un breve juicio crítico que me sirviera de orientación? Ya en Madrid, cuando acabe el estío y si Dios quiere, podré ir a visitarle y a gozar de nuevo de inolvidables tardes pasadas en su despacho, porque mi salud, si bien lentamente, se va consolidando. Que Dios lo haga”. Al margen de la religiosidad de que hace gala Cela en estas líneas, poco perceptible, por cierto, en su obra literaria o en sus colaboraciones periodísticas, se observa en ellas la existencia reiterada de dificultades para dar a las prensas las páginas de *La familia de Pascual Duarte*, y no se explica como estando tan cerca Cela y León en aquel verano -de Hoyo de Manzanares a Torreldones y Galapagar hay muy pocos kilómetros-, el primero no lleva personalmente su original hasta las manos de su mentor; sobre todo dada la muy próxima relación que al parecer había entre ambos (subrayemos al respecto la línea que dice: “a gozar de nuevo de inolvidables tardes pasadas en su despacho). Hubiera sido muy esclarecedor encontrar el requerido por Cela “breve juicio crítico” sobre *La familia de Pascual Duarte*, si es que éste llegó a ser hecho por León. De todas maneras, la gran novela de Cela conseguiría ser publicada en diciembre de ese mismo año, a cargo de la editorial madrileña Aldecoa. Si bien no sabemos que parte tuvo Ricardo León en la publicación de *La familia de Pascual Duarte*, si consta cierto agradecimiento de Cela, pues en un ejemplar de la primera edición de la novela conservado en la biblioteca de León existe una dedicatoria escrita el día 20 de diciembre de 1942, en la cual se expresa: “Para don Ricardo León, que tanto sabio consejo me tiene dado, con toda la admiración y todo el respeto que su obra y su vida ejemplares siempre me han causado, y con la amistad más sincera de su devoto servidor”.

La consideración a la figura y obra de Ricardo León se mantendría viva durante ciertos años en algunos círculos literarios, gracias al aprecio personal que por nuestro escritor mantenían bastantes autores de aquel tiempo. Uno de ellos, el arabista Emilio García Gómez, envió a la viuda de

Ricardo León, Carmen Garrido, una carta muy reveladora al respecto. Esta carta, remitida desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y fechada el 20 de febrero de 1945, señala: “Con verdadera y profunda gratitud he recibido la felicitación que, en nombre suyo y de sus hijos, a quienes ruego salude en mi nombre, ha tenido Vd. la amabilidad de dirigirme con motivo de mi elección para la Real Academia Española. Admiraba muchísimo a su inolvidable esposo (q.e.p.d.), y se que él me estimaba más de lo que merezco. Estoy seguro que, de vivir, se hubiera alegrado de mi elección y hasta la hubiera preparado. Figúrese Vd., pues, cuánto agradezco el cariñoso recuerdo que me dedican Vds. Me es gratísimo, con este motivo, ponerme incondicionalmente a su disposición y ofrecerme de Vd. atento amigo y servidor”.

Sin embargo, y junto al recuerdo emocionado de amigos y admiradores como Emilio García Gómez, comienza a crecer cierta sensación de arrumbamiento de la obra literaria de Ricardo León. Hecho que revela, por ejemplo, un tosco plagio sobre uno de sus relatos acaecido a primeros de 1945, y protagonizado por un tal Faustino Fuentes. Esta cuestión, que muestra como León era al tiempo leído por unos pocos y paulatinamente olvidado por la mayoría, fue denunciada en febrero de aquel año por un lector de nuestro escritor llamado Ricardo Panizo en *El Correo de Zamora*.

El 14 de febrero de 1945, este diario publica la siguiente carta del citado lector: “He recibido un paquete de libros, cuyo hecho carece de importancia, por no ser inusitado que otro como yo lector acérrimo y bibliómano impenitente reciba libros. Los libros, y también esto es corriente, venían envueltos en papeles. Entre estos había un ejemplar de *El Correo de Zamora* del 5 de enero del año en curso, lo que ya no es un hecho muy corriente cuando recibo libros. Aunque soy antiguo suscriptor de su diario seguramente algún vecino curioso se llevo aquel ejemplar sin yo leerlo y ello motivó que por entonces no pudiera deleitarme con la lectura del bellísimo cuento que con el título de Camino de Belén publicaron

ustedes con la firma, en cabeza destacada, de Faustino Fuentes. Hizo la casualidad de que en aquel mismo paquete de libros que acababa de recibir me enviaran uno de Ricardo León, del que se ha hecho recientemente una edición bajo el sabroso título de *Olla podrida*. Entre los condimentos que integran esta apetitosa olla figura un cuentecillo que se titula Los Tres Reyes de Oriente y da la rara casualidad de que es igual, exactamente igual, al otro que tengo ante mi vista y que publicaron ustedes con la firma del referido Faustino Fuentes. No recuerdo haber leído nunca ni sabía que el glorioso y llorado Ricardo León hubiera empleado ese seudónimo en sus escritos. Leyendo uno y otro trabajo me ha puesto en guardia el ver que se ha variado únicamente la fecha y en el que publicó el periódico se han suprimido algunos párrafos para actualizar los hechos y sin variar ni una sola palabra, con una exactitud muy perfecta, se ha hecho la reproducción dejando intacto el cuentecillo... Ahora se ha puesto de moda el plagio y no extraña a nadie la noticia de que se ha registrado un nuevo caso. Firmas más leídas y conocidas en todos los ámbitos nacionales han venido a caer en este vicio literario y hasta me parece haberse puesto de moda el coger con descaro versos o prosa en los campos donde florecen con mayor lozanía los mejores ingenios. De ahí que sea un atenuante el que don Faustino Fuentes quiera vivir a la moda”.

Este suceso, relatado con ironía por el ilustrado lector Panizo, subraya la afirmación que venimos haciendo en torno al desplazamiento de León respecto a los gustos de las nuevas generaciones de la España de la posguerra. Pues si alguien se atreve a efectuar un plagio de un escritor es porque piensa que éste y sus obras ya no son conocidos, y si un diario cae en la aceptación de ese plagio es porque desconoce el texto original de referencia. La cosa es más grave aun, si tenemos en cuenta que la edición de *Olla podrida* a que hace referencia el avisado lector Panizo sería la cuarta, impresa en 1943 por Victoriano Suárez en Madrid, y de la que ya dimos cuenta en su momento.

Con posterioridad a la muerte de Ricardo León, entre el amplio espacio de tiempo que va de 1945 a 1969, la editorial Espasa-Calpe publicó en Madrid y dentro de su colección de bolsillo Austral, varias ediciones de *Casta de hidalgos*, *Jauja*, *Desperta ferro!*, *Las siete vidas de Tomás Portolés*, *El Amor de los amores*, *Alcalá de los zegríes* y *El hombre nuevo*.

Sin embargo, en los años cincuenta apenas se ven en la prensa reseñas, críticas o artículos dedicados a Ricardo León, destacando únicamente dos textos publicados en los diarios *Pueblo* y *Arriba* a comienzos de la década, y media docena impresos en los tres últimos años de la misma en *Diario Español*, *ABC*, *La Vanguardia* y *Madrid*.

El día 6 de diciembre de 1951 aparece en *Pueblo* el recordatorio de León en el aniversario de su muerte, a cargo de R. Majo Framis y titulado “In memoriam”, donde, entre otras cosas, se dice: “¿Era un novelista excepcional? si; lo era, y el tiempo le añade vivencia, cuando tantas otras famas contemporáneas se hacen como delgadas sombras. En su tiempo tenía la devoción del gran público... también fue tempranamente académico. He aquí dos, público verdadero y Academia oficial, y, en este caso, quizá por extrañeza coincidentes, dos a los que no podía perdonar la vaga crítica mordiente de mesa de café. ¡Un académico con adhesión popular!” Era una postura fácil del despecho sentirse en la soledad rica de una estética incomprendida, y porque Ricardo León escribía un elocuente castellano motejarlo de antiguo, altisonante, abundoso, autor de endecasílabos introducidos en la prosa, inactual. Y también decir de sus personajes que eran de papel, cuando sangre caliente y arterial, sangre, que no tinta, circulaba por las arterias de ellos, como se dijo de los de Balzac... El poder de vitalidad y permanencia que poseen los personajes creados por Ricardo León, no inferior en esto a Galdós, aunque su galería de tipos sea mucho más corta, lo acredita esa constancia en la venta y demanda pública que sus libros tienen. Hay aquí un resistir de la obra, que, acaso, supera a la misma resistencia que para el recuerdo tiene el nombre del autor”. Por su parte, el

diario *Arriba* divulga el día 19 de febrero de 1953 un discurso pronunciado en el Banco de España en la tarde anterior por el Ministro de Trabajo, Girón, con motivo de la imposición de la Medalla de Oro de la Previsión Popular al conde de Benjumea, gobernador de dicho banco. En ese discurso el líder falangista glosa a uno de los artífices de la prosperidad del banco, Francisco Belda, indicando al respecto que éste “acertó con el mayor lujo del espíritu que cabía imaginar en un banquero de su época: el de tener su despacho comunicado con el de un gran escritor y un hombre excelso por muchos motivos, artífice del idioma, alto paladín de los ideales españoles más puros y que del pupitre de cuentas corrientes de una sucursal saltó a un sillón en la Real Academia Española y fue el amigo, el protegido y hasta un poco el entrañable secretario de don Francisco Belda: Ricardo León, funcionario del Banco de España y gloria de nuestras letras”.

En un inopinado rasgo de generosidad ultramarina, que vino a refrescar el perfil latinoamericano de Ricardo León y a probar como en su momento también tuvo lectores en la América que hablaba español, *El Diario Español* de Montevideo publicó el día 11 de octubre de 1957 un texto firmado por Arturo E. Xalambrí con el título de “Ricardo León, gran glorificador de España”. Xalambrí, que era un firme admirador de nuestro escritor en Uruguay, y además una firma españolista y de estilo rancio, deja entrever que no todo habían sido mieles en la proyección internacional de León.

Afirma el colaborador de *El Diario Español* en este aspecto que “hemos de traer a R. León a elevado reconocimiento porque existe, aunque con intento vano y ruin, el contubernio ideológico, solapada o descaradamente amoral e irreligioso, que se ensaña en herir y talar a los mismos robles y cedros de las letras si en suelo católico y hondo arraigan, airosos se yerguen y sombrean los anchos caminos reales de la literatura magistral. Mas, la propia robustez y lozanía de estos cedros y robles del alto pensamiento, del ingenioso imaginar, del cristiano discurrir y del escribir bello, mellan el hacha de la crítica de iniquidad y malevolencia que les

quiere destruir. Empero más refulgen y perduran en el mismo hachazo, sus nombres insignes, que ni el tiempo, sepulturero de famas, podrá borrar ni la encrespada envidia desmerecer. Y por eso la plúmbea lápida con que se ha osado enterrar la obra múltiple, tan personal y tan egregia, tan henchida de españolismo de Ricardo León, único en su estilo y estilo de entenderlo todos, se ha trocado en resonante bronce que proclama de sus treinta volúmenes la reciedumbre y gallardía de su concepción tradicionalista básica y la excelsitud de su finalidad atendido a lo moderno: Dios y España, el honor y el amor, el hombre en derrota por sus claudicaciones materialistas y el hombre superándose y victorioso por las virtudes de la estirpe hispana”. Seguidamente, y tras subrayar el valor de la edición de las *Obras completas* en dos tomos de Biblioteca Nueva, Xalambrí señala que “Lamentabase Antonio Capmany, en el siglo XVIII y en obra toda de oro por su didáctica, que la mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace medio siglo que no salen a la luz pública. R. León no se atuvo a desenterrarla, sino que bregó por traerla a nueva y milagrosa vida en sus libros, con maravilla de su resurrección para el mundo de sus lectores. Flamante Lázaro resucitado por un gran amor ha sido la lengua: el grande y sapiente amor de R. León a las casi ignoradas y pretéritas excelsitudes de España; gran amor entrañado en su cultura, en su arete y en su ingenio y en su mística y en el vivir ascético. Su estilo rejuvenece lo arcaico y entona de patina los neologismos. A la vez rechazaba y fustigaba los figurines literarios, chillones o de nebulosidad, de extravagancia y alocamiento, tanto en el habla cuanto en las constumbres. Y con mayores bríos y recias razones y hablando elocuencias y contundencias por sus personajes, arremetía y fustigaba a los espurios de España que con vergonzoso pesimismo, derrotistas y pusilánimes, vejaban su tradición cristianísima, gigantesca y envidiada y gloriosa como no lo ha sido nación alguna... Su vida de escritor es un aleccionamiento altísimo de la hombría inquebrantable, de la virtud sin concesiones bastardas, del mensaje con

médula en el Evangelio de Cristo y con la maestría y las entonaciones del dolor cristiano, que en éste tuvo hondo aprendizaje, y se templó con la valentía de asceta típicamente hispano. Hombre de hogar y de libros... leal en la amistad y aún con los desleales; con el perdón para los que pagan con envidias y rencores bienes recibidos; con un pundonor y valor del caballero católico que pone todo su vivir en saber morir. Y tanto supo de éste morir, que negó pompas y honras y exequias solemnes a su cuerpo cuando su alma no lo habitara y dispuso que yaciera en tumba innominada”. Para finalizar, y como sorpresa última que revela la existencia alguna vez en tierras americanas de un germen de escuela literaria centrada en León, Arturo E. Xalambri suma a su texto un colofón lírico de otro autor: “Vaya como epitafio de gloria para la pluma inmortal en que se mira España imperecedera, esta estrofa del insigne poeta leonista R. P. Félix Cruz Ugalde:

“Murió el brioso León,
aquel del decir rotundo
todo lumbre y emoción,
orgullo y gala y florón
de la que es Madre de un mundo”.

Por encima de esta curiosa muestra de las devociones que Ricardo León suscitaba al otro lado del mar, donde quizás su nombre tenía todavía mayor actualidad que en su propia patria, nuestro escritor no fue objeto de atención en la prensa de los años cincuenta más que ocasionalmente. El diario *ABC* del día 3 de octubre de 1957 ofrece a sus lectores un breve artículo de Domingo Manfredi Cano, “Sobre Andalucía”, en el cual se evoca la especial relación de Ricardo León con la Andalucía donde creció y que tan bien conocía. Realmente, el muy posiblemente andaluz Manfredi

Cano se sirve de León solo para glosar su tierra, pero de alguna manera este artículo reaviva un poco el interés por nuestro escritor, un interés que curiosamente resurge, aún de forma tenue, para concentrarse en el año 1957.

En su texto, Domingo Manfredi Cano comienza por indicar con cierta grandilocuencia y ambición: “Tomemos para examinarla la obra de un maestro: Ricardo León. Podríamos haber tomado la de Pemán, la de Pérez de Ayala, la de los Machado o la de Rodríguez Marín. No hay escritor de buena casta literaria que no haya sentido el tirón afectivo del duende andaluz y haya dejado de asomarse al abismo del deseo de interpretarlo. Habría para escribir un libro, tal vez una especie de Diccionario de lo andaluz, si alguien tuviera tiempo, paciencia y talento para ordenar todo lo que sobre Andalucía se ha dicho, ya para bien y para mal. Pero ahora bastará para mi intento con acudir a Ricardo León”. E inmediatamente después el articulista parafrasea a nuestro escritor, recordando que “Para él Andalucía ha sido y sigue siendo la madre de las soleras patrias, la bodega del más añejo hispanismo, la lía de este caldo generoso de la sustancia nacional. Para Ricardo León era absolutamente cierto que si llegara un tiempo en que toda España se hubiese adulterado, como un vino artificial hecho con algo que no fuera uvas, bastaría el jugo permanente de las cepas andaluzas para restituir a los odres el buen olor y el buen paladar. Para aquel ilustre maestro de escritores, Andalucía era y representaba la seguridad de una permanencia, de una fidelidad y de una autenticidad de lo español”. Y por último, cita de nuevo Manfredi Cano al autor de *Alcalá de los zegríes* y *Jauja* como cierre de su texto: “Volvamos a Ricardo León: Cuando los vinos de la Patria sepan a agua, bastará volcar en ellos un poco de Andalucía para volverlos a resucitar; aquella tierra es como esos grandes bocoyes viejísimos y saturados de vinos nobles, en los que cualquier vino que se eche se ennoblece y purifica”.

Junto a su pintoresquismo, este artículo tiene la característica de reabrir un espacio de muy mesurado interés periodístico por la vida y obra de Ricardo León, un interés que sin embargo sólo parece remozarse de vez en vez con ocasión de los sucesivos aniversarios de su muerte. Así, y salvo un texto de evocación impreso el día 1 de marzo del 58 en *La Vanguardia Española*, y firmado por J. Ortíz de Pinedo, el resto de las líneas dedicadas a León en la prensa de los años cincuenta suele aparecer en las cercanías del mes de diciembre, en el cual murió el escritor.

Ortíz de Pinedo, quien parece ser un admirador neto de León, da a su artículo el título de “Un español glorioso”, y en él recuerda en primer lugar: “Recientemente se ha cumplido el duodécimo aniversario de la muerte de Ricardo León. Este nombre es de aquellos que merecen la recordación más entrañable por lo que significó en vida el hombre y por lo que significa, con caracteres de perpetuidad, su obra fecunda, más que por lo extensa, por lo penetrante y vivificadora; obra cuya voz se expandió y resonó por todas las latitudes de la América española y en los ámbitos europeos y norteamericanos formados por los hispanistas y devotos de nuestro idioma. El estilista impecable, el novelista, el poeta, el pensador y autor de ensayos, tuvo un público adicto y entusiasta de su labor magnífica”. Luego, y tras subrayar que León había nacido en Barcelona “para honra de la hermosa Ciudad Condal”, Ortíz de Pinedo resalta que éste “Fue un español auténtico, arrancado al temple de otras edades para vibrar en la nuestra con el ímpetu insobornable del hombre que convierte en religión, en sacerdocio su trabajo de artista; que se da por entero a su obra y a su patria, que en su producción nada hay que no sea ejemplo y enseñanza, aliento y estímulo para el bien y el amor, poesía de los humildes y aroma de lo sencillo y al parecer insignificante. Y porque era un español de clara estirpe intelectual y espiritual fue por lo que en sus novelas *Roja y gualda* y *Bajo el yugo de los bárbaros* dio el toque de clarín, el aviso, la llamada que anunciaba la explosión marxista para que amaneciese la España de Franco”. Finaliza este

singular texto con una aseveración en similar tono a la anterior: “Afirma (Ricardo León) la inmortalidad de una España cristiana y católica frente a la avanzada roja. Las doctrinas disolventes, las utopías moscovitas con su desprecio por la libertad del hombre y su iniciativa privada, no podrán arraigar nunca en nuestro suelo. La naturaleza española es inmune a tales virus”.

Ortíz de Pinedo escribía el día 6 de diciembre del 58 otro artículo sobre Ricardo León, esta vez en *ABC* y con el título de “Un ingenio español”. Con un estilo similar al del texto publicado en *La Vanguardia Española* diez meses antes, el admirador del autor de *Casta de hidalgos* y *Bajo el yugo de los bárbaros* manifestaba: “Se cumplen ahora os tres lustros de la muerte de Ricardo León. El paso del tiempo no ha marchitado su obra, ni siquiera la ha envejecido, pese a las nuevas modalidades y los aires nuevos de las letras. Viva está y lozana con la vida inmarcesible de la auténtica belleza literaria. Y por el aliento que la anima, por su elevación, por su espíritu de humanidad sea cual fuere el motivo a tratar. Pluma la suya que ennoblece cuanto toca, que dignifica lo bajo y lo plebeyo, que extrae lo edificante y ejemplar de la vida”. Tras evocar las tertulias a las que a comienzos de siglo al parecer asistía León en Madrid, sobre todo la del Café Universal, Ortíz de Pinedo puntualiza que nuestro escritor “Cuando vuelve los ojos al mundo del pasado, su pluma se recrea en el espectáculo de los nobles valores hispánicos, de la augusta tradición patria, y recoge en cada una de sus glorias y gestas ese latido de España -la heroica y la mística- que viene a constituir el nervio y la esencia más acusada en la obra total del narrador de *Casta de hidalgos*”. Termina este texto laudatorio con una consideración final acerca de Ricardo León: “Fue un español genuino y arraigado en su suelo porque no pidió motivos ni ayudas a la literatura extranjera. Su obra es absolutamente española, no tocada de influencias extranjeras. Fue un español preclaro que supo honrar a su patria. Un español que supo serlo”.

El mismo día que este artículo aparecía en *ABC*, el 6 de diciembre, se publicaba en el diario *Madrid* otro texto también concebido a modo de homenaje a Ricardo León en el aniversario de su fallecimiento. Este texto, muy interesante y ecuánime, titulado “Recuerdo e imagen de Ricardo León”, fue redactado por José Montero Alonso, quien advierte en él que “Lo verdaderamente grave es el desconocimiento. Se juzga muchas veces a un escritor sin conocerle. Se fía uno del tópico, del clisé, del prejuicio... En torno a Ricardo León esa actitud ligera operó a veces. Si muy leído por unos -los éxitos de sus libros figuran entre los más resonantes de la novela contemporánea-, fue por otros desconocido. Se le aceptaron, si, unas cualidades, mas se le ignoraron otras. La frase hecha y el juicio hecho -el prejuicio- se unieron a su obra y su personalidad, quedando así una imagen incompleta y desfigurada del escritor. Academicismo, retórica, tiranía del estilo sobre las otras condiciones literarias. Culto al pasado, extatismo, inhumanidad... Pero ¿es ésta la verdadera imagen literaria de Ricardo León? ¿Explicaría todo eso un éxito y una fama como los que acompañaron a la vida y la obra del extraordinario escritor? ¿Son sólo aquellas las notas distintivas de sus novelas?”.

A estas preguntas contesta Montero Alonso remarcando que “Si la prosa de Ricardo León tiene tantas veces la belleza y la nobleza del mármol, tiene también el calor entrañable del fuego. Bajo sus páginas fluye un arrebatado torrente pasional. Un latir acelerado y recóndito se oculta entre las ricas sonoridades del estilo. Todo un mundo de sentimientos, fervores, éxtasis, rebeldías y angustias vibra entre la malla del lenguaje. No es éste, en Ricardo León, un puro artificio, un despliegue de vocablos certeros y de gracias sintácticas. No es un alarde de primores estilísticos. No es pura forma ese estilo del escritor. Bajo la prosa rica, lujosa, vive la pasión, ceñida aquella a ésta como la piel a la carne”. Y continua luego Montero Alonso en referencia Ricardo León: “Amó ilusionadamente lo español. La relectura de sus libros hace ver la riqueza de matices con que ese amor iba iluminando

páginas y páginas. Místicos, guerreros, caballeros; sueños, grandezas y melancolías de la España eterna viven en la obra de Ricardo León. Pero no nos detengamos aquí. No demos por completa, sobre ese soporte de la pretérito, la imagen del escritor ¿Cómo un espíritu de tan auténtica densidad humana había de limitarse en sus libros a un inmóvil culto de lo pasado? Si, todos han leído *Casta de hidalgos*, *El Amor de los amores* y *Los caballeros de la Cruz*. Pero leed también, los que no lo hayáis hecho, *Los trabajadores de la muerte*, *Roja y gualda*, *Cristo en los infiernos*. Es la segunda parte de la obra del escritor, la que recoge en sus páginas el estremecimiento y el dolor de la vida nueva. Son a modo de espléndidos episodios nacionales; una palpitante galería de hombres y mujeres de nuestro tiempo; un desfile impresionante de ambientes, de fondos, de sueños, de miedos y de heroísmos".

Frente a estas revalorizaciones, más o menos condicionadas por afinidades ideológicas o estéticas de sus impulsores, la herencia literaria de Ricardo León fue objeto en alguna ocasión de duras críticas. Como las contenidas en el volumen *La novela española contemporánea (1898-1927)* de Eugenio García de Nora. La primera edición de esta obra, salida de las prensas de la madrileña editorial Gredos en 1958, dedica a nuestro escritor una parte de su capítulo sexto, junto a Manuel Ciges Aparicio y Concha Espina. Realiza Eugenio G. de Nora entre las páginas 309 y 328 de este libro un recorrido muy crítico sobre los trabajos novelísticos de León, al que considera -parafraseando a Cansinos-Asséns en su preceptiva *La nueva literatura* de 1927- un escritor menor, aunque fue hacia 1914 el más popular y el más leído, heredero en cuanto a grandes tiradas de Felipe Trigo. Pasa revista una por una a las novelas de León, resaltando en ellas el anacronismo de la figura del hidalgo como personaje (*Casta de hidalgos*), el reaccionarismo del espíritu cristiano (también en *Casta de hidalgos*), las formas ampulosas y asainetadas (*Comedia sentimental*), la tendencia al subjetivismo exhaltado (*El Amor de los amores*), el deslizamiento a la

imaginación libresca (*Los centauros*), las deudas con el folletín (*Amor de caridad* y *Cristo en los infiernos*) y la inclinación al reportaje y la invectiva (*Los trabajadores de la muerte*). Salvando en parte únicamente dentro parámetros novelescos las páginas de *Álcalá de los zegríes*, la novela escrita por León en 1909. La conclusión de Eugenio García de Nora viene a ser que “Ricardo León, novelista ha tenido su público y su hora. Muy pocas páginas tuyas pueden interesarnos ya, y casi ninguna por motivos puramente estéticos. Llenas sus obras de tipos falsos, de fabulaciones inverosímiles, de ideología trasnochada (incluso para quienes la comparten en lo esencial), nos parece, hoy por hoy, un difunto literario de resurrección extremadamente improbable” (516). Dejando a un lado el sentido tajante de las críticas vertidas por su autor en *La novela española contemporánea (1898-1927)*, hechas desde unas posiciones de modernidad muy distantes en el tiempo de la época de esplendor en que más escribió Ricardo León, llama la atención el aparente deseo de Nora de criticar lo literario y no lo ideológico en la obra de nuestro escritor, caso de su aceptación parcial de *Alcalá de los zegríes*, deslindando pensamiento y técnica narrativa, y sin atreverse a establecer el nexo natural de unión entre las ideas conservadoras y la estética tradicionalista, lenguaje y construcciones literarias de León.

Desde que acaba la década de los cincuenta hasta los últimos años de los setenta, Ricardo León no es punto de atracción para la prensa, ni mucho, ni poco. Apenas una información divulgada por el diario *Madrid* el día 3 de junio de 1960 rompe ese olvido, y recuerda, aunque de forma colateral, al escritor y su obra. Tal información, firmada por Pedro Rodrigo, colaborador del citado periódico, lleva por título “La novela *El Amor de los amores* de Ricardo León, llevada a la pantalla”. Sus líneas apuntan primero que “Actualmente, siete ediciones de *El Amor de los amores* (Guillermo Kraft de Buenos Aires, una corriente y otra de lujo de Biblioteca Nueva, Planeta, Austral, la de las Obras Completas, una propia y una inglesa, con prólogo de un padre jesuita, encaminada a contrarrestar el protestantismo) lanzan sus

ejemplares a un público que, pese a los esfuerzos y maniobras de ciertas gentes, es fiel admirador del gran novelista. Y también un diplomático alemán va a traducirla al idioma de Goethe”. Prosigue el informador del *Madrid* anunciando que “Ahora, Juan de Orduña, como productor y director de cine, va a plasmar en celuloide el dramático relato que la prosa de León ha llevado a los lectores. El cineasta triunfador con *Locura de amor* piensa hacer de esta película su realización cumbre... Tamayo se ha encargado del guión... Los interpretes del film, provisionalmente, serán Arturo de Córdova y otras grandes figuras. El film va a iniciarse muy pronto en los estudios de Barcelona. No es el primer intento de plasmar una novela de Ricardo León. Muchas de sus obras fueron seleccionadas por varias productoras nacionales. Sin embargo, todavía no las hemos visto filmadas. La responsabilidad de la empresa y, por otra parte, el celo de la familia de Ricardo León para evitar versiones de baja calidad, lo han impedido hasta ahora”.

Por último, curiosa y sorprendentemente, esta nota informativa de Pedro Rodrigo en el diario *Madrid* afirma que “Ricardo León, con su fecunda y selecta producción literaria, está permanentemente en la actualidad bibliográfica, y a esas ediciones a que he aludido antes deben agregarse las piratas, las que furtivamente hacen en algunos países americanos y que escapan al control de la familia del autor”.

Ricardo León se adentra en un espacio de olvido y penumbra, quedando su nombre y su obra relegados a la supervivencia en la memoria de los estudiosos de nuestra literatura y a la permanencia ocasional en antologías o manuales, caso del popular volumen *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, en edición preparada y seleccionada en Madrid por José Bergua. Esta obra miscelánea, en su vigésima primera edición de 1965, mantiene en sus páginas a Ricardo León, con su poesía íntegra “Todo está en el corazón”, entre autores como Francisco Villaespesa y Froilan Turcios.

En 1972 un solitario artículo de José María Pemán en *ABC* desempolvo el recuerdo de Ricardo León, en torno a unas evocaciones del autor de “El divino impaciente” sobre los encuentros de escritores en la Real Academia. Este texto, titulado “Ricardo León”, rememora el éxito pasado de nuestro escritor, comenzando por recordar “el dictamen profesional y reputado de Manuel Machado cuando decía *Ricardo León era ente todo -y sobre todo- un excelente poeta*. A lo que añadiría Adriano del Valle: *Esto quiere decir que la prosa de Don Ricardo León valía tanto como el mejor endecasílabo de todos los tiempos. Sobre su tumba, además del corazón enlutado de España, podrá campear el arpa viuda que preside, al son de sus acompañadas cuerdas, la labor de nuestros mejores prosistas españoles...* Luego los analistas y excavadores de su construcción sintáctica se encontraron con que páginas enteras de la prosa de Don Ricardo estaban atravesadas por la fluyente melodía de una sucesión probablemente involuntaria de endecasílabos. E incluso en otros casos no involuntaria...”

Seguidamente, Pemán precisa: “Pero lo más insospechado de estos leales exámenes analíticos es que nos llevan a la persuasión de que el creador que parecía perdido en un bosque de exigencias estilísticas era el que de un modo más íntegro desembocaba, en su generación, en la más estricta labor de novelista. Después de esas primeras y barrocas sinfonías de su concierto literario, podando ramas y retrayéndose a desnudeces psicológicas y creación de seres humanos componía sus apasionadas narraciones puras como *Comedias sentimentales*”. Y finaliza José María Pemán esta advocación del legado literario de Ricardo León indicando que éste “paradójicamente fue el más severo trabajador de la novela como creación limitada y encajada en unos perfiles de duración y exactitud... En las manos de Ricardo León la novela se va convirtiendo en narración con perfiles y autonomía, como en Flaubert o Mauriac... Ricardo León, interpretado muchas veces como tipo disciplinado y sobrio, proclamó muy a menudo el basamento apasionado de su temperamento y ser”.

A pesar de remitirse a consideraciones anteriores acerca de Ricardo León, como las relativas a su central condición de poeta, luego dado a la prosa tanto en la novela como en el ensayo, y a pesar también del tono algo pretencioso de su exposición, este texto de Pemán tiene el valor inestimable de haber visto la luz cuando ya las dimensiones literarias del autor de *Casta de hidalgo* y *Alcalá de los zegríes* estaban prácticamente reducidas a objeto de investigación para eruditos, y se hallaban muy alejadas del gran público.

Hasta que no se cumpla el primer centenario del nacimiento de Ricardo León, en octubre de 1977, no volverá éste a ser objeto de atención relevante, aunque ocasional, por los periódicos nacionales. El primero en recordar a nuestro escritor sería el *El País*, y tras éste el diario *Sur* de Málaga, *Informaciones* y *Diario 16*, cada uno de ellos con diferente extensión y profundidad. *El País* publica el día 15 de octubre del 77 un excelente artículo de su colaborador Ramón Martínez titulado simplemente “Ricardo León en su primer centenario”. Este texto recuerda a nuestro escritor como “uno de los principales representantes de la evolución del modernismo en la literatura de principios de siglo, continuador de la gran novela de Galdós, Pereda y Valera”. Y recuerda también que “Su obra más conocida, *El Amor de los amores*, alcanzó ya, en la década de los años cuarenta, más de un millón de ejemplares vendidos y representa la plenitud de su estilo, de la técnica y arte novelística del autor... En ella se encuentra cierto parentesco con algunas ramas del teatro, con el místico y teológico, como son las notas de nomadismo y vida errante, aunque también se encuentran reminiscencias del Quijote”. Después se subraya en este artículo que León “era apasionado e idealista, odiaba la indiferencia y la apatía. Le encendía el patriotismo, la religiosidad y el sacrificio por una causa... era, ante todo, vehemencia apasionada. Ponía ardor en sus polémicas, fuego en sus escritos, pasión en sus versos y entusiasmo en todo”. Y concluye: “Viajó incansablemente y procuró que los argumentos de sus novelas tuvieran inspiración en la realidad de distintas provincias españolas, creando personajes de hidalguía

similar al Alcalde de Zalamea, en donde los principios de dignidad, patriotismo y religión eran la base y objeto de la vida -fiel reflejo de lo que tanto dijo para sí, eran principios básicos de la existencia-.

Por su parte, el diario malagueño *Sur* dedica a Ricardo León una página entera el día 23 de octubre de 1977, firmada por Antonio Canca Guerra. Pero en ella se incluye una larga y reiterativa referencia cronológica y bibliográfica, resaltando apenas otra cosa que la notificación de que el 30 de septiembre de ese año el presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, Baltasar Peña Hinojosa, evocó la figura de nuestro escritor durante una reunión en Ronda, “la singular ciudad del tajo, de casta mora y blasón latino, la misma que Ricardo León reflejó tan acertadamente en su novela *Alcalá de los zegríes*”. *Diario 16 e Informaciones* insertan en sus páginas del 24 de octubre de 1977 sendas informaciones sobre el homenaje que la Real Academia Española dio el día anterior a Juan Nicasio Gallego (1777-1853), Niceto Alcalá Zamora (1877-1949), Julio Casares (1877-1964) y Ricardo León (1877-1943). La alocución en recuerdo de éste último corrió, según ambos periódicos, a cargo de Guillermo Díaz Plaja, cuyas palabras fueron recogidas por *Informaciones* en los siguientes términos: “Ricardo León -bastante leído en su tiempo, hoy olvidado-, del que don Guillermo Díaz Plaja estudió en su intervención la evolución ideológica del escritor -revolucionario en su juventud; ultraconservador en su vejez; autonomista al principio y castellanista intransigente al final de sus días-. La complejidad era, dijo, la característica principal de este escritor”.

Entre el final de los años sesenta y la década de los noventa la obra de Ricardo León apenas está ya en circulación, quedando fuera de la posibilidad de acceso de nuevos lectores. Y contando únicamente con los restos de las ediciones antiguas, diseminadas por las librerías de lance o de viejo, y con las citadas ediciones incluidas en la colección Austral de Espasa-Calpe.

Tampoco se halla reseñada su obra en los manuales de divulgación más popular, y a veces, si ocurre lo contrario, el remedio parece ser peor que la enfermedad, pues la vida y trabajos literarios de nuestro escritor son solo analizados desde una óptica ideológica. Tal ocurre, por ejemplo, en la *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, obra colectiva dirigida por Emilio Palacios Fernández, y realizada, entre otros por José Paulino Ayuso, Alejandro Rubio San Román, Santos Sanz Villanueva, Juana Vázquez Marín, Gloria Rokiski Lázaro, Margarita Smerdou Altolaguirre y Alicia Redondo Goicoechea. En el tomo VII de esta obra, publicada en 1980 por la editorial Orgaz en Madrid y de amplia difusión al tener una variedad editorial distribuida mediante fascículos de circulación popular, se indica por parte de Santos Sanz Villanueva, dentro del capítulo “La novela hasta 1936”, lo siguiente: “Ricardo León (1877-1943) gozó incluso después de la guerra de una fama extraordinaria sólo equiparable al absoluto y justo olvido en que hoy se encuentra. Entre sus títulos son muy característicos *Casta de hidalgos* (1908), *Alcalá de los Zegríes* (1909) o *El Amor de los amores* (1911). Una artificiosa prosa arcaizante y pseudoclásica, un tono declamatorio y retórico suelen ocultar cualquier conflicto contemporáneo para ofrecer una visión sentimentalizada y evasiva de la vida. Su primitivo conservadurismo desembocó en las novelas escritas en ‘aquellos infiernos rojos de 1936’, por ejemplo en *Cristo en los infiernos* (redactada entre 1936 y 1942), vejatoria visión de los tiempos de la República” (517).

En 1996 la editorial Biblioteca Nueva, que ya había anunciado en 1943 y dado a las prensas en 1944 unas *Obras completas* en dos cuidados volúmenes, rompió fugazmente el maleficio publicando una edición de bolsillo de *Casta de hidalgos*, con reproducción de la portada original de esta obra: el blasón de los Caballos dibujado por García de la Bandera, y prólogo de Ricardo León Nyssen, nieto del escritor. En este prólogo el nieto

de Ricardo León asume para el autor de *Casta de hidalgos* la condición de “modernista epígono del 98”, al tiempo que considera la producción artística de nuestro escritor como obra “que vierte hacia nuestros días innumerables puntos de actualidad, que se ven reflejados en nuestra propia España democrática actual; ejemplo de ello pudiera ser: el apoyo a la región y la descentralización estatal, el resurgimiento de culturas nacionalistas a las que el autor incluirá dentro de un contexto superior llamado España, la igualdad de derechos en las personas, el incipiente grito del progreso, la condición igualitaria de la mujer y el hombre, la democracia en su sentido más puro y estricto de la palabra y otras que evidencian la perspectiva de futuro que alumbra su pensamiento” (518).

Conclusiones

La significación de la obra de Ricardo León sólo puede ser advertida en su naturaleza real en el marco de dos variables: el valor propio de su literatura y la situación histórica y estética que definió ese mismo valor y su aceptación por los lectores de su tiempo. En este sentido, es al menos tan importante la encrucijada de la historia española y la sociedad en proceso de transformación que se dejan traslucir en sus obras como las características estrictamente literarias de éstas. Ello hace que los perfiles de aquella larga encrucijada y los de todas y cada una de las obras de nuestro escritor se entrelacen continuamente hasta ofrecer un fresco tan colectivo como individual de un tiempo y un escritor. También, como no, de las tendencias artísticas y literarias en boga durante cada momento del casi medio siglo, de 1901 a 1943, que abarcan el itinerario vital y los trabajos creativos de Ricardo León.

La conclusión esencial advertida tras recorrer el citado itinerario es la característica de eslabón, entre el final del modernismo y la aparición de la literatura ultraconservadora y filototalitaria en España, que ostenta nuestro escritor. Su formación en la estela del tardorromanticismo y las fases finales del modernismo situó al primer Ricardo León inicialmente en las filas del liberalismo radical, incluso del libertarismo con tonos anarquizantes en deuda con cierto Víctor Hugo, frente a las secuelas de la literatura de la Restauración y las derivaciones caciquiles y oligárquicas de esa etapa histórica en lo político e ideológico. Atraído después por la moderación conservadora liderada por Antonio Maura y el pensamiento y la literatura de los autores conservadores y enamorados de lo castellano tradicional en esos años, León abandona paulatinamente sus presupuestos juveniles de cariz revolucionario para integrarse sin renuencia en el proyecto maurista y los círculos intelectuales afines a éste. Esa fue su mejor fase creadora, y la que le proporcionó mayores éxitos como autor preferido de las clases medias y altas involucradas en la construcción de un sistema monárquico constitucional de horizontes limitados, estables y cada vez más conservadores. Su literatura refleja a partir de entonces el deseo de esas capas sociales de recordar viejos valores de tinte idealista, situaciones estamentales avaladas por un concepto antañón de la filosofía y la religión, y destellos de una estética recuperadora de lo arcaico, en cuyo seno se sitúa una visión muy tradicional

de la patria, la familia y el sistema político monárquico, apenas modificado en su naturaleza jerárquica por los presupuestos liberales moderados venidos de la Europa Occidental no republicana.

Esa literatura, en la que la figura del hidalgo se presenta como símbolo de lo más sano del cuerpo social y personaje depositario de los valores de la raza, reúne en sus páginas toda una defensa de la tradición española, la religión católica y de cierto providencialismo que regiría desde siempre los movimientos del individuo y de la sociedad a través de la Historia. Naturalmente, y dado el carácter combativo de la obra de nuestro escritor, en sus páginas de madurez se percibe una crítica continua de todo intento modernizador, ultraliberal o socializante, tanto en el ámbito de las costumbres individuales, como de los usos políticos o en la progresión del pensamiento, e incluso una en su caso lógica aversión a los presupuestos republicanos o de profundización general y verdaderamente popular de la democracia.

Desde una panorámica estrictamente literaria, su estilo, una vez nutrido del modernismo casticista y del tardorromanticismo patriótico, combina rasgos arcaizantes con otros de detallado clasicismo, inspirándose ya en emanaciones medievalistas, ya en una sólida lectura de los clásicos del Siglo de Oro. Con estos cuatro componentes lleva a cabo la construcción de un estilo muy personal, y tempranamente lindante con lo anacrónico, pero que precisamente por esto último, y por su formación en pleno intento general de vuelta al tradicionalismo por parte de los núcleos culturales dominantes, le granjeó el apoyo y favor de amplias franjas de lectores controladas por éstos. Tras asentar esta posición, participó de algunas influencias del naturalismo y tuvo reencuentros con la tradición realista española, aproximándose además en ocasiones a los vientos del futurismo ligado al fascismo primitivo que muy fragmentariamente llegaron hasta nuestra literatura a finales de los años veinte y principios de los treinta. Tardorromanticismo, modernismo casticista, medievalismo, clasicismo tradicionalista, naturalismo, realismo y leve futurismo ocasional, fueron así conformando el estilo de Ricardo León, trancado en su evolución por el trauma que constituyó la guerra de 1936-39, y a cuyo término la carrera literaria de éste no pudo reactualizarse. Su literatura, ideada y elaborada en su mayor parte para otros años y coyunturas, quedó sin embargo a merced de la utilización generalizada de la literatura conservadora que hizo el régimen nacionalista e integrista, por algunos estudiosos denominado del “nacionalcatolicismo”, surgido de las terribles cenizas de aquel enfrentamiento incivil.

Durante todo ese proceso, la obra y la vida de Ricardo León se correspondió casi milimétricamente con los acontecimientos históricos y la evolución cultural del país, observándose a través de sus escritos y de sus actos los ejes básicos de esos acontecimientos y esa evolución, ejes que acabarían por ahondar las distancias entre las tristemente célebres “dos Españas” y que desembocarían en el choque fratricida con el que terminaron respectivamente sus días la monarquía constitucional salida de la Restauración y la República surgida del hundimiento de la primera. El naciente régimen dirigido por el general Franco se apartó de las influencias de ambos precedentes en su extenso periodo de estabilización, superando los presupuesto conservadores, por supuesto también los de raíz maurista, renegando de todo atisbo liberal y situando con claridad el papel de los escritores e intelectuales dentro de una óptica uniformadora y totalizadora de nuevo cuño.

A pesar de sus intentos de adaptación al nuevo marco cultural, y de sus créditos como académico y autor católico, Ricardo León no logró nunca ser considerado cabeza entre el elenco de la literatura ultrapatriótica, integrista y tradicionalista que el régimen alumbrado en 1939 requería, tal vez por su rechazo de las tendencias sociales y populistas del falangismo que se perfiló como medula intelectual de los años cuarenta en el aparato cultural y propagandístico de la administración española. Su muerte, en 1943, cerró toda posibilidad de adaptación de su obra a la nueva época, y a los pocos años de ésta el autor de éxito que fue vino a caer en un olvido creciente e irreversible.

Tal propiedad de eslabón, por un lado entre etapas históricas distintas, y por otro entre estéticas y tendencias literarias en principio diferenciadas pero luego confluyentes, determina la importancia de León en su tiempo y en la historia de nuestra literatura. Es bien cierto que no puede considerarse un autor de primera fila en cuanto a sus aportaciones e innovaciones dentro de esa literatura, entre otras cosas por el hecho de que en su tiempo hubo figuras de relevancia decisiva en el campo de nuestras letras y situadas en cuanto a altura poética, ensayística y narrativa a una gran distancia del autor de *La lira de bronce*, *Alivio de caminantes*, *La escuela de los sofistas*, *Los caballeros de la Cruz*, *La voz de la sangre*, *Europa trágica*, *Casta de hidalgos*, *Alcalá de los zegríes*, *Los centauros*, *El hombre nuevo* o *Los trabajadores de la muerte*. Sin embargo, tampoco conviene menospreciar el trabajo literario y de pensamiento de Ricardo León, algunas de cuyas obras, sobre todo en los campos de la poesía y el ensayo, tienen un valor intrínseco similar a las de otros autores menores de su tiempo que todavía gozan de cierto crédito. *La lira de bronce* es un buen exponente de lo que fue la poesía modernista netamente española,

Alivio de caminantes aparece a modo de intento peculiar de conjugación entre lo sanjuanista y lo que conoceremos a otro nivel como machadiano, *La escuela de los sofistas* recoge con nitidez las inquietudes y controversias intelectuales de la época, *Los caballeros de la Cruz* es una incursión reveladora de las dimensiones de la recuperación tradicionalista general y *La voz de la sangre* pone de manifiesto la alianza entre estética y política en aras de un impulso conservador cuyo desarrollo explicará luego el posterior rumbo de la historia nacional. *Europa trágica* es a su vez un hermoso periplo por los vaivenes de la guerra y la paz, desarrollado con buen pulso de crónica y cubierto por lugares y frentes a los que no accedieron otros famosos escritores-corresponsales visitantes de las trincheras de la Gran Guerra de 1914-18. Y en el territorio de la novela, donde nuestro escritor cosechó sus mayores éxitos y donde fue rey en buena parte de los años veinte, no puede rechazarse el esfuerzo neomedievalista de *Casta de hidalgos*, representativo de la nostalgia por todo un mundo idealizado, la crítica perspicaz de la corrupción política intemporal que contienen *Alcalá de los zegríes* y *Los centauros*, el desasosiego ante una modernidad incontrolada y sin límites que informa *El hombre nuevo*, y el neonaturalismo hiriente de *Los trabajadores de la muerte*, tan cultivado por derechas e izquierdas en la Europa que caminaba hacia un choque global entre los totalitarismos de varia condición y los restos del liberalismo, que felizmente acabó en el paulatino restablecimiento continental de los presupuestos democráticos.

La observación del recorrido de Ricardo León proporciona por otro lado una visión colateral de la sociedad literaria de su época, tan diferente y tan similar a la actual... diferente en cuanto a los medios técnicos, cauces de comunicación y posibilidades económicas o editoriales de realización para cada autor, similar en cuanto a las controversias, rivalidades, tendencias evidentes u ocultas, filías y fobias, pequeñas miserias, dependencias políticas, ambiciones y excentricidades que parecen endémicas de los círculos literarios de todos los tiempos. Una sociedad literaria en la cual la importancia de la prensa escrita era fundamental, y la atención que se prestaba a libros y autores a través de la crítica constituyó una curiosa edad de oro del periodismo literario y cultural. Al desempolvar y releer la incidencia de las obras de León en los diarios y revistas de sus años se comprueba enseguida este aserto, como igualmente se advierten al recorrer publicaciones y firmas a través de los días las profundas transformaciones de estilo sufridas por ese periodismo a partir de 1901 y a lo largo del pasado siglo. Como también se advierte la función de la comunicación epistolar, tan bella como ingenua dentro del

itinerario vital de nuestro escritor, en un mundo donde aún persistían unas maneras sociales antañonas y un cultivo, que hoy nos resulta casi exótico, de lo epistolar.

Por último, la anteriormente citada representatividad de Ricardo León como símbolo de toda una amplia etapa de transición literaria, estética y política, se completa con la propia significación de éste en cuanto a individuo muy característico de la imagen del intelectual de aquel periodo. Es en este sentido en el que podría considerarse a Ricardo León como un estereotipo del hombre formado en las secuelas del desastre del 98 y agostado en las secuelas de aquel otro -y más devastador- desastre que tuvo lugar entre 1936 y 1939. Crecido en un ambiente de derrota y ansias de regeneración, proveniente de sectores populares, desilusionado tanto por el nihilismo radical como por el caciquismo “de orden”, seducido por un proceso de ensoñación idealista y veneración por un pasado imaginario, cobijado por cierta recuperación del hecho religioso más canónico, e influenciado por la tentación totalitaria como panacea a todos los “males de la patria”, Ricardo León se corresponde posiblemente como caso individual a los de otros muchos intelectuales de su tiempo, enfrentados como él con la fragilidad social, el desasosiego ante los cambios políticos y económicos, la crisis de las ideas y la necesidad de nuevos -o antiguos- horizontes culturales. Su mundo se caracterizó, tal vez como el de todos los fines de siglo, por la desaparición de viejos valores que no parecían lograr ser sustituidos por otros nuevos. Un mundo que se vislumbra, a poco que el lector se detenga en ellas, a lo largo de la mayoría de las páginas por él escritas. Y al trasluz de las cuales se perfila igualmente el drama personal y la biografía intelectual de Ricardo León.

NOTAS

- (1) Francisco Aguilar Piñal. *La obra poética de Manuel Reina*. Editora. Nacional. Madrid, 1967. pág. 9.
- (2) Francisco Aguilar Piñal. *Ibidem*, pág. 13.
- (3) Francisco Aguilar Piñal. *Ibidem*, pág. 35.
- (4) Francisco Aguilar Piñal. *Ibidem*, pág. 29.
- (5) Manuel Reina. *La canción de las estrellas*. Tipografía de los Hijos de M. G. Hernández. Madrid, 1895. pág. 54.
- (6) Salvador Rueda. *El bloque*. Edt. J. Lerín. Madrid, 1896. pág. 32.
- (7) Salvador Rueda. *Ibidem*, pág. 7.
- (8) Salvador Rueda. *Ibidem*, págs. 9-10.
- (9) Salvador Rueda. *Ibidem*, págs. 17-18.
- (10) Salvador Rueda. *Ibidem*, pág. 21.
- (11) Salvador Rueda. *Ibidem*, pág. 26.
- (12) Salvador Rueda. *Ibidem*, págs. 30-31.
- (13) Rafael Alberti. Prólogo a “*Poesías escogidas*” de Salvador Rueda. Pleamar. Buenos Aires, 1944. pág. 9.
- (14) Rafael Alberti. *Ibidem*, págs. 9-10.
- (15) Rafael Alberti. *Ibidem*, págs. 10-11.
- (16) Rafael Alberti. *Ibidem*, pág. 11.
- (17) Rafael Alberti. *Ibidem*, pág. 12.
- (18) Miguel de Unamuno. Epilogo a *Poesías escogidas* de Salvador Rueda. Pleamar. Buenos Aires, 1944. pág. 215.
- (19) Gaspar Núñez de Arce. *El vértigo*. Librería de Mariano Murillo-Librería de Fernando Fé. Madrid, 1879. pág. 9.
- (20) Jacinto Octavio Picón. Prólogo a *Obras escogidas* de Manuel del Palacio. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid, 1916. pág. XXIII.
- (21) Jacinto Octavio Picón. *Ibidem*, pág. XXXVIII.
- (22) Manuel del Palacio. *Obras escogidas*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid, 1916. pág. 85.

- (23) Ricardo Gil. *La caja de música*. La España Editorial. Madrid, 1898.
pág. 7.
- (24) Ricardo Gil. *Ibidem*, pág. 9.
- (25) Ricardo Gil. *Ibidem*, pág. 210.
- (26) Alberto Álvarez Cienfuegos. *Generalife*. Editorial Granada. Granada, 1916.
pág. 33.
- (27) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*. Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996. pág. 43.
- (28) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 44.
- (29) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 45.
- (30) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 49.
- (31) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 51.
- (32) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 53.
- (33) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 60.
- (34) Ricardo León. *La lira de bronce*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1901. pág. 2.
- (35) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 1-2-3.
- (36) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 5-6-7-8-9.
- (37) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 11-12-13.
- (38) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 15-16.
- (39) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 17-18-19-20-21.
- (40) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 25-26-27-28.
- (41) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 28-29.
- (42) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 31-32.
- (43) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 33.
- (44) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 35-36-37-38-39.
- (45) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 41 y 43.
- (46) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 46-47.
- (47) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 49-50.
- (48) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 52 y 54.
- (49) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 56 y 59.
- (50) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 61-62-63-64.
- (51) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 65-66-67-68.

- (52) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 70-71-72.
- (53) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 73-74-75.
- (54) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 77-78 y 80.
- (55) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 81-82.
- (56) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 83.
- (57) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 85-86-87-88-89-90 y 92.
- (58) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 99 y 101-102.
- (59) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 99 y 101-102.
- (60) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 104-105.
- (61) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 107-108 y 110.
- (62) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 111-112.
- (63) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 114-115-116-117.
- (64) Manuel Reina. *Rayo de sol*. Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández.. Madrid, 1897. págs. 32-34.
- (65) Ricardo León. *La lira de bronce*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1901 págs. 122-123.
- (66) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 124.
- (67) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 125-126-127-128.
- (68) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 69.
- (69) Ricardo León. *La lira de bronce*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1901 pág. 74.
- (70) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 8.
- (71) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1996. pág. 82.
- (72) Víctor Hugo. *Les rayons & les ombres en Poesies*. J. Hetzel, Librairie-Editeur. París, sin fecha. Paginación independiente para cada obra: en *Les rayons & les ombres* pág. 47, poema titulado “Le Monde et le Siècle”.
- (73) Gaspar Núñez de Arce. *El vértigo*. Librería de Mariano Murillo-Librería de Fernando Fé. Madrid, 1879. págs. 7-8.
- (74) Gaspar Núñez de Arce. *Obras escogidas*. Montaner y Simón. Barcelona, 1911. pág. 127.

- (75) Manuel del Palacio. *Poesías escogidas*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid, 1916. págs. 79 y 18.
- (76) Katharina Niemeyer. *La poesía del premodernismo español* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1992. págs. 293 a 314.
- (77) Ricardo León. *Lira de bronce y Alivio de caminantes* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. pág. 21.
- (78) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 25 y 27.
- (79) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 31 y 40-42.
- (80) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 49 y 52.
- (81) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 69.
- (82) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 105-106-108 y 110.
- (83) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. págs. 72-73.
- (84) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, págs. 80-81.
- (85) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 90.
- (86) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 151.
- (87) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 120.
- (88) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, págs. 155-156.
- (89) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág.161.
- (90) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, págs. 169-170.
- (91) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 195.
- (92) Joaquín de Entrambasaguas. Prólogo a *El Amor de los amores* en *Las mejores novelas contemporáneas* (Tomo VI). Planeta. Barcelona, 1962. pág. 273.
- (93) Ricardo León. *Casta de hidalgos*. Renacimiento. Madrid, 1914. págs. 105- 106. (citado por Entrambasaguas en su prólogo a *El Amor de los amores*, pág. 274).
- (94) Marcelino Menendez y Pelayo. Carta recogida en *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora Nacional. Madrid, 1939. pág. 362.
- (95) Joaquín de Entrambasaguas. Prólogo a *El Amor de los amores* en *Las mejores novelas contemporáneas* (Tomo VI). Planeta. Barcelona, 1962. pág. 275.
- (96) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 262.

- (97) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 291.
- (98) Rafael Cansinos-Asséns. *La novela de un literato*. Alianza. Madrid, 1996. Tres volúmenes: 484 págs (I), 431 págs (II), 388 págs. (III). Pág. 292. Vol. II.
- (99) Rafael Cansinos-Asséns. *Ibidem*, pág. 84. Vol. III.
- (100) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 275.
- (101) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 276.
- (102) Marquesa de Belvís. *Mi madre*. Ediciones del Ducado de Parcent. Madrid, 1946. pág. 35.
- (103) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 304.
- (104) Joaquín de Entrambasaguas . Prólogo a *El Amor de los amores* en *Las mejores novelas contemporáneas* (Tomo VI) Planeta. Barcelona, 1962. pág. 276.
- (105) Ricardo León. *El Amor de los amores*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. pág. 27.
- (106) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 44-45.
- (107) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 45.
- (108) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 45-46.
- (109) Ricardo León. *Alivio de caminantes*. Renacimiento. Madrid, 1911. págs. 12-17 y 22.
- (110) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 27.
- (111) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 34.
- (112) Gaspar Núñez de Arce. *Obras escogidas*. Montaner y Simón. Barcelona, 1911. pág. 244.
- (113) Ricardo León. *Alivio de caminantes*. Renacimiento. Madrid, 1911. pág. 44.
- (114) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 60.
- (115) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 70.
- (116) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 76.
- (117) Ricardo León. *Lira de bronce-Alivio de caminantes*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. págs. 308-309.
- (118) Gaspar Núñez de Arce. *El vértigo*. Librería de Mariano Murillo-Librería de Fernando Fé. Madrid, 1879. pág. 55.

- (119) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 368.
- (120) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 376.
- (121) Ricardo León. *Manifiesto maurista*. Recogido en *Yo fui un joven maurista* de José Gutiérrez-Ravé. Editorial Libros y Revistas. Madrid (sin fecha). pág. 212.
- (122) Ricardo León. *La capa del estudiante*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1944. pág. 271.
- (123) Ángel Ossorio y Gallardo. *Mis memorias*. Tebas. Madrid, 1975. pág. 65-66.
- (124) Ricardo Gullón. *Direcciones del modernismo*. Alianza. Madrid, 1990. pág. 147.
- (125) Ángel Ossorio y Gallardo. *Mis memorias*. Tebas. Madrid, 1975. pág. 67.
- (126) Antonio Maura. Texto recogido por Ángel Ossorio y Gallardo en *Mis memorias*. . Tebas. Madrid, 1975. pág. 68.
- (127) Antonio Maura. Texto recogido por Ángel Ossorio y Gallardo en *Mis memorias*. Tebas. Madrid, 1975. pág. 66.
- (128) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 397.
- (129) Rafael Cansinos-Asséns. *La novela de un literato*. Alianza. Madrid, 1996 Tres volúmenes 484 págs (I), 431 (II) y 388 (III). pág. 77 (vol. II)..
- (130) Rafael Cansinos-Asséns. *Ibidem*, pág. 89 (vol.II).
- (131) Ricardo León. *Los caballeros de la Cruz*. En *Obras completas* Tomo VIII. Edti. Banco de España. Madrid, 1915. pág. 8.
- (132) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 13-14-15-16. pág. 387.
- (133) Marcelino Menéndez y Pelayo. En *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora Nacional. Madrid, 1939. pág.
- (134) Ricardo León. *Los caballeros de la Cruz*. En *Obras completas* Tomo VIII. Edt. Banco de España. Madrid, 1915. págs. 17-18.
- (135) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 19-20.
- (136) Francisco Giner de los Ríos. *La universidad española*. En *Obras completas* vol. 2. Imprenta Clásica Española. Madrid, 1916. pág. 23.
- (137) Marcelino Menéndez y Pelayo. Texto recogido por Rafael Pérez Escolar en *Antonio Maura*. Tebas. Madrid, 1974. pág. 82. .
- (138) Marcelino Menéndez y Pelayo. Texto recogido por Rafael Pérez Escolar en *Antonio Maura*. Tebas. Madrid, 1974. pág. 82.

- (139) Marcelino Menéndez y Pelayo. En *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora. Nacional. Madrid, 1939. pág. 298.
- (140) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Ibidem*, pág. 299.
- (141) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Ibidem*, pág. 299.
- (142) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Ibidem*, págs. 300-301.
- (143) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Ibidem*, pág. 301.
- (144) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Ibidem*, págs. 370-371.
- (145) Ricardo León. *Los caballeros de la Cruz*. En *Obras completas* Tomo VIII. Edt. Banco de España. Madrid, 1915. pág. 21.
- (146) Marcelino Menéndez y Pelayo. En *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora. Nacional. Madrid, 1939. pág. 352.
- (147) Ricardo León. *Los caballeros de la Cruz*. En *Obras completas* Tomo VIII. Edt. Banco de España. Madrid, 1915. págs. 22-23..
- (148) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 26-27-28.
- (149) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 28.
- (150) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 28-29.
- (151) Federico Amiel. *Diario*. Tebas. Madrid, 1976. pág. 57.
- (152) Ricardo León. *Los caballeros de la Cruz*. En *Obras completas* Tomo VIII. Edt. Banco de España. Madrid, 1915. pág. 30.
- (153) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 34.
- (154) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 35-36.
- (155) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 38.
- (156) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 39.
- (157) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 41-42-43.
- (158) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 44.
- (159) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 47-48-49-50.
- (160) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 50.
- (161) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 51.
- (162) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 52-53.
- (163) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 66.
- (164) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 73 y 76-77.
- (165) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 80-81.
- (166) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 84.

- (167) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 89 y 92.
- (168) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 155-156.
- (169) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 160-161.
- (170) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 231.
- (171) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 232-233 y 235.
- (172) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 240-241.
- (173) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 241.
- (174) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 251.
- (175) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 252-253.
- (176) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 253.
- (177) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 255.
- (178) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 256.
- (179) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 258-259.
- (180) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 260.
- (181) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 265.
- (182) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 266.
- (183) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 267-268.
- (184) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 269.
- (185) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.
- (186) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 272.
- (187) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 273.
- (188) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 283-284-285.
- (189) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 285.
- (190) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 293.
- (191) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 294.
- (192) Marcelino Menéndez y Pelayo. En *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora. Nacional. Madrid, 1939. págs. 386-387.
- (193) Julio Casares. *Crítica profana*. Espasa Calpe. Madrid, 1964. pág. 183.
- (194) Julio Casares. *Ibidem*, pág. 184.
- (195) Julio Casares. *Ibidem*, págs. 184-185.
- (196) Julio Casares. *Ibidem*, págs. 187-188.
- (197) Julio Casares. *Ibidem*, pág. 205.
- (198) Julio Casares. *Ibidem*, págs. 207-208-209.

- (199) Julio Casares. *Ibidem*, págs. 213-214.
- (200) Ricardo León. *Europa trágica*. Renacimiento. Madrid, 1917. pág. 10.
- (201) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 11-12.
- (202) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 12.
- (203) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 13-14.
- (204) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 17-18.
- (205) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 19-20.
- (206) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 21-22.
- (207) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 23.
- (208) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 25-26.
- (209) Ricardo León. *Discurso de respuesta al ingreso de Serafín Álvarez Quintero en la R.A.E.* Imprenta Clásica Española. Madrid, 1920. págs. 43-44.
- (210) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 43-44.
- (211) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 46.
- (212) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 47-48.
- (213) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 50.
- (214) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 53.
- (215) Antonio Maura. Prólogo a *La voz de la sangre*. En *Obras completas* Tomo XI. Renacimiento. Madrid, sin fecha. pág. IX-X.
- (216) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XI.
- (217) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XI.
- (218) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XIII.
- (219) Antonio Maura. *Ibidem*, págs. XIII-XIV.
- (220) Antonio Maura. *Ibidem*, págs. XV-XVI.
- (221) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XVI.
- (222) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XVII.
- (223) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XIX.
- (224) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XIX.
- (225) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XX.
- (226) Antonio Maura. *Ibidem*, págs. XXI-XXII-XXIII.
- (227) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XXIX.
- (228) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XXXI y XXXV.
- (229) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XXXVII.

- (230) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XXXIX.
- (231) Antonio Maura. *Ibidem*, pág. XL.
- (232) Ricardo León. *La voz de la sangre*. En *Obras completas* Tomo XI. Renacimiento. Madrid, sin fecha. pág. 8.
- (233) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 14.
- (234) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 14-15.
- (235) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 16.
- (236) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 17.
- (237) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 19.
- (238) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 22-23.
- (239) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 23.
- (240) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 25.
- (241) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 28.
- (242) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 29-30.
- (243) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 31.
- (244) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 38-39.
- (245) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 39-40.
- (246) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 42.
- (247) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 43.
- (248) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 46.
- (249) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 52.
- (250) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 75.
- (251) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 81.
- (252) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 147.
- (253) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 148.
- (254) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 149-150.
- (255) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 150.
- (256) Marcelino Menéndez y Pelayo. En *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española* de Arturo María Cayuela. Editora Nacional. Madrid, 1939. pág. 365.
- (257) Ricardo León. *La voz de la sangre*. En *Obras completas* Tomo XI. Renacimiento. Madrid, sin fecha. pág. 153.
- (258) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 152.

- (259) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 38.
- (260) Ricardo León. *La capa del estudiante*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1944. pág. 9.
- (261) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 9-10.
- (262) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 10.
- (263) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 11.
- (264) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 11-12.
- (265) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 12-13-14.
- (266) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 17-18.
- (267) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 19.
- (268) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 19.
- (269) Ricardo león. *Ibidem*, pág. 20.
- (270) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 20-21.
- (271) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 21.
- (272) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 23.
- (273) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 89.
- (274) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 90.
- (275) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 90.
- (276) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 91.
- (277) Miguel de Unamuno. *El Cristo de Velazquez en Poesía completa* (Cuatro volúmenes) Alianza. Madrid, 1987. Vol. I. pág. 354.
- (278) Miguel de Unamuno. *Ibidem*, pág. 370.
- (279) Ricardo León. *La capa del estudiante*. Librería General de Victoriano Suárez". Madrid, 1944. pág. 98.
- (280) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 99.
- (281) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 99.
- (282) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 99-100.
- (283) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 101.
- (284) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 112.
- (285) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 112-113.
- (286) Ricardo León. *Ibidem* pág. 113.
- (287) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 113-115.

- (288) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 173.
- (289) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 173-174.
- (290) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 174.
- (291) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 175.
- (292) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 175.
- (293) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 175-176.
- (294) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 196.
- (295) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 196.
- (296) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 197.
- (297) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 201.
- (298) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 201-202.
- (299) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 202.
- (300) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 203.
- (301) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 226-228.
- (302) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 228.
- (303) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 228-229.
- (304) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 231-232.
- (305) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 251
- (306) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 253.
- (307) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 261-262.
- (308) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 263.
- (309) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 264.
- (310) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 264.
- (311) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 267.
- (312) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 268.
- (313) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 269.
- (314) Ricardo León. *Ibidem* pág. 270.
- (315) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.
- (316) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.
- (317) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.
- (318) Ricardo León. *Ibidem*, pag. 272.
- (319) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 273.
- (320) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 273-274.

- (321) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 274.
- (322) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 275.
- (323) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 276.
- (324) Ricardo León. *Ibidem*, pags. 277-278-279.
- (325) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 282.
- (326) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 283.
- (327) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 283.
- (328) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 284.
- (329) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 284-285.
- (330) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 285.
- (331) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 285.
- (332) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 286-287.
- (333) Ricardo León. *Las horas del amor y de la muerte*. Atlántida-Imprenta Artística de Saéz Hermanos. Madrid, 1925. pág. 8.
- (334) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 9.
- (335) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 9-10.
- (336) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 10-11.
- (337) Ricardo León. *Cuentos de antaño y hogaño*. V. H. Sanz Calleja. Madrid, 1921. págs. 60-62.
- (338) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 64.
- (339) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 67.
- (340) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 71.
- (341) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 78.
- (342) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 67.
- (343) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 72.
- (344) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 12.
- (345) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 12-13.
- (346) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 13-15.
- (347) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 19-20.
- (348) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 20.
- (349) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 21.
- (350) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 1.
- (351) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 1.

- (352) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 9.
- (353) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 124.
- (354) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 125.
- (355) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 126-127 y 130.
- (356) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 189.
- (357) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 190.
- (358) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 199-200.
- (359) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 205.
- (360) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 207-208.
- (361) Ricardo León. *Cuentos de antaño y hogaño-Olla podrida*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1943. págs. 248-249.
- (362) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 248.
- (363) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 251.
- (364) Ricardo León. *Ibidem*, . pág. 262.
- (365) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 262.
- (366) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 301-302.
- (367) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 303.
- (368) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 305-306.
- (369) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 307-308.
- (370) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 444.
- (371) Rafael Pérez Delgado. *Antonio Maura*. Tebas. Madrid, 1974. pág.
- (372) Juan Carlos Ara Torralba. *Del modernismo castizo...* Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. pág. 453.
- (373) Juan Carlos Ara Torralba. *Ibidem*, pág. 457.
- (374) Ramón María del Valle-Inclán. *Entrevistas*. Alianza. Madrid, 2000. pág.409
- (375) César Silio. *Vida y empresas de un gran español: Maura*. Espasa-Calpe. Madrid, 1934. págs. 223-224.
- (376) Ricardo León. *Olla podrida*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1943. pág. 8.
- (377) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 10.
- (378) Ricardo León. *Los trabajadores de la muerte*. Librería y Casa Editorial Hernando. Madrid, 1927. págs. 404-405.

- (379) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 9.
- (380) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 17.
- (381) Rafael Cansinos-Asséns. *La novela de un literato*. Alianza. Madrid, 1996. Tres volúmenes: 484 págs (I), 431 págs. (II), 388 págs. (III). Vol. III pág. 315.
- (382) Donoso Cortés. *Pensamientos*. Espasa Calpe . Nueva Biblioteca Filosófica. Madrid, 1934. pág. 17.
- (383) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 25.
- (384) Donoso Cortés. *Ibidem*, págs. 26-27.
- (385) Donoso Cortés. *Ibidem*, págs. 34-35.
- (386) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 58.
- (387) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 38.
- (388) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 41.
- (389) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 44.
- (390) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 81.
- (391) Donoso Cortés. *Ibidem*, pág. 47.
- (392) Juan Vázquez de Mella. *Selección de elocuencia e historia. (Obras completas, vol I)*. Casa Subirana. Barcelona, 1932. págs. 92-93-94-95.
- (393) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, págs. 102-103.
- (394) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, págs. 130 y 133.
- (395) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, pág. 6.
- (396) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, pág. 49.
- (397) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, pág. 36.
- (398) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, págs. 62-63-64.
- (399) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, págs. 55-56.
- (400) Juan Vázquez de Mella. *Ibidem*, págs. 58-59.
- (401) Ricardo León. *Jauja*. Colección de *Obras completas*. Vol. XVI. Librería y Casa Editorial Hernando. Madrid, 1928. pág. 361.
- (402) Joaquín de Entrambasaguas. Prólogo a *El Amor de los amores* en *Las mejores novelas contemporáneas*. Tomo VI . Planeta. Barcelona, 1962. pág. 319.
- (403) Ricardo León. *Bajo el yugo de los bárbaros*. Hernando. Madrid, 1932. pág. 11.
- (404) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 7.
- (405) Ricardo León. *Roja y gualda*. Hernando. Madrid, 1934. pág. 7.
- (406) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.

- (407) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 17.
- (408) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 22.
- (409) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 27.
- (410) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 28.
- (411) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 29.
- (412) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 36.
- (413) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 40.
- (414) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 45.
- (415) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 50-51-52.
- (416) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 58.
- (417) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 60.
- (418) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 64.
- (419) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 66-67.
- (420) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 68.
- (421) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 73.
- (422) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 75-76.
- (423) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 84.
- (424) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 85-86-87.
- (425) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 88 y 90.
- (426) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 94.
- (427) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 119.
- (428) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 134.
- (429) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 142-143-144.
- (430) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 148.
- (431) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 153 y 155.
- (432) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 157.
- (433) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 158.
- (434) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 172.
- (435) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 179.
- (436) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 188.
- (437) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 194 y 196.
- (438) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 196-197-198.
- (439) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 270.

- (440) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 271.
- (441) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 313.
- (442) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 313..
- (443) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 315-316.
- (444) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 317-318-319.
- (445) Javier Tussell. y Gonzalo Álvarez Chillida. *Pemán* Planeta. Madrid, 1998.
pág. 17.
- (446) Ricardo León. En *¿Cómo se liberó usted?* de José Gutierrez- Cavé. Talleres Gráficos Ibiza. Madrid, 1942. págs. 46-47.
- (447) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 47-48-49.
- (448) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 49.
- (449) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 49-50-51.
- (450) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 51.
- (451) Ricardo León *Ibidem*, pág. 5.
- (452) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 51-52-53.
- (453) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 53.
- (454) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 54.
- (455) Ricardo León. *Cristo en los infiernos*. Librería General de Victoriano Suárez.
Madrid, 1941. pág. 5.
- (456) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 6.
- (457) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 6.
- (458) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 7.
- (459) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 8.
- (460) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 8-9.
- (461) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 10.
- (462) Alfonso Torres. Prólogo a *La cumbre mística*. Sociedad General Española de Librería. Madrid, 1945. pág. X.
- (463) Alfonso Torres. *Ibidem*, pág. XI.
- (464) Alfonso Torres. *Ibidem*, pág. XI.
- (465) Alfonso Torres. *Ibidem*, pág. XVII.
- (466) Alfonso Torres. *Ibidem*, págs. XIX-XX.
- (467) Ricardo León. *La cumbre mística*. Sociedad General española de Librería. Madrid, 1945. pág. 3.

- (468) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 4.
- (469) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 5-6-7.
- (470) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 7.
- (471) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 10.
- (472) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 12.
- (473) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 13.
- (474) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 20.
- (475) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 20.
- (476) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 23.
- (477) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 23-24.
- (478) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 27.
- (479) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 28-29.
- (480) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 30-31.
- (481) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 31.
- (482) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 39.
- (483) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 39-40-41.
- (484) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 45.
- (485) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 47-48.
- (486) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 48-49.
- (487) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 50.
- (488) Ricardo León. *Ibidem*, . págs. 58-59-60.
- (489) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 60-61.
- (490) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 66-67.
- (491) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 103-104.
- (492) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 104.
- (493) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 107.
- (494) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 111.
- (495) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 112.
- (496) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 112-113.
- (497) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 113-114.
- (498) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 115.
- (499) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 116-117-118.
- (500) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 135-136.

- (501) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 136-137-138.
- (502) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 147.
- (503) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 148-149.
- (504) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 149.
- (505) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 152.153-154.
- (506) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 157-158.
- (507) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 160.
- (508) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 161-162.
- (509) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 162.
- (510) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 163-164.
- (511) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 166.
- (512) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 173.
- (513) Ricardo León. *Ibidem*, pág. 175.
- (514) Ricardo León. *Ibidem*, págs. 177-178.
- (515) Edelvives. *Lengua española*. Luis Vives. Zaragoza, 1963. pág. 119.
- (516) Eugenio G. de Nora. *La novela española contemporánea*. Gredos. Madrid, 1958. pág. 328.
- (517) Santos Sanz Villanueva. “La novela hasta 1936”, en *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Orgaz. Madrid, 1979. vol. VII, pág. 4.
- (518) Ricardo León Tyssen. Prólogo a *Casta de hidalgos*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1996. pág. 8.

RICARDO LEÓN: FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Documentales

CORRESPONDENCIA (Por orden cronológico)

- Carta de Maura 17-VII-1910.
- Carta de Maura 20-VII-1910.
- Carta de Maura 10-I-1911.
- Carta de Ricardo León a Maura 28-III-1911.
- Carta de Maura 9-VI-1911.
- Carta de Maura 24-X-1911.
- Carta de Ricardo León a Maura 6-IV-1912.
- Carta de Maura 27-IV-1912.
- Carta de Ricardo León a Maura 9-V-1912.
- Carta de Maura 10-V-1912.
- Carta de Maura 27-I-1913.
- Carta de Maura 2-II-1913.
- Carta de Maura 14-VII-1913.
- Carta de Ricardo León a Maura 13-VI-1914.
- Carta de Ricardo León a Maura 20-VI-1914.
- Carta de Maura 19-VII-1914.
- Carta de Ricardo León a Maura -VII-1914.
- Carta de Maura 4-I-1915.
- Carta de Maura 19-I-1915.
- Carta de Maura 28-V-1915.
- Carta de Maura 25-II-1916.

- Carta de Ricardo León a Maura 11-XI-1916.
- Carta de Maura 24-VII-1917.
- Carta de Ricardo León a Maura 30-VII-1917.
- Carta de Maura 1-VIII-1917.
- Carta de Maura 31-I-1919.
- Carta de Ricardo León a Maura 14-XI-1919.
- Carta de Maura 28-VII-1921.
- Carta de Ricardo León a Maura 7-VI-1922.
- Carta de Maura 9-VI-1922.
- Carta de Ricardo León a Maura 13-VI-1923.
- Carta de Maura 26-VIII-1923.
- Carta de Ricardo León a Maura 15-X-1924.
- Carta de Maura (Sin fecha)
- Carta de Ricardo León a Maura 8-XI-1925.
- Carta de Maura 16-XI-1925.
- Tarjeta Postal de Concha Espina 30-VII-1909.
- Dedicatoria de Concha Espina -IV-1910.
- Tarjeta Postal de Concha Espina 2-VII-1911.
- Carta de Emilio Cotarelo 19-IV-1912.
- Carta de Enrique Menéndez Pelayo 23-III-1911.
- Tarjeta Postal de Menéndez Pelayo 26-X-1911.
- Carta de Menéndez Pelayo 25-XII-1911.
- Carta de Menéndez Pelayo 12-V-1912.
- Carta de Juan Vázquez de Mella 6-I-1914.
- Tarjeta Postal de Menéndez Pelayo 19-I-1915.
- Carta de Menéndez Pelayo 18-II-1915.
- Carta de Menéndez Pelayo 7-XI-1917.
- Carta de Menéndez Pelayo 11-VI-1919.
- Nota de A. Palacio Valdés (Sin fecha)
- Carta de A. Palacio Valdés (Sin fecha)

- Carta de Gabriel Miró 4-XII-1917.
- Carta de W. Fernández Florez 21-XII-1917.
- Carta de W. Fernández Florez (Sin fecha)
- Carta de Ramón Pérez de Ayala (Sin fecha)
- Carta de R. León a sta. Herrera 18-VII-1918.
- Carta de R. León a sta. Herrera 24-X-1918.
- Tarjeta Postal de Azorín 27-VI-1923.
- Carta de Salvador Rueda 17-VIII-1925.
- Carta de Salvador Rueda 29-V-1926.
- Nota de R. Menéndez Pidal -V-1929.
- Carta de P. A. Alarcón 20-III-1930.
- Carta de Pérez Zuñiga 16-XI-1930.
- Carta de Pérez Zuñiga 22-XII-1930.
- Carta de Jacinto Benavente 19-XI-1932.
- Carta Víctor Pradera y Cal.Sotelo 21-XII-1934.
- Carta de Pedro Luis de Galvez 29-XII-1935.
- Carta de J.M. Pemán 10-II-1936.
- Carta de Salgado Araujo 30-IV-1939.
- Carta de Ricardo León a FE-JONS 2-X-1939.
- Nota Cardenal Goma, arz. Toledo 28-I-1940.
- Carta de Francisco Cossio 4-XII-1940.
- Carta de José Francés 6-VI-1941.
- Carta de R. Serrano Suñer 28-VII-1941.
- Carta de César González Ruano (Sin fecha)
- Carta de F. Luca de Tena. 14-II-1942.
- Carta de C. J. Cela 4-II-1942.
- Carta de C. J. Cela 31-III-1942.
- Carta de C. J. Cela 11-VIII-1942.
- Carta S. Gral Nazarenas 17-V-1942.
- Carta de Andrés Guilman 17-VIII-1942.

- Carta de Andrés Guilman 5-VI-1943.
- Carta de J. Antonio de Zunzunegui 21-XII-1942.
- Carta de Emilio Carrére 14-IV-1943.
- Nota de Azorín 23-XI-1943.
- Carta Pesame Azorín 8-XII-1943.
- Telegrama Pesame C.J. Cela 9-XII-1943.
- Carta Pesame Tomás Borrás 9-XII-1943.
- Carta de Emilio García Gómez 20-II-1945.

DOCUMENTOS BIOGRÁFICOS

- Notas escolares Badajoz 4-VI-1890.
- Notas escolares Badajoz 2-VI-1891.
- Notas escolares Badajoz 5-VI-1891.
- Notas escolares Málaga 5-VI-1894.
- Regist.Pr.Intelec. *Alcalá zegríes* 23-IV-1910.
- Regist.Pr.Intelec. *Casta de hidalgos* 25-X-1911.
- Regist.Pr.Intelec. *Amor de los amores* 25-X-1911.
- Regist.Pr.Intelec. *Alivio caminantes* 25-X-1911.
- Regist.Pr.Intelec. *Los centauros* 19-II-1913.
- Regist.Pr.Intelec. *Alcalá zegríes* 11-VI-1917.
- Regist.Pr.Intelec. *Amor de los amores* 11-VI-1917.
- Regist.Pr.Intelec. *Lira de bronce* 13-I-1925.
- Candidatura de Diputado por Madrid 1-III-1914.
- Postal con soneto impreso, dedicado a Antonio Maura, “Príncipe de la lealtad española”. 1916.
- Dedicatoria de José Francés en edición “Dos hombres y dos mujeres” -1923.
- Notificación entrega manuscrito “Caballeros...” en Bib. Nac. de Cuba 1-II-1927.
- Nombramiento jurado en San Sebastián 3-VII-1930.
- Nombramiento Oficial Primero Banco Esp. 1-IV-1931.
- Anuncio publicación obras completas R.L. 25-V-1939.
- Nota Cupo de Papel 11-VIII-1941.
- Acta de Matrimonio (referida al 9-VI-22) 6-IX-1941.
- Factura edición *Los centauros* 30-I-1942.

- Anuncio venta obras completas Ricardo León -XII-1943.
- Notif. Nombramiento Bibliotecario R.A.E. 3-XII-1943.
- Esquela fallecimiento Ricardo León 7-XII-1943.

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

- “Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Ricardo León y Román y contestación de D. Antonio Maura y Montaner. Celebrada el 17 de enero de 1915. 61 págs. Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez.

- “Discurso de Ricardo León en la Asamblea Eucarística de Salamanca”. *El Adelanto* (Salamanca) 10-VI-1920.

- “Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción de D. Serafín Álvarez Quintero”. El día 21 de noviembre de 1920. Discurso de Serafín Álvarez Quintero. págs. 5-37. Discurso de Ricardo León. págs. 41-55.

- “Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Antonio Maura y Montaner”. El día 29 de noviembre de 1903. Discurso de Antonio Maura. págs. 7-48. Madrid, Imprenta Clásica Española.

- “Disertación sobre Alcalá de los zegríes, por Angel Hernández Navarro, en el Centro de la Colonia Española en Camagüey, el 27 de junio de 1928”. Ejemplar mecanografiado.

CRÍTICAS, RESEÑAS, ENTREVISTAS Y NOTICIAS
EN PRENSA SOBRE RICARDO LEÓN Y SUS OBRAS.

- “Poetas malagueños: R. León” *Luz y sombra* 25-VI-1901
- “Lira de Bronce” 1-V-1901
- “A Ricardo León” *El Cantábrico* 22-III-1906
- “Casta de Hidalgos” *Revista Cántabra* 8-XI-1908
- “Casta de Hidalgos” *Faro* 15-XI-1908
- “Casta de Hidalgos” *Nuevo Mundo* 17-XII-1908
- “Comedia Sentimental” *El Adelantado* 6-XI-1910
- “Alcalá de los Zegríes” *La Época* 6-IV-1910
- “Escuela de los Sofistas” *El Liberal* 23-VI-1910
- “El Amor de los Amores” *D. Santander* 20-XII-1910
- “Alivio de Caminantes” *La Vanguardia* 9-XII-1911
- “Alivio de Caminantes” *El Universal* 10-XII-1911
- “Alivio de Caminantes” *Correo Andalucía* 13-XII-1912
- “Homenaje a poetas Málaga” *El Crónista* 6-IX-1912
- “Homenaje a poetas Málaga” *La Defensa* 6-IX-1912
- “Los Centauros” *La Crónica* 27-IV-1913
- “Los Centauros” *La Tribuna* 25-II-1914
- “Ricardo León” *A Montanha* 28-XII-1913
- “Ricardo León” *San Antonio* 15-XII-1913
- “Ricardo León” *San Antonio* 1-I-1914
- “Ricardo León” *San Antonio* 15-II-1914
- “Ricardo León” *San Antonio* 1-III-1914
- “Ricardo León” *San Antonio* 15-III-1914

- “Amor de los Amores” *El Herald* 13-IV-1915
- “Ricardo León” *La Esfera* 30-I-1915
- “Recepción en la RAE” *El Siglo Futuro* 18-I-1915
- “Recepción en la RAE” *El Universo* 18-I-1915
- “Recepción en la RAE” *El Espectador* 18-I-1915
- “Recepción en la RAE” *La Región* 18-I-1915
- “Recepción en la RAE” *España Nueva* 18-I-1915
- “R. León en la Academia” *Eco de Provincia* 8-V-1915
- “La lengua clásica...” *Mundo Gráfico* 3-II-1915
- “R. León, extremeño” *Noticiero Extr.* 9-III-1915
- “Caballeros de la Cruz” *Rev. Religiosa* -1916
- “Caballeros de la Cruz” *La Unión* 16-III-1916
- “Caballeros de la Cruz” *El Universo* 8-IV-1917
- “Acerca de la guerra” *El Universo* 29-IX-1916
- “Poeta de la guerra” *La Acción* 28-XII-1916
- “Europa Trágica” *La Nación* -1917
- “Discurso de Salamanca” *El Adelanto* 10-V-1920
- “Ricardo León” *Diario de la Marina* 2-II-1921
- “Humos de Rey” *El Imparcial* 19-VIII-1923
- “Livros nacionalistas” *Correio da Manha* 23-V-1924
- “Poesía y Academia” *La Nación* 15-III-1925
- “El Hombre Nuevo” *La Época* 20-VI-1925
- “El Hombre Nuevo” *Levante* 19-VI-1925
- “R. León, revolucionario” *La Prensa* 19-IX-1925
- “Trabajadores d la Muerte” *La Época* 6-IX-1927
- “Trabajadores d la Muerte” *ABC* 20-X-1927
- “Trabajadores d la Muerte” *Las Provincias* 28-XII-1927
- “Trabajadores d la Muerte” *Estampa* -1927
- “Trabajadores d la Muerte” *Cervantes* -1927

- “Trabajadores d la Muerte” *Nueva Democracia* XI-1927
- “Jauja” *La Época* 7-VII-1926
- “Jauja” *ABC* 7-IX-1928
- “Varón de Deseos” *La Publicidad* 19-IX-1929
- “Varón de Deseos” *Diario Español* 4-III-1930
- “Las Niñas de mis Ojos” *La Época* 22-VII-1929
- “Las Niñas de mis Ojos” *El Sol* 10-VI-1929
- “¿Silencio de R. León?” *España* 30-XI-1929
- “Siete vidas T. Portolés” *La Época* 17-XII-1931
- “Bajo yugo de Bárbaros” *Actualidades* 18-X-1932
- “Bajo yugo de Bárbaros” *Gaceta de Tenerife* 6-XI-1932
- “Santillana del Mar” *Norte de Castilla* 14-VIII-1931
- “Glosario d Ricardo León” *El Debate* 7-XII-1932
- “Su pan y su laurel” *Ahora* 19-IX-1935
- “Roja y Gualda” *Diario de Málaga* 3-IX-1934
- “Bodas de plata en RAE” *Madrid* 6-II-1940
- “R. León-A.Xalambri” *Diario Español* 13-V-1940
- “R. León-A. Xalambri” *El Bien Público* 13-V-1940
- “Cristo en los Infiernos” *ABC* 22-I-1943
- “Cristo en los Infiernos” *Arriba* 31-I-1943
- “Cristo en los Infiernos” *La Nueva España* 4-II-1943
- “Cristo en los Infiernos” *El Ideal Gallego* 4-V-1943
- “Cristo en los Infiernos” *La Región* 24-I-1943
- “Cristo en los Infiernos” *Diario Montañés* 18-II-1943
- “Cristo en los Infiernos” *Hoja del Lunes* 18-I-1943
- “Salvación manuscritos” *Fotos* -1943
- “Después de Cristo Inf.” *Misión* 16-I-1943
- “R. León, sus memorias” *El Alcázar* 18-XII-1942
- “Recuerdos juveniles” *ABC* 23-V-1943
- “Muerte de Ricardo León” *Madrid* 7-XII-1943

- “Muerte de Ricardo León” *ABC* 8-XII-1943
- “Muerte de Ricardo León” *Arriba* 8-XII-1943
- “El asesino de si mismo” *ABC* 17-XII-1943
- “Juventud, perfil del año” *Arriba* 31-XII-1943
- “R. León visto por poetas” *Fotos* 1-I-1944
- “Fracaso y desquite de R.L.” *Madrid* 9-I-1944
- “La sombra de Ricardo León” *Arriba* 20-V-1944
- “Vida y obra de R. León” *Estafeta Literar.* 1-XII-1944
- “Denunciando un plagio” *Eco de Zamora* 4-II-1945
- “Ricardo León” *ABC* 22-XII-1945
- “In Memoriam” *Pueblo* 6-XII-1951
- “Discurso de Girón” *Arriba* 19-II-1953
- “R. León, glorificador España” *Diario Español* 11-X-1957
- “Sobre Andalucía” *ABC* 3-XII-1957
- “Un español glorioso” *La Vanguardia* 1-III-1958
- “Un ingenio español” *ABC* 6-XII-1958
- “Recuerdo e imagen de R. León” *Madrid* 6-XII-1958
- “Amor de los Amores al cine” *Madrid* 3-VI-1960
- “R. León en su centenario” *El País* 15-X-1977
- “Ricardo León, un malagueño” *Sur* 23-X-1977
- “Homenaje a R. León en RAE” *Informaciones* 24-X-1977
- “Homenaje académicos” *Diario 16* 24-X-1977
- “Homenaje a R. León en Málaga” *ABC* 6-VI-1994
- “Reedición novela Santillana” *Diario Montañés* 19-VIII-1996
- “Ricardo León, voz olvidada” *El Mundo* 5-IV-1997

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE RICARDO LEON

(Cronología y Ediciones consultadas)

- *La lira de bronce*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1901. 129 págs.
- *Casta de hidalgos*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1908. págs.
- *Alcalá de los zegríes*. Tipografía Zambrana Hermanos. Málaga, 1910. págs.
- *Alcalá de los zegríes*. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1939. 340 págs.

- *Casta de hidalgos*. Renacimiento.
Madrid, 1914. 355 págs.

- *Alivio de caminantes*. Renacimiento.
Madrid, 1911. 246 págs.

- *Los centauros*. Renacimiento. Madrid,
1912. 425 págs.

- *Comedia sentimental*. Renacimiento.
Madrid, 1913. 329 págs.

- *Obras completas de Ricardo León*. Edt. Banco de
España. Madrid, impresas de Julio a Diciembre
de 1915. Ocho volúmenes: “Alivio de caminantes”,
“Casta de hidalgos”, “La Escuela de los sofistas”,
“Comedia sentimental”, “Alcalá de los Zegríes”,
“El amor de los amores”, “Los centauros” y “Los
caballeros de la Cruz”.

- *Los caballeros de la Cruz*. Renacimiento.
Madrid, 1916. 319 págs.

- *La escuela de los sofistas*. Renacimiento.
Madrid, 1916. 326 págs.

- *Lira de bronce*. Colección Obras Completas.
Tomo I. Renacimiento. Madrid (Sin fecha).
264 págs.

- *Europa trágica* (un volumen: “Del Manzanares al Spree-Verdún-Bajo los tilos”). Renacimiento. Madrid, 1917. 320 págs.

- *Europa trágica* (vol. II: “Centinelas del Rin”). Renacimiento. Madrid, 1918. 290 págs.

- *Europa trágica* (Tres volúmenes: I, “Del Pirineo al Jura”, “La escuela de los imperios” y “Berlín”; II, “Bajo los tilos”, “Del Rin al Mosa”, “Verdún” y “Del Mosa al Soma”; III, “El oro del Rin”, “Los caminos del mar”, “Los argonautas” y “El ocaso de los dioses”. Librería de los Sucesores de Hernando. Madrid, 1919. (paginación independiente: I,302 págs II, 300 págs. III, 336 págs.)

- *Europa trágica*. Colección Obras Completas. Tomo IX. (tomo II de esta obra: “Bajo los tilos-Del Rin al Mosa-Verdún-Del Mosa al Soma”) Renacimiento. Madrid (Sin fecha). 271 págs.

- *Europa trágica*. Colección Obras Completas. Tomo X. (tomo I de esta obra: “Del Pirineo al Jura-La escuela de los imperios-Berlín”). Renacimiento. Madrid (Sin fecha) 264 págs.

- *Europa trágica* (Crónicas de un testigo de la guerra 1914-18). Edición definitiva en un solo volumen. Victoriano Suarez. Madrid, 1945. 408 págs.

- *Del Tajo al Rin* (Colección Ediciones Selectas). Librería y Editorial Madrid. Madrid (Sin fecha). 489 págs.

- *La voz de la sangre*. Colección de Obras Completas. Tomo XI. Renacimiento. Madrid (Sin fecha) 154 págs.

- *Cuentos de antaño y hogaño*. V.H. Sanz Calleja. Madrid, 1921. 208 págs.

- *Cuentos de antaño y hogaño* (Selección). Prensa Moderna (Colección “El Cuento Azul”). Madrid (Sin fecha) 71 págs.

- *Amor de caridad*. Colección de Obras Completas. Tomo XII. Renacimiento. Madrid, 1922. 274 págs.

- *Humos de rey*. Colección de Obras Completas. Tomo XIII. Renacimiento. Madrid, 1923. 271 págs.

- *Humos de rey* (Extracto). Revista Literaria “Novelas y Cuentos”. Madrid, 1963. 56 págs.

- *El hombre nuevo*. Colección de Obras Completas. Tomo XIV. Renacimiento. Madrid (Sin fecha) 435 págs.

- *Las horas del amor y de la muerte.*
Atlántida-Imprenta Artística de Saéz Hernández.
Madrid, 1925. 229 págs.

- *Los trabajadores de la muerte.* Colección de
Obras Completas. vol XVI. Librería y Casa
Editorial Hernando. Madrid, 1927. 406 págs.

- *Jauja.* Colección de Obras Completas. vol. XVII
Librería y Casa Editorial Hernando.
Madrid, 1928. 363 págs.

- *Varón de deseos.* Hernando. Madrid,
1929. págs.

- *Varón de deseos.* Librería General de
Victoriano Suárez. Madrid, 1939. 297 págs.

- *Bajo el yugo de los bárbaros.* Hernando.
Madrid, 1932. 290 págs.

- *Roja y gualda.* Hernando. Madrid, 1934.
319 págs.

- *Cristo en los infiernos.* Librería General
de Victoriano Suárez. Madrid, 1941. 574 págs.

- *Lira de bronce y Alivio de caminantes.*
Librería General de Victoriano Suárez. Madrid,
1942. 313 págs.

- *Desperta ferro!* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. 237 págs.

- *El Amor de los amores.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. 367 págs.

- *Las niñas de mis ojos.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1942. 335 págs.

- *Olla podrida-Cuentos de antaño y hogaño.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1943. 309 págs.

- *La capa del estudiante.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1944. 295 págs.

- *La cumbre mística.* Sociedad General Española de Librería. Madrid, 1945. 184 págs.

- *Obras completas.* Ricardo León. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944. Dos volúmenes, 1544 y 1487 págs respectivamente.

- *El hombre nuevo.* Espasa Calpe. Madrid, 1961. (Segunda ed. Colección Austral) 240 págs.

- *Las siete vidas de Tomás Portolés.* Espasa Calpe. Madrid, 1961. (Segunda ed. Col. Austral) 167 págs.

- *Humos de rey*. “Revista literaria Novelas y Cuentos. Publicación Semanal”. nº 1662. 17-III-1963. 56 págs.

- *El amor de los amores*. Espasa Calpe. Madrid, 1969. (Cuarta ed. Colección Austral) 224 págs.

- *Casta de hidalgos*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1996. 315 págs.

- *Las siete vidas de Tomás Portolés*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1997. 206 págs.

PRÓLOGOS EN OBRAS DE RICARDO LEÓN

- Prólogo de Antonio Maura a *Colección Obras Completas de Ricardo León*. Tomo IX *La voz de la sangre*. Renacimiento. (Sin fecha) Madrid, págs. 9-40.
- Prólogo de Eugenio d'Ors a edición *Obras Completas de Ricardo León*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944. 17 págs.
- Prólogo de Jorge Vigón a *Roja y gualda*. Madrid, 1952. (Tercera edición) 15 págs.
- Prólogo de Alfonso Torres a *La cumbre mística*. Sociedad General Española de Librería. Madrid, 1945. 12 págs.
- Prólogo de Joaquín de Entrambasaguas dedicado a Ricardo León en *Las mejores novelas contemporáneas*. Tomo VI (1910-1914). *El Amor de los amores*. Planeta. Barcelona, 196. págs. 253-344.

SELECCIÓN DE OBRAS COMPLEMENTARIAS
(EDICIONES CONSULTADAS)

- Abad, C.M. “*La literatura de hoy. Novelistas católicos I. Ricardo León*”. En *Razón y Fé*, LXVII. Madrid, 1923. págs. 152-170.
- Aguilar Piñal, Francisco. *La obra poética de Manuel Reina*. Editora Nacional. Madrid, 1968. 153 págs.
- Álvarez Cienfuegos, Alberto. *Generalife*. Edt. Granada. Granada, 1916. 158 págs.
- Álvarez Esteban, Enrique José. “*Ricardo León, una etapa española*”. (Conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española el 3-II-1982). Separata número 6 de *Cuadernos para la investigación de la literatura Hispánica*. Fundación Universitaria Española. Seminario Menéndez Pelayo. Madrid, 1984. págs. 209-221.
- Amós de Escalante. *Del Manzanares al Darro*. Renacimiento-Imprenta de J. Pueyo. (col. Gil Blas). Madrid, 1920. 245 págs.

- Ara Torralba, Juan Carlos. *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 1996. 562 págs.

- Ara Torralba, Juan Carlos. *Los años malagueños de Ricardo León*. Diputación Provincial de Málaga (Biblioteca Popular Malagueña)Málaga, 1997. 240 págs.

- Ara Torralba, Juan Carlos. “*Víctor Hugo en el Fin de Siglo Español: Ricardo León y la poesía luchadora*”. En *Estudios De Investigación Franco-Española*. Número 7. Madrid, 1992. págs. 55-69.

- Asín Palacios, Manuel. “*Don Ricardo León*”. En *Boletín de la Real Academia Española*. Tomo XXIV. Madrid, 1944. págs. 7-10.

- Azam, Gilbert. *El modernismo desde dentro*. Anthropos. Barcelona, 1989. 192 págs.

- Barbeito Carneiro, Isabel. “*Ricardo León y Román: Morir, pero no cejar*”. Separata de *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXVIII. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1990. págs. 645-656.

- Blasco Ibáñez, Vicente. *Historia de la Guerra Europea de 1914* (Vol. I) Prometeo. Valencia, 1919. 598 págs.

- Cansinos-Assens, Rafael. *La novela de un literato*. Alianza. Madrid, 1996. Tres volúmenes de 484 (I), 431 (II) y 388 (III) págs. respectivamente.
- Cansinos-Assens, Rafael. “Ricardo León”. En *Poetas y prosistas del novecientos*. Madrid, 1919. págs.290-311.
- Cansinos-Assens, Rafael. *La nueva literatura*. Paez. Madrid, 1927. Tomo IV *La evolución de la novela*. 478 págs.
- Casares, Julio. *Crítica profana: Valle-Inclán, Azorín, Ricardo León*. Imprenta Colonial. Madrid, 1916. 365 págs.
- Casares, Julio. *Crítica profana*. Espasa Calpe. Madrid, 1964. 227 págs.
- Cayuela, Arturo María. *Menéndez y Pelayo. Orientador de la cultura española*. Editora Nacional. Madrid, 1939. 403 págs.
- Cernuda, Luis. *Estudios sobre poesía contemporánea española*. Guadarrama. Madrid, 1957. 234 págs.
- Correa Ramón, Amelina. “En los inicios del modernismo español: el caso del escritor malagueño Salvador González Anaya”. Rev. *Donaire*, número 10. págs.12-15. Londres, 1998.

- Cuevas García, Cristobal. “*Modernismo: poéticas paralelas (la adscripción literaria de Salvador Rueda)*”. En *Bohemia y Literatura*. págs. 111-131. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1993.

- Darío, Rubén. *Baladas y canciones (Obras Completas, Vol. I)*. Renacimiento. Madrid, 1923. 183 págs.

- Donoso Cortés, Juan. *Pensamientos*. Espasa Calpe. (Nueva Biblioteca Filosófica. Vol. LXXIII). Madrid, 1934. 238 págs.

- Eguia Ruiz, Constancio. “*El clasicismo español y Ricardo León*”. En *Literatura y literatos*. Madrid, 1914. págs. 311-335.

- Espina, Concha. *Luna roja (Novelas de la revolución)*. Librería Santarén. Valladolid, 1939. 215 págs.

- Fernández Almagro, Melchor. “*La sombra de Ricardo León*”. *En torno al 98*. Madrid, 1948. págs. 185-189.

- Fernández Urbina, José Miguel. *La aventura intelectual de Ramiro de Maeztu*. Diputación Foral de Álava. Vitoria, 1990. 364 págs.

- García de Nora, Eugenio. *La novela española contemporánea (1898-1927)*. Gredos. Madrid, 1958. 570 págs.

- García Venero, Maximiano. *Víctor Pradera. Guerrillero de la unidad*. Editora Nacional. Madrid, 1943. 233 págs.

- García Villalada, Z. “*Las corrientes actuales histórico-literarias en España*”. En *Razón y Fé*. Vol. LXIX. 1922. págs. 485-494.

- Gil, Ricardo. *La caja de música*. La España Editorial. Madrid, 1898. 226 págs.

- Giménez Caballero, Ernesto. “*El arte y el estado*”. En *Acción Española*, números 70-71 y 78, febrero de 1935 y agosto de 1935. págs. 246-262 y 319-340. Madrid, 1935.

- Giner de los Ríos, Francisco. *La universidad española (Obras completas, vol.II)*. Imprenta Clásica Española. Madrid, 1886. 418 págs.

- Gómez Carrillo, Enrique. *Campos de batallas y campos de ruinas y En las trincheras. (Obras completas, vols. XVII y XXI)*. Mundo Latino. Madrid, 1919 y 1921. 285 y 259 págs.

- Gómez Carrillo, Enrique. *El libro de las mujeres y El 2. libro de las mujeres (Obras Completas, vols. I y XXII)*. Mundo Latino. Madrid, 1919 y 1921. 307 y 230 págs.

- Gómez Baquero, E. “*Las novelas de Ricardo León*”. En *Novelas y novelistas*. Madrid, 1918. págs. 245-270.

- Gonzálo de la Torre, José María. *Ricardo León o el genio de la lengua. Ensayo crítico del libro El Amor de los amores*. Tipografía Voluntad. Almería, 1939.
282 págs.

- González, Hernández, María Jesús. *El universo conservador de Antonio Maura*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1997.
478 págs.

- González del Valle, Luis T. “*La crítica ante la literatura de su época: varios ensayos olvidados de Ricardo León*”. En *Studies in honor Summer M. Grenfield*. Edt. Society of Spanish and Spanish-American Studies. Lincoln, Nebraska (EE UU) 1985. págs. 101-117.

- Guillén, A. “*Ricardo León*”. En *La linterna de Diogenes*. América. Madrid, 1921. págs. 174-179.

- Gullón, Ricardo. *El modernismo visto por los modernistas*. Guadarrama. Barcelona, 1980. 508 págs.

- Gullón, Ricardo. *Direcciones del modernismo*. Alianza. Madrid, edición de 1990. 317 págs.

- Gutierrez-Ravé, José. *¿Cómo se liberó usted?*. Talleres Gráficos Ibiza. Madrid, 1942. 108 págs.

- Gutierrez-Ravé, José. *Yo fui un joven maurista*. Edt. Libros y Revistas. Madrid (sin fecha). 302 págs.

- Hugo, Víctor. *Poesias* (Contiene: *Odas & balades-Les orientales-Les feuilles d'automne-Les chants du crepuscule -Les voix intérieures-Les rayons & les ombres*). J. Hetzel-Librairie-Éditeur. Paris (sin fecha). (Paginación independiente para cada obra).

- Insúa, Alberto. *De un mundo a otro*. Renacimiento. Madrid, 1930. 284 págs.

- Jiménez, Juan Ramón. *El modernismo. Apuntes de curso* (1953). Visor. Madrid, 1999. 211 págs.

- Macklin, John. “*Modernismo y novela en la España finisecular*”. Rev. *Insula*. Número 487. págs. 22-23. Madrid, 1987.

- Maeztu, Ramiro de. “*La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica*” (*Discurso leído en el acto de recepción en la Academia Española*). En *Acción Española*. Número 78. Madrid, 1935. págs. 396-408.

- Maeztu, Ramiro de. *Defensa de la Hispanidad*. Cultura Española. Madrid, 1941. 207 págs.

- Maeztu, Ramiro de. *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*. Editora Nacional. Madrid, 1959. 239 págs.

- Maeztu, Ramiro de. *Artículos desconocidos (1897-1904)*. Castalia. Madrid, 1977. 280 págs.

- Maura, Antonio. *Treinta y cinco años de vida pública*. (dos vols.) Biblioteca Nueva. Madrid, 1919 y 1921. 307 y 230 págs. respectivamente.

- Menéndez y Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España (Obras completas, vol. III)*. Imprenta de A. Pérez Dubrull. Madrid, 1886. 418 págs.

- Millard Rosemberg, S.L. “Ricardo León, artist and patriot” En *Hispania*, vol XIII. Número 3. California, 1930. págs. 187-194.

- Millard Rosemberg, S.L. “Ricardo León, el tradicionalista” En *Bulletin os Spanish Studies*, vol. VII. Número 27. 1930. 15 págs.

- Millard Rosemberg, S.L. “*Quaterly Spanish Book-Letter and Ricardo León*”. En *The Modern Language Forum*, vol. XVII Número 4. 1932. págs. 135-142.

- Morante, Pedro. *Perico en París*. Pueyo-Larrúa. Madrid, 1921. 235 págs.

- Niemeyer, Katharina. *La poesía del premodernismo español*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1992. 428 págs.

- Núñez de Arce, Gaspar. *El vértigo*. Librería de Mariano Murillo-Librería de Fernando Fé. Madrid, 1879. 56 págs.

- Núñez de Arce, Gaspar. *Obras escogidas*. Montaner y Simón. Barcelona, 1911. 259 págs.

- Olivar Bertrand, Rafael. “*Política y literatura: Ricardo León*”. En *Arbor*, tomo XXXVI. Madrid, 1957. págs. 459-466.

- Ossorio y Gallardo, Ángel. *Mis memorias*. Tebas. Madrid, 1975. 238 págs.

- Palacio, Manuel del. *Poesías escogidas*. Tipografía de la Revista de Archivos, bibliotecas y museos. Madrid, 1916, 327 págs.

- Palacios Fernández, Emilio. *Ramiro de Maeztu: la labor literaria de un periodista (1897-1910)*. Diputación Foral de Álava. Vitoria, 1990. 111 págs.

- Pérez Delgado, Rafael. *Antonio Maura*. Tebas. Madrid, 1974. 637 págs.

- Ramos, Vicente. *Vida de Gabriel Miró*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante, 1996. 791 págs.

- Reid, J.D. *Modern Spain and Liberalism: Baroja, Ricardo León*. Stanford and Oxford University Press, 1937. 530 págs.

- Reina, Manuel. *Desde el campo*. Imprenta de J. Estrada Muñoz. Puente Genil, 1893. 19 págs.

- Reina, Manuel. *La canción de las estrellas*. Tipografía de los hijos de M.G. Hernández. Madrid, 1895. 66 págs.

- Reina, Manuel. *Poemas paganos*. Tipografía de los hijos de M.G. Hernández. Madrid, 1896. 126 págs.

- Reina, Manuel. *Rayo de sol*. Imprenta de los hijos de M.G. Hernández. Madrid, 1897. 198 págs.

- Reyes, Arturo. *Béticas*. R. Velasco Impresor. Madrid, 1910. 207 págs.

- Robles Muñoz, Cristóbal. *Maura, un político liberal*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1995. 525 págs.

- Rueda, Salvador. *El bloque*. J. Lerín Editor. Madrid, 1896. 32 págs.

- Rueda, Salvador. *El gusano de luz*. López-Librería Española. Barcelona (sin fecha). 190 págs.

- Rueda, Salvador. *Vaso de rocío*. Imprenta de José Rueda. Madrid, 1908. 80 págs.

- Rueda, Salvador. *Poesías completas*. (Contiene trece apartados: “*Poesías, El poema de la mujer, Lira religiosa, Romancero, La procesión de la naturaleza, Visiones nuevas, De mi paso por América, El libro de mi madre, Sonetos, Frutos de España, A Querol, La siembra de los gigantes y El Friso del Partenón*”). Maucci. Barcelona-Buenos Aires, 1911. 375 págs.

- Rueda, Salvador. *Antología poética*. Renacimiento. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid (sin fecha). 276 págs.

- Rueda, Salvador. *Poesías escogidas*. (Selección y prólogo de Rafael Alberti. Palabras finales de Miguel de Unamuno). Pleamar. Buenos Aires, 1944. 223 págs.

- Silió, César. *Vida y empresas de un gran español: Maura*. Espasa Calpe. Madrid, 1934. 250 págs.

- Tusell, Javier. *Antonio Maura: una biografía política*. Alianza. Madrid, 1994. 283 págs.

- Tusell, Javier (y Álvarez Chillida, Gonzalo). *Pemán*. Planeta. Madrid, 1998. 287 págs.

- Unamuno, Miguel de. *Poesía completa*. Alianza. Madrid, 1987. (Cuatro volúmenes: vol. I 437 págs, Vol. II 428 págs. Vol. III 781 págs.)

- Varios autores. “*Homenaje a Juan Ramón Jiménez*” En *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*. Números 19-20, julio-diciembre de 1957. 414 págs.

- Varios autores. *Cordialidades. Antología lírica para niños del grado tercero* (Tres vols. Selección de Antonio Fernández Rodríguez). Miguel A. Salvatella Editor. Barcelona, 1952. (vol. I 107 págs, vol. II 107 págs, Vol. III 123 págs).

- Varios autores. *Lengua española. Segundo curso*. Ediciones Luis Vives. Zaragoza, 1963. 224 págs.

- Varios autores. *Lengua española. Antología. Sexto curso*. Ediciones Luis Vives. Zaragoza, 1958. 240 págs.

- Varios autores. *Historia de España. Segundo grado*. Ediciones Ediciones Luis Vives. Zaragoza, 1951. 230 págs.

- Varios autores. "Ricardo León". En *Cuadernos de literatura contemporánea*. Número 11-12. Madrid, 1943. (Contiene *La poesía de Ricardo León*, por Gerardo Diego, *Biografía de Ricardo León*, por Eduardo Julia, una *Antología poética* y un pequeño fragmento de la novela inacabada *La cocina de los ángeles*. pags.

- Varios autores. *Actas del Congreso Internacional sobre el modernismo español e hispanoamericano (octubre de 1985)*. Diputación Provincial de Córdoba. Córdoba, 1987. 483 págs.

- Varios autores. *Actas de las jornadas sobre perspectivas del 98, un siglo después*. (octubre 1997) Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid, 1997. 436 págs.

- Varios autores. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. (vol VI). Director Emilio Palacios Fernández. Ediciones Orgaz. Madrid, 1980. 320 págs.

- Vázquez de Mella, Juan. *Selección de elocuencia e historia (Obras completas, Vol. I)*. Casa Subirana. Barcelona, 1932. 347 págs.

- Vila Selma, José. *Ricardo León, 1877-1977*. Publicaciones Españolas. Madrid, 1978. 80 págs.

- Villacañas, José Luis. *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*. Espasa. Madrid, 2000. 494 págs.

- Williams, G. L. “*The persistence of Spanish Tradition in the works of E. Marquina, R. León and G. Martínez Sierra*”. En *Stanford University Abstracts of Dissertations*, III. Stanford University Press, Stanford (California, EE UU), 1927. págs. 82-90.

- Zuleta, Ignacio M. “*El modernismo hispanoamericano y Ramiro de Maeztu (1899-1903)*”. En *Cuadernos para la Investigación de la literatura hispánica*. Número 2-3. Madrid, 1980. págs. 327-339.
